

ESTADOS UNIDOS LA CRISIS SISTÉMICA Y LAS NUEVAS CONDICIONES DE LEGITIMACIÓN

MARCO A. GANDÁSEGUI, HIJO
DÍDIMO CASTILLO FERNÁNDEZ
coordinadores

EMIR SADER
presentación

IMMANUEL WALLERSTEIN
prólogo

por

EMMANUEL WALLERSTEIN ♦ THEOTONIO DOS SANTOS ♦ CARLOS
E. MARTINS ♦ KATIA COBARRUBIAS HERNÁNDEZ ♦ GLADYS CECILIA
HERNÁNDEZ PEDRAZA ♦ ORLANDO CAPUTO LEIVA ♦ JAIME ZULUAGA
NIETO ♦ MARCO A. GANDÁSEGUI, HIJO ♦ JORGE HERNÁNDEZ
MARTÍNEZ ♦ DIDIMO CASTILLO FERNÁNDEZ ♦ FABIO GROBART
SUNSHINE ♦ ALEJANDRO I. CAÑALES ♦ SELENE GASPAR OLVERA ♦
ÁNGEL QUINTERO RIVERA ♦ LUIS SUÁREZ ♦ SILVINA ROMANO ♦
DARÍO SALINAS FIGUEREDO



CLACSO



siglo
veintiuno
editores

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais



siglo xxi editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores, s.a.

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA

siglo xxi de españa editores, s.a.

MENÉNDEZ PIDAL 3 BIS, 28036, MADRID, ESPAÑA

HC106

E77

2010

Estados Unidos : la crisis sistemática y las nuevas condiciones de *legitimación* / por Marco A. Candáségui, Dídimo Castillo Fernández, coordinadores ; Emir Sader, presentación ; Immanuel Wallerstein, prólogo. — México : Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Siglo XXI Editores, 2010

414 p. — (Sociología y política)

ISBN: 978-607-03-0163-6

Estados Unidos — Condiciones económicas — Siglo xx. Estados Unidos — Política económica. I. Candáségui, Marco A., ed. II. Castillo Fernández, Dídimo, ed. III. Sader, Emir, pról. IV. Wallerstein, Immanuel, pról. V. Ser.

primera edición, 2010

© marco a. gandáségui, hijo, © dídimo castillo fernández

© clacso, siglo xxi editores, s. a. de c. v.

isbn 978-607-03-0163-6

clacso

consejo latinoamericano de ciencias sociales - conselho latino-americano de ciências sociais

av. callao 875, piso 5, C1023AAB ciudad de buenos aires, argentina, tel. (54 11) 48116588, fax (54 11) 48128459
<clacso@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

derechos reservados conforme a la ley
impreso en encuadernación domínguez,
5 de febrero, lote 8, col. centro, ixtapaluca,
edo. de méxico, c.p. 56530

PRESENTACIÓN

Estados Unidos de América siempre se ha dedicado mucho más a estudiarnos a nosotros que nosotros a ellos. Los significados de las dos actitudes son distintos. Ellos se preocupan por nosotros como territorios de inversiones, como mercados. No hay preocupación por entendernos, menos todavía por comprender las eventuales influencias que pudiéramos tener sobre ellos. Nosotros los estudiamos para entender la lógica del imperio —económica, política, militar, ideológica—, factor todavía determinante en la lógica del poder mundial.

El grupo de trabajo de Clacso: Estudios sobre Estados Unidos (GT) hace una labor notable en la recuperación de la comprensión de este país como formación social, como potencia cabeza del bloque imperialista en el mundo, o en su relación específica con América Latina y el Caribe. Si en el primer libro del GT publicado por Siglo XXI Editores se discutían las condiciones generales de la hegemonía imperial, en este segundo el tema es el de las nuevas condiciones de su legitimidad.

Se trata de contribuir a la comprensión de Estados Unidos en el nuevo entorno de este comienzo de siglo. ¿Qué condiciones enfrenta en las significativas readequaciones del sistema capitalista internacional, en el marco del declive de su economía y del ascenso de países emergentes? ¿Apuntan hacia la confirmación de una decadencia económica de Estados Unidos? ¿Cuál es el carácter de la crisis económica actual? ¿En qué medida cuestiona ésta el liderazgo económico de Estados Unidos? ¿Qué efectos tiene el conjunto de estos fenómenos para América Latina y el Caribe?

Como la hegemonía imperial estadounidense es el factor más determinante en el cuadro político mundial, su estudio es estratégico. Equívocos sobre el potencial hegemónico de Estados Unidos —sea de subestimación o superestimación— implican errores graves, con consecuencias concretas. Y —hay que recordarlo siempre— la realidad suele ser implacable con los desaciertos teóricos.

Desde los años setenta, gran parte de los análisis sobre la hegemonía imperial estadounidense apuntaban hacia su agotamiento y su final. Sin embargo, las dos transiciones que ha introducido el nuevo periodo histórico en escala mundial —paso de un mundo bipolar a un mundo unipolar bajo la hegemonía estadounidense; paso de un modelo regulador a un modelo

neoliberal— han generado condiciones de recomposición de la capacidad hegemónica de Estados Unidos.

El primer decenio del nuevo periodo —los años noventa del siglo pasado— parecía confirmar un nuevo impulso en la hegemonía imperial de Estados Unidos —sea en las “guerras humanitarias”, sea el ciclo corto expansivo de la economía estadounidense—, pero ese flujo rápidamente demostró sus límites. Incluso a nivel militar Estados Unidos pasó a mostrar dificultades para mantener dos guerras a la vez, mientras que lo que sería “la nueva economía” se terminó.

La naturaleza actual de la hegemonía de Estados Unidos en el mundo se presenta como un gran enigma para el pensamiento crítico, un desafío esencial, con gran cantidad de consecuencias en los planos teórico y político. Un desafío que supone dar cuenta de los elementos de fuerza y de debilidad de esa capacidad hegemónica, dado que no hay nada que permita favorecer una visión catastrofista, ni tampoco las visiones apologéticas.

Si Estados Unidos mantiene su superioridad en el plano económico, tecnológico, político y militar, aun con debilidades, se mantiene como la única superpotencia, aquella cuyos intereses y acciones afectan prácticamente a todos los rincones del mundo. El debilitamiento de la hegemonía estadounidense, sin que se perfilen nuevas hegemonías en el horizonte, apunta hacia un periodo más o menos largo de turbulencias, de inestabilidades, de prolongada crisis hegemónica. El elemento de mayor fuerza en la hegemonía imperial reside en el plano ideológico, en la fabricación y exportación hacia todo el mundo del llamado *American way of life*.

Son desafíos teóricos —éstos y tantos otros— que el grupo de trabajo Clacso: Estudios sobre Estados Unidos, enfrenta con gran dinamismo y creatividad, apoyado en el pensamiento crítico latinoamericano y en lo mejor del pensamiento social originado en otras latitudes. Los lectores dispondrán en este volumen, coeditado por Clacso y Siglo XXI Editores, al igual que en el anterior y en los que ciertamente seguirán, textos indispensables para captar la naturaleza y las proyecciones futuras de un tema tan determinante para el futuro de la humanidad en esta primera mitad del nuevo siglo.

PRÓLOGO

¿CRISIS, CUÁL CRISIS?*

IMMANUEL WALLERSTEIN

En 1982 publiqué conjuntamente con tres colegas, un libro llamado *Dynamics of Global Crisis (Dinámica de la crisis global)*. No era el título original. Habíamos propuesto el título *¿Crisis?, ¿cuál crisis?*, que no le gustó al editor estadounidense aunque lo utilizamos para la traducción al francés. El libro constaba de una introducción y conclusión conjuntas, y un ensayo sobre el tema escrito por cada uno de nosotros.

El libro se iniciaba con la observación de que “durante el decenio de los años setenta, el término ‘crisis’ se convirtió en una palabra cada vez más familiar: primero en las oscuras discusiones entre intelectuales, luego en la prensa popular y, por último, en los debates políticos de muchos países”. Observamos que había múltiples definiciones de la llamada crisis, así como muy distintas explicaciones sobre su origen.

Para el decenio de los ochenta, la palabra “crisis” aparentemente había desaparecido del discurso mundial, sustituida por otra palabra de moda de un tono mucho más optimista: “globalización”. Fue hasta principios de 2008 que el tono se agrió nuevamente y la palabra “crisis” resurgió, ahora con mucha mayor fuerza que en el decenio de los setenta, aunque con la misma difusión. Por ende, la pregunta “¿crisis, cuál crisis?” vuelve a cobrar relevancia.

Sin duda, algo aconteció en el sistema-mundo a finales del decenio de los sesenta y principios del siguiente. Ese momento marcó el inicio de la tendencia descendente de dos ciclos absolutamente normales en la operación del sistema-mundo moderno: tanto del ciclo hegemónico como del ciclo general de la economía. El periodo entre 1945 y hasta aproximadamente 1970 marcó la cumbre de la hegemonía de Estados Unidos en el sistema-mundo; fue también el momento de la más expansiva tendencia ascendente de la fase A en el ciclo de Kondratiev que la economía-mundo capitalista ha conocido en la historia. Los franceses se refieren a ese periodo como “los gloriosos treinta”, frase por demás afortunada.

* Conferencia magistral impartida durante la 33 Reunión Anual sobre Economía Política de la Sección Sistema-Mundo de la Asociación Americana de Sociología, Universidad de San Diego, 23 a 25 de abril de 2009: “Análisis de los sistemas-mundo y los retos del siglo XXI”.

Estas tendencias descendentes me parecen absolutamente normales. Para comprender la razón, es necesario recordar dos cosas. Todos los sistemas tienen ritmos cíclicos; es como subsisten y abordan sus inevitables fluctuaciones. La otra tiene que ver con la manera como funciona el capitalismo en tanto sistema-mundo, lo cual incluye dos temas importantes: cómo obtienen utilidades los productores y cómo garantizan los estados el orden mundial en el cual dichos productores pueden obtener utilidades. A continuación analizaremos cada uno.

El capitalismo es un sistema cuya razón de ser es la acumulación incesante de capital. Para acumularlo, los productores deben obtener utilidades de sus operaciones. No obstante, sólo es posible obtener utilidades verdaderamente significativas si el productor vende su producto a un costo mucho más elevado que el de producción. En condiciones de competencia perfecta, resulta imposible obtener grandes utilidades. Si hay una competencia perfecta (esto es, muchos vendedores, muchos compradores e información ampliamente disponible sobre los precios), cualquier comprador inteligente irá de vendedor en vendedor hasta que encuentre alguno cuyo precio sea apenas superior al costo de producción, si no es que incluso inferior a dicho costo.

Obtener una utilidad considerable exige un monopolio, o al menos una potencia económica mundial cuasimonopólica. Cuando existe un monopolio, el vendedor puede poner cualquier precio, siempre que no rebase la elasticidad de la demanda. En momentos en que la economía-mundo se expande significativamente, encontramos productos “líderes” relativamente monopolizados. Con estos productos se obtienen grandes utilidades y es posible acumular enormes cantidades de capital. Los vínculos anteriores y posteriores de estos productos líderes son la base de la expansión generalizada de la economía-mundo. A esto se le llama la fase A del ciclo de Kondratiev.

El problema para los capitalistas es que todos los monopolios se autoaniquilan, debido a que existe un mercado mundial al que pueden entrar nuevos productores, al margen de qué tan bien apalancado esté un monopolio determinado desde el punto de vista político. Sin duda entrar lleva tiempo pero, tarde o temprano, otros logran tener acceso al mercado, con lo que aumenta el grado de competencia. Y, cuando la competencia aumenta, los precios bajan, como nos han dicho siempre los portavoces del capitalismo. No obstante, las utilidades también bajan y, cuando éstas bajan hasta un punto determinado en el caso de los productos líderes, la economía-mundo deja de crecer y entra en un periodo de estancamiento al que se denomina la fase B del ciclo de Kondratiev. Se supone que las fases A más B general-

mente han tenido una duración de entre 50 y 60 años, aunque ésta puede variar. Desde luego, después de que ha transcurrido cierto tiempo de la fase B, pueden crearse nuevos monopolios, con lo que se inicia una nueva fase A, pero éste no es el lugar para abordar este tema.

La segunda condición para obtener utilidades en una economía capitalista es que exista algún tipo de orden mundial. Si bien las guerras mundiales le ofrecen a algunos empresarios la oportunidad de enriquecerse, también provocan una enorme destrucción de los activos fijos e interfieren el comercio mundial. El balance general de las guerras, desde el punto de vista de la economía-mundo, no es positivo, un punto que Schumpeter repetía continuamente. Lograr un balance positivo exige contar con una situación relativamente estable. Y asegurar esta situación relativamente estable es tarea de una potencia hegemónica, esto es, una potencia lo bastante fuerte para imponerla en el sistema-mundo. Los ciclos hegemónicos han sido mucho más prolongados que los ciclos de Kondratiev. No es fácil, en un mundo de múltiples estados llamados “soberanos”, que uno se erija como la potencia hegemónica. De hecho, sólo ha ocurrido en tres ocasiones en el transcurso de varios cientos de años. El primer caso fue el de las Provincias Unidas (los Países Bajos) hacia mediados del siglo xvii; el segundo, el Reino Unido a mediados del siglo xix y, por último, Estados Unidos a mediados del siglo xx.

El surgimiento de un poder hegemónico es el resultado de una larga lucha con otras potencias hegemónicas. Hasta ahora, la ha ganado aquel Estado que, por diversas razones y métodos, ha logrado reunir la maquinaria productiva más eficiente, para luego ganar una “guerra de treinta años” contra su rival principal. Cómo lo logra tampoco es nuestro tema, pero el punto importante es que una vez que un Estado asegura por fin la hegemonía, puede imponer a los demás las reglas con las que operará el sistema, buscando simultáneamente asegurar su buen funcionamiento y maximizar el flujo de capital acumulado para sus ciudadanos y empresas productivas. Lo anterior podría denominarse un cuasimonopolio del poder geopolítico.

El problema para la potencia hegemónica es el mismo que enfrenta una industria líder. El monopolio es autodestructivo debido a dos razones. Por una parte, para mantener su poder, la potencia hegemónica debe hacer uso ocasional de la fuerza militar. Una fuerza militar potencial siempre resulta más intimidatoria que una fuerza militar efectiva. Y utilizar la fuerza militar tiene un alto costo en dinero y en vidas; también un impacto negativo en los ciudadanos de la potencia hegemónica, ya que el orgullo inicial ante la victoria tiende a convertirse en desencanto en la medida en que deben pagar los crecientes costos de la acción militar y comienzan a perder el

entusiasmo. Aún más, las grandes operaciones militares suelen ser menos eficaces de lo que supusieron tanto los partidarios como los oponentes de la potencia hegemónica, lo cual refuerza la futura resistencia de otros que deseen desafiarla.

La segunda razón es que aun si la economía de la potencia hegemónica no se ve afectada de inmediato, la de otros países comienza a fortalecerse. Y en la medida en que los otros países se fortalezcan, estarán menos dispuestos a aceptar las condiciones impuestas por la potencia hegemónica en cuestión. Por consiguiente, ésta entra en un proceso de lento declive en relación con las potencias que surgen. Y aun cuando el declive sea lento, es irreversible.

La suma de estos dos tipos de declive, que ocurrió aproximadamente entre 1965 y 1970 –lo que señala el fin del periodo históricamente más expansivo de la fase A de Kondratiev, y lo que marca el inicio del debilitamiento de la potencia hegemónica más poderosa de la historia– es lo que provocó que el punto crítico fuese tan extraordinario. No es casualidad que la revolución mundial de 1968 (en realidad, de 1966 a 1970) haya ocurrido en ese punto crítico, como expresión del mismo.

La revolución mundial de 1968 marcó una tercera tendencia descendente que ha ocurrido una sola vez en la historia del sistema-mundo moderno: el deterioro de los movimientos antisistémicos tradicionales, la llamada vieja izquierda. La vieja izquierda –esencialmente las dos variedades de movimientos sociales en el mundo: el comunista y el socialdemócrata, así como los movimientos de liberación nacional– surgieron lenta y laboriosamente del sistema-mundo, principalmente durante el último tercio del siglo XIX y la primera mitad del XX. Los movimientos de la vieja izquierda ascendieron de una posición de marginación y debilidad política a partir de 1870 hasta alcanzar una considerable fuerza y ocupar un lugar central en el campo político a partir de 1950.

Estos movimientos alcanzaron su máxima capacidad de movilización entre 1945 y 1968 –exactamente el momento tanto de la extraordinaria expansión de la fase A de Kondratiev como de la cúspide de la hegemonía de Estados Unidos. No creo que haya sido fortuito, aunque podría parecer contraintuitivo. Debido a la increíble expansión económica mundial, los empresarios prefirieron no interrumpir sus procesos productivos a causa de conflictos con sus trabajadores y prefirieron hacer concesiones a sus exigencias materiales, al considerarlas menos costosas que las interrupciones. Con el tiempo, esto significó costos de producción más elevados, uno de los factores que acabó con los cuasimonopolios de las industrias líderes. No obstante, la mayoría de los empresarios toman decisiones con base en

las utilidades de corto plazo, digamos, aquellas que obtendrán durante los siguientes tres años, y dejan el futuro en manos del azar.

Consideraciones similares influyeron en las políticas de la potencia hegemónica. Mantener una relativa estabilidad en el sistema-mundo era un objetivo esencial y Estados Unidos debió sopesar el costo de una acción represiva en la escena mundial frente al costo de las concesiones y las exigencias de los movimientos de liberación nacional. Renuentemente, al principio, pero después de manera deliberada, comenzó a favorecer una “descolonización” controlada, lo que llevó a estos movimientos al poder.

Hacia mediados del decenio de los sesenta, podía afirmarse que los movimientos de la vieja izquierda habían logrado su meta histórica de alcanzar el poder del Estado casi en todas partes... al menos, en papel. Los partidos comunistas gobernaban la tercera parte del mundo —el llamado bloque socialista. Los partidos socialdemócratas también habían llegado al poder o, al menos, alternaban el poder en casi otra tercera parte del mundo —el mundo paneuropeo. Cabe recordar, además, que en aquel tiempo la política principal de los partidos socialdemócratas —el Estado benefactor— fue aceptada y practicada también por los partidos conservadores que alternaban el poder. Y, desde luego, los movimientos de liberación nacional llegaron al poder en la mayoría del mundo antes colonial (así como diversas versiones de movimientos populistas en Latinoamérica).

Como se observará, dije “al menos en papel”. En la actualidad, la mayoría de los analistas y militantes suelen ser muy críticos del desempeño de estos movimientos y dudan de que haber llegado al poder haya hecho alguna diferencia. Sin duda, se trata de una visión retrospectiva que resulta históricamente anacrónica. Los críticos olvidan el sentido de triunfalismo mundial que prevaleció en los movimientos de la vieja izquierda y sus partidarios en aquel tiempo, un triunfalismo basado precisamente en haber alcanzado el poder. Los críticos también olvidan el profundo temor que prevalecía entre los estratos más influyentes y conservadores respecto de lo que les parecía el monstruo destructor del igualitarismo.

La revolución de 1968 cambió todo lo anterior. Tres temas impregnaron el análisis y la retórica de quienes participaron en los diversos levantamientos, los cuales denotaban una nueva versión de triunfalismo. El primero era que Estados Unidos había extendido su poder hegemónico a tal grado que se había vuelto vulnerable. La guerra de Vietnam era el ejemplo modelo, si bien no el único. La ofensiva de Tet se consideró el golpe de gracia de la operación militar estadounidense. Como parte de la nueva atmósfera, los revolucionarios atacaron el papel de la Unión Soviética, por considerarla

coludida con la hegemonía de Estados Unidos, sentimiento que crecía desde al menos 1956.

El segundo tema era que los movimientos de la vieja izquierda –en sus tres variedades– no habían cumplido sus promesas históricas. Las tres variedades construyeron su táctica en la llamada estrategia de dos pasos: primero, llegar al poder y luego cambiar el mundo. Los militantes afirmaban que, en efecto, habían tomado el poder del Estado pero no habían logrado siquiera cambios mínimos en el mundo, por lo cual debían ser sustituidos por nuevos movimientos y estrategias, cosa que se proponían hacer. Muchos enarbolaban la revolución cultural china como el modelo de esta posibilidad.

El tercer tema era que los movimientos de la vieja izquierda habían ignorado a los pueblos olvidados –aquellos oprimidos por razones de raza, género, etnia o sexualidad. Los militantes insistían que no podían posponerse las demandas de trato igualitario por parte de todos estos grupos a un supuesto futuro, cuando los partidos principales de la vieja izquierda habían logrado sus objetivos históricos. Estas demandas, afirmaban, eran parte del presente urgente, no del futuro pospuesto. En muchos sentidos, el movimiento del Poder Negro en Estados Unidos era el ejemplo preferido.

La revolución mundial de 1968 fue un enorme éxito político. La revolución mundial de 1968 fue un enorme fracaso político. Se elevó cual ave fénix, ardió en todo el mundo en medio de brillantes llamaradas y, hacia mediados del decenio de los setenta, pareció extinguirse prácticamente por doquier. ¿Qué se había logrado con este incendio incontrolable? Algo, sin duda. El liberalismo centrista fue destronado como la ideología dominante del sistema-mundo y quedó reducido a una opción más entre otras. A su vez, los movimientos de la vieja izquierda fueron destruidos como movilizados de cualquier tipo de cambio fundamental. El triunfalismo inmediato de los revolucionarios de 1968, liberados de la subordinación al liberalismo centrista, comprobó ser superficial e insostenible.

La derecha también quedó liberada de cualquier atadura al liberalismo centrista en el mundo entero. Aprovechó el estancamiento de la economía-mundo y el colapso de los movimientos de la vieja izquierda (y de sus gobiernos) para lanzar una contraofensiva, que ahora conocemos como globalización neoliberal –aunque, de hecho, es bastante conservadora–, cuyos principales objetivos eran dar marcha atrás a los logros obtenidos por los estratos inferiores durante la fase A del ciclo de Kondratiev. En todo el mundo, la derecha buscó reducir los principales costos de producción, destruir al Estado benefactor en todas sus versiones y desacelerar el deterioro del poderío estadounidense en el sistema-mundo. El avance de la

derecha pareció culminar en 1989. El fin del control soviético sobre sus satélites centroeuropeos y el desmantelamiento de la propia Unión Soviética provocó un nuevo y súbito triunfalismo de la derecha mundial. ¡Otra ilusión más!

La ofensiva de la derecha fue un gran éxito en todo el mundo. La ofensiva de la derecha fue un gran fracaso en todo el mundo. A partir del decenio de los setenta, la acumulación de capital se sustentó en nuevos parámetros: en vez de buscar utilidades por medio de la eficiencia productiva ahora lo hacía vía manipulaciones financieras, lo que en términos correctos se llama especulación. El mecanismo principal de la especulación es alentar el consumo por medio del endeudamiento y esto es, desde luego, lo que ha sucedido en cada fase B del ciclo de Kondratiev.

No obstante, en esta ocasión la diferencia ha sido la escala de la especulación y del endeudamiento. A la mayor expansión de la fase A en la historia de la economía-mundo capitalista ha seguido la mayor locura especulativa. Las burbujas recorrieron todo el sistema-mundo –desde las deudas nacionales de los países del tercer mundo y del bloque socialista en los años setenta, hasta los bonos chatarra de las grandes empresas en el decenio de los ochenta y el endeudamiento de los consumidores en el decenio de los noventa, hasta el endeudamiento del gobierno estadounidense durante el gobierno de Bush. El sistema ha transitado de burbuja en burbuja hasta intentar, en este momento, poner a prueba una última burbuja: el rescate de los bancos y la emisión de dólares.

La depresión en la que ha caído el mundo continuará todavía un buen tiempo y será aún más profunda. Destruirá el último pilar de la relativa estabilidad económica: el papel del dólar estadounidense como la divisa de reserva para salvaguardar la riqueza. Conforme esto suceda, la preocupación principal de los gobiernos del mundo –desde Estados Unidos hasta China, de Francia a Rusia y Brasil, por no mencionar los gobiernos más débiles en la escena mundial– será cómo evitar el levantamiento de los desempleados y de los estratos medios, cuyos ahorros y pensiones han desaparecido. Los gobiernos han recurrido al proteccionismo y a la emisión de papel moneda como su primera línea de defensa para manejar el descontento popular.

Posiblemente estas medidas pospongan los peligros que temen los gobiernos y logren mitigar momentáneamente el enojo de la gente aunque, a la larga, sin duda empeorarán la situación. Nos acercamos a una paralización del sistema, del cual el mundo difícilmente podrá sustraerse. Esta paralización se traducirá en fluctuaciones constantes, aún más erráticas, que convertirán cualquier predicción de corto plazo –tanto económica como

política— en una mera adivinanza. Lo anterior, a su vez, agravará los temores y la alienación popular.

Algunos afirman que la notoria mejoría en la economía de los países asiáticos —especialmente Japón, en primer lugar, de Corea del Sur y Taiwán, China y, en menor medida, India— favorecerá el resurgimiento de la empresa capitalista con un simple cambio de ubicación geográfica. ¡Otra ilusión más! El relativo surgimiento de Asia es una realidad, pero justamente socava aún más el sistema capitalista al sobrecargar el número de personas entre los que se distribuirá la plusvalía. La cúspide del sistema capitalista no puede ser demasiado grande, ya que ello reduce, en vez de aumentar, la acumulación de capital. La expansión económica de China acelera la reducción estructural de utilidades de la economía capitalista en el mundo.

¿Hacia dónde vamos? Es en este punto de la discusión que debemos introducir otro elemento: las tendencias seculares del sistema-mundo y contraponerlas a sus ritmos cíclicos. El funcionamiento formal de todos los sistemas es el mismo y los ritmos cíclicos son su forma de operar, de respirar, podríamos decir. Hay innumerables altibajos, algunos más importantes que otros, pero las fases B nunca terminan en el mismo punto donde iniciaron las fases A que les antecieron. Siempre es necesario pagar un precio sistémico por renovar la fase ascendente de los ciclos. El sistema siempre debe moverse un poco más allá de su punto de equilibrio, incluso de su equilibrio dinámico.

Podríamos pensar que cada fase ascendente es una contribución a la curva ascendente en lento movimiento, que se acerca a su asíntota. En la economía-mundo capitalista, no resulta tan difícil distinguir las curvas más importantes. Y dado que el capitalismo es un sistema en el que la acumulación incesante de capital es de la mayor relevancia y el capital se acumula por medio de las utilidades en el mercado, el problema principal para los capitalistas es cómo fabricar productos a precios menores, preferentemente mucho menores, que los precios a los que pueden venderse.

Por consiguiente, debemos analizar cómo se integran los costos de producción y qué determina los precios. Hay tres tipos de costos de producción: el costo de personal (todo el personal), el costo de los insumos (todos los insumos) y el costo de los impuestos (todos los impuestos). Me parece que no es difícil demostrar que los tres costos se han incrementado gradualmente como porcentaje de los precios reales a los que se venden los productos, pese al constante esfuerzo de los capitalistas por mantenerlos bajos y pese a los avances tecnológicos y de organización que han aumentado la llamada eficiencia de producción. Resumiré brevemente la razón de lo anterior y, posteriormente, por qué hay límites a la elasticidad de la demanda.

El costo de personal puede dividirse en tres categorías: la mano de obra poco calificada, los cuadros intermedios y los directivos. El costo de la mano de obra poco calificada suele aumentar durante las fases A, como resultado de la acción sindical. Cuando estos costos son demasiado elevados para algunos empresarios y, particularmente, para las industrias líderes, la solución preferida es la reubicación a zonas que históricamente han tenido menores salarios en la fase B. Si posteriormente ocurriera una acción sindical en la nueva ubicación, se vuelve a cambiar de lugar. Los cambios son costosos aunque eficaces pero, a escala mundial, propician un efecto de trinquete. Las reducciones nunca logran eliminar por completo los incrementos. Este proceso repetido en el transcurso de 500 años ha agotado los lugares hacia donde moverse, como puede medirse por la desruralización del sistema-mundo.

El creciente costo de los cuadros es el resultado de dos consideraciones: 1] la mayor escala de unidades productivas exige mayor número de empleados de nivel intermedio, cuyos salarios engrosan la nómina; 2] los riesgos políticos ocasionados por la organización sindical de los trabajadores poco calificados se contrarrestan con la creación de un estrato intermedio más amplio, conformado por aliados políticos del grupo gobernante y que a la vez sirven como modelo de una posible movilidad ascendente entre la mayoría no calificada, entorpeciendo así su movilización política.

El mayor costo de los directivos es el resultado directo de la mayor complejidad de las estructuras empresariales —la famosa separación entre propiedad y control—. Debido a ello, los directivos se apropian cada vez una mayor porción de los dividendos de la empresa en forma de renta, reduciendo así las utilidades de los “propietarios” y el capital de reinversión de la empresa. Este último incremento tuvo dimensiones espectaculares en los últimos decenios.

El costo de los insumos también se ha incrementado por las mismas razones. El esfuerzo principal de los capitalistas radica en externalizar costos, esto es, no pagar totalmente los insumos que utilizan. Hay tres costos que se suelen externalizar: el manejo de residuos tóxicos, la renovación de materia prima y la construcción de infraestructura. Durante mucho tiempo, desde los orígenes de la economía-mundo capitalista en el siglo XVI hasta el decenio de los sesenta, esta externalización de costos se consideró como algo normal y nunca fue cuestionada por los políticos.

Mas en el siglo XXI, cuando el debate principal gira en torno del cambio climático, y lo “verde” y lo “orgánico” han pasado a ser palabras de moda universales, resulta difícil recordar que, durante cinco siglos, lo normal era tirar los residuos tóxicos en terrenos públicos. Pero sucede que el mundo ya no dispone de esos terrenos públicos desocupados —el equivalente de la

desruralización de la mano de obra en todo el mundo—. De pronto, las consecuencias para la salud y los costos relacionados se han elevado a tal grado, y el problema nos resulta tan cercano, que se ha dado una gran respuesta política en la forma de exigencias de control y de limpieza ambiental.

La segunda externalización, la relativa a la renovación de los recursos, se ha convertido recientemente en un problema importante, como consecuencia del notorio incremento en la población mundial. Súbitamente la gente se preocupa por la escasez —de fuentes de energía, de agua, de la deforestación, de los productos del suelo, de los peces y de la carne—. Nos preocupa quién usa qué, con qué propósito y quién paga el costo.

La tercera externalización es la infraestructura. Llevar los productos al mercado mundial exige transporte y comunicaciones y el costo de hacerlo se ha elevado en la medida en que éstos son más eficientes y veloces. Históricamente, los empresarios sólo han pagado una pequeña parte del costo de infraestructura. Como consecuencia, y como una medida política, los gobiernos han asumido directamente varios costos relacionados con la gestión y restauración ambiental, la renovación de recursos y la expansión de la infraestructura. Para ello es necesario incrementar los impuestos y, a menos que quieran irse a la quiebra, promover una mayor internacionalización de los costos y que éstos sean absorbidos por los empresarios, lo cual afecta significativamente su margen de utilidad.

Por último, los impuestos se han elevado. Hay múltiples niveles políticos de tributación, aunque también existe el impuesto privado de la corrupción y las mafias organizadas. Al margen de quién reciba los impuestos, éstos significan un costo para los empresarios. Los impuestos privados se han elevado al aumentar la extensión de la actividad económica en el mundo y la complejidad de las estructuras burocráticas en los países. No obstante, la mayor tributación se debe, en gran medida, al impacto que han tenido los movimientos antisistémicos en la cultura política a escala mundial, lo que podríamos llamar la democratización de la política mundial.

Los movimientos populares han pugnado por obtener del estado tres garantías: educación, salud y un ingreso vitalicio, cada una de las cuales ha aumentado en los últimos 200 años por dos motivos: los servicios exigidos y la extensión geográfica de esta exigencia. El Estado benefactor es una solución a estas exigencias y actualmente no hay un solo gobierno exento de la presión de mantenerlo, aun cuando las posibilidades de dicho Estado benefactor varíen, dependiendo de la riqueza colectiva del país.

En los últimos 500 años, los tres costos de producción se han elevado continuamente como porcentaje del precio de venta real de los productos,

si bien en forma de un efecto de trinquete en las fases A y B. Los incrementos más drásticos ocurrieron después de 1945. ¿Acaso no puede elevarse simplemente el precio de venta de los productos, con el fin de mantener el margen de utilidad real? Eso es precisamente lo que se ha intentado a partir de 1970. El incremento de precios se ha sustentado en el mayor consumo, sustentado a su vez por el endeudamiento. El colapso económico en el que nos encontramos no es más que la expresión de los límites de la elasticidad de la demanda. Cuando todos viven más allá de su ingreso real, llega un punto en que alguien tiene que poner un alto y, muy pronto, el resto siente que también tiene que ponerlo.

La conjunción de los tres elementos: la magnitud del colapso “normal”, el incremento real en los costos de producción y la presión adicional sobre el sistema provocada por el crecimiento de China y, en general, de los países asiáticos significa que el sistema se ha fracturado sin remedio. El sistema se encuentra muy lejos del equilibrio y las fluctuaciones son enormes. De ahí que resulte imposible hacer predicciones de corto plazo, lo cual tiende a congelar el consumo, lo cual se conoce como crisis estructural.

A partir de este momento, vivimos ante la bifurcación del proceso sistémico. La cuestión ya no es cómo podrá enderezarse el sistema capitalista y renovar su impulso. Más bien debemos preguntarnos qué sustituirá a este sistema. ¿Cuál será el orden elegido para salir del caos?

No todos son aún conscientes del problema. La mayoría sigue viviendo como si el sistema continuara de una u otra manera con sus viejas reglas. En realidad, no están equivocados. El sistema sigue operando conforme a las viejas reglas, sólo que ahora estas reglas únicamente exacerban la crisis estructural. No obstante, algunos actores son muy conscientes de que nos encontramos en una bifurcación y saben, aunque sea tácitamente, que en algún punto de la bifurcación, la colectividad se inclinará de manera definitiva en una u otra dirección. Podríamos decir que ya se ha tomado una decisión, aun cuando la palabra “decisión” suene antropomórfica.

Podríamos pensar que este periodo de crisis sistémica es el escenario de una lucha por un sistema sucesor. Y aun cuando el resultado de la lucha sea impredecible, su naturaleza es muy clara. Nos encontramos frente a elecciones alternativas, que si bien no pueden expresarse en todos sus detalles institucionales, sí pueden esbozarse.

Podemos “elegir”, como colectividad, un nuevo sistema estable que se parezca al sistema actual en algunas de sus características básicas: jerárquico, explotador y polarizante. Esto podría adoptar muchas formas, algunas mucho más duras que el sistema-mundo capitalista en el que hemos vivi-

do. Otra alternativa es “elegir” un sistema radicalmente distinto que nunca haya existido, un sistema relativamente democrático e igualitario.

He llamado a estas alternativas “el espíritu de Davos” y “el espíritu de Porto Alegre”, aunque los nombres no importan. Lo importante es analizar las posibles estrategias de organización de cada bando en esta lucha definitiva, que se ha dado de alguna manera desde la revolución mundial de 1968 y no podrá resolverse antes de 2050.

No obstante, antes de analizar las estrategias, debemos observar dos características cruciales de una crisis estructural. Debido a las fluctuaciones tan erráticas, hay poca presión para regresar al equilibrio. Durante la vida “normal” del sistema, estas presiones eran la manera de limitar los efectos de las amplias movilizaciones sociales (las llamadas “revoluciones”). Mas cuando el sistema se encuentra tan lejos del equilibrio, sucede exactamente lo opuesto: una movilización social pequeña tiene efectos muy notorios.

Esto es lo que la ciencia de la complejidad denomina el “efecto mariposa” o, en el antiguo lenguaje filosófico, el momento cuando el libre albedrío prevalece sobre el determinismo. Prigogine llama a esta manera de comprender sistemas complejos el “estrecho camino entre dos conceptos que llevan a la alienación: un mundo gobernado por leyes deterministas, donde no cabe la novedad, y un mundo gobernado por un dios que juega a los dados, donde todo es absurdo, acausal e incomprensible”.¹

La segunda característica crucial de una crisis estructural es que ninguno de los dos bandos tiene, o puede tener, una estructura vertical en la que un pequeño grupo en la cúspide tome las decisiones. No hay un comité ejecutivo formado por la clase alta ni un politburó de las masas oprimidas; no puede haberlos. Incluso entre quienes son conscientes y están comprometidos con la lucha por un sistema sucesor, hay múltiples participantes, mal coordinados entre sí, que proponen énfasis distintos. Estos dos grupos de militantes conscientes en ambos bandos tienen dificultad para persuadir a las mayorías que forman la base potencial de su fuerza de la utilidad y posibilidad de organizar la transición. En síntesis, el caos de la crisis estructural se refleja también en las estructuras relativamente caóticas de los dos bandos que pugnan por el sistema sucesor.

Lo que podemos hacer, desde el centro de esta crisis estructural, es intentar analizar las estrategias de cada uno de los bandos, con el fin de orientar mejor nuestras elecciones políticas de acuerdo con nuestras preferencias

¹ Ilya Prigogine, *The End of Certainty*, Nueva York, The Free Press, 1996, pp. 187-188.

morales. Podríamos empezar con la estrategia del bando del “espíritu de Davos”, que se encuentra muy dividido. Algunos quieren instituir un sistema sumamente represivo que propaga abiertamente una visión del mundo donde se glorifica el papel de los gobernantes hábiles, sigilosos, con grandes privilegios sobre súbditos sumisos. No sólo difunden esta visión sino proponen organizar una red de fuerzas armadas que aplasten a la oposición.

El segundo grupo cree que el camino hacia el control y el privilegio transita por un sistema altamente meritocrático que podría cooptar un gran número de cuadros, necesarios para mantener el sistema con un mínimo de fuerza y un máximo de persuasión. Este grupo habla de un cambio fundamental, utilizando todos los eslógans que han surgido de los movimientos antisistémicos, incluyendo un universo verde, una utopía multicultural y oportunidades meritocráticas para todos, cuando en realidad apoyan un sistema polarizado y desigual.

Por cuanto al bando del “espíritu de Porto Alegre,” encontramos una división similar. Algunos imaginan un mundo descentralizado que privilegia la distribución racional de largo plazo por encima del crecimiento económico, que hace posible la innovación sin crear nichos de expertos ajenos a su responsabilidad social. Este grupo evoca un sistema que construirá un universalismo verdaderamente universal a partir de la fusión constante de múltiples saberes que el ser humano ha creado y continuará creando en sus diferentes florecimientos culturales.

El segundo grupo se ha orientado a proponer una transformación desde arriba, a cargo de cuadros y especialistas que creen ver con más claridad que el resto. Lejos de pensar en la descentralización, imaginan un sistemamundo cada vez más coordinado e integrado, un igualitarismo formal sin innovación real y sin la paciencia para construir un universalismo verdaderamente universal y multifacético.

Por consiguiente, lejos de ser una batalla entre dos contendientes que luchan por el sistema sucesor, veo una batalla entre cuatro contendientes: una entre los dos bandos principales y otra al interior de cada uno de ellos. Sin duda es una situación muy confusa en los aspectos intelectual, moral y político, lo cual es una razón más para insistir que el resultado es esencialmente impredecible e incierto.

¿Qué podemos decir, entonces, sobre los pasos prácticos que cada uno de nosotros, como individuos y grupos de distintos tipos y diversas fortalezas podemos y debemos dar para impulsar este proceso? No hay fórmulas que nos permitan integrar una agenda, sino únicamente líneas de énfasis. Yo encabezaría la lista con las acciones que podemos tomar, en el corto plazo,

para reducir el malestar provocado por el resquebrajamiento del sistema actual, por la confusión derivada de la transición. En lo personal, no despreciaría la posibilidad de ganar una elección, de obtener más beneficios al interior de los estados para quienes tienen menos en el aspecto material. No despreciaría la protección de los derechos jurídicos y políticos, ni el combate a una mayor erosión de la riqueza de nuestro planeta, ni el apoyo a condiciones que favorezcan la sobrevivencia colectiva. No despreciaría nada de lo anterior, aun cuando considero que serían únicamente paliativos momentáneos para el malestar inmediato. No son en sí pasos hacia la creación del nuevo sistema sucesor que deseamos.

Algo más que podemos hacer es comprometernos con el interminable debate intelectual serio sobre los parámetros que exige el tipo de sistema-mundo que deseamos, así como sobre la estrategia de transición. No sólo debemos participar en el debate con constancia, sino con la voluntad de escuchar a personas que consideramos de buena fe aunque no compartan nuestro punto de vista inmediato. Un debate constante y abierto fomentaría un mayor entendimiento, seguramente una mayor camaradería y evitaría que caigamos en el sectarismo que siempre ha derrotado a los movimientos antisistémicos.

Como tercer punto, podemos construir, aquí y en otras partes, en pequeña o gran escala, modos de producción alternativos y no mercantilizados. Al hacerlo, aprenderemos los límites de diversos métodos y podremos demostrar que hay otros modos de asegurar una producción sensata y sustentable, en vez de depender de la utilidad como la base de nuestro sistema de recompensas.

Una cuarta posibilidad es formar parte de un debate moral que aguce nuestro sentido sobre los aspectos inmorales de cualquiera y todas las formas de acción, que nos permitan percatarnos de que debe haber un equilibrio para lograr buenos resultados alternativos.

Sobre todo, debemos dar prioridad en nuestra conciencia y acción a la lucha contra las tres desigualdades fundamentales del mundo: género, clase y raza-etnia-religión. Es la tarea más ardua, ya que ninguno de nosotros está libre de culpa ni es totalmente puro. Y, en todo el mundo, la cultura que hemos heredado milita contra ella.

Por último, debemos desechar la idea de que la historia está de nuestro lado, que está por venir una sociedad buena si tan sólo sucede tal o cual cosa. La historia no está del lado de nadie y, tal vez, dentro de un siglo, nuestros descendientes lamenten todo lo que hicimos. En el mejor de los casos, tenemos 50% de probabilidades de crear un mejor sistema-mundo que éste en el que vivimos. Pero 50% es mucho y debemos intentar atrapar a la Fortuna, aunque se nos escape. ¿Qué más podemos hacer?

INTRODUCCIÓN

ESTADOS UNIDOS. DOMINACIÓN SIN HEGEMONÍA

DÍDIMO CASTILLO FERNÁNDEZ
MARCO A. GANDÁSEGUI, HIJO

*Nadie entiende realmente a Estados Unidos:
ni los extranjeros, ni su propio pueblo.*

KARL W. DEUTSCH

Los trabajos que conforman este libro, titulado *Estados Unidos: la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación*, fueron desarrollados en el marco del grupo de trabajo estudios de Estados Unidos del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso). El grupo viene trabajando desde 2004 en torno a la hipótesis que centra su atención sobre la crisis de hegemonía de Estados Unidos. Tanto el concepto de crisis como el de hegemonía se entienden en este proyecto en un sentido amplio. El primero, como momento de cambio e incertidumbre, y el segundo como capacidad de legitimación de las relaciones de dominación entre clases, grupos sociales o países. La hegemonía, en este sentido, se asume desde dos perspectivas o componentes complementarias, aunque no necesariamente coincidentes. La global, representada por el centro (imperio) y la capacidad para imponer a la periferia (otros países) su proyecto de dominación económico, cultural, político e ideológico. La otra se refiere a las condiciones nacionales, a las contradicciones de clases y a la legitimidad con la que se configura y reproduce el orden interno de dominación social.

El concepto de hegemonía, en sentido amplio, además de describir los momentos económicos, culturales, sociales y políticos de un país, ofrece un marco de referencia sobre el ejercicio de la dominación de clase, la capacidad para expandirla y las posibilidades de mantenerla. En contraste con el concepto de “imperialismo” el cual –como el de la globalización–, es una constante del capitalismo, el concepto de hegemonía –y con éste el de “poder hegemónico”–, permite entender (e hipotetizar) el futuro de Estados Unidos en cuanto a su posición en el sistema capitalista mundial. En relación con la situación y los escenarios de América Latina, según Wallerstein, “hay mucha diferencia en el análisis de la situación si Estados Unidos es hegemónico o si resulta ser un poder hegemónico en declive, o si, en el futuro,

no será de ninguna manera hegemónico”. Después de la segunda guerra mundial, Estados Unidos se convirtió en una potencia con capacidad de dominación, con control e influencia a escala planetaria.¹ Estados Unidos, desde entonces, hasta los inicios de los años setenta, fue una potencia con hegemonía plena, con total dominio y control sobre el mercado mundial, una insuperable capacidad militar y una basta influencia cultural con capacidad de imponer su cultura sobre la del resto de los países del mundo.²

No obstante, según Wallerstein (2002: 14), a partir de los años setenta, la hegemonía de Estados Unidos inició un proceso de franco desmoronamiento, que sólo se mantuvo (y mantiene) en el ámbito de la geopolítica, en circunstancias limitadas en las que puede imponer sus decisiones estratégicas globales “sin recurrir al uso de la fuerza activa”. Wallerstein (2003b: 177; 1996: 136), en un claro intento por acotar las consecuencias futuras de la actual dominación capitalista liderada por Estados Unidos, sostiene, por un lado, que dicha hegemonía “se inició en 1945 y terminó en 1990” y que “en ese periodo, exactamente y no después, Estados Unidos fue la potencia hegemónica de nuestro sistema mundial”. Por otra parte, percibe que dicha transición histórica apunta hacia la consumación final de “algo diferente, digamos alrededor de 2050”. Estados Unidos, aunque aún constituye la formación capitalista más avanzada con el Estado más poderoso, su dominación global se sustenta sobre una hegemonía reiteradamente erosionada y cuestionada. En palabras de Wallerstein (2002: 13), “Estados Unidos es una potencia hegemónica en decadencia” o, parafraseando a Arrighi (2007), “domina, pero sin hegemonía”.

¹ Según Bell (1977: 191), a partir de entonces “Estados Unidos comenzó a ejercer una influencia predominante, si no la hegemonía”. Indica que “para cualquiera que examinase a Estados Unidos a comienzos del decenio de los sesenta, una pregunta sobre las fuentes de la estabilidad política y social habría parecido fuera de lugar. Estados Unidos parecía por entonces en la cima de su poder”. “El país parecía sereno, seguro de sí mismo y ansioso de promover las amplias, aunque triviales, concepciones del universalismo en asuntos extranjeros y del progreso en lo interno” (Bell, 1977: 171). No obstante, la propia rapidez de los cambios generaba la “sensación de desorientación”.

² En palabras de Wallerstein (2003a), “Estados Unidos era tan poderoso en 1945 que tenía la capacidad económica para vender en cualquier mercado nacional por debajo de los precios locales. La fuerza militar norteamericana no tenía quien se le acercara. Como consecuencia, podía forjar alianzas militares formidables: OTAN, el pacto de defensa con Japón y otras. Al mismo tiempo, Estados Unidos se convirtió en el centro cultural del mundo. La ciudad de Nueva York emergió como el centro de alta cultura y la cultura popular norteamericana inició su marcha tocando la imaginación de todos los pueblos del mundo”.

Ciertamente, por lo menos en términos económicos, el debilitamiento de Estados Unidos es real. La rapidez con que otros desarrollos económicos regionales emergentes han acortado la brecha con relación al poderío económico de Estado Unidos pone en alerta las condiciones futuras (Castillo, 2007). Existen, además, dos factores de orden interno –sociales, culturales e ideológicos–, que ponen en cuestión los fundamentos propios del llamado “sueño americano”, así como la creencia en su hegemonía y las posibilidades de mantenerla. El primero tiene que ver con el desacoplamiento entre los principios e ideales que originalmente dieron sentido y continuidad al proyecto de nación, con las actuales condiciones sociales y políticas generadas por el entorno de la globalización. El segundo está en relación con las contradicciones del modelo neoliberal adoptado y sus consecuencias –señaladas en varios de los artículos de este libro– sobre el deterioro de la condiciones de vida en Estados Unidos.

En cierta medida, Estados Unidos es un país en franco retroceso social, que ha dejado de ser “la tierra prometida”. Las condiciones generales de existencia en Estados Unidos, en muchos aspectos, se han estancado o decaído durante los últimos decenios. En Estados Unidos las contradicciones sociales se han acentuado. El salario medio se ha deteriorado. El país ha ido perdiendo el carácter excepcional de ofrecer seguridad económica y social a los distintos estratos o grupos sociales. La movilidad no opera a igual ritmo ni está asegurada para el conjunto de la sociedad. El ascenso social se ha hecho difícil para una parte importante de la población nativa e inmigrante.

En particular, a lo largo de los tres últimos decenios, se ha deteriorado la calidad de los empleos, se han polarizado los ingresos y se ha incrementado la desigualdad social y las condiciones de pobreza. Los indicadores de decadencia interna de Estados Unidos son diversos y, en cierta medida, contrastan con la situación europea en lo que corresponde a las expectativas de vida de amplios sectores de la población. El acceso a empleos de mejor calidad, a la seguridad social y médica y a otros bienes de interés públicos, distingue a ambos modelos sociales: el primero, centrado en el individuo, la competencia y la sobreexplotación del trabajo personal, y el otro, por lo menos hasta recientemente, basado en criterios de mayor colectividad, solidaridad social y respeto a los derechos mínimos de los trabajadores. Estados Unidos está dejando de ser el “país de las promesas”. En los últimos decenios el salario real no sólo se ha estancado, también se ha reducido. En este marco, es posible vislumbrar un escenario social futuro incierto, especialmente para la clase trabajadora. Los riesgos de deterioro en las oportunidades de empleos, ingresos, educación y salud, son cada vez mayores.

Estados Unidos fue un lugar de movilidad intergeneracional efectiva, en la que con frecuencia los hijos eran más prósperos que sus padres. Después de la segunda guerra mundial hasta mediados de los años setenta, “el sueño americano” de movilidad ascendente fue una experiencia para muchos nacionales e inmigrantes. Esto parece haberse agotado. Según De Sebastián (2004: 1), “los niveles de vida de la mayoría de los ciudadanos de Estados Unidos se han deteriorado; son inferiores a los que eran hacen 30 años, y no parece que se vayan a recuperar mucho en el futuro”. En palabras de Krugman (2004), en Estados Unidos los pobres tienden a quedarse pobres, por duro que trabajen, y “los hijos tienen una probabilidad mucho mayor de heredar el estatus socioeconómico de sus padres que los de generaciones anteriores”. Según este autor, la movilidad social en Estados Unidos “ha decaído de manera considerable en las décadas recientes”. “En Estados Unidos, actualmente, parece muy probable que uno se quede en la clase económica y social en la que nació”. El deterioro del empleo, el incremento de la desigualdad social y el aumento de la pobreza, son muestras claras del agotamiento y pérdida de legitimidad del modelo social y político adoptado.

En el entorno mundial actual, caracterizado por la “crisis sistémica” (Wallerstein, 2008; Amin, 2008), las posibilidades de recuperación económicas y sociales del sistema capitalista son limitadas. La evolución de la economía mundial ha sido sistemáticamente decreciente. La crisis actual de Estados Unidos, podría explicarse en términos coyunturales, analizando sus causas inmediatas que derivaron del colapso financiero, o privilegiando la vertiente que describen los llamados “ciclos Kondratiev” y que identifica un largo periodo de declive económico iniciado a mediados de los años setenta (Sotelo, 2007; Wallerstein, 2008). Al respecto, Wallerstein (2008) sostiene, por un lado, que con el propio desarrollo a largo plazo del capitalismo “los tres costos básicos de la producción capitalista –personal, insumos e impuestos– han subido constantemente como porcentaje de los precios posibles de venta, de tal modo que hoy hacen imposible obtener grandes ganancias de la producción cuasi monopólica que siempre fue la base de la acumulación capitalista significativa”. Por otra parte, consistente con lo anterior, no olvida los conflictos entre los propios capitalistas, a los que señala como una de las contradicciones importantes en el desarrollo del capitalismo. Para este autor (2003a), “la contradicción política básica del capitalismo a lo largo de su historia es el interés común que tienen todos los capitalistas frente a una creciente lucha de clases. Al mismo tiempo, todos los capitalistas son adversarios de todos los demás. Esta contradicción fundamental del sistema será muy explosiva en el futuro”. Con la caída de las tasas de ganancia

en actividades productivas, “los capitalistas que deseen niveles de ganancia realmente altos se inclinan hacia el ámbito financiero” y a la especulación (Wallerstein, 2008).³ El neoliberalismo, y con éste, la desregulación, la flexibilización, la deslocalización y la precarización del trabajo, no es más que el intento de desplazar capitales y recuperar las tasas de ganancias perdidas.

En este marco, cobran relevancia los estudios que profundicen tanto en las condiciones internas como externas de Estados Unidos y den cuenta de la dinámica económica, social, cultural y política, y de las posibilidades futuras de dicho país como potencia hegemónica. El primer producto del esfuerzo desarrollado por este grupo de trabajo dio lugar al libro: *Crisis de hegemonía de Estados Unidos* (coordinado por Marco A. Gandásegui, hijo), coeditado por Clacso y Siglo XXI Editores. El propósito del colectivo académico de Clacso es mantener esa línea temática. El conjunto de trabajos que integran este nuevo libro coloca en el centro de sus preocupaciones la pérdida de hegemonía de Estados Unidos (a manera de hipótesis). Además, aportan evidencias de la “crisis sistémica” y abre la discusión sobre las nuevas condiciones de legitimación que enfrenta el país en su desarrollo interno y en relación con el resto del mundo.

El libro aborda la problemática de la hegemonía decadente de Estados Unidos desde tres ángulos. Desde el entorno global, en relación con la dinámica y los escenarios del sistema capitalista mundial, la aparición de regiones económicas emergentes, la crisis capitalista y los desequilibrios económicos externos, así como la adopción del modelo económico neoliberal y las condiciones de desigualdad salarial en Estados Unidos. En cuanto a la situación y perspectivas internas del país, se analiza su estructura social, los fundamentos ideológicos de su hegemonía, el sistema político y las estructuras de poder, la estructura de clase, las condiciones y los desafíos políticos la clase obrera, los nuevos entornos de competitividad científica y tecnológica, y las condiciones de integración y exclusión laboral, social y cultural de los jóvenes nativos e inmigrantes. Finalmente, considera la nueva geopolítica que emana de Washington y los escenarios para América Latina, sus continuidades y rupturas.

³ Según Amin (2008), “el centro de gravedad de la decisión económica ha sido transferido de la producción de plusvalía en los sectores productivos hacia la redistribución de beneficios ocasionados por los productos derivados de las inversiones financieras. Es una estrategia perseguida deliberadamente no por los bancos, sino por los grupos ‘financiarizados’. Más aún, estos oligopolios no producen beneficios, sencillamente se apoderan de una renta de monopolio mediante inversiones financieras”.

Las tres secciones temáticas se conforman por los siguientes artículos:

1. Estados Unidos en el nuevo entorno capitalista mundial

Esta sección la encabeza el artículo de Emmanuel Wallerstein, fundador del Centro Fernand Braudel y, actualmente, investigador en la Universidad de Yale, titulado: “¿Hacia dónde se dirige el mundo?”, el cual analiza el panorama geopolítico y económico caótico a escala mundial y el entorno de declive del poder de Estados Unidos. Para este autor, el problema mundial actual no apunta definitivamente hacia una anarquía total, pero sí hacia un desorden geopolítico y económico global. Ante el inminente riesgo de una inflación mundial, se nos presentan las posibilidades de un proteccionismo masivo o de una escasez generalizada que podría desembocar en un recrudescimiento de las condiciones de vida de la población. ¿Qué acciones serán tomadas por los gobiernos de los países afectados? Muy probablemente implicaría serios recortes en educación, salud y pensiones de retiro; demandas claves de los pueblos, cuya inatención traería consigo la pérdida de legitimidad e incluso levantamientos sociales masivos. En este sentido, la pregunta central de Wallerstein podría definirse en torno a ¿qué y cómo debemos elegir? y al tipo de acciones políticas a seguir a corto plazo, con vistas a un mejor sistema mundial, ampliamente democrático e igualitario.

El siguiente trabajo, de Theotonio dos Santos, profesor-investigador de Universidad Federal Fluminense de Río de Janeiro, Brasil, “Globalización, el futuro del capitalismo y las potencias emergentes”, sostiene que asistimos a un periodo de transición en que los estados nacionales cumplirán un papel ordenador y regulador que exige una fuerte base colectivista y una concepción socialista de la economía y de la política internacional. Somos testigos de la pérdida de dinámica del capitalismo central, de las instituciones que lo sostienen y de su condición de ordenador de la economía mundial, a la vez que nuevas potencias, especialmente las BRICAS (Brasil, Rusia, India, China y África del Sur), que emergen en el escenario global como actores del cambio en pos de una civilización planetaria, pluralista, democrática. Nos encontramos frente a un capitalismo en el que la hegemonía de Estados Unidos está en decadencia con una economía deficitaria y deudora. Ante este panorama, surgen una serie de preguntas fundamentales: ¿Estaremos asistiendo el final de las hegemonías sobre el sistema mundial? ¿Estaremos caminando bajo la forma de sobresaltos hacia un nuevo tipo de sistema mundial basado en relaciones más horizontales?

Carlos Eduardo Martins, profesor-investigador de la Universidad Federal Fluminense, contribuye con el artículo “La crisis del sistema-mundo ca-

pitalista. La coyuntura contemporánea”, en el que analiza las grandes tendencias que se desarrollan en la economía mundial desde los años setenta. Plantea la articulación teórico-metodológica de las tendencias seculares del desarrollo capitalista mundial, los ciclos de hegemonía y de Kondratiev para ubicar la coyuntura mundial contemporánea. En este marco sitúa las posibilidades que se abren para América Latina y sus grandes desafíos los próximos decenios. La hipótesis que sostiene en la coyuntura actual es la decadencia del moderno sistema mundial, que integra y promueve la mundialización. En particular, en América Latina el neoliberalismo genera serias condiciones de insustentabilidad e incapacidad institucional para financiar el crecimiento económico. No obstante, la difusión del neoliberalismo en la región por Estados Unidos, sirve a sus estrategias de mejorar su posición competitiva a nivel mundial, y con ello retardar su inminente decadencia.

El artículo de Katia Cobarrubias H., profesora e investigadora del Centro de Estudios sobre Estados Unidos (CESEU) de la Universidad de La Habana, tiene como título “El desequilibrio externo de Estados Unidos. Tras las fisuras del liderazgo económico”. Considera al desequilibrio externo estadounidense como síntesis del proceso de debilitamiento a largo plazo. El desequilibrio externo, expresado en el déficit de cuenta corriente y el creciente endeudamiento, constituye un problema estructural de la economía estadounidense que ha persistido por más de un cuarto de siglo. Analiza sus determinantes e implicaciones, como base para fundamentar la idea de que el liderazgo económico mundial de Estados Unidos, presenta fisuras y se encuentra sometido en la actualidad a importantes tensiones que lo vulneran.

La contribución de Gladys Hernández P., investigadora del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, La Habana, se titula “La evolución del diferendo económico entre China y Estados Unidos”. Analiza el potencial económico de China frente al poderío de Estados Unidos, y hace una comparación de estas dos grandes potencias, tomando en cuenta su economía, comercio, evolución del comercio internacional, exportaciones e importaciones. La autora concluye que la evolución de las relaciones entre China y Estados Unidos depende del desempeño económico y político de ambos, tomando como ejemplo que, mientras el dólar está pasando por una crisis severa, el valor del yuan se incrementa dada la participación cada vez más activa de este país en la producción y comercialización a escala mundial.

Orlando Caputo L., economista del Centro de Estudios sobre Transnacionalización, Economía y Sociedad, CETES, en su artículo, “Economía mun-

dial: salarios y ganancias en América Latina y en Estados Unidos”, analiza la disminución de la participación de las remuneraciones y el incremento de la participación de las ganancias en el producto, de la economía mundial, particularmente en América Latina y Estados Unidos. Las empresas de Estados Unidos han aumentado sus ganancias en el exterior que remiten a dicho país. Este es uno de los cambios más importantes de la economía mundial actual. Indica que el análisis de la distribución de la producción entre las clases sociales bajo la forma de salarios, ganancias y renta fue central en la economía clásica, Adam Smith y David Ricardo, asimismo en Marx. A pesar de su importancia, ha sido desplazada por los análisis de la distribución del ingreso individual o familiar, como parte del predominio del individualismo metodológico del neoliberalismo. Estos cambios favorables al capital, han permitido un dominio creciente del capital sobre el trabajo, los recursos naturales y sobre los estados. Esta distribución de la producción, conocida como la distribución funcional del ingreso, estuvo muy presente en los análisis y manuales de la macroeconomía hace unos decenios.

2. Crisis de hegemonía, estructura social y decadencia interna de Estados Unidos

Esta sección la inaugura el artículo de Jaime Zuluaga N., profesor-investigador de la Universidad Externado de Colombia, “La construcción de la identidad nacional de Estados Unidos”. Sostiene que el mito fundacional americano, pilar fundamental en la construcción de la identidad estadounidense, sigue vigente, y es un instrumento eficaz de dominación, toda vez que sustituye los “intereses de la humanidad” por los “intereses fundamentales” de este país. A partir de estos elementos explica el tipo de leyes y políticas que adopta Estados Unidos, su competencia extraterritorial y su objetivo de limitar los derechos ciudadanos. La paz estadounidense, la *paz-guerra* democrática, ha hecho del terror en muchas ocasiones su instrumento de acción.

Marco A. Gandásegui, hijo, profesor de la Universidad de Panamá e investigador asociado del Centro de Estudios Latinoamericanos, CELA, “Justo Arosemena”, en su artículo “Los partidos políticos en Estados Unidos”, sostiene que el sistema político y los partidos políticos de ese país deben reflejar su avanzado desarrollo capitalista. Los análisis de los partidos políticos realizados por marxistas y no marxistas generalmente coinciden en que Estados Unidos tiene un sistema político y una organización partidista

anómalos. Sin embargo, si el análisis se hace desde una perspectiva teórica, la anomalía se presenta en los países con regímenes capitalistas medianamente avanzados. La pluralidad de partidos políticos constituye una debilidad relativa de la clase dominante, producto de una correlación de fuerzas que no le permite legitimar su dominación de manera permanente. No hay que confundir el sistema partidista capitalista de fines del siglo xx con los “regímenes de excepción” capitalistas (bonapartismo, fascismo, dictaduras latinoamericanas) que aparecen para desmontar, en forma violenta, los sistemas políticos fracasados y efectuar reingenierías totales.

Jorge Hernández M., director del Centro de Estudios sobre Estados Unidos (CESEU) de La Universidad de La Habana, Cuba, es autor del artículo “Estados Unidos: hegemonía y legitimación ideológica”, en el que analiza la funcionalidad que la cultura política desempeña desde el punto de vista histórico como sustento de la “legitimación” hegemónica de Estados Unidos. El autor parte de un concepto de hegemonía que enfatiza los componentes ideológicos y psicológicos, y centra los fundamentos de la legitimación, tomando como referencia dos dimensiones: la conformación del consenso interno y la “política” de defensa de la “seguridad nacional”. El texto, en palabras del autor, “no se ocupa, empero, de la hegemonía como tal, sino de su legitimación cultural”. La tesis que desarrolla es la de que Estados Unidos se haya inmerso en un proceso de reacomodo o transición hegemónica.

El artículo, “Hegemonía y clase obrera de Estados Unidos” de Dídimo Castillo F., profesor-investigador de la Universidad Autónoma del Estado de México, analiza el impacto del proceso de reestructuración económico neoliberal sobre la clase obrera en Estados Unidos, en términos de sus nuevas características, sus condiciones sociales y la organización social y política vigente. La flexibilización laboral implicó un cambio drástico en las formas clásicas de gestión del trabajo, además de generar inestabilidad en el empleo, deterioro de la calidad de las ocupaciones y de los ingresos y desarticuló a la organización social de las clases trabajadoras. El neoliberalismo no sólo introdujo cambios importantes en los ámbitos de la producción y de las relaciones laborales, también transformó la estructura de clases: por un lado, las burguesías nacionales fueron desplazadas por las burguesías exportadoras y financieras ligadas al capital trasnacional y, por el otro, la clase trabajadora, representada por el obrero industrial, fue desarticulada al ser relegada a actividades de servicios, al sector informal y al trabajo independiente o autónomo. En particular, con la adopción del modelo neoliberal, y los procesos de desindustrialización impulsados por los sectores capitalistas que veían afectadas sus tasas de ganancias, los sindicatos sufrieron un im-

portante descenso del número de afiliados y, consecuentemente, perdieron capacidad de defensa de sus intereses. En este estudio se tomó como variable aproximativa de la clase obrera a los trabajadores asalariados privados. El análisis se realizó con base en la *Current Population Server* (CPS).

El trabajo de Fabio Grobart S., investigador del Centro de Investigaciones de Economía Internacional de la Universidad de La Habana, Cuba, “Ciencia y tecnología en Estados Unidos: crisis de hegemonía, competitividad y ciclo reproductivo”, analiza el entorno de relativo agotamiento, reconfiguración y pérdida de liderazgo de Estados Unidos, en lo que corresponde a la ciencia, tecnología y servicios conexos de alta tecnología (Altec), componentes esenciales del modelo reproductivo de la economía. El trabajo, en este sentido, versa sobre uno de los aspectos posiblemente menos estudiados: el creciente cuestionamiento de las llamadas “ventajas comparativas dinámicas y sistémicas” del capitalismo monopolista transnacionalizado, pilar estratégico de la política de dominio mundial. Señala que la interrelación biunívoca de hegemonía, competitividad y ciclo reproductivo, todos con tendencia a la baja, son indicadores de la crisis sistémico-estructural en los cimientos del capitalismo liderado por Estados Unidos.

Alejandro I. Canales, profesor-investigador de la Universidad de Guadalajara, y Selene Gaspar Olvera, investigadora del Consejo Nacional de Población, Conapo-México, en el artículo “Migración y juventud en Estados Unidos. Condiciones demográficas de exclusión”, defienden la idea de que los jóvenes migrantes en Estados Unidos sufren una doble condición de vulnerabilidad y exclusión social. Destacan la creciente migración de jóvenes latinoamericanos a Estados Unidos y la medida en que éstos, así como los hijos de inmigrantes nacidos en dicho país, conforman un grupo social de creciente importancia demográfica, con diferencias significativas de localización e inclusión social. Señalan que el mayor nivel de pobreza y menor grado de protección social, están directamente asociados con los menores índices de inclusión social que presentan dichos jóvenes, por lo que no sólo representan grupos socialmente vulnerables que enfrentan continuamente diversas situaciones de riesgo social, sino que, además, son grupos socialmente excluidos y segregados, que no encuentran los espacios para su integración a la sociedad estadounidense.

El trabajo de Ángel G. Quintero R., profesor-investigador de la Universidad de Puerto Rico, parte del planteamiento de que la gran difusión internacional de la cultura musical de la salsa nos ayuda a examinar las luchas contemporáneas por la hegemonía. En lugar de incorporarse a la cultura local, la salsa se “globaliza” como latinoamericano-caribeña. Fue

cristalizando en un periodo histórico cuando las transformaciones en el capitalismo estaban generando fisuras en algunas concepciones básicas de la modernidad. Muchas de las prácticas salseras tocaron nudos neurálgicos de la sensibilidad global. Esa sincronización con la estructura sentimental epocal no se identificó con el país que pretendía una hegemonía mundial. Sostiene, en ese sentido, que la crisis hegemónica estadounidense se manifestó en la renuencia de los inmigrantes latinoamericanos a incorporar su expresiónailable-sonora en la cultura local, ni siquiera en los términos del multiculturalismo.

3. Estados Unidos: la nueva geopolítica. Escenarios para América Latina

Luis Suárez, profesor de la Universidad de La Habana, en su trabajo “Crisis actual del sistema de dominación estadounidense sobre América Latina y el Caribe”, parte de los presupuestos teóricos y metodológicos de la prospectiva crítica. Sintetiza las tendencias y contratendencias que, en los años más recientes, han fortalecido o debilitado, según el caso, el sistema de dominación estadounidense sobre el llamado “hemisferio occidental”. Desde esas contradictorias constataciones y recorriendo los procesos políticos reformistas, reformadores o revolucionarios que se están desarrollando en América Latina y el Caribe, explora el escenario más probable que tendrá que enfrentar ese sistema de dominación durante la que pudiera ser la primera administración de Barack Obama.

El trabajo de Silvina Romano, investigadora adscrita a la Universidad de Córdoba, Argentina, “Democracia liberal y seguridad en el discurso del gobierno de Estados Unidos: continuidades y rupturas”, destaca la política “antiterrorista” de la administración de George W. Bush y establece la relación entre democracia y seguridad. Según esta autora, dicha estrategia condujo al recorte —por medios legales— de las libertades básicas promovidas por la democracia liberal. De esta manera, lo que se inició con las operaciones encubiertas de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y del Departamento de Estado en otros países, hoy amenaza las libertades civiles de los mismos estadounidenses.

El artículo de Darío Salinas, profesor-investigador de la Universidad Iberoamericana, de México, “América Latina y Estados Unidos: más allá del libre comercio”, parte del planteamiento central que se refiere al denso movimiento de tendencias y contratendencias políticas que se desatan en

la historia reciente de la región, en el contexto internacional de posguerra fría y ante los nuevos influjos de la política de Estados Unidos. La preocupación analítica gira en dos ejes: la integración y la democratización. Concluye postulando que, ante las señales de crisis del modelo predominante, se está produciendo un complejo proceso de reconceptualización del comercio, la democratización y la integración, uno de cuyos cuestionamientos apunta a la necesidad de recuperar la capacidad regulatoria del Estado.

REFERENCIAS

- Amin, Samir, 2008, “¿Debate financiera, crisis sistémica?”, *Rebelión*, Informe introductorio, Foro Mundial de las Américas, Caracas, octubre, <www.rebelion.org/noticia.php?id=76484>.
- Arrighi, Giovanni, 2007, Adam Smith en Pekin, *Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, Madrid, AKAL.
- Bell, Daniel, 1977, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, México, Alianza Editorial.
- Castillo Fernández, Dídimo, “Hegemonía y modelo laboral de Estados Unidos”, Marco A. Gandásegui, hijo (coord.), *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, México, Clacso-Siglo XXI Editores.
- De Sebastián, Luis, 2004, “La decadencia económica de Estados Unidos”, *Observatori del Deute en la Globalització*, Catalunya, Universitat Politècnica de Catalunya.
- Deutsch, Karl W., 1976, *Política y gobierno*, México.
- Krugman, Paul, 2004, “La muerte del sueño americano”, *Rebelión*, 30 de enero, <www.rebelion.org/hemeroteca/imperio/040130krugman.htm>.
- Sotelo Valencia, Adrián, 2007, *El mundo del trabajo en tensión. Flexibilidad laboral y fractura social en la década de 2000*, México, Plaza y Valdés.
- Wallerstein, Immanuel, 1996, “El derrumbe del liberalismo”, *Tareas*, núm. 93, Centro de Estudios Latinoamericanos, “Justo Arosemena”, Panamá, mayo-agosto.
- _____, 2002, *Un mundo incierto*, Buenos Aires, Libros del Zorzal.
- _____, 2003a, “U.S. Weakness and the Struggle for Hegemony”, *Monthly Review*, volumen 55, núm. 3, julio-agosto.
- _____, 2003b, *Después del neoliberalismo*, México, Siglo XXI Editores.
- _____, 2005, *La decadencia del poder estadounidense*, México, Era-Editores Independientes.
- _____, 2008, “La depression, una visión a largo plazo”, *La Jornada*, México, 19 de octubre, <<http://www.jornada.unam.mx>>.

I.
ESTADOS UNIDOS EN EL NUEVO
ENTORNO CAPITALISTA MUNDIAL

¿HACIA DÓNDE SE DIRIGE EL MUNDO?

IMMANUEL WALLERSTEIN

¿Hacia dónde se dirige el mundo en el próximo decenio o el siguiente? Hay dos arenas en las que podemos anticipar gran turbulencia —la geopolítica y la economía-mundo—. Permítanme referirme a cada una de ellas por separado. El relativo declive del poder geopolítico de Estados Unidos está siendo reconocido casi por todos. La elección de Barack Obama no cambiará eso. Ciertamente lo acentuará, en tanto que dejará claro que incluso una política exterior más inteligente y multilateral puede al menos evitar un declive de Estados Unidos aún más precipitado, mas no revertirlo.

Hemos entrado en un mundo verdaderamente multilateral, en el sentido de que la verdadera geopolítica del poder de los estados relativamente más débiles es, repentinamente, mucho más grande. Observemos lo que ha pasado este año en Medio Oriente. Turquía está interviniendo en negociaciones largamente postpuestas entre Siria e Israel. Qatar intervino exitosamente en un cese al fuego entre facciones fuertemente enemistadas en Líbano. Egipto busca mediar negociaciones entre Hamas e Israel. La autoridad palestina ha reanudado negociaciones con Hamas. Y el gobierno Paquistaní entró en una tregua de facto con los talibanes dentro de las zonas fronterizas con Afganistán. Lo significativo en cada una de estas acciones es que Estados Unidos se oponían a todas estas negociaciones y han sido simplemente ignorados, sin ninguna consecuencia seria para alguno de los actores.

¿Quiénes son los jugadores más importantes en esta división multilateral de la geopolítica efectiva real del poder? Junto con Estados Unidos, que por cierto no es ya un jugador central, encontramos los otros dos emplazamientos del Norte —como lo hemos sabido desde 1970— el conjunto de Europa del Oeste de la Unión Europea y Japón. Pero adicionalmente, por supuesto, encontramos ahora a Rusia, China, India, Irán, Brasil (como el líder putativo de un bloque sudamericano) y Sudáfrica (como el líder putativo de un bloque australafricano).

Lo que sucede es que hay una inmensa cantidad de maniobras en pos de alianzas, con gran carga de debate interno en estas zonas, acerca de los aliados óptimos y gran carga de incertidumbre acerca de quién será elegido. Adicionalmente, hay un gran número de países inseguros de cómo maniobrar en esta situación. Pienso en Polonia, Ucrania, Corea, Paquistán, Egipto, Ni-

geria, México, Canadá y sin duda otros más. Tan pronto como los enlisto, uno puede ver que estamos en una muy nueva situación geopolítica, muy diferente a lo que el mundo ha visto en mucho tiempo. No es definitivamente anarquía total, sin embargo, ciertamente es desorden geopolítico masivo. Sin duda genera nerviosismo en muchos gobiernos, y los remite a la búsqueda de un conjunto más estable, lo que precisamente incrementa la crudeza de sus desacuerdos internos acerca de sus opciones políticas. Observen los debates en Irán y Polonia ahora, sólo por citar dos ejemplos. Miremos ciertamente el debate que se desarrolla en Estados Unidos y el cual creo será más intenso (y tenso) al finalizar el primer decenio del siglo XXI.

Ahora pongamos este desorden geopolítico al lado de las graves incertidumbres de la economía mundial. Cualquier lector de la prensa financiera del mundo no puede sino ser sorprendido por los amargos desacuerdos entre los expertos y los grandes jugadores del mercado mundial acerca de lo que pasará y lo que, en consecuencia, deben hacer. ¿Hasta donde se hundirán las acciones del mercado? ¿Es la inflación una amenaza real? ¿Dónde está el terreno seguro?

Hay una serie de problemas reales. Está primero que nada, el asunto de las divisas nacionales. Hemos vivido, al menos desde 1945, en un mundo estabilizado por el dólar. El declive de Estados Unidos, en particular su declive como enclave dominante de la producción mundial, combinada con su sobreendeudamiento –deuda gubernamental, deuda empresarial y deuda individual– ha causado un serio decremento en su tasa de cambio, y cuyo punto final permanece incierto pero será aún más bajo, mucho más bajo que en la actualidad.

Este decremento del dólar presenta un dilema económico serio para otros países, particularmente aquellos que han puesto su creciente riqueza en inversiones y acciones en dólares. Estos países están angustiados: por un lado, por querer mantener a Estados Unidos como un comprador importante de sus importaciones y, por otro, por las pérdidas reales en las que incurren en el valor cotizado en dólares de sus activos, ya que el dólar descende. Es obvio lo que pasa: se están desprendiendo lentamente del dólar, hasta ahora enfatizando el “lentamente”.

Sin embargo, como con todas las salidas financieras, el problema para los poseedores de acciones es la elección del momento adecuado –ni demasiado pronto, ni demasiado tarde–. Siempre hay riesgo, el riesgo elevado del pánico repentino –una virtual “carrera al banco” con consecuencias devastadoras para quienquiera que llegue treinta segundos demasiado tarde e incluso resultados más devastadores para Estados Unidos –su gobierno,

sus compañías y sus ciudadanos-residentes—. Todos nosotros estamos conteniendo la respiración.

¿Pero, entonces qué? ¿Alguna otra divisa reemplazará al dólar como la reserva económica del mundo? El candidato evidente es el euro. No es seguro que pueda desempeñar este papel o siquiera que los gobiernos europeos quisieran que lo desempeñara, a pesar de que es posible que este papel le sea impuesto. De no ser el euro, ¿podríamos tener una situación de múltiples divisas, una donde el dólar, el euro, el yen, posiblemente el yuan y la libra sean usadas en transacciones mundiales? La respuesta aquí es un tanto semejante a la pregunta de las alianzas geopolíticas: no sería total anarquía, pero sí ciertamente desorden, y los gobiernos y productores del mundo se sentirían por demás incómodos, ni hablar de los pensionistas.

No obstante, la divisa está lejos de ser el único problema. Muchos países extensos han presenciado grandes incrementos en el volumen de sus producciones y su nivel de consumo. Sólo tomemos los así llamados países BRIC —Brasil, Rusia, India y China— que albergan algo así como el 60% de la población mundial. El incremento en sus niveles de producción y consumo ha conducido a un increíble aumento en la demanda de energía, materias primas, alimentos y agua. Repentinamente los precios en estos lugares han experimentado una escalada incontrolable debido a que la demanda ha rebasado al abasto por un amplio margen.

Alguien tiene que ceder. Podríamos tener una gran inflación mundial, debido a que los precios de estos bienes continúan su escalada, incentivada por los especuladores. Podríamos entonces tener proteccionismo masivo, pues los gobiernos buscarían salvaguardar sus propias reservas limitando cualquier tipo de exportación. Sabemos por experiencias pasadas que esto puede crear un círculo vicioso errático. O podría haber escasez masiva aquí y allá, lo que desembocaría en altas tasas de mortalidad y serias catástrofes gubernamentales.

Gobiernos golpeados por ganancias reales reducidas, y bajo presión de no aumentar impuestos para compensar, podrían tener serios recortes en tres rubros clave: educación, salud y pensiones de retiro. Pero estos son los tres rubros que, como parte de la democratización del mundo en los dos últimos siglos, han sido demandas claves de los pueblos a sus gobiernos. Los gobiernos que no se encuentren capacitados para atacar seriamente el mantenimiento de estas tres formas de redistribución social enfrentarían una grave pérdida de legitimidad, con consecuencias muy inciertas en términos de levantamientos civiles.

Ahora bien, esta fotografía completamente negativa del corto plazo es exactamente lo que uno quiere decir cuando dice que el sistema se ha des-

plazado más allá del equilibrio y ha entrado en un estado caótico. El caos, ciertamente, no dura para siempre. Las situaciones caóticas al final engendran su propia resolución en lo que Prigogine y Stengers llamaron “el orden a partir del caos” que es el título en inglés de su obra clásica.¹ Como enfatizan los autores, en medio de una bifurcación hay creatividad, hay elección, pero no podemos estar seguros de cuáles serán las elecciones.

Hoy la pregunta para el mundo es justamente esa: ¿qué debemos elegir?, ¿cómo elegir?, y ¿cómo podemos lograr el resultado que queremos que nuestras elecciones traigan? El mundo de izquierda tuvo un crecimiento vertiginoso en el siglo diecinueve y en especial en el veinte. Movilizaba apoyos a gran escala y de manera muy efectiva. Llegó un momento en el periodo ubicado después de 1945 cuando se le veía triunfar en todas partes y de cualquier forma. El tono de triunfalismo dominaba el espíritu de todos los adeptos.

Entonces vinieron las grandes desilusiones, y hubo muchas. Los estados en donde los movimientos antisistémicos llegaron al poder, de una forma u otra, fueron en la práctica distantes de lo que las fuerzas populares hubieran esperado y deseado instituir. Y la irreversibilidad de estos regímenes resultó ser otra ilusión. No es necesario revisar aquí las muchas causas de estas desilusiones y las muchas maneras en que el otrora apoyo masivo a estos movimientos fue disipado. Cualquiera puede repetirlos.

A principio de los noventa, el triunfalismo había desaparecido totalmente en el mundo de izquierda, para ser reemplazado por un extendido letargo, con frecuencia un sentimiento de derrota. Hubo unos pocos que seguían listos para expresar fórmulas, los *langue du bois*, las certezas de hace treinta años. Sin duda, el triunfalismo cambió de bando. Repentinamente, fuimos atacados por la derecha con el tema de “el fin de la historia” del eslogan de la señora Thatcher “*No Hay Alternativa*” (TINA)² para la única elección disponible, la globalización neoliberal.

Y sin embargo, como sabemos, el triunfalismo del mundo de la derecha también se desmoronó, con mayor espectacularidad en el absoluto fiasco de la aseveración neoconservadora de una dominación imperial permanente de Estados Unidos sobre el mundo. En cinco años a partir de 2003, la proclama de George W. Bush, en medio de magnificencia fingida, de “misión

¹ Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *El orden a partir del caos: el nuevo dialogo del hombre con la naturaleza* (*Order Out of Chaos: Man's New Dialogue with Nature*), Nueva York, Bantam, 1984. Título original en francés: *La nouvelle alliance: Métamorphose de la science*, París, Gallimard, 1979.

² TINA: There Is No Alternative; que en español se traduce como *No hay Alternativa* [T].

cumplida” se ha convertido en un chiste rancio. Desde el levantamiento Zapatista en 1994 hasta el exitoso cierre de la convención de Seattle de la Organización Mundial del Comercio en 1999, a la fundación del Fórum Social Mundial (World Social Forum, wsf) en Puerto Alegre en 2001, un mundo de izquierda reencendido está ahora en la escena mundial nuevamente.

La verdadera pregunta es qué tipo de acciones políticas pueden resultar significativas en el mediano plazo de los próximos treinta años que inclinen la lucha por la elección en la bifurcación sistémica en dirección de un mejor sistema mundial, es decir, ampliamente democrático e igualitario. Estoy asombrado por el grado al cual, en este mundo llamado globalizado, la demanda popular insistente es un mayor control popular en el entorno local.

Esta demanda de la devolución de la verdadera toma de decisiones se encuentra en el esfuerzo de movimientos indígenas por lograr estados “pluriculturales”. Se encuentra en las demandas de trabajadores sin tierra, no simplemente para acceder a la tierra, sino para tener autosuficiencia en la producción de alimentos. Se encuentra en las demandas de grupos compuestos por personas que tienen prácticas sexuales alternas para sacar del adormecimiento a estos estados de cualquier manera posible. Se encuentra en las demandas de trabajadores de la industria amenazados con “huida” para mantenerlos en sus plantas y continuar funcionando incluso si el nivel de rentabilidad es bajo. Y se encuentra, sobre todo, en la insistencia de las mujeres por adquirir autonomía genuina en una mirada de aspectos de sus vidas.

Uno puede pensar que esto es una especie de resurrección del anarquismo clásico. Pero no lo es realmente, al menos porque casi todas estas presiones actúan poco para destruir el Estado que buscando hacer a los estados de alguna forma verdaderamente menos relevantes en sus vidas. Estos empujones no vienen de “lanzagranadas” sino de constructores.

Vivimos en un ambiente mundial caótico. El caos es un gran torbellino con grandes fluctuaciones. Por lo tanto, es muy difícil ver claramente. Es un poco como tratar de avanzar bajo una gran tormenta de nieve. Nunca he estado en una tormenta de nieve verdaderamente cegadora. No obstante, imagino que los sobrevivientes son aquellos que usan algo como una brújula para saber en qué dirección caminar y que examinan las pulgadas de nieve frente a ellos para asegurarse de no tropezar con algún agujero. La brújula son nuestros objetivos en el mediano plazo –el tipo del nuevo sistema mundial que deseamos construir–. La nieve frente a nosotros son las políticas con el menor de los males. Si no tenemos cuidado con ambas estamos perdidos. Algunas personas sobreviven a tormentas de nieve y otras no. Debamos acerca de la dirección de la brújula, ignorando los estados

y el nacionalismo. Relacionémonos, no obstante, con los estados y el nacionalismo en el corto plazo, para evitar fracturas. Entonces tendremos la oportunidad de sobrevivir. Entonces tendremos la oportunidad de lograr ese otro mundo que es posible.

GLOBALIZACIÓN, EL FUTURO DEL CAPITALISMO Y LAS POTENCIAS EMERGENTES*

THEOTONIO DOS SANTOS

LAS POTENCIAS EMERGENTES Y EL FUTURO DEL CAPITALISMO

Si miramos la escena internacional en el inicio del siglo XXI veremos de un lado la pérdida de dinámica del capitalismo central, de las instituciones que lo sostienen y de su condición de ordenador de la economía mundial. De otro lado, nuevas potencias que emergen en el escenario global determinando cambios cada vez más importantes aunque insuficientes para cambiar totalmente la calidad del sistema mundial. Pero se trata claramente de una fase de transición hacia un nuevo orden mundial y un nuevo sistema mundial que se regirá muy claramente por fuertes capitalismos de Estado cuya acción conjunta buscará regular el comercio, el movimiento de capitales y los servicios, así como el movimiento de mano de obra mundial.

Durante este periodo de transición, las potencias continentales y las integraciones regionales jugarán un papel muy importante para organizar este nuevo sistema mundial. Para ello tendrán que seguir una filosofía política capaz de servir de base doctrinaria para el pleno desarrollo de una civilización planetaria, pluralista, democrática e igualitaria. En esta civilización, a pesar de su carácter planetario, los estados nacionales cumplirán un papel ordenador y regulador, estableciendo una nueva distribución de renta interna e internacional. Estos estados serán la base de las instituciones internacionales capaces de asegurar la justicia como principio ordenador de la vida planetaria. Esto los obligará a apoyarse en una fuerte base colectivista, en los derechos humanos y en el derecho de los pueblos, en la paz y en el respeto a la soberanía nacional. De esta manera, una concepción socialista de la economía y la política internacional (se adopte esta palabra o no) será la única capaz de asegurar la paz mundial y tener una perspectiva de desarrollo social, económico y político para la humanidad.

Como expresión de esta nueva realidad, podríamos citar la crisis del sistema monetario de la posguerra con la pérdida de función del FMI y del Banco Mundial, con las dificultades de la implantación de la Organización

* Documento basado en las ideas presentadas en el *Seminario Internacional REGGEN 2005*.

Mundial del Comercio, con el fortalecimiento del Grupo de los 20, la aparición del Tribunal de los Derechos Humanos y varias otras manifestaciones de un nuevo orden mundial con una base de poder más amplia. La necesaria reforma de las Naciones Unidas, que a partir de la superación del Consejo de Seguridad creado al finalizar la segunda guerra mundial, de la superación de la guerra fría impuesta por Estados Unidos en la posguerra para asegurar su control ideológico de Europa y superado también el concepto de estrategia atlantista fundada en la OTAN y en la unidad hemisférica hacen imperativo repensar a esta organización. Para culminar esta transición, el Grupo de los 7 creado dentro del espíritu de la Trilateral, en contra de la unidad del tercer mundo y el campo socialista, incorpora a Rusia y empieza a abrir sus puertas a las potencias emergentes del tercer mundo. El reconocimiento de los BRIC, a partir del sistema financiero internacional, muestra la necesidad de una perspectiva nueva más realista.

Este cuadro indica mucho más la decadencia del orden anterior que los términos del nuevo orden. Sin embargo, las cúpulas de las Naciones Unidas, realizadas entre 1992 (ECORIO) y 2004 (implantación de las Metas del Milenio) ya indicaban el sentimiento dominante en los pueblos y los estados de todo el planeta. Ellos destacan la importancia de unas Naciones Unidas más próximas de los pueblos y más distanciadas de las cúpulas del poder mundial.

Desde el tercer mundo, cabe señalar sobretudo la consolidación de un movimiento empresarial que tiene por fundamento la superación y la incorporación, al mismo tiempo, de sus técnicas, de los carteles que dominaron, y en parte aún dominan, la economía mundial. La OPEP vino a sustituir el cartel de las siete hermanas que manejaron la oferta mundial de petróleo hasta los años setenta del siglo pasado. Su éxito es resultado del realismo económico en que esta organización basa sus acciones. En un ambiente internacional dominado por la retórica del llamado “libre mercado”, la OPEP se ajusta a la práctica efectiva del mercado mundial, predominante desde el final del siglo XIX, es decir, un mercado monopolístico y oligopolístico con fuerte influencia de los estados nacionales, sea como reguladores, sea como jugadores activos dentro de este mercado mundial por medio de sus propias empresas. Sin embargo, en su conducción actual, el mercado mundial se parece mucho más a los viejos métodos de dominación y explotación monopolista, con las prácticas colonialistas que solamente fueron cuestionadas (y sólo parcialmente superadas) después de la segunda guerra mundial.

Del otro lado del mundo, el gran gigante del petróleo que no participa en la OPEP pero que utiliza con mucho gusto las consecuencias de los precios y

del poder geopolítico de su existencia y de su práctica —la Rusia de Putin— se rearticula en la economía mundial contemporánea, utilizando como arma principal su gran reserva petrolera y de gas. Al comprender finalmente que el “libre mercado” es un concepto trampa para ilusionar a los débiles, el equipo económico y estratégico de Putin prepara una OPEP del gas al aliarse con los productores de gas de la región geopolítica de la antigua Unión Soviética, que Rusia busca reorganizar bajo su hegemonía.

Es interesante notar cómo estos fenómenos forman parte de un reordenamiento estratégico mundial, en el cual pesa mucho la ampliación de la demanda china y sus movimientos para asegurar el abastecimiento de su espantoso crecimiento económico. La cooperación entre China y Rusia es uno de los elementos claves de esta nueva fase del sistema económico mundial. En buena hora el liderazgo ruso percibió dos datos fundamentales para entender la fase actual del sistema mundial.

En primer lugar, después de varios ensayos de alianza estratégica con Estados Unidos, quedó claro que este país no tiene más poder financiero al vivir cada vez más del capital externo después de convertirse en el mayor deudor del planeta. Estados Unidos, siendo al mismo tiempo dependiente cada vez más de las importaciones, ha alcanzado el estadio de parasitismo que caracteriza a los poderes imperialistas en su auge y en el inicio de su decadencia. En mi libro de 1978, *Imperialismo y dependencia*, que se reeditará próximamente en la Biblioteca Ayacucho de clásicos latinoamericanos, llamaba la atención sobre la entrada definitiva de Estados Unidos en este estadio económico que pudimos observar en el auge colonial ibérico, holandés y sobretodo el inglés, muy estudiado por Hobson y Lenin. En la coyuntura actual, cualquier país que pretenda tener una función importante en la economía mundial tiene que interactuar con Estados Unidos como poder hegemónico decadente. Sugiero a los lectores que busquen actualizar este análisis en la colección —cuatro volúmenes— sobre *Hegemonía y Contrahegemonía* que he organizado para la editorial de la Universidad Católica de Río de Janeiro y las ediciones Loyola, y en el libro *Países Emergentes y Modernidades Alternativas* que publicó la UNESCO, Brasil, bajo mi coordinación.

En segundo lugar, Rusia tuvo que disciplinar los intereses privados que se crearon con el desmantelamiento del Estado soviético que tuvo como método un verdadero asalto al mismo. Este proceso de rearticulación aún está en curso y su resultado será una enorme revitalización del capitalismo de Estado que casi sin contraste interno organizó la sociedad soviética, proceso que deshizo la Rusia neoliberal. Es interesante señalar que el gobierno de Bush hijo ya acusó y reconoció esta situación con la intervención crítica directa del

vicepresidente Cheney y el recommienzo de una estrategia de cerco sobre Rusia. Estos hechos muestran una vez más que la “contención” soviética, inaugurada con la guerra fría, no era una estrategia ideológica y sí geopolítica.

¿Podrá Estados Unidos, sin recursos financieros propios, convencer al resto del mundo de financiar esta nueva aventura de contención de la unidad sino-rusa que reconstituye en parte el gran espacio euroasiático que unía el viejo camino de la seda que iba desde China hasta el mediterráneo?

En este contexto, llaman la atención dos encuestas. De un lado, el Pew Research Center muestra el estado de choque de la política internacional de Estados Unidos y la opinión pública mundial. Los países donde hay una opinión favorable de Estados Unidos superior a 50% se reducen a Japón (60%), Nigeria (60%), Gran Bretaña (54%) e India (58%). China y Rusia están próximas pero abajo de 50%. Francia y Alemania están alrededor de 40%. Indonesia, Egipto, Pakistán, España, Jordania y Turquía están debajo de 30%. Más importante aún es constatar que la mayoría de los países entiende que el mundo se hizo más inseguro con la guerra en contra de Irak (*International Herald Tribune*, June, 14, 2006). Encuestas más recientes amplifican estas tendencias.

Por último, es interesante constatar los resultados del estudio del GlobeScan y la Universidad de Maryland sobre la aceptación de la llamada libre empresa y libre mercado como el régimen ideal para construir el futuro. Después de la inmensa propaganda del pensamiento único sobre la victoria final del liberalismo y el consecuente fin de la historia, solamente 36% de los franceses dicen que sí a este régimen económico, solamente los 47% de los turcos lo aceptan, 59% de los italianos, 63% de los españoles, 65% de los canadienses y alemanes, 66% de los británicos. Los índices de 70% quedan reservados para Estados Unidos, India y China.

Aparentemente se trata de una fuerte mayoría, pero es impresionante que encontremos índices de rechazo tan fuertes en varios países que están bajo el bombardeo ideológico de los grandes medios de comunicación mundial. Asimismo, si comparamos los dos datos, vemos por lo menos que se piensa en un capitalismo sin la hegemonía de Estados Unidos.

Hay que profundizar estos análisis para acompañar el desarrollo de la subjetividad mundial que se aparta a grandes pasos de la unanimidad del pensamiento único. Y hay que pensar con cuidado la reacción de esta subjetividad frente a la reorientación de la distribución de fuerzas mundiales. En este contexto, crece el interés por el fenómeno de los BRIC (Brasil, Rusia, India y China) al cual incorporamos Sudáfrica que tiende a liderar un continente que tendrá más de 1 000 millones de habitantes en los próximos 30 años.

Todo indica, por lo tanto, que la experiencia neoliberal está en crisis y que nuevas propuestas macroeconómicas y de régimen económico social se colocarán en el centro del debate mundial. Mientras tanto, el giro electoral hacia gobiernos socialdemócratas y de centroizquierda crean una situación cada vez más crítica: son los partidos de base obrera y popular que se encargan de gestionar la economía y la sociedad capitalista. El triunfo de gobiernos derechistas en Europa en 2006-2007 revela la decepción de los electores con la sumisión de los socialdemócratas y socialistas al programa neoliberal. Los caudillos de la derecha han asumido compromisos de eliminar el desempleo y de defensa del mercado nacional que no podrán cumplir. ¿Por cuánto tiempo se mantendrán estas contradicciones? Para explicarlas debemos buscar los antecedentes históricos, como el periodo del absolutismo europeo, que reguló el avance del capitalismo comercial europeo del siglo XVI al siglo XVIII hasta que varias revoluciones y movimientos de reforma abrieron camino para el pleno desarrollo de la economía capitalista moderna, con base en la revolución industrial y en el régimen de trabajo asalariado.

LA CUESTIÓN DE LA HEGEMONÍA

Mantener un poder hegemónico en una economía-mundo de dimensión planetaria es una tarea excepcional. Pretender mantener el control del planeta desde una perspectiva unilateral, con una economía endeudada y deficitaria, es una aventura peligrosa.

En los últimos años hemos asistido a la difusión de la idea de que Estados Unidos son hoy en día una superpotencia cuyo poder es incontrastable. Esto le aseguraría la capacidad de ejercer una hegemonía global indiscutible. Los hechos indican, sin embargo, una situación opuesta. Nunca la hegemonía del sistema mundial estuvo tan amenazada, a pesar de la dificultad de identificar la existencia de un poder alternativo capaz de imponer orden y lógica al conjunto.

¿Estaremos asistiendo al final de las hegemonías sobre el sistema mundial? ¿Estaremos caminando bajo la forma de sobresaltos hacia un nuevo tipo de sistema mundial basado en relaciones más horizontales? ¿Serán necesarias varias guerras –como ocurrió en el siglo XX– para definir una posible alternativa al poder hegemónico actual? ¿Habrá un periodo de transición, en el cual se establecerá una *hegemonía compartida*, hacia un nuevo orden que podríamos llamar una civilización planetaria en la cual no habrá un

poder hegemónico nacional sino un conjunto de naciones que sostendrán en un sistema de pesos y contrapesos un nuevo sistema mundial?

En realidad estas son las alternativas que he barajado en los últimos veinte años, en los cuales he rechazado las varias modas dominantes: decadencia americana en los años ochenta con la perspectiva de un recentraje asiático; ultrahegemonía estadounidense en los años noventa; hegemonía unilateral estadounidense en los años 2000.

En realidad, creo que el escenario de seguridad mundial estará cada vez más marcado por la retomada del *hinterland*, formado por la interacción creciente entre Europa, los países de la antigua Unión Soviética y, sobretodo, China, sin desprestigiar el papel de la India y del llamado Oriente Medio en un retorno de la función central de la masa terrestre euroasiática que abrigó la ruta de la seda durante milenios de historia universal.

El cambio hacia el poder marítimo como centro de la estrategia mundial se inició en el siglo xv con las descubiertas rutas marítimas y se consolidó en el siglo xix con el barco a vapor y la superioridad tecnológica europea a partir de la revolución industrial. Sin embargo, caminamos hoy en día hacia el dominio del espacio extraterrestre, de la aviación y de los transportes terrestres que dependan lo menos posible del petróleo en extinción. Esto puede asegurar también una posición importante para continentes tropicales o subtropicales, que fueron excluidos de los poderes hegemónicos del siglo xix hasta nuestros días, como América del Sur y África.

Un nuevo factor que deberá influir significativamente en la reordenación geopolítica del mundo es la biodiversidad, que se concentra en los países tropicales y subtropicales. La importancia de esta biodiversidad se hará cada vez más crucial en la medida en que se hagan necesarias las fuentes energéticas basadas en materiales renovables o biomásas. En realidad no estoy hablando de perspectivas seculares sino de decenios.

Debemos incluir en esta revisión geopolítica los fenómenos demográficos, porque la población mundial se concentra en los países del sur, particularmente en Asia. Sin dejar de señalar que América Latina y África serán también partes significativas de la población mundial en los próximos veinte años.

En este cuadro planetario es difícil creer que Estados Unidos y la perspectiva de poder desde el Atlántico Norte, por medio de la cual se consolidó su hegemonía, pueda sostener un nuevo consenso mundial. Y no solamente por la importancia del océano Pacífico, como se insistía en los años ochenta, sino también por la incorporación de la dimensión euroasiática terrestre, como lo he señalado.

Pero la limitación más grave para el proyecto hegemónico se encuentra en el plano económico. Estados Unidos pasó en los últimos veinte años de una economía superavitaria y acreedora con respecto al resto del mundo a una economía deficitaria y deudora. Este cambio no es una cuestión coyuntural, se trata de un resultado necesario de la condición brutal de ejercer el dominio mundial.

Se trata de los costos impresionantes que representan las investigaciones y el desarrollo de productos y procesos para mantener una fuerza militar capaz de intimidar a todo el mundo. Sin contar los costos de mantener una moneda mundial sobrevaluada para garantizar el dominio monetario y financiero del planeta.

Después de la lucha del gobierno de Clinton para bajar el déficit fiscal (que se transformó en superávit fiscal al final de su gobierno) y su poco exitosa lucha para bajar el déficit comercial con el resto del mundo, el gobierno de Bush hijo, al intentar imponer una superioridad estratégica mundial unilateral, retomó en niveles insanos el déficit fiscal y el déficit comercial y cambiario de Estados Unidos.

Una economía en déficit colosal no puede mantener una moneda fuerte. El dólar está en caída, situación que continuará hasta el final del primer decenio del siglo. Mientras tanto el euro se consolidará como moneda de circulación regional y ya apunta hacia la condición de moneda de reserva internacional, que lo elevará a la condición de una segunda moneda mundial.

En Asia, a pesar de la importancia de los dólares asiáticos, asistimos a una creciente integración continental en torno a los mercados japonés y chino, con el despertar del mercado indio, entre otros. Así como en Asia se implanta un fuerte sistema financiero regional, en América Latina el Banco Sur anuncia una nueva realidad financiera y monetaria.

El costo de la hegemonía es demasiado elevado para ser asumido por un solo país o una economía. En los próximos veinte años la economía mundial vivirá cambios colosales que pocos se han atrevido a pensar. En este cuadro, el factor más estabilizador del orden colonial existente son las políticas recesivas recomendadas por el Fondo Monetario Internacional. Éstas retiran de la escena económica internacional países tan importantes como Brasil, condenados a la recesión y a la regresión de sus exportaciones hacia la vieja economía agraria o mineral exportadora. ¿Por cuánto tiempo sus pueblos aceptarán este destino? Brasil, por ejemplo, ya inició una marcha aún tímida y confusa para restablecer el crecimiento económico y su competitividad en la economía mundial.

Asimismo, los países del llamado tercer mundo en general detentan hoy en día las mayores concentraciones de liquidez del mundo. Su unidad con

algún mecanismo de acción conjunta, como puede ser el Banco del Sur, pondrá en jaque la hegemonía mundial de los actuales centros financieros y creará nuevas redes de inversión en el plano mundial. La iniciativa asiática de crear un fondo propio, o la de América del Sur (bajo la iniciativa venezolana) de crear un banco del sur, son tímidos pasos en una dirección que tendrá nuevas expresiones, entre las cuales se plantea la coordinación financiera de las potencias petroleras, especialmente del Oriente Medio, la mayor aproximación de Rusia respecto a los países petroleros y una mayor coordinación del mercado del oro, que incluye a África del Sur, y tantas otras iniciativas que se harán cada vez más necesarias mientras siga la actual dirección del comercio mundial y sus consecuencias financieras. Es importante seguir, sobre todo, la formación de los fondos soberanos que se colocan en el mercado mundial como un fuerte factor de reordenamiento de la propiedad de empresas e iniciativas financieras, así como un nuevo factor del financiamiento del desarrollo. Son fenómenos institucionales que parten del hecho fundamental de que son espectaculares las reservas que disponen actualmente los países del tercer mundo.

DESARROLLO Y ECONOMÍA MUNDIAL

Vista desde un plan económico global, vivimos una situación de recuperación económica de largo plazo, una nueva fase A de las ondas largas de Kondratiev, que tiene aún su centro en la economía estadounidense. Pero esta recuperación está apoyada en colosales desequilibrios económicos, como los déficit fiscal, comercial y cambiario estadounidense. En este entorno, hay un espacio espectacular para la expansión de las exportaciones y formación de superávit comerciales que permiten una cierta recuperación del crecimiento económico en los países del sur. Es ahí donde se sitúa el caso chino que tanto preocupa al resto del mundo.

Las luchas políticas locales y regionales sugieren la necesidad de retomar el crecimiento económico, como lo hemos señalado en varios artículos. Los electores rompen definitivamente con las diatribas neoliberales y con las previsiones de inflación en un mundo en deflación. La impactante victoria de Lula en Brasil, la victoria del Frente Amplio en Uruguay, la reelección de Kirchner en Argentina y elección de su esposa Cristina Fernandez, la constante reafirmación de la presidencia de Hugo Chávez en Venezuela, la espectacular afirmación de Evo Morales en Bolivia, el desafío impresionante que

representa Ollanta Humala en Perú, la fuerza de Andrés Manuel López Obrador en México, a pesar de no haber podido asegurar su victoria electoral, las sucesivas victorias de candidatos en contra del neoliberalismo en Ecuador, hasta la consagración de Rafael Correa en la presidencia, después de varias traiciones a los movimientos populares; el fortalecimiento de la izquierda en El Salvador y la victoria sandinista en Nicaragua, la asunción de los socialistas a la dirección de la “concertación” en Chile, a pesar de sus concesiones al neoliberalismo, y tantos otros casos, son prueba de esta afirmación.

Pero algo más fehaciente se produce en el centro del sistema mundial. La espectacular victoria de la candidatura de Obama, al lado de la fuerte competencia presentada por la candidatura de la señora Clinton en el campo demócrata, revelan un impresionante sentimiento de fastidio del pueblo de Estados Unidos. El carácter militante que asumieron estas candidaturas de antiguas “minorías” en este país, indica una nueva disposición anímica en el centro del sistema. Inclusive el triunfo de la candidatura McCain entre los republicanos demuestra un movimiento hacia el centro aunque moderado. El resultado de las elecciones, indicó que se revitalizan definitivamente fuerzas sociales antiimperialistas en el centro del sistema y que producirán nuevas realidades políticas y cambios en la orientación del bloque de fuerzas dominantes en este país.

Estos hechos, aparentemente aislados, deben verse en el entorno del conjunto de la economía mundial. Nuestros estudios sobre el tema se han caracterizado por cultivar este tipo de enfoque, profundizado en varios libros y en los seminarios realizados en varias oportunidades, entre otros, aquellos realizados por las redes en que participo (<www.reggen.org.br>; <www.redem.buap.mx>; <www.pekea.org>; <www.redcelsofurtado.edu.mx>).

Es cada vez más claro que el conjunto de la economía mundial ha superado las tendencias inflacionarias que se imponían hasta el comienzo del decenio de los noventa e inició una fase de crecimiento económico global que se manifestó en índices cada vez más altos de crecimiento de los PIB nacionales desde 1994 a 2000. En este último año vimos el intento del FED de contener este crecimiento con la elevación de la tasa de interés a 6.5%, lo que produjo una amenaza de recesión grave y obligó a estos hechiceros de la economía a rebajar drásticamente la tasa de interés de Estados Unidos hasta 1%.

A partir de 2003, los aventureros que comandan los bancos centrales, particularmente el estadounidense, aumentaron nuevamente la tasa de interés pero no han logrado contener seriamente el crecimiento. Como consecuencia del quiebre del sector de securitización inmobiliaria en Estados Unidos

en octubre de 2007, empieza a bajar moderadamente la tasa de interés otra vez. Muy pronto van a tener que bajarla mucho más. Cuando los pueblos experimentan los efectos depresivos de esos ataques –conservadores en los objetivos pero aventureros en sus métodos– se restablecerá la conciencia de la necesidad del pleno empleo, única base sólida del equilibrio social en la sociedad moderna. Y el pleno empleo, a pesar de las nuevas realidades tecnológicas contemporáneas, sólo puede ser obtenido con el crecimiento económico. Y éste, a su vez, sólo puede sostenerse con base en un descenso de la tasa de interés, hasta negativa, que recicle los enormes excedentes tragados por el capital financiero en los años depresivos, es decir, de 1967 a 1993 y los ponga a la disposición de una revolución productiva colosal permitida por la robotización y por su sustentación en la revolución científico-técnica y en particular de la etapa informática en expansión.

En esta coyuntura, el gobierno del señor Bush hijo optó por utilizar el déficit fiscal como instrumento privilegiado para retomar el crecimiento. Tomando en consideración la dimensión colosal de la deuda pública estadounidense y su dependencia creciente de capitales externos para mantener las inversiones, vemos las dificultades que tiene este país para garantizar indefinidamente su crecimiento económico.

Para disponer de recursos para la venta de sus títulos públicos, cada vez más desmoralizados, Estados Unidos tiene que profundizar su déficit comercial, generando superávit comerciales a tuerto y a derecho. Estos superávit provocan una gran liquidez mundial en dólares cada vez menos deseados frente a la debilidad intrínseca de una moneda de un país deudor y deficitario. Sin embargo, países como China y Japón se ven aún en la necesidad de comprar estos títulos para garantizar el mercado para sus exportaciones.

Son pues muy evidentes los límites de estas “soluciones” tan creativas cuan aventureras. Ellas indican graves crisis al final de estos “equilibrios” precarios de flujos económicos que generan desequilibrios de “stock” o estructurales insoportables. En la punta final de este periodo aventurero, en lo máximo en unos 15 años, está la desvalorización colosal del dólar. Este no alcanzará a resistir a largo plazo y ya presenta debilidad en la actualidad con la valorización del euro y del yen. El yuan chino se resiste a una valorización más fuerte pero no deja de presentar valorizaciones significativas al soportar la desvalorización durante la crisis asiática de 1997 y al realizar valorizaciones moderadas posteriormente.

En América Latina continuamos asociados al dólar, con graves prejuicios en nuestro poder de compra internacional. Pero, por otro lado, la paridad con el dólar cada vez más devaluado permite mantener el precio de

nuestros productos en el mercado mundial y aumentar significativamente nuestras exportaciones hacia mercados en expansión, como los asiáticos, el Oriente Medio y hasta Europa.

No hay duda de que se trata de una coyuntura favorable para la expansión de las exportaciones y la formación de reservas significativas para los países de la región. Bien manejados, estos instrumentos macroeconómicos podrían ayudar a retomar el crecimiento económico, si se acompaña de políticas industriales basadas en la evolución de la revolución científica y tecnológica que es el sostén de esta recuperación global.

Se puede notar lo grave que representa la prisión del pensamiento económico de la región con las nociones absurdas y superadas de la estabilidad monetaria (una estabilidad falsa, por señal, porque retira de la categoría de gastos públicos a los intereses, cuando son ellos los principales responsables de las actuales presiones inflacionarias en la región). Estas nociones son sistematizadas por las doctrinas inspiradas en el neoliberalismo, ideología completamente ultrapasada en el contexto histórico del siglo XX y XXI. Si mantenemos los principios restrictivos al crecimiento, esta será una oportunidad más que perderemos de incorporarnos positivamente en esta coyuntura mundial que corre hasta ahora en favor de Asia.

Por esto, como ocurre hoy en día en todas partes, las reuniones internacionales terminan con un gran debate sobre el crecimiento chino y las perspectivas de este país de asumir un papel cada vez más hegemónico en las relaciones internacionales. Y se repite sistemáticamente la comparación entre América Latina fracasada y el Asia con una evolución positiva.

NUEVAS RELACIONES SUR-SUR

La Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (CNUCED) más conocido como UNCTAD, fue creada a partir de los planteamientos teóricos de Raúl Prebisch, el economista argentino cuya obra es un marco radical para el pensamiento universal sobre el comercio mundial y el desarrollo. La UNCTAD fue hasta hace poco tiempo dirigida por Rubens Ricúpero, destacado diplomático brasileño, ex ministro de economía, que prolonga en gran parte el marco teórico de Prebisch adaptado a la época contemporánea. Sus directores anteriores y el actual siguen esta tradición y se esfuerzan para garantizar dicha actualización.

Esta adaptación tiene por lo menos tres ejes:

a] La consideración del fuerte clima internacional de baja de tarifas iniciado después de la segunda guerra mundial, pero sobre todo en los años ochenta y noventa, a partir de la ronda de Tokio. Es interesante señalar que no hubo un movimiento similar en el comercio entre los países del Sur. Persisten aún altas tarifas aduaneras entre estos países.

La UNCTAD se esfuerza hoy en día en aumentar el comercio sur-sur promoviendo rondas de rebaja de tarifas o tratados de libre comercio horizontales entre los países del sur o aun procesos más profundos de integración entre los mismos. Paralelamente a su asamblea general se realiza la reunión del grupo de los 77 que abriga hoy más de 130 países en desarrollo, dependientes o periféricos.

b] La UNCTAD se preocupa también, y sobre todo, por la nueva forma de barreras comerciales desarrollada después de la segunda guerra mundial por medio del crecimiento espectacular de los subsidios agrícolas en la tríada: Estados Unidos-Europa-Japón.

Esta propuesta, que unifica los intereses de los países en desarrollo, fue recogida con gran entusiasmo por el Grupo de los 20+ en Cancún y se convirtió en uno de los elementos claves para la unión de las potencias emergentes en la fase actual de las negociaciones económicas internacionales.

Se trata, evidentemente, de un movimiento sobre todo táctico, ya que no se puede esperar que la tríada abandone sus políticas de subsidio agrícola, que tienen fuertes raíces en las luchas sociales internas y en los objetivos de soberanía nacional de los países centrales, particularmente en función de la importancia estratégica de los productos alimenticios y las materias primas durante las dos guerras mundiales del siglo XX.

c] El crecimiento del sector de servicios en el intercambio internacional, ha llamado la atención hacia nuevas cuestiones como la propiedad intelectual, asociada sobre todo a las patentes de nuevas formas de vida creadas por la investigación en biotecnología. Al mismo tiempo se profundiza el debate sobre el libre movimiento de capitales propuesto por los países centrales en las relaciones norte-sur ya que entre ellos existen restricciones no salvables para este libre movimiento. Esto se entronca con las cuestiones de las privatizaciones de empresas públicas y de gran parte de los servicios públicos. Se trata de enfrentar la demanda de los países centrales en favor de la libre contratación de empresas internacionales en las concurrencias públicas.

Se estableció así una fuerte agenda contemporánea motivada por el avance de las propuestas neoliberales y el fortalecimiento de las empresas multinacionales y de su articulación con los estados de origen de las mismas, particularmente Estados Unidos. Se trata de debilitar los estados nacionales de las economías periféricas y dependientes mientras los estados centrales se

fortalecen cada vez más y actúan de manera cada vez más articulada con los intereses del gran capital internacional, con especial énfasis en el sector financiero en los últimos veinte años.

La UNCTAD se ve así en una encrucijada: o intentar mantener una agenda puramente comercial o adaptarse al clima internacional vigente radicalizando propuestas liberales para ponerlas al servicio de los países en desarrollo.

No se debe olvidar, sin embargo, que uno de los puntos más exitosos del movimiento de afirmación del sur pasa por el fenómeno de la OPEP. En vez de pretender liberar el comercio petrolero, las economías nacionales que asumieron el control de la prospección y producción del petróleo, al final del decenio de los sesenta, prefirieron articularse en un cartel que asume con claridad el carácter monopolista y oligopólico del comercio mundial contemporáneo, como lo hemos señalado anteriormente.

El andar de la OPEP había avanzado en los años setenta con la creación de la Organización de los Países Productores de Cobre que tenía su cabeza en el Chile de la Unidad Popular. En la actualidad, se habla de un cartel de los productores de soya del tercer mundo y otros casos como el gas ruso.

La verdad es que la negociación internacional de las materias primas y productos agrícolas y mineros, se encuentra dominada por los grupos financieros que operan en las bolsas de futuro de las *commodities* (entre las cuales se encuentra el petróleo a pesar del cartel de productores). Un enfoque realista sobre el comercio mundial tendría que actuar en estas bolsas y someterlas a objetivos estratégicos de los países en desarrollo.

Como se ve, la agenda del llamado tercer mundo es muy amplia y no se ha agotado. Al contrario, se amplió aún más y exige órganos de actuación cada vez más complejos para identificar y conducir estas negociaciones. La UNCTAD es una de estas instancias que los centros de poder mundial pretenden desestructurar incorporándola a la Organización Mundial del Comercio. Como se ve, el primer tema de esta agenda es garantizar su propia existencia.

¿EL RENACER DEL TERCER MUNDO?

El presidente Lula ha asumido en gran medida la agenda internacional, que hemos resumido en el subtítulo anterior, la cual permite, a partir del fortalecimiento de las relaciones sur-sur, su imposición a los países del norte que insisten en ignorar la realidad del sur y sus demandas.

En un exitoso viaje a China, Lula afirmó que su gobierno busca establecer un nuevo padrón en las relaciones internacionales de Brasil y que pretende “abrir una nueva fase en la geografía del comercio mundial”. Los medios conservadores son unánimes en criticar estas afirmaciones que harían renacer la retórica tercermundista de la cual esperaban estar definitivamente libres, desde la caída del muro de Berlín y de la implantación –para ellos definitiva– del “pensamiento único” y del fin de la historia.

Pero ¿será solamente una cuestión de retórica o hay una realidad que hace renacer permanentemente el anhelo de una cooperación entre los países del sur? En el presente periodo, este anhelo se canaliza por medio de una propuesta de acción mancomunada entre las potencias emergentes en la economía mundial: China, India, Brasil, Sudáfrica y Rusia. Esta acción conjunta encontraría en el grupo de los 20+ su resonancia más inmediata con efectos concretos en las reuniones de la Organización Mundial del Comercio.

Se puede decir que la aprensión de los conservadores tiene un cierto fundamento. Los países llamados “en desarrollo” se encuentran nuevamente en plena ofensiva en el cuadro político y diplomático internacional y los encabezan tres países que están en la punta del crecimiento económico mundial: China, India y Rusia, mientras que Brasil y Sudáfrica tienen liderazgos políticos que inspiran gran esperanza en el resto del mundo, a pesar de la debilidad económica revelada por sus dirigentes.

No sólo se trata de importantes potencias económicas y demográficas que aportarán la mayor parte de la población de la tierra en el siglo XXI, sino también de polos de desarrollo y crecimiento que atraen regiones enteras del globo en colaboración con otras potencias regionales e internacionales.

Asimismo, también se trata de importantes centros de irradiación cultural que reflejan las más diversas condiciones ambientales y sintetizan una diversidad cultural y biológica fundamental para el desarrollo de las ciencias biotecnológicas que deben ser el núcleo de las nuevas fases del desarrollo científico y tecnológico de la humanidad.

Este movimiento nos hace recordar la importancia histórica de la reunión de Bandung en 1955, que dio origen al Movimiento de los No Alineados que llegó a reunir en los decenios de los setenta y ochenta la mayor bancada de estados nacionales en las Naciones Unidas. Los conservadores intentan negar cualquier importancia a este movimiento a pesar de reunir la mayor parte de la población de la humanidad y haber logrado terminar con la guerra fría contra la cual se opuso intrínsecamente al proclamar su no alineamiento en la escena internacional.

En aquel momento se afirmaba el fin del colonialismo y nacían los nuevos estados nacionales de los escombros de los imperios coloniales. China, India, Egipto, Indonesia y Yugoslavia eran el centro de aquel movimiento. Se nota la ausencia de América Latina, que ya tenía sus estados nacionales desde el inicio del siglo XIX. África estaba aún en los inicios de la instalación de sus estados nacionales y países como Sudáfrica se encontraban bajo el tacón del *apartheid*.

Podemos decir que hoy en día hay una situación muy distinta: importantes procesos de integración regional se desarrollan y transforman a estas potencias en fuerzas mucho más amplias que en el decenio de los cincuenta. La falsa idea de que la URSS era una superpotencia alternativa a Estados Unidos ya está superada. El mundo árabe se ha independizado y domina gran parte del petróleo mundial. Japón se convirtió en una potencia mundial y se ve obligado a cooperar con China en un proyecto de desarrollo asiático. Europa reconstruida asume su identidad continental y se abre camino hacia el Oriente encontrándose con Rusia y restableciendo el camino del “*hinterland*”, el gigantesco continente euroasiático que fue el centro de la economía mundial con la “ruta de la seda”, bajo la hegemonía de China hasta los descubrimientos marítimos que reorganizaron la economía mundial en torno de los océanos.

En este cuadro, los países de América Latina deberán decidir si intentan integrarse bajo el signo del “panamericanismo” de inspiración estadounidense (ALCA) o si se articulan entre sí y con el resto del mundo. Como lo demostró al oponerse a una ALCA unilateral, Brasil podrá tener un papel importante en este proceso por sus vínculos con América del Sur y África. Que se note también la importancia del Mercosur, de la unión de América del Sur y de una alianza más fuerte con Europa.

Para desesperación de los conservadores, los dirigentes chinos creen en este papel protagónico de Brasil y por esto lo declararon “aliado estratégico de China” desde el principio de los años noventa. Sólo ahora las élites brasileñas empiezan a entender que sus posibilidades históricas pasan por estas nuevas rutas de la seda, ahora verdaderamente planetarias.

La incorporación consciente de Brasil en el mundo periférico que camina hacia el centro al reforzarse mutuamente en una alianza sur-sur, sólo es posible al superar el dominio de una oligarquía predominante en toda la región, ligada al comercio exterior y al capital financiero internacional. Es hora de asumir las responsabilidades de ser una nación libre y soberana, sobre la base de su pueblo y no de sus dominadores.

LOS BRICAS

En el comienzo del primer decenio del siglo XXI, el Banco Merrill Lynch produjo un estudio prospectivo sobre la economía mundial que ha generando mucha repercusión. Identifica cuatro países claves para la economía mundial para mediados del siglo XXI que reconocen como los BRIC, palabra que se forma con las iniciales de Brasil, Rusia, India y China. Como este enfoque refleja en gran parte realidades regionales, creemos necesario incluir entre ellos una potencia económica más modesta pero capaz de representar una realidad demográfica y cultural sustancial para pensar el siglo XXI: se trata de África del Sur. Esto nos remite a los BRICAS.

Los bancos llevan tan en serio este estudio que los presidentes de los 350 bancos privados más importantes, reunidos en el Institute of International Finance (IIF) han encaminado por medio del FMI una propuesta para la transformación del Grupo de los Siete (G-7) en el Grupo de los Once (G-11). En este caso se incluirían los BRIC (Brasil, Rusia, India y China) o las llamadas potencias emergentes entre los miembros de este grupo, cambiando dramáticamente su naturaleza. Otras propuestas incluyen a África del Sur, México o bien Turquía.

Según información del periódico *O Globo* de Río de Janeiro, el director gerente del IIF, Charles Dallara, justificó esta propuesta con la afirmación de que “precisamos tener un nuevo forum que refleje, al mismo tiempo, las realidades del mundo globalizado de hoy y la creciente importancia de los mercados emergentes”.

Es necesario señalar que esta propuesta busca, al mismo tiempo, someter el G-11 al control del FMI creando lo que ellos llaman “un enfoque internacional coordinado” que asegure un “ajuste suave y ordenado de los desequilibrios globales”. Se trata de buscar un enfoque coordinado de las “reformas macroeconómicas y estructurales” que garantice acciones concertadas en el plano de la energía, del comercio libre y fortalezcan el sistema financiero internacional.

Como se ve, el capital financiero internacional ha localizado su centro estratégico. Y en él se encuentra, evidentemente y sobretodo, la sumisión de China y también de Rusia, India y Brasil y las regiones por ellos influenciadas a la disciplina del capital financiero internacional. Es necesario decir que en vez de asegurar el equilibrio de la economía mundial, esta sumisión significaría la acentuación de los brutales desequilibrios globales patrocinados por el FMI y el sistema financiero internacional.

Para discutir éste y otros problemas fundamentales asociados a la emergencia de nuevas potencias internacionales y regionales, la Cátedra y Red

de la UNESCO y de la Universidad de las Naciones Unidas sobre “Economía Global y Desarrollo Sostenible” (REGGEN), que dirijo, convocó su Seminario de 2005 en Río de Janeiro, entre el 8 y el 13 de octubre. Los documentos de este encuentro se obtiene en <www.reggen.org.br> y se encuentran en parte en el libro *Países Emergentes e Modernidades Alternativas*, editado por UNESCO-Brasil.

Junto a este seminario se inicia una fuerte articulación entre universidades y centros de investigación de Brasil, Rusia, India, China y África del Sur (los BRICAS) con el objetivo de estudiar y pensar sistemáticamente el destino de estas potencias emergentes en la economía mundial.

Es claro que no se trata de excluir las demás naciones y economías regionales. Es claro, por ejemplo, que Brasil sólo está en este club reservado por su papel en la creación del Mercosur y en la coordinación de los estados sudamericanos, la que avanza cada vez más rápido, entre otras cosas por el fuerte apoyo que Venezuela ha dado a este objetivo.

También es evidente que nos interesa incluir a África del Sur en este proyecto por la importancia estratégica de África y del Atlántico Sur en cualquier articulación de esta dimensión estratégica y geopolítica. En verdad su desarrollo se encuentra, como el caso brasileño, limitado dramáticamente por la influencia del pensamiento neoliberal, esta manifestación moderna de la escolástica medieval sobre sus direcciones políticas. En el momento en que Brasil se libere de tal influencia arcaica, deberá presentar importantes tasas de crecimiento y una importancia estratégica cada vez mayor.

Lo importante es señalar, sin embargo, el enfoque avanzado de estas cuestiones demostrado por los investigadores de China. La reacción de la Academia de Ciencias Sociales de China a esta propuesta ha sido definitiva. Ésta envió a la reunión una delegación de siete investigadores bajo el liderazgo del vicepresidente de dicha academia, sin contar los invitados chinos independientes.

Es impresionante constatar la visión estratégica que el liderazgo político e intelectual de China ha incorporado. Esta visión se hizo clara cuando en los años noventa se buscó terminar con el Instituto del Tercer Mundo en la Academia de Ciencias Sociales de este país. La decisión de mantener este centro revelaba una visión estratégica correcta.

El tercer mundo no es el mundo del atraso y de la pobreza. Esta es una realidad circunstancial, fruto de su posición subordinada en el sistema mundial generado por la expansión mundial del capitalismo. El tercer mundo, como el tercer Estado que sirvió de modelo a este concepto, representa la rebelión de los pueblos colonizados y dependientes. Éstos no se liberaron

del dominio colonial para llorar su pobreza sino para imponer sus objetivos propios en el planeta.

China sabe que su creciente papel en la economía mundial debe tener también un significado emancipador para las grandes mayorías de la humanidad, que no lograron pertenecer al sistema mundial generado por la expansión colonial e imperialista. Esta es la manera de convertirse en uno de los polos principales de una nueva economía mundial que empezará a tomar cuerpo a mediados del siglo XXI. La solidaridad con los BRICAS puede ser uno de los puntos cruciales del Consenso de Beijing que empieza a dibujarse en la escena contemporánea.

AÚN SOBRE LOS BRICAS

Hemos llamado la atención en varios libros y artículos sobre los estudios estadísticos que prevén un escenario mundial para el decenio 2050 en el cual las principales potencias mundiales serían, entre las hoy existentes, los BRIC. La asesoría económica del Price Water House Coopers publicó recién nuevos datos que refuerzan estas previsiones poniendo a China como el país de mayor producto bruto mundial, en 2050, a Estados Unidos en segundo lugar, a India en tercero y a Brasil en cuarto, antes de Japón y Alemania. Para que esto ocurra es necesario solamente que Brasil mantenga una tasa de crecimiento mediano, en el periodo, de 4.5%, mientras Estados Unidos, por ejemplo, mantendría 2.5% en promedio.

Como se ve, no se trata de parámetros absurdos sino bastante razonables y conservadores pues un país como Brasil podría crecer mucho más que esto si fuera dirigido por un comando político-social más decidido. Es importante señalar también que no se consideran algunos impactos sociales y demográficos fundamentales, como el crecimiento de la población del tercer mundo en detrimento del crecimiento de la población del llamado primer mundo.

Asimismo no se considera la probable devaluación del dólar que deberá disminuir notablemente el producto bruto de Estados Unidos comparado con el del resto del mundo. Es un factor que también se trabajó en estos estudios con datos del poder de compra real de estos países que hacen destacar aún más la importancia de los BRIC y otros países del llamado tercer mundo. Es interesante ver, por ejemplo, como la posición relativa de México se presenta en excelente situación superando el PIB de Rusia en varios cálculos.

Estos estudios econométricos sólo hacen aumentar la angustia de los sectores productivos de nuestros países, en particular de Brasil, que sólo alcanzó cerca de 2.3% de crecimiento del PIB en 2006, después de alcanzar 5% en 2004 luego de una moderada disminución de la tasa de interés oficial de 25% a 16% anual.

Atemorizadas con el crecimiento de 2004, las autoridades del Banco Central, basadas en no se sabe qué criterio “científico”, resolvieron revertir la baja de la tasa de interés subiéndola a 19.5% en pocos meses.

Frente a la reacción enfurecida de las federaciones industriales y comerciales del país, de la Iglesia, de los sindicatos, de los colegios y principales centros de pensamiento económico del país, el presidente Lula afirmó entonces que no pretende mantener una alta tasa de crecimiento que “los economistas llaman no sustentable”.

Es decir, el presidente y su entonces ministro de economía pretendieron desafiar los conocimientos de economía de los colegios de economistas, de las principales universidades del país, de sus principales teóricos de prestigio mundial, de su vicepresidente que es una de las mayores autoridades empresariales del país.

Si los economistas del presidente confunden crecimiento sustentable (idea que adviene de su sustentabilidad ambiental para las próximas generaciones) con la sustentabilidad de una tasa de crecimiento no son economistas de buena calidad. Deben ser los economistas de tercer rango que, según Stiglitz, premio Nobel de economía, dirigen el FMI y el Banco Mundial.

Si observamos los datos del crecimiento del país vemos que los economistas que aún dirigen el país o por lo menos el Banco Central –a pesar de los cambios positivos que se operaron en el Ministerio de Economía– son responsables por los varios años de depresión y baja tasa de desarrollo en el país, sobre todo desde 1980 cuando el crecimiento del PIB llegó a 9.2% en Brasil. En seguida los sustentadores del desarrollo impusieron una baja para -4.3% en 1981, 0.8% en 1982 y -2.9% en 1983. Con el cambio de política económica (que se esperaba en el gobierno de la oposición democrática que se elige en el colegio electoral de la dictadura) tenemos una ola de crecimiento de 5.4%, 7.8%, 7.5% en los años de 1984, 1985, 1986 cuando los llamados no-ortodoxos del plan cruzado tomaron en cuenta la política económica consiguiendo resultados positivos a pesar de todos los errores que nosotros, economistas críticos, les apuntamos.

Después de ganar de punta a cabo las elecciones de 1986, los dirigentes del Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) traicionaron a los que creyeron en su disposición de asegurar las condiciones de “sustentabilidad” de

su política, que exigía cambios sociales profundos que no estaban dispuestos a realizar. Abandonaron su plan cruzado sin ninguna justificación. Los electores los castigaron en las elecciones de 1989, votando en contra del héroe del MDB, Ulisses Guimarães, pero cometieron el error de entregar el país a un joven irresponsable que realizó locuras económicas increíbles. El gobierno de Fernando Collor dio continuidad a las políticas “estabilizadoras” (que cambiaron la inflación por la hiperinflación) que caracterizaron las políticas de recesión combinadas con altas tasas de inflación características de la última fase del gobierno Sarney. Es así que el crecimiento cayó a 3.5% en 1987, a -0.1% en 1988, a 3.2% en 1989, a -4.3% en 1990, a 1.0% en 1991, y a -0.5% en 1992.

Con la caída de Collor sube a la presidencia Itamar Franco que logra restablecer el crecimiento a 4.9% en 1993, a 5.9% en 1994, aplicando el plan real que logra contener la inflación cuando la coyuntura mundial ya había liquidado todas las grandes inflaciones en el mundo. Sin embargo, el equipo de Fernando Henrique Cardoso vuelve a reestablecer la caída del crecimiento con 4.2%, 2.7%, 3.3%, 0.1%, 0.8%, 4.4%, 1.3%, 1.9%, entre los años de 1995 y 2002.

Estos derrumbadores de crecimiento son los economistas del “desarrollo duradero” que se pretendió establecer todo este tiempo sin ningún resultado. Todos ellos aparecen en la prensa brasileña como excelentes y exitosos economistas. ¡Dios mío! ¿Hacia dónde vamos a parar con tal falta de respeto a la verdad?

Es importante señalar que el gobierno Lula logra restablecer el crecimiento al bajar la tasa de interés a 12.5% en 2006. Tuvimos un crecimiento de 5% en ese año y que se mantiene en 4.5% más o menos hasta 2007, a pesar de que el Banco Central –en contra de todas las instancias de pensamiento económico en el país que no están comprometidas con los intereses del mercado financiero, se encuentren absolutamente en contra de un aumento de la tasa de interés mientras Estados Unidos rebaja la suya y la inflación brasileña está por debajo del surto de inflación mundial, al mismo tiempo que hay un violento excedente de dólares en forma de reservas y de entradas de capitales no deseables de corto plazo que elevan la relación del cruzado con una falsa valorización. Si la política económica continuase leal a los objetivos de crecimiento económico, aumento del empleo y mejor distribución del ingreso, el país podría alcanzar índices de crecimiento superior al de los países centrales y colocarse firmemente entre las potencias de mediados del presente siglo.

En resumen: Brasil podrá formar parte del BRICs y alcanzar las posiciones de predominio que los escenarios internacionales le atribuyen, pero nunca si los “economistas” del sector financiero comandan su Banco Central.

LA CRISIS DEL SISTEMA-MUNDO CAPITALISTA. LA COYUNTURA CONTEMPORÁNEA

CARLOS EDUARDO MARTINS

PRESENTACIÓN

Describir las tendencias de la coyuntura mundial contemporánea es un formidable y necesario desafío en un mundo donde el tiempo histórico se acelera con la velocidad de las transformaciones materiales y sociales introducidas por la humanidad. Esta aceleración acentúa lo obsoleto que se vuelven los análisis que se restringen al plano del tiempo inmediato y exige la utilización de instrumentos conceptuales de larga duración, capaces de articular la prospectiva y la retrospectiva para teorizar la historia como flujo.

Pero las determinaciones de larga duración no deben ser vistas como restricciones a la libertad que tienen los hombres de crear su propia historia. Se basan en esta capacidad creativa que establece estructuras de poder de dimensiones económicas, sociales, políticas e ideológicas articuladas. Éstas presentan contradicciones en su desarrollo que abren el espacio para la guerra de posición y contrahegemonía que, en periodos determinados, pueden desdoblarse con el establecimiento de grandes rupturas.

Para nosotros, latinoamericanos, son colocadas algunas cuestiones decisivas: ¿Cómo situar el tiempo presente y la coyuntura contemporánea? ¿De qué forma América Latina se sitúa en ese contexto y cuáles son sus grandes desafíos? ¿Qué instrumentos teóricos y metodológicos son capaces de responder estas preguntas?

En este ensayo pretendemos trazar en líneas generales, las grandes tendencias de la coyuntura mundial y las perspectivas que se abren para América Latina para actuar sobre su desarrollo. Con este fin partimos, acercándonos a las teorías del sistema mundial, de la dependencia y de la revolución científico-técnica y de sus vinculaciones con las múltiples dimensiones del tiempo. Los resultados a los que llegamos serán necesariamente polémicos. Pero buscan iluminar el horizonte nebuloso de perplejidades en que vivimos, y contribuir en las transformaciones sociales en defensa de los intereses de la humanidad, de las grandes mayorías sociales de nuestro planeta y, en particular, de nuestra región.

LA COYUNTURA CONTEMPORÁNEA Y LA LARGA DURACIÓN

Fernand Braudel en *Historia y ciencias sociales* (1958), señala que el tiempo expresa una larga duración que se constituye en una triple y simultánea dimensión: el tiempo de las estructuras, el tiempo de las coyunturas y el tiempo de lo cotidiano. El tiempo de las estructuras es cambio e irreversibilidad, significa el lento desgaste de la arquitectura que organiza de forma suficientemente fija la relación entre la realidad y las masas sociales. El tiempo de las estructuras remite, por lo tanto, a los padrones civilizatorios que sustentan la formación y el desarrollo de los grandes procesos sociales. Éste puede ser aproximado al tiempo de los modos de producción, entendidos como procesos civilizatorios milenarios o seculares. El tiempo de las coyunturas es el de las regularidades cíclicas que producen inflexiones significativas en las estructuras y las modifica, sin alterar sus componentes fundamentales. Y el tiempo de lo cotidiano es el tiempo anárquico del día a día restringido, entre tanto, por las prisiones de larga duración de las cuales los hombres no se pueden emancipar.

Las coyunturas combinan, por lo tanto, irreversibilidades, regularidades y situaciones imprevisibles. Pero el alcance de las últimas parece estar fuertemente limitado por las primeras que fijan sus márgenes de actuación. Se torna objeto crucial de la teoría social situar la combinación de irreversibilidades y regularidades para describir los marcos generales de las diversas coyunturas que se establecen. ¿Cómo situar entonces esta combinación de irreversibilidades y regularidades para describir la coyuntura actual?

Nuestra hipótesis es que la coyuntura contemporánea puede ser descrita como la de decadencia del moderno sistema mundial, que integra e impulsa la mundialización del modo de producción capitalista. Esta decadencia se inicia en los años setenta y se manifiesta en varias dimensiones, entre ellas, la crisis del liberalismo, ideología mediante la cual el capital incorporó y neutralizó antagonismos a su hegemonía. Sin embargo, la decadencia no representa el fin inmediato de un sistema, pero sí un largo y doloroso periodo en el que lo nuevo se insinúa y se establece sin la fuerza suficiente para superar en la guerra de posiciones la decrepitud de lo viejo y reconducir el sistema mundial a un nuevo proceso de civilización. El resultado es una profunda crisis de legitimidad de las instituciones contemporáneas que se proyecta como un panorama incierto, trayendo posibilidades y amenazas a la vida humana.

¿Pero cuáles son las razones profundas de esta evolución de la coyuntura que profundiza la decadencia del capitalismo contemporáneo como proceso de civilización? ¿En qué momento estamos de ese proceso de decadencia?

La decadencia y, en particular su etapa actual, se explica por la articulación de tres movimientos de larga duración: a) la revolución científico-técnica, sus impactos sobre la tasa de ganancia y las tendencias seculares del capitalismo; b) la fase descendiente del ciclo sistémico, expresada en la crisis de hegemonía de Estados Unidos, y c) el surgimiento de un nuevo ciclo de Kondratiev en la economía mundial desde 1994.

La revolución científico-técnica y la crisis de hegemonía ejercen efectos depresivos sobre la tasa de ganancia, los cuales son parcialmente contenidos por la fase ascendente del Kondratiev. Pero ésta posee límites para contener el movimiento depresivo de las primeras. La convergencia entre la inversión cíclica del *Kondratiev* y los movimientos depresivos anteriores, deberá abrir una crisis revolucionaria en el sistema mundial y poner fin a la prolongada decadencia, cuando se decida el formato de un nuevo sistema mundial. Para que éste sea socialista y democrático es de gran importancia el avance del movimiento popular en la guerra de posiciones que se desenvuelve durante la decadencia. Éste deberá impedir la profundización del caos sistémico y la preparación de una nueva guerra mundial que amenaza la supervivencia de la humanidad. Veamos en detalle estos movimientos de larga duración y cómo, su articulación, diseña una coyuntura específica.

La revolución científico-técnica significa una modificación radical en las fuerzas productivas que actúa sobre las tendencias seculares del capitalismo —asociadas a la acumulación ilimitada y a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia— con profundos impactos civilizacionales. Ésta pone en crisis la revolución industrial cuyo origen nos remonta a los siglos XVIII y XIX. La ciencia, su principal componente, asume el protagonismo sobre la tecnología y la técnica sustituyendo el principio productivo mecánico por el automático. Su mundialización se establece a partir de la microelectrónica, en los años setenta, y reinventa el fundamento de la productividad. La revolución industrial se basó en la productividad de la organización del trabajo colectivo fundamentada en la descalificación de los trabajadores manuales. Éstos eran apartados de las tareas de concepción, tenían sus saberes simplificados y reducidos a un mínimo de movimientos para aumentar su intensidad. El sistema de máquinas organizaba este proceso y el resultado era el aumento del valor de trabajo y, simultáneamente, la desvalorización de la fuerza de trabajo con relación a la complejidad tecnológica, impulsando la tasa de plusvalía. El capitalismo encontró allí la base de su expansión mundial y conquistó el mundo al final del siglo XIX, derrumbando la Muralla de China con la artillería irresistible de las mercancías baratas, incorporando a Asia, África y Oceanía. Pero la re-

volución científico-técnica, al redefinir la base social de la productividad, amenaza la plusvalía y la expansión de la civilización del capital. La automatización establece una trayectoria de eliminación progresiva del trabajo manual, de la misma forma que la mecanización lo hizo con el trabajo rural al desalojar a la humanidad del campo para llevarla a la ciudad, sobre todo a las poblaciones de los países centrales, donde la industrialización se desarrolló más ampliamente. La intensidad del trabajo deja de ser el fundamento de la productividad; éste se traslada a la calidad del trabajo y para desarrollarla será necesario no la reducción relativa del valor de la fuerza de trabajo pero sí su reverso: el incremento del valor de la fuerza de trabajo con relación al valor del trabajo. La elevación de los niveles de educación y la de democratización del poder se tornan los fundamentos de un proceso indisociable de acceso y generación del conocimiento que somete la técnica y las tecnologías a las subjetividades.

La revolución científico-técnica, al impulsar la aproximación entre los valores del trabajo y de la fuerza de trabajo, presiona negativamente las tasas de plusvalía y de ganancia, en un movimiento de largo plazo que el capital sólo parcialmente puede negar. La necesidad de mantener en expansión la tasa de plusvalía, principal fundamento de la acumulación de capital, torna al capitalismo incapaz de realizar la conversión en masa del trabajo predominantemente manual al trabajo predominantemente intelectual. La incorporación del aumento del valor de la fuerza de trabajo se realiza a costa de altos niveles de desempleo que llevan a la caída de los precios de la fuerza de trabajo abajo de su valor, neutralizando la presión negativa sobre la tasa de plusvalía al generalizar la superexplotación del trabajo. El alto grado de concentración del desempleo mundial en la población joven indica la operatividad de este mecanismo. Sin embargo, los resultados sobre la tasa de ganancia son contradictorios. El aumento de la tasa de plusvalía profundiza sus contradicciones con la masa de plusvalía y al restringirla al medio y largo plazo, pone en crisis la relación salarial llevando a la máxima realización de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, la ley más importante de la economía política, según Marx.

Esta restricción se basa no solamente en el alto dinamismo del desempleo, su forma más aguda y abierta que restringe la masa de trabajadores, también en la precarización del trabajo que traslada el trabajo a los sectores de baja productividad en razón de su expulsión de los segmentos de punta, y limita la generación de la masa de plusvalía. Otro movimiento de larga duración, aunque sin el mismo alcance secular y civilizacional de la revolución científico-técnica, es el de la crisis de hegemonía de Estados Unidos.

Esta crisis es parte del movimiento cíclico superestructural que acompaña el desarrollo del capitalismo, analizado y denominado sistémico por Giovanni Arrighi e Immanuel Wallerstein. La gran contribución de la teoría del sistema mundial, fundada por estos autores, fue la de apuntar en el sistema interestatal la superestructura política del modo de producción capitalista. Este sistema se basa en un conjunto de unidades políticas que al reconocerse entre sí tienen sus soberanías limitadas. El sistema interestatal es atravesado por flujos de capitales y mercancías de una economía-mundo que constituye su base, y no dispone de ningún instrumento político central para someter su funcionamiento al monopolio legítimo de la violencia. Los estados, incapaces de internalizar por la violencia de esos flujos, tienden a apoyar los intereses del capital que se tornan protagónicos en el conjunto del sistema. Sin embargo, para que la acumulación se realice mundialmente es necesario evitar la anarquía política en la economía-mundo, por medio del desarrollo de mecanismos de coordinación del sistema interestatal. Esta coordinación la realiza el Estado hegemónico que establece la moneda mundial, capaz de dinamizar la circulación de mercancías y capitales en la economía-mundo, y los paradigmas ideológicos que fijan el derecho internacional, los límites de la diplomacia, de la paz y de la guerra.

Diferente del imperio, que ejerce su poder por la fuerza, la hegemonía es ejercida por la combinación entre coerción y persuasión. Para que un Estado establezca su hegemonía, es necesario que alcance un liderazgo productivo incontestable en la economía mundial, que permita vender sus productos en los países de la economía-mundo a precios más baratos a que éstos lo hacen en su propio mercado interno. Este liderazgo se desdobra entonces en comercial, financiero, ideológico y militar. Sin embargo, para el ejercicio de la hegemonía no es necesaria la convergencia de todos estos liderazgos. La hegemonía se divide en ciclos en los que, en su fase expansiva, hay de hecho la convergencia de estas dimensiones de liderazgo. Durante el descenso, el país hegemónico pierde su liderazgo productivo, comercial y a veces militar, incontestable, y se apoya en otro liderazgo financiero e ideológico. Durante esta fase, la valorización de la moneda del país hegemónico compensa el deterioro de su poder productivo manteniendo, para su burguesía, una fuente de riqueza independiente. Esta valorización profundiza el deterioro productivo produciendo déficit comerciales y en cuentas corrientes, que se acumulan y a partir de cierto momento no pueden ser más financiados por la sobrevalorización monetaria, fuente de atracción para el país hegemónico del capital que circula en la economía mundial.

Se abre entonces un periodo de caos sistémico cuando se establece una bifurcación en la economía mundial, que expresa la lucha entre los poderes estatales para sustituir la hegemonía anterior y reconducir el sistema para una etapa superior de expansión. Esta etapa ha implicado guerras mundiales de treinta años para decidir: en 1618-1648, la sucesión del protagonismo español-genovés; en 1792-1815, la sucesión de la hegemonía holandesa y en 1914-1945, la sucesión de la hegemonía británica. Durante el caos sistémico se han desarrollado históricamente dos proyectos: a) el del liberalismo político que es impulsado por el grupo que reconduce al sistema interestatal a una etapa superior, y que es normalmente apoyado por la antigua potencia hegemónica en busca del lugar privilegiado en el orden a establecerse; b) el imperial, impulsado por el grupo que termina por ser derrotado en la lucha por la hegemonía y busca compensar por la fuerza la desventaja económica que posee con relación al bloque anterior. Diferentemente del bloque anterior que usó el imperialismo en las periferias del sistema para anexas regiones externas a la economía-mundo capitalista, éste pretende usar la fuerza en el interior del sistema llevándolo al centro de la economía mundial, como ocurrió en Francia en la época napoleónica y en Alemania durante el fascismo.

El periodo que vivimos es una trayectoria avanzada de crisis de hegemonía de Estados Unidos. Se inicia entre 1968 y 1973 y posee varias etapas. Entre 1968 y 1979, cuando el deterioro del liderazgo productivo estadounidense se expresa en una tasa de crecimiento inferior al de la economía mundial, en modestos déficit comerciales y en la derrota político-militar en Vietnam. Entre 1980 y 1993, que Arrighi denomina de *el último brillo del otoño*, cuando Estados Unidos reacciona a su crisis de hegemonía por medio de la financierización y el neoliberalismo. Se eleva unilateralmente el valor del dólar, las tasas de intereses y se libera la circulación de mercancías y capitales. Estados Unidos drena gran parte de la liquidez mundial y retoma, por esta razón, un crecimiento superior a la media mundial. Destruye los segmentos más atrasados de su economía, eleva el desempleo y reduce los salarios internos, que pasan a ser contenidos por los impactos de la competencia de las mercancías baratas que exporta la economía mundial sobre los precios y la tasa de ganancia estadounidense. Pero su reestructuración presenta grandes fallas: no detiene el deterioro de su liderazgo productivo, ni impide el traslado del dinamismo económico mundial al Este asiático y crea abultados déficit comerciales, o en cuenta corriente, y un enorme endeudamiento internacional con la venta de títulos de la deuda pública. Una tercera etapa se establece en 1994 y quizá llegue hasta 2015-2020 y se

vincula al desarrollo de la fase de ascensión de un nuevo ciclo Kondratiev en la economía mundial. Ésta traslada para la tasa de ganancia la prioridad de las inversiones en la economía mundial, impulsa un nuevo periodo de crecimiento de largo plazo del capitalismo, pero profundiza la decadencia de la hegemonía estadounidense.

Los ciclos de Kondratiev están asociados a cambios de paradigmas tecnológicos, duran en promedio de 50 a 60 años y se dividen en: fases A, de expansión y centralidad de la tasa de ganancia, cuando las innovaciones tecnológicas radicales son acompañadas de cambios organizacionales e institucionales adecuados a gerenciarlos; y fases B, de crisis, cuando no hay esta convergencia institucional y la acumulación se traslada para la tasas de intereses y la financierización. Estos ciclos han sido estudiado por un amplio conjunto de autores, los principales: Nicolai Kondratiev, Van Gelderen, Joseph Schumpeter, Ernst Mandel, Christopher Freeman, Carlota Perez, y Theotônio dos Santos, con sustantivas diferencias teóricas y analíticas.

Uno de los puntos decisivos para el análisis de estos ciclos, es el estudio de su morfología. Para una interpretación más precisa de la coyuntura, debemos profundizar sus divisiones y etapas. Schumpeter ya había postulado la necesidad de un modelo analítico que lo desdobra en cuatro subfases, donde la expansión se dividiría en recuperación y prosperidad, y la crisis, en recesión y depresión. Con la misma dirección de este autor, postulamos el detalle del análisis de estos ciclos, dividiéndolo en seis importantes subfases.

Tanto Nicolai Kondratiev, como Joseph Schumpeter, al analizar sus determinantes destacaron la periodicidad de la renovación de los medios de producción básicos o las innovaciones primarias, denominados paradigmas tecnológicos en la literatura contemporánea. Estas innovaciones básicas y primarias se desdoblarían en innovaciones secundarias y terciarias, las cuales se articularían estableciendo trayectorias tecnológicas vinculadas. La llave para este desdoblamiento es la generación y renovación de los medios de producción del tiempo medio que, como señalaba Nicolai Kondratiev, están en la base de los *Juglars*, periodos de oscilación de aproximadamente diez años. Cada oscilación del Kondratiev comportaría tres *Juglars* y podríamos caracterizarlas de la siguiente forma: la fase de expansión, que se dividiría en retomada prosperidad y madurez; y la de la crisis, en recesión, depresión y recuperación. El pasaje de cada subfase a la siguiente está caracterizado por una pequeña oscilación descendiente que desorganiza la tendencia prevalente para institucionalizar la nueva.

En el ámbito económico, los principales indicadores de los acontecimientos de este ciclo son las variaciones de la tasa de crecimiento del PIB *per capita*, de

la tasa de ganancia y de las tasas de intereses. Periodos cíclicos de expansión implican el dislocamiento del eje de la acumulación para el sector productivo y presentan la aceleración consistente del PIB y el alta sustentada de la tasa de ganancia. En estos periodos, en su conjunto, la tasa de ganancia supera la del interés real que está limitada por el crecimiento del PIB. Los intereses sufren una caída abrupta al final de la recuperación que antecede la larga expansión, se crecen lentamente a partir de la retomada, ganan mayor aliento durante el conjunto de la expansión y al aproximarse el agotamiento de cada subfase, particularmente al final de la madurez, cuando ultrapasan las tasas de expansión del PIB. Durante las crisis de corta duración, que intermedian la transición para cada subfase de la expansión, los intereses son nivelados abajo de las tasas de crecimiento para estimular la recuperación económica. La expansión eleva las inversiones, el nivel de empleo, la organización de la clase trabajadora, y tiende a reducir la deuda pública.

De forma inversa, durante la crisis de larga duración la caída del crecimiento económico y de la tasa de ganancia, disloca la acumulación de las tasas de intereses. Su elevación se desarrolla, principalmente, durante la depresión y una vez agotadas las tentativas de las políticas anticíclicas, conduce al desempleo, a la caída de la inversión productiva, a la desorganización de la clase trabajadora, a la centralización financiera tendiendo a elevar la deuda pública.

Ya presentados en líneas generales los instrumentos conceptuales para el análisis de la coyuntura contemporánea, conviene hacer dos advertencias metodológicas antes de abordarlas directamente:

a] El esquema general de los ciclos y tendencias seculares, necesariamente simplifica la realidad. Los ciclos y las tendencias seculares no son fuerzas automáticas que actúan de forma independiente con respecto a la voluntad humana. Son expresiones relacionales de ciertos padrones sociales dominantes de organización de la vida humana y afirman la dinámica más profunda del desarrollo del capitalismo. Su expresión histórica supone importantes contradicciones que hacen parte de su propia temporalidad y pueden desarticularla.

Situamos, a partir de Marx, la teoría como un movimiento que parte de lo abstracto a lo concreto de una totalidad que se desarrolla. En el pasaje de lo simple a lo complejo surgen contradicciones que pueden ser incorporadas a las tendencias fundamentales y ampliar su escala y fuerza de actuación o, inversamente, desarticularla para construir una nueva totalidad. De esta forma, los ciclos y tendencias seculares expresan no sólo movimientos económicos, sino también políticos, sociales e ideológicos.

b) La coyuntura contemporánea debe ser descrita por la articulación de estas tres tendencias de larga duración, que se condicionan y se modifican recíprocamente al integrarse para la creación de un contexto histórico determinado. Las de largo alcance ejercen, entretanto, los efectos condicionantes más potentes y las de menor duración sufren mayor alteración en su funcionamiento.

De esta forma, entre 1974 y 1993 podemos situar en la economía mundial contemporánea la crisis de un ciclo de Kondratiev que se inicia en 1939. A partir de 1994 se establece un nuevo Kondratiev cuya retomada podemos localizarla entre 1994 y 2000. Fue 2001 un año de crisis y transición para la fase de prosperidad que se inicia en 2002 y deberá tener una duración similar a la retomada. Es probable que la fase de madurez se inicie en el próximo decenio y se agote en su segunda mitad. La crisis de la economía mundial que se establece a fines de 2008 y deberá durar hasta mediados de 2010, parece confirmar dramáticamente este esquema de análisis.

Este Kondratiev tiene, sin embargo, características especiales, pues no presenta la fuerza económica, social, política e ideológica del Kondratiev anterior, que se inicia al final de los años treinta. Sobre él pesan fuerzas depresivas de mayor duración que limitan su capacidad de inflexión histórica. Esta limitación se manifiesta en la mediocridad de sus resultados económicos, políticos e ideológicos. En el plano económico, aunque haya una significativa elevación del crecimiento del PIB *per capita*, éste no alcanzará los niveles del periodo anterior –principalmente en el Occidente–, ni tendrá su extensión temporal.¹

¹ Entre 1994-2001, periodo en el que se da la recuperación de la economía mundial y su intervalo para la prosperidad, el PIB *per capita* mundial se expande en 2.1%, por encima del desempeño alcanzado en 1974-1993, de 1.2%. Consideramos este periodo paradigmático para la prospectiva de crecimiento de la fase expansiva del Kondratiev y de su duración. Él asocia la expansión a sus pequeños intervalos recesivos, una vez que en 2001, la expansión del PIB *per capita* cae para niveles de crisis, alcanzando 1.6%. Un análisis comparativo evidencia que presenta un desempeño inferior al alcanzado por la economía mundial en el periodo de larga duración de 1939-1973, cuando ésta atraviesa al final del caos sistémico y se expande en 2.3% y, principalmente, a su periodo dorado, entre 1950-1973, posterior al caos, cuando se expande en 2.9%. Atribuimos parte de la resistencia de los científicos sociales en aceptar el ingreso a una nueva fase expansiva del Kondratiev, a la mediocridad de sus resultados económicos en el Occidente y al hecho de que se toma como referencia de larga expansión, a los años dorados del Kondratiev anterior y no, como debe ser, de toda la extensión de su fase expansiva, lo que incluye a la segunda gran guerra del siglo xx (Groningen Growth and Development Centre, 2007; Economic Report of the President, 2007; Maddison, 2007, 2001 y 1997).

En el plano político e ideológico, su radicalidad es contenida por la incapacidad de desarticular las fuerzas que prolongan la decadencia del *hegemon*, a partir del poder que éste detenta sobre la institucionalidad mundial, creada bajo el liderazgo estadounidense. Hay un paralelo entre la fase de ascenso del nuevo Kondratiev y la que se desarrolló durante la crisis de la hegemonía británica. Ésta no consiguió superar las tensiones políticas y sociales que derivaban de la crisis de organización imperialista de la economía mundial, liderada por Gran Bretaña, y que se expresa en la forma aguda que adquiere la conquista y división del mundo durante los años 1870-1890. Apenas, con la organización de un nuevo ciclo sistémico y el establecimiento de una nueva hegemonía, asociada a un nuevo Kondratiev, se reformuló ampliamente la institucionalidad de la economía mundial.

De la misma forma, el presente Kondratiev parece incapaz de generar fuerzas sistémicas que reformulen significativamente la organización institucional, política e ideológica de la economía mundial. El neoliberalismo permanece como la fuerza ideológica dominante en el mundo contemporáneo. Adoptado por Estados Unidos –a partir de 1979 y de la victoria neoconservadora de Reagan– como instrumento para solucionar la crisis de hegemonía, fracasa en sus objetivos más profundos pero prolonga aquella, aumentando su gravedad. La alternativa ideológica que el nuevo Kondratiev creó con relación a las fuerzas que dirigen la trayectoria de la crisis de hegemonía, es la tercera vía que no rompe con los fundamentos básicos del paradigma neoliberal, pero que busca atribuirle mayor significado social. En su actual formulación significa un conjunto de fuerzas que, más allá de que mantenga la libertad de circulación de capitales y de mercancías o la sacralidad de los derechos contractuales de los mercados, busca limitar la financierización reduciendo la escalada de los intereses y de la deuda pública, y los efectos más excluyentes de la competición monopólica al crear un espacio limitado para las políticas compensatorias. La hegemonía ideológica del neoliberalismo restringe ampliamente la posibilidad de realizar una reformulación institucional del mundo contemporáneo para democratizar los espacios intergubernamentales de poder: ONU, FMI, BM y OMC. Y el fracaso de la tercera vía como alternativa política, genera una profunda crisis de legitimidad en el sistema del mundo capitalista, aproximando el neoliberalismo del terror y del fascismo para ocultar sus fracasos en la agenda económica social y garantizar una base popular que lo sustente.

Sin embargo, el Kondratiev genera alternativas políticas no solamente sistémicas, también antisistémicas. Si las primeras buscan reformular el moderno sistema mundial para renovar la vitalidad de su componente más

fundamental, la acumulación de capital, las últimas buscan superarlo y crear otro sistema mundial. Nicolai Kondratiev, socialista, interesado en demostrar la existencia de ciclos, enfatizó principalmente las primeras que se desencadenaban en la transición de la crisis para una nueva fase expansiva. Ernst Mandel, por otro lado, preocupado en viabilizar las alternativas revolucionarias, enfatizó las perspectivas antisistémicas que se configuraban en el primer decenio de la crisis, que cerraba la larga expansión. Podemos afirmar que el balance histórico de los siglos XIX y XX favorece a Nicolai Kondratiev.

Las fuerzas transformadoras de la economía mundial actuarán predominantemente en dirección capitalista, pero es importante mencionar que no tendrían éxito si lo hacen de manera aislada y unilateral, sin capturar a su favor elementos antisistémicos y socialistas. El desenlace de un nuevo Kondratiev a mediados del siglo XX y la reorganización mundial de la economía capitalista, no pueden ser explicados sin la victoria del socialismo en la Unión Soviética y su expansión en dirección a Occidente para derrotar el fascismo europeo.

Vencida la guerra, su existencia y la supuesta “amenaza” que significaba para Occidente, fue el pretexto para que el gobierno de Estados Unidos viabilizase junto al parlamento estadounidense, el nuevo papel internacional y hegemónico de su Estado, financiando la recuperación de zonas estratégicas del sistema mundial. Y del punto de vista de la gestión de la economía, el alto nivel de intervención del Estado, indispensable para la generación del Kondratiev de posguerra, se basó ampliamente en la experiencia soviética de planeación estatal.

Si el balance histórico de las fuerzas transformadoras, en los siglos XIX y XX, favoreció a la dirección capitalista, ¿esto también sucederá en el siglo XXI? En nuestra opinión, difícilmente. Junto con el desarrollo del Kondratiev en curso, avanzan las tendencias seculares depresivas, impulsadas por la revolución científico-técnica. Éstas inviabilizan la reproducción ampliada de los ciclos sistémicos y de Kondratiev y abren el espacio para que las fuerzas antisistémicas tengan efectivamente protagonismo mundial. La revolución científico-técnica, como mencionamos, no entra apenas en contradicción creciente con la relación salarial, fundamento del modo de producción capitalista, también con las hegemonías, pilares fundamentales de su superestructura política. La ciencia es altamente intensiva en difusión y contradice la concentración del monopolio tecnológico y su sustentación en un Estado. La aceleración tecnológica de la economía mundial viene reduciendo la extensión de los ciclos sistémicos, pero con el desarrollo de la revolución científico-técnica y la globalización que ésta impulsa, se crea un

fenómeno nuevo, pues la difusión deja de ser apenas un componente para tornarse en el eje dinámico del progreso técnico.²

Durante el desarrollo del Kondratiev en curso, deberán armarse las fuerzas sociales antisistémicas que, delante del agotamiento del moderno sistema mundial, buscarán configurar un poderoso bloque histórico capaz de establecer un nuevo sistema mundial, basado en una civilización planetaria que expresará un nuevo tipo de socialismo. Éste estará fundado en la democracia radical para reformular los espacios mundiales, regionales, nacionales y locales, y en la diversidad cultural. Cuanto más avance el Kondratiev, en sus subfases, en la dirección del agotamiento de su expansión, mayor será su necesidad histórica. Este proyecto se coloca como una posibilidad estructural cuyo éxito, sin embargo, dependerá de su capacidad ideológica, política y organizativa.

El cambio del panorama político al final de la retomada que inicia el nuevo Kondratiev, evidencia esa necesidad y expresa la creciente radicalización política y social que acompaña su agotamiento. Del pensamiento único y de la victoria de la civilización liberal preconizada por Fukuyama, en el comienzo del decenio de los noventa, pasamos a partir del final del decenio, a las manifestaciones globales contra el neoliberalismo, a la organización del Forum Social Mundial, a los ataques del 11 de septiembre contra el World Trade Center y el Pentágono, a las protestas globales contra la guerra y ocupación estadounidense de Irak. En América Latina presenciamos una amplia crisis de legitimidad del neoliberalismo y la conquista de gobiernos por fuerzas de centro-izquierda o nacionalistas que se dividen entre el compromiso con versiones de la tercera vía, abandonando una importante oportunidad histórica, o radicalizan, con aparente éxito, sus posiciones delante de las resistencias de las oligarquías internacionales y nacionales; tales son los casos de Hugo Chávez, en Venezuela, Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador y, en menor medida, de Nestor Kirchner, en Argentina. El agotamiento de la fase de prosperidad inicia una nueva ola de cambios políticos mundiales con la victoria de Barack Obama en Estados Unidos, su primer presidente negro, hijo y nieto de africanos.

² El desplazamiento del dinamismo de la economía mundial para el Este asiático, región que concentra cerca de 40% de la humanidad, expresa esta tendencia y presenta fuerte restricción de las hegemonías. Éstas requieren instrumentos de gestión que garanticen el protagonismo de la lógica económica de la acumulación sobre las presiones sociales y políticas. Por esto, se basaron en Estados que nunca ultrapasaron más de 5% de la población del planeta y que recusaron la centralización institucional del sistema mundial, por la vía del imperio o de la democracia global, medios por los cuales la lógica de la política tendría a prevalecer sobre la economía.

Todavía si el Kondratiev, que se inicia en 1940, precisó incorporar elementos socialistas para su realización, una reformulación socialista de la economía mundial necesita, a la vez, incorporar elementos del capitalismo. Esto implica que la lucha por un sistema mundial socialista, sólo puede obtener éxito a partir de la conquista de posiciones socialistas en el ámbito de la economía mundial capitalista. La construcción de un sistema mundial socialista exige una colosal articulación de fuerzas estatales, partidos políticos y movimientos sociales. Dicho sistema deberá ultrapasar los límites de la civilización capitalista y proceder a la democratización radical de las relaciones internacionales y de los Estados nacionales.

Los caminos históricos de esta construcción son de difícil previsión, aunque partirán de la anarquía relativa de la economía-mundo capitalista para combinar guerras de posición y de movimientos en dimensiones locales, nacionales, regionales y globales. Entre los desafíos del movimiento socialista está el de garantizar la paz en esta transición e impedir que la tentativa de sustituir la hegemonía por un imperialismo global de carácter fascista, que parte del sector más agresivo de la alta burguesía estadounidense –delante de las dificultades de preservar la hegemonía o de apostar en nuevos ciclos que le garanticen un lugar privilegiado en el sistema mundo–, dirija la humanidad a una nueva guerra mundial que la aniquile. ¿Cómo debe situarse América Latina en este entorno? Esta es la cuestión que ahora respondemos.

AMÉRICA LATINA Y LA COYUNTURA CONTEMPORÁNEA

Situada en la coyuntura contemporánea, del punto de vista sistémico, como zona de hegemonía regional de un *hegemón* decadente, América Latina desarma el proyecto desarrollista que se estableció entre 1930 y 1980, cuando se proyectó como una región destacada de la periferia de la economía mundial, y pasa a tener uno de los peores desempeños económicos y sociales de su historia, perdiendo relevancia política e ideológica.

En el origen de este desempeño está la nueva posición sistémica de su dependencia regional. Si esta dependencia, a pesar de sus importantes contradicciones, fue útil en los años que van de 1950 a 1970 –de ascenso hegemónico– para redefinir el modelo de sustitución de importaciones y prolongar sus límites, desde los años ochenta, cuando Estados Unidos propaga el neoliberalismo para responder a su decadencia, se convierte en una importante restricción al desarrollo de la región.

La difusión del neoliberalismo en América Latina por Estados Unidos, tiene por objetivo mejorar su posición competitiva en la economía mundial, retardando y prolongando su decadencia. Esto se realiza de la siguiente manera:

a) Inicialmente, durante la fase depresiva del ciclo de Kondratiev, por la apropiación de importantes excedentes financieros por mecanismos especulativos. A esto corresponde la brutal elevación de las tasas de intereses en Estados Unidos, 1979-1990, y sus impactos en la deuda externa de la región. En este periodo, América Latina, en su mayor parte, mantiene la estructura proteccionista de la sustitución de importaciones, pero compromete sus superávits con el pago de los intereses y servicios de la deuda externa.

b) Posteriormente se busca contener los déficits en cuenta corriente en Estados Unidos, talón de Aquiles de su hegemonía, por medio de la generación de superávits comerciales con América Latina y la utilización de su fuerza de trabajo sobreexplotada para abaratar la elaboración de las partes y los componentes incorporados a las mercancías finales estadounidenses, cuya producción es parcialmente descentralizada a la región. Esta estrategia envolvió la formación del consenso de Washington y la exigencia de la aplicación de políticas neoliberales en América Latina, fundadas en la libertad comercial y financiera. Se establecen dos generaciones de políticas públicas: la primera, en donde América Latina practica el cambio fijo sobrevalorado, se prioriza la generación de superávits comerciales y se preserva la especulación como importante fuente de acumulación y apropiación de excedentes financieros, lo cual repercute intensamente en sus deudas interna y externa; en la segunda, se utiliza el cambio fluctuante para generarse, por medio de la descentralización productiva de la región, el aumento de la competitividad en Estados Unidos. Esta última estrategia no elimina para América Latina, el déficit comercial como su consecuencia, pero lo torna menos agudo. Durante las crisis, cuando el capital extranjero intensifica sus salidas de la región, se generan importantes saldos comerciales que financian los déficits comerciales y en cuenta corriente creados en los periodos de expansión. El resultado general de la balanza comercial tiende a ser negativo o, en la mejor de las hipótesis, un magro superávit incapaz de financiar los egresos de capital que predominan sobre las entradas en la balanza de pagos de una región dependiente.³

³ La entrada de China en el mercado mundial impulsando la demanda internacional de productos básicos ha suavizado esta contradicción, al favorecer los términos de intercambio de los

El neoliberalismo, por lo tanto, genera para América Latina la insostenibilidad de su crecimiento económico por la incapacidad de establecer una arquitectura institucional para financiarlo. En consecuencia se profundiza la desnacionalización, el endeudamiento y la superexplotación de la región. El futuro mediocre que nos ofrece la actual vinculación a la hegemonía en curso refuerza la necesidad de buscar alternativas.

El desafío de América Latina, en cuanto región periférica del sistema mundial, es doble: de un lado, erradicar la pobreza y reducir las disparidades de renta y propiedad internas, y de otro, proyectarse en dirección al centro de la economía mundial para superar su condición de periferia. Si para el primer desafío, el socialismo nos puede dar la respuesta, el segundo desafío exige, sin abandonarlo, matizarlo. Para ascender al centro de la economía mundial es necesario que la región evite su aislamiento del sistema-mundo e invierta la relación que tradicionalmente estableció con el capital extranjero, tornándolo un instrumento de su capitalización y no de descapitalización. ¿Pero cómo hacerlo? Pues éste utiliza la región como un espacio de acumulación que le proporciona salidas de capital superiores a las entradas y lo auxilia al concentrar capital en los grandes centros de expansión mundial.

La única forma de cambiar esta lógica es alterando el atractivo que América Latina ofrece a las inversiones de la economía mundial capitalista. Latinoamérica ha proporcionado activos baratos y de baja calidad que encuentran su principal expresión en la fuerza de trabajo sobreexplotada. Sin embargo, éstos limitan la continuidad de las inversiones, pues los bajos salarios restringen el mercado interno y la exposición del subdesarrollo tecnológico a la competición y presiona negativamente la tasa de ganancia.

En una era de desarrollo de la revolución científico-técnica, la calidad de la fuerza de trabajo se torna el principal activo tecnológico. Para proporcionarla, América Latina deberá romper con su sobreexplotación, pues ésta restringe la inversión en aumento de su valor al reducir los precios abajo de éste. Pero la ruptura con la sobreexplotación es también la ruptura con el capitalismo dependiente en el cual ésta se articula. El aumento del valor de la fuerza de trabajo exige la liberación de los compromisos financieros externos e internos que impiden las fuertes inversiones en ciencia y tecnología, educación, salud, infraestructura habitacional, géneros de primera necesi-

productos primarios por los manufacturados. Este proceso que arriesga a llevar a una reprimarización de las estructuras productivas latinoamericanas es contradictorio: en el corto plazo favorece la obtención de divisas y remesas, pero en el mediano y largo plazos puede generar una contracción cíclica, una vez que se reestructure la composición de la demanda china.

dad, cultura y ocio, capaces de elevar los niveles de vida y de consumo de los pueblos latinoamericanos. Sustentamos que un proyecto de este tipo, que se inscribe en los marcos de transición al socialismo, aunque se confronte en un primer momento con las directrices dominantes del sistema mundial, tendrá amplias condiciones de imponerse en la economía-mundo, por dos grandes razones:

a] La erradicación de la miseria y de la pobreza, la elevación de los niveles de consumo popular y la limitación de los egresos de capital, combinadas con una gestión macroeconómica que garantiza un superávit estructural en la balanza comercial, elevarían las tasas de inversiones y abrirían una perspectiva de crecimiento intenso y sustentado en la región. La construcción de la equidad interna en un espacio de fuerte desigualdad garantizaría, por sí misma, una trayectoria intensa y prolongada de expansión. Esto proporcionaría un papel estratégico a los países más avanzados de la periferia y a los procesos de integración regional por su mayor capacidad de combinar la articulación de las capacitaciones locales y revisar las desigualdades.

b] Una vez superado el choque con las estructuras internas y externas de la dependencia, el éxito económico del proceso de desarrollo garantizaría apoyo del capital extranjero para su expansión y renovación. Esto ocurriría porque la construcción de la equidad en América Latina pone a disposición, para el capital internacional, una fuerza de trabajo calificada y, aun, relativamente barata para los padrones internacionales, reorientando sus inversiones y proporcionándole a la periferia más avanzada y su influencia regional, flujos sustentables de entrada de capital para invertir la lógica de las relaciones de dependencia.⁴ Como vimos, la revolución científico-técnica tiende a elevar el valor de la fuerza de trabajo con relación a la productividad y a presionar negativamente la tasa de plusvalía. Esta contradicción es resuelta en los países centrales con el desempleo y la precarización del trabajo que permite que los precios de la fuerza de trabajo caigan abajo de su valor. Pero este procedimiento genera una subinversión en estos países y una masa excedente de capital disponible para quien proporcione una fuerza de trabajo en el mercado mundial cuya relación valor-precio sea más atractiva al capital internacional. Los países periféricos, al liquidar su dependencia y su vínculo histórico con la sobreexplotación del trabajo, pueden elevar el

⁴ El alto grado de competencia en la economía internacional que acompaña la crisis de hegemonía y la aceleración tecnológica, sería otro factor relevante para postular el éxito de esta alternativa en América Latina y que dificulta la unidad política del capital internacional contra la región.

valor de su fuerza de trabajo y, aún más que proporcionalmente, los precios de la misma —que serían, al final, incorporados al valor como dimensión histórico-moral más avanzada de la clase trabajadora—.

Hay, por lo tanto, un cierto “espacio de consenso” para ser buscado por los países dependientes en la coyuntura internacional de la crisis sistémica del capitalismo, que remite a la combinación entre guerras de posición y de movimiento en el mundo contemporáneo, anteriormente referida. Estos países, al liquidar la sobreexplotación, fundamento de su dependencia, no estarían aislándose de la economía mundial, como supone la versión conservadora de la teoría de la dependencia, liderada por Fernando Henrique Cardoso, sino creando las condiciones para dirigir una ofensiva sobre el sistema mundial capitalista a mediano plazo, capaz de prolongar su decadencia y, simultáneamente, cuestionar una de sus bases más fundamentales: la división de la economía mundial entre centro y periferia. El papel cumplido por China en la construcción de un *socialismo de mercado* en la periferia, parece por eso ejemplar e ilumina las complejidades de la transición del sistema mundial capitalista a una civilización superior.

Este *socialismo de mercado* debe, sin embargo, desarrollar sus implicaciones internacionales: desbordarse de los marcos de afirmaciones nacionales hacia los regionales, impulsando procesos de integración continentales de sur-sur que promuevan la cooperación tecnológica y financiera. Al hacerlo, restringidos los volúmenes de capital que sustentan la balanza de pagos de Estados Unidos, derrumbará la credibilidad del dólar, último pilar de la hegemonía estadounidense y al neoliberalismo, poniendo al desnudo al tigre de papel que mencionaba André Gunder Frank, para abrir el espacio a una amplia reconstrucción del sistema mundial. Es en este camino que debe inspirarse América Latina para dar fundamento a una política externa consecuente y sustentable, capaz de promover el sueño bolivariano de la solidaridad regional y mundial.

REFERENCIAS

- Arrighi, Giovanni, *A ilusão do desenvolvimento*, Petrópolis, Vozes, 1997.
Bambirra, Vânia, *El capitalismo dependiente latinoamericano*, México, Siglo XXI Editores, 1974.
Boron, Atilio, *A coruja de minerva: mercado contra democracia no capitalismo contemporâneo*, Petrópolis, Vozes, 2001.

- Caputo, Orlando e Roberto Pizarro, *Dependencia y relaciones internacionales*, San José, Educa, 1973.
- Council of economic advisers, *Economic report of the president*, Washington, Government Printing Office, 2007.
- Dos Santos, Theotônio, *A teoria da dependência: balanço e perspectivas*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2000.
- Groningen Growth and development centre, *Total Economy Database*, <www.ggdc.net>, 2007.
- Kondratiev, Nicolai, *Los ciclos largos de la coyuntura economica*, México, UNAM, 1979.
- Maddison, Angus, *La economía mundial 1820-1992: análisis y estadísticas*, París, OCDE, 1997.
- Maddison, Angus, *Chinese economic performance in the long run*, París, OCDE, 1998.
- Maddison, Angus, *The world economy: a millennial perspective*, París, OCDE, 2001.
- Maddison, Angus, *Historical Statistics for the World Economy*, <www.ggdc.net/maddison/Historical_Statistics/horizontal-file_03-2007.xls>, 2007.
- Mandel, Ernst, *Long waves of capitalism development: the marxist interpretation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.
- Martins, Carlos Eduardo, *Globalização, dependência e neoliberalismo na América Latina*, tese de doutorado apresentada ao departamento de Sociologia da Universidade de São Paulo, São Paulo, 2003.
- Marini, Ruy Mauro, *Dialéctica de la dependencia*, México, Era, 1973.
- Marini, Ruy Mauro, “Procesos y tendencias de la globalización capitalista”, Marini, Ruy Mauro y Mária Millán (coord.), *La teoría social latinoamericana, tomo IV, Cuestiones contemporáneas*, México, UNAM, 1996, pp. 49-68.
- Wallerstein, Immanuel, *The essential Wallerstein*, Nueva York, The New Press, 2000.

EL DESEQUILIBRIO EXTERNO DE ESTADOS UNIDOS TRAS LAS FISURAS DEL LIDERAZGO ECONÓMICO

KATIA COBARRUBIAS HERNÁNDEZ

INTRODUCCIÓN

En los últimos tiempos, la posición hegemónica de Estados Unidos en la economía mundial ha estado sometida a un constante escrutinio, y los criterios al respecto son diversos y no siempre concordantes. Indicadores como la dimensión de su economía con relación a la economía mundial, su participación en los flujos internacionales de comercio e inversión, el posicionamiento de sus empresas transnacionales y la propia crisis económica generada en su mercado financiero, entre otros, han sido esgrimidos para demostrar que la preeminencia estadounidense en el terreno económico ha declinado significativamente. Mientras, no son pocos los que han referido una reafirmación de la fortaleza económica a partir de las características estructurales introducidas por el desarrollo de las tecnologías de la información y las comunicaciones.¹

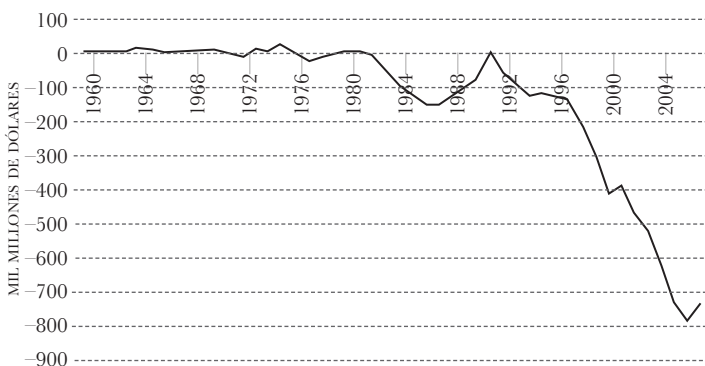
En este trabajo se considera al desequilibrio externo de Estados Unidos como síntesis del proceso de debilitamiento a largo plazo de su dominio económico. El desequilibrio externo, expresado en el déficit de cuenta corriente y el creciente endeudamiento, constituye un problema estructural de la economía estadounidense que ha persistido por más de un cuarto de siglo. Se analizan sus determinantes e implicaciones como base para fundamentar, desde esta perspectiva, la idea de que el liderazgo económico de Estados Unidos a escala mundial, presenta fisuras y se encuentra sometido en la actualidad a importantes tensiones que lo vulneran.

¹ La polarización del debate en torno al posicionamiento actual de Estados Unidos en el escenario mundial (no sólo en su dimensión económica), ha quedado muy bien definida por Atilio Borón cuando refiere que “Las posiciones oscilan en torno a dos polos: hay quienes aseguran que, luego de la crisis de los años setenta, estamos en presencia de una recomposición de la hegemonía estadounidense en el terreno militar, económico político y social; y están quienes, por el contrario, adhieren a una tesis que postula el debilitamiento de Estados Unidos en la arena mundial” (Borón, 2004).

EL DESEQUILIBRIO EXTERNO DE ESTADOS UNIDOS
Y EL DESBALANCE DE RECURSOS COMO DEBILIDAD ESTRUCTURAL

Durante los primeros 35 años que sucedieron a la segunda guerra mundial, la cuenta corriente de la balanza de pagos de la economía norteamericana se mantuvo bastante equilibrada. En la gráfica se puede distinguir que, entre 1960 y 1980, la sucesión de los superávits fue interrumpida sólo ocasionalmente en 1971, 1972 y luego entre 1977 y 1979, pero con saldos negativos realmente poco significativos.

GRÁFICA 1. ESTADOS UNIDOS: BALANCE DE CUENTA CORRIENTE (1960- 2007)



FUENTE: elaborada por la autora a partir de Bureau of Economic Analysis, 2008.

Fue en los años ochenta cuando la cuenta corriente registró saldos negativos que, por su volumen, concitaron el debate sobre sus causas, consecuencias y las posibles medidas económicas para su corrección. El año 1987 marcó un déficit record equivalente a 29 veces el valor del primer saldo negativo del decenio, el de 1982. Ya hacia finales de los ochenta, el déficit mostró una mejoría paulatina al retomar valores positivos en 1991. Sin embargo, a partir de 1992, el saldo de cuenta corriente retomó la tendencia negativa, aunque esta vez con mayor acento, hasta alcanzar la extraordinaria cifra de 731 mil millones de dólares en 2007 (BEA, 2008).

El análisis que se presenta a continuación, dividido en tres subperiodos (decenio de los ochenta, decenio de los noventa y los primeros siete años del actual siglo) se basa en el hecho de que el saldo de la cuenta corriente de la balanza de pagos expresa la diferencia entre el ahorro bruto de una econo-

mía (ahorro del sector privado y el sector público) y sus gastos de inversión. Así, cuando el ahorro generado por los sectores público y privado no alcanza a cubrir los gastos de inversión, como ha sucedido sistemáticamente en la economía estadounidense, se registra un déficit en la cuenta corriente.

Durante los años ochenta, la inversión mostró una tendencia ligeramente decreciente con relación al producto nacional bruto (PNB) estadounidense, pero ésta fue mucho menos significativa que el decrecimiento experimentado por la tasa de ahorro privado, debido principalmente al descenso del ahorro de los hogares. La disminución del ahorro de los hogares estuvo muy vinculada con la política económica implementada durante la administración del presidente Ronald Reagan. Este nuevo enfoque de política económica preveía una reducción impositiva, una política de restricción monetaria, la disminución de los gastos públicos y la eliminación de los “excesos” del intervencionismo y la regulación estatal. Se le daba así continuidad al cambio esencial que se había iniciado en Estados Unidos a fines de los años setenta, a raíz del agotamiento del modelo de acumulación vigente, el cual se había sustentado con una política económica de base keynesiana.

El bajo nivel de la tasa de ganancia no propició la expansión de la inversión, por lo que la rebaja impositiva favoreció una espiral de consumo que redujo significativamente el ahorro personal (Cline, 1989). Así, fue el dinamismo del consumo lo que provocó que, desde mediados de los años setenta, el ahorro privado no fuera suficiente para financiar la formación de capital.

Aunque originalmente el programa económico de Reagan preveía la contracción de los gastos federales, a partir de la recesión económica de 1982 se produjo un ascenso acelerado de los egresos y las asignaciones militares. Sin embargo, el aumento de las asignaciones presupuestarias para gastos militares no respondía únicamente a la necesidad de impulsar la economía. El gobierno de Ronald Reagan recurrió al uso de la fuerza a escala internacional para reafirmar la supremacía estadounidense. La postura de “contención” frente a la URSS fue sustituida por la doctrina de la “reversión del comunismo”, favoreciendo el desarrollo y construcción de armamento militar y nuevos avances en la carrera armamentista (Regalado, 2006).

El gobierno esperaba que los ingresos impositivos crecieran rápidamente a partir de la recuperación económica, pero esto no sucedió y al combinarse con la elevación de los gastos, se reflejó en déficit fiscales significativos que reforzaron la insuficiencia del ahorro nacional. La expansión experimentada por la economía a partir de 1983, ocurrió entonces a costa de una brecha

creciente entre la disponibilidad de recursos y su utilización y de la generación de los llamados “déficit gemelos”.²

El déficit de cuenta corriente constituye el indicador representativo por excelencia de esta brecha, que fue cubierta por flujos financieros externos, que gozaban de una mayor movilidad a partir de la acelerada desregulación que se manifestó a escala global desde los años setenta. Estos flujos eran atraídos a Estados Unidos por las altas tasas de interés prevalecientes debido a la presión que ejercía el desequilibrio fiscal sobre el mercado de crédito. La recepción sucesiva de financiamiento desde el exterior, dio lugar a que en 1986, la economía de Estados Unidos registrara un saldo negativo en la posición de la inversión internacional neta (PIIN),³ por primera vez en más de seis decenios, revirtiéndose la posición acreedora que mantenía el país a partir de 1914⁴ (gráfica 2).

En 1985 el Acuerdo Plaza evidenció que la dependencia del financiamiento externo era percibida como una importante vulnerabilidad por las autoridades estadounidenses. Con este acuerdo, los países del G-5⁵ convinieron en intervenir de forma conjunta en los mercados cambiarios, para depreciar el dólar e inducir una reducción del déficit comercial de Estados Unidos. La interdependencia creciente de la economía mundial y la posible transmisión hacia otras economías desarrolladas de efectos adversos derivados de desequilibrios en los mercados internacionales, favoreció esta acción de coordinación política, que sólo había ocurrido antes de manera excepcional.

Durante los años noventa, el déficit de cuenta corriente recayó en un progresivo deterioro. Uno de los factores que favoreció este hecho fue la reversión de la tendencia ligeramente decreciente que había mostrado la tasa de acumulación en los ochenta. La formación bruta de capital fijo mostró un crecimiento significativo entre 1991 y 2000, basado fundamentalmente en el dinamismo de la inversión en equipamiento y *software*. Esto estuvo

² A los déficit de cuenta corriente y fiscal se les llama “déficit gemelos” cuando se expanden en similar medida y se derivan de los mismos fundamentos económicos.

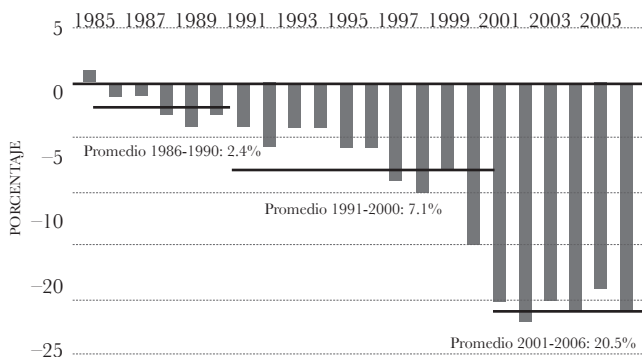
³ La PIIN se define como la diferencia entre el stock de activos de Estados Unidos en el exterior y el stock de activos de extranjeros en Estados Unidos. El saldo negativo de este indicador, significa que el país tiene una posición deudora en cuanto a sus obligaciones con el exterior.

⁴ Hacia 1920, muchos inversores extranjeros transfirieron al exterior una parte significativa de sus activos para financiar la primera guerra mundial, con lo que Estados Unidos reforzó su posición acreedora. Esta posición se mantuvo y se profundizó luego de la segunda guerra mundial (Jackson, 2007).

⁵ El G-5 estaba formado por Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia e Inglaterra.

muy vinculado con el auge del sector de las tecnologías de la información y las comunicaciones, el cual afianzó los cambios que se venían produciendo desde los años ochenta, en la estructura tecnoproductiva del país.

GRÁFICA 2. ESTADOS UNIDOS: POSICIÓN DE LA INVERSIÓN INTERNACIONAL NETA CON RELACIÓN AL PIB



Fuente: elaborado por la autora a partir de Jackson, 2007.

Los avances tecnológicos también propiciaron el desarrollo de los mercados financieros mediante la creación de novedosos instrumentos de inversión, el surgimiento de nuevas instituciones financieras y la masificación del uso de Internet. Estos elementos, junto a la desregulación creciente, implicaron que cada vez más hogares e individuos participaran en los mercados financieros, principalmente el mercado de valores. Se estima que en 1999, 49.2 millones de hogares –aproximadamente la mitad de los hogares estadounidenses– poseían acciones.⁶ Las ganancias obtenidas en el mercado de valores contribuyeron a la explosión del consumo y, con ello, a la contracción de la tasa de ahorro personal, de 7.3% en 1991, a sólo 2.3% en el año 2000. Como resultado, el ahorro privado descendió hasta 13.5% del PNB en ese mismo año.

⁶ No obstante, esta participación en los mercados de valores es particularmente desigual. Se estima que en 2001, el 1% más rico entre los propietarios de acciones tenía el 33.6% de las acciones (según su valor), mientras que el 80% menos rico, tenía sólo el 10.7% (Mishel, 2005).

Así, el dinamismo de la inversión, en combinación con el reforzamiento de la tendencia a la baja del ahorro privado, ocasionó que este último fuera cada vez más insuficiente para cubrir las necesidades de acumulación de la economía. Se debe agregar que, en este periodo, se redujeron paulatinamente los déficit fiscales⁷ y el sector público superó su situación de desahorro, pero esto no logró compensar los efectos negativos del decrecimiento del ahorro privado. Como consecuencia, se mantuvo la diferencia entre la disponibilidad de recursos y su utilización y el déficit de la cuenta corriente.

La afluencia de capital externo necesaria para cubrir los elevados niveles de inversión profundizó el carácter deudor de la economía estadounidense, elevando la relación entre el endeudamiento externo (según la PIIN) y el PIB hasta 14% en el año 2000, en comparación con el 3% que registraba en 1990 (gráfica 2).

Siguiendo la evolución del saldo negativo de la cuenta corriente de Estados Unidos, se hace evidente que el deterioro más pronunciado se produce entre los años 2000 y 2006. Justamente en 2001, con un crecimiento anual del PIB de 0.8%, finalizó la prolongada expansión económica de los años noventa. Para favorecer la recuperación, la Reserva Federal redujo la tasa de interés de los fondos federales hasta ubicarla en un 1%, el nivel más bajo desde 1958 el cual se mantuvo hasta mediados de 2004. El bajo nivel de las tasas facilitó el gasto de capital y la inversión de la economía con relación al PNB se mantuvo alrededor de 20% entre 2000 y 2005.

El ahorro privado mantuvo una tendencia descendente a pesar de la mejoría experimentada por el ahorro generado en el sector empresarial. Nuevamente, esta situación se explica por la evolución desfavorable de la tasa de ahorro personal, que llegó a alcanzar valores muy cercanos a cero desde 2005. Sin embargo, en los primeros años de este siglo, el auge del consumo fue favorecido no sólo por las ganancias obtenidas en el mercado de valores, como sucedió en los años noventa, sino por nuevos elementos como las bajas tasas de interés y el alza del precio de las viviendas. Estos factores propiciaron que las familias solicitaran créditos con bajos intereses, utilizando como garantía el alto valor de sus casas. Esto les permitía, no sólo adquirir una vivienda, también incurrir en un nivel de gastos que con fre-

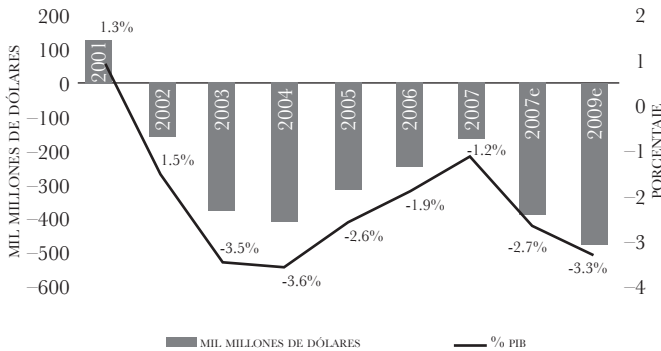
⁷ Durante los noventa, la política fiscal tuvo una clara orientación restrictiva, basada en la disminución de los gastos sociales y un comportamiento estable de los gastos militares. Esto último, estuvo relacionado con el fin de la confrontación con el socialismo, a raíz de la desaparición de la URSS.

cuencia superaba sus ingresos y se traducía en una expansi3n significativa del endeudamiento de las familias estadounidenses.

Como es conocido, cuando en 2006 los altos precios de las viviendas comenzaron a corregirse y la Reserva Federal inici3 la subida de las tasas de inter3s, se acumularon impagos de las cuotas mensuales y muchos prestatarios se vieron imposibilitados de renegociar sus cr3ditos en mejores condiciones. Numerosas instituciones especializadas en cr3ditos hipotecarios de alto riesgo o *sub-prime* se han visto afectadas por los impagos, dando lugar a una grave crisis que ha contagiado rápidamente a otros segmentos del mercado financiero estadounidense y a los mercados financieros a escala global.

Retomando el análisis del balance de recursos, se debe señalar que el elevado nivel de endeudamiento que presentan los hogares estadounidenses, ha ocasionado que durante los años que han transcurrido de este siglo, el ahorro privado en Estados Unidos no ha sido suficiente para cubrir la inversi3n bruta. Sin embargo, a diferencia de los años noventa, la situaci3n fiscal contribuy3 a agravar el déficit de recursos del país. La política fiscal se aplic3 sobre la base de recortes impositivos para reanimar la actividad econ3mica y de crecientes gastos de defensa justificados con la proclamada "guerra contra el terrorismo". El superávit fiscal de 2.4% del PIB existente al inicio de la administraci3n Bush, se revirti3 hasta alcanzar un déficit de 3.6% en el 2004 (gráfica 3).

GRÁFICA 3. ESTADOS UNIDOS: EVOLUCI3N DEL DÉFICIT FISCAL



FUENTE: elaborada a partir de Council of Economic Advisers, 2008.

La mejoría del déficit público observada entre 2005 y 2007, respondió a un aumento significativo de los ingresos y no a un descenso de los egresos. Las entradas fiscales se expandieron, principalmente por una mayor recaudación por concepto de impuestos sobre el ingreso e impuestos corporativos. Sin embargo, tal dinamismo de los ingresos no tendrá un carácter permanente debido a que se basó en el favorable comportamiento de los beneficios empresariales y los ingresos personales, lo que debe modificarse a partir de la contracción económica inducida por la crisis económica actual.

Así, en los primeros años del siglo XXI, la brecha entre el ahorro nacional y la inversión ha alcanzado niveles record que se han manifestado tanto en el déficit de cuenta corriente como en la afluencia de financiamiento externo. Los pasivos externos netos estadounidenses alcanzaron un promedio de 20.5% del PIB entre 2001 y 2006, en comparación con 7.1% entre 1991 y 2000 (gráfica 2).

A pesar de las peculiaridades que hacen único a cada subperiodo analizado, se puede afirmar que el deterioro del saldo de la cuenta corriente en el último cuarto de siglo, ha respondido a que la economía de Estados Unidos ha padecido un déficit crónico de recursos internos. Esta debilidad ha tenido causantes comunes como el crecimiento pujante de los niveles de consumo y el descenso de la tasa de ahorro privado. Estos elementos han devenido en una fragilidad estructural, en tanto se asientan no sólo sobre factores cíclicos, también sobre bases más profundas como el amplio desarrollo alcanzado por el mercado financiero interno, su elevado nivel de desregulación, el consumismo asentado en los patrones de comportamiento del ciudadano medio estadounidense, entre otros.

Asimismo, la generación de déficit fiscales es otro de los elementos explicativos del balance negativo de recursos. En cada episodio de deterioro del déficit, éste ha estado vinculado a la elevación de los gastos de defensa en correspondencia con la pretensión estadounidense de mantener la superioridad militar como uno de los pilares de su dominio global. Factores tan diversos como la previsible continuidad de los conflictos en Asia Central y Medio Oriente, las multimillonarias erogaciones realizadas para reactivar la economía ante la crisis económica, el pago de los intereses de la deuda pública y, más adelante, la necesidad de ofrecer sustento a los futuros jubilados de la generación del *baby-boom* confirman la probable persistencia de esta debilidad de la economía americana.

Una de las principales implicaciones de este análisis es que la insuficiencia de ahorro interno había sido cubierta hasta ahora sin dificultad con recursos externos, lo que se pudiera interpretar como una situación favorable

para Estados Unidos, dado que esto le ha permitido sostener un elevado nivel de demanda interna. Sin embargo, esta realidad se ha traducido en un endeudamiento creciente y de elevadas proporciones, que sintetiza la vulnerabilidad que enfrenta hoy la supremacía económica de Estados Unidos.

TRAS OTROS DETERMINANTES DEL DESEQUILIBRIO EXTERNO

Muchos autores consideran que existen factores microeconómicos, como la productividad y la competitividad, que también pueden aportar elementos para explicar el deterioro del saldo de cuenta corriente de una economía, pues se relacionan con el volumen y la composición del comercio de bienes y servicios.⁸

Una característica significativa del déficit de cuenta corriente estadounidense es que, desde 1980, ha seguido casi la misma trayectoria que la balanza de bienes, mientras que el resto de sus componentes han tenido una magnitud e influencia poco significativa.⁹ Uno de los argumentos más socorridos para explicar la ampliación del déficit en el comercio de bienes en esa etapa era la pérdida de competitividad de las exportaciones debido a la declinación del liderazgo tecnológico de Estados Unidos y la desaceleración en el crecimiento de la productividad en relación con otros países industrializados.

Efectivamente, en el cuadro 1 se observa que para Estados Unidos, el crecimiento de la productividad fue mucho más rápido en los años sesenta que en los tres decenios siguientes. Asimismo, entre 1973 y 1989, el desempeño estadounidense fue pobre en comparación con el resto de los países de la muestra.

En la misma medida en que los países desarrollados fueron recuperando sus economías de los efectos devastadores de la segunda guerra mundial, fueron ganando terreno en la competencia internacional a partir de la incorporación de avances tecnológicos, el entrenamiento y calificación continua de la fuerza de trabajo. Así, en 1980 muchos países desarrollados habían acortado la diferencia entre sus niveles de productividad y el de Estados Unidos, proceso que se mantuvo durante ese decenio. Para 1990, los niveles de productividad de Francia e Italia sobrepasaban el de Estados

⁸ Véase Burger, 1989.

⁹ Se hace referencia a las balanzas de servicios, rentas y transferencias unilaterales.

Unidos, el de Alemania representaba el 94% y el de Reino Unido 74% (Mishel, 2005).

En la primera mitad de los años ochenta, la pérdida de competitividad de las exportaciones estadounidenses se vio reforzada por el comportamiento del tipo de cambio del dólar. La afluencia de capital resultante de las elevadas tasas de interés reales prevalecientes en el periodo, presionó a la apreciación del dólar en cerca de 40% hasta 1985 (Destler, 2003). Así, la apreciación actuó encareciendo las exportaciones y abaratando las importaciones.

Ya en los años noventa y hasta la actualidad, el análisis toma otros matices por ser este el periodo en que se consolida en la economía estadounidense el patrón de acumulación, basado en las tecnologías de la información y las comunicaciones. La introducción de avances tecnológicos, la capacidad de las empresas para utilizar la información y la tecnología en favor de una mayor eficiencia y el aumento del stock de capital de alta tecnología, le ha aportado fuerzas renovadas a la economía de ese país. Tan es así que en ese decenio, el incremento de la productividad del trabajo registró valores superiores a los de decenios anteriores y similares a los de otros países avanzados y, desde 2000, el dinamismo de este indicador ha resultado superior en Estados Unidos (cuadro 1).

CUADRO 1. CRECIMIENTO DE LA PRODUCTIVIDAD DEL TRABAJO (%),
PAÍSES SELECCIONADOS DE LA OCDE

País	1960-1973	1973-1979	1979-1989	1989-2000	2000-2003
Estados Unidos	2.6	0.3	1.2	1.7	2.6
Japón	8.4	2.8	2.8	1.3	1.7
Alemania	4.5	3.1	1.4	1.7	0.9
Francia	5.3	2.9	2.5	1.5	0.2
Italia	6.4	2.8	1.9	1.7	-0.4
Reino Unido	4.0	1.6	1.8	1.8	1.2
Canadá	2.5	1.1	1.0	1.5	0.7

FUENTE: elaborado por la autora a partir de Mishel, *et al.*, 2005.

Sin embargo, a pesar de las mayores ganancias de productividad, se han seguido acortando las diferencias en los niveles de productividad entre los países industrializados. En 2002, también Alemania presentaba un índice mayor al de Estados Unidos. Japón alcanzaba un 72%, Reino Unido 79% y Canadá

84%. De esta forma, actualmente la economía estadounidense mantiene déficit comercial con los países industrializados en su conjunto, destacándose por su volumen el área Euro,¹⁰ Japón, Canadá y Reino Unido.

A ello habría que agregar que también en los años noventa, el tipo de cambio real del dólar ponderado por el comercio aumentó entre 20% y 35% (en dependencia del índice utilizado).¹¹ La apreciación influyó en la pérdida de competitividad de las exportaciones estadounidenses, causando que la producción manufacturera se viera desplazada por las manufacturas extranjeras. La depreciación gradual del dólar desde inicios de 2002, no ha revertido la apreciación anterior, por lo que el dólar se mantiene aún sobrevaluado.¹²

En definitiva, la evolución del tipo de cambio desde los ochenta revela que, excluyendo los breves periodos en los que se ha depreciado en términos reales, este precio relativo ha reducido la competitividad de las exportaciones estadounidenses en el mercado internacional. Este hecho confirma que la influencia del tipo de cambio es relevante porque introduce cambios relativamente permanentes en los patrones comerciales del país. Después de un largo periodo de apreciación, puede no ser suficiente el retorno del tipo de cambio a su nivel inicial para que las empresas recuperen el terreno perdido en los mercados externos.¹³

Asimismo, en los últimos años ha aumentado la importancia de los déficit bilaterales con países subdesarrollados, destacándose China, otros países del sudeste asiático y México. Una parte significativa de este comercio responde a la relocalización en el extranjero de transnacionales estadounidenses, que han insertado a estas economías en sus sistemas regionales e internacionales de producción integrada, con el objetivo de lograr una adecuada valorización del capital. Así, en Estados Unidos, sectores como el de la electrónica, textiles, calzado, juguetes, se han visto sometidos a un fuerte proceso de desinversión que deteriora aún más su competitividad.

En definitiva, la pérdida relativa de ventajas en cuanto a la competitividad de los bienes estadounidenses, tanto por la evolución de la productividad en

¹⁰ El Área Euro incluye a Austria, Bélgica, Finlandia, Francia, Alemania, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Holanda, Portugal, España, Grecia y Eslovenia.

¹¹ Cálculos de la autora según Council of Economic Advisers, 2007.

¹² Presenta un valor superior al que justifican los factores fundamentales que deben determinarlos (tasas de interés, cuenta corriente, afluencia de capital y situación de las reservas internacionales).

¹³ Este fenómeno se le denomina "efectos histéresis".

comparación con otras economías, como por la evolución del tipo de cambio y la deslocalización de industrias en el exterior –en detrimento de la modernización de determinados sectores internos–, se agregan las debilidades que han contribuido a la profundización del déficit de cuenta corriente y constituyen una expresión de las tensiones a que se ve sometido el liderazgo económico de Estados Unidos en la actualidad.

LAS BASES DEL LIDERAZGO ECONÓMICO Y LA PERSISTENCIA DEL DESEQUILIBRIO EXTERNO

El problema del desequilibrio externo también se puede analizar desde la perspectiva de su persistencia por un extenso periodo. ¿Cómo esta economía ha podido mantener un déficit de cuenta corriente significativo y creciente por tan largo tiempo? Las respuestas a esta pregunta permitirán poner al descubierto algunas de las fortalezas que, a pesar de las debilidades expuestas, han apuntalado el liderazgo económico estadounidense.

El principal elemento en este sentido es que el dólar, aunque en la actualidad tiene una posición menos predominante que hace 30 años, ha mantenido su lugar como principal moneda de reserva internacional. El abandono del sistema monetario internacional diseñado en Bretton Woods, permitió una mayor participación de otras monedas en las reservas internacionales, pero el dólar se ha mantenido como centro del sistema. En la actualidad se realizan en dólares la mitad de las exportaciones de bienes y servicios y un tercio del comercio de valores en los mercados financieros internacionales. Además, se estima que dos tercios de las reservas internacionales mundiales se encuentran denominadas en esta moneda (Dierckxsens, 2005).

Esta posición privilegiada de la moneda dólar, ha posibilitado que Estados Unidos capte el financiamiento externo imprescindible para financiar su déficit de cuenta corriente. En definitiva, los inversionistas externos han valorado al dólar como una moneda segura y, por lo general, han confiado en la capacidad de la economía para recuperarse de situaciones de inestabilidad en los mercados financieros domésticos y globales.

Este criterio es aplicable tanto para los inversionistas privados, como para los inversores oficiales de cada país. El exceso de ahorro interno de muchas economías de la región Asia-Pacífico como resultado de sus crecientes superávits de cuenta corriente en los últimos años, ha sido invertido

preferentemente en activos en dólares, que han pasado a engrosar las reservas de divisas de estas economías.

A partir de las crisis financieras que sufrieron muchos países subdesarrollados desde mediados de los años noventa, también se reforzó la tendencia a acumular reservas para contrarrestar la volatilidad y la posibilidad de reversiones de los flujos de capital. En definitiva, este proceso ha facilitado la canalización del ahorro externo hacia Estados Unidos.

Ser la economía que emite la principal moneda del actual orden monetario internacional le ha permitido a Estados Unidos que la mayor parte de sus obligaciones externas estén denominadas en su propia moneda. El problema de descalce de monedas que han sufrido otras economías, principalmente subdesarrolladas, no es una dificultad para Estados Unidos. En aquellos casos, el endeudamiento en moneda extranjera resulta de la combinación entre los bajos niveles de ahorro doméstico y una moneda débil, con la que no se pueden obtener créditos externos. Estados Unidos, en cambio, presenta una insuficiencia crónica de ahorro interno, pero ostenta la moneda centro del sistema. De esta forma, es menor su vulnerabilidad ante las variaciones del tipo de cambio del dólar con relación a otras monedas.

El mayor crecimiento del PIB estadounidense también ha favorecido la sostenibilidad de la situación de endeudamiento de esta economía. Mientras más rápido aumente el producto, el pago futuro de los intereses y el principal de la deuda que se ha adquirido, será una menor carga con relación al tamaño de la economía y se afectarán menos indicadores como el consumo y la inversión. Así, el dinamismo económico que mostraba previo a la actual crisis, le permitió a Estados Unidos mantener su patrón de elevados gastos y escaso ahorro por más tiempo que el que hubiera podido sostener una economía de menor crecimiento (Mann, 1999).

Las dimensiones del mercado de Estados Unidos, el poder de compra de los consumidores, la infraestructura tecnológica, entre otros, son elementos que le agregan atractivos a su economía, como localización de inversiones directas desde el exterior.

Adicionalmente, Estados Unidos ha tenido una gran significación como mercado de consumo y como plaza para colocar los ahorros externos del resto del mundo. Ello junto a su capacidad para imponer en el exterior una doctrina económica que, para ser funcional al proceso de globalización, privilegia el crecimiento basado en la exportaciones y la libre movilidad del capital, ha posibilitado que se configure una situación de interdependencia global en cuanto a las estructuras económicas y, con ello, en cuanto a las opciones de política (Cobarrubias, *et al.*, 2006).

Así, como la misma economía estadounidense ha dependido de las importaciones para satisfacer sus necesidades de inversión y consumo, y del financiamiento externo de bajo costo para compensar sus niveles de ahorro deprimidos, las principales economías superavitarias, han basado su expansión en las exportaciones hacia ese mercado y, cada vez más dependen de la compra de activos estadounidenses para mantener la competitividad de sus productos y el valor de los activos que ya están en su poder. Esta mutua dependencia ha posibilitado que se mantenga el desbalance externo, a partir de las ventajas que cada parte ha estado percibiendo.

Ello, además, explica por qué, hasta el momento, las decisiones de política de los países involucrados, han estado dirigidas a mantener el desbalance o, al menos, a evitar que se quebrante súbitamente. Por ejemplo, las masivas compras de activos financieros estadounidenses por los gobiernos asiáticos en los últimos años, también responde a que éstos han tratado de evitar la depreciación del dólar. Si bien la depreciación sería una contribución significativa para reducir el déficit de cuenta corriente, estos gobiernos han tratado de evitarla para que el tipo de cambio no actúe en contra de sus exportaciones y sus reservas internacionales no se desvaloricen.

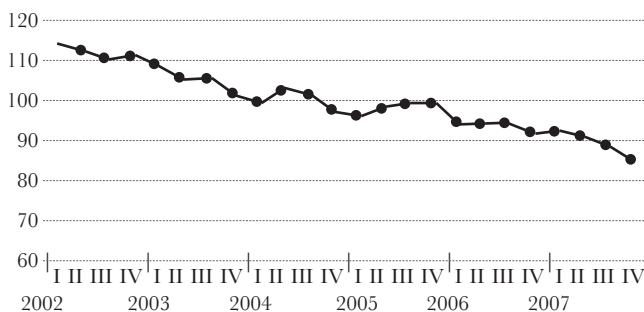
En definitiva, el sostenimiento del desequilibrio externo estadounidense ha sido posible porque su economía ha mantenido características esenciales que la sitúan, a pesar de las debilidades estructurales que se analizaron antes, al frente de la economía mundial. Sin embargo, la absorción continua de recursos externos y la tolerancia de un creciente endeudamiento para mantener su dinámica expansiva, pudiera interpretarse como una forma insostenible de ejercer su dominio global.

LA SOSTENIBILIDAD DEL DESEQUILIBRIO EXTERNO: EROSIÓN A LARGO PLAZO DEL LIDERAZGO

Antes se señaló que, como resultado de los persistentes saldos negativos de la cuenta corriente, el endeudamiento de la economía estadounidense ascendió en 2006 a 21% del PIB. Tan elevado volumen de obligaciones externas podría dar lugar a que los inversores teman que el país no tendrá la capacidad para servir la deuda y que los activos de ese país representan una proporción excesiva en sus carteras. Podrían entonces decidir la venta de algunos activos, lo que sería una señal inequívoca de la pérdida de confianza de los acreedores en la economía de ese país.

Precisamente la tendencia a la depreciación que manifestó el dólar desde 2002, estuvo directamente vinculada con la excesiva oferta de activos financieros estadounidenses en los mercados internacionales, para cubrir el déficit de recursos internos (Mann, 2003). Aunque la depreciación ha sido significativa frente a monedas como el euro, en cinco años el tipo de cambio real del dólar sólo se había depreciado en 25%, según el tipo de cambio ponderado por el comercio de un grupo amplio de socios comerciales de Estados Unidos (gráfica 4). El hecho de que esta depreciación haya sido gradual y sin movimientos desordenados, responde en parte a las intervenciones de las autoridades monetarias de diversos países para evitar la apreciación de sus monedas, en línea con la relación de interdependencia descrita antes.

GRÁFICA 4. ESTADOS UNIDOS: TIPO DE CAMBIO REAL DEL DÓLAR



Se refiere al tipo de cambio real ponderado por el comercio con respecto a las monedas de un grupo amplio de socios comerciales de Estados Unidos.

FUENTE: elaborada por la autora a partir de Council of Economic Advisers, 2008.

A partir de la amenaza real que significa para la salud financiera de muchas economías esta pérdida de valor del dólar y las perspectivas de su continuidad por el nivel a que ha llegado su déficit corriente, han sido frecuentes las declaraciones de diversas autoridades monetarias acerca de la intención de diversificar sus reservas internacionales, aumentando la participación de otras divisas e, incluso, el oro. Los bancos centrales de países como China, Rusia, Venezuela, Suiza y Emiratos Árabes Unidos han dado pasos en esa dirección.

A ello se le agregan los anuncios realizados por varios gobiernos acerca de la diversificación de las monedas utilizadas en transacciones internacio-

nales tan importantes como el comercio de petróleo. Ya en el año 2000, Irak había convertido todas sus transacciones petroleras a euros, vulnerando la hegemonía que había mantenido el dólar en el comercio mundial del crudo desde mediados de los años setenta, cuando Estados Unidos logró que la OPEP aceptara comercializar el petróleo sólo en dólares. En 2001 Rusia exportaba la mitad de su petróleo y gas en euros e Irán, que es el cuarto productor mundial de petróleo, ha propuesto la creación de una bolsa internacional de petróleo en euros (Iranian Oil Bourse, IOB). Sin dudas, el comportamiento declinante del dólar condiciona estas decisiones, aunque es muy probable que existan también motivaciones políticas relevantes.

Esto implica que las tensiones acumuladas durante casi un cuarto de siglo de endeudamiento externo han favorecido un cambio de actitud ante la divisa estadounidense. Sin duda, el surgimiento del euro en 1999 impulsó este tipo de reacciones. El establecimiento exitoso de esta moneda fue uno de los acontecimientos más significativos de la economía mundial en el último siglo: surgía una moneda que, además de profundizar la integración europea, podría rivalizar con el dólar como moneda de reserva internacional.

Entre 1999 y 2004, el 44% de nuevos bonos se cotizó en euros y el 48% en dólares (Du Boff, 2004). Asimismo, ya en diciembre del 2006, según reportaba el diario *Financial Times*, el valor de sus monedas y billetes en circulación a escala global, sin contar las reservas de divisas de los bancos centrales, superó al de los dólares (Stratta, 2007).

El establecimiento del euro también significa un impulso importante al desarrollo del sistema financiero de la Unión Europea. Una moneda única facilita que se eliminen las barreras entre los segmentos del mercado financiero de Europa y que éste sea más amplio y más líquido. Aunque a ocho años de su introducción, la integración de los mercados de capitales en Europa está en un nivel muy primario en comparación con el mercado financiero estadounidense, los mercados de eurobonos y de acciones compiten con más ventajas que antes con el mercado de capitales de Estados Unidos.

Aunque el avance del euro es un proceso que ocurrirá de forma gradual, constituye un elemento importante en contra de la hegemonía del dólar y la preponderancia del mercado financiero estadounidense en la economía mundial. La captación del financiamiento para sostener el déficit sería, en tales condiciones, más difícil.

Por otra parte, no se deben soslayar las implicaciones del elevado endeudamiento para las perspectivas de crecimiento y desarrollo de la economía estadounidense en el largo plazo. Tan elevado nivel de obligaciones externas se justificaría, en parte, si se destinaran fundamentalmente a la inversión,

con lo cual se garantizaría el desarrollo de las capacidades productivas de la economía, el crecimiento en el largo plazo y, con ello, la creación de una base productiva lo suficientemente sólida como para hacerle frente al costo de servir la deuda en el futuro. Sin embargo, los ahorros del resto del mundo se han dirigido sistemáticamente al consumo, amenazando seriamente una de las bases sobre las que se asienta la supremacía económica de Estados Unidos, su capacidad productiva.

Si la situación persiste en el largo plazo, los estadounidenses tendrían que servir una alta deuda externa en contraposición con una base productiva relativamente pequeña para hacer frente a tales pagos (Cline, *op. cit.*). La alternativa sería mantener altas tasas de interés para atraer el financiamiento desde el exterior, lo que sería desfavorable para impulsar la inversión interna y el crecimiento económico en el largo plazo.

CONSIDERACIONES FINALES

En la actualidad, el escenario económico global difiere radicalmente del que sucedió a la segunda guerra mundial. En aquel momento, Estados Unidos consolidó una hegemonía absoluta a costa de la debilidad con que el resto de las economías industrializadas emergió de la confrontación y apoyado en el orden internacional que logró imponer con las instituciones de Bretton Woods. Hoy, el antes líder absoluto y las políticas neoliberales por él promovidas como supuesta fórmula infalible para el desarrollo, muestran evidentes señales de decadencia. Esto es así, sobre todo a partir de la profunda crisis iniciada en sus mercados financieros y que está llamada a convertirse en un punto de inflexión en la historia del capitalismo mundial.

El desequilibrio externo, analizado aquí desde diversos ángulos, sintetiza algunas de las paradojas del liderazgo económico de Estados Unidos. Aunque una contracción económica como la que está teniendo lugar, podría servir como válvula de escape para aliviar este desequilibrio, esto podría significar sólo una recuperación transitoria de la credibilidad en Estados Unidos como líder y garante de la expansión global. En definitiva, las debilidades estructurales que le han dado vida al desequilibrio externo, como el déficit de ahorro, la pérdida de competitividad, entre otras, permanecerían más allá de la crisis en tanto no responden solamente a una lógica cíclica. Además, sus implicaciones en términos de pérdida de confianza en el dólar como moneda de reserva y debilidad del proceso de acumulación, resultan también de difícil reversión.

A esto habría que agregarle la muy probable persistencia de los déficit fiscales, a partir de las pretensiones esta de mantener y fortalecer su hegemonía política y militar. Así, la forma irresponsable con que ha sido administrada la economía, agudiza la erosión que sufre el liderazgo económico estadounidense.

En definitiva, la actual situación de desbalances globales es el resultado lógico del funcionamiento deformado del sistema capitalista global, como también lo es la crisis económica actual. Esta crisis es expresión no sólo de la acumulación de desajustes internos significativos, también de la insostenibilidad de los desequilibrios del funcionamiento del sistema capitalista mundial. Es posible prever que las manifestaciones que está teniendo esta crisis y sus posibles salidas, elevarán las tensiones que sufre el dominio económico de Estados Unidos.

REFERENCIAS

- Beinstein, Jorge, 2006, *Los primeros pasos de la megacrisis*, <www.prensadefrente.org>, 28 de febrero.
- Borón, Atilio, 2004, "Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional" Borón, Atilio (comp.), *Nueva Hegemonía Mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales*, Buenos Aires, CLACSO.
- Bureau of economic analysis, 2008, US International Transactions, <www.bea.gov>
- Burger, Albert E. (ed.), 1989, *US Trade Deficit: Causes, Consequences and Cures*, St. Louis, Kluwer Academic Publishers.
- Caputo, Orlando, 2004, "Estados Unidos y China: ¿locomotoras en la recuperación y en las crisis cíclicas de la economía mundial?" Estay, Jaime (comp.), *La economía mundial y América Latina. Tendencias, problemas y desafíos*, Buenos Aires, CLACSO.
- Cline, William R., 1989, *United States External Adjustment and the World Economy*, Washington DC, Institute for International Economics.
- Cobarrubias, Katia, Martínez, Laneydi, 2005, "Dilemas y Riesgos del Déficit de Cuenta Corriente de Estados Unidos", *BCC Revista del Banco Central de Cuba*, La Habana, BCC, núm. 2, abril-junio.
- Cobarrubias, Katia y Martínez, Laneydi, 2006, "Implicaciones globales del desequilibrio externo norteamericano", *Política Internacional*, La Habana, ISRI-MINREX núm.7, enero-julio.
- Council of economic advisers, 2008, *Economic Report of the President*, Washington DC, The White House.
- Destler, I. M. 2003, "The Dollar and US Trade Politics" en Bergsten, C. Fred, Williamson, John (eds.).

- _____, *Dollar overvaluation and the world economy*, Special Report 16, <www.iie.com>.
- Dierckxsens, Wim, 2005, *Dólar, ¿Fin de la hegemonía?*, mayo, <www.voltairenet.org>.
- Du Boff, Richard B., 2004, *La hegemonía de EEUU: Declinación constante y peligro permanente*, 29 de enero, <www.rebellion.org >.
- Federal Reserve, 2007, *Monetary Policy Report submitted to the Congress on February 14*, <http://www.federalreserve.gov>
- Gandásegui, Marco A., 2005, "Crisis de Hegemonía de EE.UU. en el siglo XXI", *Tareas*, Ciudad Panamá, CELA, núm. 120, mayo- agosto.
- Jackson, James K., 2007, *The United States as a Net Debtor Nation: Overview of the International Investment Position*, CRS Report for Congress.
- Keohane, Robert O., 1984, *Después de la hegemonía. Cooperación y discordia en la política económica mundial*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- Mann, Catherine, 1999, *Is the U.S. Trade Deficit Sustainable?*, <www.iie.com>.
- Mann, Catherine, 2003, "How Long the Strong Dollar?" en Bergsten, C. Fred, Williamson, John (eds.), *Dollar Overvaluation and the World Economy*, Special Report 16, <www.iie.com>.
- Mishel, Lawrence, Bernstein, Jared, Allegretto, Sylvia, 2005, *The State of Working America 2004-2005*, Nueva York, NY ILR Press.
- Morales, Esteban, 2006, *Imperialismo y Economía Norteamericana*, Centro de Estudios sobre Estados Unidos, Universidad de La Habana (en proceso de publicación).
- Petras, James, 2005, *Estados Unidos-China: Libre mercado o intervencionismo estatal*, 25 de octubre, <www.rebellion.org>.
- Regalado, Roberto, 2006, *América Latina entre Siglos. Dominación, Crisis, Lucha Social y Alternativas Políticas de la Izquierda*, Nueva York, Ocean Press.
- Stratta, Isabel, 2007, *El ascenso del euro ¿una amenaza para el rol del dólar?*, 14 de enero, <+www.clarin.com>.
- Wallerstein, Immanuel, 2003, "US Weakness and the Struggle for Hegemony", *Monthly Review, New York*, vol. 55, núm. 3, julio-agosto.

LA EVOLUCIÓN DEL DIFERENDO ECONÓMICO ENTRE CHINA Y ESTADOS UNIDOS

GLADYS CECILIA HERNÁNDEZ PEDRAZA

Las relaciones entre Estados Unidos y la República Popular China destacan como uno de los temas más relevantes del panorama internacional en los primeros años del siglo XXI.

Si algún experto hubiese concedido a China el papel de actor determinante en la economía mundial a finales de la década de los setenta, muchos le dirían que ello constituía una utopía. Sin embargo, hoy ese país asume un papel cada día más relevante en las relaciones económicas internacionales, y el peso que alcanza su desarrollo, paulatinamente le permitirá incluso hacerle frente a Estados Unidos, la primera potencia mundial.

Asimismo, la combinación de múltiples factores internos y externos ha provocado que también China sea identificada hoy como la “fábrica o taller” del mundo, en función de las condiciones favorables que se ofrece al capital extranjero y el notable volumen de exportaciones generado por el país.

En este contexto, las constantes presiones del gobierno norteamericano han matizado los vínculos entre ambas naciones en años recientes.

Algunos datos económicos ilustran el potencial económico que poseen ambas economías. Para China, el crecimiento del PIB en el periodo 1978-2009 ha sido de alrededor de 9.9%, como promedio (ONE, *Beijing Informa*, 2009).

En 2004, la Oficina Nacional de Estadísticas (ONE), rectificó la evaluación del crecimiento de la actividad económica desde 1993 hasta 2004. Utilizando los datos del censo económico de 2004, informó oficialmente la existencia de un (PIB) adicional de cerca de 258 000 millones de dólares, lo que se correspondía con un crecimiento económico mucho mayor durante los 12 años comprendidos.

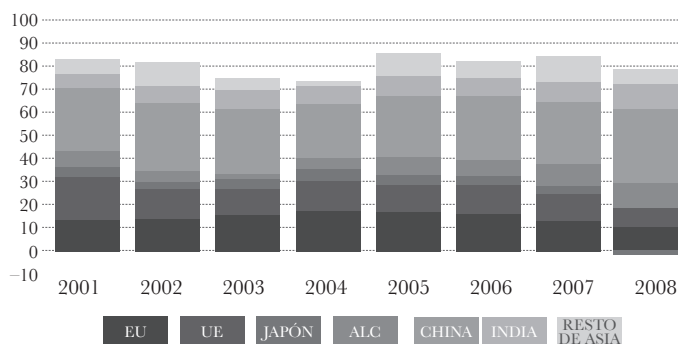
Ello implica que entre 1979 y 2004, la economía china creció a un promedio de 9.6%, es decir, 0.2% más de lo informado originalmente. Ello resulta sin dudas relevante, pues esta corrección del índice de crecimiento del PIB, significa que el crecimiento económico de China es 17% mayor que lo que se conocía con anterioridad.

Estas tasas de crecimiento superan ampliamente las experimentadas por países subdesarrollados de medianos y bajos ingresos, así como triplican, en muchas ocasiones, las observadas en los países de altos ingresos.

Desde el año 2001, China por sí sola genera cerca de 30% del crecimiento del PIB mundial en términos de PPA.

En los cinco últimos años, China ha contribuido al crecimiento económico mundial en una proporción de alrededor de 11% anual, ubicándose en segundo lugar y sólo precedida por Estados Unidos. Ambas economías son consideradas por los expertos internacionales como las locomotoras del sistema económico imperante, aunque la norteamericana todavía marca el paso, ya que su aporte representa 55% del crecimiento económico mundial (WEO, 2009).

GRÁFICA 1. PAÍSES Y REGIONES SELECCIONADAS: CONTRIBUCIÓN AL CRECIMIENTO MUNDIAL



FUENTE: FMI, *World Economic Outlook*, abril y julio 2009.

China influye hoy radicalmente en los flujos comerciales y financieros a escala global. Por una parte, el incremento sustancial del volumen de comercio internacional del país ha pasado a determinar importantes transformaciones en los términos de intercambio a escala mundial. Simultáneamente, China hoy se erige principal receptor para los flujos de inversión extranjera directa entre los países subdesarrollados, a la par que incrementa su gestión como país emisor de inversiones y acumula un volumen tal de reservas internacionales que lo colocan en primer lugar, superando hasta al propio Japón.

Por su parte, Estados Unidos, mantiene su papel como potencia económica, política y militar número uno en el sistema actual de relaciones internacionales, el cual logró consolidar al terminar la segunda guerra mundial. Esta potencia se ha visto caracterizada por ser uno de los principales centros de crecimiento global, representando más de la cuarta parte del PIB mundial. Su crecimiento ha sido de 3.3% en los últimos 10 años, resaltando su participación en la producción, el comercio y las finanzas mundiales.

CUADRO 1: INDICADORES ECONÓMICOS SELECCIONADOS
PARA CHINA Y ESTADOS UNIDOS.

Indicadores Económicos, 2007	China	EU
PIB (en %)	11.4	2.2
Balance Cuenta Corriente (% del PIB)	11.1	-5.3
Comercio Exterior (miles de millones de dólares)	262	-800
Entradas de IED (miles de millones de dólares)	90	193
Inversiones Chinas en EU (millones de dólares)		500
Inversiones de EU en China	2 620	
Gasto Militar (miles de millones de dólares)	49.5	546.8

FUENTES: US International Trade Commission, US Department of Commerce, and US Census Bureau; PBCH, 2008. SIPRI, 2007

A pesar de que en un periodo reciente se ha observado cómo el euro ha ido cobrando espacio en las reservas internacionales, no se puede obviar el hecho de que la moneda estadounidense sigue siendo la principal moneda en la nominación de las reservas internacionales. Casi 60% de los más de 1.5 millones de millones de divisas que se mueven diariamente en el mundo son dólares, frente a 37% en euros. La mitad de los 9 millones de millones de exportaciones mundiales anuales de bienes y servicios se facturan en dólares. También los préstamos del FMI son denominados en esta moneda

El tema de la hegemonía económica y financiera de Estados Unidos, se ha convertido en fuente de debates para la comunidad académica internacional. En este contexto, el tratamiento del proceso de evolución de la RPCh, y la magnitud alcanzada por su participación en los volúmenes de comercio e inversión extranjera directa (IED) a escala global, sientan precedentes importantes que paulatinamente cuestionan la hegemonía económica Estados Unidos cada vez en mayor grado.

TEMAS PARA LA DISCORDIA

El elemento de gran peso económico que sigue en el centro de las tensiones es, sin duda, *el abultado y persistente déficit comercial* que tipifica el intercambio de Estados Unidos con el gigante asiático. Durante 2007 dicho desbalance

alcanzó los 256 300 millones de dólares estadounidenses. El cuadro 2 ilustra la evolución del déficit registrado en la balanza comercial estadounidense:

CUADRO 2: COMERCIO DE CHINA CON ESTADOS UNIDOS (MM USD)

1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007
EXPORTACIONES DE EU									
14.3	13.1	16.3	19.2	22.1	28.4	34.7	41.8	55.2	65.2
% CAMBIO									
10.9	-8.0	24.4	18.3	15.1	28.5	22.2	20.6	32.1	18.1
IMPORTACIONES DE EU									
71.2	81.8	100.0	102.3	125.2	152.4	196.7	243.5	287.8	321.5
% CAMBIO									
13.8	14.9	22.3	2.2	22.4	1.7	29.1	23.8	18.2	11.7
TOTAL									
85.5	94.9	116.3	121.5	147.3	180.8	231.4	285.3	343.0	386.7
% CAMBIO									
13.4	11.0	22.6	21.4	21.2	22.8	28.0	23.3	20.2	12.7
SALDO									
-56.9	-68.7	-83.7	-83.0	-103.1	-124.0	-162.0	-201.6	-232.5	-256.3

FUENTES: US International Trade Commission, US Department of Commerce, and US Census Bureau .Nota: Las exportaciones de Estados Unidos son FOB ; las importaciones en CIF.

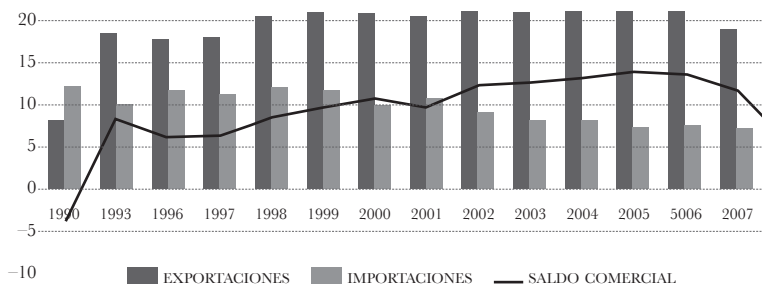
La gráfica muestra el grado de compromiso alcanzado en el comercio de China con Estados Unidos. Asimismo, es posible develar de que manera el mercado estadounidense ha cobrado especial relevancia como destino de las exportaciones de productos chinos.

En 1990 este mercado absorbía el 8.4% de las exportaciones totales, en 1993 aumentó más de diez puntos porcentuales y se ubicó en 18.5%, para alcanzar 19.1% al finalizar 2007, lo que representó dos puntos porcentuales menos que el nivel mantenido durante los últimos siete años (hasta 2006).

Ello probablemente provocado por las turbulencias recientes en los precios mundiales de los productos básicos, la devaluación experimentada por el dólar y las restricciones a las cuotas de importación aplicadas a los textiles chinos por Estados Unidos.

La evolución del comercio observada entre ambas naciones ha propiciado que la economía china mantenga desde 1993 un superávit comercial

GRÁFICA 2. CHINA: EVOLUCIÓN DEL COMEX DE CHINA CON ESTADOS UNIDOS, 1990-2007



FUENTE: estadísticas del Comercio Internacional (OMC, 2007).

con Estados Unidos. Dicho déficit se ha incrementado de manera estable alcanzando los 256 300 millones de dólares en 2007.

En los últimos 25 años, desde el establecimiento de las relaciones diplomáticas entre China y Estados Unidos, el volumen de comercio bilateral se ha incrementado en más de 70 veces, pasando desde un poco más de 2 400 millones de dólares en el primer año del establecimiento de las relaciones, a más de 200 mil millones de dólares en el presente

Al analizar las exportaciones de China por país de destino para el periodo 1990 y 2007, se aprecia que la mayor parte de sus exportaciones son destinadas a Estados Unidos, Hong Kong y Japón. Las exportaciones chinas hacia estos tres socios comerciales, en 2007, representaron 44.6% de las exportaciones totales. Sin embargo, aunque se trata de un nivel de concentración alto, éste se ha reducido de manera importante desde 1990, donde representaba 66.42% (OMC, 2008 y US Council , 2008).

Resulta relevante la presencia de las exportaciones chinas en el mercado estadounidense, dado el dinamismo que ha tenido el sector exportador chino hacia Estados Unidos. El país asiático ha logrado colocarse ampliamente en ese mercado como su segundo proveedor extranjero, después de Canadá y desplazando en 2003 a México.

A continuación se presenta una gráfica con la participación de China en las importaciones totales de Estados Unidos en el periodo 1983-2006. Para 2007, las importaciones totales provenientes de China ascendieron a 321 500 millones de dólares.

La estructura de estas importaciones comprendió producciones agrícolas y manufacturas, estas últimas representaron 95.9% del total. En el grupo de

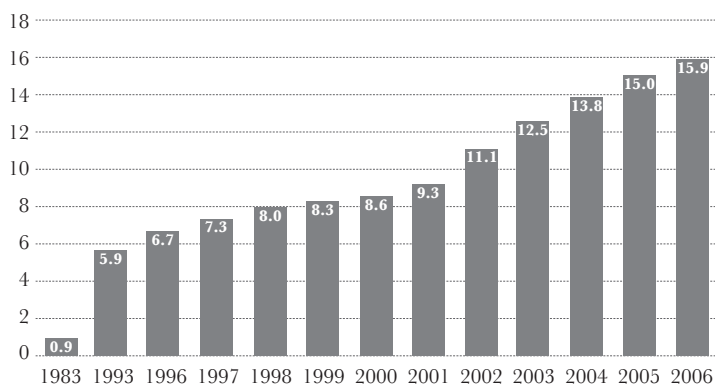
CUADRO 3: DESTINOS PRINCIPALES DE LAS EXPORTACIONES CHINAS (2007 MILES DE MILLONES DE DÓLARES)

PAÍSES / REGIONES	VOLUMEN	% *
1 Estados Unidos	232.7	14.4
2 Hong Kong	184.4	18.8
3 Japón	102.1	11.4
4 Corea del Sur	56.1	26.1
5 Alemania	48.7	20.8
6 Holanda	41.4	34.2
7 Gran Bretaña	31.7	31.0
8 Singapur	29.6	27.8
9 Rusia	28.5	79.9
10 India	24.0	64.7

*% en relación a 2006.

FUENTE: PRC General Administration of Customs, China's Customs Statistics

GRÁFICA 3. PARTICIPACIÓN DE CHINA EN LAS IMPORTACIONES TOTALES EN ESTADOS UNIDOS, 1983-2004



FUENTE: estadísticas del Comercio Internacional (OMC, 2007).

las manufacturas, en primer lugar destacaron las importaciones de equipos para oficina y de telecomunicaciones, y dentro de este subgrupo: máquinas de procesamiento electrónico de datos, equipos de telecomunicaciones, así

como circuitos integrados y microconjuntos electrónicos. Le siguieron las importaciones de prendas vestir; textiles; hierro y acero así como las importaciones de la industria automotriz.

CUADRO 4: IMPORTACIONES DE ESTADOS UNIDOS MÁS IMPORTANTES DESDE CHINA (2007, MM USD)

HS #	Descripción del artículo	El volumen	% El cambio *
85	Maquinaria eléctrica y equipos	76.7	18.2
84	Equipos de generación eléctrica	64.0	2.9
95	Juguetes y juegos	26.1	25.1
61, 62	Textiles	24.0	20.7
94	Muebles	20.4	5.2
64	Calzado y partes	14.1	1.8
72, 73	Hierro y acero	11.9	12.6
39	Plásticos y artículos de plástico	8.3	10.6
42	Cuero y artículos del género	7.2	5.8
87	Vehículos diferentes a los ferrocarriles	6.1	18.6

FUENTES: US International Trade Commission, US Department of Commerce, and US Census Bureau. Nota: Las exportaciones de Estados Unidos son FOB; las importaciones en CIF.

Respecto a las importaciones, se observa el fenómeno contrario. China ha buscado nuevos proveedores y, con ello, ha descendido el peso de Estados Unidos en las importaciones totales de China. En este sentido, si a inicios de los años noventa, las mercancías originarias de Estados Unidos representaban 12.2% de las importaciones chinas totales, ya para 2007 tal porcentaje era de 7.3% (OMC, 2007).

La ascensión de China al escenario de la economía mundial ha tenido un impacto significativo en Estados Unidos. El efecto más visible, sin duda se aprecia en las cuentas comerciales estadounidenses, donde el déficit comercial con China representa cerca de un cuarto del desequilibrio total (EconSouth, 2005).

Estados Unidos se ha transformado en el más grande importador mundial. En tan sólo 15 años, el balance del intercambio deficitario se ha incrementado de 84 000 millones de dólares en 1992 a una cifra que supera los 800 000 millones de dólares en 2007. En pocos años, el prestamista más grande del mundo se ha transformado en el primer prestatario mundial.

CUADRO 5: PROVEEDORES CLAVES PARA IMPORTACIONES DE CHINA (2007, MILES DE MILLONES DE DÓLARES)

LUGAR	PAÍSES/REGIONES	VOLUMEN	% CAMBIO*
1	Japon	134.0	15.8
2	Corea del Sur	103.8	15.6
3	Taiwán	101.0	16.0
4	EE.UU	69.4	17.2
5	Alemania	45.4	19.8
6	Malasia	28.7	21.8
7	Australia	25.9	33.8
8	Filipinas	23.1	30.8
9	Tailandia	22.7	26.2
10	Rusia	19.7	12.1

*% en relación a 2006

FUENTE: PRC General Administration of Customs, China's Customs Statistics.

Ante el creciente déficit de su balanza comercial, el gobierno estadounidense adjudicó la competitividad de las exportaciones chinas a la devaluación artificial del yuan mantenida por las autoridades asiáticas. Estados Unidos argumenta que el bajo valor del yuan le da una ventaja competitiva en su enorme mercado. Esto explica, dicen, por qué las tiendas su país están inundadas de productos “made in China”.

El conflicto comercial se agudizó en los primeros meses de 2005, cuando según la disposición de la OMC, quedaron abolidas las restricciones comerciales relativas al sector textil (vencimiento del acuerdo Multi-Fibras¹).

Los productos textiles chinos inundaron, con asombrosa rapidez, el mercado estadounidense y europeo, poniendo en peligro los intereses económicos de las compañías locales. Esta situación condujo a agudizar el inmenso déficit en la balanza comercial y a la pérdida de miles de empleos en Estados Unidos.

¹ El Acuerdo Multi-Fibras permitía a los importadores y exportadores de productos textiles adoptar acuerdos bilaterales que exigían a los exportadores restringir sus exportaciones de determinadas categorías de tejidos y vestidos a partir de cuotas de acceso al mercado de los importadores.

La agresividad de este gobierno comenzó a manifestarse en las voces de sus principales dirigentes. Fueron anunciadas nuevas barreras arancelarias para los productos chinos. Se amenazó incluso con presentar una querrela formal ante la OMC si China no reevaluaba rápidamente su moneda.

El país asiático, por su parte, trató de frenar con tasas impositivas sobre sus exportaciones textiles el crecimiento de las mismas hacia el mercado americano. Resulta interesante que el gobierno estadounidense, paladín indiscutible de las prácticas de libre comercio, se empeñe en una política proteccionista en perjuicio de las exportaciones chinas, recurriendo a la tan criticada intervención estatal. Dicha política se pone de manifiesto en las palabras del afamado economista Joseph Stiglitz: “La cruel verdad es que ni el FMI ni la administración Bush realmente creen en los libres mercados. Ellos interfieren en los mercados cuando conviene con sus propósitos” (Stiglitz, 2003).

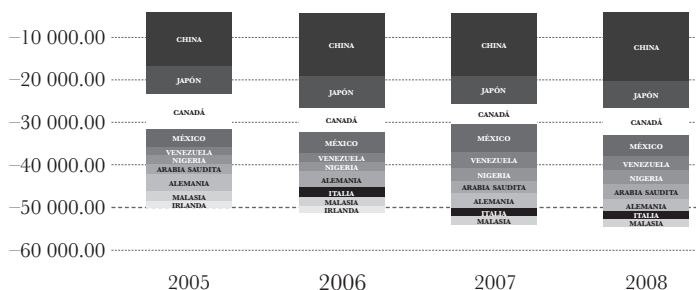
Ya en 2006 el desequilibrio en la balanza comercial alcanzó los 232 500 millones de dólares, el mayor jamás alcanzado por Estados Unidos con un país. Ello influyó para que muchos legisladores estadounidenses se quejaran de que China no cumplía los acuerdos comerciales firmados, así como acusaciones acerca de que manipulaba su moneda para abaratar sus productos. Cuando en 2007 este déficit aumentó a 256 200 millones de dólares, la situación se tornó más agresiva (US Census Bureau, 2007).²

Sin embargo, aunque el conflicto con Estados Unidos ha cobrado relevancia en los últimos años, no debe pasarse por alto que no es la única nación interesada en que China ajuste su tipo de cambio. Japón ha sido el primer país que planteó la necesidad de reevaluar la divisa china, argumentando en reiteradas ocasiones que ésta ha estado manipulada para provocar una situación deflacionaria en otros países y favorecer la competitividad de sus exportaciones. Más tarde otros países de Europa y del sudeste asiático apoyaron estas acusaciones.

Cabría preguntarse si la devaluación artificial del yuan, estimada en 40%, es realmente la causa del enorme déficit comercial estadounidense. El origen del déficit comercial se encuentra en el modelo consumista de este país, donde los consumidores gastan todos sus ingresos, promoviendo el incremento del volumen de las importaciones de bienes. Además la política financiera aplicada promueve tasas de interés mínimas y decrecientes, conllevando a pocas cuentas de ahorro.

² Este déficit se incrementa en más de 5 000 millones de dólares semanales, según los propios datos de US Census Bureau (Departamento de Censos de Estados Unidos).

GRÁFICA 4. DÉFICIT COMERCIALES DE ESTADOS UNIDOS CON PAÍSES SELECCIONADOS



* Este déficit se incrementa en más de 2 000 millones semanales, según los propios datos de US Census Bureau (Departamento de Censos de Estados Unidos).

FUENTE: estadísticas del Comercio Internacional (OMC, 2007).

Como comentara Stiglitz:

El déficit comercial de Estados Unidos es el resultado de una falta de manejo sin precedentes de la administración Bush [...] Claro que la administración Bush quiere echarle la culpa a otros, pero ni China, ni nadie más, debe de ser culpado. Existe un riesgo real de inestabilidad global, pero la causa oculta es el masivo prestamismo que tiene Estados Unidos con respecto del extranjero [...] ¿Por que el FMI no critica severamente su déficit? ¿Por qué deben los países ricos del mundo vivir más allá de sus medios mientras el FMI regaña a los países pobres por pequeñas transgresiones? (Stiglitz, 2003).

Muchos expertos han señalado que la revaluación del yuan no resolvería el problema del déficit comercial estadounidense. Según un estudio realizado por el banco HSBC, una revaluación del yuan en 10% sólo afectaría el tipo de cambio real de Estados Unidos en 1%, teniendo un pobre efecto sobre la cuenta corriente (Hernández, 2006a).

Debe considerarse, además, el importante papel mundial de la economía china como importadora por excelencia. Asia se destaca como la región abastecedora más importante de manufacturas. Las exportaciones del país tienen un alto porcentaje de componente importado, por lo que los precios de los productos exportados se verían ligeramente afectados por la revaluación. Si se toma como ejemplo el caso de los teléfonos celulares, se tiene que el valor agregado netamente chino ronda el 15% de su

precio, así una revaluación de 10% del yuan sólo incrementaría el precio final en 1.5%.

China ha planteado que buena parte del déficit equivale a los beneficios de las multinacionales estadounidenses que operan en su territorio. De esta manera, gran parte de la situación deficitaria es originada a partir de las relaciones entre las empresas radicadas en Estados Unidos y sus propias filiales ubicadas en China. En la cumbre de abril de 2006, Hu recordaba a Bush que 70% de las exportaciones chinas a Estados Unidos consiste en productos transformados, por lo tanto China obtiene en ese proceso un pequeño porcentaje de los costos de transformación.

Las empresas estadounidenses han incrementado su presencia en China en los últimos años. Según declaraciones de Ma Kai, director de la Comisión Nacional de Desarrollo y Reforma, en 1980 había en China sólo 23 empresas de Estados Unidos, con inversiones que sumaban aproximadamente 120 millones de dólares. En 2005, ya había 49 mil y la inversión ascendía a 51 mil millones de dólares (Ríos, Xulio, 2007).

Es necesario destacar que en sectores en los que Estados Unidos ha impulsado fuertes inversiones en la investigación y el desarrollo, tales como las esferas de las tecnologías de punta, el complejo aeroespacial y la agricultura, se observa un superávit comercial. El déficit comercial estadounidense se presenta en otros sectores: electrónica, producción de ropa, juguetes, textiles y la industria del calzado.

Las autoridades estadounidenses también señalan que el yuan devaluado favorece la migración de empresas hacia China, lo que provoca un aumento del desempleo en Estados Unidos. Éstas se instalan en el territorio chino, donde la mano de obra es más barata debido en parte al tipo de cambio.

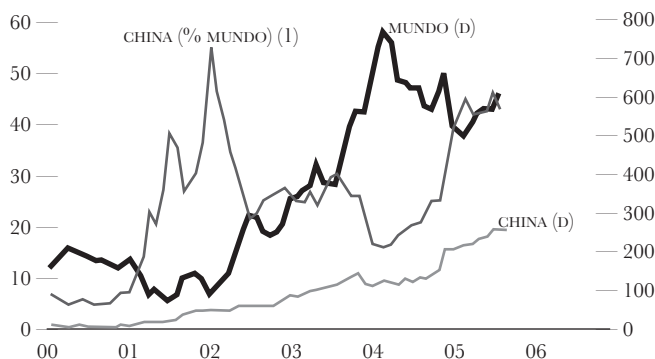
Por demás, la situación sería distinta si Estados Unidos permitiera a China acceder a la adquisición de productos tecnológicos de calidad; negativa que justifica por supuestas razones de seguridad y con el fin de retrasar la conversión del gigante asiático en un poder tecnológico mundial.

Rebatidos algunos de los argumentos oficiales ofrecidos por la administración de Bush, es obvio que detrás de las presiones políticas y económicas sobre China, se encuentran los intereses de poderosos grupos que se han visto perjudicados con la entrada masiva de productos chinos a su mercado. Entre los grupos de presión resalta sobre todo el sector textil que, según estadísticas de la Office of Textiles and Apparel (OTEXA) de Estados Unidos, observó crecer en más de 45% las importaciones de textiles y prendas de vestir chinas en los meses que siguieron al acuerdo multifibras y que argumentó haber perdido miles de empleos por este suceso.

Otro de los elementos importantes en este diferendo económico lo constituye, sin dudas, *el papel jugado por China en las reservas internacionales*. Las autoridades estadounidenses señalan el gran crecimiento que han tenido las reservas internacionales chinas como otra de las evidencias para justificar el actual desbalance comercial.

Para finales de 2007, las reservas de divisas alcanzaron la cifra récord de 1.53 millones de millones de dólares, 43.3% de incremento en relación con 2006, con lo que China se estableció como el mayor tenedor de reservas del mundo, con una participación que representa 20.4% del total global. Solamente en 2007 se agregaron a la reserva 461.9 miles de millones de dólares (X. Ríos, 2007; Rovetta, 2008).

GRÁFICA 5. VARIACIÓN ANUAL DE LAS RESERVAS INTERNACIONALES. MILES DE MILLONES DE DÓLARES, 2000-2005



FUENTE: Winograd. C, 2008.

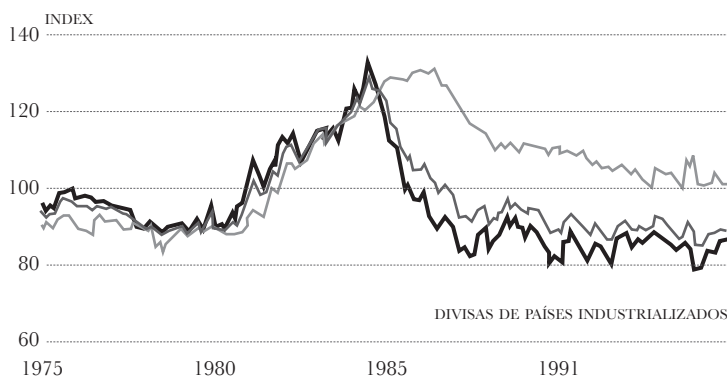
El elevado volumen de reservas en divisas es fruto de su superávit comercial (262 000 millones de dólares en 2007) y de los flujos de inversión extranjera directa (unos 90 300 millones de dólares en 2007), así como de inversión especulativa, que inyecta constantemente liquidez a la economía china. Las cifras reflejan los avances de la economía del gigante asiático, pero también apuntan al riesgo financiero y a la formación de una burbuja inflacionaria que se refleja ya en el precio de los productos de consumo y en los activos de inversión.

Mientras China acumula estos grandes volúmenes de reservas, Estados Unidos detenta serios desbalances económicos. Se sabe que la estabilidad macroeconómica es un factor determinante en la acumulación de reservas. Durante el periodo 1990-2005, Estados Unidos mostró un crecimiento del

PIB de 2.7%, promedio anual, resultado muy lejano del desempeño chino. Con relación a la evolución del sector externo, Estados Unidos presenta déficit comerciales y ya la magnitud de su desequilibrio comercial ha alcanzado niveles superiores a 3% del PIB, incluso para los años 2005, 2006 y 2007 el indicador superó el 5% (FMI, 2007).

Estos desbalances no se reflejaron en una depreciación inmediata del dólar con relación a otras monedas como el euro y el yen, pero ya desde mediados de 2002 sí se ha observado una clara tendencia a la devaluación del dólar. La pérdida de la credibilidad y la confianza puede estar provocando, como se ha comentado, la pérdida de la participación relativa del dólar dentro de las reservas internacionales.

GRÁFICA 6. DEVALUACIÓN DEL DÓLAR



Fuente: Winograd, C., 2008.

En marzo de 1999, el monto de las reservas internacionales mundiales superaba la cifra de 1 200 millones de dólares y la composición de las reservas era la siguiente: 71% estaban nominadas en dólares, 18% en euros, 3% en libras esterlinas y 6% en yenes. Ya para diciembre de 2007, las reservas sobrepasaban los 4 000 de millones de dólares, para un crecimiento de 228% con relación a 1999 y 64% se hallaba nominado en dólares, el 265% en euros, 5% en libras y 3% en yenes (FMI, 2008).

En este contexto, China y Japón se han convertido en los grandes financiadores de Estados Unidos, lo que también puede sustentar la tesis de porqué Estados Unidos no ha sancionado comercialmente a China, a pesar de llevar años acusándole de tener su moneda artificialmente devaluada.

En agosto de 2007, China poseía reservas por 1.53 millones de millones de dólares. De ese monto, aproximadamente 900 mil millones eran títulos y bonos del Tesoro estadounidense. Cualquier propuesta para deshacerse de esta masa de recursos pudiera afectar severamente la cotización del dólar y provocaría un alza en las tasas de interés en Estados Unidos y una severa recesión en ese país, con la consiguiente repercusión mundial.

Sin embargo, incluso para China no todos los elementos relacionados con el incremento de las reservas internacionales son valorados positivamente. Los expertos señalan que este gran volumen de la reserva de divisas puede influir en el exceso de liquidez en China. Asimismo, el gobierno central, al invertir fuertes sumas en la compra de divisas, también contribuye a incrementar el problema del exceso de liquidez. Por otra parte, el crecimiento continuo de la reserva ha incrementado la presión sobre la apreciación de la moneda china.

Algunos expertos destacan que China podría utilizar como arma de negociación sus reservas en bonos del Tesoro estadounidense, en respuesta a la imposición de las sanciones comerciales por Washington. Posibilidad que ha sido confirmada por algunos funcionarios del gobierno chino, quienes han empleado la metáfora de la “opción nuclear” para referirse a tal estrategia.

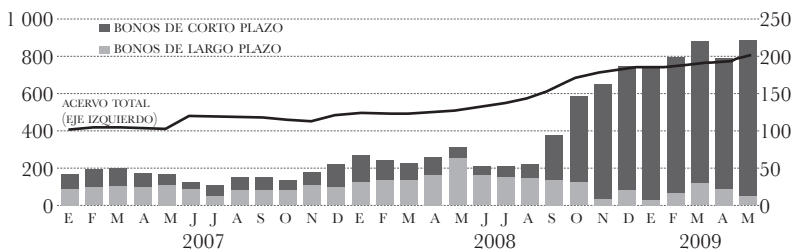
En un periodo más reciente, China ha estado cambiando su estrategia relacionada con esos bonos. Ha incrementado considerablemente el fondo de bonos de corto plazo, lo que genera una cierta estabilidad ante posibles fluctuaciones del dólar.

Sin embargo, esta opción no resulta tan clara y pudiera afectar severamente tanto a China como a Estados Unidos. El primer impacto se recibiría a partir de las reservas nominadas en dólares de China, alrededor del 65%, según algunas fuentes, el segundo impacto se observaría en los volúmenes comerciales, de vital importancia para China.

Inmersas en el argumento de que su actual déficit comercial es consecuencia de un *renminbi* devaluado, las autoridades estadounidenses ignoran con este planteamiento que el yuan se ha apreciado en aproximadamente 13% con respecto al dólar, entre julio de 2005 y febrero de 2008 y que, sin embargo, ello no ha frenado el incremento en el superávit comercial chino que, como se ha comentado, en 2007 alcanzó 262 mil millones de dólares.

Incluso existe un grupo de economistas estadounidenses que discrepan de esta idea, argumentando que los continuos reclamos de revaluación de la “moneda del pueblo” dirigidos a contener el enorme déficit comercial de Washington frente a Beijing, pueden ser contraproducentes para los intereses comerciales y monetarios de Estados Unidos.

GRÁFICA 7. CHINA: COMPRAS Y RESERVA TOTAL DE BONOS DEL TESORO ESTADUNIDENSE (EN MILES DE MILLONES DE DÓLARES)



FUENTE : CEPAL, "Crisis internacional y espacios para la cooperación y la integración regional" Osvaldo Rosales, septiembre de 2009.

Entre ellos, el académico Robert Burdekin ha expresado que "no se puede echar toda la culpa a China por el desequilibrio general" del comercio estadounidense, si bien Beijing se ocupa de mantener a raya el valor del yuan, y agregó que en la primera mitad de 2005 "sólo 10.4% del comercio total de Estados Unidos se realizó con China" (East-West Center, 2006).

"El nivel de las críticas a China (desde Washington) me recordaron las críticas a Japón en los años ochenta, pese a la corta duración de los enormes superávit bilaterales chinos y al hecho de que las exportaciones de Estados Unidos a China crecieron casi tan rápidamente como las importaciones chinas", planteó Burdekin. Sin embargo, también observó que "las exportaciones de Estados Unidos deberían crecer seis veces más rápido que sus importaciones para contrarrestar el déficit comercial bilateral" (East-West Center, 2006).

Si a China le corresponde cerca de 10%, de las importaciones de Estados Unidos, incluso una apreciación del 20% del yuan (mucho mayor de los que la mayoría de los expertos anticipan) tendría, en el mejor de los casos, un impacto del 2% sobre el tipo de cambio ponderado con el dólar.

Sin embargo el Premio Nobel, Robert Mundell, reconoce que una revaluación considerable del yuan disminuiría la IED, la tasa de crecimiento china, pospondría la convertibilidad, aumentaría los préstamos malos, aumentaría el desempleo, causaría una aflicción deflacionaria en las áreas rurales, desestabilizaría el Sureste de Asia, compensaría a los especuladores, pondría en moción más presiones para revalorar, debilitaría el papel externo del yuan y socavaría el cumplimiento de China con las reglas de la OMC. Como consecuencia, una revaluación forzada violaría el Artículo

IV, sección 1 (i) de los artículos de acuerdo del FMI, el cual establece que un miembro se “esforzará por dirigir sus políticas económicas y financieras para obtener el objetivo de promover un crecimiento económico ordenado con una estabilidad de precios razonable” (H. Steve y Connolly M., 2005).

El efecto de una gran revaluación del yuan, llevaría a procesos de deflación y recesión que podrían ser más dañinos para China que las sanciones comerciales. Según analistas, se estima que una revaluación del yuan de 25% en comparación con el dólar resultaría en una deflación de por lo menos 15%. China sería forzada a revivir las terribles condiciones económicas inducidas por la revaluación del yuan en el decenio de los treinta.

En 1934, el acto estadounidense de la compra de plata monetizó la plata. Esto efectivamente revaluó el yuan 24% porque China estaba en el estándar de la plata. El precio del yuan en comparación con el dólar aumentó de 33 centavos a finales de 1944 a 41 centavos en 1945. Como Milton Friedman concluyó en su estudio clásico *Malicia monetaria*: “Porque la plata era el dinero de China, el aumento en el precio de la plata había producido una deflación considerable, la cual derivó en condiciones económicas severamente afligidas” (H. Steve y Connolly M., 2005).

En esta era de volatilidad, reestructuración de mercados de crédito e intervenciones de las autoridades monetarias para calmar burbujas especulativas, resurge el temor de una crisis financiera global. El “equilibrio vulnerable” que vincula a China y a Estados Unidos, es la pieza clave del entramado económico internacional, aumentando el nerviosismo de los acreedores, detentadores de dólares.

Ya se ha comentado la decadencia del dólar estadounidense como moneda de reserva internacional por excelencia. Pero todavía se mantiene una situación en la que la mayor parte de las reservas de los bancos centrales están denominadas en esa divisa.

Paradójicamente, en la medida en que China conserve una parte significativa de sus reservas en dólares, contribuye a mantener el papel de esa divisa como moneda de referencia mundial. Pero si el “equilibrio del terror” descansa en una paradoja, eso lo hace especialmente inestable. La presencia del euro viene a hacer más complejo el panorama, porque aumenta las probabilidades de desestabilización para el equilibrio tradicional.

Varios analistas han valorado la posibilidad de iniciar un cambio gradual en la composición de las reservas de China, con 40% en dólares, otro 40% en euros, y un 20% en yenes. Lo cual conduciría a una apreciación del *renminbi*, que es lo que dice buscar Washington. También estaría más

acorde con la diversificación geográfica del comercio chino. Pero, aunque tal escenario podría permitir escapar del dilema del déficit comercial, las autoridades estadounidenses no aceptan esta solución porque contribuye a minar el papel mundial del dólar.

Con relación al tema de las reservas, también resulta interesante que se considere a *China como uno de los principales financistas de los desbalances financieros estadounidenses*. El gran debate acerca de que los estados industrializados y algunos países subdesarrollados están financiando los déficit de Estados Unidos incluye particularmente a China. El incremento de la participación China en la tenencia de títulos del Tesoro, corrobora la tesis acerca de cómo este país ciertamente contribuye a financiar los desequilibrios de Estados Unidos.

Aunque es cierto que China ha incrementado su cuota de participación en la tenencia de títulos del Tesoro de Estados Unidos, o sea, que los títulos del Tesoro en poder de China han crecido sostenidamente en términos nominales, en los últimos 7 años, el por ciento de éstos sobre el total de reservas chinas ha caído marcadamente. Este último fenómeno podría ser el reflejo más adecuado sobre cómo China está tratando de disminuir la presencia del dólar en sus reservas (PBCH, 2008 y US Treasury, 2008).

Los elementos técnicos, en este sentido, pudieran apuntar a una posible sustitución de los títulos gubernamentales por títulos corporativos, que proveen mejores rendimientos (PBCH, 2008 y US Treasury, 2008).

Otro de los grandes temas en el debate actual que atañe a China y Estados Unidos, es el papel que ambas economías desempeñan en *los flujos de inversión extranjera directa a escala mundial*.

En 2006, los flujos de IED globales se elevaron hasta alcanzar un monto de 1.3 millones de millones de dólares, para un incremento de 38% con relación a 2005. Por tres años consecutivos, el volumen de IED global se incrementó acercándose al nivel de 1.4 millones de millones de dólares observados en 2000. En años recientes se ha manifestado un incremento de los flujos tanto para los países desarrollados como para los subdesarrollados y para las economías en transición del Este y centro de Europa y la Comunidad de Naciones de Estados Independientes (UNCTAD, 2007).

Mientras los flujos de IED a los países subdesarrollados revelaron un incremento de alrededor de 20%, como grupo global, los países con mayores montos fueron China, Hong Kong (China) y Singapur (UNCTAD, 2007).

La región de Asia y Oceanía recibió dos tercios de las entradas de IED dirigidas a los países subdesarrollados y que en 2006 alcanzaron 260 mil millones de dólares. China, al absorber 76 mil millones de dólares, se convirtió

en el país que más IED recibió en Asia y Oceanía y entre los países subdesarrollados de manera general. En 2007 China recibió 82 mil millones de dólares (UNCTAD, 2007 y PBCh, 2008).

Simultáneamente, también se ha incrementado la IED China en el exterior. Si en 2002, sólo rondaba los 2 500 millones de dólares, para 2006 había superado los 20 000 millones de dólares. Las empresas chinas creadas en el exterior se contabilizaban en 120 000. En 1999, el volumen de las operaciones de adquisición de empresas estadounidenses por empresas chinas era de 344 millones de dólares, pasando a 7 000 millones en 2004, y debe haber alcanzado los 80 000 millones de dólares a finales de 2007, según Merrill Lynch (Ríos, Xulio 2007).

La IED China en el exterior superó los 60 mil millones de dólares en 2007 y representó menos de 1% del total mundial. El 25% del total se concentró en Hong Kong. Más de 50% de esta inversión se acumuló entre 2005 y 2007 (UK Trade and Investment, 2006 y US Council, 2007).

El tratamiento de la inversión directa entre China y Estados Unidos reviste especial importancia, teniendo en cuenta que China se ha convertido en el mayor y más rápido mercado emergente en crecimiento, y esta tendencia puede perjudicar los intereses económicos de Estados Unidos. La mayoría de los productos de las empresas estadounidenses en China es vendida en este mercado. Al mismo tiempo, a partir de la entrada de China a la OMC, el alcance de la inversión directa estadounidense se ha expandido a todos los sectores.

Si Estados Unidos representa la mejor fuente de tecnología avanzada en el mundo para China, para las compañías estadounidenses el país asiático ofrece amplias oportunidades gracias a la notable demanda existente con relación a bienes de capital y transferencia de tecnologías. Para estas empresas, invertir en China puede resultar beneficioso, y representa una estrategia de largo plazo para ganar posiciones seguras en este gran mercado emergente.

A pesar de las ventajas comparativas que ofrece China, la inversión directa estadounidense parece estar localizada principalmente en zonas donde el ingreso local per cápita y las tarifas salariales mantienen niveles elevados, comparativamente, sobre todo en relación con las regiones central y del oeste del país. A finales de los años noventa, con excepción de Sichuan, las 10 primeras regiones con mayores montos de inversión directa contratada de Estados Unidos coincidían con las 10 primeras regiones de ingreso per cápita más elevado; y 7 de las 10 regiones citadas poseían las más altas tarifas salariales (Chunlay Chen, 2003).

Para el periodo 1989-2002, las inversiones de Estados Unidos en China experimentan una evolución relativamente estable, con la excepción de una declinación en 1990 (en 70%) resultado de los sucesos de Tiananmen en junio de 1989, así como por el conflicto entre ambas naciones por el tema de Taiwán. Esta situación se mantendría hasta 1992, sin embargo, ya para 1993-1994 retoma sus niveles iniciales.

Tal incremento respondió, en parte, a la declaración del entonces presidente Deng Xiaoping durante su visita por el sur del país, donde señaló que las reformas económicas en China no sólo continuarían sino que se acelerarían. Para el año 2000, la inversión directa de Estados Unidos en China se había incrementado en nueve veces con relación a 1989. Aunque en 1995 estos flujos sufrieron una caída de casi 80%, éstos se recuperaron gradualmente en 1996. Desde entonces, los flujos de inversión analizados han continuado creciendo. Ya en 2002, alcanzaron 914 millones de dólares, representando casi el 2% del total de IED recibida por China (Chunlay Chen, 2003).

Es importante reconocer que los flujos de inversión de Estados Unidos a China representan una pequeña proporción del total de IED en China —el porcentaje más alto registrado fue en el año 2000, representando menos de 5%. En 2007, según estadísticas del Ministerio de Comercio de China, el monto de IED realizada de Estados Unidos a China, fue de 2.62 mil millones de dólares (MOFCOM, 2008).

En el caso de las inversiones directas chinas en Estados Unidos, sobresale tanto su pequeño volumen como su volatilidad. En 1994, los flujos de inversión de China a Estados Unidos fueron de 170 millones de dólares, lo cual representó menos de 0.4% del total de flujos de inversión recibidos por Estados Unidos ese año (45 mil inversiones chinas en Estados Unidos alcanzaron los 835 millones de dólares con 703 empresas. Para 2007, China había invertido alrededor de 1 500 millones de dólares en Estados Unidos (US Council, 2007).

Aparentemente, el tema de los montos que aportan China y Estados Unidos a los flujos globales de IED todavía no resulta relevante para los efectos de una confrontación, aunque habrá que seguir de cerca la evolución de China en este sentido. Sin embargo, las señales de peligro interpretadas por las autoridades estadounidenses y sus cabilderos financieros y comerciales apuntan a la estructura de las inversiones chinas y su destino.

China ha incrementado de forma significativa su presencia en las regiones subdesarrolladas. Sus inversiones se han alejado de su área tradicional, Asia, para adentrarse en América Latina y África.

La región latinoamericana ocupa el segundo lugar como receptora de IED provenientes de China y los flujos se concentran en sectores tales como energía, minería, infraestructura y agricultura. Si en 1999 estas inversiones sumaban 8 200 millones de dólares, para 2007 ya la cifra se elevaba a 70 mil millones de dólares. África también ha pasado a convertirse en un área muy atractiva para la inversión China que ya contabilizó 6 600 millones de dólares para el periodo 2000-2006 (Hernández G., 2008).

En este sentido, la preocupación más grave de Estados Unidos ha sido expresada por los portavoces del FMI y del BM que señalan cómo los préstamos chinos sin restricción “minaban años de esfuerzos esmerados para poner en orden el alivio de la carga de la deuda condicionada”. El hecho de que China puede ofrecer préstamos ahora, podría debilitar la influencia imperial sobre las economías subdesarrolladas (Hernández G., 2008).

REFLEXIONES FINALES

En la actualidad, la evolución del diferendo económico entre China y Estados Unidos dependerá, fundamentalmente, de posibles escenarios en torno al desempeño económico y político de ambas naciones.

Entre las variantes analizadas, sin duda destaca el futuro del yuan chino.

A partir del 21 de julio de 2005, las autoridades chinas aplicaron un sistema cambiario de “flotación dirigida” con referencia a una cesta de monedas sobre la base de la oferta y la demanda del mercado.³ Sin embargo, desde agosto de 2006 el régimen cambiario de China ha sido clasificado por el FMI como régimen de “paridad móvil”.

Según el FMI, la trayectoria observada del tipo de cambio y la constitución de reservas, junto con la información en materia de intervención, parecen indicar que el tipo de cambio viene determinado principalmente por la intervención oficial, lo cual provocó esta clasificación. Actualmente se permite que el tipo de cambio diario entre el dólar y el RMB fluctúe en una

³ El 21 de julio de 2005 China anunció una revaluación del tipo de cambio *renminbi*-dólar del 2.1%, y una modificación de su sistema cambiario para permitir la fluctuación del valor del *renminbi* sobre la base de la oferta y la demanda del mercado con referencia a una cesta de monedas no revelada. Desde julio de 2005 se han adoptado medidas para la liberalización y el desarrollo de los mercados de divisas de China, con inclusión del establecimiento de un mercado secundario de divisas al contado y mercados de permutas financieras de divisas y contratos de futuros sobre divisas (FMI, 2007).

banda de 0.5% en torno al tipo central,⁴ que es anunciado por el Centro de Comercio de Divisas de China, órgano subsidiario del PBC (OMC, 2008).

Desde su revaluación en julio de 2005, en febrero de 2008 el RMB se había apreciado de 8.28 yuan a 7.18 yuan por dólar, apreciación superior a 13%. Según las autoridades, también se permite la fluctuación del tipo de cambio con relación a otras monedas dentro de una banda anunciada por el PBC. Con relación al euro, el RMB se ha depreciado más de 5%: de 10.07 yuan por euro en julio de 2005 a 10.65 yuan por euro en febrero de 2008; en cambio, en ese mismo periodo experimentó una apreciación superior al 10% con respecto al yen japonés: de 0.075 yuan por yen a 0.067 yuan por yen.

Desde julio de 2005, tanto el tipo de cambio efectivo real como el tipo de cambio efectivo nominal han venido experimentando una apreciación, aunque no tan importante como la registrada con respecto al dólar;⁵ la apreciación del tipo de cambio efectivo real y el tipo de cambio efectivo nominal refleja la depreciación del RMB con respecto a otras monedas importantes —por ejemplo, el euro y la libra esterlina—, así como la creciente inflación en China (OMC, 2008).

El incremento del valor del yuan frente al dólar es una señal de que la economía de más rápido crecimiento, continúa expandiéndose a un paso acelerado. Pese a la apreciación del RMB con relación al dólar, el superávit comercial de China con Estados Unidos ha seguido creciendo. Resulta evidente que tan sólo una apreciación del yuan no puede reducir la diferencia que existe entre China y Estados Unidos con relación al ahorro nacional y la inversión interna bruta.

Sin embargo, la trayectoria de la moneda también se ve afectada por la debilitada confianza en el dólar, a medida que el tradicional impulsor de la economía global pierde potencia.

El incremento significativo de la presencia del euro en las reservas ha estado propiciado por las incertidumbres creadas con respecto al dólar y la economía estadounidense. La pérdida de participación del dólar en las reservas internacionales (y el avance del euro) ha tenido a los países subdesarrollados como las grandes fuerzas motrices.

En este entorno China se considera como el país con mayor cúmulo mundial de reservas y el segundo mayor tenedor de títulos del Tesoro esta-

⁴ Antes de mayo de 2007 la banda era de 0.3%.

⁵ Según el Banco de Pagos Internacionales, entre julio de 2005 y noviembre de 2007 el tipo de cambio efectivo nominal del RMB experimentó una apreciación de 3.96%, y el tipo de cambio efectivo real, de 8.59%.

dunidense, incrementando significativamente su porción en el total mundial. Sin embargo, el peso de estos títulos en el total de reservas chinas ha disminuido fuertemente. Se plantea que se podría estar dando un incremento de títulos no gubernamentales nominados en dólares, lo cual es muy probable, pero también se puede estar dando una disminución de las reservas chinas en dólares, lo cual haría caer más al dólar entre los países subdesarrollados y, por ende, a escala mundial.

En noviembre de 2007, el BCCH anunció su decisión de comenzar a mirar otras divisas distintas al dólar a la hora de atesorar reservas, debido a la creciente pérdida de estatus que estaba sufriendo la moneda americana como líder en el mundo.

Pese a los pronósticos, los analistas económicos mundiales no vislumbran la desaparición por completo del dólar como moneda de referencia —al menos no en el corto plazo—, sino como una diversificación de divisas.

A escala mundial la caída del dólar ha producido diversas reacciones. Como ya se expuso, China, que mantiene una política de apreciación mínima del RMB, al compensar la entrada de capitales con la compra de activos en dólares, para fomentar la competitividad de sus exportaciones, ha experimentado la apreciación de su moneda con respecto al dólar, llegando en mayo de 2008 a un valor promedio de 6.9777 yuan por dólar, el valor más bajo en los últimos tiempos.

En este escenario, China enfrenta un dilema con respecto a su moneda: si mantiene su política de debilidad del yuan, corre el peligro de incrementar aún más la inflación, debido a los precios más altos de las importaciones y a la demanda aún mayor por sus productos en el extranjero.

Esto es especialmente preocupante, dado que la inflación de este país creció 5% en 2007, el máximo en once años. Por otro lado, una apreciación del yuan contra el dólar produciría una pérdida en sus reservas (ascendentes en 2007 a 1.53 billones de dólares), de las cuales se estima que más de 60% están en dólares, aunque ello le permitiría un mayor control de la inflación y reducir las tensiones comerciales con Estados Unidos y Europa, que reclaman una menor intervención cambiaria debido a las distorsiones y desventajas comerciales que genera.

En las reuniones del Diálogo Económico Estratégico Estados Unidos-China, celebradas en Beijing entre el 12 y 13 de diciembre de 2007, China dio señales de que no hará esfuerzos por acelerar la apreciación de su moneda, aunque la reciente alza de la tasa de referencia de préstamo a un año en 18 puntos base a 7.47%, el máximo en nueve años, podría contribuir en este sentido.

En el caso de China, aunque las autoridades han atenuado algunos controles del mercado de capitales, en general el yuan no es objeto de libre comercio internacional.⁶ Parte de la limitación de su comercio internacional se debe a que el sector bancario y los mercados de capitales nacionales no están suficientemente desarrollados para soportar las conmociones financieras internas y externas.

El fortalecimiento del yuan estimulará una reversión de las cuentas externas, lo cual tendrá un gran impacto, dado su apreciable superávit externo (262 mil millones de dólares en 2007); favorecerá sensiblemente a los países que hoy son exportadores netos a China, mejorando los ingresos en dólares de sus ventas a este gran mercado. Pero también podrá mejorar las ventas a otros mercados vinculados, si esta apreciación es acompañada por otras importantes monedas asiáticas como el yen japonés.

El previsible aumento en el consumo y las importaciones asiáticas originado por el fortalecimiento de sus monedas frente al dólar, ofrecerá grandes oportunidades de expansión para las exportaciones de los países que presten debida atención a este proceso, permitiéndoles diseñar una activa política de expansión de las ventas, no sólo en China sino también en toda la zona Asia-Pacífico, donde se concentrará el mayor crecimiento económico en los próximos decenios.

Las relaciones económicas entre la RPCh y Estados Unidos constituyen, sin duda, uno de los temas más complejos y controvertidos del actual sistema de relaciones internacionales. En esta trama se destaca la relativa estabilidad, tanto económica como política, de China, la que revela objetivos muy bien definidos, a diferencia de Estados Unidos, cuya política ha perdido credibilidad a causa de los desequilibrios económicos analizados y la irracional política desarrollada por sus diferentes administraciones.

En los últimos 15 años, China ha triplicado su participación en la producción mundial. Ha logrado penetrar con éxito en el mercado estadounidense, sustituyendo gradualmente los productos de México y Japón y según una última encuesta de la OCDE, se perfila como el mayor exportador del mundo en 2010.

En los últimos años ha logrado mantener tasas de crecimiento reales del PIB de dos dígitos, convirtiéndose además en uno de los principales destinos

⁶ Los controles de capital pueden eludirse hasta cierto punto mediante prácticas tales como la subfacturación de las importaciones (y la sobrefacturación de las exportaciones), que tenderían a exagerar el superávit por cuenta corriente. La lucha contra esas prácticas puede requerir una valoración en aduana más gravosa de los productos importados (y de los exportados).

de IED a escala global. Igualmente, China es uno de los principales compradores de bonos del Tesoro estadounidense, transformándose en uno de los mayores acreedores de su gobierno. Las compras de China han contribuido a mantener bajas las tasas de interés en Estados Unidos por lo que cualquier decisión para ampliar y diversificar sus inversiones tendría un gran impacto en los mercados estadounidenses.

Es precisamente en esta relación que Estados Unidos intenta trasladar a la opinión pública mundial una imagen negativa de China, destacando, entre otros, la escasa flexibilidad del país asiático en los diferendos comerciales. No obstante, resulta evidente el temor de la primera potencia mundial de perder su condición hegemónica.

Las previsiones apuntan a que el PIB de China podría superar al de Estados Unidos en el año 2020, si se mide el producto en PPA. Si, en cambio, se mide el PIB en dólares corrientes, algunas previsiones proyectan que el adelantamiento no se produciría hasta el decenio de 2040.

Sin embargo, pese al rápido crecimiento y la mayor competitividad de China, su economía se caracteriza por una serie de desequilibrios, varios de ellos interrelacionados que contradicen su posición como locomotora mundial, los cuales deberá atender antes de poder desplazar a Estados Unidos.

REFERENCIAS

- BBC, 2006, "China: gigante bancario debuta en bolsa", BBC, <www.news.bbc.co.uk>, 27/10/2006.
- Bustelo, Pablo y Fernández Lommen, Yolanda, 1996, "Gradualismo y factores estructurales en la reforma económica china (1978-1995)", Documentos de Trabajo, Universidad Complutense de Madrid, <www.ucm.es>.
- Rosales, Osvaldo, 2009, "Crisis internacional y espacios para la cooperación y la integración regional", CEPAL, septiembre.
- Cerra V. Rivera, S., Saxena S., 2005, Crouching dragon, hidden tiger: What are the implications of China's WTO accession for India's trade?
- Chávez, Fernando y Leyva, Lizbeth, 2007, "México y China en el mercado estadounidense: una visión panorámica reciente, 1993-2004", *Aportes*, Revista de la Facultad de Economía, BUAP, año XII, núm. 35, mayo-agosto, <www.aportes.buap.mx/35/aportes1.pdf>.
- China Daily, 2004, "Foreign Banks given new entree", *China Daily*, 2/12, <www.china.org.cn>.
- China Daily, 2005, "China crea un fondo para proteger a los inversores de Bolsa", *China Daily*, 29/9.

- Chunlay, Chen, 2003, "Locations Determinants and Provincial Distribution of FDI", Ross Garnaut y Ligang Song (eds.), *China: New Engine of World Growth*, Asia Pacific Press, Australia.
- CIA, 2007, "The World Fact Book", Central Intelligence Agency, <www.cia.gov>, 31/5.
- CIIC, 2006, "Se acelera entrada de capital especulativo en China", China Internet Information Center, 26/07.
- De Brujin, Jan, 2007, "La situación actual en el mercado de valores chino", <www.finanzas.com>, 31/05.
- Diario del Pueblo*, 2006, "¿Qué magnitud tiene la influencia de la reforma de tasa de cambio de renminbi para el comercio de China?", 03/06.
- Diario del Pueblo*, 2006, "Chinos comunes ya pueden comprar bonos extranjeros", 25/04.
- EconSouth, 2005, Surgimiento económico de China, EconSouth, segundo trimestre, <www.frbatlanta.org/invoke.cfm?objectid=50E7ED89-5056-9F06-99AF204C6C823A5C&method=display>.
- EI, 2007, "China: Frente a la alta dependencia del sector externo, autoridades buscan incentivar el consumo y la demanda interna", *Economía Internacional*, núm. 363, 14 de marzo.
- Eichengreen B., Rhee Y., Tong H., 2004, *The impact of China on the exports of other Asian countries*, Working Paper, núm. 10768, National Bureau of Economic Research.
- Eichengreen B. Tong H., 2005, *Is China's FDI coming at the expense of other countries?* Working Paper, núm. 11335, National Bureau of Economic Research.
- FMI, 2007, Fondo Monetario Internacional, 2007, *World Economical Outlook Database*. octubre, <http://www.imf.org>.
- _____, 2008, Statistics <http://www.imf.org/>.
- _____, 2009, Fondo Monetario Internacional, abril, *World Economical Outlook*.
- _____, 2009, Fondo Monetario Internacional, julio, *World Economical Outlook*.
- Frankel, J. D., 1997, Regional Trading Blocs in the World Economic System. Washington, DC, Institute for International Economics.
- Grubert, H., Mutti, J., 1991, Taxes, tariffs and transfer pricing in multinational corporate decision-making, *Review of Economics and Statistics* 73, 285-293.
- Gen-you, 2001, Gen-you Dai, "China's Monetary Policy: Retrospect and Prospect", *World Economy & China*, núm. 3.
- H. Steve, Connolly M., 2005, El síndrome chino, <www.elcato.org/node/204 print>.
- Hansakul Syetarn, 2007, "China's banking sector: Ripe for the next stage? Deutsche Bank Research, <www.dbresearch.com>, 7/12/2006.
- Hernández Pedraza, Gladys C., 2002, "Evolución económica reciente de la República Popular China. Perspectivas de desarrollo después de la entrada en la OMC", CIEM, marzo.
- Hernández Pedraza, Gladys C., 2004, "Evolución actual y perspectivas de las relaciones China-ASEAN", *Temas de Economía Mundial*, núm. 6, CIEM, julio.
- Hernández Pedraza, Gladys C., Mok Susana y Cobarrubias Hernández Katia, 2005,

- “Las ZEE. Algunas experiencias”, *Temas de Economía Mundial*, núm. 8, CIEM, julio.
- Hernández, 2006a, “La revaluación del yuan”, *Temas de Economía Mundial*, núm. 9, febrero.
- Hernández Pedraza, Gladys C., 2006, “Evolución Económica y Social Reciente de la República Popular China”, CIEM, enero.
- Hernández G., 2008, *La Política de Inversión China y sus Perspectivas*, PPT, MINCEX, La Habana.
- Ianchovichina, E., Martin, W., 2006, “Trade impacts of China’s World Trade Organization accession”, *Asian Economic Policy Review*, núm. 1, 45-65.
- IEC, 2007, “Informe Económico y Comercial de China”, Oficina Económica y Comercial de España en Pekín, marzo.
- IMF, 2005, Paper núm. 05/101, International Monetary Fund.
- Jaggi Gautam, Rundle Mary, Rosen Daniel y Takahashi Yuichi, 1996, “China’s economic reforms. Chronology and statistics.”, Institute for International Economics, Working Paper 96-5.
- King, Stephen, 2005, “To Be a Rock and Not to Roll”.
- Limchran, Hassana y Quintyn, Marc, 1996, “Financial Sector Reforms in China”, *Finance & Development*, marzo.
- Lindbeck, Assar, 2006, “An Essay on Economic Reforms and Social Change in China”, Institute for International Economic Studies, Stockholm University and Research Institute for Industrial Economics, World Bank Policy Research Working Paper 4057, noviembre.
- Lu Yu, 2007, “Bancos extranjeros listos para el servicio al pormenor”, *China Daily*, enero.
- Lian, D., 2005, “Singapore’s lessons for China”, Morgan Stanley Global Economic Forum (5 May), Accessed 2 May 2006, <www.morganstanley.com/GEFdata/digests/20050505-thu.html#anchor2>.
- Luo X., 2005, Growth spillover effects and regional development patterns: The case of Chinese provinces. Policy Research Working Paper num. 3652, World Bank.
- McKibbin, W., Woo, W. T., 2003, “The consequences of China’s WTO accession for its neighbors”, *Asian Economic Papers* 2 (2), 1-38.
- Mercereau, B., 2005, FDI flows to Asia: Did the dragon crowd out the tigers? Unpublished manuscript, International Monetary Fund.
- Mody, A., Razin, A., Sadka E., 2002, The role of information in driving FDI: Theory and evidence, Working Paper, núm. 9255, National Bureau of Economic Research.
- MOFCOM, 2008, *Ministry of Commerce, Statistics*, MOFCOM.
- Moreno, R., Trehan, B., 1997, “Growth and the location of nations”, *Journal of Economic Growth* 2, 399-418.
- OMC, 2007, Estadísticas del Comercio Internacional, OMC, 2007, 2008, <www.wto.org>.
- OMC, 2008, Estadísticas del Comercio Internacional, OMC, 2007, 2008, <www.wto.org>.
- PBCh, 2008, People’s Republic of China, 2008, Statistics, <www.pbc.gov.cn/english/>.

- PROCHILE, 2007, Tendencias y Desafíos del Intercambio China-EE. UU. Dirección General de Relaciones Económicas Internacionales PROCHILE, diciembre, <<http://cms.chileinfo.com/documentos/China%20EEUU%20desafios.pdf>>.
- Ríos, x., 2007, “China y sus relaciones con EE. UU.: ¿Competencia o interdependencia?”, Casa Asia-IGADI. Disponible en <http://216.239.59.104/search?q=cache:SDrqS7zN_HsJ:www.politica-china.org/wp-content/uploads/2007/02/China%2520y%2520sus%2520relaciones%2520con%2520EEUU.pdf+Evoluci%C3%B3n+comercio+China+EE.+UU.&hl=es&ct=clk&cd=66&gl=cu>.
- Rovetta, P., 2008, “China no deja de sorprender”, enero. (<http://www.iberchina.org/>).
- Shirai, Sayuri, 2001, “Banking sector reforms in the People’s Republic of China. Progress and constraints”, Asian Development Bank Institute, noviembre.
- Stein, E., Duade, C., 2000, “Institutions, integration and the location of foreign direct investment”, en *New Horizons for Foreign Direct Investment: OECD Global Forum on Foreign Direct Investment*.
- Stiglitz, Joseph, 2003, “China está en lo correcto al no dejar flotar el yuan”, <www.actualidadeconomica-peru.com>, noviembre.
- Taverner, J., 2007, “El Desarrollo Económico en China y la influencia de las Zonas Económicas Especiales”, IX Reunión de Economía Mundial, abril, <www.uam.es/otros/ixrem/Comunicaciones/12-04-%20TAVERNER.pdf>.
- UK., Trade and Investment, 2006, “China Statistical yearbook.
- UPCh, 2006, “Yuan podría apreciarse hasta un 8% el próximo lustro”, Universidad Popular de China.
- US Census Bureau, 2008, US International Trade Commission, US Department of Commerce, and US Census Bureau.
- US Council, 2007, The US China Business Council, <www.uschina.org>.
- US Treasury, 2008, US Treasury, 2008 Statistics, <www.ustreas.gov/>.
- UNCTAD, 2006-2007, Handbook of Statistics 2006-2007, <www.unctad.org>.
- UNCTAD, 2007, World Investment Report. UNCTAD, <www.unctad.org>.
- Observer*, 2006, “Revaluación monetaria de China podría afectar finanzas de Estados Unidos”, boletín trimestral del East-West Center de Hawaii, <www.EastWest-Center.org>.
- Winograd, C., 2008, “Turbulencias Financieras Internacionales: Nueva York, Shanghai y América Latina”, Paris School of Economics (PSE) y Université Paris-Evry, La Habana, marzo.
- Xinhua, 2007, “Anuncian puesta en marcha de la Shibor”, Xinhuanet, 04/01.

CRISIS DE LA ECONOMÍA MUNDIAL: AUMENTO DE LAS GANANCIAS Y DISMINUCIÓN DE SALARIOS

ORLANDO CAPUTO LEIVA

INTRODUCCIÓN

La crisis inmobiliaria de Estados Unidos se transformó en la de la economía mundial en el tercer trimestre de 2008. La crisis se produce cuando en la economía mundial las ganancias y la tasa de ganancias son elevadas. Esto se debe, entre otros factores, a las transferencias de parte importante de la masa global de salarios a las ganancias globales en la economía mundial. El fuerte incremento de las ganancias en la producción mundial de bienes y servicios no financieros, se debe al aumento del dominio del capital sobre el trabajo, los recursos naturales y los estados. Lo que provoca, entre otros cambios, los siguientes: las grandes empresas mundiales se transformaron en prestatarias netas del sistema financiero; se incrementaron aceleradamente las reservas internacionales y los fondos soberanos de varios países; gran parte de estos recursos, junto a los fondos de pensiones, fondos mutuos y otros recursos financieros fueron canalizados al sistema financiero de países desarrollados, especialmente a Estados Unidos.

Como este gran incremento de los recursos en las instituciones financieras no podían ser canalizados a las empresas, ya que éstas financiaban sus inversiones y fusiones, fundamentalmente con recursos propios, se orientaron hacia el sector inmobiliario, promoviendo las construcciones residenciales y ampliando en forma extrema los créditos hipotecarios a amplios sectores de la población, principalmente en Estados Unidos. El gran desarrollo del sector inmobiliario, junto al incremento del gasto militar y al aumento del consumo, permitió la superación de la crisis del primer decenio del siglo XXI. La burbuja inmobiliaria incentivada por las bajas tasas de intereses, asociada a créditos de alto riesgo, culminó con el rompimiento de la burbuja inmobiliaria —y no sólo financiera—, ya que la construcción residencial es uno de los sectores reales más importantes de la economía.

En “La Crisis Inmobiliaria en Estados Unidos. La Eventual Séptima Crisis Cíclica de la Economía Mundial”,¹ de marzo de 2008, señalábamos:

¹ Caputo, Orlando, libro en preparación del Grupo de Trabajo de CLACSO: *Economía mundial, globalización y economías nacionales*, 2008.

“La crisis inmobiliaria en Estados Unidos ha sido analizada teniendo como escenario fundamental de análisis la economía nacional de este país y sus impactos en otras naciones por medio de las relaciones económicas internacionales. En la realidad, no sólo existen las economías nacionales y las relaciones económicas entre naciones, sino que existe una economía mundial. Existe una estructura productiva y de circulación mundial de mercancías por sobre los países, liderada por las grandes empresas trasnacionales.

”De aquí que desde el punto de vista teórico y metodológico, la crisis inmobiliaria de Estados Unidos –y, agregamos ahora, su transformación en crisis de la economía mundial–, debe ser analizada teniendo como marco global de análisis: primero, la existencia de la economía mundial; segundo, el funcionamiento de la economía mundial en la actual etapa de globalización; tercero, las principales transformaciones de la economía mundial a inicios del siglo XXI.”

Señalábamos también que “los elevados niveles de ganancias en Estados Unidos y la participación tan significativa y creciente de las ganancias provenientes del resto del mundo, le han permitido –hasta finales de 2007–, al sector de empresas productoras de bienes y servicios no financieros, enfrentar el impacto de la crisis inmobiliaria”.

“La recesión en Estados Unidos, la posible crisis cíclica de la economía internacional, y su eventual transformación en crisis de la economía mundial, va a depender del grado en que disminuyan las ganancias y la tasa de ganancias en Estados Unidos y en los países desarrollados.” Agregábamos que la crisis inmobiliaria sería el preludio, pero la explicación fundamental, sería la disminución de las ganancias.

La información oficial de Estados Unidos, corregida a fines de septiembre de 2008, señala un fuerte aumento de las pérdidas en el sector automotriz, que unido a los graves problemas en el sector construcción, se acompañan con una drástica disminución de las ganancias del conjunto de las empresas productoras de bienes y servicios no financieros. Esta situación agravó la crisis inmobiliaria y la transformó en crisis de la economía mundial.

La distribución de la producción en salarios, ganancias y renta, temas cruciales en la globalización actual de la economía mundial, fue un tema principal en la economía clásica, Adam Smith y David Ricardo, y también en Marx. Estos teóricos, bajo diferentes explicaciones y énfasis, argumentaban teóricamente que en el desarrollo del capitalismo se produciría una disminución de las ganancias y de la tasa de ganancias. También, bajo diferentes análisis, concluían que el comercio exterior disminuiría esta limitación del capitalismo y cada uno agregaba otras vías. Cabe señalar que David Ricar-

do planteaba que no era viable la exportación de capital. Smith le asignaba una importancia al capital en las actividades de comercio exterior y a las inversiones en otros países. Para Marx, en tanto, el comercio exterior, y particularmente la exportación de capital, se constituían en unas de las principales contratendencias a la tendencia decreciente de la tasa de ganancias.

La globalización de la economía mundial, apoyada teóricamente en el neoliberalismo, muestra resultados opuestos a las tendencias generales previstas por los clásicos y por Marx con relación a las ganancias y se corresponde con las contratendencias o políticas específicas para aumentar las ganancias.

Esta distribución de la producción, conocida como la distribución funcional del ingreso, estuvo muy presente en los análisis y manuales de la macroeconomía hace unos decenios. Sin embargo, a pesar de su gran importancia, ha sido desplazada por los análisis de la distribución del ingreso individual o familiar, como parte del predominio del individualismo metodológico del neoliberalismo.

La distribución del ingreso a favor de las ganancias y la crisis actual de la economía mundial, se inscriben al interior de otras transformaciones de la economía mundial que hemos presentado en trabajos anteriores: *Estados Unidos y China: ¿Locomotoras en la recuperación y en las crisis cíclicas de la economía mundial?* (2004)² y en el trabajo ya citado al inicio. A continuación, mencionamos bajo la forma de títulos, el contenido de los temas y transformaciones:

- 1] La economía mundial y los límites de la ciencia económica.
- 2] La nueva hegemonía económica de Estados Unidos y la nueva Política de Seguridad Nacional.
- 3] En perspectiva histórica el capitalismo dependerá más de China que China del capitalismo.
- 4] El dominio acrecentado del capital sobre el trabajo, sobre los recursos naturales y sobre los estados.
- 5] Las seis crisis cíclicas en los tres últimos decenios.
- 6] Profundización del desarrollo desigual y del subdesarrollo en América Latina.
- 7] Nueva etapa: ¿sobreproducción de productos industriales y subproducción de materias primas y energéticas?
- 8] ¿Hacia un periodo de términos de intercambio favorables?

² Caputo, O., en el libro *La economía mundial y América Latina*, compilado por Jaime Estay, CLACSO, 2005.

- 9] ¿De la deflación a la inflación?
 10] De la preeminencia del capital financiero a la preeminencia del capital productivo.
 11] ¿Abundancia o escasez de capital?

A continuación desarrollamos un apartado teórico sobre la distribución de la producción en Smith, Ricardo y Marx. Un segundo apartado sobre la globalización de la economía mundial y los cambios en las relaciones sociales de producción. El tercer apartado analiza la distribución mundial, por algunas regiones y en Estados Unidos en los últimos décadas. En el último apartado analizamos las ganancias globales y el comportamiento de las ganancias de las empresas no financieras en Estados Unidos, que han transformado la crisis inmobiliaria en crisis de la economía mundial.

LAS REMUNERACIONES, LAS GANANCIAS DEL CAPITAL Y LA RENTA
 DE RECURSOS NATURALES EN LA CIENCIA ECONÓMICA

Las fuentes de medición y de explicación de la distribución del ingreso

En la ciencia económica hay dos formas principales para analizar la distribución del ingreso o de la producción en un periodo determinado. La *distribución funcional del ingreso*, cuyo origen se remonta, como hemos dicho, a los clásicos de la ciencia económica: Smith, Ricardo, y en Marx, se constituye como un proceso paralelo a la creación de bienes y servicios por parte de las empresas. Para producir bienes y servicios, las empresas deben retribuir a los trabajadores con las remuneraciones; a los propietarios de los recursos naturales, con la renta minera o renta de la tierra; y a los propietarios del capital con las ganancias.

La producción y la distribución del ingreso están fundamentalmente relacionadas con la propiedad de los medios de producción, la propiedad de los recursos naturales, el grado de control monopólico de las grandes empresas y por el grado de organización de los trabajadores. Esta distribución es la principal y en los cursos y en los textos de economía se conoce, como hemos dicho, como la *distribución funcional del ingreso*.

La segunda forma de distribución del ingreso corresponde a la *distribución personal del ingreso*. Se mide por medio de encuestas, que en los diferentes países de América Latina se aplican según una metodología común.

Normalmente el origen del ingreso, como salario, como ganancia o renta de la tierra o de otros recursos naturales, desaparece. Esta forma de medición surge de la teoría neoclásica, cuyo punto de partida son los individuos y no las clases sociales. Como ya lo señalamos, esta distribución individual y personal del ingreso ha desplazado a la distribución en salarios, ganancias y rentas, como parte del predominio del individualismo metodológico del neoliberalismo. La disminución de la participación de las remuneraciones en el PIB, es una de las principales causas que explican el agravamiento de la distribución del ingreso y, en América Latina, la profundización de la mala distribución del ingreso y de los elevados niveles de pobreza ya que la globalización está generando trabajadores pobres.

La distribución del ingreso en Smith, Ricardo y Marx

Este apartado tiene por objeto rescatar las formulaciones teóricas de Adam Smith, David Ricardo y Karl Marx sobre la distribución y su relación con la producción, y su importancia para el estudio de la distribución entre salarios y ganancias en la actual etapa de globalización de la economía mundial.

En Smith, Ricardo y Marx, la distribución de la producción entre los diferentes participantes en la producción global en los países es muy importante. Sin embargo, casi exclusivamente se destacan las apreciaciones de David Ricardo, quien afirmó que la distribución del ingreso es el objeto principal de la ciencia económica. En tanto, de Smith y Marx se rescatan, casi exclusivamente, sus aportes como economistas de la producción.

Como las formulaciones de David Ricardo son más conocidas, lo veremos brevemente. Por lo tanto, desarrollaremos más extensamente a Smith y a Marx, para destacar la importancia que ellos también le asignan a la distribución de la producción entre las diferentes clases sociales.

DAVID RICARDO. En la presentación de su libro, *Principios de economía política y tributación* –publicado en 1817–,³ David Ricardo señala que el producto, “Se reparte entre tres clases de la comunidad a saber: el propietario de la tierra, el dueño del capital... y los trabajadores...”

Y afirma: “La determinación de las leyes que rigen esta distribución es el problema primordial de la economía política”. Agrega que en distintas épo-

³ Ricardo, David, FCE, México.

cas históricas, la distribución, “imputada a cada una de estas tres clases, bajo los nombres de renta, utilidad y salarios, serán esencialmente diferentes”.

ADAM SMITH. A diferencia de David Ricardo, a Smith se le califica de economista fundamentalmente preocupado por la producción. El título de su famoso libro, *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones* (1776),⁴ ayuda a esta caracterización. También ayuda a su caracterización como economista que prefiere el estudio de la producción, el primer capítulo sobre la división del trabajo y su resultado: un gran incremento de la productividad y de la producción.

No obstante, Adam Smith en su libro muestra una gran preocupación por la distribución del producto en los diferentes sectores o clases de la sociedad.

De la *Introducción y plan de la obra*, destacamos lo siguiente para obtener una breve visión histórica sobre la producción:

El trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio la provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, y que anualmente consume el país. Dicho fondo se integra siempre, o con el producto inmediato del trabajo, o con lo que mediante dicho producto se compra de otras naciones [...] Las causas de este progreso en las facultades productivas del trabajo y el orden según el cual su producto se distribuye, naturalmente entre los diferentes rangos y condiciones del hombre en la sociedad, forma la materia del Libro Primero de esta investigación.

En el Libro Primero, previo al análisis de los diferentes capítulos que en él se desarrollan —once—, se inicia con la relación entre la producción y la distribución, con la siguiente síntesis del Libro Primero como totalidad “De las causas del progreso en las facultades productivas del trabajo, y del modo como un producto se distribuye entre las diferentes clases del pueblo”.

El proceso histórico de la distribución de la producción, lo rescatamos del capítulo VIII. *De las remuneraciones del trabajo*. En él, Adam Smith analiza el proceso histórico de la distribución de la producción. También se refiere a la distribución del producto entre salarios y ganancias en el capitalismo, y cómo influyen en esta distribución las organizaciones empresariales y de trabajadores.

De los aspectos históricos, destacan las siguientes formulaciones: “El producto del trabajo constituye la recompensa natural o salario del trabajo.

En el estado originario de la sociedad que precede a la apropiación de la tierra y a la acumulación del capital, el producto íntegro del trabajo perte-

⁴ Smith, Adam. FCE, México.

nece al trabajador. No había entonces propietarios ni patronos con quienes compartirlo”.

Inmediatamente a continuación agrega: “Si este estado de cosas hubiera continuado, las remuneraciones del trabajo habrían aumentado, en consonancia con todas las mejoras en sus facultades productivas, que se originan en la división del trabajo”.

Más adelante agrega: “Pero este estado originario, en que el trabajador gozaba de todo el producto de su trabajo, sólo pudo perdurar hasta que tuvo lugar la primera apropiación de la tierra y acumulación de capital”.

A continuación se refiere a la renta de la tierra en los siguientes términos: “Tan pronto como la tierra se convierte en propiedad privada, el propietario exige una parte de todo cuanto producto obtiene o recolecta en ella el trabajador. Su renta es la primera deducción que se hace del producto del trabajo aplicado a la tierra”.

Si la producción está a cargo de un granjero o dueño del capital, éste obtiene un beneficio. “Este beneficio viene a ser la segunda deducción que se hace del producto del trabajo empleado en la tierra.”

En relación con la distribución de la producción en el capitalismo, Smith señala: “Las remuneraciones del trabajo dependen generalmente, por doquier, del contrato concertado por lo común entre estas dos partes, y cuyos intereses difícilmente coinciden. El operario desea sacar lo más posible, y los patronos dar lo que menos puedan. Los obreros están siempre dispuestos a concertarse para elevar las remuneraciones, y los patronos para rebajarlos”.

Respecto a las relaciones entre las organizaciones empresariales y las de los trabajadores señala los siguientes puntos, que destacamos enumerándolos, por la vigencia que tienen en la globalización actual, de la economía.

- 1] En todas partes se entiende por salario del trabajo, aquella recompensa que se otorga cuando el trabajador es una persona distinta del propietario del capital que emplea al obrero.
- 2] Las remuneraciones del trabajo dependen generalmente, por doquier, del contrato concertado por lo común entre estas dos partes, y cuyos intereses difícilmente coinciden.
- 3] El operario desea sacar lo más posible, y los patronos dar lo menos que puedan.
- 4] Los obreros están siempre dispuestos a concertarse para elevar las remuneraciones, y los patronos, para rebajarlos.
- 5] Sin embargo, no es difícil de prever cuál de las dos partes saldrá ganan-

- do en la disputa, en la mayor parte de los casos, y podrá forzar a la otra a contentarse con sus términos.
- 6] Los patronos, siendo menos en número, se pueden poner de acuerdo más fácilmente, además de que las leyes autorizan sus asociaciones o, por lo menos, no las prohíben, mientras que, en el caso de los trabajadores, las desautorizan.
 - 7] No encontramos leyes del Parlamento que prohíban los acuerdos para rebajar el precio de la obra; pero sí muchas que prohíben esas estipulaciones para elevarlos.
 - 8] En disputas de esa índole los patronos pueden resistir mucho más tiempo. Un propietario, un colono, un fabricante o un comerciante, aún cuando no empleen un solo trabajador, pueden generalmente vivir un año o dos, disponiendo del capital previamente adquirido.
 - 9] La mayor parte de los trabajadores no podrán subsistir una semana, pocos resistirán un mes, y apenas habrá uno que soporte un año sin empleo.
 - 10] A largo plazo, tanto el trabajador como el patrono se necesitan mutuamente; pero con distinta urgencia.
 - 11] Rara vez se oye hablar, al decir de algunos, de acuerdo entre patronos, pero es frecuente, en cambio, oír hablar de los realizados entre obreros.
 - 12] Pero quienes se imaginan que las cosas discurren de esta suerte, y que los patronos raras veces se ponen de acuerdo, ignoran tanto la realidad como el asunto.
 - 13] Los patronos, siempre y en todo lugar, mantuvieron una especie de concierto tácito, pero constante y uniforme, para no elevar las remuneraciones por encima de su nivel actual.
 - 14] La violación de esta especie de pacto (de los patronos) se considera universalmente una acción extraordinariamente impopular, e implica un reproche, a quien así procede, por parte de sus colegas y vecinos.
 - 15] Es cierto que raras veces se habla de semejantes acuerdos; pero la razón es que no causan novedad las cosas que se tienen por ordinarias y sabidas.
 - 16] Algunas veces ocurre también que los patronos celebran acuerdos especiales para hacer descender las remuneraciones por debajo de aquel nivel, a que acabamos de hacer referencia. Estas combinaciones se hacen siempre con la mayor precaución y sigilo, hasta el momento mismo de su ejecución, y cuando los obreros se someten, por lo general sin resistencia, apenas lo comentan con nadie, por rudo que sea el golpe para ellos.

- 17] Sin embargo, dichas coaliciones chocan frecuentemente con una acción concertada y defensiva de los obreros, quienes también, a veces, y sin necesidad de provocación previa, se ponen de acuerdo para elevar el precio de su trabajo.
- 18] Los pretextos de que regularmente se valen son el alto precio de los comestibles y las grandes ganancias que sacan los patronos de su trabajo.
- 19] Pero cualquiera que sea la naturaleza de estas maniobras, ofensivas o defensivas se oye hablar mucho de ellas (de los trabajadores). En su afán de lograr una resolución pronta, los obreros promueven alborotos y, a veces, recurren a la violencia y al ultraje más ofensivo.
- 20] En su desesperación, proceden los trabajadores con el frenesí propio de los desesperados, y tienen que optar entre morir de hambre o atemorizar a los patronos, para que éstos accedan inmediatamente a sus pretensiones.
- 21] Los patronos, en tales circunstancias, protestan en el mismo tono, y jamás dejan de reclamar la asistencia de las autoridades civiles y la aplican inflexible de las rigurosas leyes que han sido promulgadas contra criados, trabajadores y jornaleros.
- 22] Los obreros pocas veces sacan fruto alguno de la violencia de esas tumultuosas manifestaciones, las cuales —en parte, por la intervención de la autoridad, en parte, por la gran pertinacia de los patronos, y en la mayoría de los casos por la necesidad en que se hayan los trabajadores de someterse, para no carecer de los medios de subsistencia—, fracasan generalmente, sin otro resultado que el castigo o la ruina de los dirigentes.
- 23] Pero aún cuando en las disputas con los trabajadores gocen generalmente de ventaja los patronos hay, no obstante, un cierto nivel por bajo del cual parece imposible que baje, a lo largo del tiempo, el salario corriente de las ocupaciones de inferior categoría.
- 24] El Hombre ha de vivir de su trabajo y las remuneraciones han de ser, por lo menos, lo suficientemente elevadas para mantenerlos. En la mayor parte de las ocasiones, es indispensable que gane algo más que el sustento, porque de otro modo sería imposible mantener una familia y la raza de esos trabajadores no pasaría de la primera generación.
- 25] Por ello parece opinar Mr. Cantillon que los trabajadores corrientes o de clase inferior deben ganar, en todas partes un jornal doble, por lo menos, del que sería suficiente para su propio sustento, a fin de que cada cual, uno con otro pueda mantener dos hijos, pues la labor de la mujer que tiene que cuidar a todos ellos, apenas alcanzará para atenderse a sí misma.

KARL MARX. Con relación a Marx, es muy común encontrarse con interpretaciones en el sentido de que reduce su análisis teórico de econo-

mía a la producción. La mayoría de los economistas marxistas también le asignan un papel determinante o casi exclusivo a la producción. La distribución estaría completamente determinada por las condiciones de producción. Estas críticas o interpretaciones son contradictorias con las formulaciones generales de Marx sobre el significado de la lucha de clases en el capitalismo, el aspecto histórico y moral que influye en la determinación del valor de la fuerza de trabajo, y con ello, su impacto en la distribución entre producto necesario y producto excedente o plusvalía. Plusvalía que se distribuye en ganancias, intereses y renta. Entre otros temas, se debe tener presente cómo Marx destaca las luchas históricas por la jornada de trabajo, por las condiciones de trabajo y por el aumento de las remuneraciones.

En este documento mostraremos sólo algunas de las relaciones entre la producción y la distribución en su obra *Introducción a la crítica de la economía política* (1857).⁵ Del índice de este escrito destacamos los siguientes temas: la relación general entre producción y distribución; el cambio y el consumo y, al interior de este tema, el apartado, producción y distribución.

Del análisis general del tema, *La relación general entre la producción, la distribución, el cambio y el consumo*, destacamos lo siguiente:

- En la producción, los miembros de la sociedad se apropian (elaboran, manipulan) los productos de la naturaleza a las necesidades humanas; la distribución determina la proporción en que los individuos reciben su parte de esos productos; el cambio le procura los productos particulares en que quiere convertir la parte de alícuota que le es atribuida por la distribución; finalmente, en el consumo los productos se vuelven objeto de disfrute, de apropiación individual.
- La producción aparece así como el punto de partida, el consumo como el punto final, la distribución y el cambio como la fase intermedia.
- Producción, distribución, cambio y consumo forman, pues, un silogismo en las reglas; la producción constituye la universalidad; la distribución y el cambio la particularidad; y el consumo la singularidad en que se termina todo.

Marx critica: “Ciertamente ahí se da una conexión pero es superficial”. En el apartado “Producción y distribución” presenta los siguientes puntos

⁵ Marx, Karl, 1857 en textos sobre el *Método en la ciencia económica*, Ediciones Roca, México, C. Marx-F. Engels-L. Sève, 1977.

que resumimos brevemente. La crítica de Marx de cómo se analiza la relación producción-distribución en la ciencia económica:

- Lo que asombra ante todo, cuando se consideran los tratados corrientes de economía es que en ellos todas las categorías son presentadas en doble forma. Por ejemplo, en la distribución figuran dos puntos: renta agraria, salario, interés y beneficios, mientras que en la producción, tierra, trabajo, capital, figuran como agente de la producción.
- Las relaciones y los modos de distribución aparecen, pues, simplemente como el reverso de los agentes de producción. Un individuo que participa en la producción en forma de trabajo asalariado participa en forma de salario en el reparto de los productos resultantes de la producción. La articulación de la distribución se halla enteramente determinada por la de la producción”.
- Resulta del todo ilusorio colocar la tierra en la producción y la renta rústica en la distribución.

Los planteamientos de Marx sobre producción y distribución son:

- Si se consideran sociedades enteras, la distribución parece desde otro punto de vista preceder a la producción y determinarla, por así decirlo, como un hecho preeconómico. Un pueblo conquistador [...] reparte el país entre los conquistadores e impone así cierta repartición y determinada forma de propiedad rústica: determina, pues, la producción. O bien, hace de los pueblos conquistados esclavos y hace del trabajo de esclavos la base de la producción.
- O bien, un pueblo por la revolución destruye la gran propiedad y parcela la tierra, dando así, por lo tanto, por esta nueva distribución un nuevo carácter a la producción.
- En todos esos casos, y todos son históricos, la distribución no parece estar estructurada y determinada por la producción, sino al revés. La producción parece estar condicionada por la distribución.
- En su concepción más simple, la distribución aparece como una distribución de los productos, y como si estuviera lo más alejado de la producción y casi independiente de ella, pero antes de ser distribución de producto es: “distribución de instrumentos de producción [...]”
- Considerar la producción sin tener en cuenta esta distribución (de los instrumentos de producción, n. del a.), que se incluye en ella, constituye manifiestamente abstracción vacía, mientras que al contrario, la

distribución de los productos se ve implicada por esta distribución que constituye originalmente un momento de la producción.

Asimismo, Marx destaca que la producción y la distribución en una forma social determinada también sufren modificaciones.

“En el propio cuadro de la producción, constantemente son modificados. Por ejemplo, el empleo de las máquinas ha modificado tanto la distribución de los instrumentos de producción como la de los productos. La gran propiedad de la tierra moderna, incluso es el resultado tanto del comercio moderno y de la industria moderna, como de la aplicación de esta última a la agricultura.”

Para finalizar esta breve presentación de Marx sobre producción y distribución, señalamos que en el tercer tomo de *El capital*,⁶ en el capítulo XLVIII, que denominó *La fórmula trinitaria*, se inicia con la siguiente síntesis: “Capital-ganancia (beneficio del empresario más interés); tierra-renta del suelo; trabajo-salario: he aquí la fórmula trinitaria que engloba todos los secretos del proceso social de producción”, en el capitalismo. En síntesis, esos secretos son las teorías del valor y de plusvalía, la distribución de la plusvalía y la reproducción del capitalismo como un régimen de explotación.

LA GLOBALIZACIÓN DE LA ECONOMÍA MUNDIAL Y LOS CAMBIOS EN LAS RELACIONES SOCIALES DE PRODUCCIÓN

La globalización actual de la economía mundial ha provocado transformaciones profundas en las relaciones capital-trabajo, capital-recursos naturales, entre los capitales; y entre los capitales y los estados nacionales. Estos cambios en las relaciones sociales de producción se acompañan de modificaciones cualitativas de las maquinarias y equipos o base técnica de la producción. Estas transformaciones han permitido un aumento de la dominación del capital, sobre la sociedad, la naturaleza, la política y sobre los estados nacionales. La dinámica económica en la globalización basada en las exportaciones profundiza la competencia a escala mundial y en cada economía nacional. En ellas se disminuyen los costos, particularmente los costos salariales y se promueve un gran incremento de la productividad y de la producción.

⁶ Marx, Karl, FCE, México.

La globalización de la economía mundial está fundamentada teóricamente en el neoliberalismo. Éste promueve la libertad de los mercados, la libre circulación internacional de las mercancías y del capital. El dominio creciente del capital que se ha expresado con fuerza en la flexibilidad laboral y en el fraccionamiento de los procesos productivos y en la creación de empresas contratistas y subcontratistas que trabajan para una empresa mandante ha profundizado la debilidad de las organizaciones de los trabajadores.

La competencia internacional promueve también la disminución de los costos de acceso a los recursos naturales. La tendencia extrema es la apropiación de los recursos naturales que se ha manifestado con mucha fuerza en América Latina. La legislación para atraer las inversiones extranjeras ha promovido la entrega en propiedad privada de los diversos recursos naturales, incluyendo valiosos recursos mineros, energéticos e hídricos. La propiedad privada de estos recursos les permite obtener además de las ganancias del capital, la renta de los recursos naturales. Caso emblemático ha sido la desnacionalización del cobre en Chile que nacionalizó Salvador Allende.⁷ Otra situación emblemática es el Tratado Minero Chileno-Argentino, que entrega los recursos naturales de la Cordillera de los Andes y parte de los llanos de ambos países a las grandes mineras mundiales.⁸

Las luchas sociales y políticas que más se han destacado en los años recientes en algunos países de América Latina, son aquellas que están relacionadas con la lucha para captar los beneficios de la explotación de los recursos naturales y rescatar la propiedad de dichos recursos por medio de nuevos procesos de nacionalización. La situación de Bolivia es emblemática en este sentido.

La privatización y desnacionalización de empresas y de recursos naturales expresan las nuevas relaciones entre las grandes empresas nacionales y mundiales y los estados nacionales. El neoliberalismo, el mercado, la libertad individual, la propiedad privada se presentan como los grandes triunfadores frente al fracaso histórico del deformado “socialismo”.

La crisis del deformado socialismo y su colapso, han favorecido el dominio del capital sobre la sociedad, sobre la naturaleza y sobre los estados. En

⁷ Caputo, O. y Galarce, G., “La nacionalización del cobre realizada por Salvador Allende y su desnacionalización en la dictadura y en los gobiernos de la concertación”, *Salvador Allende. Presencia en la Ausencia*, LOM Ediciones-CENDA, 2008, Santiago de Chile y notas y serie sobre El robo del Siglo XX y XXI referidas a la desnacionalización del cobre en <www.rebellion.org>.

⁸ Caputo, O., Radrigán, J. y Galarce, G., “Manifiesto del cobre”, revista *Chiapas*, núm. 15, México.

esos países el capitalismo ha encontrado nuevas zonas de inversión de capital. Se ha ampliado la fuerza de trabajo asalariada que puede usar el capital con salarios relativamente bajos, con relación a los niveles relativamente elevados de calificación. Esto ayuda a la compresión de las remuneraciones en los países capitalistas.

En el campo de las ideas ha logrado el control de la mente humana de una gran parte de la sociedad. La competencia, y no la solidaridad, predominan en el sentido común y en la vida cotidiana. Todos los cambios que el capitalismo ha logrado con la globalización se expresan en forma sintética en su objetivo y categoría central: las ganancias del capital.

Las ganancias y la tasa de ganancia a partir de mediados de los años ochenta se han incrementado a escala mundial. En los países desarrollados destaca el incremento de la masa y de la tasa de ganancia en Estados Unidos, que se acompaña con un crecimiento muy elevado de las inversiones en ese mismo país y en el exterior. Esto ha posibilitado una reestructuración y reconquista de la hegemonía mundial por parte de Estados Unidos. En América Latina, el aumento de las ganancias es mayor aun que en Estados Unidos. Sin embargo, en América Latina no se ha dado un crecimiento ni modificación significativa de las inversiones. La inversión extranjera se ha orientado fundamentalmente a comprar empresas, por lo que su aporte al proceso de inversión en las economías nacionales ha sido limitado. Lo anterior ha profundizado el desarrollo desigual entre Estados Unidos y América Latina.⁹

A continuación veremos la participación de las remuneraciones en el producto en las principales regiones del mundo correspondientes a 1992 para posteriormente analizar el comportamiento en los últimos decenios y hasta años recientes.

LA PARTICIPACIÓN DE LAS REMUNERACIONES EN LAS PRINCIPALES REGIONES DE LA ECONOMÍA MUNDIAL, DE AMÉRICA LATINA Y DE ESTADOS UNIDOS

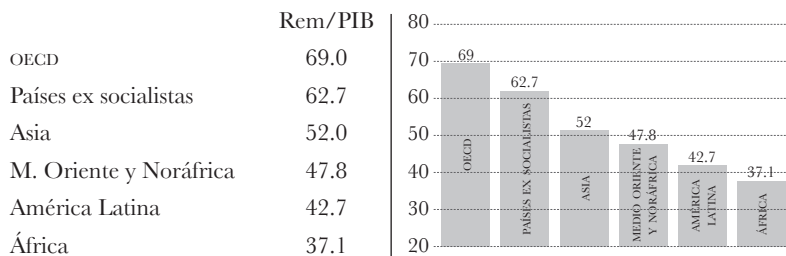
El abandono de la distribución funcional del ingreso —entre ganancias, salarios y renta— que se presenta en los países, se manifiesta también en las comparaciones de regiones y países en la economía mundial. Por eso, es

⁹ Caputo, O., 2001, revista *Periferias* núm. 9, “La economía de Estados Unidos y de América Latina en las últimas décadas”.

muy meritorio el estudio de Osvaldo Larrañaga (1999)¹⁰ que incluye una investigación sobre la distribución funcional del ingreso a escala mundial y por regiones. La información corresponde al año 1992 y el autor señala que se supone que hay una relativa estabilidad en periodos cortos de tiempo (inferior a un decenio). Veremos que los cambios en la distribución de las remuneraciones y de las ganancias en la globalización actual modifica significativamente esa estabilidad.

Los 22 países desarrollados, agrupados en la OCDE, muestran una participación de las remuneraciones en el producto a costo de factores cercana a 70%. En los antiguos países socialistas la participación de las remuneraciones en el producto (1992), era elevada, es decir, aproximadamente de 63%. Los países emergentes de Asia de 52%, y la participación de las remuneraciones en el producto es menor en Medio Oriente, 47.8%, África del Norte 37.1%; y América Latina, 42.7%. La gráfica 1 ilustra el hecho de que la participación de las remuneraciones en la producción es mucho más elevada en los países desarrollados que en los países atrasados.

GRÁFICA 1. LA PARTICIPACIÓN DE LAS REMUNERACIONES A ESCALA MUNDIAL Y POR PRINCIPALES REGIONES 1992



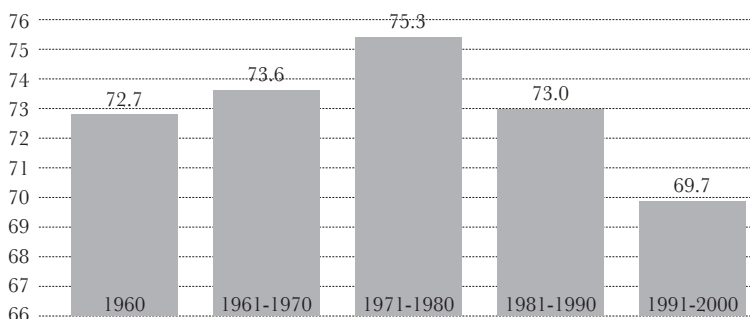
FUENTE: construido a partir de Osvaldo Larrañaga.

En Europa, Estados Unidos y América Latina se produce un aumento de la participación de las remuneraciones en el periodo previo al decenio de los setenta. Con la globalización de la economía mundial, se produce una disminución de la participación en Europa y en Estados Unidos a partir

¹⁰ Larrañaga, Osvaldo, 1999, “Estudio sobre la distribución de los ingresos, estructura funcional 1987-1996 y proyecciones”, Departamento de Economía, Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Universidad de Chile.

de niveles muy elevados. Esta situación, queda claramente reflejada en la gráfica para la Unión Europea.¹¹

GRÁFICA 2. UNIÓN EUROPEA 1960-2000: PARTICIPACIÓN DE LAS REMUNERACIONES EN EL PIB (A COSTO DE FACTORES)



FUENTE: construido a partir de Reic S. Reinert y Rainer Kattel.

En América Latina la participación de las remuneraciones era bastante más baja que en los países desarrollados. A partir de esos bajos niveles, se presenta una fuerte caída en la participación de las remuneraciones en el producto, desde la anterior forma de funcionamiento de desarrollo hacia adentro, a la actual forma de desarrollo hacia afuera. Esta fuerte disminución de la participación de los salarios, es mucho mayor que la disminución en Europa y que en Estados Unidos.

La participación de las remuneraciones y de los excedentes operacionales –ganancias– en América Latina en los últimos decenios

En el documento *La economía de Estados Unidos y América Latina en las últimas décadas*,¹² señalábamos que en las publicaciones de los organismos internacionales sobre América Latina, no hay estadísticas sobre la tasa de ganancia. En forma incompleta y reconociendo muchos problemas metodológicos, la CEPAL publica la información sobre la distribución funcional del ingreso. En los países seleccionados para los cuales había información de 1970 y

¹¹ Reic S., Reinert and Rainer Kattel, “The Qualitative Shift in European Integration: Towards Permanent Wage Pressure and a ‘Latin Americanization’ of Europe?”, octubre, 2004.

¹² Caputo, O., 2001, *op. cit.*

años finales, 1995 a 1998, se da una disminución de la participación de las remuneraciones en el PIB a precios de mercado. Esta disminución está asociada fundamentalmente a los inicios de la nueva forma de funcionamiento del capitalismo en los diferentes países. La información, muestra que en Chile ya se presenta una fuerte disminución en 1975, en plena dictadura. En México y Perú, en 1980. En Ecuador, Paraguay y Venezuela, en 1985. En Brasil, entre 1990 y 1995.

Del citado documento, mencionamos a modo de ejemplo el caso de México, en el que se toma como promedio inicial los años del periodo 1970-1980, que resulta ser 36.6%, y que baja a 29.7% en el promedio de los últimos años para los cuales hay información: 1996-1998. Las remuneraciones en México disminuyen 7 puntos porcentuales como participación en el producto, lo que representa una disminución de su participación de cerca de 19%.

Para este documento, hemos construido series para el periodo 1970-2004. Estas series confirman la disminución de la participación de las remuneraciones sobre el PIB entre las dos modalidades de acumulación. Para cada uno de los países se ha calculado la disminución desde el año de mayor participación, el que se compara con el año 2004, tanto en puntos porcentuales como en porcentaje global de disminución de la participación de las remuneraciones en el PIB. En Argentina disminuye de 45.8% a 23.9% entre 1970 y 2004. Esta disminución de 22 puntos porcentuales, que refleja una disminución en términos globales de 48%, muestra la gravedad de la crisis que sufrió este país.¹³

En Brasil disminuye de 53.5% en 1990 a 42.9% en 2004, es decir, 10.6 puntos porcentuales y una disminución de 20% en términos globales. En México, Colombia, Venezuela y Perú las disminuciones son significativas. En Chile la disminución aparece pequeña, sin embargo, durante el gobierno de Allende la participación de los salarios en el producto superó el 50% y durante la dictadura, en algunos años la caída es bastante mayor a la registrada cada cinco años. Además, disminuye drásticamente en los últimos años como se verá más adelante.

¹³ Lindemboim, J., Graña, J., Kennedy, D., 2005, "Distribución Funcional del Ingreso en Argentina: Ayer y Hoy", Universidad de Buenos Aires.

CUADRO 1. LA PARTICIPACIÓN DE LOS SALARIOS EN EL PIB
A COSTO DE FACTORES, 1970-2004

	Argentina	Brasil	Chile	Colombia	México	Perú	Venezuela
1970	45.8	40.7	47.8	42.2	37.5	39.0	42.9
1975	40.4	36.6	45.3	41.0	40.4	40.0	40.3
1980	30.8	38.4	43.3	46.2	39.0	32.8	42.7
1985	29.6	42.5	42.4	45.3	31.6	30.5	37.6
1990	29.6	53.5	38.7	41.4	32.3	28.7	31.1
1995	36.8	45.3	40.9	38.7	34.0	28.3	34.0
2000	31.9	45.2	46.5	37.8	34.5	27.1	35.6
2001	32.1	44.6	46.8	38.0	35.9	27.0	38.2
2002	25.4	43.7	46.7	38.1	35.6	26.4	36.1
2003	22.9	42.9	46.9	36.7	35.0	26.1	33.3
2004	23.9	42.9	44.2	35.7	33.6	26.1	33.2
Diferencias							
Puntos							
Porcentuales	21.9	10.6	3.6	10.5	6.8	13.9	9.7
Diferencia %	47.8	19.8	7.5	22.7	16.8	34.8	22.6

FUENTE. construido a partir del *Anuario Estadístico de la CEPAL* 2007 y para Argentina, Lindemboim *et al.*, y PIB a precios de mercado.

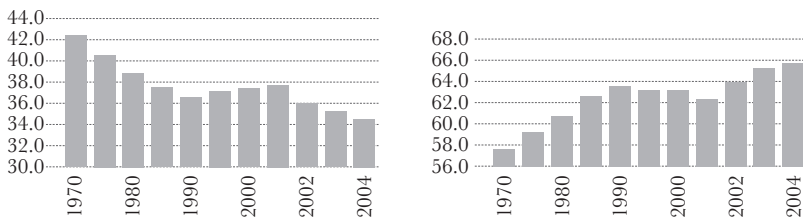
En el cuadro consolidado de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México, Perú y Venezuela, el promedio simple de ellos muestra una disminución de la participación de las remuneraciones en el PIB de 42.3% en 1970 a 34.2% en 2004. Una disminución de 8.1 puntos porcentuales que en términos globales significa una disminución cercana a 20% de la participación de las remuneraciones en el PIB.

Esta disminución de 8.1 puntos porcentuales que es captada por los excedentes operacionales –ganancias– más la depreciación del capital aumenta de 57.7% en 1970 a 65.8% en 2004. Esta transferencia que refleja un aumento de la explotación de los trabajadores en América Latina en 2004 es mayor al PIB de Argentina, que fue de 214 mil millones de dólares en 2006. Equivale también a cerca de 40% de la inversión total –pública y privada– en América Latina en 2006.

Esta transferencia de las remuneraciones de los trabajadores a los excedentes operacionales, se visualiza claramente para todo el periodo 1970-2004, en las siguientes gráficas. La participación de las remuneraciones

disminuye como tendencia, en el periodo 1970-2004, en tanto los excedentes operacionales más la depreciación, aumentan significativamente. Es un hecho reconocido que el neoliberalismo está asociado a reformas tributarias que permiten una depreciación muy acelerada del capital. Parte de las ganancias se transforman en depreciación de dichos capitales.

GRÁFICA 3. SALARIOS/PIB A CF EXC OP. + DEPRECIACIÓN/PIB A CF



Fuente: construidas a partir del cuadro anterior.

En los excedentes operacionales se incluyen otras categorías de propietarios, entre ellos, los trabajadores por cuenta propia. Sin embargo, las ganancias más la depreciación son las categorías fundamentales de los excedentes operacionales. Además, es evidente que el incremento de la masa de ganancia se acompaña de una dispersión fuerte de ella ya que en las grandes empresas se concentra gran parte de esas ganancias. Adicionalmente, el proceso de contratación y subcontratación favorece este proceso de concentración de ganancias por las bajas remuneraciones y trabajo precario en este tipo de empresas. También el neoliberalismo ha promovido grandes reformas tributarias, disminuyendo sustancialmente el impuesto a las ganancias, e incrementando el impuesto al consumo. Esto incrementa los montos globales de ganancias netas.

En la masa salarial disminuida, también hay un proceso de dispersión con una polarización entre una gran mayoría que gana salarios muy bajos, sectores de salarios medios y un grupo muy reducido con remuneraciones muy elevadas. Entre estas últimas destacan las remuneraciones de los ejecutivos de las empresas. Estos ejecutivos son los representantes de las empresas y algunos son sus dueños. Por ello, si existiera la información desagregada no correspondería incluirlos en la masa salarial. Sus remuneraciones hacen parte de las ganancias globales.

Las ganancias globales aumentan también porque en la modalidad actual de funcionamiento del capitalismo en América Latina, hay una clara tendencia a la apropiación de la renta de los recursos naturales o de gran parte de ella. En Chile, por medio de la “Concesión Plena”, se entregan los recursos naturales que son de la sociedad, como propiedad privada de las empresas. Esta experiencia chilena ha servido como marco de transformación de las legislaciones en diferentes países de la región. En el cuadro siguiente mostramos cómo a nivel global en Chile, entre 2003 y 2006, se produce una fuerte disminución de la participación de las remuneraciones en el PIB, debido fundamentalmente al incremento del precio del cobre que provoca un fuerte aumento de la renta que es apropiada por las empresas, incrementado la participación de los excedentes operacionales en el PIB.

CUADRO 2. CHILE. PARTICIPACIÓN DE LAS REMUNERACIONES Y DE LAS GANANCIAS EN EL PIB, 2003-2006 (EN PORCENTAJES)

	2003	2004	2005	2006
Remuneraciones	41.2	39.0	37.4	34.9
Excedente Bruto de Explotación	46.7	49.3	51.0	53.7
Impuestos Netos de Subvenciones	12.0	11.7	1.7	11.4
PIB	100.0	100.0	100.0	100.0

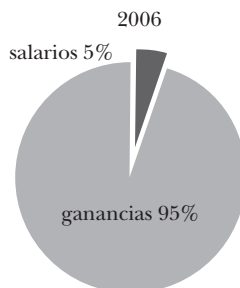
FUENTE: 2003 a 2005, reproducción de información del Banco Central de Chile 2006, estimaciones nuestras sobre la base de informaciones del Banco Central.

En Chile, y en otros países de América Latina, esta situación es mucho más grave en los sectores exportadores. En el sector minero, la participación de las remuneraciones en el PIB minero que fue de 18.8% en 2003, bajó drásticamente a 5.4% en 2006.

En tanto los excedentes o ganancias que ya eran muy elevados en 2003, alcanzando 80.7% del PIB del sector minero, dan un salto llegando a 94.4% del PIB minero en 2006. Las ganancias en el sector minero se han incrementando debido fundamentalmente a la recuperación del precio del cobre. Se debe tener presente que una parte del aumento de las ganancias del sector minero en Chile, también se debe a la transferencia desde la masa de salarios, provenientes del gran aumento del número de trabajadores de las empresas contratistas y subcontratistas, que constituyen la mayoría de los trabajadores de la minería del cobre y del oro en Chile.

GRÁFICA 4. CHILE. PARTICIPACIÓN DE REMUNERACIONES Y GANANCIAS EN PIB SECTOR MINERO, 2003-2006

	2003	2004	2005	2006
Remuneración	18.8	11.8	9.1	5.4
Exc Operación	80.7	87.9	90.7	94.4
Imp Netos	0.5	0.3	0.2	0.2



FUENTE: construido a partir de Banco Central de Chile.

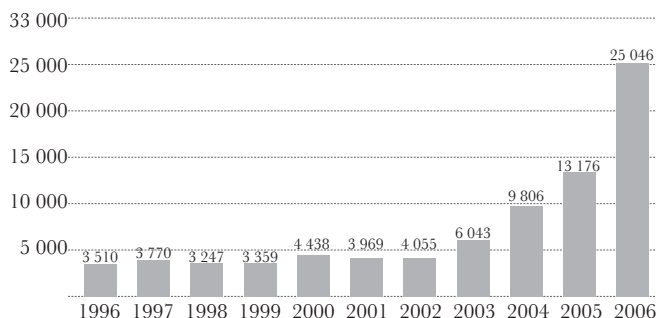
La mayor parte de las ganancias de las empresas mineras salen del país, ya que 71.5% de la producción de cobre está en poder de grandes mineras mundiales. Codelco, que es la empresa estatal que controlaba el 100% de la producción de la Gran Minería en 1971 con la nacionalización que realizó Salvador Allende, ahora controla sólo el 28.5%. El cobre en Chile ha sido desnacionalizado de forma ilegal ya que la Constitución señala categóricamente que “El Estado tiene el dominio absoluto, exclusivo, inalienable e imprescriptible de todas las minas”.

Las empresas extranjeras han aumentado sus ganancias en forma acelerada como se puede apreciar en la gráfica 5. De los 25 mil millones de dólares de ganancias en 2006, más de 20 mil millones corresponden a las ganancias de las empresas extranjeras en la minería del cobre chileno. Las ganancias de las empresas extranjeras provocan una gran diferencia entre el PIB y el producto nacional bruto, que es lo que queda realmente en nuestros países. Este último indicador debería no sólo rescatarse, también debería ser el principal indicador macroeconómico en los países de América Latina.

Estos 20 mil millones de dólares de ganancias de las empresas extranjeras que explotan el cobre chileno, sólo en 2006, son tan elevadas que:

- Superan al total de las inversiones extranjeras en el sector minero en Chile, realizadas desde 1974 a 2005, que en total suman 19 976 millones de dólares. El 90% de estas inversiones extranjeras fueron realizadas desde comienzos de los años noventa, después de la dictadura, en los gobiernos de la Concertación (según información del organismo estatal Comité de Inversiones Extranjeras).

GRÁFICA 5. CHILE. GANANCIAS ENVIADAS AL EXTERIOR POR LAS EMPRESAS EXTRANJERAS, 1996-2006 (MILLONES DE DÓLARES)



FUENTE: Banco Central de Chile, "Balanza de pagos de Chile 1996-2006"

- Si se le restan las amortizaciones y retiros de capital de estas mineras extranjeras, que las han remesado a sus casas matrices, las utilidades del año 2006 son el doble de la inversión interna neta acumulada en 32 años, es decir, de 1974 a 2005.
- Comparado con indicadores nacionales, los 20 mil millones de dólares son tan significativos que equivalen a más de 70% del presupuesto del Estado chileno para 2007.
- Comparado internacionalmente, los 20 mil millones de dólares de ganancias de las empresas extranjeras en la minería chilena, equivalen a 2 veces el producto interno de Bolivia, y 3 veces el producto interno de Paraguay.

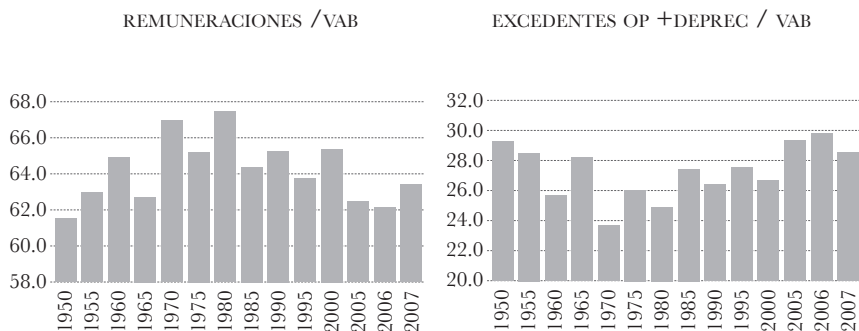
Estas ganancias extraordinariamente elevadas se deben a la apropiación de la renta minera y renta de otros recursos naturales, que es una característica muy importante de la globalización actual de la economía mundial, como lo hemos señalado. La situación de Chile se repite, aunque no con la misma intensidad, en otros países de América Latina. La presencia del capital extranjero en los principales sectores económicos de recursos naturales; en otros sectores productores de bienes y en importantes servicios públicos y financieros, han incrementado sustancialmente las remesas de ganancias, utilidades e intereses, fundamentalmente utilidades a los países desarrollados. Incrementando adicionalmente el aumento de las ganancias en estos países como veremos en el siguiente apartado sobre Estados Unidos.

Las remuneraciones, los excedentes operacionales y las ganancias de las empresas en Estados Unidos

Con base en información del Departamento de Comercio de Estados Unidos –de 1950 a 2007– hemos elaborado las siguientes gráficas, con datos de cada cinco años para diferentes indicadores. Como se puede observar claramente en las gráficas, la participación de las remuneraciones, como tendencia, en el valor agregado bruto (VAB) de las empresas en Estados Unidos, aumenta de 1950 hasta 1980. Desde 1985, la participación de las remuneraciones como tendencia disminuye de una cifra superior a 67% a 62.5% como promedio en los tres últimos años. (El VAB, equivale al PIB de las empresas.)

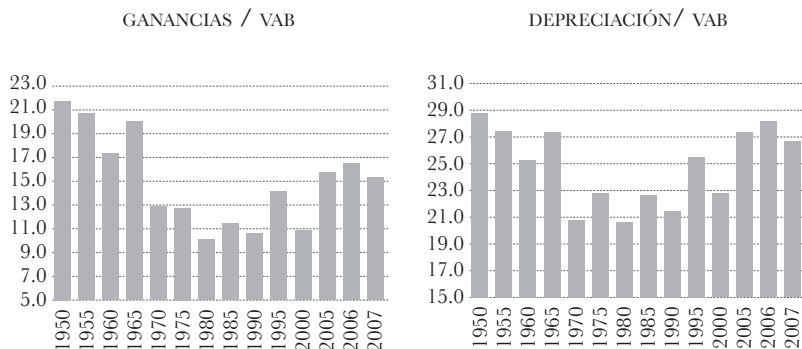
Estas disminuciones de la participación de las remuneraciones, permite un aumento de la participación de los excedentes operacionales más la depreciación sobre el VAB.

GRÁFICA 6.



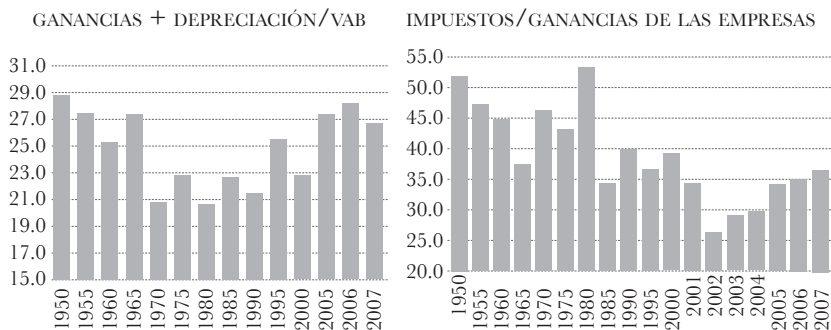
Las ganancias, como participación en el VAB, disminuyen significativamente desde 1950 a 1980 y se incrementan a partir de 1985, superando en los últimos años la participación de las ganancias de 1970. La depreciación del capital de las empresas aumenta significativamente en aproximadamente 50% con relación al promedio del periodo de 1950-1970.

GRÁFICA 7.



Se debe subrayar que la participación de las ganancias más la depreciación del capital en el VAB de las empresas en Estados Unidos de 2005 a 2007, se han incrementado alcanzando los elevados niveles del decenio de los años cincuenta. Además, los impuestos sobre las ganancias han disminuido de niveles superiores al 45% en el periodo 1950-1980 a 30% en 2003 y 2004. En los años siguientes suben pero permanecen por debajo de los niveles de aquel periodo.

GRÁFICA 8.



Este aumento de la participación de las ganancias más depreciación sobre el VAB, se corresponde con el crecimiento de las ganancias totales anuales y la tasa de ganancias de Estados Unidos, desde mediados de los años ochenta, las que fueron afectadas durante la crisis de principios de 2001, pero posteriormente crecen en forma muy significativa, incluso en 2006 cuando el sector inmobiliario estaba en serios problemas.

DE LA CRISIS INMOBILIARIA EN ESTADOS UNIDOS

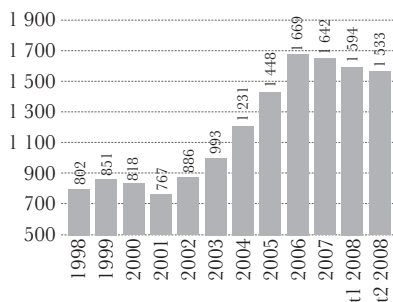
A LA CRISIS DE LA ECONOMÍA MUNDIAL

Como señalábamos en el documento de marzo de 2008, las ganancias globales en Estados Unidos que incluyen las ganancias de las empresas en este país y las ganancias remesadas de empresas estadounidenses en el resto del mundo, seguían siendo muy elevadas hasta finales de 2007. La crisis seguía siendo fundamentalmente una crisis inmobiliaria –sector real de la construcción e instituciones financieras–. La información revisada a fines de septiembre de 2008, mostró una disminución de las ganancias globales, aunque atenuada por las ganancias provenientes del exterior. Sin embargo, las ganancias del conjunto de las empresas en Estados Unidos disminuyeron considerablemente.

GRÁFICA 9.

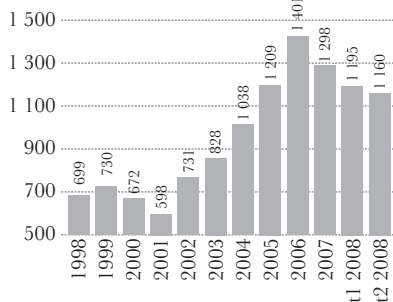
EU: GANANCIAS GLOBALES

(MILES DE MILLONES DE DÓLARES)



EU: GANANCIAS EN EU

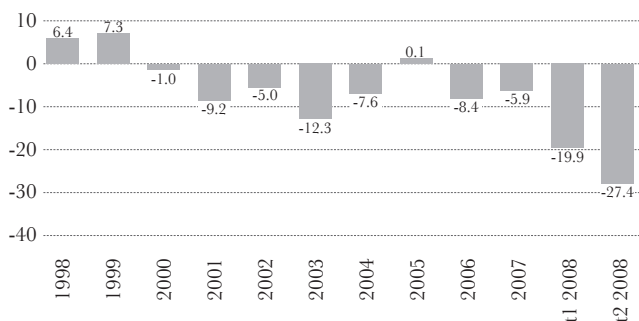
(MILES DE MILLONES DE DÓLARES)



Fuente: contruidos a partir de información del Departamento de Comercio de EU.

El conjunto de las empresas automotrices de Estados Unidos, entre otras, Ford, General Motors y Chrysler, han tenido pérdidas en los últimos años. Han enfrentado esas pérdidas con las ganancias en otros países y con actividades que promueven las ventas de vehículos apoyadas en amplios créditos. La información de fines de septiembre de 2008, muestra que las pérdidas anualizadas del primero y segundo trimestre de 2008, se han incrementado en más de 3.3 veces y 4.6 veces respectivamente con relación a las pérdidas de 2007.

GRÁFICA 10. ESTADOS UNIDOS: GANANCIAS Y PÉRDIDAS DE LA INDUSTRIA AUTOMOTRIZ (MILES DE MILLONES DE DÓLARES)



Fuente: construido a partir de información del Departamento de Comercio de Estados Unidos

Los graves problemas del sector construcción y el gran crecimiento de las pérdidas en el sector automotriz, dos de los sectores más importantes de la economía estadounidense, se acompañan con una gran disminución de las ganancias en otros sectores. En Estados Unidos, el conjunto de las empresas productoras de bienes durables disminuyó sus ganancias en 57.3% desde el nivel más elevado –tercer trimestre de 2006–, al segundo trimestre de 2008. Los subsectores de bienes duraderos: computación y electrónicos disminuyó en 62.5%; equipos eléctricos en 42.2% en el mismo periodo. Las ganancias en el comercio al por mayor disminuyó en 54% y en el comercio minorista disminuyeron en 30%.

El fuerte incremento de las pérdidas y la fuerte disminución de las ganancias en Estados Unidos –que se estiman mayores aun en el tercer trimestre de 2008–, explican la profunda caída de las acciones en la Bolsa y la quiebra de instituciones financieras en los últimos meses en Estados Unidos y en otros países. También explican el masivo, polémico y tardío rescate de 700 mil millones de dólares por el gobierno de Estados Unidos y los masivos rescates en Europa y en otros países. El fuerte incremento de las pérdidas y la fuerte disminución de las ganancias en Estados Unidos han transformado la crisis inmobiliaria en crisis de la economía mundial.

Esta crisis es mucho más profunda que las seis crisis anteriores a partir de la crisis de 1974-1975. La desvalorización del capital financiero y del capital real se profundizará. Este último, agravado por la competencia y

obsolescencia tecnológica. Esta crisis, es la de la globalización actual y del neoliberalismo como su base teórica.

Dependiendo de las decisiones y acciones políticas de los gobiernos y de las movilizaciones de los trabajadores y de los movimientos sociales, la ruptura del proceso de globalización actual puede dar paso a una nueva forma de globalización de la economía mundial, basada en bloques regionales, en los que participen diferentes países con diferentes modalidades capitalistas y no capitalistas de organización de la producción social.

Es la crisis también de las instituciones financieras internacionales, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, cuya responsabilidad teórica y práctica, ha quedado como nunca en evidencia en la actual crisis.

Se requiere un nuevo sistema financiero y monetario internacional. Esto último es fundamental. La nueva organización de la economía mundial requiere una nueva base monetaria mundial. El dólar estadounidense, signo de valor nacional que actúa como dinero mundial es la causa principal, generalmente invisible y ocultada, de la inestabilidad y acentuación del ciclo y de las seis crisis anteriores y de la actual y profunda séptima crisis de la economía mundial en los últimos tres o cuatro decenios.

La nueva moneda que actúe como dinero mundial, podría estar formada por una canasta de monedas: el dólar, el euro, el yen, el yuan y el rublo. Esta nueva moneda aseguraría una estabilidad monetaria mundial; esta nueva moneda constituida en una canasta de monedas nacionales, también podría estar asociada al oro, al petróleo y al cobre.

En América Latina –cuanto antes–, el Estado debe controlar el conjunto de las instituciones financieras, como ya se ha hecho en los países desarrollados. Los países de América Latina deben evitar la continuación de las fugas de capital. Asimismo, deben rescatar las inversiones financieras de los estados en el exterior y deben rescatar, también, los fondos previsionales de los trabajadores.

En América Latina, en el más breve plazo asimismo se requieren acciones para defender los precios de las exportaciones ajustando los niveles de producción a la fuerte disminución de la demanda mundial. El ajuste de la producción puede acompañarse de reservas reguladoras.

En perspectiva de mediano plazo, los países de América Latina deben rescatar la más amplia soberanía nacional, sobre todos sus recursos naturales, apoyándose en la resolución de las Naciones Unidas: Soberanía nacional de los recursos naturales.

En América Latina se pueden generar las condiciones para acelerar y confluir diferentes procesos de integración desarrollando instituciones fi-

nancieras regionales como el Banco del Sur y la creación de una moneda regional, y procesos de diversificación y complementación productiva. En el proceso de integración de América Latina se deben pensar diferentes formas de organización capitalista y no capitalista de la producción social. La integración de América Latina no sólo debe ser desarrollada con la perspectiva de integrar la región, sino que también en cómo participa con propuestas y cómo como región en la nueva forma de globalización de la economía mundial.

La crisis de la economía mundial actual será profunda y prolongada. Se da en condiciones de una gran debilidad y división de los trabajadores y de los movimientos sociales. Las acciones nacionales, singulares de los países, profundizarán y prolongarán los efectos de la crisis. Se requieren soluciones globales a la crisis general del capitalismo de nuestros días.

Las acciones nacionales deben enmarcarse en las propuestas de cambios globales del capitalismo, el que se ha caracterizado por un gran aumento de la explotación de los trabajadores, de los recursos naturales y sobre la sociedad a escala planetaria. Uno de los aspectos más significativos desde el punto de vista cuantitativo y cualitativo ha sido el hecho de que, especialmente, en las últimas crisis cíclicas y particularmente en la actual crisis mundial –que se inició como crisis inmobiliaria–, a las ganancias ya incrementadas se agrega la apropiación de parte significativa de los ahorros de las personas, que estaban invertidos en la adquisición de viviendas, así como también la apropiación de parte significativa de los ahorros de los fondos de pensiones de los trabajadores, los ahorros invertidos en diversos fondos mutuos, que fueron invertidos en las diferentes bolsas de valores y en los créditos inmobiliarios y derivados de créditos inmobiliarios. Los países desarrollados, especialmente Estados Unidos, se han apropiado de parte de las reservas internacionales y de los fondos soberanos de los países que fueron invertidos en diferentes instituciones financieras.

El capitalismo amplía las esferas de apropiación pero también amplía las posibilidades de resistencia y lucha, las que dependerán del grado de organización y lucha que alcancen los trabajadores, los movimientos sociales y otras fuerzas de la sociedad.

II.

HEGEMONÍA, ESTRUCTURA SOCIAL

Y DECADENCIA INTERNA DE ESTADOS UNIDOS

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL DE ESTADOS UNIDOS

JAIMÉ ZULUAGA NIETO

Desde sus orígenes Estados Unidos se ha percibido a sí mismo como el gestor y garante de la libertad y la democracia, no solamente de su propia población,¹ sino de toda la humanidad y, a lo largo de su historia, ha actuado conforme a esta percepción que le ha servido para justificar su política intervencionista y expansionista.

LOS MITOS FUNDACIONALES

Lo colonos británicos que arribaron a comienzos del siglo xvii a las costas del norte de América eran disidentes del anglicanismo, imbuidos de valores puritanistas y de las formas de pensamiento que acompañaron el nacimiento de la moderna sociedad capitalista. El surgimiento y consolidación del capitalismo británico se produjo en una época de desarrollo del pensamiento, según el cual, el contrato social era resultado natural del tránsito del estado de naturaleza al de sociedad organizada y la propiedad se reconocía como derecho absoluto, concepción que fue resultado, en parte, de la influencia que ejerció la revolución científica provocada por la física newtoniana, que introdujo visiones que condujeron a la naturalización de la sociedad y sus relaciones a imagen y semejanza del universo físico. La emergente economía capitalista fue asumida como la forma de organización que por naturaleza correspondía a la sociedad y su orden, basado en estructuras jerarquizadas, como expresión social de las leyes del cosmos. Concepción del mundo se impuso en forma tal que hasta aquellos que no eran sus beneficiarios la acogieron con entusiasmo (Fontana, 1982: 78 y ss.).

¹ El preámbulo de la Constitución de Estados Unidos dice: “Nosotros, el Pueblo de Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta, establecer justicia, afirmar la tranquilidad interior, proveer la defensa común, promover el bienestar general y asegurar para nosotros mismos y para nuestros descendientes los beneficios de la libertad” [...]

Al lado de esta concepción naturalizadora de la sociedad, se sostuvo el ideal renacentista de una sociedad de individuos libres, que se tradujo en luchas contra el despotismo en un entorno en el cual sus prácticas chocaban con el desarrollo del mercantilismo y los intereses económicos de los capitalistas. Este ideal condujo al reconocimiento de los individuos como sujetos de derechos naturales, entre los cuales ocupa un lugar privilegiado el de la sacrosanta propiedad privada. Los colonos fueron entonces portadores de la concepción de un orden social natural jerarquizado, cuya estructura tenía como base las relaciones capitalistas, la propiedad privada y la libertad de los individuos, concepción que se articuló con ideas religiosas inspiradas en el puritanismo, que pregona una ética inductora de liderazgos sustentados en principios que se pretenden válidos universalmente, orientados a salvar a la humanidad de sí misma y a impulsar el desarrollo capitalista. Estas concepciones son el sustrato sobre el que se levantó la ideología de la misión universal liberadora de Estados Unidos y la de su visión empresarial.

Los migrantes puritanos llegaron a América para quedarse, colonizar el territorio y edificar la Nueva Inglaterra con fundamento en la economía capitalista y regida por sus valores religiosos. Se trataba de instaurar el orden social libre que no era posible construir en Europa, de allí que no fueran “conquistadores” como los españoles al sur del continente sino, *stricto sensu*, colonizadores. La relación que establecieron con el territorio fue de apropiación, por lo que al disputarlo a sus pobladores ancestrales, se comprometieron en una guerra para exterminarlos. América fue para este pueblo —que se definió como el “pueblo escogido”—, la “tierra prometida” en la que levantaron los espacios libres de la nueva sociedad: libre de los despotismos europeos y del control territorial de los pueblos ancestrales.

En un conocido pasaje de *El capital*, Marx señala que los colonos británicos llevaron medios de vida, de producción y trabajadores a América pero que tan pronto llegaron, “Peel se quedó sin un criado para hacerle la cama y subirle agua del río. ¡Pobre Mr. Peel! Lo había previsto todo, menos la exportación al Swan River de las condiciones de producción imperantes en Inglaterra” (Marx, 1966: 651). Estas relaciones no eran exportables, había que construirlas y a ello se dedicaron laboriosamente. No pesa sobre ellos el pasado de la historia europea, su proyecto es de futuro, son el comienzo. Así confluyeron en su historia el mito de la “tierra prometida”, sus concepciones religiosas y el desarrollo capitalista, en una época en la que el ascenso de la burguesía estaba aún asociado con la lucha por la libertad. La ideología resultante fue una simbiosis de valores religiosos y capitalistas, expresivo de la identidad colectiva construida desde el establecimiento del

orden colonial, a comienzos del siglo XVII, que ha operado como uno de los instrumentos de dominación más eficaces de Estados Unidos.

Los colonos viajaron con sus familias y arrebataron los territorios a los pueblos ancestrales. Sus principios religiosos justificaron la persecución despiadada de los “indios salvajes”, hasta el punto de que en 1755 el parlamento de Massachussets declaró a los indios Penobscot rebeldes y traidores y ofreció recompensas de 40 libras por las cabelleras de indios varones y de veinte libras por las de las indias o varones menores de doce años. La apropiación de los territorios se plasmó con el establecimiento de una fuerte estructura latifundista, con su amplia masa de campesinos pobres. En las nacientes ciudades, especialmente en Boston, Nueva York y Filadelfia, cobraron fuerza la industria y el comercio, en tanto que la economía experimentó un acentuado proceso de crecimiento que convirtió a las ciudades en un polo de atracción de intensos flujos migratorios que en pocos decenios multiplicaron su población. Pero el naciente capitalismo provocó una elevada concentración de la propiedad y de los ingresos, dando origen a un orden colonial racista, despótico, fuertemente diferenciado en su estructura de clases. Como lo afirma el historiador Howard Zinn, “el país no nació libre, sino que nació esclavo y libre, criado y amo, arrendatario y terrateniente, pobre y rico” (Zinn, 2005: 44). Ya para 1770 el 1% de la población de Boston concentraba 44% de la riqueza, mientras, en las ciudades aumentaba la masa de pobres y mendigos.² A pesar de la fuerte diferenciación de clases y concentración de la propiedad y de la riqueza, se impuso la idea de que éstas eran el resultado del esfuerzo individual, lo que mantuvo viva la ilusión de que los pobres podrían dejar de serlo a base de trabajo, idea que adquirió la fuerza de un prejuicio en la medida en que la economía crecía aceleradamente, las ciudades se expandían y la concepción del progreso se afianzaba. Todos estos factores fortalecieron en el imaginario de la época la creencia de ser ésta la “tierra prometida” que permitiría materializar la promesa de un futuro de abundancia y bienestar para todos en el reino de la libertad.

Los padres fundadores de la nación estadounidense interpretaron estos procesos y estructuraron un discurso que relacionó religión, economía y libertad como parte de los mitos fundacionales. Recién creada la nación, George Was-

² No en vano John Winthrop, gobernador de Massachussets en 1630, había expresado que “en todas las épocas, algunos deben ser ricos, otros pobres; algunos elevados y eminentes en poder y dignidad, otros de condición baja y sumisa” (Zinn, 2005: 43).

hington sostenía que “ningún pueblo como Estados Unidos debe agradecer y adorar tanto la mano invisible que conduce los asuntos de los hombres. Cada paso, que lo hace avanzar en la vía de la independencia nacional, parece llevar la marca de la intervención providencial”. Y el presidente John Adams afirmó, que no cesa “de considerar la fundación de Norteamérica como una obra de la Providencia, concebida con vista a guiar y emancipar a la porción de la humanidad que aún está reducida a la esclavitud”.

La idea de que la mano divina conduce al “pueblo escogido” en el cumplimiento de la misión providencial de la lucha por la libertad y que la “mano invisible” orienta la dinámica de la economía capitalista, en una simbiosis de religión y economía de mercado, fueron el sustrato sobre el cual se construyó la idea del “destino manifiesto”, para utilizar la frase que hizo célebre en 1845 el director de *Democratic Review*, John O’Sullivan, cuando escribió que es “nuestro *destino manifiesto* llenar el continente, otorgado por la Providencia, para el libre desarrollo de nuestra cada vez más numerosa gente” (citado por Zinn, 2005: 116). Continente que efectivamente han tratado de llenar con sus políticas expansionistas e intervencionistas.

Este conjunto de ideas configuran los mitos fundacionales de Estados Unidos y adquirieron la fuerza de un lugar común en el sentido aristotélico, esto es, ellos son los argumentos pero sobre ellos no se argumenta (Bourdieu y Wacquant, 2001: 7). Son también expresiones específicas de su historia que tienen la característica de manifestarse como valores universales, de donde deriva, en parte, la fuerza avasalladora con que se imponen y la asimilación por quienes padecen los efectos de la dominación estadounidense. Tal como lo expresa Bourdieu, el “imperialismo cultural reposa sobre el poder de universalizar los particularismos vinculados a una tradición histórica singular haciendo que resulten irreconocibles como tales particularismos” (Bourdieu y Wacquant, 2001: 7).

La Constitución de Estados Unidos se convirtió en un estatuto que desbordaba las fronteras y se convertiría en un referente para los demás países sirviendo de instrumento para la construcción de los espacios de libertad, que Europa, prisionera de las supervivencias del despotismo, no podía aún alcanzar. El orden que consagró la Constitución de Filadelfia asoció individuo-propiedad-bienestar como la tríada sobre la cual se construiría el imperio de la libertad y el bienestar, subordinando a la sociedad a los imperativos de la economía de mercado, demiurgo que todo lo explica y organiza.

El presidente John Adams destacaba que las ideas políticas y los principios consagrados en esta Constitución, tendrían una profunda influencia en otros países. Asumiendo la validez universal de las instituciones que estaban

fundando se atribuyeron el derecho a tutelar el ejercicio de los gobiernos de otros países. Alexander Hamilton sostenía que al pueblo de Estados Unidos se le había reservado la oportunidad de decidir si las sociedades son capaces de establecer un buen gobierno (Blaustein, Albert P.), y Tomas Jefferson afirmaba, al referirse a la Constitución de Filadelfia, que “es imposible no [sentir] que estamos actuando por toda la humanidad”. La continuidad de esta línea de pensamiento de los dirigentes estadounidenses se actualiza cuando dos siglos más tarde otro presidente, Richard Nixon diría “Dios está con América. Dios quiere que América dirija el mundo”. Y Dios quiere que dirijan al mundo, según ellos, para difundir y defender la libertad. Es ese, el sentido preciso de su destino manifiesto.

Defensa y difusión de la libertad es, en rigor, la defensa de sus intereses y seguridad, tal como se desprende del mensaje del presidente James Monroe al Congreso en 1823 que dio origen a lo que se conoce como Doctrina Monroe:

Los continentes americanos, por la libre e independiente condición que han asumido [...] no deberán ser considerados ya como susceptibles de futura colonización por cualquiera de las potencias europeas [...] consideraríamos peligroso para nuestra paz y seguridad cualquier tentativa de parte de ellas que tenga por objeto extender su sistema a una porción de este hemisferio [...] cualquier intervención de una potencia europea con el objeto de oprimirlos (a gobiernos independientes reconocidos por los Estados Unidos) [...] no podrá ser vista por nosotros sino como la manifestación de una disposición hostil hacia los Estados Unidos.

Aunque planteada como política de seguridad, esta doctrina va mucho más allá: es la expresión del expansionismo y de su vocación para tutelar y “defender” los gobiernos de América. Se trata, en efecto, de no permitir intervenciones de ningún tipo en su “patio trasero” de acuerdo en la concepción de “América para los americanos” (Arrighí, 1999) y de orientar políticamente a los “gobiernos independientes reconocidos por Estados Unidos”.

La Doctrina Monroe justificó dentro de Estados Unidos las guerras libradas contra México en el siglo XIX que terminaron con la anexión de gran parte del territorio de este país en 1846 y 1848,³ y la guerra de 1898 contra España que le permitió apoderarse de Guam, Filipinas, Puerto Rico y Cuba. A comienzos del siglo XX sus intereses en la construcción y control

³ La guerra de 1846 termina con la anexión de Texas y la de 1848 de Arizona, Nuevo México, California, Nevada, Utah y parte Wyoming.

del Canal de Panamá lo llevaron a alentar la secesión de este departamento de Colombia y le impuso a la emergente nación el Tratado Hay-Bunau Varilla que le cedió a perpetuidad la zona del Canal.

En 1904 el Corolario de Teodoro Roosevelt reveló la verdadera naturaleza de la Doctrina Monroe: un instrumento para el ejercicio de su misión de tutelar los gobiernos para la defensa de sus propios intereses. En aquél se estableció que si una nación actúa

con eficacia razonable y con el sentido de conveniencias en materia social y política, si mantiene el orden y respeta sus obligaciones, no tiene por qué temer una intervención de Estados Unidos [...] El mal comportamiento crónico o una impotencia que resultara en un debilitamiento general de los lazos de la sociedad civilizada, puede en América, como en cualquier otro lugar, requerir en última instancia la intervención de una Nación Civilizada, y en el Hemisferio Occidental, la adhesión de Estados Unidos a la Doctrina Monroe puede obligar a Estados Unidos, aunque a regañadientes, en casos flagrantes de mal comportamiento o impotencia, a ejercer un poder de policía internacional (Cliffs, 1965).

Aplicando este corolario, Estados Unidos ha intervenido en la orientación, formación o derrocamiento de gobiernos. Se autoproclaman referentes de civilización, se atribuyen la competencia para juzgar cuándo se presenta un mal comportamiento o se debilitan los lazos civilizatorios y asumen la función de guardianes que intervienen cuando a su juicio hay que salvar a los países del “mal comportamiento” de sus gobernantes.

Los valores de la civilización que dicen encarnar y defender son el orden, la justicia y la libertad consagrados en la Constitución de Filadelfia. Por ellos realizan sus agresiones e, invocando un intervencionismo justiciero, enmascaran sus verdaderos intereses de orden económico, militar o político. Sus guerras de agresión son presentadas como “guerras justas” –tal como ocurre ahora en Irak– y pretenden justificarlas éticamente con el argumento de que con ellas se evitan males mayores. Pero Estados Unidos no solamente se presenta como el guardián –el gendarme internacional– de la civilización (libertad y democracia), también es la nación pujante, emprendedora que impuso la producción en masa para el consumo generalizado que, en la lógica del capital, es condición para que exista la posibilidad de que el bienestar material alcance a toda la humanidad. El poder de atracción que ejercen sobre amplios sectores de todas las poblaciones, que llega a veces a neutralizar las resistencias que genera su intervencionismo, reside en parte en la fuerza que se produce de la combinación de su destino manifiesto de defensores de

la libertad y de su condición de adalides del progreso. Libertad y progreso, individualismo y consumismo, democracia y mercado, son parejas de valores sobre las cuales se levanta el influjo ideológico del *sueño americano* y del *american way of life*. Estados Unidos logró, a lo largo de la historia y a pesar de su tradición intervencionista, construir un imaginario social libertario, inundar al mundo con mercancías producidas masivamente e incrementar el ingreso de sus trabajadores, produciendo el mito de ser una sociedad organizada con base en la libertad y la democracia, condición *sine quanon* del éxito económico, tecnológico y científico. La organización de la producción basada en la maquinaria y en el “obrero colectivo” –en términos de Marx–, hizo posible la introducción del fordismo y potenció la capacidad productiva para un bienestar generalizado por la vía del consumo. Marx, a propósito de la ilusión que crea “el carácter del organismo social del trabajo”, cita a Antipastro, poeta griego, quien “saludaba el invento del *molino de agua* para triturar el trigo, forma elemental de la maquinaria de producción, como el libertador de las esclavas y creador de la edad de oro” (Marx, 1964: 336). El éxito de la racionalización de la producción propició que la economía estadounidense, en continua expansión después de la Gran Depresión de los años treinta, se erigiera en el moderno Potosí que atrajo y atrae fuerza de trabajo de todo el mundo y, en particular, de América Latina. El capitalismo logró afianzar en la sociedad un nuevo sentido de la existencia: el consumo, el acceso a las mercancías, desarrollando al extremo una concepción según la cual los seres humanos valen según lo que tengan. La apropiación de bienes es el objetivo central de la vida, y el éxito se mide con este patrón.⁴

En sentido estricto podemos afirmar que la hegemonía que construye Estados Unidos a lo largo del siglo xx reside en gran parte en la capacidad que tuvo para producir y extender una visión del mundo asociada a las manifestaciones de su existencia social (Ceceña, 2004: 39). Y, además, aparece a los ojos del mundo como una potencia que es al mismo tiempo fuerza de vanguardia y precursora. De vanguardia porque son los motores que jalonan el “progreso”; precursora porque su revolución liberal es originaria, antecedió a la francesa y, de ella, sólo emergió la república y no un imperio como en Francia, aunque la república devino con el tiempo en el mayor de

⁴ Con razón afirma Hobsbawm al referirse a esta dimensión de la vida colectiva en Estados Unidos, que “a diferencia de otros Estados, en su ideología nacional Estados Unidos simplemente no existe. Sólo alcanza metas. Su identidad colectiva sólo surge para ser el mejor, el más grande, el país superior a todos los demás y el modelo reconocido para el mundo. Como dice un entrenador de futbol: ‘Ganar no es sólo lo más importante, lo es todo’”. Hobsbawm, Eric, 2003, *Años interesantes. Una vida en el siglo xx*, Barcelona, Crítica, p. 368.

los imperialismos. Es este conjunto de factores los que hace que la dominación imperialista se ejerza por medio de una enorme capacidad coercitiva y una, tal vez más fuerte, capacidad de atracción. Pero esta última genera una relación ambivalente, como lo destaca Hobsbawm: nos hemos “americanizado”, pero pocos quieren imitarlos (Hobsbawm, 2003: 372).⁵

El mito fundacional de Estados Unidos con los pilares que permitieron construir la identidad estadounidense, sigue siendo un instrumento eficaz de dominación. Acertadamente anota Perry Anderson que la “matriz particular de su propia historia social” está basada en el “poder de los modelos de producción y cultura norteamericanos [...] crecientemente unificados en la esfera de consumo” (Anderson, 2002: 24).

DEMOCRACIA Y DOMINACIÓN

*Como los otomanos estaban fuera de la ley vulgar
Podemos atacarlos sin declararles la guerra.*

HUGO

La hegemonía combina consenso y coerción. El consenso está bien expresado por Hobsbawm con su tesis de que nos hemos “americanizado” pero pocos quieren imitarlo. Y la coerción se hace presente con las guerras que han librado y que son la materialización de la misión que deriva de su destino manifiesto: guerras de los colonos británicos contra los aborígenes norteamericanos, guerras entre los pobladores reflejadas en el *western*, guerras que cercenaron el territorio mexicano, guerras por la “democracia” por

⁵ “Nuestro problema no consiste en que nos estemos americanizando. Pese al enorme impacto de la americanización cultural y económica, el resto del mundo, incluso el mundo capitalista, hasta ahora se ha mostrado curiosamente reacio a seguir el modelo político y social estadounidense. Ello quizá se debe a que Estados Unidos constituye un modelo social y político de democracia liberal capitalista, basada en los principios universales de la libertad individual, menos coherente y por lo tanto menos exportable de lo que sugieren su ideología patriótica y su constitución. Por eso, lejos de ser un ejemplo claro que el resto del mundo pueda imitar, Estados Unidos, a pesar de su poder y de su influencia, sigue siendo un proceso inacabable, distorsionado por las grandes sumas de dinero y las emociones públicas de manipulación de las instituciones, públicas y privadas, con el fin de encajar unas realidades imprevistas en el texto inalterable de una Constitución de 1787. Simplemente, no se presta a la imitación. Y la mayoría de nosotros tampoco desea imitarlo”. Eric Hobsbawm, *op. cit.*

medio de las cuales impusieron, sostuvieron, sustituyeron sangrientas dictaduras, guerras de intervención en Asia y en América Latina, y las guerras contemporáneas del “bien” contra el “mal”.

Estados Unidos ha instaurado, al lado de los ideales de libertad y democracia, un orden basado en la guerra y en la dialéctica de la venganza contra el transgresor del “orden”. Como sostiene Alain Badiou:

en Estados Unidos, la ley está subordinada a una visión reparadora del orden (*Law and order* debe leerse *Law as order*) que ante todo exige pagar el precio. Así, la venganza funda la ley por mediación del orden. En tanto que, como sabemos, en la *Orestíada* de Esquilo, la ley (la justicia, el proceso argumentado y público) *sustituye* a la venganza para que el orden sea el de la paz civil y no el de la guerra.

Pero el orden estadounidense es el de la guerra, civil (competencia de todos contra todos) y extranjera (división por zonas, intervencionismo del mundo para consolidar el aislamiento de la potencia). Hay, en la más íntima esencia subjetiva de Estados Unidos, algo anterior a Esquilo, *algo no griego*.

Una Biblia protestante no filtrada por la filosofía griega, tal es la concepción estadounidense de la ley. Estados Unidos nos impone hoy su *vendetta* planetaria (Badiou, 2005: 39-40).

Así como Jefferson, a comienzos del siglo XIX, en los albores de Estados Unidos afirmaba que “es imposible no (sentir) que estamos actuando por toda la humanidad”, en nuestra época el neomesías, George W. Bush, afirmó, en el discurso del primer aniversario de los ataques del 11 de septiembre de 2001, que a Estados Unidos se les “ha encomendado el deber de defender América y la libertad [...] El ideal de América es la esperanza de toda la humanidad”. Y en febrero de 2003 sostuvo: “La seguridad nacional y la esperanza de millones de personas depende de nosotros” (Alarcón y Soriano, 2004: 51).

Este “nosotros” revela el contenido de la “misión” ecuménica a favor de la libertad, la democracia y el orden que a lo largo de su historia han asumido: se trata de “nuestros” intereses (los de Estados Unidos) representados por inversiones, zonas de interés económico, político o cultural, y los cuales se encubren bajo la defensa de la “seguridad de nuestros ciudadanos” o la “defensa de los valores” amenazados por otras culturas o, como hoy, por el gaseoso “terrorismo” que logró convertir el unilateralismo norteamericano en compromiso compartido por muchos gobiernos. En síntesis, el “mundo” que por voluntad de la providencia pretende liderar Estados Unidos es el complejo y variado universo de sus intereses.

Esta es la posición expresada por el grupo neoconservador que elaboró el “Proyecto para el nuevo siglo americano: La reconstrucción de las defensas de América. (Estrategia, Fuerzas y Recursos para el Nuevo Siglo)”, en el cual se formularon propuestas que permitieran afrontar el declive de la defensa estadounidense. Los neoconservadores entienden que Estados Unidos es hegemónico militarmente y ejerce un liderazgo tecnológico y económico mundial. Sin embargo, la declinación de la defensa pone en peligro su hegemonía y liderazgo en un momento en el que otros estados pueden pretender rivalizar con su país y amenazar la democracia y la paz. Por eso sostienen que

al final del siglo xx, Estados Unidos se instituye como el poder mundial más preeminente. Tras la victoria de la guerra fría, América afronta una oportunidad y un reto: tiene Estados Unidos un enfoque claro para seguir construyendo sobre los logros alcanzados en las décadas pasadas, ¿tiene Estados Unidos el valor para establecer y defender los principios favorables a los intereses americanos?

Solicitamos una fuerza militar fuerte y preparada para afrontar los desafíos presentes y futuros; una política exterior que promueva los principios americanos de manera atrevida y decidida; y un liderazgo nacional que acepte las responsabilidades globales de Estados Unidos [...] América tiene un papel vital en el mantenimiento de la paz y la seguridad en Europa, Asia y Oriente Medio. Si eludimos nuestras responsabilidades podríamos poner en peligro nuestros intereses fundamentales (Alarcón y Soriano, 2004: 121).

Esta reducción de los “intereses de la humanidad” a los “intereses fundamentales” de Estados Unidos, ha legitimado a los ojos de los estadounidenses el intervencionismo que sus gobiernos demócratas y republicanos han practicado durante siglos. La primacía del interés doméstico sobre cualquier otra consideración, como lo señala Badiou, está en la base de la prolongada historia guerrera y del aislacionismo estadounidense, apoyado siempre en su superioridad militar que desconoce el derecho a la existencia de los otros. Ese es el sentido que tuvo el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki: la demostración de su superioridad y la afirmación de una voluntad indeclinable de no aceptar la subsistencia o emergencia de un poder rival que ponga en cuestión su hegemonía. “América para los americanos”, la clásica expresión de la doctrina Monroe deviene en la fórmula de “muchas zonas del mundo para los americanos”. Y para legitimar esta dominación es necesario satanizar al adversario o al rival en potencia. La “amenaza comunista” durante la guerra fría era la encarnación del mal: la antidemocracia, la negación de la libertad, la barbarie

del “Gulag” como símbolo del orden social “comunista”. Hoy, en la posguerra fría, son otros los “inferiores” a los que se les niega el derecho a la existencia porque son representantes de la encarnación del mal, “el eje del mal”.

Esta posición es claramente sustentada en el citado informe que fue presentado en el año 2000, poco antes de finalizar la administración Clinton. Allí se sostiene que:

Actualmente, Estados Unidos tiene una oportunidad estratégica sin precedentes. No tienen ningún desafío por parte de algún otro gran poder; está bendecido por la riqueza y por otros aliados poderosos y democráticos en todas las partes del mundo; está en medio de la mayor expansión económica de la historia; y sus principios económicos y políticos son casi universales. Nunca antes en la historia el orden de seguridad internacional ha favorecido tanto los ideales e intereses de América. El desafío para el nuevo siglo es preservar y fortalecer esta “paz americana”. (Y si en el pasado) el objetivo de la estrategia americana solía ser contener a la Unión Soviética, hoy la misión es asegurar la seguridad internacional para preservar los intereses e ideales americanos. El trabajo de los militares durante la guerra fría fue impedir el expansionismo soviético. En la actualidad su tarea es asegurar y expandir las “zonas de paz democráticas” para impedir la emergencia de un gran poder competidor; defendiendo regiones claves de Europa, Asia del Este y Oriente Próximo y conservando la supremacía americana a través de la introducción de las nuevas tecnologías y la transformación de la guerra convencional [...] Durante la guerra fría América consiguió su seguridad “al por mayor” a través de una fuerza de disuasión global de la Unión Soviética. Actualmente, la misma seguridad sólo se puede lograr a un nivel “al por menor”, a través de una fuerza de disuasión o, cuando sea necesario, actuar para proteger los intereses y principios americanos (Alarcón y Soriano, 2004: 126 y 131).

En la posguerra fría los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 se convirtieron en un elemento legitimador de su intervencionismo. El que por primera vez en su historia lo hubieran golpeado en su territorio justificaba su derecho a la venganza; que el ataque proviniera no de una potencia rival sino de una organización terrorista que no constituye un Estado ni son ubicables en un territorio determinado y que, en consecuencia, no se puede volcar sobre ella toda la superioridad militar convencional, le confirió a la “guerra contra el terrorismo” una serie de rasgos que remiten a factores que han servido de pilares de la identidad colectiva a lo largo de la historia de Estados Unidos.

Primero, evoca aspectos ancestrales de defensa de su territorio contra una amenaza que, aunque se manifiesta desde su propio territorio, es ex-

tranjera, lo que le permite plantear el combate contra los extraños, los forasteros adentro y afuera, los “bárbaros” como en los orígenes de su nación. Los pueblos ancestrales fueron atacados y exterminados como “extraños”, entonces eran llamados salvajes por quienes se consideraron el “pueblo elegido” para poblar la Nueva Inglaterra.

Segundo, se presentan los ataques como una amenaza a la libertad y la democracia, y como Estados Unidos se considera la encarnación de esos valores, la defensa del “orden americano” se presenta como si fuera la de los intereses de toda la humanidad.

Tercero, el hecho de que los terroristas que cometieron el atentado provengan de una tradición cultural diferente hace que, de hecho, se afirme un centrismo cultural que implícitamente se opone al pluriculturalismo y fortalece las tendencias etnocentristas.

Cuarto, la imposibilidad de ubicar en un territorio la presencia del enemigo legítima de hecho la intervención en cualquier parte del planeta: todo se convierte en territorio objetivo de la política de seguridad y defensa de Estados Unidos.

Quinto, el hecho de que las amenazas no provengan de un Estado o de un conjunto de estados ha permitido, a partir de esta ambigüedad, desarrollar las acciones contra algunos estados, que supuesta o realmente, sean refugio de organizaciones terroristas, y perseguir a individuos no a ejércitos enemigos.

Por último, estos elementos explican el tipo de leyes y políticas que se adoptan: su competencia es extraterritorial –se aplican dentro y fuera del territorio estadounidense–, y tienen como objetivo limitar derechos ciudadanos de los estadounidenses y de los de cualquier país.

SEGURIDAD Y DEFENSA CONTRA LIBERTAD Y DEMOCRACIA

Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 introdujeron nuevos elementos en el entorno internacional, hicieron que los factores de coerción prevalezcan en la política hegemónica estadounidense y que transitemos, en materia de seguridad, de la política antinarcóticos a la antiterrorista en la que se fortalece un elemento ideológico: la defensa de los valores y las tradiciones de occidente mediante la defensa de la dignidad humana ante los bárbaros que hacen del terror su instrumento de acción.

“No solamente la guerra fría ha terminado, igualmente el periodo de la posguerra fría ha terminado” afirmó el entonces secretario de Estado Colin

Powell, pocas semanas después de los atentados del 11 de septiembre. Stanley Hoffman sostiene que:

todo el mundo comprendió que los hechos del 11 de septiembre eran el inicio de una nueva era. Pero ¿qué significa este quiebre? En una visión convencional de las relaciones internacionales, la guerra ocurre entre estados. Pero, en septiembre, individuos pobremente armados de repente retaron, sorprendieron e hirieron a la superpotencia dominante en el mundo. Los ataques mostraron también que, para todos los efectos, la globalización permite que terribles formas de violencia sean fácilmente accesibles para fanáticos desesperados (Hoffman, 2002: 104).

Un año después de los atentados, Estados Unidos dio a conocer su nueva estrategia de seguridad en el marco de la “cruzada mundial contra el terrorismo”. Afirmó que:

se ven amenazados ahora no tanto por estados conquistadores como por estados fallidos. Nos amenazan menos las flotas y los ejércitos que las tecnologías catastróficas en manos de unos pocos amargados. Debemos eliminar estas amenazas a nuestra nación, a nuestros aliados y amigos [...] El enemigo no es un régimen político, persona, religión o ideología aislados. El enemigo es el terrorismo premeditado, la violencia por motivos políticos perpetrada contra seres inocentes (Hoffman, 2002: 104).

Y sostener que “poseen en el mundo poder e influencia sin precedentes y sin igual [...] Se debe usar la gran fuerza de esta nación para promover un equilibrio de poder que favorezca la libertad”,⁶ tal como lo planteaba desde el año 2000 el citado Informe del “Proyecto para el nuevo siglo americano”.

Con relación a estas amenazas asumen que tienen “responsabilidades y obligaciones” en virtud de las cuales se autoproclaman paladines de la dignidad humana, se comprometen a fortalecer las alianzas para derrotar el terrorismo mundial, a desarrollar acciones preventivas de eventuales ataques contra su seguridad o la de sus amigos, a colaborar para resolver los conflictos regionales, a promover “el crecimiento económico mundial por medio de los mercados libres y el libre comercio” y a expandir el “círculo del desarrollo al abrir las sociedades y crear la infraestructura de la democracia”. Se trata entonces de una política de seguridad integral en la que se articulan dimensiones militares, económicas y políticas. En otros términos,

⁶ Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos de América, Casa Blanca, Washington, septiembre de 2002, <<http://usinfo.state.gov/español/terror/#contents>>.

la lucha antiterrorista se articula al fortalecimiento de mercados libres y de la democracia... bajo la tutela estadounidense.

Gendarmes internacionales, promotores de la democracia, la libertad y el mercado, y garantes de su dinamismo, es lo que inspira la posición neoconservadora que propone “disponer de las fuerzas requeridas necesarias no sólo para vencer un ataque, sino para sacar a esos regímenes del poder y dirigir operaciones de estabilización tras los combates” como en efecto se hizo en Afganistán e Irak.

En el nuevo entorno de la globalización, estamos ante un proyecto hegemónico integral que se orienta a consolidar un centro único de poder militar, económico, político, ideológico y cultural. Es, parafraseando la consigna de la utopía socialista de los siglos XIX y XX, la nueva internacional del capital bajo la dirección hegemónica de Estados Unidos. Así lo expresa en su estrategia de seguridad:

Este es también un momento de oportunidad para Estados Unidos. Actuaremos para convertir este momento de influencia en decenios de paz, prosperidad y libertad. La estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos se basará en un *internacionalismo inconfundiblemente norteamericano* [las cursivas son nuestras] que refleje la unión de nuestros valores y nuestros intereses nacionales. La meta de esta estrategia es ayudar a que el mundo no sea solamente más seguro sino también mejor. Nuestras metas en el camino hacia el progreso son claras: libertad política y económica, relaciones pacíficas con otros países y respeto a la dignidad humana.

En palabras del profesor Richard L. Kugler, del Centro de Tecnología y Política de Seguridad Nacional de la Universidad de Defensa Nacional, se trata de una política que, “en contraste con las expectativas de los críticos no es ni hegemónica ni unilateralista ni ultramilitarista y se concentra en anticiparse al enemigo [...] es un *internacionalismo estadounidense distinto* [cursivas nuestras] encaminado a crear un equilibrio de poder que favorezca la libertad humana y haga de esta era de globalización la más segura y mejor” (Kugler, Richard L., 2003, 40). Los intereses de Estados Unidos son convertidos, en un *sui generis* proceso de mimesis, en el paradigma de libertad y dignidad de la humanidad.

Pero es necesario destacar que la lucha contra un enemigo que no es un Estado así pueda estar apoyado por algunos estados, que es desterritorializado, que encarna en organizaciones y “fanáticos desesperados” que pueden aparecer en cualquier momento y lugar convirtiendo en armas letales instrumentos de uso ordinario por los ciudadanos, lleva a recurrir a medidas que limitan las formas de expresión, movilidad y trabajo de los ciudadanos,

y se convierten en factores que, en aras de la seguridad, recortan las libertades democráticas. Lo que es percibido como una amenaza amorfa y sin fronteras es combatido con una guerra amorfa y sin fronteras. En esas condiciones está justificado *ex ante* intervenir en cualquier parte del mundo.

El conjunto de políticas y leyes adoptadas por Estados Unidos a raíz de los ataques del 11 de septiembre de 2001, sacrifica libertades y derechos fundamentales con el pretexto de la defensa de la libertad, la democracia y el orden. Se impuso la prevalencia del interés estadounidense sobre el interés de todo el mundo. En síntesis, los ataques del 11 de septiembre legitimaron el derecho a la venganza de Estados Unidos y sus agresiones a otros Estados. Incluso las Naciones Unidas reconocieron que Estados Unidos se encontraba en “estado de legítima defensa”. Tras esta “legítima defensa” se escuda el recurso a la tortura y la violación de los derechos humanos donde quiera que se consideren amenazados sus intereses.

A la sombra de estas medidas, se ha fortalecido en extremo el poder del presidente de Estados Unidos en asuntos como la competencia para declarar guerras, se ha limitado el derecho a la intimidad autorizando interferir las comunicaciones de los ciudadanos, se han suspendido instituciones de vigencia universal como el *Habeas Corpus*, y se han creado las condiciones para desarrollar conductas violatorias de los derechos humanos, tal como se han manifestado en Guantánamo y en Abu Ghraib. Y como en los versos de Hugo, la administración Bush considera que “como los otomanos estaban fuera de la ley vulgar, podemos atacarlos sin declararles la guerra”.⁷ De esta manera institucionalizó la guerra preventiva contra los Estados considerados por el gobierno estadounidense asociados o como refugio de organizaciones terroristas, así como la persecución contra las personas que el ampliado tejido de organismos de inteligencia considere miembros o sospechosos de ser miembros de organizaciones terroristas.

Podemos concluir con Badiou que

en definitiva, si las guerras estadounidenses no constituyen ningún presente, se debe a que, políticamente desligadas de toda dialéctica –ya sea interimperialista o siga el esquema de guerra-revolución–, no se distinguen realmente de la continuidad de la “paz”. Entendamos esto: la paz estadounidense y “occidental”, la pazguerra democrática, cuyo contenido pleno es la seguridad del confort de los antedichos “demócratas” contra la agresividad bárbara de los pobres (Badiou, 2005: 24).

⁷ Estos versos forman parte del primer movimiento, *Los consejeros probos y libres*, del poema *Ratbert* de Hugo.

¿Representa la administración de Obama una ruptura con esta tradición? El discurso parece indicarlo, pero las medidas adoptadas hasta el momento son ambiguas. Por lo pronto con la guerra en Afganistán y los acuerdos militares con Colombia se impone la continuidad.

REFERENCIAS

- Alarcón, C., Soriano, R., 2004, *El nuevo orden americano*, Textos Básicos, España, Almuzara.
- Anderson, Perry, 2004, "Force and Consent", *New Left Review*, 17, 2002, p. 24, citado por Panitch, Leo y Gindin, Sam, "Capitalismo global e imperio norteamericano", Panitch, Leo y Leys, Colin (eds.), *El Nuevo desafío imperial*, Socialist Register, Buenos Aires, CLACSO.
- Arrighi, Giovanni, 1999, *El largo siglo xx*, Barcelona, Akal.
- Badiou, Alain, 2005, *Filosofía del presente*, Buenos Aires, Libros del Zorzal.
- Blaustein, Albert, P. "La constitución de Estados Unidos: la más valiosa exportación de la nación", <<http://usinfo.state.gov/journals/itdhr/0304/ijds/blaustein.htm>>.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loic, 2001, *Las argucias de la razón imperialista*, España, Paidós.
- Ceceña, Ana Esther, 2004, "Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites", Ceceña, Ana Esther (comp.), *Hegemonía y Emancipaciones en el siglo XXI*, Buenos Aires, CLACSO.
- Cliffs, Englewood, 1965, *A History of United States Foreign Policy*, NJ, Prentice Hall.
- Estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos de América, Casa Blanca, Washington, septiembre de 2002, <<http://usinfo.state.gov/español/terror/#contents>>.
- Fontana, Joseph, 1982, *Historia, análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Grijalbo.
- Hobsbawm, Eric, 2003, *Años interesantes. Una vida en el siglo xx*, Barcelona, Crítica.
- Hoffman, Stanley, 2002, "The Clash of Globalizations", *Foreign Affairs*, v. 81, núm. 4, p. 104, citado por Pizarro, Eduardo, "Terrorismo y Democracia. El caso de Colombia", p. 30, Botero, Reinaldo *et al.*, *Terrorismo y Seguridad*, Bogotá, Planeta.
- Kugler, Richard L., 2003, "Un internacionalismo estadounidense distinto en un mundo globalizado", *Estrategia de Seguridad nacional. Una nueva era*. Embajada de Estados Unidos, Sección Cultural e informativa, Bogotá, Colombia.
- Marx, Carlos, 1966, *El Capital*, t. I, México, FCE.
- Zinn, Howard, 2005, *La otra historia de los Estados Unidos*, México, Siglo XXI Editores.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN ESTADOS UNIDOS

MARCO A. GANDÁSEGUI, HIJO

We have nothing to fear but fear itself
(*No tenemos nada que temer, salvo el propio miedo*)

F. D. ROOSEVELT

En el siglo xx, Estados Unidos se convirtió en el país capitalista más avanzado. Su sistema político y sus partidos políticos deberían reflejar este desarrollo. El presente trabajo pretende confirmar si esta correlación tiene sustento empírico y teórico.

Si se plantea que Estados Unidos es el país capitalista más avanzado, hay que aclarar qué se entiende por capitalismo y, especialmente, por capital. Capital es una relación social que vincula a personas y grupos sociales (agentes) para producir y distribuir mercancías (Wood, 2000). La realización (consumo) de las mercancías permite que su valor se reparta entre los agentes productivos. En el caso de Estados Unidos casi la totalidad de la población se encuentra inmersa en relaciones sociales capitalistas.¹

La dominación se traduce en ejercer control sobre el proceso de producción capitalista. Este poder se manifiesta tanto en el lugar de producción como en la formación social en su conjunto. El “mundo” de la formación social capitalista puede reducirse a un pequeño mercado en una aldea o ciudad, hasta una red internacional que articula estrechamente múltiples

¹ La repartición del valor liberado por la realización de las mercancías es desigual. Por un lado, el productor directo (trabajador) recibe un salario que corresponde a los bienes que necesita para reproducir su fuerza de trabajo. Por el otro, el capitalista se apropia de la diferencia, es decir, el excedente o plusvalor. El éxito de una empresa capitalista depende de esta relación. Si el trabajador tiene salarios demasiado altos o si el excedente del capitalista es muy bajo, la mayoría de las empresas sufren las consecuencias y es probable que la economía experimente una recesión.

La dominación de la formación capitalista se manifiesta sobre otras relaciones sociales que pueden existir al mismo tiempo en la sociedad (Wallerstein y Balibar). Asimismo, la dominación se manifiesta en las relaciones sociales entre los agentes de la producción, es decir, entre trabajadores y capitalistas.

El capitalista controla los procesos de producción —trabajo vivo y su relación con todo el capital “muerto” (equipo, etc.)— en su empresa. Además, la clase de capitalistas tiene que crear un clima de consenso y, al mismo tiempo, controlar o apoderarse de los medios de coerción para garantizar la apropiación del conjunto de excedentes que se producen en la sociedad.

mercados nacionales y, además, territorios que proveen materias primas para constituir un complejo sistema-mundo capitalista.

DOMINACIÓN: COERCIÓN Y CONSENSO

Las relaciones sociales desiguales necesarias para la reproducción del capital se logran mediante la combinación dialéctica del consenso y la coerción. El consenso es un pacto negociado entre las clases sociales cuyos objetivos están en conflicto. La coerción es el resultado de concesiones que no se pueden materializar. Es una relación dialéctica en la medida en que una concesión genera una acción coercitiva frente a nuevas demandas que aparecen como consecuencia de la concesión previa. Éstas, a su vez, generan nuevas concesiones y más coerción, en una espiral ascendente cuyo límite es la capacidad de concesiones que pueden hacer las relaciones sociales capitalistas.²

Cada facción de la clase capitalista tiene su organización (asociación, comité, etc.) o su partido político. Siempre ocupará una posición de vanguardia la facción con mayor capacidad para reproducir el capital y las relaciones sociales capitalistas. Generalmente, esta facción pactará con las clases sociales “enemigas” o encabezará su represión utilizando el Estado. También incorporará a su partido a las facciones más débiles y cooptará a las organizaciones de las otras clases sociales o sus facciones, construyendo alianzas populistas o fascistas.

² Si las relaciones sociales que hasta un momento determinado reproducen el capital dejan de hacerlo, el sistema colapsa y ya no se puede hablar de relaciones sociales capitalistas. Sobre esta contradicción Marx se refirió en distintos momentos en el siglo XIX. La mayoría de los marxistas del siglo XX prefirió ignorar el problema tratando de ajustar la realidad a las teorías en el marco del desarrollo histórico de las grandes revoluciones sociales que marcaron el periodo.

En la teoría marxista clásica, la instancia política de las relaciones sociales capitalistas legitiman el poder de la clase social dominante. Lo hace mediante una combinación dialéctica de consenso y coerción. La correlación de fuerzas que surge de esta relación dialéctica se denomina Estado.

El Estado tiene que legitimarse y, al mismo tiempo, deslegitimar todo cuestionamiento a su poder. El Estado se preocupa de desarticular todo indicio de organización política de las clases dominadas (de las “clases peligrosas”). El capital, sin embargo, al organizarse políticamente está dividido en muchas facciones que luchan entre sí. Se unen cuando identifican sus intereses comunes y perciben una amenaza externa proveniente de otra clase social con proyecto político propio.

Es el “poder inteligente [...] la capacidad de aunar el poder duro de la coacción y el pago con el poder blando de la atracción hacia una estrategia que obtenga resultados” (Nye, 2008).³

INTRODUCCIÓN

Los análisis de los partidos políticos realizados por marxistas y no marxistas generalmente coinciden en señalar que Estados Unidos tiene un sistema político y una organización partidista anómalos. En parte, estos análisis son correctos si se enfocan desde una perspectiva histórica. En los últimos 150 o 200 años, los países con relaciones de producción capitalistas medianamente avanzados (Europa, América Latina y algunos otros países) tienen sistemas políticos que ofrecen espacio a múltiples partidos. En cambio, Estados Unidos sólo ha tenido dos partidos a lo largo de su historia bicentenaria. Más aún, nunca ha surgido un partido popular de los trabajadores con capacidad de presentar una amenaza al orden establecido.

Sin embargo, si el análisis se hace desde una perspectiva teórica, la anomalía se presenta en los países con regímenes capitalistas medianamente avanzados. La pluralidad de partidos políticos constituye una debilidad relativa de la clase dominante, producto de una correlación de fuerzas que no le permite legitimar su dominación de manera permanente. En cambio, Estados Unidos ha logrado, en gran medida, legitimar las relaciones sociales de producción por medio de un sistema de partidos políticos que garantizan la reproducción constante del capital mediante la presencia de sus representantes en todos los aparatos del Estado.

La alternabilidad, que se ha convertido en un elemento ideológico adicional de la legitimidad, le permite a la fracción más avanzada del capital reemplazar a la facción que se ha quedado rezagada.⁴

³ Nye agrega que “desde la conmoción producida por los atentados en 2001, Estados Unidos se ha dedicado a exportar miedo e ira, en lugar de sus valores más tradicionales de esperanza y optimismo. La Bahía de Guantánamo se ha convertido en un ícono más poderoso que la estatua de la Libertad para todo el mundo”.

⁴ En Japón, con un fuerte desarrollo capitalista, el partido en el poder por más de 60 años no ha necesitado ser relevado. El Partido Liberal Democrático japonés surge de las cenizas de la segunda guerra mundial que destruyó todo residuo “feudal” y favoreció la represión sistemática de los trabajadores (acompañado por la ocupación militar estadounidense). No hay que confundir este sistema partidista de posguerra con los “regímenes de excepción” capitalistas

Con estas inquietudes en mente, se dividió el presente trabajo en tres partes conducentes a analizar la organización de los partidos políticos de Estados Unidos en el marco de su desarrollo capitalista. En primer lugar, se presentará un conjunto de teorías desarrolladas en Estados Unidos sobre los partidos políticos. Se tocarán las teorías pluralistas y elitistas. Se estudiarán las teorías de Parsons, Wright Mills, Skocpol y, haciendo la excepción del caso, se incluirá al sociólogo francés Maurice Duverger.

En segundo lugar, se hará un recorrido por la historia de los partidos políticos de Estados Unidos. En esta sección también se incluirá una descripción de la trayectoria histórica de los partidos de los trabajadores. Finalmente, se planteará si es necesario comenzar el siglo XXI trabajando sobre una nueva teoría de los partidos políticos. En la actualidad, marxistas y no marxistas cuestionan la hegemonía económica, militar y cultural de Estados Unidos y señalan que se encuentra en una crisis. Para algunos, incluso, la crisis de hegemonía de Estados Unidos es terminal (Arrighi, 2001). Para otros, después de 500 años de crecimiento y expansión, el sistema-mundo capitalista está en una crisis terminal (Wallerstein).

La pregunta sobre el bipartidismo así como la ausencia de alternativas partidistas obreras⁵ se abordará teniendo presentes las características propias del desarrollo capitalista de Estados Unidos y las contradicciones que le son inherentes al proceso de acumulación (Chesnais, s/f). A su vez, también se examinarán los planteamientos asociados con las nociones estructuralistas. Weber relacionaba desarrollo capitalista avanzado, máquinas partidistas capaces de disciplinar a los votantes y una burocracia “descontrolada” para entender la especificidad del sistema político de Estados Unidos (Wright Mills, 1976).

LA TEORÍA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN ESTADOS UNIDOS

Estados Unidos es uno de los pocos países del mundo donde los partidos políticos no tienen reconocimiento constitucional y se rigen por acuerdos

(bonapartismo, fascismo, dictaduras latinoamericanas) que aparecen para desmontar, en forma violenta, los sistemas políticos fracasados y efectuar reingenierías totales.

⁵ Thomas Hamilton, un agudo observador contemporáneo de Tocqueville, dejó en sus notas testimonio de cómo nació el primer partido obrero – *The Workingmen's Party* – en la ciudad de Filadelfia en 1829 y se extendió a la ciudad de Nueva York y otros lugares en 1831. Según Hamilton, este partido de los trabajadores fue el primero de su tipo en la historia. Hamilton fue citado en forma extensa por Marx en sus referencias a Estados Unidos (Nimtz).

electorales que se configuran en el ámbito local. Es cierto, también, que en las elecciones se inscriben los candidatos pero no los partidos políticos. Entonces ¿qué son los partidos políticos de Estados Unidos?

En su momento, el segundo presidente de Estados Unidos, John Adams, diría que los partidos políticos eran “facciones” de grupos con intereses (Gore Vidal, 2006).⁶ El propio Washington aconsejó a sus seguidores que desconfiaran de los partidos políticos. Con estos antecedentes no sorprende que la Constitución de Estados Unidos no mencione el tema y que el país dependa de figuras o caudillos para resolver sus crisis periódicas en vez de organizaciones políticas.⁷

Se presentarán cuatro corrientes de pensamiento sobre los partidos políticos para tener una visión general de las diferentes tendencias. Se comenzará con el sociólogo francés Maurice Duverger, quien tuvo mucha influencia sobre la teoría de los partidos políticos en la segunda mitad del siglo xx.

Después se pasará revista de los trabajos de tres norteamericanos de las últimas tres generaciones. Se comenzará con Talcott Parsons (1902-1979) quien se refiere, entre otros problemas, a la visión desactualizada de los “padres de la Patria” e introduce las nociones del buen gobierno en un sistema pluralista. Se seguirá con el pensamiento de C. Wright Mills (1920-1963), crítico mordaz del *establishment* y su noción sobre el poder de la élite. Por último, se presentará a Theda Skocpol (1946-) representante de la generación más reciente y su preocupación por la “democracia decreciente”.

Al final se pondrán estas nociones en tensión con la historia de los partidos políticos de Estados Unidos y las perspectivas para el futuro.

DUVERGER

Antes de entrar a ver qué importancia le da Maurice Duverger a los partidos políticos en Estados Unidos, es válido hacer una distinción entre los diferentes tipos de partidos que identifica el sociólogo francés. Para comen-

⁶ Vidal Gore califica a los partidos norteamericanos como facciones de conspiradores. “Nuestros partidos políticos son, en palabras del presidente John Adams, facciones. Son conspiradores para ganar el poder de las grandes administraciones del Estado.”

⁷ La concepción de los fundadores de Estados Unidos quedó plasmada en la ideología de los dirigentes estadounidenses. Estas nociones se reflejan en la Constitución, en las leyes e, incluso, en los teóricos desde Hamilton a Parsons, pasando por Tocqueville. Al mismo tiempo, sin embargo, las “facciones” se consolidaron, crecieron y le dieron forma a un estilo político que predomina en la actualidad (Duverger).

zar, se refiere a partidos organizados sobre la base de “comités”, otros que se forman en torno a las “secciones” y, finalmente, el partido centralizado con una red de “células”.⁸ El partido de “comités” es la organización política propiamente de la clase burguesa. En cambio, según Duverger, el partido organizado por secciones surge con el movimiento obrero y sus organizaciones partidistas (Duverger, 1961).⁹

Según Duverger, el partido con una base formada por comités aparece en Estados Unidos a principios del siglo XIX y aún tiene vigencia. Agrega que para mediados del siglo XIX, sólo Estados Unidos tenía partidos políticos en el sentido moderno.¹⁰ Señala también que son los “comités electorales” —clubes populares, asociaciones de pensamiento, grupos parlamentarios— que se transformaron en partidos políticos a lo largo de la primera mitad del siglo XIX (Duverger: 15).

Para Duverger la redistribución de los excedentes económicos generados por la expansión capitalista tuvo una fuerte influencia sobre la formación de los partidos políticos. “El establecimiento del ‘sistema de despojos’ —a partir de la aparición del caudillo Andrew Jackson— le atribuía al partido vencedor todos los puestos de funcionarios y puso a disposición de los comités poderosos medios materiales.” Duverger compara la experiencia inglesa donde la corrupción reforzó la estructura de los grupos parlamentarios, con lo ocurrido en Estados Unidos donde consolidó los comités electorales (Duverger: 21).

En Estados Unidos (los partidos) descansan sobre comités poco extensos, bastante independientes unos de otros, generalmente descentralizados. No tratan de multiplicar sus miembros ni de enmarcar grandes masas popula-

⁸ Según Duverger la sección designa una de las formas en que se organiza la base del partido. La “sección no es más que una parte de un todo, cuya existencia separada no es concebible”. El comité, por lo contrario, evoca una realidad autónoma, que puede vivir aislada. Para Duverger, “los partidos fundados en secciones son más centralizados que los partidos fundados en comités. Pero la originalidad profunda de la sección está en su estructura y no en su articulación con las demás secciones”.

⁹ Duverger identifica cuatro características que distinguen al partido con una base formada por secciones del partido con comités: el comité presenta un carácter restringido, la sección un carácter amplio. La sección trata de buscar miembros, de multiplicar su número, de engrosar sus efectivos. La sección no desdeña la calidad, pero la cantidad le importa antes que nada. El comité constituye un grupo cerrado, donde no se entra más que por cooptación o delegación. La sección está abierta. Para entrar a la sección, basta con desearlo. La mayoría de los partidos establecen reglas de patronato, definen las condiciones de adhesión. Pero son casi siempre teóricas, al menos en el sistema de la sección. El comité sólo reúne notables, seleccionados por su influencia. La sección apela a las masas (Duverger: 46).

¹⁰ “En Estados Unidos —señala Duverger— los comités electorales gozaron igualmente de circunstancias especiales. Siendo electivas un gran número de funciones públicas, el sufragio

res, sino más bien de agrupar personalidades. Su actividad está orientada totalmente hacia las elecciones y a las combinaciones parlamentarias, y conservan, por este hecho, un carácter semiestacional. Su almacén administrativo es embrionario, su dirección sigue estando en manos de los diputados y presenta una forma individual muy marcada. El poder real pertenece a tal o cual grupo formado alrededor de un líder parlamentario y la vida del partido reside en la rivalidad de estos pequeños grupos.

El partido sigue siendo un comité electoral bajo su etiqueta partidista. Según Duverger, el partido en Estados Unidos “no se ocupa más que de problemas políticos. La doctrina y los problemas ideológicos no desempeñan más que un pequeño papel. La adhesión se basa más bien en el interés o en la costumbre”.

Duverger señala que “los partidos estadounidenses son antes que nada maquinarias electorales, que aseguran la designación de candidatos. Cada partido reúne gentes de opiniones muy diferentes y de posiciones sociales muy diversas”.

El partido y su maquinaria es una empresa con sus gerentes y especialistas técnicos. Se trata, en el fondo, de equipos de técnicos que se especializan en la conquista de sufragios y de puestos administrativos que provee el *spoils system*. Los técnicos a menudo se pasan de un partido a otro. “Los *captains* ponen a menudo su competencia al servicio del partido rival, como un ingeniero que cambia de patrono”.¹¹

El partido de “izquierda”

Duverger plantea que hay dos problemas de fondo con relación a los partidos en Estados Unidos. Por un lado, ¿cómo no ha logrado superar su es-

popular se habría visto desamparado si no hubiera sido guiado por un organismo de selección. Por otra parte, haciéndose en esos países la elección presidencial por mayoría de votos relativa, la intervención de comités bien organizados era indispensable para evitar cualquier división de votos. Además, la irrupción continua de inmigrantes introducía constantemente en el cuerpo electoral una masa de recién llegados, absolutamente ignorantes de la política estadounidense. Era necesario que sus votos fueran canalizados hacia candidatos de los que ignoraban todo, salvo que eran recomendados por el comité.”

¹¹ Los partidos en Estados Unidos en todo caso, dice Duverger, tienen como base los comités electorales que se distribuyen en forma jerarquizada por toda la geografía del país. “Hay que distinguir, además, los comités oficiales, jerarquizados, de los comandos, de *wards* (de las ciudades), hasta el comité nacional y los comités oficiosos constituidos por los *bosses* y las *machines*. Se trata siempre de pequeños grupos de notables, cuya influencia personal importa más que su número.” Los notables son reclutados por una especie de cooptación dentro de la *machina*.

estructura de comité? Por el otro lado, ¿cómo no ha surgido un partido de izquierda? “Los partidos estadounidenses tienen una estructura de conjunto muy arcaica. Han acentuado el carácter técnico del comité y han conservado el viejo cuadro político de la democracia burguesa. ¿Cómo se explica que el sufragio universal y la entrada de las masas en la vida política de Estados Unidos no han provocado el nacimiento de un partido de izquierda con estructura moderna?”.

Duverger se detiene en este punto que para él resulta ser el talón de Aquiles de la política estadounidense. Se pregunta si la inexistencia en Estados Unidos de un gran partido socialista se debe a la falta de conciencia de clase en el obrero nativo. O, más bien, se deberá a su individualismo profundo. Mientras que los europeos tienen partidos de masas formados al calor de las luchas sindicales, en Estados Unidos están ausentes.

Hay que replantear las dudas de Duverger y sacar nuevas conclusiones. Es precisamente el mayor desarrollo capitalista de Estados Unidos lo que le ha permitido construir un sistema político relativamente estable y neutralizar todo intento de los trabajadores por crear un partido político independiente. Las reivindicaciones laborales han tenido éxito por el lado económico (incremento de la masa salarial) pero han fracasado al intentar formar partidos con ideologías socialistas.

Parsons

Talcott Parsons desconfiaba de la capacidad del sistema partidista de Estados Unidos. El sistema partidista debía limitarse a escoger líderes y legitimar políticas. Según el profesor de la Universidad de Harvard, le correspondía a un grupo económico-empresarial con intereses nacionales (e internacionales) estudiar los problemas y proponer las soluciones. Si la legitimidad de las políticas experimentaban algún tipo de crisis “era necesario evocar una segunda línea de defensa consistente en el consenso *superpartidario* que reemplazara los mecanismos correspondientes al *consenso bipartidista*. El nuevo consenso tenía que recurrir a la tradición cultural, concepto subrayado por Parsons” (Buxton: 157).

La idea del *buen gobierno* sugería la necesidad de contar con extensos acuerdos negociados independientemente de los partidos y, además, con lealtades transversales (Alexander: 93). En este sentido, las asociaciones “voluntarias” que aparecieron a principios del siglo xx en Estados Unidos deberían jugar un papel significativo al incorporar todos los miembros de

la clase dominante sin perjuicio de su inclinación partidista. En la medida en que la mayoría de los grupos en Estados Unidos tienen adherentes en ambos partidos, para Parsons “los efectos de las divisiones políticas serían compensadas por los lazos de solidaridad existentes a nivel de las organizaciones no partidistas” (Buxton: 157).

En opinión de Parsons lo singular del sistema político estadounidense era, por un lado, su sistema de votación y, por otro, el bipartidismo que creaba un equilibrio permanente entre fuerzas nuevas y las viejas. El sistema de votación contribuía a la movilización de los representados y el bipartidismo aseguraba la alternabilidad que contribuía al consenso.

Parsons, sin embargo, no se detuvo a estudiar a qué respondía el sistema de votación o el bipartidismo en el marco del desarrollo capitalista.

El temor que le tenía Parsons a los partidos políticos es una característica muy propia del *establishment* (clase dominante) estadounidense. Los discípulos de Parsons desarrollaron el concepto de pluralismo que caminaría de la mano con la noción de *buen gobierno* y sociedad civil. El pluralismo consiste en la flexibilidad que deben tener las múltiples “élites” para llegar a entendimientos e introducir cambios. El pluralismo es la forma para reducir (enfriar) la participación (militancia) política debido a su potencial desestabilizador (Parsons, 1987).

El pluralismo es una estructura en la que los individuos pertenecen simultáneamente a varios grupos y en la que también tienen lealtades entrecruzadas. En el pluralismo las clases sociales dejan de ser el centro de gravedad. En el marco de estas relaciones, que proyectan todo tipo de intereses, deben seguirse ciertas “reglas del juego” que son supervisadas por las élites (Truman, 1951).

La función de los partidos políticos, al final de cuentas, sería reemplazada por un conjunto de élites, que pondrían orden sobre la base de ciertas reglas del juego no escritas, pero respetadas. Las reglas consistirían básicamente en el respeto a la ley, igual respeto al desacuerdo, a la no violencia después de elecciones y a “cierta equidad social”.

Varios discípulos de Parsons desarrollaron el concepto de “cultura cívica” que combinaba participación política con orientaciones parroquiales tradicionales. Era una propuesta que pretendía establecer un equilibrio entre la cultura de la participación (muy al estilo de Tocqueville) y el temor de perder el control político (ante la amenaza revolucionaria de las clases subordinadas) (Almond y Verba, 1965).

Los pluralistas y sus sucesores, en la actualidad, persiguen la estabilidad social mediante un arreglo en que “las asociaciones intermediarias ayudan a las élites a dirigir y a los ciudadanos a aprobar”. Ehrenberg señala que el pluralis-

mo no intenta teorizar sobre el Estado. La “cultura cívica” no sitúa al Estado y tampoco le da funciones a los partidos políticos. “La cultura cívica promovía la movilidad social, los derechos individuales, moderación, efectividad gubernamental y el orden social mientras que neutralizaba la participación política y limitaba el impacto de la ideología” (Ehrenberg, 1999: 207).

Las clases sociales desaparecen en las teorías pluralistas y las ciencias sociales se transforman en herramientas diseñadas para controlar y poner orden en una sociedad que se supone caótica. Estudios posteriores descubrieron cómo las nociones pluralistas de participación excluyen a muchos grupos y los dejan sin representación (McConneell, 1966). Un interesante estudio de la institución del cabildo tradicional (*town-hall*), que recoge las inquietudes locales, demuestra cómo son dirigidas y subordinadas a los intereses de los miembros más poderosos y ricos (Mansbridge, 1983).

Aunque la escuela funcionalista de Parsons y sus asociados ha perdido muchos seguidores en las ciencias sociales estadounidenses, su influencia sigue siendo muy poderosa. Quizá el legado más importante de Parsons, que no puede repetirse en los salones de clase, fue su idea de que toda sociedad es manipulable, capaz de ser organizada en línea con ciertas estructuras que garantizan su reproducción funcional (Parsons y Smelser, 1956).

La construcción teórica de Talcott Parsons le da mucha importancia a la política, ya que forma parte de su sistema social en lo que corresponde a la solidaridad entre los miembros de la sociedad. En su trabajo “La votación”, trata de resolver el problema que crea la aparente contradicción entre la individualidad y la racionalidad (Parsons, 1959, 1969). Parsons pretendió resolver la contradicción entre democracia y capitalismo. Según el profesor de Harvard, mientras que la democracia refleja los intereses de los ciudadanos como individuos llenos de prejuicios, desinformados y con intereses conflictivos, por otro lado, el capitalismo responde a una racionalidad cuyo fin es garantizar la ganancia.¹²

Creó haber descubierto la solución a las contradicciones sociales e, incluso, llegó a postular que el sistema estadounidense había logrado convertirse en el tipo ideal de organización política. Parsons, en forma muy parecida a Marx, teorizó con el fin de promover la acción (Alexander, 1995). A diferencia de Marx, sin embargo, su objetivo era encontrar la clave para establecer

¹² Parsons pretendía sintetizar la tradición sociológica europea en sus trabajos sobre el sistema social, diferenciando cuatro grandes sistemas, uno de los cuales –el sistema político– asume la función de establecer los fines y metas sociales.

un orden social estable capaz de extenderse *urbi orbe*. El epítome de ese nuevo orden social era precisamente Estados Unidos (Alexander: 98).¹³

A pesar de las sospechas que le despertaban los partidos políticos, Parsons creía que la existencia de los partidos políticos era funcional para dar impulso a los lazos solidarios que se producen en la base de la sociedad. La gente no se pregunta “para qué” hay que organizarse, sino más bien se plantea “con quién” se va a organizar. El ciudadano se identifica con su familia. A su vez, la familia tiene vínculos con los grupos primarios (etnia, trabajo, barrio, etc.) que forman una red solidaria en torno a problemas que comparten (Parsons, 1987, Anderson).¹⁴

Parsons reconoció la contradicción que generaba la selección popular de los líderes con la llamada “máquina” política en la cultura de Estados Unidos. La “máquina” en el sistema político estadounidense recoge, alinea y disciplina a la masa votante. En la medida en que presta un servicio estabilizador, su papel como promotora de los liderazgos no es cuestionada por Parsons. A pesar de la funcionalidad de la “máquina” y sus atributos, Parsons de todas maneras opinaba que era conveniente comenzar a desplazarla y reemplazarla por una instancia más legitimadora que recibió el nombre de “buen gobierno” (*good governance*).¹⁵

¹³ Parsons creía, en forma similar a Marx, que su teoría sociológica podría realizar importantes tareas ideológicas, no sólo explicarlas. Su teoría no sólo explicaría la inestabilidad social, podía contribuir al consenso político y al equilibrio social (Alexander, 98).

Partía del supuesto de que el poder tiene dos aspectos. Por un lado, es la fuerza que una nación, clase social o individuos pueden aplicar sobre otro más débil. Por el otro, es la legitimidad que las acciones de un grupo reciben de otros grupos. Para Parsons, poder es el producto de la adaptación, la integración y el mantenimiento de patrones.

¹⁴ Los partidos políticos son intermediarios en la solidaridad y el poder. Según Jeffrey Alexander, para Parsons la pertenencia a un partido concentra la solidaridad. Además, en esta noción partidista, cuando se hace campaña, todos los esfuerzos se centran en el candidato, su liderazgo, su capacidad para dirigir y para generar confianza.

Según Parsons, el votante no puede trocar su poder soberano, individual e inalienable. El individuo sólo puede darle su confianza al dirigente. Al fin y al cabo, el votante no actúa como un ser racional. Cuando actúa políticamente lo hace sobre la base de sus creencias. Alexander diría que, en este contexto, “el voto es un acto de fe” (Alexander: 90).

Parsons reforzaría este acto de fe al señalar que le resulta imposible al gobierno moderno admitir una participación directa de todos los ciudadanos por igual. Por consiguiente, surgen las instituciones representativas, en las que la libertad política se reduce a la selección de los principales líderes gubernamentales (Parsons, 1987).

¹⁵ Según Peters “la *gobernanza* es un término que ha venido ganando terreno en (Estados Unidos y sus agencias internacionales) los últimos años dentro de las discusiones especializadas sobre el sector público y las reformas administrativas [...] La gobernanza ofrece aumentar la legitimidad y la eficacia de las políticas públicas, al acercar el trabajo gubernamental a redes

El autor estaba convencido de que el partido no debería depender de un aparato profesional para asegurar la captura de votos. El secuestro de los partidos por los grandes “barones” capitalistas, en el periodo entre 1880 y 1930, fue rechazado por Parsons quien apoyó la eliminación del aparato o de la “máquina” que se apoderó de la política y tergiversó los fines racionales que perseguía, en apariencia, la sociedad.

Según Parsons, había que articular un acuerdo “cultural”, por encima de los intereses coyunturales, que resolviera los problemas políticos básicos. Se preocupaba por promover la noción de una cultura política común, que borrara las líneas partidistas. La estrategia eliminaría la necesidad de contar con intermediarios profesionales y, además, neutralizaría la posibilidad de que surgieran perdedores potencialmente peligrosos. El acuerdo cultural sería entre la clase que ejercía el poder político y que había tenido éxito en el campo económico.

Wright Mills

C. Wright Mills representó una generación de estadounidenses que se sentía frustrada con las ciencias sociales de su época controlada por los intereses del *establishment* y los teóricos de las universidades financiadas con contratos del Estado (W. Mills: 1963a). Para el sociólogo originario de Texas, las ciencias sociales de su tiempo reducían la realidad a un conjunto de funciones y correlaciones estadísticas que no podían explicar los procesos sociales generados por el desarrollo capitalista y el papel de las clases sociales de Estados Unidos.¹⁶

En su libro *La élite del poder* llega a la conclusión de que en Estados Unidos no existen partidos políticos. Por lo menos, no existen partidos como se les entiende en la literatura clásica de la ciencia política. Señala que “no hay partidos nacionales a los que pertenezcan los políticos profesionales que,

ciudadanas y de organizaciones sociales. Sin embargo, las implicaciones no tan positivas que la gobernanza puede traer consigo todavía no han sido analizadas a fondo”.

¹⁶ Mills tampoco se sentía cómodo con los análisis de los marxistas, quienes eran demasiado rígidos, incapaces de poner a prueba sus teorías contrastándolas con la realidad. Tenía, sin embargo, un especial respeto por Carlos Marx con quien coincidía en muchos aspectos. Wright Mills, sin embargo, era más que todo un discípulo de Max Weber, compartiendo la preocupación del sociólogo alemán por la falta de una “clase política” en Estados Unidos que pudiera darle dirección al país. Los análisis de W. Mills partían de los planteamientos de Weber quien percibía una estructura política dominada por los intereses de las cúpulas capitalistas frente a una clase política y una burocracia estatal dispersas sin proyectos de sustancia.

con sus debates, enfoquen los problemas de índole nacional de un modo claro, responsable y continuo” (W. Mills: 1963b).

Agrega que “los dos partidos políticos de Estados Unidos no son organizaciones centralizadas nacionalmente. Han funcionado como estructuras semifeudales, trocando su patronazgo y otros favores por votos y protección. El político menor cambia los votos de que dispone por una porción mayor de patronazgo y favoritismo. Pero no hay un jefe nacional y menos aún un líder responsable ante la nación en cada uno de los dos partidos” (Mills, 1963b: 239).

La pregunta que surge de inmediato es ¿cómo se organiza el sistema político estadounidense si no existen partidos políticos? Wright Mills señala que en el lugar de los partidos políticos, hay un “directorio político” que se articula nacionalmente y en forma jerárquica. Según Mills, “en los centros ejecutivos donde se toman las grandes decisiones no hay ahora políticos de partido profesionales, ni burócratas de profesión. Dichos centros se hallan en manos del directorio político de la élite del poder” (Mills, 1963b: 228). En Estados Unidos, afirma W. Mills, no existe carrera política ni carrera administrativa en el gobierno. “La represión del desarrollo de una burocracia administrativa en Estados Unidos se debe al sistema de compadrazgo de los partidos, que utilizan los puestos como indemnizaciones, entorpeciendo así la disciplina burocrática y haciendo imposible la selección de personal fundada en la competencia” (Mills, 1963b: 227).

Los consejos de gabinete, los altos funcionarios, los embajadores y los cargos más delicados de la administración y seguridad de Estados Unidos son ocupados por lo que Wright Mills llama “advenedizos” cuyos lazos con los partidos políticos son muy débiles, si es que existen. No hay forma de adiestrar, especializar o seleccionar cuadros políticos con capacidad de dirigir la política del país. “Ha faltado el prestigio o el dinero para atraer hombres de primera [...] Se ha recurrido a los advenedizos, es decir, a hombres extraños a la burocracia” (Mills, 1963b: 227). Estos son, en gran parte, ejecutivos (CEO) de las grandes trasnacionales que saben muy bien cuáles son los intereses del “directorio político” pero desconocen el funcionamiento de la burocracia y tienen ideas vagas sobre las necesidades del país.

Los partidos políticos en Estados Unidos tienen funciones limitadas a una escala local, debatiendo necesidades de los pequeños hombres de negocio y las demandas reivindicativas de obreros así como de aspectos puntuales (género, ambiente, etc.). Los partidos, según Mills, constituyen “una constelación de organizaciones locales, curiosa e intricadamente unidas con bloques representativos de distintos intereses. El miembro del Congreso es, por lo general, independiente de los jefes parlamentarios de su partido[...]

Los comités nacionales de cada partido importante se componen sobre todo de nulidades políticas”.

Mientras que los partidos pueden funcionar en el ámbito local, son totalmente inoperantes para enfrentar los problemas nacionales. Incluso, los enfoques de los dos partidos –cuando responden a las demandas populares como la política económica, la guerra y la paz y las cuestiones sociales– tienden a enredarse. “Las diferencias entre ambos partidos, en lo que se refiere a los problemas nacionales, son muy pequeñas y confusas [...] El político profesional no se ocupa de la línea nacional del partido, si es que existe. No se halla sujeto a una disciplina nacional de partido[...].”

La situación se hace aún más difícil cuando las demandas populares se encuentran en conflicto con los intereses del “directorio político”. El manejo de la opinión pública requiere un trabajo muy especial en los medios de comunicación y en los pasillos del poder. “Cuando los problemas fundamentales llegan al Congreso para su discusión suelen estar estructurados de tal modo que reducen el debate e incluso quedan pendientes de solución. Ante la ausencia de partidos sólidos y centralizados, es difícil constituir una mayoría en el Congreso”. Según Mills, no es extraño que el Congreso necesite con frecuencia una enérgica iniciativa presidencial para impulsar reformas legislativas que se refieren a problemas nacionales (Mills, 1963b: 241-242).

La “fracción hegemónica” o el directorio político ha logrado mantener a la clase capitalista muy unida y, además, ha dividido a los otros sectores de la sociedad estadounidense, en especial a la clase obrera. Añade Mills, los movimientos agrarios, los pequeños empresarios (y sus gremios) y la clase obrera han tenido éxitos parciales. Han fracasado, sin embargo, en forma rotunda en sus aspiraciones de constituir nuevos partidos políticos. Incluso, en los movimientos “contraglobalizantes” actuales que han logrado unir a todos los sectores no hegemonzados por el “directorio político” al que se refiere este autor, está muy lejana la posibilidad de constituir un nuevo partido político.

La rebelión agraria del último decenio del siglo XIX, la rebelión de los pequeños empresarios, que ha sido más o menos intermitente desde 1880 y la rebelión obrera de 1930, todas han fracasado y todas se han vencido. Fracasaron como movimientos autónomos (del pequeño propietario o del obrero organizado) que servirían de contrapeso al poder de la riqueza corporativa y han fracasado como tercer partido, políticamente autónomo”.

Mills menciona que,

los grupos dispersos (la pequeña propiedad rural-urbana, los obreros asalariados, los consumidores, los grupos de empleados) son incapaces de unirse entre sí y (terminan)

equilibrándose unos con otros, en un sistema de empate semiorganizado [...] Ninguno de ellos tiene oportunidad de llegar a los altos círculos, donde los advenedizos políticos de las corporaciones y la clase militar gobiernan con mano firme (Mills, 1963b: 252).

Según Mills, el actual sistema de partidos tiene su origen con el triunfo de los Estados de la Unión en la guerra civil de Estados Unidos de mediados del siglo XIX y a la legislación introducida de inmediato, favorable a los intereses corporativos.

La supremacía del poder económico corporativo se inició, de modo oficial, con las elecciones de 1866 y fue consolidado por la decisión de la Corte Suprema de Justicia en 1888, declarando que la Enmienda 14 (a la Constitución) no sólo protegía a las personas naturales, también protegía a las corporaciones. Con esa decisión de la Corte Suprema, el periodo presenció el traslado de toda iniciativa política del gobierno a la corporación (Edwards, 2002).

La interpretación que se le dio a la decimocuarta enmienda constitucional descentralizó el poder de los gobiernos y concentró el poder en las corporaciones, cada vez más poderosas. La interpretación de la enmienda 14 limitó –neutralizó– el poder de los gobiernos federal y estatales frente a los intereses de las corporaciones. La interpretación de la enmienda dispersó y desorganizó el poder público y consolidó los poderes de las corporaciones industriales y financieras cada vez más concentrados y entreteljidos. “Con ingresos mucho mayores y un número de empleados más grande que el de varios estados juntos, las corporaciones dominaban los partidos, compraban leyes y lograban neutralizar a los diputados [...] La élite económica anulaba a la élite política” (Mills, 1963b: 255).¹⁷

Según Stodola, el *New Deal* introducido en los años treinta modificó la forma en que las corporaciones y sus amigos en el sistema judicial interpretaban la Constitución. Había indicios de que las corporaciones serían

¹⁷ Según W. Mills la crisis capitalista que afloró en 1929 creó una nueva correlación de fuerzas que se reflejó de una vez en la estructura política y en el papel de los partidos políticos. La Corte Suprema introdujo una nueva jurisprudencia dándole menos poder a las corporaciones mediante una nueva interpretación de la enmienda 14. La estrategia del *New Deal* incluía a las organizaciones laborales en sus planes por lo que se comenzó a respetar sus reivindicaciones salariales y condiciones de trabajo. “En los años treinta los intereses agrícolas y los sindicatos obreros –junto con los grandes negocios– intervinieron en el drama político y administrativo del poder [...] dichos grupos ejercían presión y, al presionar unos contra otros y contra el sistema gubernamental y de partidos, ayudaban a moldearlo.

controladas por las instancias públicas. Sin embargo, el *nuevo trato* hizo que las corporaciones cambiaran de estrategia. En vez de mantener su ofensiva sobre la base de sus intereses corporativos sectoriales, las grandes corporaciones cambiaron de eje y elaboraron una “estrategia macroeconómica”. Las decisiones de la Corte Suprema que reconocían las reivindicaciones laborales comenzaron a tener efectos sobre las operaciones corporativas en la totalidad del país. Como consecuencia, las corporaciones combinaron la enmienda catorce (que podía defender sus intereses en los diferentes estados de la Unión) con las otras enmiendas constitucionales (especialmente la primera y la quinta) que podían ser aplicadas a escala nacional (Stodola: 2003).

A partir de los años sesenta, la Corte Suprema de Justicia de Estados Unidos le otorgó aún más poderes políticos a la red de corporaciones gigantes.¹⁸ Aplicando la primera enmienda, las corporaciones a partir de esta fecha tienen los mismos derechos que las personas naturales en materia de libertad de expresión, especialmente de libertad de expresión política. Incluso, se incorporó a la jurisprudencia la palabra “ciudadano corporativo” (Kaplan, 2003).

Según W. Mills, “la clave estructural de la élite del poder reside hoy en el sector económico”. Los directivos de las corporaciones son quienes toman las decisiones económicas y, también, quienes le dan sentido político a esas decisiones. Según W. Mills, Estados Unidos

es a la vez una economía de guerra permanente y una economía corporativa privada.¹⁹ El capitalismo estadounidense es ahora, en gran medida, un capitalismo militar [...] No son los políticos, sino los jefes de las empresas quienes consultan con los militares y proyectan la organización de los esfuerzos bélicos (Mills, 1963b: 259).

En ninguna parte de Estados Unidos existe una “conciencia de clase” tan clara como entre la élite. En ninguna parte se encuentra organizada de modo más eficaz

¹⁸ “*Since 1960 the Supreme Court has granted to corporate persons the right of free speech – especially political speech – under the First Amendment, protection against double jeopardy under the Fifth Amendment, the right to counsel under the Sixth Amendment, and the right to a jury trial under the Seventh Amendment. In other words, the Court has endorsed a counter-attack by property against the assertion of human rights by the public in general, and people of color and women in particular*” (Kaplan, 2003).

¹⁹ El sociólogo texano hablaba de una cúpula tripartita, donde los intereses económicos, políticos y militares se combinaban para mantener el poder. Los políticos, quienes se encuentran manejando los partidos políticos, serían el eslabón más débil. Para Mills, “hay tres círculos que integran la élite del poder: el corporativo, el militar y el político profesional. El político es quien más ha perdido [...] Al examinar los acontecimientos y las decisiones, sentimos la tentación de hablar de un vacío político, donde gobiernan la riqueza corporativa y el señor de la guerra, con intereses coincidentes” (Mills, 1963b: 260).

que en la élite del poder. (Hay bastantes divisiones importantes dentro de los partidos) pero más importantes que estas divisiones son la disciplina interna y la comunidad de intereses que unen a la élite (Mills, 1963b: 265-266).

Skocpol

A mediados de los años ochenta en la comunidad de las ciencias sociales de Estados Unidos, se produjo un fuerte temblor por la reaparición del concepto de Estado como objeto de estudio. Los años de la dominación teórica del funcionalismo y Parsons llegaban a su fin (*Skocpol: 1985*). Entre los científicos sociales más destacados de este movimiento estaba la profesora de sociología de la Universidad de Harvard, Theda Skocpol (Tanaka). El giro no pasó inadvertido en América Latina. El sociólogo Atilio Borón llama a esta nueva corriente que representa Skocpol, “el punto de inflexión que consagra el triunfal retorno del Estado a la Academia de Estados Unidos” (Borón: 264).

El trabajo de Skocpol también tuvo sus críticos por su ambigüedad frente al problema del Estado. Se criticó a Skocpol por ignorar la cuestión del poder. Además, no enfoca la relación asimétrica entre la clase capitalista y la clase obrera en Estados Unidos (Dumhoff, 1996, 2005).

El Estado “oligarca”

Skocpol percibe un creciente debilitamiento de los ideales estadounidenses en torno a las nociones de democracia. En su discurso, al tomar posesión de la presidencia de la Asociación Norteamericana de Ciencia Política, en 2004, señalaba que Estados Unidos tendía a dividirse cada vez más con motivo del aumento de la desigualdad en ingresos y en la pérdida de oportunidades. Concluía que “los ideales de la democracia se estancaron. Incluso, en algunas áreas quizá han retrocedido” (Skocpol: 2004).

Por otro lado, según Skocpol, los partidos políticos en Estados Unidos han definido mejor sus estructuras, comenzaron a depender menos de las “máquinas”, adquiriendo más respeto y aparentando ser más “responsables”. La nueva imagen que proyectan los partidos políticos responde a una vieja demanda de los medios de comunicación y de las capas medias. Todo indicaría que los partidos políticos se “limpiaron”, se alejaron de las prácticas de fuerza y la corrupción abierta. Sin embargo, el costo de estos cambios, “políticamente correctos” e ideológicamente coherentes, contribuyeron a políticas generadoras de más desigualdad” (Skocpol: 2005).

Su escepticismo es aun mayor cuando analiza los residuos de lo que fueron los movimientos populares que sacudieron la estructura política de Estados Unidos en los años sesenta y setenta. Desde aquella época se ha desatado una especie de reacción cuyos resultados se pueden observar 25 años más tarde. En la actualidad, dice, la participación política se ha vuelto “oligárquica”. El nuevo estilo de liderazgo político enfatiza la *expertise* de los dirigentes, la organización centralizada utilizando un sistema de “gerencia a distancia” y en el reclutamiento de representantes de las élites que se convierten en voceros de los ciudadanos en vez de hablar con ellos (Skocpol: 2003).

Skocpol insinúa que, a diferencia del nuevo estilo de liderazgo, la antigua “máquina” política de los *bosses* por lo menos movilizaba a la gente, activaba a la población para que se definiera políticamente, incluso, para que votara. En cambio, ahora se observa una creciente participación de los “privilegiados” que políticamente están mejor organizados para hacer valer sus intereses frente al gobierno. En contraste, ahora “la ciudadanía con ingresos bajos o moderados se expresa con un susurro” (Skocpol: 2004).

A Skocpol le llama la atención que los miembros del Partido Republicano son más afluentes que sus contrapartes del Partido Demócrata. Sin embargo, es aún más interesante el hecho que ambos partidos prefieren reclutar a sus promotores y contribuyentes electorales entre sus adherentes más ricos. Los republicanos se preocupan más por impulsar políticas que aseguren la “transferencia de ingresos hacia los sectores que ocupan las posiciones más altas en la escala económica”. Los demócratas tienden a adaptarse al nuevo “consenso conservador y terminan apoyando las políticas de transferencia de riqueza desde los estratos más pobres hacia los más ricos” (Jacobs y Skocpol: 2005).

Menos participación política

El impacto de la obra de Skocpol se hizo sentir con su análisis del debilitamiento creciente de la participación política de los estadounidenses. Este debilitamiento, además, es más sentido en los estratos más bajos de la sociedad.

Los avances realizados en materia de participación se concentran en los estratos más altos. Mientras tanto, los sectores con menos educación e ingresos medios o bajos han visto disminuir el número de asociaciones que comparten sus valores o que defienden sus intereses. Han desaparecido las organizaciones a las cuales pueden afiliarse los sectores con ingresos medios o bajos (Skocpol: 2003).

Durante decenios, de 1930 a 1970, las organizaciones sindicales se encargaban de politizar a sus miembros que se contaban entre los millones. Sin embargo, en la actualidad los sindicatos tienden a debilitarse y han perdido muchos miembros. Entre 1970 y principios del siglo XXI los sindicatos han perdido la mitad de su membresía. En aquella época, el 27% de los trabajadores estaba sindicalizado. En la actualidad, sólo el 13.5 % de los trabajadores son miembros de gremios laborales. Según Skocpol, la participación política de amplios sectores sociales en Estados Unidos depende de la capacidad de los sindicatos para darle vuelta a la prolongada pérdida de recursos y membresía.

Por otro lado, han hecho su aparición impactante en la vida política las organizaciones religiosas. Son organizaciones con fuertes vínculos con la base social (*grassroots*) del país. Lo interesante es que las iglesias cristianas están socializando a sus miembros en prácticas y hábitos políticos. La combinación de fundamentalismo con movilización política ha llevado a numerosos candidatos republicanos al triunfo, entre ellos a George W. Bush.

Según Skocpol, este proceso tiende a compensar la pérdida de agitación y educación política entre los sindicatos. Las iglesias cristianas fundamentalistas están contribuyendo con sus miembros a ocupar posiciones de liderazgo político. Sin esta participación, que proviene de la base, los sectores más afluentes probablemente monopolizarían las posiciones de liderazgo en el país. Las iglesias (especialmente las evangélicas cuyos miembros “renacen” en la fe cristiana, *New Born Christians*) se han convertido en escuelas políticas que inducen a sus feligreses a participar en política y, además, en partidos políticos (APSA: 2004).

A pesar de las contribuciones de las iglesias cristianas, la capacidad de los partidos políticos para movilizar votantes en las elecciones ha disminuido en forma significativa. En las elecciones presidenciales que se celebran cada cuatro años, los partidos políticos sólo pueden atraer a las urnas al 50% del electorado. En el caso de las elecciones “parlamentarias” (del Congreso), que se celebran cada dos años, sólo vota 33% del electorado.

Skocpol se inclina a pensar que el factor económico tiene un peso específico muy importante en la tradición política de Estados Unidos. En la medida en que la gente sube en la escala social se activa políticamente y es atraída por los partidos políticos. Las personas que se encuentran en la base de la estructura social son políticamente pasivas. Más aún, los partidos políticos no tienen programas o propuestas que pueda sumar a estos sectores. Subraya el hecho de que el 90% de las personas que pertenecen a familias con ingresos anuales que superan los 75 mil dólares emiten su voto en elecciones presidenciales. En cambio, sólo la mitad de las personas

pertenecientes a familias con ingresos inferiores a los 15 mil dólares, ejercen su derecho a votar (APSA: 2004).

El secuestro político

Skocpol señala que los partidos políticos estadounidenses han sido secuestrados por un conjunto de instituciones que se caracterizan por su falta de miembros. Son asociaciones que poseen largas listas de correos electrónicos que constituyen la “base social” que debe manejar el nuevo profesional de la política. En los últimos años se han creado miles de organizaciones no gubernamentales que son dirigidas por profesionales que cabildan ante el Congreso o prestan servicios sociales a una creciente clientela. ¿Qué pasará en el futuro, se pregunta Skocpol, si la tendencia continúa y los movimientos sociales desaparecen reemplazados por los nuevos profesionales de la política? Se está formando al nuevo ciudadano (2004).

Ya son muchos los grupos cuyo trabajo enfoca los derechos sociales y los valores públicos (ambiente y familia) dirigidos por profesionales que concentran su trabajo en atraer miembros con recursos económicos sin interesarles la movilización de los sectores populares. Al contrario, los profesionales se convierten en voceros de amplios sectores que son pasivos. Los partidos políticos, a su vez, no tienen interés en movilizar adeptos o nuevos miembros y se concentran en realizar campañas para recolectar fondos. Los sectores populares han sido desplazados de una activa participación popular y, como consecuencia, de representarse políticamente.

La autora plantea que los partidos políticos tienen que transformarse en vehículos capaces de servir de portadores de los intereses populares. Sin embargo, no es defensora de los planteamientos de aquellos que piden un retorno al mundo idílico de los activistas locales. Algunos ven en la idealización de Tocqueville la manera de entusiasmar a los activistas que trabajan promoviendo el “capital social”. Una estrategia de este tipo no compromete a la ciudadanía a asumir responsabilidades de importancia nacional o global.

Skocpol hace un llamado para rescatar a los partidos políticos estadounidenses. Señala que han sido secuestrados por una clase de profesionales, financiados por los sectores más influyentes del país. El debilitamiento de la democracia es el producto de la transformación de los partidos políticos en empresas con su nueva clase de gerentes que han neutralizado a sus miembros. El partido corporativo ahora tiene jefes muy educados y versados que responden a sus accionistas con triunfos electorales. Las derrotas son el producto de campañas de mercadeo electoral fracasadas y los nuevos

jefes corporativos son destituidos y reemplazados por otros profesionales (que pueden provenir del partido político que los derrotó).

Skocpol concluye que hay una relación directa entre lo que percibe como una tendencia hacia la disminución de la democracia y el incremento de la desigualdad económica en Estados Unidos. Las nuevas bases populares de extracción cristiana del Partido Republicano tienen sus (mega) iglesias para hablar de política y organizarse. En cambio, las redes de las viejas bases demócratas (sindicatos, clubes y logias) se han debilitado y, en muchos casos, han desaparecido.

LA HISTORIA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN ESTADOS UNIDOS

A diferencia de Europa y América Latina, Estados Unidos liquidó en forma temprana la cuestión agraria. La guerra de secesión (1861-1865) que enfrentó a los estados del norte con los del sur acabó con los terratenientes (esclavistas) y sus pretensiones políticas. En el caso de los granjeros que poblaron las planicies del oeste a lo largo del siglo XIX (desplazando a los pueblos aborígenes), su relación con las fuentes financieras y los intereses manufactureros del norte, los subordinó, desde un principio, al mercado en expansión. Los granjeros lograron tener una presencia partidista entre 1880 y 1920 cuando surgieron alternativas populistas que enfrentaron al sistema bipartidista.

La derrota de los sectores agrarios (esclavistas) en la guerra civil le dio carta blanca a los industriales, aliados con los granjeros del oeste y con sectores financieros, para moldear la nueva república. Este periodo transformador se extendió desde la guerra civil hasta la gran crisis de 1929. La clase obrera, a pesar de su creciente papel clave en el proceso de producción, fue siempre manipulada y reprimida por la alianza industrial-financiera-granjera (1870-1932). Con motivo de la gran depresión de 1929 y en medio de los preparativos de la segunda guerra mundial, el Partido Demócrata pactó con los representantes sindicales de los trabajadores para integrarlos al sistema político.

El pacto no fue, sin embargo, entre partidos políticos. El Partido Demócrata subsumió a las organizaciones sindicales que movilizaban a millones de obreros de una costa a otra. No hay que olvidar, tampoco, que los sindicatos estaban a la defensiva frente a los niveles de desempleo más altos de la historia estadounidense. El *nuevo trato*, concebido para sacar a la economía de la recesión, estableció un pacto político entre demócratas y obreros que

comenzó a dar sus frutos cuando Estados Unidos entró a la guerra contra Alemania y Japón.

El Partido Demócrata logró presentar un frente político común de industriales y obreros –con sus aliados granjeros– que duró desde la Gran Crisis de 1930 hasta el proyecto de la *gran sociedad* de Lyndon Johnson en los años sesenta. En ese pacto también estaban los viejos oligarcas del sur que vivían de los residuos de poder heredados del pasado. Entre los integrantes del pacto existían numerosos puntos de conflicto y desacuerdo. Los industriales, obreros y viejos oligarcas del sur sólo tenían en común su rechazo a la fracción financiera, a la cabeza del Partido Republicano, cuya política había llevado el país a la ruina en 1929.

El proyecto de crecimiento interno, del gran mercado nacional, ocupaba un lugar secundario en la agenda del Partido Republicano a principios del siglo xx. El Partido Republicano, con los sectores financieros a la cabeza, querían un gobierno al servicio de su expansión mundial. Era el partido que ganó la guerra civil y que también transformó a Estados Unidos en un país imperialista. Bajo su liderazgo (1875-1925), los gobiernos en turno compitieron a escala global con éxito por nuevos mercados, materias primas, territorios y fuerza de trabajo barata.

El Partido Republicano –en el que se encontraban tanto industriales como financistas, aliados con los granjeros– encabezó el pacto político antiobrero. A su vez, el Partido Demócrata, en el que aún encontraban refugio los esclavistas derrotados, no estaba en condiciones de pactar con las organizaciones obreras. Si el Partido Republicano tenía una policía muy bien entrenada para reprimir a los obreros en las grandes ciudades industriales del norte, el Partido Demócrata contaba con el kkk y otras organizaciones parapolicíacas para acabar con cualquier manifestación de rebelión en el sur.

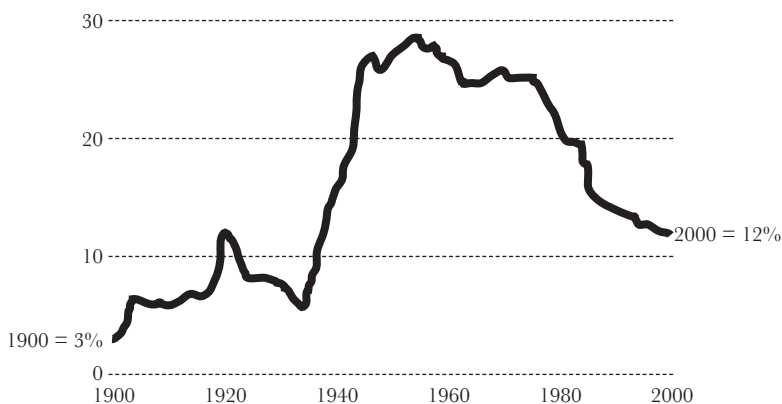
El giro se produjo después de la primera guerra mundial cuando los intereses industriales fueron obligados a buscar otro partido. El Partido Republicano se había convertido en instrumento de Wall Street y sus intereses a escala mundial. Sectores crecientes entre los industriales se sentían incómodos en el partido fundado por Lincoln. Los granjeros del medio oeste ya habían coqueteado con formar sus propios partidos sin éxito.

Antes de crear una tercera fuerza partidista, a fines de los años veinte, tanto industriales como granjeros pactaron con los residuos demócratas del norte y con los oligarcas del sur y se trasladaron al Partido Demócrata. La crisis financiera de Wall Street en 1929 también contribuyó en la medida en que desprestigió al Partido Republicano y empujó a la opinión pública hacia una nueva alternativa.

Para garantizar su capacidad electoral, la nueva alianza que se fue formando dentro del Partido Demócrata, subsumió a las organizaciones obreras a cambio de ofrecerle a los sindicatos participación en el poder. El pacto garantizó el triunfo electoral de F. D. Roosevelt en 1932 y su reelección por otros tres periodos sucesivos. La segunda guerra mundial puso fin a la recesión y consolidó la alianza populista. La sociedad del bienestar se produjo durante la posguerra y en el marco de la “guerra fría” con las políticas keynesianas aplicadas por gobiernos tanto demócratas como republicanos hasta 1980.

En Europa y América Latina, a diferencia de Estados Unidos, los pactos políticos con la clase obrera permitieron a los sectores capitalistas más avanzados neutralizar a las fuerzas políticas más conservadoras asociadas con los terratenientes y los remanentes eclesiásticos. Los pactos terminaron integrando al sistema los partidos que salían de las filas obreras. Es el caso de los partidos laboristas, socialdemócratas y socialistas que surgieron en Europa y América Latina. En el caso de Estados Unidos, después de años de enfrentamientos y represión sistemática, las organizaciones obreras fueron cooptadas directamente por el sistema bipartidista. En el decenio de los treinta las federaciones obreras se sumaron al Partido Demócrata una tras otra. La central única de trabajadores norteamericana –AFL-CIO– desde su consolidación en los años cuarenta se adhirió al Partido Demócrata.

GRÁFICA 1. AUJE Y DECLIVE DE LOS SINDICATOS. LOS MIEMBROS DEL SINDICATO COMO PORCENTAJE DE LA FUERZA LABORAL CIVIL



Fuente: Geoff Price, 2004, “Assessing the Vote and the Roots of American Political Divide”, en RationalRevolution.net.

Se aprecia en la gráfica 1, el ascenso de las organizaciones sindical-obreras entre 1930 y 1980, que lograron afiliar al 25% de los trabajadores durante ese periodo de medio siglo. Es la época dorada del sindicalismo obrero en Estados Unidos cuando se convierte en aliado del *establishment* y es incorporado al proceso político por el Partido Demócrata.

Según Colin Gordon, los años treinta se caracterizaron por el resurgimiento del Partido Demócrata y su nueva configuración de alianzas: populistas, sureños arruinados, sectores desafectos de la burguesía nacional (industrial) y la nueva cara: la clase obrera organizada (Gordon: 1998). Es el *nuevo trato* y la nueva correlación de fuerzas que dominó en Estados Unidos hasta la crisis de “sobreproducción” en el decenio de los setenta. La crisis de “acumulación” preparó la entrada en escena de la nueva cara populista del Partido Republicano en 1980.

La historia de Estados Unidos es de los partidos Demócrata y Republicano

¿Quién domina, quién manda, o quién gobierna en Estados Unidos? ¿Una red de comités políticos que se organizan en partidos para competir en elecciones como sostiene Duverger? ¿Un número plural de élites formadas por personas bien educadas en busca del “buen gobierno”, como plantea Parsons y sus discípulos? ¿Una élite del poder económica, política y militar que dirige a los partidos políticos, como diría W. Mills? ¿Una oligarquía –como puntualiza Skocpol– que cuenta con los mejores profesionales tanto para manejar con eficiencia los gobiernos como para promover los partidos políticos que legitimen el poder?

El estudio de los partidos políticos en Estados Unidos corre paralelo al estudio de las clases sociales y sus enfrentamientos en una formación social capitalista. Durante los últimos 150 años, el escenario político de Estados Unidos ha estado dominado, con sus altibajos, por los empresarios industriales y una facción financiera que han logrado extraer ganancias del trabajo de la clase obrera estadounidense e, igualmente, de trabajadores de todo el mundo.²⁰

²⁰ En su momento, Marx identificó tres clases sociales en la formación social inglesa a mediados del siglo XIX. Eran los terratenientes, los capitalistas y los obreros. Cada uno tenía sus intereses y se encontraban organizados para promoverlos. En el caso de Estados Unidos, los terratenientes esclavistas fueron derrotados y políticamente eliminados durante la guerra civil (1861-1865). La eliminación de la clase terrateniente le permitió a la clase capitalista enfrentar con éxito relativo a la creciente clase obrera.

En América Latina y en Europa, durante largos periodos, los capitalistas tuvieron que

A muchos les asombra la longevidad de los dos partidos que a la fecha movilizan fuerzas electorales en ese país. También llama la atención su flexibilidad e, incluso, su agresividad para superar obstáculos y dar giros aparentemente imposibles con el fin de conservar el dominio político de la clase empresarial.

El Partido Demócrata se remonta a principios del siglo XIX y el Partido Republicano a mediados de ese mismo siglo. Puede afirmarse que Tomás Jefferson (autor de la Declaración de Independencia de Estados Unidos en 1776 y presidente de 1801 a 1809) es el personaje mejor conocido ligado al surgimiento del actual Partido Demócrata. Por su lado, el presidente asesinado en 1865, Abraham Lincoln, es asociado con la fundación del Partido Republicano.

Según Duverger, en Estados Unidos el bipartidismo nunca fue amenazado seriamente. Los partidos evolucionaron desde la rivalidad entre los “próceres” Jefferson y Hamilton, el primero Demócrata-Republicano, defensor del derecho de los estados y el segundo federalista, promotor de los poderes centralizados de la Unión. La creciente contradicción entre norte (comercio y producción) y sur (esclavismo agrario), durante la primera mitad del siglo XIX, produjo un periodo de tensión entre quienes querían un ejecutivo fuerte y otros que defendían la autonomía de los estados.²¹

aliarse con los terratenientes para neutralizar a la pujante clase obrera. Tampoco faltaron otros momentos en que los capitalistas formaban alianzas con la clase obrera (populismo) para controlar a los terratenientes (tanto rurales como urbanos).

Las alianzas políticas reflejaban las estrategias a largo y mediano plazos de las clases sociales. En el caso de los terratenientes, su estrategia era conservar o aumentar sus rentas, proveniente de la clase capitalista del Estado. Sus partidos políticos tenían que articular estos intereses para legitimarlos y darles forma legal. La clase capitalista necesitaba aprobar una legislación que le permitiera expandir la productividad de sus inversiones y mantener los niveles de sus tasas de ganancia.

A su vez, los partidos obreros buscaban incrementar la masa salarial de su clase. La estrategia podía ser impulsada por la vía parlamentaria, que tuvo éxito relativo en Europa occidental. También podía promoverse por la vía de los movimientos sociales y las alianzas de clase obrero-campesinas (extra parlamentarias) que hacía presión sobre el Estado y, en algunos casos, le abrieron paso a las estrategias subversivas.

La expansión de la producción y el aumento de la productividad, promovida por el conjunto de los capitalistas, tenían que tomar en cuenta los intereses de las distintas “fracciones” de la clase capitalista. Además, los capitalistas se enfrentaban a la oposición de las otras clases en la medida en que no eran incluidos en los beneficios que arrojaba el proceso. En última instancia, el incremento de la productividad dependía, en gran parte, de la estabilidad interna y de la legitimidad social. Estabilidad y legitimidad que se reflejaba en el Estado.

²¹ La confusión provocó la disgregación de los federalistas y la aparición de los *Whigs* (“nacional-republicanos”), dirigidos por Clay y Adams enemigos de los demócratas de Jack-

La crisis estalló con la Guerra de Secesión (1861-1865) sin modificar sensiblemente el bipartidismo, que hizo su reaparición con los partidos Republicano y Demócrata. En la actualidad, los dos partidos ofrecen programas que proclaman como “verdad evidente” de toda sociedad humana la propiedad privada y, en el caso particular de Estados Unidos, “el destino manifiesto” (Prewitt y otros, 1985).²²

Desde la derrota de los estados confederados del sur a mediados del siglo XIX, la historia política de Estados Unidos ha sido la historia de los partidos Demócrata y Republicano (Bibby, 2004).²³ A muchos observadores les llama poderosamente la atención que en Estados Unidos no aparecieran partidos políticos populares.²⁴

son. Tanto demócratas como *Whigs* se consideraban seguidores ideológicos de Jefferson. Sin embargo, el caudillismo de Jackson conducía hacia un ejecutivo fuerte. En cambio, los *Whigs* proponían un Congreso fuerte con controles sobre el ejecutivo. La confrontación la perdieron los *Whigs* (que desaparecieron después de dos periodos presidenciales antes de la guerra civil) y se impuso el presidencialismo.

²² El Partido Republicano plantea que esta verdad evidente debe resguardarse mediante la imposición de valores conservadores, la represión de todo indicio de disidencia y una política exterior unilateral expansionista. En cambio, el Partido Demócrata plantea que los valores asociados con el capitalismo (la expansión del mercado de trabajo) deben imponerse mediante el convencimiento y la educación (de valores liberales). A su vez, la disidencia debe ser objeto de disuasión, cooptación y absorción. La política exterior debe ser dirigida hacia la expansión del mercado y acceso a recursos estratégicos mediante las alianzas y la diplomacia.

Esto no significa que los partidos políticos estadounidenses se ajustan a la letra de sus programas. El presidente demócrata de Estados Unidos entre 1932 y 1945, F. D. Roosevelt, fue el comandante en jefe del esfuerzo bélico más grande conocido en la historia, derrotando en dos frentes distintos a Alemania y a Japón. Los presidentes republicanos, Nixon (1969-1975) y Reagan (1981-1990), establecieron puentes diplomáticos con los presidentes Mao (de China) y Gorbachov (de la URSS), respectivamente.

²³ “The two major parties now dominate the presidency, Congress, the governorships, and the state legislatures. Every president since 1852 has been either a Republican or a Democrat, and in the post-World War II era, the two major parties’ share of the popular vote for president has averaged 94.8 percent. At the state level, all 50 governors were either Republicans or Democrats, and only 21 (0.003 percent) of more than 7 300 state legislators were elected as other than Republicans or Democrats. It is the two major parties that organize and dominate government at both the national and state levels” (Bibby).

²⁴ La ausencia de una organización política de la clase obrera en Estados Unidos, es consecuencia de una estructura social marcada por una asimetría en términos de poder entre trabajadores y capitalistas. Mientras que en Europa occidental y en América Latina, la burguesía industrial tenía que enfrentar a una poderosa reacción proveniente de los sectores conservadores compuestos por terratenientes y sus aliados, en Estados Unidos la derrota de los terratenientes (esclavistas) del sur en la guerra civil de 1861-1865 pavimentó el camino para que los partidos políticos estadounidenses no tuvieran que negociar con los trabajadores y los sectores populares.

El partido de los trabajadores en Estados Unidos

La historia del movimiento obrero en Estados Unidos ha sido muy sangrienta, marcada por una política sistemática de represión y persecución (Isserman). A diferencia de otros países capitalistas, los trabajadores tuvieron muy pocas oportunidades para organizarse sin ser reprimidos. Las coyunturas que en otros países se presentaban no surgieron en Estados Unidos. La única excepción fue la crisis financiera de 1929 que movilizó a sectores diversos de la sociedad para aislar a los republicanos especuladores que se habían adueñado de todas las instancias políticas del país. El crecimiento de los sindicatos a partir del decenio de los treinta fue espectacular, la participación de los trabajadores en los gobiernos locales creció en forma significativa y su bienestar fue objeto de preocupación en los más altos niveles. A pesar de ello, las instancias partidarias, junto con los sindicatos y el movimiento popular, en general, no pudieron organizar un partido político que se enfrentara a las poderosas maquinarias republicana y demócrata.²⁵

Los primeros partidos obreros

El Partido Socialista Laboral (SLP) fundado en 1876 fue el primer partido de los trabajadores en Estados Unidos Surgió de una larga tradición marcada

Otros teóricos plantean el mismo problema de otra manera. En Estados Unidos la apropiación del excedente generado por la clase obrera en la relación de producción se realizaba en forma directa, en la medida en que el capital no encontraba contrapesos en su relación con los trabajadores. Los terratenientes u otras clases rentistas habían sido liquidadas. La lucha por los excedentes era administrada en Estados Unidos mediante concesiones en el ámbito económico sin hacer concesiones en la esfera política. En el caso de Europa occidental, la dificultad por hacer concesiones en el ámbito económico (debido a la existencia del sector terrateniente improductivo) obligó a hacer las concesiones en la esfera política. En América Latina la inserción del trabajador en el proceso productivo sólo en el momento de la circulación lo hacía y lo sigue haciendo vulnerable tanto en el ámbito económico como en la esfera política (Marini).

²⁵ Maurice Isserman, *A Brief History of the American Left* (Democratic Socialists of America <www.dsausa.org>). "The (Socialist) party fell on hard times with the coming of the First World War. Pre-existing internal tensions were exacerbated by debates over the party's attitude towards American involvement in the war, followed by debates over whether (or how best) to support the Russian Revolution. Official repression of antiwar dissent led to the imprisonment of Debs and dozens of other Socialist leaders, while Socialist legislators were expelled from public office and the Socialist press was banned from the mails [...] By the mid-1950s, dozens of Communist Party leaders had been imprisoned under the Smith Act, while thousands of rank and file Communists were harassed by the FBI, dragged before Congressional investigating committees, denied passports, and in many instances fired from their jobs."

por el *Workingmen's Party*. En 1877 el SLP apoyó las huelgas ferroviarias que conmocionaron a Estados Unidos y logró ocupar puestos en varios consejos y asambleas locales y estatales. En 1892 fue el primer partido socialista que presentó candidatos a la presidencia de Estados Unidos. En ese periodo intentó, sin éxito, convertir a la Federación Laboral de América (AFL) en una organización obrera militante (Socialist Labor Party, 1990).

El programa del SLP, que llevaba el título de la Unión Industrial Socialista, fue preparado por Daniel de León, un marxista venezolano que había llegado a Nueva York vía Alemania. El programa planteaba la organización clasista de la sociedad, la desaparición del Estado, la democracia y la reorganización socialista de la economía.

A su vez, el Partido Social Demócrata (SDP) se fundó en 1898 bajo la dirección de Víctor Berger (nacido en Austria), quien sería posteriormente el primer congresista socialista de Estados Unidos. En su programa original incluía el establecimiento de colonias cooperativas socialistas. En su convención constituyente de 1898, el programa propuso constituir un partido con capacidad para competir con los partidos políticos capitalistas.

En 1900 el SDP lanzó la candidatura de Eugene V. Debs para la presidencia de Estados Unidos por primera vez. En aquella ocasión varios de sus candidatos triunfaron, incluyendo dos representantes a las Cortes Generales de Massachusetts.

El Partido Socialista de América, SPA

El SPA se formó en julio de 1901 cuando se unieron el Partido Social Demócrata (SDP) y un ala del Partido Socialista Laboral (SLP). A principios del siglo XX, el SPA tenía una fuerte representación en el movimiento sindical. En las elecciones de la AFL ganó el 33% de los votos. Igualmente, en 1912, Debs obtuvo el 6% de los votos para la presidencia de Estados Unidos. Los socialistas eligieron a un total de 1 200 personas a puestos públicos menores, incluyendo 79 alcaldes (Isserman).²⁶ El SPA se opuso a la primera guerra mundial lo que significó la persecución y el encarcelamiento de sus dirigentes, entre ellos a Debs.

²⁶ Isserman dice que en el periodo anterior a la primera guerra mundial el Partido Socialista tenía 120 mil miembros. Entre los alcaldes elegidos se destacaron los de Flint, Butte y Berkeley.

La Tercera Internacional

En enero de 1919 la Tercera Internacional de Trabajadores recién formada en Moscú invitó al Partido Socialista de América a afiliarse a la nueva organización y abandonar a la vieja Internacional Social Demócrata. El SPA era una organización relativamente sólida y tenía una representación significativa en los sindicatos de los estados más industrializados. La mayoría de los trabajadores miembros de los sindicatos era formada por inmigrantes de Europa que llegaron masivamente a Estados Unidos entre 1875 y 1925.

La invitación para formar parte de la nueva Internacional fue aceptada mediante un referéndum convocado por el Partido.²⁷ La mayoría de los comunistas eran trabajadores miembros de la central de Trabajadores Industriales del Mundo (*Industrial Workers of the World* [IWW]). Se calcula que, al formarse, la membresía del partido era de 12 mil militantes (Wiesbord, s/f).²⁸

La revolución rusa reclamó el compromiso de los socialistas estadounidenses quienes terminaron dividiéndose. La mayoría formó el nuevo partido comunista y los otros siguieron navegando en el SPA cada vez más debilitado. Como partido, el SPA desapareció definitivamente en 1956 convirtiéndose en un movimiento educativo.

Los progresistas y la campaña de Nader en 2000

La clase trabajadora de Estados Unidos fue derrotada en todas las batallas políticas del siglo XX. La derrota fue contundente, a pesar de las predicciones y las teorías sobre las contradicciones inherentes al desarrollo capitalista. Nuevamente, el problema no consiste en repetir en forma torcida el cliché de Marx sobre el desarrollo del capitalismo. Esta tesis hay que ponerla de cabeza. El fracaso de la clase obrera para organizar un partido que refleje sus intereses se debe al avanzado desarrollo capitalista de Estados Unidos. El cliché de que los países más atrasados tienen que verse en el “espejo” del más avanzado debe ser aplicado en forma rigurosa. Todo indica que en el siglo XXI serán más los países con formaciones sociales capitalistas avanzadas que evolucionen hacia sistemas bipartidista e incluso unipartidis-

²⁷ Sin embargo, los resultados no se dieron a conocer y no fue hasta agosto de 1919 que se convocó una convención extraordinaria en Chicago para resolver el conflicto. A pesar del esfuerzo surgieron dos partidos comunistas. No fue sino hasta mayo de 1921 que se logró reunir a las diferentes facciones en el Partido Comunista Unido (*United Communist Party*).

²⁸ Weisbord asegura que en 1924 el PC de Estados Unidos tenía unos 55 mil miembros.

ta. La formación social más avanzada le da a los capitalistas la ventaja de enfrentar una clase obrera políticamente más débil y sin aliados tácticos o coyunturales con quien organizar un amplio frente político.²⁹

Durante la primera mitad del siglo xx surgieron los llamados partidos “progresistas” que rechazaban las políticas conservadoras de los dos partidos tradicionales. Eran progresistas porque impulsaban programas que enfocaban problemas puntuales que debían ser atendidos en forma urgente. (Eran las versiones más parecidas a los partidos “radicales” que surgieron en los países latinos de aquel entonces en Europa y América).

En 1912 el ex presidente carismático, Teodoro Roosevelt creó el Partido Progresista con una bandera contraria a los monopolios e incorporando mucho antes de su tiempo la cuestión ambiental. En 1924 Robert Lafolette encabezó otro intento progresista con fuertes críticas a lo que llamaba partidos “oligárquicos”. En 1948, el ex vicepresidente Henry Wallace lanzó otra versión del Partido Progresista que se opuso a la incipiente política belicista de la “guerra fría”.

Con la excepción de Roosevelt, quien logró llegar en segundo lugar en la contienda electoral de 1912, las otras experiencias no tuvieron mucho éxito. En todos los casos, además, las experiencias fueron muy breves. “Los granjeros y los pequeños empresarios se organizaron y perdieron la batalla política para colocarse en una posición de liderazgo” (W. Mills: 1963c).

Los editores de *Monthly Review* (MR), revista socialista en la ciudad de Nueva York, vieron la campaña presidencial de Ralph Nader y el Partido Verde en 2000 como una señal de que el pueblo estadounidense y la clase trabajadora aún existen políticamente en Estados Unidos (The Editors, 2001). Para muchos, el Partido Verde es una continuación de la historia de los “progresistas”. Según la revista, “la campaña de Nader y el Partido Verde ha sido el fenómeno más extraordinario en la política de la izquierda en Estados Unidos

²⁹ Seymour M. Lipset y Gary Marks, celebran lo “excepcional” de la política en Estados Unidos pero no ofrecen una razón que lo explique. Según Lipset y Marks la preocupación la compartían Lenin, Trotsky y Sombart. Entre los teóricos marxistas, el social demócrata alemán August Bebel pronosticó en 1907 que “los estadounidenses serán los primeros en tener una república socialista”. El francés, Paul Lafargue, yerno de Marx, proclamó que “el país más avanzado industrialmente le muestra su propio futuro a los demás”. El marxista inglés, H. M. Hyndman, en 1904, también dijo que “tal como Estados Unidos es hoy el país económica y socialmente más avanzado, será el primero en que el socialismo encontrará expresiones abiertas y legales”.

Lipset y Marks también citan al marxista estadounidense, Daniel de León, quien dijo en una reunión de la Segunda Internacional de 1904 que “Estados Unidos es el teatro donde la cresta del capitalismo será cortada por la espada del socialismo”. En 1906 reiteraría, en una reunión de la iww, que “la profecía de Marx se cumplirá y Estados Unidos será el país que haga sonar la campana de la caída mundial del capitalismo”.

en muchos años”. Nader y su partido sacaron 3 millones de votos. Es decir, 3% del total. La última experiencia de este tipo, según esta publicación, en 1948, cuando un populista (Wallace) se presentó como tercer candidato, no tuvo el mismo éxito. “Si no existieran las encuestas y viendo el entusiasmo del público, dicen los editores, se podía llegar a la conclusión de que Nader podía ganar. Las multitudes eran dominadas por la juventud”.

La crisis de los partidos políticos en Estados Unidos

La crisis actual de los partidos políticos de Estados Unidos tiene una historia que se relaciona con la corrupción y la falta de participación popular en los procesos que caracterizan a la democracia. Existe, una creencia generalizada entre los estadounidenses de que en su país no existe corrupción política. Los medios sólo informan sobre la corrupción política en el resto del mundo. Por otro lado, creen que si existen casos de corrupción en Estados Unidos, son menores y limitados a casos aislados que se dan en los centros urbanos del país.

Los académicos en Estados Unidos admiten que hubo mucha corrupción en el siglo XIX, pero creen que a lo largo del siglo siguiente disminuyó significativamente. Según esta ideología generalizada, ya no hay corrupción política en Estados Unidos. El término no se utiliza y se habla, en su lugar, de “escándalos” (The Brookings Institution).

En 2000 las elecciones presidenciales fueron objeto de una manipulación abierta por parte de los miembros de uno de los partidos políticos participantes en la contienda (Minnite, 2007).³⁰ Mientras que el poder Ejecutivo y el poder Legislativo se mantuvieron al margen de la contienda electoral, la Corte Suprema de Justicia intervino con un fallo dividido a favor del candidato con menos votos. La indiferencia popular en 2000 fue complementada por la inoperancia total de la instancia electoral federal o estatal. Además, los partidos políticos mantuvieron un silencio cómplice, similar a otras crisis, como el asesinato de Kennedy, las escaladas ilegales durante la guerra contra Vietnam y el ataque contra las Torres Gemelas.

³⁰ La noticia sorprendió al mundo por dos razones. En primer lugar, por la arrogancia de quienes manipularon el proceso electoral, excluyendo a muchos ciudadanos y, a la vez, rompiendo las reglas del sistema creado para recabar los votos. En segundo lugar, con un movimiento rápido y eficaz el ganador de la elección nacional fue desplazado y declarado perdedor.

El mundo quedó aún más sorprendido cuando la violación de todos los principios del *buen gobierno* fue aceptada por el candidato víctima de la usurpación y legitimada por los medios de comunicación.

En la historia de Estados Unidos los robos de urnas, la manipulación de los resultados electorales y la corrupción, en general, han sido debidamente registrados. Abundan los casos estudiados en los circuitos, los distritos y los condados.³¹ También hay casos de gobernadores que han visto sus triunfos electorales esfumarse. Igualmente, existen estudios de cómo las curules han desaparecido al menor descuido (Watkins, 2007, Arnold, Summers).

El candidato del Partido Republicano, George W. Bush, durante su campaña en 2000, se dirigió a los principales contribuyentes diciéndoles que “hay quienes los llaman a ustedes la élite. Yo los llamo mi base” (“*This is an impressive crowd—the haves and have-mores. Some people call you the elite. I call you my base*”) (Tabb: 2006.)

En la campaña de 2000, los candidatos a la presidencia de Estados Unidos invirtieron 607 millones de dólares. Los candidatos para los puestos en el Congreso gastaron mil millones. Cada candidato a senador desembolsó un promedio de 7.4 millones y cada candidato a la Cámara de Representantes gastó en promedio un poco menos de un millón de dólares (Cantor). En 2008 las campañas de los candidatos presidenciales tienen gastos superiores a los 1 000 millones de dólares.

El aumento de los gastos en las campañas electorales se relaciona en forma inversa con la distribución de la riqueza en Estados Unidos. Según Tabb, entre 1979 y 1989, la concentración de toda la riqueza de Estados Unidos casi se duplicó. Mientras que en 1979 el 22% de la riqueza estaba en manos de sólo 1% de los estadounidenses, en 1989 pasó al 39% (Tabb: 2006).

III. LOS PARTIDOS POLÍTICOS DE ESTADOS UNIDOS EN EL SIGLO XXI

La evolución de los partidos políticos de Estados Unidos responde al desarrollo contradictorio del capitalismo en ese país. Sin embargo, los autores revisados así como otros, parecen coincidir en que el bipartidismo y la ausencia de partidos de la clase trabajadora son el producto de algo excepcional que caracteriza a Estados Unidos. A diferencia de los autores analizados, sostenemos que precisamente lo que parece excepcional de los partidos políticos estadounidenses es propio del desarrollo más avanzado del capitalismo en Estados Unidos.

³¹ Las tácticas de bajo fondo parecían haber disminuido en forma significativa en el siglo xx como resultado de los pactos de *buen gobierno* acordados por los sectores de mayor influencia en Estados Unidos (Arnold, Summers). ¿Qué pasó en 2000? ¿Qué papel juegan los partidos políticos?

La eliminación de la clase de terratenientes (esclavistas) del “sur” a mediados del siglo XIX, la incorporación al mercado de la clase de granjeros del “oeste” durante la segunda mitad del siglo XIX y la cooptación de las organizaciones obreras concentradas en el “norte”, durante la primera mitad del siglo XX, le dio al sistema político bipartidista coherencia y solidez. Es decir, siguiendo un proceso de coerción y consenso las alternativas para que surgieran nuevos partidos políticos fueron negadas.

La derrota de los terratenientes del sur (esclavistas) en 1865 los obligó —junto con sus aliados del norte— a negociar su reinserción en el sistema político (1876) desde posiciones de debilidad. El Partido Demócrata fue el vehículo político que sirvió a ese propósito. La oligarquía sureña abandonó el Partido Demócrata cien años después, en los años setenta, para integrarse al Partido Republicano.

De igual manera, los granjeros del “oeste” en el siglo XIX se sumaron al Partido Republicano en su guerra contra la expansión de los estados esclavistas y terminaron formando parte de una incómoda alianza con el gran capital industrial-financiero del norte. Sus esfuerzos por constituir partidos políticos representativos de los productores agrícolas a fines del siglo XIX y principios del siglo XX fracasaron.

Los granjeros carecieron de un mensaje con ribetes nacionales capaz de atraer otras clases. Estaban arrinconados sin poder hacer alianzas con otras clases o grupos sociales. Finalmente se incorporaron al Partido Demócrata como una expresión de protesta contra el gran capital financiero que dominaba al Partido Republicano.

Las organizaciones sindicales optaron por juntarse con oligarcas sureños, granjeros del oeste e industriales del norte en el Partido Demócrata en los años treinta. De esa manera se constituyó una aparente alianza que unió a todos los enemigos del gran capital financiero, supuesto responsable del hundimiento de Estados Unidos en la gran depresión. El *nuevo trato*, la segunda guerra mundial y la Gran Sociedad, periodo que se extendió durante más de cuatro decenios, significó prosperidad para la clase obrera estadounidense pero no una organización política propia.

La crisis de acumulación y los ajustes introducidos por el presidente Ronald Reagan, a partir de 1981, marcó la pérdida de influencia de los sindicatos organizados políticamente en el Partido Demócrata. En el sur de Estados Unidos todavía existen los “rebeldes”, residuos románticos del periodo de la guerra civil. En el oeste (“medio oeste”) aún cabalgan los “vaqueros” y en la clase obrera quedan bolsones “comunistas”. Los partidos políticos (el sistema bipartidista), sin embargo, los ha marginado e impuesto, en toda la

nación, un régimen de valores cuyo denominador común es la noción del mercado que subordina conceptos como democracia y libertad.

Todavía se debate si la crisis de sobreproducción y acumulación del capitalismo estadounidense de los años setenta marca el fin de su dominación en el mercado mundial. Hay quienes aseguran que es una crisis coyuntural.

La descolonización de los imperios, la recuperación de Europa occidental y el surgimiento de Asia oriental modificó sustancialmente las relaciones capitalistas globales. En la medida en que Estados Unidos no tomó nota de los cambios y continuó su carrera de producción y acumulación, no pudo evitar o mitigar la crisis. El keynesianismo llegó a su fin y Estados Unidos tuvo que lidiar con el resto del mundo para poner orden en casa. De país acreedor se convirtió en país deudor.

Los reajustes económicos iniciados en el decenio de los setenta, y aplicados con energía a partir del siguiente, pretendieron rescatar las tasas declinantes de ganancia mediante una reingeniería global no sólo de los fundamentos económicos (fin a la era de prosperidad industrial) y sociales (fin del Estado benefactor), sino también de las instancias de legitimidad política mediante una reestructuración de las alianzas dentro de los partidos. Los sureños y los “nuevos cristianos” se sumaron al Partido Republicano atraídos por el discurso conservador de los intereses financieros. En cambio, los “nuevos” demócratas (la era Clinton) perdieron a los trabajadores (*blue collars*) cuyas organizaciones y militancia comenzaron a disolverse. La reacción del Partido Demócrata se ha concentrado en la búsqueda de una “nueva” clase media de cuello blanco.

Incertidumbre y turbulencia

El siglo XXI se inauguró en Estados Unidos y, por extensión, a escala global en medio de la incertidumbre y la turbulencia. Las tesis liberales y marxistas —aunque antagónicas— de un desarrollo capitalista con un destino preestablecido sucumbió ante los hechos irrefutables (Beck, Jameson, Amin). La certeza fue reemplazada por la incertidumbre.

El nuevo orden global aparentemente no tiene centro ni dirección, tampoco logra identificar la contradicción principal del siglo XXI. La crisis de acumulación, el colapso de la URSS, el estancamiento de la economía japonesa y la constante insurrección del mundo marginal, son los problemas contemporáneos sin aparente solución política. El *establishment* de Estados Unidos y los partidos políticos se quedaron sin propuestas políticas.

En medio de la incertidumbre y de la turbulencia, en el decenio de los noventa, el presidente Clinton propuso su estrategia de un mundo “libre de fronteras” para la circulación de mercancías. La destrucción de Yugoslavia se transformó en símbolo del nuevo orden mundial. En el hemisferio occidental concretó NAFTA y lanzó ALCA.

En el primer decenio del presente siglo, Bush declaró “el fin de la historia” invadiendo a Afganistán e Irak. Al mismo tiempo, le declaró la guerra a un enemigo difícil de identificar —el terrorista— que aparece en las pantallas de televisión de cada hogar en videos amenazando al “mundo occidental”. Las nuevas “certezas”, presentes en la globalización económica y política se desmoronaron rápidamente.

La turbulencia se traduce en la inseguridad de los mercados. La declinación de Estados Unidos como centro productivo y el surgimiento de China como sustituto, generaron contradicciones cuyos efectos se sentirán a lo largo del siglo XXI. La interrogante que se plantea es ¿cuándo pasará el centro financiero del capitalismo mundial de Nueva York a Shanghai?

La incertidumbre y la turbulencia, con el tiempo, corroe las instituciones que legitiman la dominación. De igual manera, se cuestiona la hegemonía de una potencia que pierde su base económica y no garantiza solvencia financiera a escala global.

Los partidos políticos estadounidenses han definido sus posiciones frente a la incertidumbre y la turbulencia. La estrategia del Partido Demócrata implica establecer alianzas globales con las potencias emergentes.³² El Partido Republicano, por su lado, plantea una estrategia que implica ganar la mayor cantidad de terreno para poder negociar desde una posición de fuerza.

El estado de guerra proclamado por Bush respondió más a esta última estrategia que pretendió movilizar a los distintos sectores de Estados Unidos. Se supuso que los trabajadores se verían beneficiados con la creación de nuevos empleos. La clase media vería protegidos sus niveles de consumo. El fracaso de la estrategia se refleja en el rechazo a las guerras, a la *externalización* de empleos industriales y a la incompreensión de la “guerra contra el terror”.

El eje militar-industrial (denunciado en 1960 por el saliente presidente Eisenhower) que sirvió de base a la estrategia de hegemonía global después

³² Según Zbigniew Brzezinski, “*The imitation of American ways gradually pervades the world, it creates a more congenial setting for the exercise of the indirect and seemingly consensual American hegemony*” (Roclofs, 2007: 481). “La imitación de las costumbres estadounidenses poco a poco conquistan el mundo creando un escenario, que aparenta ser indirecto y consensual, más adecuado para el ejercicio de la hegemonía de Estados Unidos”

de la segunda guerra mundial (superioridad económica, cultural y militar), comenzó a perder su lustro. Los partidos políticos han tenido que modificar su retórica dirigida a la conquista del mundo a propuestas que respondan a las demandas creadas por la crisis económica interna.

Dominación y hegemonía

En su estudio sobre la democracia y la dictadura, Barrington Moore compara varios procesos políticos a lo largo de varios siglos que incluyen a Estados Unidos Acierta al señalar que las democracias parlamentarias sólo aparecen después de revoluciones triunfantes de la burguesía. Se refiere en forma directa a Inglaterra, Francia y Estados Unidos También menciona otras experiencias (Moore, 1976).

B. Moore pasa por alto, sin embargo, un elemento importante en su análisis para entender mejor los quiebres experimentados por el *ancian régime* y los estados parlamentarios que aparecieron en su lugar. Mientras que la “gloriosa” revolución inglesa del siglo XVIII y la revolución francesa del siglo XIX fueron seguidas por restauraciones; en Estados Unidos la revolución de 1776 fue seguida por la guerra civil, una transformación aún más radical. Moore llama a esta última –que cobró 620 mil vidas en los campos de batalla– la verdadera revolución estadounidense (Faust, 2008).

En Francia y Gran Bretaña las democracias parlamentarias del siglo XIX son ejercicios de equilibrio entre las fuerzas políticas que representan intereses capitalistas, precapitalistas e, incluso, poscapitalistas. Este fenómeno se reproduce en gran parte de Europa occidental, incluyendo a España donde el franquismo le aseguró a los conservadores, en forma tardía (siglo XX), su papel en las Cortes. La excepción podría ser Alemania donde la segunda guerra mundial destruyó la base *junker* (terrateniente) de los conservadores.

En Estados Unidos la clase capitalista prácticamente no ha tenido contrincante en su ejercicio del poder político y en su política de subordinación sobre los productores independientes y la clase obrera. Desde la guerra civil hasta principios del siglo XXI, la agenda del Partido Republicano ha sido hegemónica. Las propuestas programáticas del Partido Demócrata, en cambio, son correctivos en la medida en que la agenda del Partido Republicano pierde contacto con la realidad.

Desde la guerra civil (hace 144 años), el Partido Republicano ha estado en el poder durante 92 años (23 periodos presidenciales). Los demócratas han dominado el escenario con sus líderes durante 52 años (13 periodos).

Los demócratas llegan al poder para controlar los daños (*damage control*) del Partido Republicano. Son los casos de presidentes demócratas como Cleveland (quien a fines del siglo XIX hace campaña contra los abusos de los *Robber Barons*), Wilson (a principios del siglo XX se enfrenta a los monopolios), F. D. Roosevelt (elegido en 1932 se enfrenta al colapso financiero de la economía global), Carter (en 1976 propone una política de recuperación ética después de la derrota en Vietnam) y Clinton (en 1990 le recuerda a los republicanos que el problema es “¡la economía, estúpido!”) (Veblen, Schlesinger).

¿Son los partidos políticos en Estados Unidos la expresión de la dominación clasista, de las élites o el buen gobierno, con sus respectivos proyectos? ¿Tienen esos proyectos una expresión en los procesos de producción y acumulación? ¿Cómo se articulan esos proyectos a las expresiones ideológicas del populismo agrario, el socialismo, la cuestión étnica y los fundamentalismos religiosos? Los proyectos también se expresan en la instancia jurídica mediante el control de las cámaras del Congreso, de estados de la Unión, de la burocracia, etcétera.³³

En el siglo que se extiende de 1870 y 1970, surgieron dos fenómenos que marcaron el desarrollo de los partidos políticos en Estados Unidos. Por un lado, la expansión internacional capitalista competitiva (imperialismo) que multiplicó la productividad e incorporó de distintas maneras a regiones enteras del planeta a las pautas de consumo y a la participación electoral. Por otro lado, creó en su propio patio las condiciones para establecer el “buen gobierno”, ideología que lucha por legitimar la dominación clasista con la mediación política de los partidos que se enfrentan periódicamente en torneos electorales.

La crisis de sobreproducción capitalista (disminución de la tasa de ganancia capitalista) y el fin de la sociedad del bienestar (estancamiento de la productividad), han sometido a los partidos políticos a fuertes presiones para redefinir sus estrategias. El siglo XXI se inició con el Partido Demócrata tratando de consolidar su nueva cara de clase media (*white collar*), dejando atrás los pactos con las organizaciones sindicales, capaz de arrebatarle el

³³ El Partido Demócrata administró la Guerra de los Treinta Años (como llama Wallerstein las dos guerras mundiales del siglo XX) que le arrebató a Inglaterra su hegemonía global y aplastó las pretensiones alemanas de ser *primus* entre pares. ¿Se ha convertido Estados Unidos en *primus* sin pares en el siglo XXI? ¿Cuánto tiempo puede durar esta extraña transición? ¿Cómo se resolverá? ¿Tendrá alguna de las fracciones capitalistas estadounidenses la capacidad de articular, en el marco de los partidos políticos, las alianzas necesarias para navegar en estas aguas “turbulentas”? (la pregunta de Arrighi puesta en un contexto político).

centro político a su contrincante. A su vez, el Partido Republicano estableció su pacto conservador sobre la base de una incómoda cohabitación entre los financistas de Wall Street, la “vieja” oligarquía arruinada del sur y el movimiento fundamentalista cristiano. La difícil tarea de legitimar su dominación (hegemonía a la Zbigniew Brzezinski) mediante el proyecto del “buen gobierno” se dificulta cada vez más con la crisis de acumulación. Todo indica que los cambios seguirán provocando más fraudes electorales y, al mismo tiempo, mayores pérdidas de libertades civiles.

La afirmación de Roosevelt que encabeza este artículo, tiene hoy más validez que nunca en Estados Unidos: *We have nothing to fear but fear itself* (“No tenemos nada que temer, salvo el propio miedo”).

REFERENCIAS

- Alexander Jeffrey, C., 1995, *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial*, Barcelona, Gedisa.
- Almond, Gabriel y Sydney Verba, 1965, *The Civic Culture*, Boston, Little Brown.
- American Political Science Association (APSA), 2004, *American Democracy in an Age of Rising Inequality*, Task Force on Inequality and American Democracy.
- Amin, Samir, 2003, *Obsolescent Capitalism*, London, Zed Books.
- Arnold Peri, E., *Democracy and Corruption in the 19th Century US: Parties, “Spoils” and Political Participation*, Notre Dame, U. of Notre Dame, <http://AmericanDemocracy.nd.edu/working_papers>.
- Arrighi, Giovanni, 2007, *Adam Smith en Pekín*, Madrid, Akal.
- Arrighi, Giovanni y Beverly Silver, 2001, *Caos y orden en el sistema mundo moderno*, Madrid, Akal.
- Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo*.
- Bibby, John F., 2004, *Elections 2004. Political Parties in the United States*.
- Borón, Atilio, 2003, *Estado, capitalismo y democracia en América latina*, Buenos Aires, CLACSO.
- The brookings institution, 2004, *Event Summary: Political Corruption in the United States and Around the Globe*, 28 de abril, brookings.edu/topics/corruption.
- Buxton, William, 1985, *Talcott Parsons and the Capitalist Nation-State*, Toronto, University of Toronto Press.
- Cantor, Joseph E., *The State of Campaign Finance*, Wahington, USINFO, <[usinfo.state.gov/products/pubs/election04/campaign\\$.htm](http://usinfo.state.gov/products/pubs/election04/campaign$.htm)>.
- Chesnais, François, *La irracionalidad fundamental del capitalismo está en el núcleo de la crisis planetaria (I)*, <Argenpress, www.attacmadrid.org/d/8/070602132011.php>.
- Domhoff, G. William, 1996, *State autonomy or class dominance? Case studies on policy making in America*, Hawthorne, NY, Aldine de Gruyter.
- Domhoff, G. William, 2005, *The Death of State Autonomy Theory: A Critique of Skocpol's*

Protecting Soldiers and Mothers, <sociology.http://ucsc.edu/whorulesamerica/theory/skocpol>.

Duverger, Maurice, 1961, *Los partidos políticos*, México, FCE.

Edwards, Jan, 2002, "Challenging Corporate Personhood Corporations, the U.S. Constitution, and Democracy An interview", *Multinational Monitor Magazine*, octubre-noviembre.

Ehrenberg, John, 1999, *Civil Society: The Critical History of an Idea*, Nueva York, New York University Press.

Evans, P., D. Rueschemeyer y T. Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge, Cambridge University Press.

Gilpin, Faust Drew, 2008, *This Republic of Suffering*, Nueva York, Knopf.

Gordon, Colin, 1998, "Why No Corporatism in the United States? Business Disorganization and its Consequences", *Business and Economic History*, otoño, volumen 27, núm. 1, Univeristy of Iowa.

Hamilton, Alexander, James Madison y John Jay, 1988, *The Federalist Papers*, Nueva York, Bantam Books (Introducción de Garry Wills).

Isserman, Maurice, *A Brief History of the American Left* (Democratic Socialists of América, <www.dsausa.org>).

Jacobs, Lawrence R. y Theda Skocpol (eds), 2005, *Inequality and American Democracy: What We Know and What We Need to Learn*, Nueva York, Russell Sage Foundation.

Jameson, Fredric, 2000, "Globalization and Political Strategy", *New Left Review*, vol. 49, núm. 4.

Kaplan, Jeffrey, 2003, "Birth of the White Corporation", *By What Authority*, vol. 5, núm. 2, Spring.

Lipset, Seymour M. y Gary Marks, 2000, *It Didn't Happen Here: Why Socialism Failed in the United States*, Nueva York, W. W. Norton.

Mansbridge, Jane, 1983, *Beyond Adversary*, Chicago, University of Chicago Press.

Marini, Ruy Mauro, 1974, *Dialéctica de la dependencia*, México, Era.

McConnell, Grant, 1966, *Private Power and American Democracy*, Nueva York, Knopf.

Mertes, Tom, 2007, "Lavar la cara de Jackson", *New Left Review*, núm. 42, enero-febrero, pp.122-130.

Mills, C. Wright, 1963a, *La imaginación sociológica*, México, FCE.

_____, 1963b, *La élite del poder*, México, FCE.

_____, 1963c, "The Structure of Power in American Society", *Power, Politics and People*, Nueva York, Ballantine Books.

Minnite, Lorraine C., 2007, *An Analysis of Voter Fraud in The United States*, Nueva York, Demos. A Network for Ideas and Action.

Moore, Barrington, 1976, *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Barcelona, Península.

Nimtz, August, "Democracy in America: Two Perspectives (Marx and Tocqueville)", cap. 1 de *Marx and Engels: Their Contribution to the Democratic Breakthrough*, <www.iefd.org>.

Nye, Joseph S., 2008, "Estados Unidos: cómo recuperar el poder inteligente", *El País*, 2 de enero.

- Parsons, Talcott, 1959, "Voting and the Equilibrium of the American Political System", E. Burdick y A. Brodbeck (ed.), *American Voting Behavior*, Nueva York, Free Press.
- Parsons, Talcott, 1969, *Politics and Social Structure*, Nueva York, Free Press.
- Parsons, Talcott, 1987, *El sistema de las sociedades modernas*, México, Trillas.
- Parsons, Talcott y Neil Smelser, 1956, *Economy and Society: A Study in the Integration of Economic and Social Theory*, Glencoe, IL, The Free Press.
- Peters, B. Guy, 2005, "Gobernanza y burocracia pública: ¿Nuevas formas de democracia o nuevas formas de control?", *Foro Internacional*, vol. XLV, núm 4 (182), octubre-noviembre.
- Polanyi, Karl, (1988), *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta.
- Prewitt, K., S.Verba y R. Salisburg, 1987, *Introduction to American Government*. 5ª ed. Nueva York, Harper and Row.
- Price, Geoff, 2004, "Assessing the Vote and the Roots of American Political Divide", <RationalRevolution.net>.
- Roclofs, Joan, 2007, "Foundations and Collaboration", *Critical Sociology*, pp. 479-504.
- Rueschemeyer, D. y T. Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Schlesinger, Arthur M., 2003, *The Crisis of the Old Order, The Age of Roosevelt*, vol. I, Nueva York, Houghton Mifflin.
- Skocpol, Theda, 1985, "Bringing the State Back In, Strategies of Analysis in Current Research", P. Evans.
- _____, 2003, *Voice and Inequality: The Transformation of American Civic Democracy*, APSA Presidential Address.
- _____, 2004, *Diminished Democracy: From Membership to Management in American Civic Life*, University of Oklahoma Press.
- Socialist labor party, 1990, "Socialism in the U.S. From Utopia to Science", *The People*, 22 de septiembre.
- Stodola, Sarah, 2003, "I'm a Person, Too, You Know: How Corporations Stole our Identities", *Me Three, an online literary journal*, noviembre.
- Summers Mark, 1993, *The Era of Good Stealings*, Nueva York, Oxford University Press.
- Tabb William K., 2006, "The Power of the Rich", *Monthly Review*, julio-agosto, vol. 58, num. 3, Tanaka The Editors (los editores), 2001, "The Nadar Campaign and the Future of US Left Electoral Politics", *Monthly Review*, vol. 52, num. 9, febrero.
- Truman David, 1951, *The Government Process*, Nueva York, Knopf.
- Veblen Thorstein, 1923, *Absentee Ownership*, Nueva York, B. W. Huebsch.
- Vidal Gore, 2006, "Bush ha explotado el 11-S para aplicar una política sicótica", Despacho de AFP desde Los Angeles, 16 de octubre.
- Wallerstein Immanuel, 2005, *La decadencia del poder estadounidense*, México, Era.
- _____, y E. Balibar, 1988, "Prefacio", *Raza, nación y clase*, Madrid, IEPALA.
- Watkins Thayer, 2007, *Political Bosses and Machines in the US*, San Jose State University, Department of Economics, applet-magic.com.
- Wiesbord Albert, *Passaic Reviewed*, <www.weisbord.org>.
- Wood Ellen Meiksins, 2000, *Democracia contra capitalismo*, México, Siglo XXI Editores.
- Wright Erik Olin, 1979, *Class, Crisis and the State*, Londres, Verso.

ESTADOS UNIDOS: HEGEMONÍA Y LEGITIMACIÓN IDEOLÓGICA

JORGE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ

Entre los temas que durante los últimos años reciben renovada atención por las ciencias sociales, ocupadas en los estudios internacionales, el concerniente a la hegemonía es de los abordados con mayor reiteración. Así ocurrió cuando en los años ochenta, ante la crisis múltiple que afectó a la sociedad estadounidense, pasó a un primer plano el esfuerzo por lograr la restauración hegemónica. También sucedió cuando, en el siguiente decenio, ante el desplome del socialismo europeo, junto a la certeza de su capacidad militar y mediática, Estados Unidos consideró recuperada la hegemonía perdida. La centralidad del tema reaparece en el ulterior decenio, cuando la crisis, consecuencia de los ataques del 11 de septiembre de 2001, replantea el debate acerca de los límites y alcances de la hegemonía de Estados Unidos.

La atención que recibe la cuestión de la hegemonía, se vincula casi siempre a los análisis sobre el imperialismo estadounidense contemporáneo y, sobre todo, a dos dimensiones específicas de ese fenómeno, es decir, la económica y la militar, especialmente cuando se examinan los procesos estructurales internos de Estados Unidos o su proyección exterior.¹ El énfasis suele recaer en cuestiones como la crisis o recuperación de legitimidad y confianza en el ámbito doméstico; la pujanza o deterioro de su economía, su capacidad competitiva (superioridad o debilidad) frente al resto de las potencias capitalistas; la fortaleza tecnológica y militar, en un escenario mundial como el actual, en el que Estados Unidos aún impone (en medio de contradicciones y límites, en ocasiones apelando a alianzas o coaliciones) su hegemonía.² Empero, el tema

¹ Criterios sugerentes y bien documentados aparecen, por ejemplo, en Carlos Eduardo Martins, “Los *impases* de la hegemonía de Estados Unidos. Perspectivas para el siglo XXI”, Marco A. Gandasegui hijo (coord.), *Crisis de hegemonía en Estados Unidos*, Siglo XXI Editores-GLACSO, México, 2007; María Do Conceicao Tavares, cabecabe, “La recuperación de la hegemonía norteamericana”, *Ensayo Brasileño Contemporáneo* (selección y presentación de Emir Sader y Paulo Gentili), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005; y Kostas Vergopoulos, “La hegemonía mundial cuestionada”, *Estudios Latinoamericanos*, edición especial 45 aniversario del CELA, enero-diciembre, UNAM, México, 2005.

² Existe una amplia bibliografía sobre el tema, que podría clasificarse según dos enfoques: la que se inclina hacia la argumentación de la declinación hegemónica, y otra a favor de la consolidación de la hegemonía de Estados Unidos. Atilio Borón es de los autores que con ma-

disto mucho de estar agotado. Ni siquiera existe un criterio establecido en términos de su aceptación unánime, y a menudo tampoco mayoritaria, acerca de su alcance conceptual o de sus grados de expresión.

Como lo sugiere Gandasegui (2007), se trata de un concepto de viejo cuño en el pensamiento social, que recibe tratamientos heterogéneos y hasta contrapuestos, troquelándose como fenómeno real bajo los condicionamientos históricos de una u otra etapa, y dando lugar, como objeto del conocimiento científico, al planteamiento de ángulos interpretativos y problemas de investigación diferenciados, requiriéndose avanzar aún en el discernimiento analítico del entramado en que se inserta. En sus palabras, se trata de un asunto que

tiene una larga historia que se inicia con los griegos antiguos y pasa por Lenin [...] La noción de hegemonía no puede desentenderse, en la actualidad, de conceptos como globalización y neoliberalismo. Estas nociones han dominado los trabajos teóricos de los científicos sociales en los últimos dos decenios. Igualmente, el concepto de imperialismo ha retornado con fuerza para dar cuenta de procesos sociales que caracterizan el mundo a principios del siglo XXI.

Y tras ese resumen, Gandasegui llama la atención sobre lo imperioso que resulta “estudiar las estructuras creadas por Estados Unidos para ejercer su hegemonía mundial a partir de la segunda mitad del siglo XX”, y puntualiza el eje de las indagaciones en curso: “la pregunta que surge de inmediato es cuán sólidas se encuentran esas estructuras hegemónicas y si se puede hablar de una crisis de hegemonía, entendiendo crisis como cambio”.³

En el pensamiento crítico ha ganado espacio el enfoque que hace suyo el significado de la cultura cuando se aborda el estudio de la hegemonía, retomando la interpretación gramsciana, al advertir que el ejercicio de ésta se completa precisamente en dicha esfera, la de la cultura, y al destacar la importancia de la legitimación ideológica del consenso, como elemento imprescindible para entender que la condición hegemónica conlleva una dominación cultural que refuerza al resto de las dimensiones o esferas, como la económica, la política o la militar.⁴ Numerosos y conocidos son los trabajos

por dedicación ha intentado sistematizar el análisis de las diferentes perspectivas. Una revisión de la literatura se encuentra en Gandasegui (coordinador), “Crisis de Hegemonía de Estados Unidos en el siglo XXI”, *Tareas*, núm. 120, mayo-agosto, CELA, Panamá, 2005.

³ Marco A. Gandasegui, hijo (coordinador), “Presentación”, *Crisis de hegemonía en Estados Unidos*, ed. cit., pp. 15-17.

⁴ En los medios académicos de América Latina se registran estudios elaborados por ex-

y autores que se inscriben en este expediente científico.⁵ En determinados ámbitos geográficos, como el configurado por la relación entre Estados Unidos y América Latina, el análisis de la hegemonía es también una suerte de constante o recurrencia temática. Y casi siempre, el énfasis se coloca en el ángulo económico o en las cuestiones de seguridad nacional.

La premisa en que descansan estas notas comparte la idea de que Estados Unidos se halla inmerso en un proceso de reacomodo o transición hegemónica, por lo que sus cuotas de poder están redefiniéndose en el contexto de los cambios en el sistema internacional pero —para expresarlo con rapidez aun a riesgo de esquematizar— sin traumas inmediatos que afecten dramáticamente su capacidad política, militar, tecnológica, ideológica y cultural.⁶ Se trata de un proceso “de reconfiguración del orden mundial que tiene como rasgo característico principal el dominio político militar del imperialismo estadounidense sobre el resto de la sociedad internacional, siguiendo un proyecto que no se agota únicamente en este rasgo”.⁷

El presente texto no se ocupa, empero, de la hegemonía como tal, sino de su legitimación cultural. No pretende examinar el ejercicio hegemónico de Estados Unidos en circunstancias específicas ni a la luz de indicadores económicos, técnico-productivos o bélicos. Más bien intenta colocar su comprensión en el proceso global de desarrollo histórico de esa nación

ponentes del pensamiento crítico que reconocen la importancia de la dimensión cultural, si bien la estudian desde el ángulo de los propios países latinoamericanos, como parte de la lucha contrahegemónica, pero son escasos los trabajos que dirigen la mirada a la sociedad y la cultura estadounidense.

⁵ Como lo manifiesta Néstor Kohan, “hegemonía no sólo es consenso (como algunas veces se piensa con una trivialización socialdemócrata del pensamiento de Gramsci), también presupone violencia y coerción sobre los enemigos. Para Gramsci no existe ni el consenso puro ni la violencia pura. Las principales instituciones encargadas de ejercer la violencia son los estados (policías, fuerzas armadas, servicios de inteligencia, cárceles, etc.). Las instituciones donde se ejerce el consenso forman parte de la sociedad civil (partidos políticos, sindicatos, iglesias, instituciones educativas, asociaciones vecinales, medios de comunicación, etc.). Siempre se articulan y complementan entre sí, y predomina una u otra, según la coyuntura histórica”. Néstor Kohan, *Fetichismo y hegemonía en tiempos de rebelión*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 7.

⁶ Consúltense, entre otras fuentes, Atilio Borón, “Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional”, *Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales*, Buenos Aires, CLACSO Libros, 2004, p. 148, así como los trabajos de Orlando Caputo, Carlos Eduardo Martins, Marco A. Gandásegui e Immanuel Wallerstein contenidos en Marco A. Gandasegui hijo (coord.), *Crisis de hegemonía en Estados Unidos*, Siglo XXI Editores-CLACSO, México, 2007.

⁷ Carlos Alzugaray Treto, “Crisis de hegemonía y orden mundial: la relación Estados Unidos-América Latina”, Jorge Hernández Martínez (coord.), *Los Estados Unidos a la luz del siglo XXI*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008, p. 353.

desde la óptica de los condicionamientos que la cultura política de Estados Unidos produce en sus proyecciones como formación social (dentro y fuera de ésta), que podrían calificarse como de *hegemonías*. Es decir, tomando como referencia el impacto en la conformación del consenso interno de los componentes más gruesos de la cultura política: la ideología (como expresión teórica sistematizada de intereses de clase) y la psicología social (en tanto reflejo no sistemático, basado en la conciencia habitual o común, del conjunto de relaciones sociales que conforman la vida cotidiana).

En otras palabras: se trata de analizar sólo la funcionalidad que la cultura política ha desempeñado desde el punto de vista histórico como legitimación de la hegemonía estadounidense, en la medida que ha suministrado las bases ideológicas y psicológicas para su sostenimiento, justificación y adecuación doctrinal o teórica, propiciando el consenso doméstico y argumentando la necesaria “defensa” de la seguridad en el plano externo.⁸ En muchos casos apelando a la coerción, a un componente de violencia institucionalizada que se expresa de manera constante durante el periodo de guerra fría y aun con posterioridad a éste, extendiéndose hasta los comienzos del actual siglo. Esa argumentación, si bien consiste en una construcción que toma como referente el entorno mundial, no hace sino complementar la misma racionalidad que apuntala ideológica y psicológicamente el consenso en la sociedad estadounidense. Autores como Edward Said habían llamado la atención respecto al significado que poseen tales aspectos, relaciones y procesos, como reveladores de una intimidad que entrelaza la cultura y al sistema político estadounidense, desmontando analíticamente los vínculos entre las decisiones políticas, los intereses económicos y la actividad de los círculos académicos de la extrema derecha de Estados Unidos, en el entorno posterior a los ataques del 11 de septiembre de 2001.⁹ Así, han contribuido a descodificar la lógica oculta tras la retórica que llamaba a

⁸ El presente análisis hace suya la concepción de hegemonía que también se refiere a la capacidad para crear símbolos que atraviesan culturas y formaciones sociales, y enfatiza sus expresiones al interior de Estados Unidos, con el propósito de mostrar el proceso de reajustes ante la aparente pérdida de legitimidad doméstica, junto al esfuerzo para mantener sus niveles de control cultural mundial. Se asume que hegemonía y dominación son dos formas distintas de ejercer la supremacía de una clase o un Estado. En la literatura de relaciones internacionales, con frecuencia se le llama hegemonía a lo que es, simplemente, una expresión de dominación, que se basa más bien en la coacción, en un sentido “puro”.

⁹ Como contexto, véase: David Held, David y Anthony McGrew, David Goldblatt y Jonathan Perraton, *Global Transformations: Politics, Economics and Culture*, Cambridge, Polity Press, 2000, y Joseph S. Nye Jr., *The Paradox of American Power: Why the World's Only Superpower Can't Go it Alone*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

enfrentar el llamado “antinorteamericanismo” (esa nueva construcción del “enemigo” que, como novedosa percepción de la “amenaza” en el siglo XXI, evoca las manipulaciones con que bajo el macarthismo se definió al “peligro comunista” cual eje de lo que se calificó entonces como “actividades antinorteamericanas”, y que hoy se traduce en el “peligro terrorista”). Said concluía con lo imperioso de una reacción intelectual y política ante esa tergiversadora operación de legitimidad cultural –que justifica la “ley patriótica” y la “guerra preventiva”–, concebida como (o desde) la visión del otro: es decir, la necesaria y urgente articulación de la visión ilustrada de los vencidos –entendiendo por tal la respuesta de intelectuales africanos, asiáticos, latinoamericanos y europeos (particularmente irlandeses)–, ante las construcciones ideológicas que impuso e impone con eficacia la dominación occidental y, en específico, la hegemonía estadounidense.¹⁰ En esencia, la lectura antinómica propuesta por Said exige la aplicación de un enfoque comprometido y consecuente –como el que Gramsci esperaría de la intelectualidad orgánica–, que registre simultáneamente ese contrapunto entre el proceso de legitimación ideológica del imperialismo (que procura afianzar y reproducir su hegemonía), y el de la resistencia cultural (que desde luego trasciende el ámbito de la crítica teórica y se expresa en la acción práctica de determinados actores de la sociedad civil y del sistema político).¹¹

CONSENSO INTERNO Y SEGURIDAD NACIONAL: IDEOLOGÍA, CULTURA Y HEGEMONÍA

La funcionalidad que aporta el proceso de legitimación ideológica aludido se expresa en dos niveles, dimensiones o ámbitos, que se refuerzan mutuamente y favorecen al sistema de dominación: el del consenso interno y el de

¹⁰ Véase, Erick Pernet García, “Estados Unidos: guerra preventiva. ¿Hacia el absolutismo global o crisis de hegemonía?”, *Estudios Latinoamericanos*, edición especial del 45 aniversario del CELA, enero-diciembre, UNAM, México, 2005.

¹¹ Sus principales ideas son expuestas en dos obras antológicas. Véase: Edward Said, *Orientalismo*, Barcelona, Debate, 2002; y *Cultura e Imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996. Para comprender la interpretación que ofrece Said acerca del imperialismo como sistema de dominación de una cultura sobre otra, resulta útil tener presente que toma de Foucault la noción de discurso y la relación que éste establece entre conocimiento y poder. Véase: Michel Foucault, *El Orden del Discurso*, Buenos Aires, Tusquets Editores, 2004, y también *Vigilar y Castigar*, Siglo XXI Editores, México, 2001.

la posición externa en torno a la seguridad nacional. Ambos definen los argumentos, las nociones visibles, los valores que configuran el eje de una hegemonía que casi nunca aparece nominalizada como tal, es decir, de modo explícito en las definiciones estratégicas del gobierno ni en las propuestas elaboradas por los tanques pensantes que nutren las proyecciones –políticas, económicas, militares– de Estados Unidos. Algunos ejemplos ilustran con claridad lo expuesto y hacen tangible la interrelación aludida. Una ágil ojeada a momentos descollantes en la historia estadounidense posterior a la segunda guerra mundial así lo confirma.

Cuando a partir del inicio de la guerra fría –a finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta– se despliega en los aspectos doctrinal, político y legal la concepción de la seguridad nacional, surgen estructuras institucionales como la Agencia Central de Inteligencia y el Consejo de Seguridad Nacional, aparecen la doctrina Truman junto al principio estratégico de la contención al comunismo, se establece la paranoica e histórica atmósfera del macarthismo y se afianza una tendencia histórica encaminada a justificar, consolidar y extender la hegemonía mundial de Estados Unidos (que en América Latina se manifiesta con el nacimiento de la OEA y el TIAR).¹² Ésta se expresa por medio del sistema político y de la cultura política dentro de la formación social estadounidense. Lo que tiene lugar desde entonces es un doble proceso cuyas dimensiones se complementan y refuerzan mutuamente. Por una parte, se profundiza un clima de legitimación al interior de Estados Unidos, palpable en el clima de la cruzada anticomunista, de “cacería de brujas”, que reaviva el ideario conservador arraigado en la vida de la nación, que por etapas permaneció latente, forjando un “consenso interno” basado en la promoción del interés nacional, concebido a la luz de los mitos fundacionales que sostienen la identidad estadounidense. Por otra, se formula una plataforma de política exterior que se plasma en diversos escenarios internacionales –sobre la base de la misma mitología–, y que en el traspatio latinoamericano se traduce de inmediato en el discurso y el decurso de la defensa de la “seguridad nacional”. De esta manera, se convence al ciudadano medio, a la opinión pública, a la conciencia nacional estadounidense, de la necesidad de purificar todo el tejido social, ideológico, étnico y cultural de la nación. Y se persuade a los países de América Latina –aun en otras latitudes– de que deben preocuparse y apoyar la iniciativa estadounidense

¹² Véase: Stanley Hoffmann, *Primacy or World Order: American Foreign Policy since the Cold War*, Nueva York, McGraw-Hill, 1978, y Michael Hudson, *Super Imperialism: The Origin and Fundamentals of U.S. World Dominance*, 2a. ed., Londres, Pluto Press, 2003.

de defender su seguridad más allá de sus propias fronteras. En ningún caso se habla de la promoción de la hegemonía como meta, soporte o propósito de la política interna y exterior de Estados Unidos. Pero, en rigor, de lo que se trata justamente es de eso. De ahí que tanto la creación del “consenso interno” como la defensa de la “seguridad nacional” –en primera instancia, en lo inmediato de la geografía de América Latina pero con una fluidez que se extiende al resto del orbe– no fueran más que (y sigan siendo) funciones de la hegemonía. Como las dos caras de una misma moneda.

Cuando se examina la sociedad y la historia política estadounidense de los últimos sesenta años, se corrobora tal afirmación. La hegemonía –cual vocación, aspiración, pretensión, intención–, a menudo, ni se menciona en el lenguaje gubernamental. Está bajo el tapete. Lo que se anuncia, promueve y se necesita es “el consenso” dentro de Estados Unidos, y en América Latina la protección de la “seguridad”.¹³ Ambos requerimientos necesitan del empleo de la violencia, de la coacción. La credibilidad de ambas acciones la sostiene la cultura del temor, de la incertidumbre, ante percepciones de una amenaza común que se cierne sobre los norteamericanos y los sudamericanos. A cambio se ofrece la disposición a aceptar métodos de control represivo (incluido el del pensamiento, como impuso el macarthismo), se codifican como peligrosos a los extranjeros, los inmigrantes, los negros, los comunistas, los anarquistas. Y se admite ceder grados de soberanía, de integridad territorial, de capacidad de autodeterminación. La amenaza externa, extrahemisférica, hace posible que la presencia militar y la maquinaria mediática estadounidense se extienda por nuestra América. Los revolucionarios, los nacionalistas, los independentistas, se codifican como enemigos. MacCarthy enjuiciaba como herejes a quienes tenían pensamiento propio, como parte de su paranoica y fanática cacería anticomunista, fuesen destacados y conocidos creadores o sencillos y laboriosos ciudadanos anónimos, en los años cincuenta. En los años ochenta Reagan bautizó como luchadores por la libertad (*freedom fighters*) a los contrarrevolucionarios nicaragüenses. Bush (hijo) califica como antiterrorista su política de terrorismo de Estado, como parte de la visión apocalíptica neoconservadora que estableció, durante el primer decenio del siglo XXI.

Los contenidos de la cultura política estadounidense en que se sostiene la doctrina y la práctica de la guerra fría, están prefigurados con anterioridad incluso al decenio que sigue al fin de la segunda guerra mundial, formando

¹³ Esta argumentación la desarrolla el autor en un trabajo anterior. Véase Jorge Hernández Martínez, “Gato por liebre: la hegemonía en la relación histórica entre Estados Unidos y América Latina”, *Contexto Latinoamericano*, núm. 3, Ocean Sur, Colombia, abril-junio de 2007.

parte de un cuerpo ideológico y psicológico consustancial a la peculiar historia de Estados Unidos.¹⁴ Ese tejido está condicionado por la base clasista y la fisonomía nacional de ese país, que encuentra su auge en el proceso de transición imperialista que tiene lugar a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Así, la situación sobre la que se levanta Estados Unidos en la segunda posguerra, junto a las oportunidades y desafíos que encara, no son más que el terreno fértil para que cristalice un ideario de superioridad y una vocación de hegemonismo o dominación que se plasman en lo que se conocerá como guerra fría, pero que poseía una corporeidad propia desde tiempo antes, cuando aún no se le identificaba bajo la denominación de hegemonía.¹⁵ Es por eso que, para expresarlo de modo gráfico, la cultura política implicada no desaparece ni se modifica al llegar “el fin” de la guerra fría. Y es que la cultura de la guerra fría estadounidense, en rigor, no nació con ésta. Lo que sucedió es que con la guerra fría cuajó una visión, una doctrina, una práctica —¿una autoconciencia?—, que estaba anticipada desde mucho antes, y que se expresaba con bastante nitidez, por ejemplo, en el entorno de la primera guerra mundial —antes y después de la misma, incluidos los llamados “alegres” años del decenio de 1920. Y es que, de alguna manera, la condición adquirida por los Estados Unidos al salir de la primera guerra mundial como potencia de primer orden (habiendo entrado en la misma como potencia de segundo orden), se expresa en el plano cultural de tal modo que prefigura o anticipa la condición a la que arribará en la segunda posguerra, al convertirse entonces en potencia hegemónica.

¹⁴ En este análisis, se asume a la cultura política cual síntesis, como fenómeno que abarca un conjunto de orientaciones, pautas y valores (relativamente estables), que caracterizan las relaciones entre los diversos grupos sociales con respecto al poder político, y que condicionan la experiencia del desarrollo político de la sociedad. En ella se expresan, entre otras cosas, los intereses nacionales, el discurso en torno a la seguridad nacional, las actitudes de la población hacia el liderazgo político del país, los soportes doctrinales o argumentos que alimentan la política interna y exterior. De ahí la centralidad (siguiendo a Marx y a Jürgen Habermas, entre otros) que la ideología adquiere en la cultura política, en tanto reflejo de las relaciones de clase y de poder, pero sin desconocer la importancia que en ella tienen los componentes psicosociales. Véase: Jorge Hernández Martínez, “La cultura política norteamericana de la guerra fría: lo que el viento no se llevó”, *Cuadernos de Nuestra América*, núms. 35-36, enero-diciembre 2006, Centro de Estudios sobre América, La Habana, 2006

¹⁵ En cuanto a la hegemonía, tal vez no esté de más insistir en que este análisis se adscribe a la perspectiva gramsciana que la considera, según ya recordaba Néstor Kohan, expresión de la capacidad de dominación por medio la ideología, ejercida mediante los aparatos ideológicos de Estado, reflejada en niveles de consenso que legitiman los intereses de las clases dominantes, sin subestimar las apelaciones a la coacción y la coerción. Desde este punto de vista, la hegemonía representa una estructura sistémica de dominación.

La interrelación entre las nociones de cultura y hegemonía, en su ligazón con la de ideología, las resume teóricamente de la manera más ilustrativa, Raymond Williams. Según su análisis:

Gramsci planteó una distinción entre dominio y hegemonía. El dominio se expresa en formas directamente políticas y en tiempos de crisis por medio de una coerción directa o efectiva. Sin embargo, la situación más habitual es un complejo entrelazamiento de fuerzas políticas, sociales y culturales; y la hegemonía, según las diferentes interpretaciones, es esto o las fuerzas activas sociales y culturales que constituyen sus elementos necesarios. Cualesquiera que sean las implicaciones del concepto para la teoría política marxista, los efectos que produce sobre la teoría cultural son inmediatos, ya que hegemonía es un concepto que, a la vez, incluye (y va más allá de) los dos poderosos conceptos anteriores: el de cultura, como proceso social total en que los hombres definen y configuran sus vidas, y el de ideología, en cualquiera de sus sentidos marxistas, en la que un sistema de significados y valores constituye la expresión o proyección de un particular interés de clase [...] El concepto de hegemonía tiene un alcance mayor que el concepto de cultura [...] por su insistencia en relacionar el proceso social total con las distribuciones específicas del poder y la influencia [...] Es precisamente en este reconocimiento de la totalidad del proceso donde el concepto de hegemonía va más allá que el concepto de ideología. Lo que resulta decisivo no es solamente el sistema consciente de ideas y creencias, sino todo el proceso social vivo, organizado prácticamente por significados y valores específicos y dominantes.¹⁶

Para el caso específico de Estados Unidos, como se ha sugerido, existe una amplia gama de matices y enfoques en la evaluación del momento hegemónico actual de dicho país que ha sido convenientemente identificado.¹⁷ A partir de las precisiones y adscripciones anteriores, quizás convenga puntualizar aquellos presupuestos históricos y sociológicos que sirven de piedra angular al presente examen.¹⁸

Estados Unidos fue la primera nación moderna. Su nacimiento se anticipó, incluso, a la sociedad burguesa que nace con la Revolución francesa que tendría lugar un decenio después. Como país, no sólo emergió con un

¹⁶ Raymond Williams, "La Hegemonía", *Marxismo y Literatura*, Barcelona, Península, 1980, pp. 129-149.

¹⁷ Véase el ya referido análisis que realiza el sociólogo Marco A. Gandásegui acerca del estado en que está tratado el tema en la actualidad, publicado en la revista *Tareas*, *op. cit.*

¹⁸ Entre los principales estudios cuyas tesis nutren el análisis que aquí se expone, se encuentran: Louis Hartz, *La tradición liberal en Estados Unidos*, FCE, México, 1994; Seymour Martin,

régimen político liberal y con un modo de producción capitalista, sino que no ha conocido ningún otro. De ahí que, como nación, tienda a reproducir en otros territorios, desde sus inicios (a partir de las experiencias, de la influencia de las relaciones sociales de producción de que eran portadores, aún sin conciencia de serlo, y del imaginario colectivo que poseían los colonos ingleses), las estructuras de la sociedad británica de procedencia.

De ahí que el mercantilismo y el capitalismo inglés trasladaran al ámbito estadounidense un conjunto de prácticas, de visiones y concepciones, es decir, una cultura. En cierto modo, la sociedad estadounidense responde a un tipo peculiar de colonización, diferenciada de la que se afianza en América Latina, que el historiador Louis Hartz denomina la sociedad fragmento, es decir, países nuevos, que surgen lejos de la metrópoli, pero fundados a imagen y semejanza de ésta; sociedades que no conocen el proceso de mestizaje, que no tienen relación con los pueblos nativos, como sí sucedió en distintos lugares de América Latina como resultado de la conquista y colonización española o portuguesa, que produjo sociedades claramente diferenciadas.¹⁹

Lo que ocurre en Estados Unidos es el aniquilamiento, exterminio o expulsión y confinación segregada de los pueblos nativos. Los colonos anglosajones no buscaron integrar a estos pueblos, no los hicieron parte de su proyecto social, el cual es un proyecto de blancos y para blancos. Son esos “wasps” (blancos, anglosajones, protestantes) los que están en la raíz de la élite política estadounidense, de sus clases dominantes, la cual se ha mantenido arraigada a pesar de las posteriores oleadas migratorias.

El periodo de gestación y crecimiento de Estados Unidos como nación, tuvo lugar lejos de los centros de poder fundamentales en esa época. Recuérdese que, al inicio, el mundo era eurocéntrico. Esa circunstancia condicionó su nivel de participación en conflictos internacionales. Al hacerse

Lipset, *El excepcionalismo norteamericano. Una espada de dos filos*, FCE, México, 2000, y Kart W. Deutsch, capítulo x, “Los Estados Unidos”, *Política y gobierno*, FCE, México, 1998. También fueron muy útiles las reflexiones de Luis Maira, “Estados Unidos ante el cambio del escenario internacional”, *Revista Mexicana de Política Exterior*, núm. 65, Instituto Matías Romero, SRE, México, febrero 2002; así como las ideas expuestas por Jaime Zuluaga en su ponencia referida a la identidad estadounidense en la reunión del Grupo de Trabajo sobre Estados Unidos de CLACSO, efectuada en el marco del Congreso por el 50 Aniversario de FLACSO, celebrado del 29 al 31 de octubre de 2007 en Quito, Ecuador. Véase además: Jorge Hernández Martínez, “El mito americano (La cáscara y el grano en la cosecha cultural del consenso)”, *Cuba Socialista*, núm. 42, La Habana, 2007.

¹⁹ Luis Maira, *op. cit.*, p. 76. Véase además: Louis Hartz, *La tradición liberal en los Estados Unidos*, FCE, México, 1991.

independiente, en la última parte del siglo XVIII, fue un país que no quedó inmerso en la dinámica de las disputas internacionales. Se sustrajo a los conflictos en Europa y se consagró al desarrollo de las fuerzas productivas, al desarrollo productivo, tecnológico, científico, interno, sacando obvia ventaja a las potencias europeas y, en particular, a Gran Bretaña, la nación hegemónica en el siglo XIX. A la par, Estados Unidos siempre ha librado todas sus guerras en territorios ajenos, y la destrucción bélica la ha cargado otros países. Por el contrario, ha podido reforzar su economía en tiempos de guerra, tener grandes avances industriales y ningún daño en su territorio. Esa es la experiencia de las dos guerras mundiales, Corea, Vietnam, Yugoslavia, el Golfo Árabe-Pérsico, Afganistán, Irak: tenían lugar muy lejos del territorio estadounidense. De ahí el alto grado de seguridad interna de que gozaba ese país hasta el 11 de septiembre de 2001.

CONSERVADURISMO Y “CREDO” ESTADUNIDENSE

En la sociedad estadounidense prevalece un conjunto de percepciones, ideas y doctrinas políticas, constitutivas de una suerte de tronco común que pueden considerarse como manifestaciones y nutrientes de un tejido ideológico, psicológico y cultural. Desde una perspectiva histórica y sociológica, en la cultura política estadounidense contemporánea se siguen reproduciendo muchos de los códigos de la guerra fría.

Bajo este punto de vista, en Estados Unidos la cultura política de la guerra fría puede ser definida por el conjunto de valores y convicciones que se expresan desde finales de los años cuarenta, por medio de la ideología y la psicología social que de modo dominante se difunde e interioriza en la sociedad estadounidense, marcando interna y externamente una cosmovisión simplificadora de intolerancia, chauvinismo, puritanismo, expansionismo y agresividad que, incluso, antecede a la segunda guerra mundial. Por supuesto, este proceso no se desarrolla de manera lineal, masiva y homogénea, sino que se conforma como un proceso contradictorio de socialización en el que se mezclan la inculcación de valores, el quehacer de las instituciones educacionales, los medios de comunicación, los círculos políticos.

En la medida que esa cultura antecede y sucede a la guerra fría como tal, alimenta en la actualidad el proceso de afianzamiento ideológico de la hegemonía estadounidense (¿nueva hegemonía?) después del 11 de septiembre, que pareciera tener el objetivo de transformar el mundo en función de

los valores de Estados Unidos, mediante una nueva apelación al consenso interno y a la defensa desde el exterior de la seguridad de la nación.²⁰

En cierto modo, el punto de inflexión más importante que se pueda situar en Estados Unidos desde una perspectiva contemporánea al abordar el pensamiento político (en cuanto a la expresión más acabada o extendida en la sociedad estadounidense de brotes de la ideología y de las prácticas políticas inspiradas en la derecha radical, o en la extrema derecha, que en buena parte empalman con concepciones de guerra fría), se ubica en la maduración de la llamada revolución conservadora, en el decenio de los ochenta, cuando toma auge el conservadurismo como fenómeno integrador que reacciona contra el liberalismo convencional, principalmente del modo en que lo habían asumido los gobiernos demócratas, desde el *New Deal* hasta Jimmy Carter.²¹

El conservadurismo estadounidense no es algo totalmente contrapuesto, polarizado de manera absoluta, al liberalismo. Aun habida cuenta de sus diferencias incuestionables, constituyen expresiones ideológicas de un mismo signo clasista: el de la burguesía monopolista, y comparten lo que algunos autores han llamado el “credo” estadounidense. Así, el liberalismo y el conservadurismo, y la combinación de los enfoques pragmático e ideológico, han tenido su punto de convergencia en la concepción de “seguridad nacional” de Estados Unidos como necesidad del capitalismo monopolista de Estado y de la posición de liderazgo que ocupa en la arena internacional.

En la medida en que la clase dominante estadounidense no constituye un todo homogéneo, monolítico, y coexisten en ella fracciones que compiten, rivalizan y generan visiones coincidentes, alternativas y hasta contrastantes (sin ser antagónicas), esto se refleja en el terreno de la ideología y de la cultura política, que son reflejos de los intereses y comportamientos en juego. De ahí que el conservadurismo actual no sea tampoco una entidad homogénea, a pesar de contar con un patrimonio común.

²⁰ Xu Shicheng analiza este proceso, afirmando que la actual teoría “neoimperial” de Estados Unidos constituye una gran estrategia, cuyo impulso inicial es la reacción frente al terrorismo, pero que justifica la pretensión estadounidense de desligarse de las demandas de sus socios y de las reglas e instituciones globales, desempeñando un papel más unilateral y previsor para enfrentar lo que la Casa Blanca considera como amenazas terroristas. Véase: Xu Shicheng, “El nuevo imperialismo y la nueva hegemonía norteamericana”, Atilio Borón y Gladis Lechini (editores), *Políticas y movimientos sociales en un mundo hegemónico. Lecciones para África, Asia y América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2005.

²¹ Véase José Luis Orozco y César Pérez Espinosa (coords.), *El pensamiento político y geopolítico norteamericano*, México, Fontamara-UNAM, 2005.

La idea de que el discurso y la práctica del “nuevo” conservadurismo contradice la tradición liberal clásica del sistema político estadounidense, y que valora las tendencias emergentes en los últimos años cual apartamiento excepcional de la ideología y la cultura política tradicionales de la nación, no hace sino divulgar una imagen estereotipada del liberalismo burgués en el país que es el centro del imperialismo mundial. Cuando se le califica como “nuevo” al fenómeno que se afianza en los años ochenta y renace después del 11 de septiembre de 2001, no debe perderse de vista su profunda implantación ideológica, cultural y hasta institucional en Estados Unidos ni su presencia, a veces, más latente que manifiesta, en la historia política de ese país. Aspectos como el uso de la fuerza militar, la xenofobia, el racismo, el nacionalismo chauvinista, están presentes en expresiones históricas y en tendencias ideológicas superpuestas, como el conservadurismo, la extrema derecha, el populismo y el fascismo.²²

Los periodos que siguen a las dos guerras mundiales, y en la etapa intermedia entre ambas, son ejemplos elocuentes de la articulación de concepciones reaccionarias que alimentan en distinta medida, según cada circunstancia, atmósferas de oscurantismo y paranoia, en las que emergen corrientes de pensamiento, organizaciones sociales y acciones políticas de orientación sumamente conservadora, derechista, fascista, que llegan a adquirir incluso dimensiones fanáticas en determinadas ocasiones con amparo gubernamental. En fecha más cercana, el movimiento ya referido, que en los años ochenta aglutinó en torno un amplio espectro ideológico de fuerzas con similar orientación (neoconservadores, derecha tradicional, nueva derecha, derecha religiosa), reproduciría un cuadro parecido. De algún modo, se trata de antesalas que anticipan el ambiente que caracteriza la sociedad y la cultura estadounidense después de la crisis de septiembre de 2001.

Al mismo tiempo, la tensa situación mundial que conmociona la opinión pública y encuentra resonancia mundial —a raíz de las guerras desatadas a partir de entonces por Estados Unidos en Asia Central y Medio Oriente—, aunque conforman escenarios de conflicto y crisis que desbordan la escala regional, con proporciones dramáticamente peligrosas para la paz del orbe, no es menos cierto que tampoco constituyen coyunturas novedosas.

²² En su trabajo titulado “El fascismo eterno”, Umberto Eco precisa que aunque el fascismo posee muchas características, algunas de las cuales son típicas de otras formas de despotismo y fanatismo, basta que una de ellas esté presente para coagular una nebulosa fascista. Entre ellas menciona el rechazo al modernismo, el rechazo al pensamiento crítico, la envidia, la frustración, el elitismo, el nacionalismo, la xenofobia. Véase: *Cinco escritos morales*, FCE, México, 1991.

En anteriores oportunidades, la prepotencia imperialista de Estados Unidos había propiciado escaladas tan agudas como la crisis de octubre de 1962, o el prolongado periodo de “cruzada” anticomunista, bajo Reagan, en los años ochenta en que se consolidó la guerra fría mediante intervenciones locales y regionales (sería el caso de América Central y el Caribe) y de confrontaciones globales (con la entonces Unión Soviética y la comunidad socialista); o la guerra del golfo Árabe-Pérsico, entre 1990 y 1991, iniciada con la invasión a Irak por el gobierno de George Bush, padre. En este último caso, ya se prefiguraba una proyección estadounidense similar a la de hoy, con un descomunal desarrollo tecnológico bélico, en ausencia de las fuerzas del socialismo mundial, y con el poderoso auxilio mediático de los aparatos de propaganda. La ocupación de Afganistán con el pretexto de la lucha antiterrorista contra Bim Laden y la red Al Qaeda, y después la prolongada guerra en Irak bajo la argucia de que poseía armamento de destrucción masiva, reeditan bajo el nuevo condicionamiento mundial –en la era que muchos denominan como de posguerra fría–, un patrón prácticamente análogo.

De ahí que, sin dejar de reconocer los obvios cambios en la política exterior de la administración de W. Bush como respuesta a la situación creada por los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, valga la pena subrayar que ello no niega una pauta de continuidad subyacente, particularmente visible desde los años ochenta, cuando el presidente Reagan y los enfoques conservadores en boga ya citados, promovían una plataforma internacional reaccionaria, en la que sobresalían componentes expansionistas, chauvinistas, belicistas, racistas, xenófobos, tan identificables con una ideología fascista como los que se advierten en el presente. El telón de fondo lo conforma ese fenómeno de transición ideológica gradual, que no se manifiesta de modo lineal, por medio del cual la sociedad estadounidense se va apartando de un liberalismo tradicional, acrecienta sus componentes conservadores –incluidos los de extrema derecha–, proyectando una silueta agresiva, fundamentalista, sobre todo en el aspecto doctrinario y de la cultura política.

Estudios tan importantes como el que dirigió el sociólogo alemán Theodor Adorno (exponente del pensamiento crítico que maduró en la llamada escuela neomarxista de Frankfurt), después de concluida la segunda guerra mundial, demostraron la existencia de rasgos psicosociales en la ciudadanía estadounidense que reflejaban cierta proclividad al coqueteo con la mentalidad fascista,²³ en tanto que la acuciosa investigación histórica de Cedric

²³ Se trata del estudio titulado *La personalidad autoritaria*, finalizado en 1950, que puso de

Belfrage desmitificaba las supuestas dimensiones pluralistas de la cultura política estadounidense, identificando lo que calificó como métodos de control del pensamiento, que articulaban una atmósfera de verdadera represión en la sociedad estadounidense.²⁴ Así, Belfrage revela cómo los actores políticos de la época del macarthismo, son ejemplares “protagonistas de una inquisición”, es decir, “personas en el poder con intención de retenerlo, que identifican los mejores intereses de la nación con los suyos”, que manipulan el estado de ánimo y el clima sociopolítico interno.²⁵

Justamente, esa situación se reproduce a raíz del 11 de septiembre de 2001. El sentimiento de inseguridad de la población ante los ataques, que además del impacto de los hechos de ese día incluye los atentados posteriores con ántrax, sería manipulado para alimentar un nacionalismo patriotero, chauvinista, en la población, lo cual allanó el camino para la aprobación de la llamada Ley Antiterrorista, con un respaldo casi absoluto, a pesar de las restricciones a los derechos de los ciudadanos y las prerrogativas a las instituciones vinculadas a la seguridad del país para sus nuevas funciones dentro y fuera de las fronteras de Estados Unidos. Ello también daría pie a la aceptación y legitimidad de la agresiva política exterior y de la doctrina de seguridad nacional que, desde entonces, reorientan el papel mesiánico, de gendarme internacional de ese país durante la doble Administración de W. Bush.

En el marco de las medidas tomadas por esa administración (y en el mismo sentido de consolidar las estructuras relacionadas con la seguridad en el territorio nacional y fuera de éste, con reajustes en las agencias y departamentos encargados de esas misiones, donde se ubican la creación del Departamento de Seguridad Interna y el Comando Norte), se evidencia el desempeño demagógico y el empleo efectivo de los métodos de control que explicaba Belfrage, que llevan consigo codificaciones de la guerra fría, palpables desde entonces en la llamada Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense actual. En ese sentido, se expresa una síntesis de concepciones conservadoras, de extrema derecha, populistas, que permite manipular las justificaciones y decisiones de política exterior más diversas, a partir de lo que se supone requiere la defensa de los intereses del país y el nacionalismo estadounidense. Esta constelación político-ideológica reafirma la vitalidad de

relieve mediante la investigación empírica, la propensión hacia valores de corte fascista, en el periodo posterior inmediato a la segunda guerra mundial, en que aún debería prevalecer la actitud de rechazo al fascismo.

²⁴ Véase: Cedric Belfrage, *La inquisición democrática en Estados Unidos*, Siglo XXI Editores, México, 1972.

²⁵ Cedric Belfrage, *op. cit.*, pp. 11-12.

una cultura de guerra fría, cuyos componentes pueden ser identificados y caracterizados de forma empírica, interpelando la realidad histórica y la contemporaneidad del acontecer estadounidense.²⁶

EL “AMERICANISMO”: IDENTIDAD NACIONAL Y LEGITIMIDAD INTERNA

Las conclusiones acerca del rumbo ulterior de la cultura política estadounidense no pueden formularse, sin embargo, de modo simplista o automático, sobre la base de lo planteado. En este sentido, no puede perderse de vista la especificidad de Estados Unidos cuando se le compara con otros países. A diferencia de lo que ocurre en otras sociedades en las que en la configuración de la nueva formación social se suelen enfrentar paradigmas y proyectos diferentes, alternativos, en Estados Unidos los estadounidenses vuelven sus ojos al referente obligado de lo que se suele entender en ese país como el “credo” político. En esencia, éste se concibe como un conjunto de ideas que conforma una cultura política cuyo eje o espina dorsal consiste en un consenso básico, que si bien no constituye ni una ideología ni una visión sistemática del mundo, sí representa el contenido esencial de la identidad nacional del pueblo estadounidense. Mientras otras naciones construyeron su identidad a partir de una comunidad lingüística, étnica, histórica o cultural, Estados Unidos encontró su identidad en la adhesión de sus ciudadanos a un mismo credo político. Ser estadounidense, en consecuencia, equivale a pertenecer a una unidad de creencia en los ideales de libertad, igualdad, individualismo, democracia e imperio de la ley. Esa es la base sobre la cual se construye la definición de la identidad nacional estadounidense, o lo que podría también denominarse como el “americanismo” (o “norteamericanismo”). Y su negación, contraposición, cuestionamiento, rechazo, es lo que se consideraría, entonces, como “antinorteamericanismo” —concepto que adquirió carta de ciudadanía en el contexto de la segunda guerra mundial, pero sobre todo, luego de concluir la misma, bajo la atmósfera impuesta por el macarthismo.

²⁶ Disímiles son los trabajos referidos a la escena política-ideológica y cultural que prevalece en la sociedad estadounidense luego de los ataques del 11 de septiembre de 2001, que describen e interpretan a partir de diversos datos y fuentes —estadísticas y documentales— el curso de las tendencias que se abren paso, y que permiten corroborar empíricamente las hipótesis expuestas. Véanse sobre todo los numerosos trabajos de investigación (más allá de las aproximaciones periodísticas) de autores que con un enfoque sociológico y politológico examinan el asunto con objetividad, como Noam Chomsky, James Petras, Edward Said, Gore Vidal, Howard Zinn.

El concepto de “americanismo” ha resurgido o, por lo menos, adquirido un nuevo brío en el presente siglo. Como credo político, se ha reconstituido, muy funcionalmente, cual componente esencial de la cultura política estadounidense (y quizá, hasta cierto punto, de la cultura nacional). Coincidiendo con Seymour Martín Lipset, en este sentido, el “americanismo” resulta, salvando las distancias históricas necesarias, “muy parecido al socialismo, el comunismo o el fascismo [...] El americanismo se ha convertido en una ideología compulsiva, en lugar de ser un término simplemente nacionalista. El americanismo viene a ser, así, como una suerte de credo, del mismo modo en que el britanismo no lo es”.²⁷ Es decir, si se le comparase con otras maneras de asumir una identificación nacional, como ha ocurrido en Gran Bretaña, se advierte que se trata de fenómenos muy distintos. No obstante, como señala José Luis Valdés Ugalde,

se debe subrayar que, para bien o para mal del marco discursivo de política exterior de esa nación, el americanismo ha sido la columna vertebral en la que se sostiene el proyecto de política exterior de Estados Unidos. En consecuencia, representa, junto a la intolerancia, un rasgo esencial de la definición y defensa del interés nacional estadounidense en su conjunto, cuya máxima expresión se encuentra en el sistema internacional, más particularmente en el sistema interamericano.²⁸

Justamente, cuando en el ejercicio de su política interna y exterior los ideólogos, los tanques pensantes, los funcionarios y documentos oficiales de los gobiernos estadounidenses han echado mano, en una u otra etapa histórica, de la necesidad de enfrentar cualquier expresión de “antinorteamericanismo”, han concientizado que las circunstancias exigen la exaltación de los valores fundamentales de la cultura política, de la identidad nacional, como recurso para superar la real o aparente pérdida de legitimidad interna.

Los componentes que se ensamblan y forman la piedra angular del “americanismo” incluyen principios, valores, definiciones, que desde el proceso de formación de la nación se expresan en el pensamiento de los padres fundadores y en los documentos históricos que simbolizan la independencia y el surgimiento de Estados Unidos: el papel mesiánico, la vocación expansio-

²⁷ Seymour Martin Lipset, “The Sources of the Radical Right”, Daniel Bell, *The Radical Right*, Garden City, Nueva York, Anchor Books, 1964, pp. 316-317.

²⁸ José Luis Valdés Ugalde, “Tan lejos de Dios: Rol de Estados Unidos en América Latina visto desde México”, *Anuario de Integración en el Gran Caribe*, Buenos Aires, Observatorio de CRIES (Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales), 2007, pp. 152-153.

nista, la convicción de ser un pueblo elegido, el fundamentalismo puritano, la ética protestante, el destino manifiesto, la consagración de la propiedad privada, la armonización entre los intereses individuales y el interés general, el mito sobre la igualdad de oportunidades, la certeza en el papel del mercado y la competencia como reguladores de todas las relaciones sociales, la complementación entre liberalismo y conservadurismo, el etnocentrismo y la convicción de que el Estado requería ciertos límites en su actuación social.

Ese consenso básico, no obstante, dista de ser una estructura rígida, incapaz de experimentar transformaciones. Ese credo ha cambiado históricamente. El sentido de libertad o el de igualdad, por ejemplo, siempre han mantenido su lugar y vigencia, pero su significado y definición han sido distintos para el puritanismo o para los movimientos de los derechos civiles, para el llamado Nuevo trato (*New Deal*), en los años treinta, o para la denominada revolución conservadora, en el decenio de los ochenta. De ahí que los conflictos no surjan a propósito de valores diferentes. Por el contrario, lo que está sujeto a debate y a discusiones es la manera concreta en que los valores se actualizan en un determinado ordenamiento de lo social. Es por ello que en Estados Unidos, las crisis adoptan la modalidad de ruptura de las formas históricas y estructurales en que se concreta el consenso.

La situación que se impone luego de los ataques del 11 de septiembre de 2001 establece un terreno sumamente fértil para la continuidad, florecimiento y renovación del consenso –que es esencialmente conservador–, a la luz del nuevo ambiente interno e internacional. Desde entonces se argumenta la lucha contra el “antinorteamericanismo”, lo que ha sido subrayado por autores como Gore Vidal, entre otros. De ese modo, el “americanismo” (los valores que lo integran, que conforman la identidad “norteamericana”), como credo político-ideológico, se ha convertido, al terminar el siglo xx, en un componente esencial de la cultura política estadounidense. Así, retomando una línea de razonamiento ya expuesta en el presente trabajo, el “antinorteamericanismo” se emparenta entonces con el “anticomunismo” o el “antifascismo”. Y como sucedió bajo otras circunstancias, el saldo (al menos, durante el primer decenio del siglo xxi) es sumamente funcional a la hora de justificar una tarea cultural impostergable, en la que la (re)creación de símbolos es indispensable para superar la –aparente o real– pérdida de legitimidad interna. Está por verse si la Administración Obama consigue trascender los acentos que caracterizan al mencionado consenso, y en el trayecto hacia el segundo decenio de la presente centuria deja a un lado la batalla contra el “antinorteamericanismo”, y encara las preocupaciones sobre la hegemonía dentro de otras coordenadas.

HEGEMONÍA Y CLASE OBRERA DE ESTADOS UNIDOS

DÍDIMO CASTILLO FERNÁNDEZ

*If class war is continual in capitalist society,
there is no doubt that in recent decades in the United States
it has taken a much more virulent form.*

JOHN BELLAMY FOSTER

INTRODUCCIÓN

En Estados Unidos no existe una estructura de clases sociales plenamente reconocida. El llamado “sueño americano” descansa en la idea de un sistema social meritocrático, supuestamente organizado en términos de la competencia en el trabajo, los atributos individuales y las recompensas sociales.¹ Estados Unidos, por lo menos durante los tres decenios posteriores a la segunda guerra mundial, fue un país prácticamente de clase media, con estructuras de oportunidades más o menos abiertas y con mecanismos efectivos de participación que aseguraban la movilidad social ascendente. No obstante, con la instauración del modelo neoliberal, a mediados de los años setenta, decayó la calidad de los empleos, se polarizó la distribución de los ingresos y empeoraron las condiciones de vida de los trabajadores. Actualmente experimenta un franco retroceso social. En cuanto a posibilidades de movilidad social ascendente, ha dejado de ser un lugar prometedor y generador de confianza.

La clase obrera, conformada por trabajadores manuales asalariados incorporados en actividades industriales, de servicios y labores agrícolas, representa una parte importante de la fuerza de trabajo menos calificada, con ingresos relativamente más bajos. En sentido amplio, con los cambios

¹ En Estados Unidos no se suelen reconocer límites precisos de clase, el mito del “sueño americano” descansa en la idea generalizada de una supuesta “predominancia de clase” de una sociedad abierta, en la que cada generación tiene la posibilidad de alcanzar estándares de vida superiores a los de la generación predecesora. En el país, según Gordon (*et al.*, 1986: 19), ha sido difícil reconocer o identificar la “lucha de clases” o existencia de la “clase obrera”. Señalan que “en lugar de un creciente movimiento obrero anticapitalista con niveles de autoconciencia en aumento, lo que hay son divisiones que han persistido y proliferado entre individuos que dependen de un sueldo o salario para la subsistencia y que por ello comparten la común condición de ‘trabajadores asalariados’”.

tecnológicos –no sólo referidos a la incorporación de instrumentales técnicos sino también a la reestructuración de la producción y reorganización del trabajo–, el intenso proceso de terciarización, consistente en la disminución de trabajadores ubicados en la industria –lo que ha debilitado las organizaciones sindicales–, se podría decir que la clase obrera tradicional de Estados Unidos pasa por una profunda crisis de legitimación y pérdida de hegemonía. Las condiciones generales de existencia de los estadounidenses, aun cuando puedan resultar superiores a las de gran parte de los países del mundo, en muchos aspectos se han estancado o decaído durante los últimos decenios. Con el deterioro de la calidad de los empleos y el incremento de las desigualdades en los ingresos (Castillo, 2007), ha aumentado la desigualdad social y la pobreza en amplios segmentos vulnerables de la población nativa e inmigrante.

La crisis capitalista de mediados los años setenta introdujo diversos cambios que afectaron las condiciones sociales y políticas de la clase trabajadora estadounidense: por un lado, según Rifkin (1996: 23), con las innovaciones tecnológicas el trabajo humano fue sistemáticamente perdiendo importancia en el proceso productivo, con lo que se vislumbra “el fin de la clase obrera y del trabajo mismo” y, por el otro, debido a los procesos de desindustrialización y terciarización crecientes –determinados por el cierre de empresas y el traslado de otras a regiones y países con mano de obra calificada y más barata–, se desarticuló políticamente a este sector de clase.

La clase obrera de Estados Unidos ha sido ampliamente estudiada. No obstante, subsisten las interrogantes en relación con sus particularidades en cuanto a organización con proyectos políticos e ideológicos propios. No se asume como agente de cambio. A pesar de la relativamente larga tradición de lucha de los trabajadores, dicho sector no ha sido capaz de fomentar y articular una organización gremial sólida con plataforma de gestión y defensa de sus intereses económicos, sociales y políticos. A mediados de los ochenta, Gordon (*et al.* 1986) se planteaban varias interrogantes al respecto, oportunas y vigentes: ¿por qué han sido políticamente tan inactivos los trabajadores estadounidenses?, ¿por qué desde décadas atrás los sindicatos han sufrido una erosión tanto en el número de afiliados como en la imagen cultural y política?, ¿por qué los trabajadores estadounidenses no han sido capaces de crear un partido político que recoja sus demandas e intereses de clase?, ¿por qué siempre han permanecido tan lejanas las reivindicaciones de la clase obrera? En particular, las organizaciones sindicales estadounidenses operan con un cierto pragmatismo que disocia el activismo de carácter reivindicativo en los lugares de trabajo de la actividad política nacional

articulada a los partidos hegemónicos. No existe en el país una organización partidista o alterna de masas construida en torno a los intereses de la clase trabajadora.

El debilitamiento de las organizaciones tradicionales de los trabajadores no es nuevo, pero la tendencia es cada vez más marcada. Al respecto, Gordon (*et al.* 1986) sostienen que la relativa debilidad y abatimiento de la clase trabajadora responde, entre otros factores, a que la clase obrera estadounidense “está dividida internamente en un gran número de dimensiones económicas, políticas y culturales”, que determinan sus agudas y persistentes divisiones. En este sentido, “no se pueden comprender las actuales divisiones de la clase obrera de Estados Unidos sin rastrear el carácter y efectos de la segmentación del trabajo, de las diferencias estructurales y cualitativas de los trabajos y mercados de trabajos a través de los que los trabajadores aseguran su sustento”. Agregan que, en particular, “la segmentación del trabajo ha forjado y reproducido divisiones de base material entre los trabajadores de Estados Unidos que han frenado el desarrollo de un movimiento unificado de la clase obrera” (Gordon *et al.*, 1986: 16 y 18). Las explicaciones pueden ser diversas pero en gran medida a ello también ha contribuido la permeabilidad del sistema político estadounidense y la capacidad de cooperación de las cúpulas dirigentes de las organizaciones sindicales por la burguesía, que en dicho país suele actuar como la verdadera clase dirigente (Pozzi, 2003).

En las sociedades modernas, las estructuras de clases suelen plantearse en términos de las estructuras ocupacionales (Atria, 2004; Portes y Hoffman, 2003). Ciertamente, no es lo mismo “clase social” que “ocupación”, pero como señala González (1992: 100), “parece claro, en cualquier caso, que la construcción empírica de la clase se resuelve, cada vez más, con el concurso de la ocupación”. En este sentido, según dicho autor “una operacionalización frecuente de la clase consiste en considerar a las ocupaciones de profesionales y técnicos como clase alta, a los empleados de cuello blanco como clase media y a las ocupaciones manuales como clase obrera”. Los indicadores de clase social más utilizados en los estudios empíricos están referidos a la actividad laboral realizada y a la organización social y política de los trabajadores. En el presente estudio, se tomó como variable aproximativa de la clase obrera a los trabajadores asalariados privados. El análisis se realizó con base en la *Current Population Survey* (CPS), IPUMS-USA, 1995-2008.

NEOLIBERALISMO, REESTRUCTURACIÓN PRODUCTIVA Y NUEVA CLASE OBRERA

El modelo económico neoliberal tiene como antecedente la crisis capitalista de los años setenta y la caída de las tasas de ganancias de los sectores capitalistas. Fue el resultado de la crisis de acumulación, particularmente experimentada en las actividades productivas, y la adopción de nuevas estrategias globales de competencia económica para recuperar las tasas de ganancias perdidas. La reestructuración de los procesos productivos, la flexibilización del trabajo y el impulso de actividades financieras especulativas, estuvieron dirigidas al logro de dichas metas. Al respecto, según Wallerstein (2005) la crisis actual de Estados Unidos deriva de las contradicciones del modelo económico a partir de las tendencias de los tres componentes de costo de la producción que definen la ganancia capitalista: el costo del trabajo, las inversiones e infraestructura y las erogaciones por impuestos. Sostiene que, contrario a los supuestos que descansan en la idea de una creciente “competitividad”, a lo largo del desarrollo del capitalismo el costo de estos tres factores ha ido en aumento constante, afectando los niveles de utilidad o ganancia global de las clases capitalistas. Sobre ello, señala que

no sólo soy escéptico en cuanto a que la producción global sea más “eficiente” desde el punto de vista del productor, sino que sostengo que la curva ha estado yendo persistentemente hacia abajo. Todos los llamados triunfos de la eficiencia productiva son sólo esfuerzos por frenar el ritmo del descenso. (En este sentido) puede verse toda la ofensiva neoliberal de las dos últimas décadas como un esfuerzo gigantesco por frenar los crecientes costos de producción, disminuyendo primero los costos de los salarios y los impuestos y, luego, disminuyendo el costo de los insumos por la vía de los avances tecnológicos (Wallerstein, 2005: 207).

En términos políticos, el ascenso del neoliberalismo fue el resultado de las derrotas políticas de la izquierda durante los años sesenta (Petras, 2000). En este periodo, la clase capitalista emprendió desde el Estado una fuerte acometida contra el avance social de la clase trabajadora a escala mundial. Fue una fase de fuertes ofensivas y fracasos de los sectores populares. Finalmente, la caída del sistema soviético produjo la desaparición del contrapeso político. En este sentido, los orígenes del neoliberalismo no son ni tecnológicos ni económicos estrictamente, sino políticos y sociales. El fin de la llamada guerra fría abrió una nueva etapa de disputa por la hegemonía global de los principales países capitalistas. Estados Unidos la dirigió cómodamente e impuso su proyecto hegemónico.

El neoliberalismo no sólo introdujo cambios importantes en los ámbitos de la producción y de las relaciones laborales, también transformó la estructura de clases: por un lado, en cierto modo, las burguesías nacionales fueron desplazadas por las burguesías exportadoras y financieras ligadas al capital trasnacional y, por otro, la clase trabajadora, representada por el obrero industrial, fue desarticulada al ser relegada a actividades de servicios, al sector informal y al trabajo independiente o autónomo. Dichos procesos estuvieron caracterizados por el deterioro de la “cultura productiva”, el incremento de la terciarización económica y la combinación del consumismo con prácticas financieras especulativas (Beinstein, 2008), y por la precarización del trabajo derivada de la desregulación y flexibilización de las relaciones laborales orientada a la reducción de los costos salariales y el incremento de la rentabilidad capitalista, en entornos de creciente competitividad internacional.

En Estados Unidos la estructura sectorial del mercado de trabajo experimentó dos cambios sustanciales, por un lado, el determinado por la pérdida de participación del empleo en el sector industrial, generalmente más estable, mejor remunerado y protegido por la seguridad social y, por el otro —consecuencia del anterior—, la ampliación de las actividades terciarias y el consecuente deterioro de la calidad de las ocupaciones. A diferencia de lo que ocurre en Europa, Estados Unidos está degenerando en una sociedad de clases marcadamente polarizadas. El modelo laboral estadounidense, aún en fechas recientes alabado por exhibir niveles relativamente bajos de desempleo, siempre ha sido censurado por mantener una marcada desregulación y una alta desigualdad salarial.

En Estados Unidos, como en muchos países de América Latina, la clase obrera experimentó una etapa de fortalecimiento político en el periodo posterior a la segunda guerra mundial que se extendió hasta finales de los años sesenta y mediados de los setenta. La organización sindical jugó un papel de primer orden en la lucha por los derechos civiles y el mejoramiento de las condiciones de vida. En particular, durante las administraciones de Thatcher y Reagan, los primeros esfuerzos de resistencia de la clase trabajadora “se convirtieron en doblegamiento y desmoralización” (Rodríguez, 2005: 90). La clase trabajadora experimentó una crisis estructural profunda y prolongada. A lo largo de los siguientes decenios, “los trabajadores no fueron capaces de revertir las pérdidas inflingidas sobre ellos durante el periodo de la ofensiva capitalista, después de 1973” (Rodríguez, 2005: 95), particularmente caracterizada por el deterioro sistemático de los salarios y una ofensiva directa en contra de las organizaciones sindicales. Según Cornfield

(2006: 29), “la bifurcación formal del movimiento sindical estadounidense se deriva de la reestructuración de la economía nacional”.

El neoliberalismo —y con éste la desregulación, la flexibilización y la precarización del trabajo— representa un proceso de “transferencia de capitales”, que intenta la recuperación de las tasas de ganancias perdidas. El capital de las inversiones productivas fue desviado, por una parte, a actividades especulativas en el sector financiero, y por la otra, a la inversión externa. En este sentido, la desindustrialización, que no es exclusiva de Estados Unidos, está inherentemente ligada a las nuevas estrategias de acumulación seguidas por las economías desarrolladas o no, que adoptaron al neoliberalismo como política económica. En el nuevo entorno de competencia los capitales se desplazan a otras regiones del país y a otros países con ventajas comparativas, creando nuevos polos de desarrollo internos y periféricos.

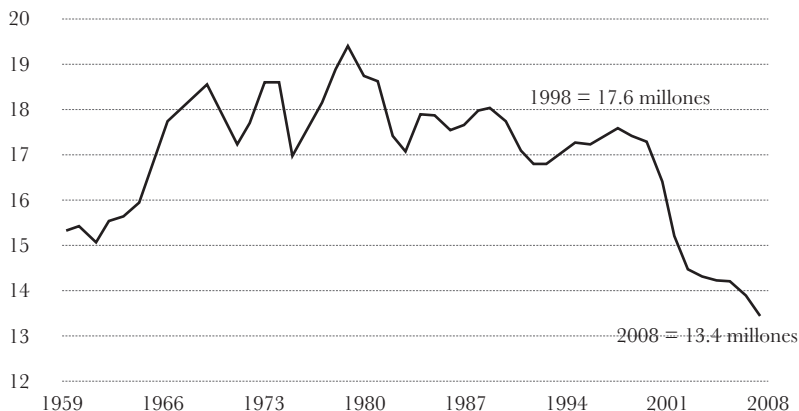
Ciertamente, la desindustrialización no es un fenómeno nuevo, empezó con mucha antelación en Estados Unidos.² No obstante, en ese país el proceso de terciarización se ha dado de forma acelerada, más rápido de lo esperado, con la caída sistemática del empleo manufacturero en el empleo total. Bell (1977) tipificó este momento como la entrada a una fase capitalista posindustrial, caracterizada por el desarrollo tecnológico, particularmente marcada por el desplazamiento de la producción de bienes hacia la producción de servicios. No significa que esté desapareciendo el obrero propiamente dicho pero, en cierto modo, el obrero industrial tradicional está siendo sustituido por el *obrero de los servicios* (Accornero y Magna, 1987). Según Castells (2004: 166), el mayor impacto de la desindustrialización “ha sido el desmantelamiento de la base económica y organizativa del trabajo organizado”, y con ello, el debilitamiento de las organizaciones obreras y la privación de los trabajadores de sus instrumentos legítimos de defensa colectiva. Sostiene que “fue la existencia de sindicatos poderosos lo que explica por qué los empleos industriales estaban mejor remunerados que los empleos en el sector servicios en niveles equivalentes de cualificación”. En contraste, en las nuevas circunstancias cada trabajador enfrenta de manera solitaria y aislada los procesos de negociación laborales.

En Estados Unidos, como en muchas de las economías desarrolladas pero con tendencias más marcadas, el empleo en el sector manufacturero ha perdido importancia de forma notoria. La gráfica 1 muestra la dinámica creciente del empleo en dicho sector entre comienzos de los años sesenta y

² El concepto de sociedad posindustrial de Bell (1977) es de principios de los años sesenta.

finales de la de los setenta y su caída a partir de entonces, particularmente acentuada a finales de los años noventa y comienzos de la de los años dos mil, cuando experimentó un dramático declive, al descender de 17.6 millones de trabajadores en 1998 a 13.4 millones en 2008. El sector manufacturero, históricamente considerado fuente primaria de ocupación de la clase obrera y de amplios segmentos de las clases medias, explica en gran medida la pérdida de ocupaciones en el mercado laboral estadounidense en los años recientes (Bivens *et al.*, 2003).

GRÁFICA 1. ESTADOS UNIDOS. EMPLEO MANUFACTURERO, 1948-2008



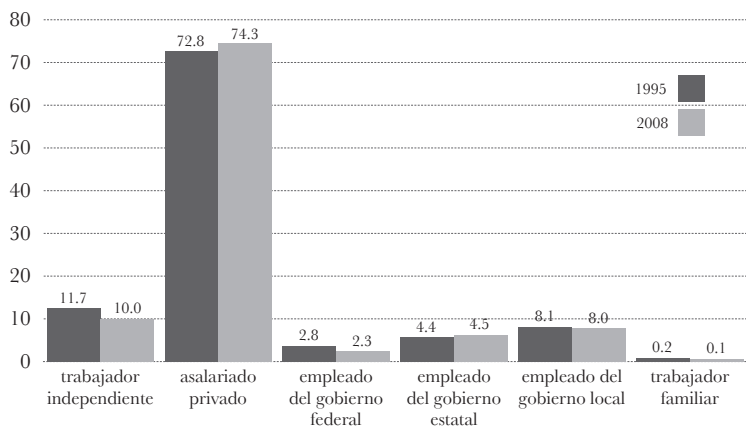
FUENTE: Bureau of Labor Statistics (2009a).

NOTA: el dato de 1959 incluye a Alaska y Hawai. Esta inclusión implicó un aumento de 21 200 (0.4%) en general no agrícola.

En la gráfica 2, podemos apreciar la importancia del trabajo asalariado privado en la estructura del empleo estadounidense, en contraste con el trabajo independiente y la burocracia administrativa. Como puede observarse, entre 1995 y 2008 el trabajo asalariado privado creció ligeramente, al pasar de 72.8 a 74.3% del total de ocupados en el mercado laboral. En dicho periodo, a pesar de la “consigna” privatizadora promovida por el modelo neoliberal, se mantuvo el empleo generado por el gobierno estatal y apenas descendió el empleo en la burocracia federal y local. Pero no se trata del trabajador industrial o del obrero febril tradicional. El cambio de la clase obrera no remite a una mera cuantificación, aunque éste sea un indicador importante de las tendencias. Las ocupaciones en el trabajo independiente descendieron de 11.7 a 10.7%, lo que significa que la precarización del tra-

bajo en Estados Unidos se da especialmente por medio de la flexibilización y la inestabilidad en el puesto de trabajo, la subutilización del trabajo y sobreexplotación de la jornada de trabajo. El trabajo independiente, a pesar del marcado deterioro del empleo en los últimos decenios, y profundizado con el incremento del desempleo reciente, tiene un peso relativamente bajo en la estructura del mercado laboral.

GRÁFICA 2. ESTADOS UNIDOS. OCUPADOS SEGÚN CATEGORÍA DE OCUPACIÓN, 1995-2008



FUENTE: *Current Population, Server*, IPUMS-USA, 1995-2008.

El incremento de la desigualdad y la pobreza en Estados Unidos está directamente vinculado con los procesos de desindustrialización, resultado de la externalización e internacionalización de la producción industrial, así como de la fragmentación e individualización de los procesos laborales, inducidas por la flexibilización y los cambios tecnológicos. La creciente precarización laboral no sólo erosionó y degradó la cohesión laboral en torno a la producción, sino que, en la medida que la organización de la producción privilegió el trabajo desregulado, flexible y deslocalizado recurriendo a prácticas intensivas de explotación, la innovación tecnológica se restringió a ámbitos específicos y limitados de la producción. En este sentido, la precarización laboral “derivó en una creciente ineficacia de los procesos innovativos que pasaron a ser cada vez más difíciles y caros comparados con los de los principales competidores globales” (Beinstein, 2008).

En los últimos años la composición sectorial de la economía estadounidense se transformó apreciablemente. La participación ocupacional en el sector industrial nunca fue superior a 27%, pero la caída fue acelerada, al alcanzar 14%, una pérdida de casi 50% en 2000 (Rodríguez, 2005). El sector manufacturero asalariado privado perdió importancia en la generación de empleos, mientras que el sector servicios la ha ganado notablemente al concentrar tres cuartas partes de la fuerza de trabajo ocupada asalariada privada. El empleo asalariado privado en la industria manufacturera descendió de 21.5 a 14.6% entre 1995 y 2008, mientras que en el sector de servicios privados, particularmente los servicios profesionales, creció notablemente al pasar de 18.6 a 23.7% del total de los trabajadores asalariados privados del país (tabla 1).

TABLA 1. ESTADOS UNIDOS. ASALARIADOS PRIVADOS SEGÚN RAMAS DE OCUPACIÓN, 1995-2008

Ramas de actividad	1995	2008
Agricultura, silvicultura y pesca	1.7	1.8
Minería	0.6	0.6
Construcción	5.4	7.1
Manufactura	21.5	14.6
Transporte, comunicación y otras utilidades	6.5	5.7
Comercio al mayoreo y menudeo	24.9	24.6
Finanzas, seguro y estado real	7.5	7.6
Negocios y servicios de reparación	7.2	8.3
Servicios personales	4.0	3.4
Entretenimiento y servicios de recreación	2.1	2.7
Servicios profesionales varios	18.6	23.7

FUENTE: *Current Population Server*, IPUMS-USA, 1995-2008.

La reubicación o deslocalización productiva, es parte del nuevo proceso de reestructuración global de la producción. Rentabilidad y competitividad son inseparables. Las diferencias de salarios son el factor principal que media en la lógica de dichas estrategias productivas. En este escenario socio-laboral, muchos países desarrollados fomentaron la “exportación” de empleos de los sectores manufactureros y servicios hacia países periféricos con abundante mano de obra relativamente barata, en algunos casos calificada

o semicalificada sobre determinados rubros y amparadas en regulaciones laborales claramente más flexibles. Dicha práctica, conocida como “terciarización” o *outsourcing*, es utilizada cada vez más por las grandes empresas estadounidenses, las cuales concentran sus funciones no transferibles pero delegan a otras empresas especializadas parte de las demás actividades.

Aunque el monto del trabajo desplazado ciertamente aún es bajo con relación al tamaño de la fuerza de trabajo del país, ya empieza a representar una potencial amenaza (Anderson y Cavanagh, 2004). La práctica no es nueva, pero se incrementó significativamente a partir de los procesos de privatización de los servicios públicos y las posibilidades de operación a largas distancias que ofrecen las innovaciones tecnológicas.³ Los diferenciales de salario no son los únicos pero sí los factores más importantes que determinan los procesos de relocalización de la producción. Otros motivos son la propia debilidad de la clase trabajadora y la lasitud de la legislación laboral que permite largas jornadas, escasas limitaciones de turnos, vacaciones cortas, facilidades de rotación laboral, trabajo intenso e inadecuadas condiciones de trabajo en algunos casos, además de otros atractivos como podrían ser la proximidad y los costos de la energía y de la materia prima. La deslocalización destruye empleos en particular de la industria manufacturera, que no necesariamente se compensan en el país de destino o lo hacen en condiciones deficitarias y de precariedad, con bajos salarios y puestos de trabajo inestables.

Cabe decir que con la deslocalización –entendida como el traslado de los procesos productivos o partes de éstos de los países más desarrollados a otras regiones o países menos desarrollados que garanticen ventajas comparativas– se ha modificado la función de las viejas y nuevas periferias. La reubicación o deslocalización productiva es parte del nuevo proceso de reestructuración global de la producción, que sigue la misma lógica pero en sentido opuesto a la migración internacional con la que, siguiendo a Beck (2000: 39), “no migran las personas, sino los puestos de trabajo”. En este sentido, el *outsourcing* ha convertido durante los años recientes a India y a Chi-

³ Esta tendencia a la relocalización de empleos del sector servicios, es una extensión de la vieja práctica de subcontratar a tiendas sin sindicatos en Estados Unidos para realizar algunas operaciones y reducir costos. Cantidades industriales de información pueden ser ahora transmitidas en todo el mundo a bajo costo, haciendo que las distancias geográficas sean menos importantes (Anderson y Cavanagh, 2004: 1). Según estos autores, se estima que alrededor de 14 millones de empleos estadounidenses son susceptibles de ser incorporados a esta modalidad de trabajo, la cual se promueve a partir de la idea de reducir los costos de servicios e incrementar la competitividad de las empresas.

na en el destinatario privilegiado de gran parte de la producción deslocalizada de Estados Unidos. Los empresarios aducen tener sólo dos opciones: reducir las condiciones laborales para mantener las plantas productivas y los puestos de trabajo o trasladar sus actividades al extranjero. La estrategia del capital es superar o eliminar todas las trabas que supuestamente limitan al mercado de trabajo para adaptarse a las nuevas exigencias de producción y competitividad. El fin es compensar y garantizar los márgenes tradicionales de ganancia en el nuevo contexto de intercambios internacionales.

Los efectos en el desempleo de la deslocalización de la producción, podrían considerarse aún limitados en términos de la magnitud de desocupación vinculada directamente al traslado de las empresas a otros países con mano de obra más barata. No obstante, la permanente amenaza a los trabajadores de ser desplazados, los coloca en circunstancias de vulnerabilidad y desventaja frente a los procesos de flexibilización creciente y las posibilidades de hacer efectivas sus demandas salariales. La caída del empleo en el sector manufacturero en Estados Unidos, coincidió con el incremento de la externalización nacional e internacional de dichas actividades; no obstante, no es del todo válido suponer la existencia de un desplazamiento directo y masivo de trabajadores de la industria a actividades deslocalizadas.⁴

La pérdida de importancia del sector industrial en Estados Unidos, plantea la interrogante en relación con la pérdida de participación del obrero industrial tradicional en la estructura laboral y la creciente hegemonía del “trabajo inmaterial”. Como pudo observarse, entre 1995 y 2007 la clase obrera –conformada por trabajadores asalariados privados– creció ligeramente, no así la proporción de trabajadores vinculados a las actividades manufactureras. En dicho periodo hubo un desplazamiento de trabajadores de las actividades manuales a las no manuales. En la tabla 2, puede observarse que en dicho periodo particular el grupo conformado por “profesionales y técnicos”, creció al pasar de 16.5 a 20.5%; la proporción de ocupados en actividades “administrativas y similares”, prácticamente se mantuvo y descendió ligeramente la de “administradores, funcionarios y propietarios”, mientras que los “operarios” pasaron de 13.9 a 11.3%; los propiamente “obreros” descendieron de 5.3 a 4.3%. Los datos muestran el relativo descenso de los trabajadores asalariados privados de “cuello azul”

⁴ Según Kirkegaard, citado por Houseman (2007), en cierto modo, “the heated public and political debate... has been vastly overblown”. Según dicho autor, con base en datos de la Oficina de Estadísticas del Trabajo, el despido asociado a la deslocalización en actividades manufactureras y servicios en Estados Unidos, es de alrededor de 4%.

(conformados por las categorías de vendedores, artesanos, operarios, trabajadores en servicios domésticos y no domésticos, así como trabajadores en granja y obreros) que descendieron de 51.8 a 48.3% entre 1995 y 2008 en contraste con la contraparte, los trabajadores de “cuello blanco” (integrados por profesionales y técnicos, granjeros, administradores y propietarios, así como por empleados en áreas administrativas y similares) que ascendieron de 48.2 a 51.7%, en dicho periodo.

TABLA 2. ESTADOS UNIDOS ASALARIADOS PRIVADOS
SEGÚN TIPOS DE OCUPACIONES, 1995-2008

Grupos ocupacionales	1995	2008
Profesionales y técnicos	16.5	20.5
Granjeros	0.1	0.1
Administradores, funcionarios y propietarios	13.3	12.7
Administrativos y similares	18.3	18.4
Vendedores	7.3	7.2
Artesanos	10.6	10.1
Operarios	13.9	11.3
Trabajadores en servicios domésticos	1.0	1.1
Trabajadores en servicios (no domésticos)	12.9	13.6
Trabajadores en granjas	0.8	0.7
Obreros	5.3	4.3

FUENTE: *Current Population Server*, IPUMS-USA, 1995-2008.

Como en otros países desarrollados y no desarrollados, en Estados Unidos el incremento del trabajo informal es notable. La informalidad ocupacional se explica con una doble lógica vinculada a las transformaciones económicas generadas por la globalización económica: por una parte, ligada a las nuevas formas de organización flexible del trabajo y, por la otra, como estrategia de sobrevivencia de los trabajadores excluidos del trabajo “formal”. El trabajo informal, en gran parte, es trabajo precario realizado en condiciones inferiores a las normales, desprovisto de prestaciones laborales y seguridad social, y con bajos ingresos.⁵

⁵ Según Vogel (2006), “initially considered phenomena of the third world and developing nations, informal economies are now expanding rapidly in the free market nations of the western world, including the United States”.

En Estados Unidos, aunado al creciente desempleo, profundizado con la crisis económica, las ocupaciones de mala calidad, informales y precarias han experimentado un incremento notable. El deterioro de la calidad del empleo se ha hecho cada vez mayor con el incremento del empleo de tiempo parcial y el estancamiento y caída de los salarios reales. En particular, el crecimiento del empleo a tiempo parcial ha significado un cambio relevante de la economía de Estados Unidos durante los últimos años (Carty, 1999: 94). A lo largo de más de tres decenios de aplicación de políticas neoliberales, la calidad de los empleos se ha deteriorado, se han polarizado los ingresos, se ha incrementado la desigualdad social y las condiciones de pobreza de la población. El país ha ido perdiendo el carácter excepcional que hacía posible la movilidad social de los distintos estratos o grupos sociales. La movilidad no opera a igual ritmo ni está asegurada para el conjunto de la sociedad.⁶

En los cincuenta y sesenta la clase trabajadora estadounidense logró niveles de vida satisfactorios. La crisis económica y política de mediados de la década de los setenta, y la adopción del modelo económico neoliberal, puso fin a dichos logros. La evolución creciente de la desigualdad, la exclusión social y el incremento de los índices de pobreza, son el resultado del modelo económico desregulador aplicado desde entonces. La flexibilización laboral contribuyó a la desarticulación de las organizaciones de la clase trabajadora. Estados Unidos volvió a presentar niveles de desigualdad similares a los de la “Era Dorada”, acentuada durante el decenio de 1920. La distancia entre pobres y ricos se ha ensanchado, el retroceso es real. La desigualdad de salarios es mucho mayor que hace tres decenios. Entre 1979 y 2000, los salarios sólo crecieron menos de 1% entre el 10% de los asalariados con más bajos ingresos, mientras que entre el 10% de los que recibían los salarios más altos aumentó 27% (The Opportunity Agenda, 2006). Los salarios reales no sólo se han estancado, también se han reducido. Según datos de De Sebastián (2004), los ingresos semanales promedio se incrementaron en 40% entre 1949 y 1972 en tanto que entre 1974 y 2002, se redujeron en 10%. En este último periodo, se estancó el crecimiento económico familiar y se incrementaron los niveles de pobreza, la cual pasó a afectar de 24.5 millones en 1978 a 32.9 millones de habitantes en 2001. La distribución del

⁶ Según Bellamy (2006) “new statistical studies that have demonstrated that intergenerational class mobility in the United States is far below what was previously supposed, and that the United States is a more class-bound society than its major Western European counterparts, with the exception of Britain.

ingreso cambió a partir de los años setenta, convirtiendo al país en el más desigual entre los países desarrollados (Atria, 2004).

La desigualdad en los ingresos ha crecido de forma sostenida desde mediados de los años setenta, con la aplicación de las políticas neoliberales y la consecuente caída de la población trabajadora sindicalizada (Cason y Brooks, 2004). En Estados Unidos, como en otros países, los trabajadores sindicalizados obtienen salarios relativamente más elevados que los no sindicalizados. Los trabajadores pertenecientes a alguna organización sindical obtienen ingresos de alrededor de 25% más que los no agremiados y, en particular, son mayores las diferencias salariales intergeneráticas y étnicas (Graham, 2003). La brecha de ingresos entre hombres y mujeres es menor entre los sindicalizados, pero entre las mujeres no sindicalizadas la diferencia media de ingresos es de alrededor de 30%. En el mismo sentido, entre las minorías étnicas, a los niveles de ingresos generalmente más bajos se suman los efectos de la falta de protección sindical que, en particular entre los latinos, aproximadamente alcanza 45% de diferencia en las remuneraciones.

En este marco el incremento de la migración, particularmente latina, no sólo tiene un efecto demográfico y económico, sino también político, sobre el mercado laboral y las organizaciones de la clase trabajadora. En particular, la migración indocumentada tiene un impacto adverso sobre la clase obrera de Estados Unidos. La persecución de trabajadores inmigrantes genera formas de excepción que son aprovechadas directamente por las clases capitalistas para imponer condiciones de contratación desfavorables, con salarios bajos y con muy limitadas posibilidades de sindicalización, además de utilizar hábilmente los prejuicios raciales, étnicos, nacionales y lingüísticos para fomentar divisiones entre los obreros y contrarrestar el crecimiento y la consolidación de las organizaciones de los trabajadores. Los obreros, en dichas circunstancias, terminan enfatizando sus pertenencias identitarias como italianos, mexicanos, dominicanos, etc., más que como asalariados.⁷

⁷ En Estados Unidos, los trabajadores se identifican más como grupos a los que pertenecen, que como miembros de una clase socialmente diferenciada. En ese sentido, se reconocen más, por ejemplo, como trabajadores de “cuello azul”, como pertenecientes a una etnia, como negros, migrantes, mujeres, jóvenes, profesionales u otros grupos, pero “muy rara vez como un miembro de una clase definida por su relación con los medios de producción” (Gordon *et al.*, 1986: 19).

LA ORGANIZACIÓN SINDICAL OBRERA.

FACTORES DETERMINANTES DE LA NUEVA SINDICALIZACIÓN

El movimiento sindical en Estados Unidos se remonta a los inicios de la república. La primera federación sindical se fundó en 1834. A lo largo del siglo XIX el movimiento sindical estadounidense creció lentamente, en torno a las pequeñas y medianas empresas, y fue a comienzos del siglo XX, con la expansión de la actividad industrial, que inició una etapa de consolidación y creciente influencia en la masa de trabajadores de todo el país. La crisis de los años treinta, al generar un alto desempleo impactó negativamente en la afiliación sindical. No obstante, en el entorno de la segunda guerra mundial, con la elevada demanda de empleo generada por el crecimiento de la industria, se consolidó la organización de trabajadores en términos del número de afiliados, el carácter de las movilizaciones obreras y la profundización de sus reivindicaciones. Según Reuther (2006), “more strikes than ever before occurred during 1946, and unprecedented numbers of workers were involved”.

El decenio de los cincuenta marcó nuevos rumbos a las organizaciones obreras. La integración de la Federación Americana del Trabajo (AFL) y el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO) en 1955, amplió el escenario de acciones colectivas en beneficio de los trabajadores asalariados: por una parte, el salario de los trabajadores sindicalizados alcanzó niveles sin precedentes a finales de los años cincuenta y, por la otra, en la mayoría de las industrias dichos salarios eran sustancialmente más altos que los pagados a la mano de obra no sindicalizada por un trabajo equiparable. También fueron notables las reivindicaciones con respecto a la reducción de la jornada de trabajo, limitada a 40 horas semanales, y otros beneficios sociales, como vacaciones pagadas, licencias por enfermedades, seguro social cubierto por las empresas, etc. En este sentido, el movimiento sindical promovió un progreso considerable a mediados de los años cincuenta y los sesenta, en las mejoras de las condiciones de vida de los trabajadores.

No obstante, desde mediados de los años setenta las circunstancias cambiaron notablemente, aun cuando los sindicatos inicialmente intentaron no claudicar de su activismo político. En particular, con la adopción del modelo neoliberal y los procesos de desindustrialización impulsados por los sectores capitalistas, que veían afectadas sus tasas de ganancias, los sindicatos sufrieron un importante descenso en el número de afiliados y, consecuentemente, perdieron capacidad de defensa de sus intereses. En contraste, a partir de entonces crecieron los sindicatos de trabajadores no vinculados a

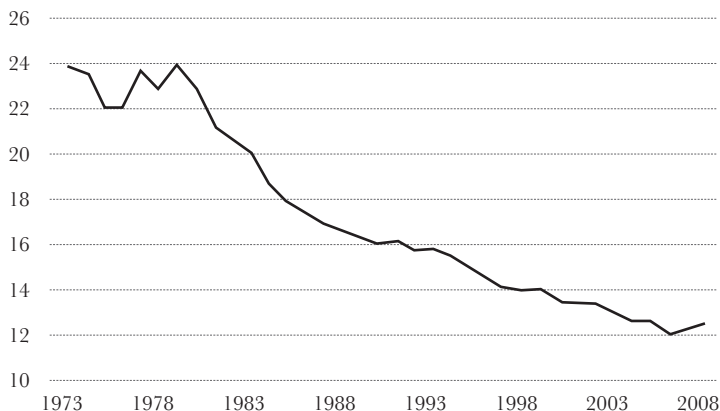
la manufactura, en particular los conformados por trabajadores del sector público, con esquemas de movilización propios y demandas legítimas, pero generalmente dirigidas a determinadas esferas de la burocracia estatal. En este sentido, las perspectivas de la clase obrera organizada han menguado apreciablemente. La organización obrera fue reducida y fragmentada. Cabe destacar, al respecto, que la organización sindical del país, que cubría alrededor de un tercio de la fuerza de trabajo en 1955, en 1995 representaba sólo una sexta parte de los trabajadores (Reuther, 2006). A ello, como indicamos, contribuyen los procesos de deslocalización creciente de la industria manufacturera a regiones y países con ventajas comparativas en cuanto a flexibilidad laboral y bajo nivel salarial.

En la actualidad la organización sindical estadounidense está en crisis. La situación es diametralmente distinta a la de los años treinta, cuando surgieron muchas organizaciones de trabajadores. La sindicalización ha decaído apreciablemente. A partir de los cambios en las relaciones laborales, el deterioro de las condiciones de empleo y el descenso de la sindicalización, difícilmente podríamos pensar que la clase obrera estadounidense pase por sus mejores tiempos. El total de trabajadores sindicalizados llegó a representar poco más de 30% en 1940; a comienzos de los años cincuenta, alrededor de 35%, poco más de un tercio de los trabajadores; alcanzó 24% en 1973, pero tres decenios después cayó drásticamente al alcanzar 12% en 2006. En 2008 la tasa de sindicalización mostró una ligera recuperación, al alcanzar 12.4%, quizá resultado del mayor impacto del desempleo entre los trabajadores no sindicalizados (gráfica 3). La organización sindical experimentó el mayor embate a comienzos de los años ochenta, particularmente con la gestión del presidente Ronald Reagan, entre 1981 y 1989, con su política frontal contra los derechos de los trabajadores. Las organizaciones de trabajadores no sólo han perdido importancia en términos del número de afiliados, sino también en lo que corresponde a la unidad corporativa en torno a las organizaciones sindicales más grandes, con más larga historia y representatividad nacional.

La pérdida de hegemonía relativa de la clase obrera, medida por la reducción de afiliados en las organizaciones sindicales, es un fenómeno general en las economías desarrolladas pero, ciertamente, en Estados Unidos dicha desarticulación ha sido más profunda. En gran medida, la pérdida de importancia relativa del sector manufacturero determinó la caída de la tasa de sindicalización. No obstante, la disminución de la sindicalización general fue (y está siendo) compensada con el incremento inédito de la sindicalización de la burocracia gubernamental. La erosión fue enorme y acelerada

si consideramos que entre 1973 y 2006 se perdió la mitad de la representatividad sindical. La mayor pérdida se experimentó en el sector privado. La tasa de sindicalización de los trabajadores asalariados privados descendió de 10.5 a 7.8% entre 1995 y 2008, lo que muestra la rápida tendencia de desaparición de la sindicalización en la clase obrera estadounidense (CPS, 1995 y 2008).

GRÁFICA 3. ESTADOS UNIDOS. TASA DE SINDICALIZACIÓN, 1973-2008



FUENTE: Mishel *et al.* (2009) y Bureau of Labor Statistics (2009b).

Como se ha indicado, el crecimiento de la organización sindical estuvo ligado a la expansión de la industria manufacturera, en particular entre la segunda guerra mundial y comienzos de los años sesenta. La reestructuración económica posterior, en la medida que acentuó la terciarización de la economía, erosionó la base principal de sustentación del movimiento sindical, resultando particularmente afectados los sindicatos articulados al sector industrial, gran parte de ellos afiliados al Congreso de Organizaciones Industriales (COI). La Organización Estadounidense del Trabajo-Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO), surgió de la fusión de estas dos asociaciones en 1955 que, a pesar de que pasó a representar la mayor confederación sindical de Estados Unidos, no siempre operó en congruencia con los intereses sociales y políticos de la clase trabajadora (Seipes, 2005). Cabe señalar que con el crecimiento de la economía de servicios, generalmente más heterogénea, segmentada y desregulada, operan con relativa eficacia

las estrategias de los empleadores orientadas a impedir la sindicalización (Cornfield, 2006). En la actualidad, gran parte de los trabajadores sindicalizados se concentra en los sectores más estables de la economía, pero es sensiblemente mayor la afiliación de trabajadores vinculados al sector público.

En Estados Unidos, como en otros países, ni los factores de la demanda ni los de la oferta del mercado laboral explican por sí mismos las tendencias de desarticulación de las organizaciones obreras. No obstante, en el escenario laboral y político reciente, han surgido diversos planteamientos en el sentido de que es posible y necesario regresar a los orígenes del sindicalismo estadounidense, “retornar a la función esencial de los sindicatos: el reclutamiento y la organización de nuevos miembros” (Cason y Brooks, 2004). Al respecto, las preguntas pertinentes son: ¿cuál es o son los sectores de trabajadores integrables? ¿Son los trabajadores relegados a las actividades de servicio? ¿Los segmentos más vulnerables y desprotegidos de trabajadores? ¿Las mujeres, los jóvenes, los migrantes, o se trata de la nueva clase obrera, representada por los obreros de cuello blanco? Sobre estos cuatro componentes de la fuerza laboral estadounidense han operado cambios inéditos, en los últimos años.

En perspectiva global, dos fenómenos que caracterizaron la dinámica del mercado de trabajo en Estados Unidos, acontecida durante la segunda mitad del siglo pasado son, por un lado, el aumento de la mujer en la fuerza de trabajo y, por el otro, sus avances notables en la educación, particularmente universitaria. La tasa de ocupación de la mujer creció de 32 a 56.6% entre 1950 y 2006, mientras que el empleo de los hombres descendió de 82 a 70.1% en el mismo periodo (Allegretto, 2007). El porcentaje de mujeres con título universitario creció de 11.2% en 1970 a 32.6% en 2004, el doble de la tasa de aumento de los hombres (Luce y Brenner, 2006). En este marco, la segregación ocupacional por género experimentó una importante caída. La brecha salarial se redujo notablemente. En particular, son mujeres las beneficiadas con más altos niveles educativos. Las mujeres con educación universitaria incrementaron sus ingresos en 31% entre 1973 y 2003, mientras que los hombres con iguales condiciones de capital humano aumentaron sus salarios en 17%. Cierto, ellas resultaron más favorecidas. No obstante, según Luce y Brenner (2006), “*although the gender wage gap has been closing, this is not because women’s average wages are rising. The gap with male earnings continues to close only because men’s wages are falling faster than women’s*”.

La sindicalización masculina es relativamente mayor que la femenina, pero la tendencia, decreciente en ambos, favorece más a las mujeres. En 2007 la afiliación sindical de los hombres era de 13% en contraste con la

de las mujeres que alcanzaba 11.1%. No obstante, la brecha entre ambos se ha reducido considerablemente desde comienzos de los años ochenta, cuando la proporción de hombres agremiados superaba aproximadamente en 10% a las mujeres. Según el Bureau of Labor Statistics (2008a), *“the rates for both men and women declined between 1983 and 2007, but the rate for men declined much more rapidly”*. A lo largo de los últimos decenios las mujeres han mantenido una participación activa y creciente en las organizaciones gremiales de Estados Unidos. En 2007 representaban 45% de la membrecía sindical, y se estima que si se mantuviera el ritmo de crecimiento de los últimos 25 años, *“women will be the majority of the unionized workforce by 2020”* (Schmitt, 2008). Las mujeres están por convertirse en la mayoría de los trabajadores sindicalizados. La representación sindical y la capacidad de negociación colectiva mejora sustancialmente los beneficios asociados al puesto en cuanto a remuneraciones y prestaciones percibidas por las mujeres, en contraste con las no agremiadas.

La situación es más contrastante y contradictoria entre los jóvenes, los cuales parecen ser los menos afortunados en las circunstancias actuales del mercado laboral estadounidense. La tasa de desempleo de los jóvenes entre 16 y 24 años a escala nacional fue de 12.8% en 2008, superior en casi tres veces a la desocupación de los trabajadores con 25 años o más, puesto que éstos tienen tasas de desocupación de 4.6% (Bureau of Labor Statistics, 2008b). Los jóvenes, además de mostrar tasas relativamente bajas de participación,⁸ presentan altas tasas de desempleo, enfrentan mayores posibilidades de ser contratados de manera temporal y despedidos más fácilmente, ocupan los nuevos puestos con más bajos salarios (Carty, 1999), se encuentran en condiciones de mayor pobreza y con menores posibilidades de pertenecer a algún sindicato, en comparación con los demás grupos de edad en la fuerza laboral. Según el Bureau of Labor Statistics (2007), en 2007 sólo 4.4% de los jóvenes entre 16 y 24 años pertenecían directamente a un sindicato, contra 13.3% de los trabajadores de más de 25 años. No obstante, como en todos los segmentos del mercado laboral, la sindicalización tiene efectos directos sobre el salario percibido por los jóvenes: un trabajador de entre 16 y 24 años a tiempo completo con adscripción a un sindicato, obtuvo un ingreso medio de alrededor de 566 dólares semanales en 2007, mientras que uno no sindicalizado percibió 418 dólares (Bureau of Labor Statistics, 2008a).

⁸ Según la Organization for Economic Cooperation and Development (OECD, 2005) *“one possible reason behind the fall in labour force participation among youths is competition from low skilled immigrants”*.

Con relación con lo anterior, surgen algunas interrogantes respecto al carácter de los movimientos sociales de migrantes latinos en Estados Unidos, acontecidas en los últimos años, movimientos articulados a las demandas de reconocimiento de derechos civiles y laborales en dicho país y a las posibilidades de desarrollo de las organizaciones sindicales nacionales vinculadas al movimiento obrero internacional. Los trabajadores migrantes han pasado a ocupar la posición de actores sociales y políticos de primera instancia en la conformación de la nueva estrategia gremial. En el entorno sociolaboral actual se asume que el futuro de la organización sindical estadounidense dependerá cada vez más de los trabajadores mexicanos, latinoamericanos y asiáticos recién llegados e incorporados al mercado laboral (Cason y Brooks, 2004). Según dichos autores, se asume que “los más grandes avances y triunfos sindicales recientes en gran medida han sido los encabezados por inmigrantes” jornaleros, provenientes de actividades de servicios y manufactureras.

En términos cuantitativos, los inmigrantes representan el sector con más rápido crecimiento y cohesionado en torno a intereses sociales y laborales. En 2007, 24 millones de personas, equivalente a 15.7% de la fuerza de trabajo civil de 16 años y más, nacieron en el extranjero. Los hispanos comprendían 50% de los inmigrantes y 7.4% de la fuerza de trabajo estadounidense (Bureau of Labor Statistics, 2008c). La proporción de inmigrantes en la fuerza laboral estadounidense ha crecido apreciablemente. La inmigración total pasó de representar 2.6% en 1970 a 15.7% en 2007, en este último año la participación latina representó 7.8% de la totalidad de aquella y 49.9% de la extranjera (Robinson, 2006 y Bureau of Labor Statistics, 2008c). La proporción de migrantes en las ocupaciones asalariadas privadas creció de 12.4 a 18.2% entre 1995 y 2008 (cps, 1995 y 2008).

Con fines exploratorios respecto a las posibilidades de articulación de estos sectores sociales a las organizaciones sindicales de Estados Unidos, se aplicó el siguiente modelo de regresión logística, que tiene como variable dependiente la participación en algún sindicato, aplicado con fines comparativos a los trabajadores asalariados privados en 1995 y 2008. El modelo tiene como objetivo conocer los factores que aumentan o disminuyen la probabilidad o propensión a pertenecer a la organización sindical. Como variables explicativas se incluyeron el sexo, la edad, las ramas de actividad, el estatus migratorio y la categoría o tipo de clase obrera, atendiendo a las tendencias indicadas.

El modelo formalmente tiene la siguiente estructura: $p(\text{SIN}=1) = \frac{\exp^{f(x)}}{1 + \exp^{f(x)}}$

o sea: $f(x) = \beta_0 + \beta_1 \text{SEX} + \beta_2 \text{EDA} + \beta_3 \text{ACT} + \beta_4 \text{EMI} + \beta_5 \text{COB} + \varepsilon$

Donde:

- SIN = Variable dicotómica correspondiente a la sindicalización, donde 1 corresponde a trabajador sindicalizado y 0 a no sindicalizado.
- SEX = Sexo de los trabajadores, donde 1 son mujeres y 0 hombres.
- EDA = Edad dicotomizada, donde 1 es joven (15 a 29 años) y 0 es no joven (con 30 años y más).
- ACT = Rama de actividad económica en 12 categorías, controlada por “entrenamiento y recreación”, última de la serie.
- EMI = Estatus migratorio según lugar de nacimiento, donde 1 corresponde a nativos y 0 a no nativos.
- COB = Clase de obrero según nivel de profesionalización, donde 1 corresponde a trabajadores de cuello azul y 0 a cuello blanco.
- ε = Término de error aleatorio

El modelo econométrico expuesto aporta resultados sugerentes de los factores que inciden –y sus tendencias– en la participación en la organización sindical de los trabajadores asalariados privados. Como puede apreciarse en la tabla 3, el comportamiento estadístico de las variables consideradas es el siguiente:

- Desde la perspectiva de género, tomando a las mujeres como categoría de contraste, podremos inferir que en ambos años es mayor la propensión a participar en la organización sindical de los hombres, significativas a $p < 0.05$, pero con creciente importancia relativa de las mujeres.
- En cuanto a la edad de los trabajadores, se observa que la probabilidad de formar parte de un sindicato es mayor entre los trabajadores asalariados privados “no jóvenes” (mayores de 30 años) que entre los jóvenes (15 a 29 años); pero en cierta medida, los jóvenes incrementan su presencia relativa en el periodo considerado.
- Contrastando con la categoría de servicios profesionales –la de mayor participación y crecimiento durante los últimos años–, en ambos años

TABLA 3. ESTADOS UNIDOS. FACTORES DE SINDICALIZACIÓN DE TRABAJADORES ASALARIADOS PRIVADOS, 1995-2008

Variables	1995			2008		
	β	Sig.	Exp(β)	β	Sig.	Exp(β)
Sexo						
Mujer*			1.000			1.000
Hombre	0.505	0.000	1.657	0.214	0.008	1.239
Edad						
Jóvenes*			1.000			1.000
No jóvenes	0.617	0.000	1.853	0.775	0.000	2.172
Rama de actividad						
Servicios profesionales*			1.000			1.000
Agricultura, silvicultura y pesca	-1.628	0.000	0.196	-1.380	0.003	0.251
Minería	0.083	0.775	1.087	-0.220	0.481	1.246
Construcción	0.493	0.001	1.637	0.453	0.001	1.574
Manufactura	0.551	0.000	1.734	0.255	0.024	1.290
Transporte, comunicación y otras	1.254	0.000	3.503	1.104	0.000	3.016
Comercio al mayoreo y menudeo	-0.539	0.000	0.584	-0.450	0.000	0.638
Finanzas y seguro	-1.399	0.000	0.247	-1.339	0.000	0.262
Negocios y servicios de reparación	-1.132	0.000	0.322	-0.951	0.010	0.386
Servicios personales	-0.436	0.033	0.647	-0.829	0.002	0.437
Entretención y recreación	0.377	0.095	1.458	0.008	0.970	1.008
Estatus migratorio						
Nativos*			1.000			1.000
No nativos	0.059	0.546	1.060	-0.129	0.197	0.879
Clase de obrero						
Cuello azul*			1.000			1.000
Cuello blanco	-1.008	0.000	0.365	-0.508	0.000	0.602
Constante	-2.614	0.000	0.073	-2.928	0.000	0.054
N =			11,799			11,994
-2 Log Likelihood =			6903.948			6009.282
Chi-Square =			1049.511			507.853

FUENTE: Elaboración propia con base en *Current Population Survey*, IPUMS-USA, 1995 y 2008.

* Categoría de referencia $p < 0.05$.

de análisis las ramas de agricultura, silvicultura y pesca, comercio al mayoreo y menudeo, finanzas y seguro, negocios y servicios de reparación y servicios personales, resultan significativas, con $p < 0.05$, pero B negativo, lo que indica la disminución de las posibilidades de sindicalización de los trabajadores de dichas ramas. La propensión a pertenecer a algún sindicato es mayor en las ramas de la construcción, el transporte y la manufactura; pero, como puede observarse, particularmente la sindicalización en el sector manufacturero ha experimentado una pérdida significativa en el periodo de análisis.

- El análisis del estatus migratorio de la base sindical actual y sus tendencias aporta evidencias que no validan la hipótesis que asume al inmigrante como un nuevo actor político, con posibilidades de integración creciente en las organizaciones obreras. Como puede observarse en la prueba realizada, la propensión de participación de los “no nativos” en algún sindicato resultó estadísticamente no significativa en los dos años considerados. Las razones pueden ser diversas, determinadas, en parte, por el peso que suelen tener los factores identitarios en las comunidades de inmigrantes y el débil reconocimiento como clase social en torno al puesto de trabajo; así como por la alta presencia de indocumentados, que coloca al inmigrante en una situación de vulnerabilidad política ante las exigencias y condicionamientos de los empleadores de no formar parte de alguna organización gremial.
- Finalmente, congruente con lo esperado, podemos observar que es mayor la propensión a formar parte de algún sindicato por parte de los trabajadores de “cuello azul”, vinculados al trabajo manual, que entre los trabajadores de “cuello blanco”, incorporados al trabajo “inmaterial”, gerencial, profesional y técnico. En este sentido, las transformaciones en la estructura de la clase obrera que han modificado la composición de dicho sector –que se traduce en una disminución cuantitativa del trabajador tradicional– operan también en detrimento de la organización política y las posibilidades de formar parte de algún sindicato.

CONSIDERACIONES FINALES

Dados los cambios en las relaciones laborales, el deterioro de las condiciones de empleo y el descenso de la sindicalización, difícilmente podríamos pensar que la clase obrera estadounidense pase por sus mejores tiempos. En

entorno, la pregunta sobre la hegemonía de clases implica cuestionarse respecto a las formas que asume la dominación política en el país. En términos de la legitimidad interna, el debilitamiento de las condiciones sociales es un referente de la pérdida de hegemonía de Estados Unidos. En cierto modo, los sindicatos permanecen inactivos, dado que fueron concebidos en la lógica del trabajo manufacturero asalariado. El sindicalismo estadounidense pasa por su más profunda crisis.

La globalización de la industria manufacturera ha promovido una creciente redistribución del trabajo en el mundo (Chanda, 2004). Este cambio podría ser importante y de consecuencias políticas inéditas, en el mediano y largo plazos. Como señala Silver (2004), en este nuevo marco de contradicciones hay un desplazamiento doble: “el principal lugar de la clase obrera y la formación de la protesta se ha desplazado dentro de las industrias mundiales junto con los cambios en la ubicación geográfica de la producción”. Esta tesis estaría en consonancia con la idea de considerar a las semiperiferias y, cada vez más las periferias, como zonas de turbulencias sociales y políticas.

Los cambios en la estructura económica, en particular el proceso intenso de desindustrialización, determinaron el debilitamiento de las organizaciones gremiales. Con el neoliberalismo, la movilidad sectorial y la relocalización de capitales, la clase obrera fue desarticulada. En particular, con el crecimiento del trabajo precario, el empleo informal y el desempleo, se fragmentó la mano de obra y se limitó su capacidad de organización y acción colectiva en demanda de los intereses de la clase trabajadora (Petras, 2005a). La caída de la tasa de sindicalización tiene un efecto directo sobre los niveles de salarios pero, además, sobre las posibilidades de acceder a empleos de calidad con cobertura de seguridad social y servicios médicos, así como a prestaciones por enfermedad, vacaciones y pensiones. El debilitamiento de la organización sindical limita la negociación colectiva, a la vez que coloca al trabajador en condiciones de vulnerabilidad frente a la inestabilidad laboral y la pérdida de poder adquisitivo del salario mínimo establecido. El entorno de competencia laboral promovido con el modelo neoliberal, lejos de promover la cooperación y la solidaridad, paradójicamente fomentó el individualismo, las fracturas de grupos y la pérdida de conciencia de clase.

En Estados Unidos, como en gran parte de los países desarrollados, las organizaciones sindicales están en crisis. Petras (2005b) atribuye dicha situación a la política de sometimiento y colaboración de los dirigentes sindicales con los empresarios, así como la pérdida de identidad con respecto a los intereses de las organizaciones militantes de base. Según este autor, el

problema no es nuevo, pero se ha acentuado en los últimos años, generando una marcada pérdida de afiliados. En los tres últimos decenios, ha descendido apreciablemente la densidad sindical, entendida como la proporción de sindicalizados del total de trabajadores activos. La sindicalización alcanzó sus máximos niveles después de la segunda guerra mundial y mediados de los años cincuenta, cuando alcanzó alrededor de 35% del total de los trabajadores, pero cayó sistemáticamente desde entonces. La AFL-CIO, que llegó a reclutar cerca de la tercera parte de los trabajadores estadounidenses, actualmente apenas representa 9% de los trabajadores y 7% de los trabajadores del sector privado.

El movimiento sindical estadounidense pasa por una etapa difícil de su historia. El entorno de la crisis económica actual podría detonar algún efecto sobre sus estructuras internas:⁹ o logra reconstituirse social y políticamente, o podría desaparecer del escenario nacional, en el corto y mediano plazos. Ciertamente, aún en estas circunstancias parecen escasos los márgenes de maniobras y las posibilidades de recuperación efectiva de las organizaciones obreras. El futuro del movimiento laboral estadounidense dependerá de la capacidad de organización y reclutamiento de nuevos miembros pertenecientes a los diversos sectores económicos y sociales en torno a intereses laborales comunes. En dicho esfuerzo, resultará indispensable la integración de los distintos grupos: las mujeres, los jóvenes y los grupos étnicos, particularmente de las comunidades inmigrantes, conformadas por trabajadores documentados e indocumentados, recientemente incorporados al mercado laboral.

El análisis político actual de Estados Unidos no debería restringirse a los escenarios de posibilidades de gestión del nuevo gobierno y sus obvios compromisos con las clases económicamente dominantes del país; sino que, por el contrario, es indispensable que sean pensadas desde la expresión legítima de la sociedad estadounidense. La elección de un afrodescendiente presidente de ese país, último en abolir la esclavitud en América, es un acontecimiento inédito. Ciertamente, el gobierno de Barack Obama estará acotado por los grupos de poder estadounidense. El poder no se difunde libremente en la ciudadanía, se ejerce desde pequeñas élites o grupos dominantes. No obstante, en la coyuntura actual, podría abrir nuevas perspectivas para las

⁹ Según Gordon (*et al.*, 1986: 17), en Estados Unidos la forma en que se resolvieron las crisis anteriores "condujeron a cambios estructurales que influyeron en la configuración de la clase obrera".

organizaciones gremiales de los trabajadores. Según el nuevo mandatario, “no es posible contar con una clase media lo suficientemente sólida sin un movimiento sindical fuerte” que le dé cobertura y viabilice sus demandas laborales.

REFERENCIAS

- Accornero, Aris y Nino Magna, 1987, “El trabajo después de la clase obrera”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 38, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, cis, abril-junio.
- Allegretto, Sylvia A., 2007, “United States GPN Report 2007”, *Global Policy Network*, Washington, DC, Economic Policy Institute <www.epi.org/>.
- Anderson, Sarah y John Cavanagh, 2004, *Relocalización: una agenda de políticas públicas*, Foreign Policy in Focus <www.fpiif.org>.
- Atria, Raúl, 2004, *Estructura ocupacional, estructura social y clases sociales*, Serie Políticas Sociales, Santiago de Chile, División de Desarrollo Social.
- Beck, Ulrich, 2000, *Un nuevo mundo feliz. La precarización del trabajo en la era de la globalización*, Buenos Aires, Paidós.
- Bell, Daniel, 1977, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, México, Alianza Editorial.
- Bellamy Foster, John, 2006, “Aspects of Class in the United States: An Introduction”, *Monthly Review*, vol. 58, núm. 3, Nueva York, Monthly Review Press <www.monthlyreview.org/0706jbf.htm>.
- Beinstein, Jorge, 2008, “Estados Unidos entre la recesión y el colapso. El hundimiento del centro del mundo”, *Rebelión*, 8 de mayo, <www.rebellion.org/noticia.php?id=67099>.
- Bivens, Josh, Robert Scott y Christian Weller, 2003, “Mending manufacturing. Reversing poor policy decisions is the only way to end current crisis”, *Briefing Paper*, Washington, D.C, Economic Policy Institute <<http://epinet.org>>.
- Bureau of Labor Statistics, 2007, Union Members in 2007 <www.bls.gov/news.release/pdf/union2.pdf>.
- Bureau of Labor Statistics, 2008a, “Union Members in 2007”, News, Washington, DC, United States Department of Labor, 25 de enero <<http://www.bls.gov/cps/>>.
- Bureau of Labor Statistics, 2008b, *Preliminary 2008. Data on Employment Status by State and Demographic Group* <www.bls.gov/lau/ptable14full2008.pdf>.
- Bureau of Labor Statistics, 2008c, “Foreign-born Workers: Labor Force Characteristics in 2007”, *News*, Washington, DC, United States Department of Labor, 26 de marzo.
- Bureau of Labor Statistics, 2009a, *Employment & Earnings*, vol. 56, núm. 5, mayo <<http://www.bls.gov/opub/cc/empearn200905.pdf>>.
- Bureau of Labor Statistics, 2009b, “Databases and tables” <www.bls.gov/data/>.
- Carty, Luis, 1999, “El debate sobre la calidad del empleo: El caso de los Estados

- Unidos de América, 1970-1990”, en Ricardo Infante, *La calidad del empleo. La experiencia de los países latinoamericanos y de los Estados Unidos*, Santiago de Chile, OIT.
- Cason, Jim y David Brooks, 2004, “El papel del trabajo: Estados Unidos”, *Rebelión* <www.rebelion.org/noticia.php?id=5324>.
- Castells, Manuel, 2004, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. III, 4a. ed., Siglo XXI Editores, México.
- Castillo Fernández, Dídimo, 2007, “Hegemony and the U.S. Labor Model”, *Latin American Perspective*, Issue 152, vol. 34, núm. 1, CA, US, LAP Editorial, enero.
- Chanda, Nayan, 2004, “Movement of Jobs to Low-Wage Countries is Unstoppable”, *Yale Global*, 2 de febrero.
- Cornfield, Daniel B., 2006, “Impacto de la reestructuración económica y el incremento de la desigualdad en la ruptura del movimiento obrero en los Estados Unidos”, *Trabajo*, año 2, núm. 2, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, OIT y Plaza y Valdés, enero-junio.
- Current Population Survey (CPS), 1995, IPUMS-USA, Minnesota Population Center, University of Minnesota <<http://usa.ipums.org/usa/>>.
- Current Population Survey (CPS), 2008, IPUMS-USA, Minnesota Population Center, University of Minnesota <<http://usa.ipums.org/usa/>>.
- De Sebastián, Luis, 2004, “La decadencia económica de los Estados Unidos”, *Observatori del Deute en la Globalització*, Universitat Politècnica de Catalunya, Catalunya.
- Freeman, Richard B., 2004, Are European Labor Markets as Awful as All That?, CEP Discussion Paper No. 644, Centre for Economic Performance, London School of Economics and Political Science <<http://cep.lse.ac.uk/pubs/download/dp0644.pdf>>.
- González, Juan Jesús, 1992, “La construcción empírica de las clases”, *Política y Sociedad*, núm. 11, UNED, Madrid.
- Gordon, David M., Richard Edwards y Michael Reich, 1986, *Trabajo segmentado, trabajo dividido. La transformación histórica del trabajo en Estados Unidos*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Graham, Ian, 2003, “Vale la pena pertenecer a un sindicato, como lo demuestran las cifras de los Estados Unidos”, *La protección de los salarios, Educación Obrera*, núm. 128, OIT <www.ilo.org/public/spanish/dialogue/actrav/publ/128/index.htm>.
- Houseman, Susan, 2007, *Outsourcing, Offshoring, and Productivity Measurement in U.S. Manufacturing*, Paper No. 06-130, Upjohn Institute for Employment Research, abril.
- Integrated Public Use Microdata Series, IPUMS, 1995-2008, Current Population Survey, Minnesota Population Center, IPUMS-USA.
- Luce, Stephanie y Mark Brenner, 2006, “Women and Class: What Has Happened in Forty Years?”, *Monthly Review*, vol. 58, núm. 3, julio-agosto.
- Mishel, Lawrence, Jared Bernstein y Heidi Shierholz, 2009, *The State of Working America 2008/2009*, Washington, D.C., Economic Policy Institute <http://epi.3cdn.net/49e7e313da5880e5af_npm6i6oxf.xls>.
- Organization for Economic Cooperation and Development (OECD), 2005, “Eco-

- conomic Survey of the United States 2005: Labour market issues”, OECD, 27 de octubre.
- Petras, James, 2000, “El impacto político y social del neoliberalismo”, *Rebelión*, 10 de abril.
- Petras, James, 2005a, “Clase obrera, aciertos, obstáculos y oportunidades”, *Rebelión*, 1 de mayo <www.rebellion.org/noticia.php?id=14644>.
- Petras, James, 2005b, “La confederación internacional estadounidense AFL-CIO y la guerra de Irak”, *Rebelión*, 2 de agosto <www.rebellion.org/noticia.php?id=18438>.
- Portes, Alejandro y Nelly Hoffman, 2003, *Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios durante la época neoliberal*, Serie Políticas Sociales, Santiago de Chile, División de Desarrollo Social.
- Pozzi, Pablo A., 2003, “Excepcionalismo y clase obrera en Estados Unidos”, *Huellas imperiales*, Buenos Aires, Mago Mundi.
- Rifkin, Jeremy, 1996, *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, México, Paidós.
- Robert Scott, Josh Bivens y Christian Weller, 2003, “Mending manufacturing. Reversing poor policy decisions is the only way to end current crisis”, *Briefing Paper*, núm. 144, Washington, D.C., Economic Policy Institute, septiembre.
- Robinson, Andy, 2006, “Estados Unidos: El síndrome crash: clase obrera e inmigración”, *Boletín Informativo*, año II, Red solidaria de la izquierda radical, 24 de abril <<http://listas.chasque.net/pipermail/boletin-prensa/2006-April/000423.html>>.
- Rodríguez Varga, José de Jesús, 2005, *La nueva fase de desarrollo económico y social del capitalismo*, tesis para optar al grado de Doctor en Economía, División de Estudios de Posgrado, Facultad de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Reuther, Walter P., 2006, “The Unions in the United States”, 2006, History.com, Enciclopedia <<http://www.history.com/encyclopedia.do?articleId=224387>>.
- Schmitt, John, 2008, *Unions and Upward Mobility for Women Workers*, Center for Economic and Policy Research, Washintong, DC <www.cepr.net>.
- Seipes, Kim, 2005, “Labor Imperialism Redux?: The AFL-CIO’s Foreign Policy Science 1995”, *Monthly Review*, mayo.
- Silver, Beverly J., 2004, *The Time-Space Mapping of World Labor Unrest*, Sociology Department, Baltimore <www.irrows.ucr.edu/conferences/globgis/papers/silver.htm>.
- The Opportunity Agenda, 2006 <<http://www.opportunityagenda.org>>.
- Vogel, Richard D., 2006, “Harder Times: Undocumented Workers and the U.S. Informal Economy”, *Monthly Review*, vol. 58, núm. 3, Nueva York: Monthly Review Press <<http://monthlyreview.org/0706vogel.htm>>.
- Wallerstein, Immanuel, 2005, *La decadencia del poder estadounidense*, México, Ediciones Era-Editores Independientes.
- Wallerstein, Immanuel, 2008, “La depresión, una visión a largo plazo”, *Rebelión*, 20 de octubre <<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=74627>>.

CIENCIA Y TECNOLOGÍA EN ESTADOS UNIDOS: CRISIS DE HEGEMONÍA, COMPETITIVIDAD Y CICLO REPRODUCTIVO

FABIO GROBART SUNSHINE

En lo que va de siglo XXI crecen las evidencias acerca de la crisis de hegemonía (en el sentido gramsciano del concepto), integral y por diversas esferas, de la primera potencia mundial. De ello testimonian numerosos estudios de destacados sociólogos de Estados Unidos y de otras latitudes, incluida Nuestra América. El presente trabajo aborda uno de sus aspectos posiblemente menos estudiados –*la niña de los ojos del Destino Manifesto del establishment* estadounidense–, a saber: el creciente cuestionamiento del último reducto de las llamadas *ventajas comparativas dinámicas y sistémicas* de la eufemísticamente llamada *sociedad basada en el conocimiento*: la hegemonía planetaria en ciencia, tecnología y servicios de alta tecnología, como pilar estratégico de su política de dominación. Se conceptualiza la interrelación biunívoca existente entre hegemonía, competitividad y ciclo reproductivo y se ofrece un análisis individualizado de cada uno de estos tópicos, todos con tendencia a la baja, para enunciar con enfoque de complejidad la crisis sistémico-estructural en los mismos cimientos, *las fuerzas productivas metropolitanas*, del capitalismo monopolista transnacionalizado.

CUESTIONAMIENTO DE LA HEGEMONÍA ESTADUNIDENSE EN CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Al finalizar la segunda guerra mundial, Estados Unidos emerge a la palestra mundial en condiciones inmejorables para disfrutar de una plurifacética hegemonía en las diversas esferas del quehacer político, económico, psicosocial, cultural, internacional, militar, científico-tecnológico, etc. No obstante, con el inmediato desencadenamiento –de su parte– de la guerra fría (1946), empiezan a manifestarse crecientes síntomas de lo que hoy se asume ya generalizadamente como la “Crisis de hegemonía de Estados Unidos” (Gandásegui, 2007).

Constituye nuestro objetivo incursionar en una de sus aristas, posiblemente de las menos estudiadas, es decir, los tópicos concernientes a “la pérdida

de cuotas de hegemonía”, como algunos prefieren denominar y mientras que otros “la hegemonía en cuestionamiento” en ciencia, tecnología y servicios conexos de alta tecnología (ALTEC). Interesa en ese sentido, más que lo anecdótico o coyuntural, la profundización en los aspectos de esencia del actual modelo reproductivo de la economía estadounidense, que apuntan hacia su agotamiento o reconfiguración, muy a pesar de contar todavía en su favor con los más altos indicadores en cifras absolutas (no así en términos relativos o de intensidad), las mayores potencialidades y complementariedades sistémicas internas, el liderazgo en el proceso de globalización y el advenimiento temprano e impetuoso de la revolución científico-tecnológica (RCT), financiada en más de 50% por el más poderoso y creciente presupuesto militar del planeta.

Es conocido que en los albores de la segunda guerra mundial, en Estados Unidos se integrarían los intereses del Estado con los de las flamantes grandes corporaciones transnacionales y los de la insitucionalidad científico-tecnológica y universitaria (estatal y privada), conformando el llamado complejo militar industrial bajo la égida del Pentágono, el cual trazaría, coordinaría e incluso administraría las principales líneas de política y programas relacionados con la producción bélica para la victoria sobre *el eje Berlín-Roma-Tokio*.

Ello permitiría lograr significativas sinergias mediante la concentración de *masa crítica* intelectual, financiera y material en plazos extremadamente cortos y la creación de armamentos radicalmente nuevos, basados en los más recientes adelantos de la ciencia y la ingeniería. El más renombrado ejemplo de ello sería el *Proyecto Manhattan* para la creación del arma nuclear. Es así como Estados Unidos irrumpiría en la revolución científico-tecnológica, inaugurando una nueva era de oportunidades... y de peligros para la humanidad. Esa capacidad adquirida, asociada a su aporte al triunfo sobre el fascismo, les reportaría un prestigio que los situaría, junto a otros factores, en el pedestal de la hegemonía mundial.

No obstante, tal como actúan las leyes de la dialéctica, los mismos fenómenos de esencia que caracterizarían el funcionamiento del sistema y contribuirían –en su momento y entorno– al auge de hegemonía en esta esfera, conducirían más adelante y en un mundo cambiante, a su decadencia ante la conciencia de cada vez más amplias capas de la población mundial y del propio Estados Unidos.

El primer referente –que no sólo el pueblo japonés sino toda la humanidad jamás podrán olvidar como un deliberado acto de lesa humanidad contra una población civil indefensa– serían los hongos nucleares elevándose sobre Hiroshima y Nagasaki, imposibles de legitimar por vías ético-morales. Aquella sería la primera “introducción en la práctica” del más trascendente

resultado científico y tecnológico que iniciaría la *era basada en el conocimiento*, el dominio de la reacción nuclear en cadena.

En contraposición, aquel sería también, junto a las atrocidades del enemigo en la segunda guerra mundial, el punto de partida para el surgimiento de un poderoso *Movimiento Mundial por la Paz* y por la prohibición del genocidio, entre otros, mediante los adelantos científicos en armas de exterminio masivo. En ello desempeñaría un importante papel esclarecedor y de denuncia, el *Movimiento Pugwash*, compuesto por influyentes personalidades mundiales que, aunque de las más diversas ideologías y confesiones, estaban guiadas por el sentido humanista de preservar la vida en el planeta.

Como es conocido, una vez terminada la segunda guerra mundial, la economía estadounidense lejos de volver a cauces pacíficos institucionalizaría *ad aeternum* el pacto que condujera a la creación del complejo militar industrial. Se observó que durante su funcionamiento en los años bélicos, el financiamiento otorgado a las transnacionales mediante el encargo militar estatal-público no sólo les proporcionaría pingües ingresos directos e indirectos por la producción del novedoso material bélico logrado mediante investigación y desarrollo (I+D), sino también por la apropiación y privatización de dichos conocimientos y su aplicación colateral en la producción civil para el mercado, los llamados *spillovers* o derrames.

La *pentagonización* de la economía se justificaría así para las transnacionales como mecanismo propulsor y legitimador de cuotas de ganancia extraordinarias, gracias a la “asegurada demanda” con precios sobredimensionados, el financiamiento de los procesos de I+D, el lucro frecuentemente abusivo de la propiedad intelectual así usurpada, el efecto multiplicador de los *spillovers* y las exenciones oficiales de su contribución al fisco.

A la vez –como *spillover* político–, en un inicio se garantizaría la “paz social interna” del llamado *Estado benefactor* en amplias capas de la población laboral, superando el alto grado de desocupación, marginación e indigencia económica y social heredado del *crack del 29*. A este modelo, soportado artificialmente por la eternización de la economía de guerra, se le denominaría *Keynesianismo militar*. Ya más recientemente, a éste se le integrarían “principios” neoliberales, facilitadores del desentendimiento –por las transnacionales– de los intereses vitales de “su” clase trabajadora, en primer lugar de los llamados *cuellos azules* y, crecientemente, de los *cuellos blancos*.¹

¹ Eufemismos utilizados en Estados Unidos para los asalariados, respectivamente, manuales e intelectuales (entre estos últimos, los científicos, profesores, ingenieros, médicos, especialistas en informatización, directivos, ejecutivos, etcétera).

Ese mecanismo condicionaría una hiperbólica distorsión, sistémicamente especulativa y corrupta en el plano ético-político y económico, para la legitimación de cualquier “enemigo a vencer”, fuera éste real, potencial o inventado, que se instalaría hasta el presente como la controvertida fuerza motriz del ciclo reproductivo de esa primera potencia económica, militar y científico-tecnológica.

En consonancia, no pasaría ni un año después de la segunda guerra mundial cuando se le impondría el chantaje nuclear y la carrera armamentista a la Unión Soviética (URSS). Frente a sus fronteras y las de los países liberados por ella, se emplazarían decenas de bases militares, pertrechadas con el más moderno arsenal atómico. Desangrado, con más de 22 millones de muertos y millones de heridos y lisiados de la población masculina en edad laboral; el patrimonio industrial, habitacional y cultural destruido en gran parte de su territorio; la agricultura arrasada por los cinco años de contienda; la ayuda solidaria prestada a las naciones liberadas y, para colmo, dos años de sequía en la posguerra, ¿qué se podría esperar del heroico pueblo soviético, principal víctima, aliado y vencedor en la segunda guerra mundial? La respuesta a ese desafío no se haría esperar: incursionar de nuevo en defensa de la paz mundial, mediante enormes sacrificios –postergando la reconstrucción y las metas a futuro– en lo más avanzado de la revolución científico tecnológica y de la *détente* bélica.

Así, en el breve plazo de cuatro años, tras el experimento de Álamo Gordo, la URSS detonaría su primera bomba atómica en 1949. Después, a la bomba H estadounidense le seguiría la soviética –tras sólo un año– en 1953. Desbaratado el chantaje nuclear, pasaría a metas de paridad estratégica, logrando una suficiente reserva de armamentos y vectores de novedosa tecnología. El territorio de Estados Unidos no quedaría a salvo de aventurarse éste por la guerra. Ello asestaría un contundente golpe a la hegemonía estadounidense, ante la vista de la humanidad.

Pero, a la vez, la URSS enfatizaría el desarrollo en primicia del uso pacífico de la energía nuclear, con la primera generadora experimental átomo-eléctrica y el primer Instituto Internacional de Investigaciones Nucleares. Le seguiría la conquista pacífica del espacio cósmico, con el primer satélite artificial de la Tierra (1957); la primera serie de investigaciones de la Luna (circunvuelo con fotografía de su lado oscuro, alunizaje suave, estación móvil automática y retorno a la Tierra con muestras de minerales, primera medición exacta de distancias mediante láser); el primer cosmonauta, Yuri Gagarin (1961); la primera cosmonauta, Valentina Tereshkova (1963), la primera estación orbital habitada; el Programa Interkosmos con cosmonautas de múltiples países; las sondas a Marte, Venus y a otros planetas.

Cada uno de estos avances científicos y tecnológicos sería testimonio fehaciente de que había conocimiento, poderío y voluntad política para llevar a la conciencia de la humanidad el mensaje de que un mundo mejor, de coexistencia pacífica y solidaridad sí era posible, como única vía de supervivencia y desarrollo futuro de la humanidad.

No obstante, Estados Unidos proseguiría con su política de chantaje y de terrorismo de Estado, con el uso indiscriminado contra la población civil de sus *inventivas* para el exterminio masivo en aquellas naciones –todas subdesarrolladas– que optaran por su independencia y vías propias de desarrollo.

Así se harían tristemente célebres el chantaje nuclear contra China Popular, la guerra bacteriológica contra el pueblo coreano, el lanzamiento de napalm y químicos defoliantes (agente naranja), con atroces consecuencias genéticas sobre futuras generaciones, en el exterminio de seis millones de vietnamitas; “el empleo de millones de bombas de racimo en la *guerra secreta* contra los pueblo laosiano y palestino, de las cuales una elevada cifra todavía sigue estallando a treinta años de los bombardeos por existir –según confiesa su principal empresa productora, Honeywell– una directiva de eliminar civiles por acción retardada” (Musa, 2008); el bloqueo genocida –de medio siglo– combinado con sistemáticas “acciones encubiertas” de guerra biotecnológica, la introducción de gérmenes y plagas exógenos, como el dengue hemorrágico, la fiebre porcina africana y el *tryps palmi*, entre otros (Alonso, 2008), para doblegar al pueblo cubano por hambre y enfermedades; el uso de municiones de uranio empobrecido contra el pueblo yugoslavo y el iraquí, generadoras de fuentes permanentes de leucemia y otros tipos de cáncer por medio de la cadena tierra-alimentos; la amenaza de exterminio al pueblo iraní por haber optado, como es su derecho, por el desarrollo autóctono del uso pacífico de la energía nuclear, en lugar de la dependencia onerosa de suministradores foráneos de tecnología y materiales fisionables.

¿Cuál sería la respuesta de dichas naciones? De digna resistencia, acompañada solidariamente por la humanidad progresista e, inclusive, por crecientes capas del propio pueblo estadounidense. Para citar sólo algunos ejemplos: China ha logrado emerger del profundo subdesarrollo para ser hoy una reconocida potencia científico-tecnológica mundial, con el dominio de decenas de macrotecnologías y éxitos en todas las disciplinas científicas incluida su autoctonía en el dominio de la fisión nuclear controlada y en la salida del ser humano al espacio sideral, además de una incontenible competitividad en el mercado mundial de productos y servicios alta tecnología, no sólo *made in China* sino crecientemente concebidos y desarrollados en ese enorme país.

Vietnam, al vencer al agresor con la memorable toma de la antigua Saigón, entre sus primeros pasos emprendería la reconversión del cuartel principal de la oficialidad estadounidense en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas. Asimismo, es simbólico que el primer cosmonauta vietnamita fuera un piloto que derribara en vuelo a la más poderosa e “invulnerable” máquina de la muerte del complejo militar industrial, el superbombardeo B-52, que asesina a decenas de miles de civiles.

También Cuba emprendería –bloqueada y en pleno periodo espacial– la construcción del llamado Polo Científico, conjunto de instituciones a ciclo completo, de investigación-desarrollo-extensión-producción-comercialización/transferencia, que le ha permitido no sólo garantizar el alerta temprano ante cualquier agresión “científica”, sino que, junto a amplios factores nacionales, acometer el desarrollo de la salud y de la seguridad agroalimentaria de la población. Cuba puede mostrar hoy, como pocos países del Norte y uno de los primeros del Sur, el saber desarrollar e introducir en la práctica social cadenas productivas de singulares medicamentos de alta tecnología: anticuerpos monoclonales, interferones, vacunas avanzadas (Granma, 2008), desde el diseño de la molécula pasando por sus interacciones genéticas, formulaciones, pruebas protocolares según normativas internacionales en animales de laboratorio y seres humanos, plantas piloto, escalado, diseño, ingeniería y construcción industrial, certificaciones, fabricación del medicamento, comercialización-donación y hasta la transferencia de tecnología a otros países.

China, India, Brasil, Sudáfrica, Colombia, Irán, Vietnam y Argelia son beneficiarios de estas instalaciones de alta densidad científico-tecnológica. Evidencia de que “se ha hecho camino al andar” y que la colaboración Sur-Sur sea ya una realidad posible, deseable y viable a escalas vanguardistas del conocimiento.

Asimismo han sido introducidas tecnologías cubanas en países desarrollados, testimonio del reconocimiento a la competitividad de este novedoso activo científico-tecnológico. Entre sus primeros receptores se encuentran Rusia, Ucrania, España y... los propios Estados Unidos.

Con relación a este último país, se desdibujarían así “dos cuotas” adicionales de su hegemonía:

- Su *cuasi* monopólica capacidad de registro de la propiedad intelectual de alta tecnología en estas esferas de punta y su consecuente onerosa comercialización.
- Su inmutabilidad al resquebrajamiento del criminal bloqueo, al trans-

ferirse propiedad intelectual de alta tecnología cubana a la cabeza de las cadenas de alta tecnología de las transnacionales estadounidenses.

Otro ejemplo sería la colocación en órbita, mediante el Programa Interkosmos, del primer cosmonauta cubano, latinoamericano y afrodescendiente, Arnaldo Tamayo (1980). Su misión fue la ejecución de una veintena de experimentos cuyo equipamiento y protocolos fueron preparados por científicos e ingenieros cubanos. Uno de ellos, *Holograma*, fue ubicado en el espacio antes del anunciado análogo estadounidense.² Otro desgaje de hegemonía, frente a los pueblos de América Latina, África y del mundo entero. ¡Que sí se puede!

En otro orden de cosas, es conocida la política de Estados Unidos y sus transnacionales, junto a los demás países de la tríada Estados Unidos, Unión Europea (UE) y Japón —con relación al sur—, propugnada en los organismos y foros internacionales fomentando el “orden” basado en la globalización por vías neoliberales, que privilegie sus ventajas comparativas dinámicas, profundizando la brecha científico-tecnológica e informática y eternizando así las inequidades Norte-Sur.

Por ejemplo, mediante el cobro exacerbado por la novedad e invención científico-tecnológica presentes en sus productos, servicios y diversas modalidades de *know how* y transferencia de tecnologías, así como, mas recientemente, por la “apropiación” de ciertas categorías de descubrimientos y de procedimientos en los procesos de I+D que no eran objeto de patente lícita (entre otros: el software y las correspondientes fórmulas y métodos matemáticos; el conocimiento fundamental, como estructuras y compuestos moleculares; componentes naturales de la biodiversidad y hasta de la propia vida; propiedades físicas de la materia a nanoniveles; y los procesos normativos y metroológicos para acceder a la investigación, el diseño y la producción a dichos ámbitos etc.). Éstos se refrendan en su “versión mínima”, en el *Acuerdo sobre los aspectos de los derechos de propiedad intelectual relacionados con el comercio* (ADPIC) de la Organización Mundial del Comercio (OMC); referencia obligada para su reflejo “maximizado”, mediante la prolongación de los plazos de exclusividad de los derechos de propiedad intelectual y de su correspondiente pago, por ejemplo en los tratados de libre comercio bilaterales y multilaterales de Estados Unidos con los países de América Latina y el Caribe, los llamados “ADPIC Plus Plus” (Grobart., 2005).

² Comunicación personal del doctor José Altshuler, Presidente de la “Comisión Cubana para la Exploración y Uso Pacífico del Espacio”.

En respuesta desde inicios del nuevo milenio, emergen en Nuestra América proyecciones soberanas o mancomunadas, que superan el discurso neoliberal inculcado durante más de dos decenios, desestabilizador de las otrora reconocidas funciones económicas y organizativas de los estados (¡del Sur!) en pos del desarrollo económico-social. Hacía mella en ese empeño el contubernio existente entre el capital transnacional y los grupos de poder de las oligarquías locales, que se interponía al necesario consenso político con relación a problemas de incumbencia a la soberanía de las naciones, al rescate de las funciones económicas y sociales de los estados, de sus recursos naturales, intelectuales y patrimoniales, seguridad y sostenibilidad integral, y proyección de futuro basada en el conocimiento.

En este sentido, constituyen testimonios fehacientes del cambio de era acaecido en América Latina:

- La ruptura con las llamadas *relaciones carnales* de subordinación al Consenso de Washington.
- El rechazo aplastante en Mar del Plata (2005) del proyecto de *cancha aplastada* inculcada por Estados Unidos, con el *Área de Libre Comercio para las Américas* (ALCA) y su ominoso capítulo acerca de la propiedad intelectual.
- Y, principalmente, el creciente surgimiento de gobiernos con proyectos integracionistas –emancipativos o alternativos– con estrategias necesariamente enfocadas al logro de sociedades basadas en el conocimiento.

Volviendo a Estados Unidos, a pesar de la gran concentración de recursos disponibles, se ha evidenciado para todo el periodo analizado (1945-2008), que su modelo no ha dado respuesta a los principales retos científico-tecnológicos planteados programáticamente ante la propia sociedad estadounidense y, menos aún, ante la humanidad: el paradigmático desarrollo sostenible basado en el conocimiento, que resuelva las necesidades de energía, alimentación, salud, educación, equilibrio ecológico, trabajo, bienestar económico, seguridad social, cultura, vivienda etc., sin mencionar los compromisos internacionales contraídos, de contribuir al logro de las Metas del Milenio, ateniéndose a las normas de convivencia pacífica entre las naciones.

En ese sentido, no obstante el natural orgullo que la población estadounidense profesa al encumbrado nivel científico-tecnológico alcanzado por su país, aumenta la percepción de insatisfacción y desconfianza en crecientes estratos sociales e, incluso, importantes personeros del *establishment* acerca del desempeño unilateral e irracional en esta esfera, causante de controver-

tidas consecuencias a favor del “rendimiento corporativo”, por un lado, y en detrimento de las expectativas societales mencionadas, por el otro.

Brindemos solo algunos ejemplos que hacen meditar a cada vez más estadounidenses acerca de las causales esenciales de tal situación que los incita a dudar de su posible solución satisfactoria bajo la égida del modelo vigente:

- El afán de la corporatividad agroalimentaria de emplear masivamente agroquímicos sintéticos, enzimático-hormonales, transgénicos, simientes encapsuladas, etc., para elevar sustancialmente la productividad pero que, a la vez, afectan inescrupulosamente la salud del ser humano, su entorno, la biodiversidad y los equilibrios económico-reproductivos del “farmero”.
- El conservadurismo de las transnacionales energéticas y de los combustibles, priorizando el *modus operandi* tecnológico instalado, su posesionamiento extensivo sobre las reservas mundiales de combustibles en agotamiento y, más recientemente, del degradable recurso “tierra” para los agrocombustibles (promoviendo el alza generalizada de los precios), todo ello a pesar de los promisorios logros científicos ya disponibles en pos de una seguridad energética definitivamente basada en fuentes renovables y limpias que garanticen la sostenibilidad integral, sin competir con la alimentación y otras necesidades del ser humano.
- Desde el ángulo ecológico, en este mismo sector energético –ineficiente depredador de las menguadas reservas de combustibles fósiles– se generan desproporcionadas exhalaciones de gases de efecto invernadero, causa científicamente demostrada del calentamiento global que obtuviera el Premio Nobel de 2007 (IPCC, 2002), con nefastas consecuencias para los equilibrios ecológicos y la supervivencia misma de la vida planetaria; no obstante, persiste una obstinada reticencia oficial a reconocer tal relación de causa-efecto y, por lo tanto, se posterga indefinidamente la firma del Protocolo de Kyoto. Al respecto, en un gesto de “sinceridad” del presidente G. W. Bush, afirmarí: “para no afectar la competitividad de mis empresas”.
- La reducción o anulación del presupuesto público para proyectos prioritarios de la investigación fundamental, determinantes en el vanguardismo del conocimiento de la materia, la vida y el universo (supercolisionadores, células troncales, proyectos NASA, entre otros) con la consabida dispersión de la masa crítica alcanzada y, especialmente, de su “capital humano y tecnológico”.

- La deslocalización *off shore* (fuera de fronteras), en busca de fuerza laboral barata, de importantes cadenas productivas, incluidas –como fenómeno más novedoso– sus eslabones de alta tecnología y de generación de conocimiento, con el consecuente desmembramiento del “núcleo duro” de la fuerza laboral intelectual en la metrópoli, los llamados *cuellos blancos* y, a la vez, la sistematización del tristemente célebre *robo de cerebros* (inmigración selectiva de *cuellos blancos* desde países de menor nivel salarial). Ambos procesos conducentes a la desocupación creciente, la pérdida de incentivos para el ingreso en el sector científico-tecnológico de los jóvenes y el consecuente envejecimiento de los *cuellos blancos* estadounidenses.
- La afectación a la fiabilidad de las estadísticas económicas estadounidenses, por la deslocalización mencionada, comprometedoras de cálculos manipulados entre los reportes para el PNB y el PIB consistentes, entre otros, en que “la reducción de costos llevada a cabo por las empresas estadounidenses que producen en el exterior no se registre en el crecimiento del PIB americano, a la vez que los beneficios productivos obtenidos por las empresas estadounidenses cuando trasladan diseño, investigación y desarrollo fuera del país, se registre como crecimiento en la productividad norteamericana”(Houseman, 2007).
- La profesión económica se ha sobrecomprometido a sí misma con los hipotéticos “beneficios” de la deslocalización, el globalismo y la inexistente *Nueva economía*; “el descubrimiento de Susan Houseman”, según Paul Craig Roberts, asesor del ex presidente Reagan, “representa una gran amenaza para la ideología económica del libre mercado, el capital humano y los subsidios a la investigación; los medios dejarían morir esa historia, porque en los años noventa la administración Clinton y el Congreso permitieron a unas pocas megacorporaciones concentrar la propiedad de los medios estadounidenses, quienes informarían de acuerdo a los intereses de las corporaciones y el gobierno. La justificación marxista es que la deslocalización inflaría las ganancias bajando los costos laborales, y de ese modo concentraría el incremento de los beneficios en en manos de los propietarios y administradores del capital” (Craig, 2007).
- Con demasiada frecuencia, en el discurso electoral y en las decisiones de política de los personeros del *establishment*, se acude a posiciones anticientíficas, por ejemplo, de carácter *creacionista, fundamentalista o de diseño inteligente* retrotrayendo a significativos sectores de la población a niveles ampliamente superados por la cultura mundial y de las propias vanguardias estadounidenses.

- La ética de la vida avanza muy rezagada tras la masificación unilateral y socialmente incontrolada de los adelantos científico-tecnológicos, viéndose subyugada por los intereses avalados eufemísticamente por la llamada “ética del mercado”.
- En todos los casos descritos, la posición científicamente fundamentada y éticamente comprometida con la vida, históricamente ha tenido que enfrentar enormes obstáculos para abrirse algún espacio tras prolongados bregares por el triunfo del sentido común, ante cada “innovación comercial”, frente a los poderosos intereses corporativos, respaldados por los medios y la “agnóstica” tolerancia oficial.

Sobre el hipertráfico y continuamente creciente presupuesto militar (usurpador del contribuyente estadounidense y del bienestar social de la nación, por un lado, y de las insostenibles inequidades en las relaciones Norte-Sur, por el otro, en condiciones de un estilo derrochador y depredador de los recursos energéticos y naturales, así como de ser primer contaminante del medio planetario, poseedor de la mayor deuda externa e interna de la historia) existe una prolífica literatura que apunta hacia el inminente agotamiento del referido modelo reproductivo, movido por su única función-objetivo, la plusvalía extraordinaria, en régimen de apropiación privada del conocimiento y sustentado en la aberrante inventiva de *enemigos en 60 o más rincones oscuros* con las consecuentes intervenciones y guerras de rapiña *all around the world*, en las que, además, nunca logran vencer a pesar de todas sus “supremacías”, incluida la científico-tecnológica.

Como resultado, surgen fuerzas dentro y fuera del *establishment* que reclaman una función de cambio sostenida, abrirle paso a un “modelo inteligente” con voluntad política, que extraiga al sistema de su prolongado atolladero ético y estructural, no sólo ante la crisis de hegemonía exterior, sino, principalmente, ante su propia población, por su incompatibilidad con un proyecto societal sostenible a futuro, centrado en la vida y basado en el conocimiento de la nación y de la humanidad. Por primera vez en una campaña electoral se debaten temas científicos de tal trascendencia estratégica. (*Nature*: 2008).

En dependencia de las vías de solución de este complejo problema al borde del colapso, dependerán no sólo la supervivencia o metamorfosis del imperio, sino el de la propia vida planetaria. Es en ese contexto que se conceptualiza la crisis de hegemonía de Estados Unidos en el campo específico de la ciencia, la tecnología y de los servicios de alta tecnología.

CONTROVERTIDA COMPETITIVIDAD DE ALTA TECNOLOGÍA
DE ESTADOS UNIDOS EN EL CAMBIO DE MILENIOS

Razones de espacio impiden profundizar aquí en la transición, a partir de los años setenta, de Estados Unidos y demás países capitalistas desarrollados, hacia un nuevo *largo ciclo kondrateviano*, caracterizado por el fin del funcionamiento eficiente del modelo reproductivo *fordista* y el inicio del llamado *nuevo paradigma tecnoeconómico*, basado en el crecimiento inteligente mediante los últimos adelantos de la revolución científico-tecnológica en un impetuoso proceso de sucesivas reconversiones tecnológicas e industriales, de profundas transformaciones estructurales y del proceso de reproducción social ampliada, en condiciones de globalización (Grobart, 2008).

Si bien este *nuevo paradigma* se había manifestado desde inicios de los años ochenta como exitoso a nivel micro, y su madurez y expansión fueron corroborados por las fuerzas productivas primermundistas, no obstante, hasta el presente –a más de tres decenios– no ha podido sustraer al sistema capitalista mundial de las crisis económicas recurrentes. Es decir, no logró definir la trayectoria del proclamado auge sostenido, con un incremento de la productividad social y ganancias incrementadas, como tendencia general de la llamada *Nueva Economía* (Grobart, 2007). Por lo contrario, desde la primera mitad de los años noventa se presentan los síntomas de recesión y de crisis en diferentes regiones del planeta, comenzando por el Japón, y arribando a inicios del nuevo milenio a Estados Unidos.

En el ambiente contradictorio –pleno de retos e incertidumbres– que caracteriza el desarrollo de las fuerzas productivas en la fase actual del capitalismo monopolista transnacionalizado, éste incorpora como factor decisivo de su competitividad, seguridad integral y “continuidad histórica” como sistema-mundo, la capacidad de generación científica e innovación tecnológica a su estrategia global. Se conjuga así el desarrollo intensivo del *nuevo paradigma* en las metrópolis con la explotación extensiva de la periferia del sistema. En este escenario, Estados Unidos ejercería el liderazgo para extraer a su favor significativas ventajas de la revolución científico-tecnológica ascendente. Proceso que, más adelante, todavía antes del nuevo milenio los conduciría irremisiblemente a la pérdida de racionalidad y la consecuente decadencia de su ciclo reproductivo –incluidos importantes desgajes de competitividad– y, con ello, a una multifacética crisis estructural y de hegemonía.

Nos centraremos en este acápite a debatir sobre el advenimiento de marcados síntomas, conducentes a la controvertida valoración a la baja de la competitividad de alta tecnología de Estados Unidos.

En la fase de auge (hasta finales de los años noventa) la exportación de productos y servicios alta tecnología, de capitales de I+D y la transferencia de tecnología, lograrían la más dinámica tasa de crecimiento en el mercado mundial y se concentrarían predominantemente entre los países del norte, controlados, en más de 75% por el G-7, grupo que además poseería 46 de las 50 macrotecnologías determinantes. Por lo tanto, el aseguramiento y la eternización de esa posición privilegiada –en usufructo cuasi monopolístico– constituiría una de las primeras prioridades políticas, económicas e ideológicas para los fines estratégicos y hegemónicos de Estados Unidos, a la vez que devendría en objeto de una desenfrenada competencia entre los países de la tríada.

Estados Unidos y Japón, procurarían acaparar el máximo de posiciones de *liderazgo innovador* aprovechando en su favor, directa e indirectamente, el potencial científico-tecnológico del resto del planeta y afianzándose en todo el mercado mundial. Japón incrementaría bruscamente su posición de alta tecnología, desplazando a la RFA y penetrando las estructuras innovativas y empresariales de Estados Unidos, superándolos en múltiples indicadores intensivos y de *performance*.

A su vez, los concurrentes más cercanos (RFA, Francia, Gran Bretaña, Canadá, Italia, Suecia y los NICs) tratarían de apoderarse o de mantenerse en esferas selectivas del progreso científico-tecnológico e innovativo (PCT-I) ejecutando estrategias de *adaptadores tempranos* que les promovieran al liderazgo en segmentos específicos.

Pero quizá fuera la concertación integracionista de los 15 países que componían la UE (ahora 27), entre los cuales había pocos *innovadores* y muchos *adaptadores tempranos y tardíos*, el más elocuente ejemplo de alianza estratégica en respuesta al imperioso reclamo de potencialidades sinérgicas. Insistiríase en la concentración de esfuerzos y la racionalización de la división y cooperación internacional del trabajo, mediante siete secuencias de programas marco cuatrienales de I+D y de generación de tecnologías de punta.

Ello proporcionaría a la UE su inserción en novedosos segmentos del mercado mundial y notables resultados de alta tecnología comercialmente competitivos. Por ejemplo, desplazando a Estados Unidos (en los años noventa) de ocho macrotecnologías, de entre la veintena que poseían en dominio absoluto. Marcarían hitos el posicionamiento creciente en la industria aeroespacial y el empeño por superar en un breve plazo a Estados Unidos en todos los índices de la informatización –la Red Europea– con los más avanzados requisitos técnicos y societales de las tecnologías de información y comunicación. Sin duda, se trataría de trascendentes desgajes de

la arraigada competitividad estadounidense en cuasi solitario y, de paso, de su tradicional hegemonía.

No obstante, incluso las “locomotoras” de la UE quedarían rezagadas estructuralmente, debiendo esforzarse por integrar el *capital crítico* de alta densidad de I+D o, de lo contrario, quedar subsumidos a los poderosos intereses transatlánticos.

Ya en los albores del siglo XXI, además de los NICS, irrumpen en este *club de selectos* poderosos países asiáticos (China, India y otros) que, mediante impetuosas políticas de inserción competitiva, estrategias de educación, I+D y el *upgrading* en redes globales, conjugarían la modernización innovativa con una fuerza laboral educada y más barata, resistiéndose a los preceptos neoliberales del *Consenso de Washington*. Conjugando ello a la incipiente colaboración sur-sur, desprenderían notables cuotas de mercado a Estados Unidos y sus *partners* del G-7 y asumirían enfoques de multipolaridad contrahegemónica.

No obstante, la posición de los países industrializados con progreso científico-tecnológico e innovativo sería aún dominante. Ejemplifiquemoslo con sólo dos indicadores: de todos los gastos anuales en I+D realizados en el mundo, el 42% correspondería a Estados Unidos y Canadá, el 24% a la UE y el 18% a Japón, para un total de 84%; en lo concerniente al *performance* tecnológico, expresado en patentes otorgadas, pertenecería a la triada el 93-97% y de éste a Estados Unidos el primer lugar con 35-52%, según el sistema de atestación consultado (OECD, 2004a: 34-37).

Lo anterior sería válido de llevarse el análisis sólo en cifras absolutas. Ahora bien, si analizáramos el registro por *Familias Triádicas de Patentes*³ –en términos relativos o de intensidad– obtendríamos un significativo declive de Estados Unidos hacia una novena u octava posición, en cuanto a la cantidad de patentes otorgadas, respectivamente, por unidad del PNB, o por un millón de habitantes (NSB, 2006:6-37). Ello denota que otros países –Suiza, Finlandia, Japón, Suecia, Alemania, Israel, Holanda y Dinamarca– han sido capaces de superar a Estados Unidos mediante una mayor intensidad y más homogénea productividad social del conocimiento.

Como resultado de la creciente competencia en la triada y de la inserción de los países asiáticos en el mercado mundial de exportaciones de alta tecnología, se evidencia la tendencia hacia la desconcentración de indicadores y al significativo descenso relativo de la otrora participación prioritaria de Estados Unidos, en sus exportaciones de alta tecnología, desde 23.0%

³ Suma de aquellas patentes que fueron registradas simultáneamente en los tres sistemas de atestación de la triada.

a 16.0%, en el periodo 1990-2003. En comparación, en 2003, la UE los superaría con 32.2%, mientras que Japón, RFA y China participarían con 8.6%, 7.6% y 7.0%, los primeros a la baja, la última al alza acelerada (NSB, 2006: tabla 6-2).

El cuadro de Estados Unidos, en los mismos años, reflejaría semejante tendencia para cinco segmentos insignia alta tecnología de exportación: aeroespaciales, de 46.1% a 35.7%; equipamiento de comunicaciones, de 16.5% a 15.2%; farmacéuticos, de 10.8% a 13.3%; computadoras y ofimática, de 21.8% a 12.7%; e instrumentos científicos, de 19.5% a 19.1%. A pesar de los significativos descensos, en cada renglón específico mantendrían aún el primer lugar participativo.

Sorprendería, sin embargo, no solo el balance récord deficitario de su comercio exterior general, aproximadamente de -838 000 000 de dólares en 2006 (Craig, 2007), sino el del sector de sus estratégicas líneas de productos de alta tecnología, tradicionalmente con balance positivo, soporte de una sobresaliente competitividad cuasi monopolítica.

En los años noventa, de los once principales segmentos de alta tecnología, nueve habían sido permanentemente generadores de balance positivo exportación/importación. Pero a partir del año 2000, se produciría la erosión general del balance comercial de productos de alta tecnología, iniciado ya —desde principios de los noventa— en dos segmentos (información y comunicaciones, y optoelectrónica) con balance altamente deficitario, debido esencialmente a la pujanza de la producción/exportación asiática. A éstos se le sumarían ahora los segmentos de ciencias de la vida, nucleares y materiales avanzados. A partir de 2002 la importación de productos de alta tecnología superaría a la exportación, trascendiendo como el primer déficit comercial de este importante sector. Desde entonces se incrementaría cada año: -15 500 millones de dólares, en 2002; -25 400, en 2003, y -37 000, en 2004 (NSB, 2006:6-20).

En lo concerniente a los gastos en I+D, si bien Israel, Suecia, Finlandia, Japón e Islandia lograrían superar, y otros países (Corea del Sur, Suiza, Dinamarca, RFA) y rondar con altibajos, a Estados Unidos en el indicador relativo de estos gastos en el PNB (2.6%), no obstante éste mantendría la supremacía en términos absolutos equiparando su monto nacional a la suma de los gastos en I+D de sus seis más cercanos competidores del G-7 sumados a los de Corea del Sur.

Si bien en algunas ramas y nichos los países de la UE, Japón y los NICs se abrirían cuotas de mercado en esferas tradicionalmente “pertenecientes” a Estados Unidos gracias a agresivas estrategias de competitividad que in-

cluyeron, en primer lugar, un notable incremento del ritmo de desempeño en I+D industrial, además de su creciente inversión de capitales de I+D en el propio Estados Unidos, no obstante, hasta el presente este país sigue poseyendo en términos absolutos de desempeño del I+D industrial aproximadamente lo mismo que los países de la UE y Japón juntos (respectivamente, Estados Unidos 45%, UE 27% y Japón 18%).

Ello, en principio, les permitiría concentrar sistémicamente mayor nivel de recursos para la solución de cada problema, además de ampliar e intervincular sinérgicamente el cúmulo de problemas a acometer. Las fusiones y megafusiones entre empresas estadounidenses y extranjeras de alta tecnología propiciarían la asimilación directa del *know-how*.

Hasta finales de los años noventa era proclamado que para Estados Unidos –país de alto nivel salarial– la innovación tecnológica basada en la actividad de I+D constituía la fuente fundamental, si bien no la única, para garantizar su competitividad e imponerse a países de desarrollo y niveles salariales inferiores. Aquellas industrias estadounidenses que vendrían realizando un alto volumen de actividades en I+D resultarían más exitosas en el mercado exterior haciéndoseles más “soportables” los altos salarios de sus empleados (NSB, 2004).

No obstante, en el siglo XXI este factor se evidenciaría ya como una limitante crítica: la inversión pretérita en progreso científico-tecnológico e innovativo y en los *cuellos blancos* se tornaría cada vez más costosa en comparación con los desplazados *cuellos azules* de la producción, emergiendo así la llamada *paradoja de la productividad perdida*. ¡He allí dónde el ciclo reproductivo capitalista se toparía con los límites esenciales de su racionalidad!

En el siglo XXI, Estados Unidos con sus corporaciones transnacionales mantienen la más integral y balanceada de las estructuras y el más alto nivel de desarrollo de las nuevas ramas y servicios, con poderosos tentáculos transnacionalizados. En contraposición, dejan de poseer la supremacía cuasi monopólica en el mercado mundial de alta tecnología, al ceder importantes posiciones de su estructura ramal integral y dejarse penetrar por empresas de la UE, Japón y los NICs en su producción y mercado, interno y transnacionalizado. Si bien en términos absolutos conservarían casi siempre la primera posición, no obstante en los indicadores relativos o de intensidad pasarían a un plano subalterno. Por primera vez en la historia, aparecen síntomas que apuntan hacia un desgaste extracoyuntural del modelo: entre otros, la significativa reducción en la tradicionalmente alta y prestigiosa cuota de exportación mundial en segmentos de productos de alta tecnología; el prolongado y significativo déficit en el balance exportación/importación

de crecientes segmentos, así como de todo el sector tecnológico; el balance negativo en las inversiones recíprocas de capital de I+D, antaño campo exclusivo de expansión estadounidense, para fungir ahora como el mayor exportador individual a la vez que el mayor receptor de capitales foráneos; la notable reducción del balance positivo que obtuvieran anualmente por la transferencia de tecnología.

Indagando sobre las causas de tan inaudito conjunto de fenómenos algunos, evidentemente bajo la influencia del “pensamiento único”, alegan que se trataría de una simple manifestación coyuntural, cuya evolución habría que dilucidar con sentido procíclico o contracíclico relativo a la economía mundial.

Otros, más proclives al advenimiento de un periodo histórico de cambios, suponen causas sistémico-estructurales que implicarían, en primera instancia, un evidente retroceso relativo en la competitividad tecnológica y, en consecuencia, también el cuestionamiento del *sancta sanctorum* de la hegemonía estadounidense.

Desde nuestro punto de vista, pudiera tratarse de avisos premonitorios aunque, de conjunto y pronosticando a cercano y mediano plazo, de que Estados Unidos estaría ya ante una seria alerta acerca del advenimiento de sucesivos cambios cuantitativos por la continuada merma de intensidad en segmentos estratégicos de alta tecnología y, a la vez, del fortalecimiento de poderosos competidores que pudieran conducir hacia una nueva cualidad estructural en términos absolutos:

- Esta alerta se vislumbra ya, por ejemplo, en la ampliación creciente del déficit exportación/importación en cada vez más importantes segmentos tecnológicos y hacia el incremento de su monto total, probablemente mucho mayor aún de no haberse producido la devaluación del dólar.
- Se complementaría lo anterior –en lo que a consecuencias en las exportaciones estadounidenses de manufacturas en general y de las exportaciones de alta tecnología en específico, se refiere– con el reciente pronóstico emitido por la Global Insight, una consultoría económica estadounidense contratada por el *Financial Times* (Marsh, 2008), acerca del inminente desplazamiento –ya en 2009, con cuatro años de antelación a lo previsto en otros pronósticos– de Estados Unidos por China, en términos absolutos, del primer lugar mundial de bienes manufacturados, ocupando, respectivamente, el 16 y el 17% del valor agregado producido. Así, se le pondría fin a la dominación absoluta, de más de

cien años, de Estados Unidos sobre este importante indicador. Ello, sin duda, conducirá a una ulterior reducción participativa de Estados Unidos en el mercado mundial de alta tecnología, de considerarse, con referencia al impetuoso incremento de las exportaciones tecnológicas de China, desde 6% de todos los productos fabriles en 1992 a 30% en 2006 (Butler, 2008).

- Y, adicionalmente, como factor exógeno, de proseguir la tendencia observada hacia el auge de indicadores intensivos en la UE y el acercamiento hacia esas posiciones por otros países de Asia, de Rusia y América Latina, en las nuevas condiciones.

Ante el controvertido deterioro de la otrora incólume competitividad de los productos tecnológicos estadounidenses *at the market place*, así como de otros indicadores intensivos de su *performance* en I+D, se evidencia el intento de los directivos de la National Science Board (NSB, 2006) de ofrecer una imagen inmutablemente vanguardista del tradicional estatus competitivo de Estados Unidos.

A estos efectos se abstraen de los indicadores directos de competitividad al diseñar un indicador compuesto por cuatro indicadores vinculantes (Orientación nacional, Infraestructura socioeconómica, Infraestructura tecnológica y Capacidad productiva), cada uno compuesto, a su vez, por un cúmulo de indicadores grupales, para después integrarlos de nuevo en un solo indicador. Esta entelequia debiera servir para “objetivizar” el conjunto de factores de fondo que legitimen la competitividad sistémica del país, además de estudios comparados para definirse como cercanos a un grupo de países ineludibles y, “fijar” a otros *ad libidum* como deseables o como excluibles. Sin entrar en detalles, por razones de espacio, se constata la falta de transparencia para encubrir el subjetivismo de conveniencia y un marcado sesgo político en la selección de los indicadores y de los especialistas, así como el de éstos al aportar sus puntuaciones o *scores*. No debería, pues, asombrarnos que el objetivo se “lograría” —por supuesto— con el máximo de puntuaciones para Estados Unidos. Pero, a la vez, evidenciaría un mutis total sobre cualquier análisis que fundamente las causas y consecuencias a futuro del fenómeno concreto observado, el deterioro real de la competitividad en crecientes segmentos de alta tecnología.

Cuando la imagen hegemónica requiere de “edulcorantes”, y éstos son descubiertos como tales, la hegemonía, evidentemente, se encuentra bajo cuestionamiento.

LOS LÍMITES DE RACIONALIDAD DEL ACTUAL
CICLO REPRODUCTIVO ESTADUNIDENSE

El proceso de advenimiento del nuevo paradigma tecnoeconómico transcurriría a partir de los años setenta en un escenario contradictorio, la llamada *paradoja de la productividad*. Concepto acuñado por el Premio Nobel Robert Solow (Solow, 1987), se caracteriza por la ínfima correlación observada en un periodo de más de veinte años, entre las enormes inversiones realizadas en la reconversión tecnológica de avanzada con un notable incremento de la productividad *in situ*, por un lado, y el lento y mínimo crecimiento de la productividad social a niveles macroeconómicos en ese prolongado lapso (hasta 1995 en Estados Unidos), por el otro.

Entre sus diversas causas, algunos, si bien le adjudican limitaciones inherentes al modo capitalista de producción, las reducen, no obstante, en su explicación a los aspectos organizativos y de deficiente planificación perfectamente superables dentro del sistema, lo que en particular se manifestaría, por ejemplo, en las desproporciones estructurales generadas por el desbalance en el intervalo temporal entre la dinámica de la nueva base técnica de la producción y la de los cambios en la estructura profesional y cualificativa de la fuerza laboral.

El quid, sin embargo, consiste en abordar el tema con toda la profundidad necesaria, llegando al mismo grano de los límites de la racionalidad del proceso reproductivo capitalista en *la era del nuevo paradigma tecnoeconómico*. Así, Tablada y Dierckxsens (2002) refieren que bajo la racionalidad capitalista el crecimiento económico se desenvuelve partiendo de la maximización de la ganancia, para lo cual incrementa en su entorno competitivo la productividad mediante la permanente innovación tecnológica. Si bien disponer de tecnología de punta significaría acceder a ventajas competitivas dinámicas y, por lo tanto, a mejores oportunidades para la ganancia, no obstante, la innovación tecnológica *per se* no garantizaría aún una mayor tasa de ganancia, ya que la rentabilidad de la innovación tecnológica dependerá a su vez del costo de su reposición en un ámbito competitivo donde, en la medida que ésta se estimule, más corta se hará su vida moralmente útil y más crecerá su costo de reposición.

Después de la segunda guerra mundial, en los países industriales y principalmente en Estados Unidos, se observó un periodo de rápido crecimiento económico con una reconversión tecnológica crecientemente veloz. Al incrementarse la sustitución de tecnología, se evidenció la disminución de su vida media, aumentando cada vez más ese ritmo. Así, por ejemplo, en

Estados Unidos la vida media del capital fijo (incluyendo edificios) se acortó de 1987 a finales de los años noventa de catorce a siete años y, a su vez, en Japón ésta se redujo de once a cinco años (Passet, 2000:255). Con ello, la sustitución tecnológica alcanzaría los límites de lo posible (The Economist, 2001:90).

Por otro lado, prosigue esta tesis, si el costo de la innovación tecnológica creciera a igual velocidad que la reducción en el costo laboral debido al incremento de la productividad del trabajo, el resultado final funcionaría como si esa productividad no hubiese aumentado. El alza de la productividad del trabajo lograda con la innovación, se neutralizaría. En tal caso, la tasa de ganancia sólo podría aumentarse incrementando la tasa de explotación de los trabajadores mediante la llamada flexibilización del trabajo (la socialización del costo de la innovación), al tiempo que se privatiza el beneficio obtenido. Sin embargo, en tanto se ha evidenciado que el costo de la sustitución tecnológica va aún más deprisa, la tasa de beneficio ha tendido de manera definitiva a la baja, perdiéndose así la atracción para el capital de invertir en el sector productivo (Brenner, 2000: 45-52).

La respuesta del gran capital a la tendencia a la baja de la tasa de ganancia ha sido múltiple:

- En primer lugar, se dio un abandono paulatino de las inversiones en el sector productivo y su traslado hacia el redistributivo, financiero y especulativo.
- En segundo lugar, para asegurar ya no la justa remuneración del trabajo en I+D, sino las superganancias por la apropiación monopólica del conocimiento, las corporaciones transnacionales protegen las innovaciones con un sistema de propiedad intelectual cada vez más amplio, severo, prolongado en los plazos y oneroso en los pagos.
- En tercero, reducen el costo laboral al flexibilizar el mercado de trabajo o, en última opción, acuden en busca de la mano de obra más barata, ya sea mediante el *robo de cerebros* de países menos desarrollados, o deslocalizando el sector productivo y de los servicios especializados de las metrópolis hacia aquellos países de la periferia que, aunque subdesarrollados, dispongan de suficientes condiciones sistémicas para su eficiente implementación. Ello conduce al desentendimiento, por parte de las transnacionales, del destino de “su” fuerza laboral en la metrópoli, sean *cuellos azules* o, inclusive, cada vez más, *cuellos blancos*.
- Y, no en el último lugar, procurando por medio de los organismos económicos internacionales o mediante tratados de libre comercio

bilaterales y multilaterales, el establecimiento de las eufemísticamente llamadas *canchas de juego aplanadas*, sistemas unificados de regulaciones internacionales que garanticen al gran capital transnacional estadounidense, en condiciones de inequidad, las mejores condiciones de reproducción y seguridad para el largo plazo en sus transacciones de inversión, financieras y comerciales con los países subdesarrollados (recordemos el ya mencionado rechazo al ALCA, en 2005, como un duro golpe contrahegemónico).

En la mayoría de los sectores económicos se vuelve a presentar, con más fuerza que nunca, el dilema de la rentabilidad negativa de la sustitución tecnológica. Al aumentar con más rapidez los costos de la sustitución tecnológica que el ahorro en el costo de trabajo, los beneficios se esfuman. De esta manera surge la *paradoja de la productividad perdida* en la era del nuevo paradigma tecnoeconómico (WLO, 1996). Así, en el G-7, entre 1960 y 1967, la productividad del trabajo creció a una tasa anual media de 4.3%, entre 1973 y 1979 esa tasa bajó a 1.9%, entre 1979 y 1989 descendió a 1.7% y entre 1989 y 1994 se redujo a 1.2%. En la segunda mitad de los años noventa, se esfumó (Wolman y Colamosca, 2007:87) (*The Economist*, 2001:90). Esta tendencia (con excepción de la segunda mitad de los años noventa) fue mayor en Estados Unidos, resultando todavía más dramática si se toma en cuenta que la depreciación contable fue superior a la sustitución física de tecnología.

Según la referida tesis (Tablada y Dierckxsens), se llegó así a los límites de lo posible para acortar la vida útil de la tecnología y con ello a los límites de la propia racionalidad capitalista en la esfera productiva. En el plano interno de la economía estadounidense, se observó, como consecuencia, una controvertida tendencia hacia la especialización internacional del trabajo y la concentración cada vez mayor de las inversiones de capital en las primeras fases del ciclo reproductivo, es decir, en las esferas de I+D, así como en la de los servicios, en especial los cuaternarios, a escala de control planetario.

Esta especialización, sin embargo, se produce en un ámbito sumamente contradictorio con relación a la fuerza laboral calificada de ingenieros, científicos y personal docente universitario, observándose una fuerte tendencia hacia la pérdida del atractivo de las profesiones de *cuello blanco* en las nuevas generaciones estadounidenses y, por lo tanto, el drástico envejecimiento de la composición étnica para las más variadas especialidades académicas y su creciente sustitución por extranjeros (el tristemente célebre *robo de cerebros*), ya sean éstos graduados en Estados Unidos que decidan quedarse (según

especialidades, entre 40 y 70%) o inmigrantes. Al respecto, son reveladoras las estadísticas que testimonian la extranjerización de las élites científicas y docentes durante el decenio 1990-2000 en el grado de doctor: en plazas ingenieriles, de 40 a 53%; en ciencias físicas, de 27 a 45%; en ciencias matemáticas y de computación, de 29 a 45%; en ciencias de la vida, de 25 a 45% y, en términos generales, de 23 a 35% (NSB, 2004).

Refiriéndose a las carreras universitarias de tecnología de información y comunicaciones, es reveladora la preocupación de Bill Gates, ex presidente de la Microsoft Corporation, acerca del abandono de su popularidad en más de 60%, entre el año 2000 y el 2004, las que lideraban hasta entonces en las expectativas estudiantiles y concentraban los mayores índices matriculares; y, a la vez, su reiterado llamado a los legisladores estadounidenses para facilitar los trámites de inmigración a los especialistas extranjeros que desearan trabajar en esta esfera o, de lo contrario, instalarse con sus empresas *off shore* (fuera de fronteras).

La recesión en Estados Unidos, en 2001, puso fin a la idea de un sostenido crecimiento y de la supuesta desaparición o atenuación regulada del ciclo económico capitalista, confirmando una vez más la naturaleza cíclica de ese modo de producción, ahora a niveles sincrónicos planetarios; y también puso en evidencia la impotencia de los instrumentos tecnocráticos globalizados (entre otros, los de la ingeniería financiera) para regular la economía planetaria capitalista, aunque fuese solamente en función del predominio estadounidense.

En consonancia, centenares de empresas –en primer lugar las de los sectores más avanzados en capital científico-tecnológico (aeroespacial, electrónico, de las informáticas e Internet, energético, automovilístico, farmacéutico, bancario, etc.)– debieron disminuir producciones y servicios y, también, su otrora superior correlación exportación/importación de bienes y de capitales para, desde mediados de 2001, incrementar entre 10% y 30% sus recortes de plantillas. Estados Unidos alcanzaría así en un brevísimo periodo la cifra récord del 5.9% de desocupación general, mientras que en la triada se producirían dos millones de despidos de alta calificación. En 2002, en Estados Unidos, los llamados *cuellos blancos* con actividad en ciencia e ingeniería, llegarían al 4% de desocupación y, de entre ellos, los programadores de computadoras sobrepasarían el 6.5% (NSB, 2004, Diapos).

Todo, en medio de una crisis agravada por irregularidades financieras sin precedentes (por ejemplo, las superpuestas turbulencias y burbujas especulativas con efecto dominó a escala planetaria), el destape del fraude corporativo y la quiebra de un creciente número de grandes empresas es-

tadunidenses (incluidas las resultantes de las llamadas megafusiones) con implicaciones de corrupción a los más altos niveles del *establishment* gubernamental. Incidiría lo expuesto en la pérdida de credibilidad en el sistema, la creciente estampida de capitales de las bolsas de valores, la crisis inmobiliaria, la desvaloración del dólar como referente internacional, el alza de los precios de combustibles, alimentos y demás productos básicos (*commodities*), y la consecuente inestabilidad generalizada con efecto de contagio hacia toda la economía mundial.

CONCLUSIONES

Se evidencia la pérdida de racionalidad del ciclo reproductivo capitalista en la era del nuevo paradigma tecnoeconómico con relación al agotamiento de la propia razón de ser del capitalismo, la obtención de la plusvalía y, en primer lugar, de la plusvalía extraordinaria.

Se manifiestan causas sistémico-estructurales que implican un marcado retroceso en la competitividad de alta tecnología estadounidense y, en consecuencia, también el cuestionamiento de su hegemonía para este sector en el importante mercado (*market place*).

Fracasa la *nueva economía*, desdibujándose uno de los principales equívocos teóricos creado por los llamados *tanques pensantes* de la globalización neoliberal, consistente en el supuesto advenimiento de una nueva era en la economía capitalista —la basada en el conocimiento— caracterizada por un crecimiento considerable y sostenido de la productividad social y por la desaparición o la notable atenuación de las fases de recesión y crisis en el ciclo reproductivo de los negocios bajo plena ocupación laboral.

Se evidencia la caducidad del modelo de *keynesianismo militar* en su actual mutación neoliberal, en pos de la hegemonía y dominio planetario. Se incrementa el debate, fuera y dentro del *establishment*, acerca de favorecer el tránsito hacia un “modelo inteligente”, con voluntad política al cambio, que extraiga al sistema de su prolongado atolladero guerrerrista.

Por si lo expuesto fuera poco, en la coyuntura del-mediano plazo, con independencia de las prioridades que prometiera en su campaña el recién electo presidente, en pos del rescate de la hegemonía, la competitividad y el ciclo reproductivo estadounidense mediante inversiones modernizantes en ciencia-tecnología-innovación, toda esperanza al respecto resultará minimizada, si es que no totalmente frustrada, tras el controvertido millonario

desembolso para el *salvataje* de la gran banca privada y la industria automovilística, y ante el exacerbado deterioro social (desempleo, educación, salud) y energético-ambiental.

A más de 10 meses de las elecciones, la proclamada *función de cambio* hacia un modelo inteligente de crecimiento y de reinserción en el ámbito mundial, no ha evidenciado vías decisivas de implementación, observándose, por lo contrario, la continuidad acrecentada de la militarización como fuerza motriz de la economía con el pentagonismo al frente de las decisiones estratégicas. Con relación a la ciencia y a la tecnología más modernas, en ese ámbito seguirán siendo derivadas en grado prioritario, como atestiguan los programas vigentes para los próximos 30 años, hacia el desarrollo de armas sofisticadas con una aviación plenamente robotizada, por ejemplo. No como una necesidad vital del mundo, sino como necesidad del sistema económico que el imperio impone al mundo (Castro, 2009).

El reciente estallido de la burbuja financiera ha desencadenado la necesidad de estudios prospectivos que, más allá de lo coyuntural (“mutaciones de modelos”, “otra crisis cíclica más”, etc.), desentrañen con un enfoque de complejidad, el conjunto de síntomas e interrelaciones de causa-efecto que ya atestiguan el advenimiento de la “crisis sistémico-estructural en los mismos cimientos del capitalismo”, sus fuerzas productivas metropolitanas basadas en el conocimiento.

Para los países de Nuestra América, la situación descrita, a pesar de la ridícula “iniciativa para el camino a la prosperidad en América”, lanzada por W. Bush ante la inminente crisis (Castro, 2008), sólo podrá traer las siguientes consecuencias en sus relaciones científico-tecnológicas con Estados Unidos: por un lado, el arreciamiento de las condiciones de adquisición de propiedad intelectual estadounidense y, “en recompensa”, estimulantes facilidades para la emigración selectiva de los *cueros blancos* latinoamericanos y caribeños, “más baratos” que los propios. Es decir, más de lo mismo. La probable respuesta de los pueblos: creciente rompimiento con el *Consenso de Washington* y edificación de modelos alternativos de integración para el desarrollo sostenible solidario, con justicia social y equidad, necesariamente basados en el conocimiento.

Somos testigos de un fuerte cuestionamiento a la hegemonía estadounidense *all around the world*, incluso en el campo de la ciencia, la tecnología, y los servicios conexos de alta tecnología. Está echado el reto de cara al futuro planetario, el fin del dominio unipolar y a la reconfiguración de las relaciones internacionales en pos del desarrollo sostenible.

REFERENCIAS

- Alonso, A., 2008, *Biological warfare against Cuba*, La Habana, Ed. Capitán San Luis.
- Brenner, R., 2000, *La expansión económica y la burbuja bursátil*, Madrid, Askal.
- Butler, D., 2008, “China, el gran contendiente”, *Nature*, 454, pp. 382–383, publicado on-line 23 de julio, traducido en NCO, 9 de agosto.
- Castro, F., 2008, “La autocrítica de Bush”, *Granma*, La Habana, 26 de septiembre.
- _____, 2009, “Siete puñales en el corazón de América”, *Granma*, La Habana, 6 de agosto.
- Craig, P., 2007, “Economía de Estados Unidos: RIP”, www.sinpermiso.info, 17 de septiembre.
- Gandásegui, M. A. (Coordinador), 2007, *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, México, Siglo XXI Editores / CLACSO.
- Granma*, 2008, “Registra Cuba vacuna terapéutica contra el cáncer”, La Habana, 25 de junio.
- Grobart, F., 2005, “El derecho de propiedad intelectual internacional. Desafíos de política para América Latina y el Caribe”, *Cuadernos de Nuestra América*, núm. 31-49, vol. XVIII, La Habana, Cuba.
- Grobart, F., 2007, “Ciencia y tecnología en los Estados Unidos: controvertida hegemonía. (Apuntes para un debate centrado en la *Nueva Economía*).”, Gandásegui (coord.), pp. 77–94.
- Grobart, F., 2008, “Ciencia, tecnología e innovación: los cambios en el modelo de reproducción capitalista”, *Informe de investigación*, CIEI-UH, La Habana, 2008. ()
- Houseman, S., 2007, Portada, *Business Week*, 18 de junio.
- IPCC, 2002, Climate Change 2001, *Synthesis Report. Contribution of Working Groups I, II and III to the Third Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change*, Geneva, OMM, UNEP.
- Marsh, P., 2008, “China to overtake U. S. as largest manufacturer”, *Financial Times*, Londres, 10 de agosto.
- Musa, A., 2008, “Agresión perenne”, *Granma*, La Habana, 11 de junio.
- Nature, 2008, “America’s fresh start”, *Nature* (London), 25 sep. 2008.
- NSB, 2004, National Science Board, *Science and Engineering Indicators 2004*, 2 vols., Washington D. C., U.S. Government Print Office (volume 1, NSB 04–01).
- _____, 2006, National Science Board, *Science and Engineering Indicators 2006*, 2 vols., Arlington, VA: National Science Foundation (volume 1, NSB 06–01).
- OECD, 2004, OECD Statistics, *Main Science and Technology Indicators*, núm. 2, París.
- _____, 2004a, Meeting of the OECD Committee for Scientific and Technological Policy at Ministerial Level (29–30 enero 2004), *Science and Technology Statistical Compendium*, París.
- Solow, R., 1987, “We’d Better Watch out”, *New York Times Book Review*, núm. 36, 12 de julio.
- The Economist*, 2001, London, September 8th.
- Tablada, C., Dierckxens, W., 2002, “Baja productividad en la era de la nueva tecnología”, (autores) *Guerra Global, Resistencia Mundial y Alternativas*, La Habana, Ciencias Sociales.

Passet, R., 2000, *L'illusion neoliberal*. París, Fayard.

WB, 1998, World Bank, *World Development Report: Knowledge for Development*, Nueva York, Oxford University Press.

w.l.o, 1996, *World Employment Report 1996*, Génova.

Wolman, W., Colamosca A., 1997, *The Judas Economy*, Nueva York, Addison-Wesley.

MIGRACIÓN Y JUVENTUD EN ESTADOS UNIDOS. CONDICIONES DEMOGRÁFICAS DE EXCLUSIÓN SOCIAL

ALEJANDRO I. CANALES
SELENE GASPAR OLVERA

INTRODUCCIÓN

En la actualidad la sociedad estadounidense vive profundas transformaciones, derivadas de los procesos sociales y económicos que por lo común incluimos en lo que llamamos globalización, y que se derivan del tránsito hacia una sociedad posindustrial y posmoderna. En los estudios sobre estos cambios sociales y políticos que atraviesan a esta sociedad, suele dejarse de lado a las transformaciones que se producen en su estructura y la composición demográfica, que se derivan de la conjunción de dos fenómenos poblacionales distintos pero complementarios. Por un lado, el llamado fin de la transición demográfica, que como en otros países del primer mundo, está derivando en un proceso de envejecimiento de la población (United Nations, 2007; Dubert García *et al.*, 2007). Por otro lado, el auge y expansión de la inmigración a estos países, provenientes en general de países del tercer mundo, en lo que ha dado en llamarse una nueva era de las migraciones (Castles y Miller, 2003; Sassen, 1998).

Ambos fenómenos, envejecimiento y migración masiva, han contribuido a modificar y a transformar la estructura y dinámica demográfica de Estados Unidos en los últimos lustros. Se trata de cambios importantes no sólo por sus magnitudes sino también, y fundamentalmente, por sus consecuencias en las relaciones interétnicas e intergeneracionales en ese país.

En el caso de la migración internacional, mucho se ha escrito y estudiado, constituyendo uno de los temas actuales más relevantes de la agenda social, económica y política internacional siendo, además, uno de los asuntos prioritarios para los próximos lustros (CEPAL, 2006). Sin embargo, y desde una perspectiva crítica, no podemos dejar de mencionar que este énfasis en la migración internacional suele pasar por alto las especificidades de diversos grupos sociales y demográficos presentes en la migración (Canales y Montiel, 2007).

Así, por ejemplo, el debate sobre la migración está centrado en las políticas necesarias para controlar y reducir la migración tanto con papeles

como indocumentada, sin considerar otras problemáticas vinculadas con los procesos de integración y exclusión social, derivados de la diversidad étnica y del multiculturalismo que caracteriza los procesos de asentamiento de inmigrantes en los países del primer mundo (Bustamante, 2007).¹

En este mismo sentido, suele destacarse el papel de la migración como fuerza de trabajo en general, sin distinguir la especificidad de las problemáticas de otros estratos migratorios que, además de lo laboral, agregan otros temas y asuntos al debate social y político de la migración (Canales, 2003). En este contexto, cabe señalar el interés más reciente por analizar y estudiar la importancia y protagonismo femenino en la migración, lo cual ha abierto nuevas dimensiones de análisis que tradicionalmente estuvieron ausentes tanto en el entendimiento de la migración, como en la delimitación de los asuntos y problemas sociales y políticos que de ella se derivaban (Pujadas y Massal, 2005; Herrera, 2005; Hondagneu-Sotelo, 2001).

Hay un grupo sociodemográfico, sin embargo, que suele estar ausente del análisis y discurso públicos, sobre los impactos sociales, culturales y políticos de la migración en los países de acogida, aun cuando configura un componente o estrato social indispensable para la comprensión del fenómeno migratorio, y en especial de los procesos de integración subordinada y exclusión social que viven los migrantes cotidianamente.

En concreto, nos referimos a los migrantes jóvenes, quienes no sólo tienen una importante participación cuantitativa en la inmigración que cada año llega a Estados Unidos, sino además una importancia cualitativa en la reconfiguración de la estructura étnica y social de la población estadounidense, tanto en el corto plazo, como a mediano y largo. Por el momento, podemos señalar que actualmente uno de cada dos inmigrantes que llegan cada año a Estados Unidos, son jóvenes entre 15 y 29 años de edad, de ellos, prácticamente la mitad provienen de algún país latinoamericano. Si además consideramos que Estados Unidos es el principal país receptor de migrantes, queda claro el importante papel de los jóvenes latinoamericanos en todos estos procesos de transformación demográfica y social en Estados Unidos.

¹ Ejemplo de ello es la nueva directiva que ha aprobado la Unión Europea con relación a la migración indocumentada que permitiría detener en cárceles a los migrantes sin papeles hasta un plazo de 18 meses, en espera de su juicio de deportación. En Estados Unidos, el debate sobre las políticas migratorias transita entre los problemas de un programa de trabajadores huéspedes y la virtual criminalización de la migración indocumentada, mientras se continúa con la militarización de la frontera con México y la construcción de un doble muro fronterizo para evitar la migración indocumentada.

De hecho, si bien desde siempre los jóvenes han formado parte fundamental de los flujos migratorios, sólo recientemente se ha hecho visible como grupo social específico (Martínez, 2000). Su peculiaridad se deriva no sólo de sus perfiles socioeconómicos y demográficos, sino especialmente de las dificultades que enfrentan para su inserción en la sociedad de destino. Los jóvenes migrantes sufren una doble condición de vulnerabilidad y exclusión social. Por un lado, como migrantes están subordinados a una estructura social que los excluye y subordina. Por otro lado, como jóvenes conforman un grupo demográfico que continuamente es expulsado hacia los márgenes de la sociedad, desde donde buscan formas de cohesión interna que en no pocos casos se enfrentan con las normas y reglas establecidas por la sociedad (Canales, 2007).

Se trata no sólo de un protagonismo cuantitativo, sino también cómo la magnitud deviene en protagonismo cualitativo. Así por ejemplo, cabe señalar el protagonismo de los jóvenes en las movilizaciones de la primavera de 2006, que puso por primera vez a los migrantes como un sujeto social con capacidad de interlocución y negociación social y política a escala nacional (Zlolniski, 2008). En efecto, si bien el detonante de las protestas fue la oposición al intento del gobierno republicano por aprobar una política migratoria que buscaba la criminalización de la migración indocumentada, lo cierto es que en el calor mismo de las movilizaciones surgieron demandas y reivindicaciones que iban mucho más allá de los márgenes o marcos que delimitaba esa política migratoria. De hecho, la protesta se orientó no tanto a una defensa de los derechos de los migrantes (derechos laborales, derecho a inmigrar, etc.) como a una demanda por derechos civiles y ciudadanos. Para los jóvenes que salieron a las calles lo que los motivaba no era sólo defender los derechos migratorios de sus padres sino sobre todo, sus propios derechos y espacios en una sociedad que los margina y excluye crecientemente.²

Ahora bien, en diversos textos se han documentado y analizado estas situaciones de conflicto social y generacional que protagonizan los jóvenes latinoamericanos en Estados Unidos y que se derivan, entre otros factores, de estas condiciones estructurales de exclusión social (Valenzuela Arce, 2003). Sin embargo, en esos análisis y estudios no siempre se ofrece información estadística adecuada que permita dimensionar la magnitud de estos problemas desde una visión más global.

² No en vano diversos analistas compararon estas movilizaciones de la primavera de 2006, con las que en los años sesenta se desarrollaron en pro de los derechos civiles de la población afroamericana.

En tal sentido, en este texto nos interesa ofrecer un análisis que con base en datos estadísticos de fuentes estadounidenses, nos permita ilustrar y dimensionar las condiciones de vulnerabilidad que enfrentan los jóvenes latinos en Estados Unidos, En particular, nuestro interés es documentar con información estadística reciente las condiciones de subordinación y vulnerabilidad social que caracterizan la inserción social de los jóvenes latinoamericanos en la sociedad estadounidense.

NIVELES Y TENDENCIAS

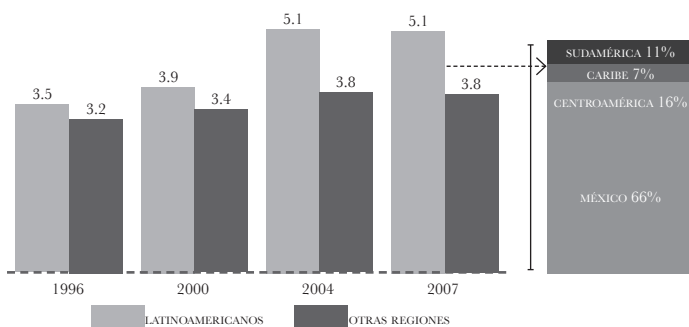
En los últimos dos decenios la migración internacional ha adquirido un gran impulso, derivado fundamentalmente de lo que en diversos medios se ha dado en llamar globalización. Estados Unidos es sin duda, el principal país receptor de estas nuevas oleadas de población. De hecho, actualmente residen en ese país casi 40 millones de migrantes, de los cuales casi la mitad (48.4%) son originarios de algún país latinoamericano. En este marco, cabe destacar el gran dinamismo de la migración de jóvenes menores de 30 años. Se trata de un contingente demográfico en plenas capacidades productivas, y que migran en búsqueda de mejores oportunidades laborales, de vida y de desarrollo que en sus países se les han negado. Se trata, además, de la pérdida para América Latina de importantes contingentes de jóvenes que pudieran haber hecho diversas contribuciones económicas, sociales y culturales en sus países de origen, es decir, significa un costo muy elevado para estas naciones.

En efecto, en años recientes la migración internacional de la población en edades jóvenes ha tomado un gran impulso. En el caso de Estados Unidos, por ejemplo, los jóvenes nacidos en América Latina y el Caribe pasaron de 3.5 millones en 1994 a 5.1 en 2007. Esto representa un incremento acumulado de 43% en tan sólo 13 años. Asimismo, cabe señalar que gran parte de este incremento se dio entre 1999 y 2005; periodo en que la población joven latinoamericana residente en Estados Unidos se incrementó en 1.5 millones de personas. A partir de este año, la cifra se ha mantenido estable alrededor de los 5.1 millones de personas.

En cuanto a la composición según país de nacimiento de estos jóvenes, se observa que México es el principal lugar de origen, aportando en la actualidad 66% del total de jóvenes latinoamericanos residentes en Estados Unidos. Le siguen en importancia los países centroamericanos (El Salvador,

Guatemala y Honduras) y sudamericanos (Colombia, Ecuador y Brasil) los que aportan 15.2 y 12.3% de los migrantes jóvenes de origen latinoamericano, respectivamente. El restante 10%, proviene de Cuba, República Dominicana y Haití, es decir, casi 550 mil jóvenes de 15 a 29 años. Estas cifras colocan a México como país, y a América Latina como región, en el primer lugar de origen de la migración de jóvenes a Estados Unidos, incluso superando a los de cualquier otra región del mundo.

GRÁFICA 1. ESTADOS UNIDOS, INMIGRANTES DE 15 A 29 AÑOS, SEGÚN REGIÓN DE ORIGEN (MILLONES), 1996-2000, 2004 Y 2007



FUENTE: estimaciones propias con base en *Current Population Survey, March Supplement*, 1996, 2000, 2004 y 2007.

Para dimensionar lo que representan estos 5.1 millones de jóvenes latinoamericanos en Estados Unidos, podemos señalar que ellos constituyen 9% del total de la población entre 15 y 29 años residente en ese país, así como 58% del total de migrantes jóvenes. En otras palabras, casi uno de cada diez jóvenes en Estados Unidos, es una persona que nació en algún país latinoamericano. Asimismo, casi tres de cada cinco jóvenes que llegan a ese país, provienen de algún país latinoamericano.

Ahora bien, si consideramos no ya la reserva de población migrante residente en Estados Unidos, sino el flujo que arriba cada año a ese país, veremos que ha habido un sostenido incremento de la migración de población en edades jóvenes. De hecho, los latinoamericanos que al momento de ingresar a Estados Unidos tenían entre 15 y 29 años, pasaron de 192 mil anuales, entre 1995 y 1998, a 226 mil anuales en el periodo 2003-2007. Esto es, un incremento de casi 20%. Asimismo, los jóvenes representan casi 50%

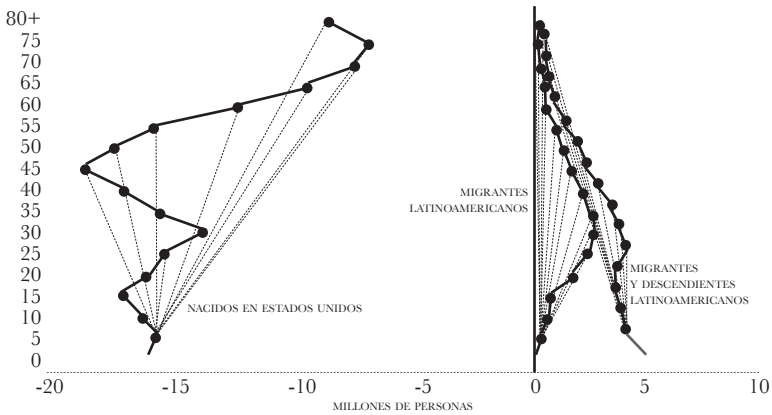
de la población latinoamericana que cada año ingresa a Estados Unidos. Es decir, uno de cada dos latinoamericanos que ingresan a Estados Unidos, corresponde a una persona que tiene entre 15 y 29 años al momento de ingresar a ese país.

Este aporte demográfico y social de los migrantes jóvenes latinoamericanos, se acrecienta si a ellos les agregamos el contingente de jóvenes que han nacido en Estados Unidos, pero que son hijos de padre o madre latinoamericana. En 2007, este grupo demográfico sumaba la cantidad de 5.8 millones de personas, que representaban 9.4% de los jóvenes residentes en ese país. De esta forma, tenemos que la población joven de origen latinoamericano (nacidos en Latinoamérica y descendientes de latinoamericanos nacidos en Estados Unidos) representan en conjunto casi 18% de la población joven de Estados Unidos, esto es, prácticamente uno de cada cinco jóvenes residentes en ese país tienen ese origen. Estos datos revelan la importancia cuantitativa de los jóvenes latinos en Estados Unidos, misma que, sin embargo, no se corresponde con la menor importancia que en ese país se le atribuye a la población latina en general, ni a sus jóvenes en particular.

De esta forma, los jóvenes migrantes latinoamericanos, así como los hijos de migrantes latinoamericanos nacidos en Estados Unidos, son un grupo social de creciente importancia demográfica en ese país. En particular, puede hablarse de una cierta complementariedad en cuanto a las estructuras demográficas de la población estadounidense y la de los migrantes latinoamericanos y sus descendientes en ese país. En efecto, la pirámide de edad de la población estadounidense refleja un “faltante” importante de población, en especial entre las edades de 15 a 40 años, esto es, en las edades de mayor capacidad productiva. Ello se debe a los efectos e inercias de la dinámica demográfica en ese país. La población mayor de 40 años, corresponde a los individuos nacidos durante el llamado *baby boom*, en la segunda posguerra, el que se prolonga hasta inicio de los años sesenta del siglo pasado. A partir de entonces, se manifiesta una menor natalidad que genera este “hueco” en la pirámide de edades. No obstante, a partir de fines de los años ochenta, cuando la generación del *baby boom* inicia su fecundidad, vuelve a incrementarse el número de nacimientos, lo que expande nuevamente la base de la pirámide poblacional, generando este vacío entre las edades ya mencionadas.

Por otro lado, los migrantes latinoamericanos muestran una estructura poblacional diferente pero que se complementa con la anterior. Debido al carácter esencialmente laboral de la migración contemporánea, se da una alta proporción de migrantes entre los 20 y 45 años. Este “excedente”

GRÁFICA 2. ESTADOS UNIDOS, ESTRUCTURA POR EDAD DE LA POBLACIÓN SEGÚN ORIGEN ÉTNICO, 2007



FUENTES: estimaciones propias con base en Bureau of Census, *Current Population Survey, March Supplement*, 2007.

de población migrante en esas edades tiende a coincidir con el “faltante” demográfico en la población estadounidense, generando este fenómeno de complementariedad demográfica. Lo relevante para nuestra discusión, es el importante papel que ocupan los jóvenes en esta relación de complementariedad que deriva en su alta participación en el flujo migratorio de América Latina hacia Estados Unidos.

Un aspecto importante a destacar, es que la migración joven latinoamericana no se distribuye de forma homogénea, sino que tiende a concentrarse en algunas regiones, estados y áreas metropolitanas de Estados Unidos, reproduciendo *bis a bis*, el patrón de concentración geográfica de la inmigración latina en general.

Si bien es cierto que en la actualidad todos los estados de ese país registran entre sus residentes a migrantes latinoamericanos de entre 15 a 29 años de edad, lo es también que éstos tienden a concentrarse en un reducido número de estados, que se localizan en el sur y el oeste de Estados Unidos. En efecto, más de 75% de los jóvenes migrantes latinoamericanos se concentran en tan sólo nueve estados; de los cuales destacan los casos de California, Texas y Florida. En el primero, residen poco más de 1.36 millones de jóvenes nacidos en Latinoamérica, los que representan 27% del total de jóvenes latinoamericanos. Asimismo, en Texas y Florida residen otros 761 mil y 478 mil jóvenes latinoamericanos, los que representan 15 y 9% del total, respectivamente. Otro 25% se concentra en otros seis estados: Nueva

York (9.4%), Illinois (4.4%), Arizona (4.1%), Nueva Jersey (3.7%), Georgia (3.0%) y Carolina del Norte (2.7%).

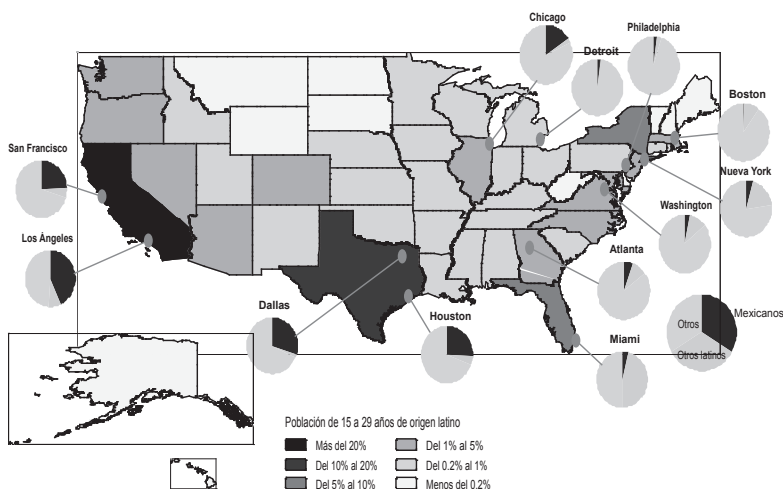
En el extremo opuesto, vemos que 24 estados apenas concentran en conjunto, 5% del total de los migrantes latinoamericanos de 15 a 29 años de edad. Se trata principalmente de estados de las regiones del noreste y del medio oeste americano, donde, salvo contadas excepciones (los ya mencionados estados de Illinois, Nueva York y Nueva Jersey), la migración latinoamericana aún no ha echado raíces.

En el caso de los jóvenes mexicanos, la concentración es aún mayor. En tan sólo cuatro estados de Estados Unidos se concentran casi dos tercios de la población joven procedente de este país. California es por mucho el estado con mayor número de nativos mexicanos (1.13 millones), le siguen en importancia, Texas (642 mil), Illinois (200 mil) y Arizona (193 mil). Por su parte, los jóvenes centroamericanos reproducen este patrón, pero se extienden también hacia otros estados. Si bien hay 183 mil jóvenes centroamericanos residiendo en California, también es cierto que hay otros 100 mil en Florida, otros 70 mil en Texas y más de 40 mil en Virginia. En conjunto, estos cuatro estados concentran 57% de los jóvenes provenientes de Centroamérica. En el caso de los jóvenes de Sudamérica y el Caribe, hay una mayor preferencia por residir en los estados del este de Estados Unidos. De hecho, si bien 310 mil de estos jóvenes residen en Florida, hay también otros 300 mil en Nueva York y más de 110 mil en Nueva Jersey.

Esta concentración de jóvenes latinos en algunos estados de Estados Unidos, es aún más marcada si consideramos el tipo de localidad de residencia de estos jóvenes. En concreto, mientras 23% de los jóvenes angloamericanos y 14% de los afroamericanos residen en localidades que no corresponden a un área metropolitana, en el caso de los jóvenes de origen latino esta proporción se reduce sustancialmente, de tal forma que sólo el 9.1% de los jóvenes de origen mexicano (migrantes y descendientes de migrantes mexicanos) y sólo 4.1% de los demás jóvenes de origen latino no residen en áreas metropolitanas.

Esta concentración de los jóvenes de origen latino en algunas entidades y en áreas metropolitanas, se manifiesta en el hecho de que en algunas de éstas los latinos sean el principal grupo étnico. Tal es el caso de las áreas metropolitanas de Los Ángeles y de Miami, donde los jóvenes latinos representan 51.4 y 49.9% del total de la población joven. Es decir, que en estas áreas metropolitanas, uno de cada dos jóvenes corresponde a personas de

GRÁFICA 3. DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE 15 A 29 AÑOS DE ORIGEN MEXICANO Y LATINO EN LOS ESTADOS UNIDOS (2006) Y PRINCIPALES ÁREAS METROPOLITANAS (2007) DE ESTADOS UNIDOS



FUENTE: estimaciones propias con base en *American Community Survey*, 2006; y *Current Population Survey*, 2007.

origen latinoamericano. Asimismo, en las áreas metropolitanas de Nueva York, Washington y Chicago, los jóvenes de origen latino representan entre 14 y 24% del total, esto es, una cifra cercana al promedio nacional. Por el contrario, si no consideramos estas ciudades mencionadas, en las regiones del noreste y del medio-oeste estadounidense los latinos apenas representan el 3.8 y 5.2% de la población joven, respectivamente. De hecho, en algunas ciudades tan importantes como Detroit y Filadelfia, los jóvenes de origen latinoamericano apenas representan el 2.2 y 4.7% del total de la población joven.

Cabe señalar, además, una significativa diferencia en la localización de los jóvenes mexicanos respecto a los otros jóvenes latinos. Mientras los de origen mexicano se concentran en las áreas metropolitanas del oeste y del sur, los otros jóvenes latinoamericanos suelen localizarse en áreas metropolitanas del noreste y del sur de Estados Unidos. Esto se manifiesta en el amplio contraste en la composición de la población joven de Miami y Los Ángeles, las dos áreas metropolitanas con mayor población de origen latinoamericano. Mientras en Los Ángeles 84% de los jóvenes latinos son de origen mexicano, en Miami se da la situación inversa, de tal modo que

92% de los jóvenes latinos no son de origen mexicano. Lo mismo puede decirse en el caso de Chicago y Nueva York, o de Dallas y Washington. En efecto, en Chicago y Dallas, 87 y 92% de los jóvenes latinos son de origen mexicano, mientras que en Nueva York y Washington, esta proporción se reduce al 19 y 24% respectivamente.

Ahora bien, para comprender la situación social y demográfica de los jóvenes latinos (tanto de los migrantes de primera generación, como los descendientes de segunda y tercera generaciones) en Estados Unidos, podemos comparar sus características con las de otros grupos de jóvenes. En este sentido, a continuación presentamos una descripción del perfil sociodemográfico y de la inserción social de los jóvenes latinos, en comparación con los perfiles demográficos y sociales de los jóvenes angloamericanos y afroamericanos, así como respecto a los de jóvenes migrantes de otras regiones del mundo (Asia y Europa, principalmente). Esta comparación nos permitirá dimensionar la distancia social y demográfica que separa a los migrantes latinos de otros grupos de jóvenes en Estados Unidos.³

CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS

Los jóvenes migrantes latinoamericanos viven en Estados Unidos una situación política, social, económica y demográfica muy particular y específica, marcada por signos de vulnerabilidad, precariedad y exclusión social. Todo ello redundando en un perfil socioeconómico y sociodemográfico que los distingue y diferencia significativamente del que caracteriza tanto a otros jóvenes migrantes provenientes de otras regiones del mundo como también, y de manera especial, de la población angloamericana y afroamericana. Asimismo, en no pocos aspectos, los migrantes latinoamericanos se diferencian también incluso de los jóvenes latinos de segunda y tercera generación.

Un primer aspecto de diferenciación se refiere a la composición por sexo de cada grupo de jóvenes. En concreto, tanto entre los jóvenes angloamericanos, afroamericanos y latinos de segunda generación e inmigrantes no latinos, se da una relación relativamente equilibrada entre hombres y mujeres. En todos estos casos, el índice de masculinidad fluctúa entre los 94

³ Considerando que los mexicanos representan más de 60% de los jóvenes latinos, tanto de los inmigrantes como los de segunda y tercera generación, creemos conveniente incluirlos como una categoría especial en gran parte de este análisis.

hombres por cada 100 mujeres (jóvenes afroamericanos) y los 102 hombres por cada 100 mujeres (jóvenes angloamericanos). Asimismo, en el caso de los migrantes no latinos, esta relación es también muy baja y similar a la de los jóvenes afroamericanos (93.8 hombres por cada 100 mujeres), lo cual revela que en este estrato migratorio prevalece cierta selectividad migratoria a favor de la mujer.

Por el contrario, entre los latinos inmigrantes jóvenes esta relación se incrementa a 126 hombres por cada 100 mujeres en el caso de centroamericanos, caribeños y sudamericanos, a casi 145 hombres por cada 100 mujeres en el caso de inmigrantes mexicanos. Sin duda, se trata de una migración mayoritariamente masculina, situación que se relaciona directamente con una selectividad y diferenciación en términos de la inserción laboral de los jóvenes latinoamericanos, que tiende a favorecer a los hombres sobre las mujeres.

Otro aspecto que diferencia a los inmigrantes latinos del resto de los jóvenes en Estados Unidos, se refiere a su estado civil. A diferencia de los demás jóvenes, entre los migrantes latinoamericanos de 15 a 29 años se da una mayor proporción de jóvenes que están casados o viven con una pareja en forma estable. De hecho, 43% de los migrantes mexicanos y 30% del resto de latinos están en esta situación, proporción que se reduce a 25% en el caso de migrantes jóvenes de otras regiones del mundo, a 20% en el caso de los jóvenes angloamericanos, y a sólo 8% en el caso de jóvenes afroamericanos.

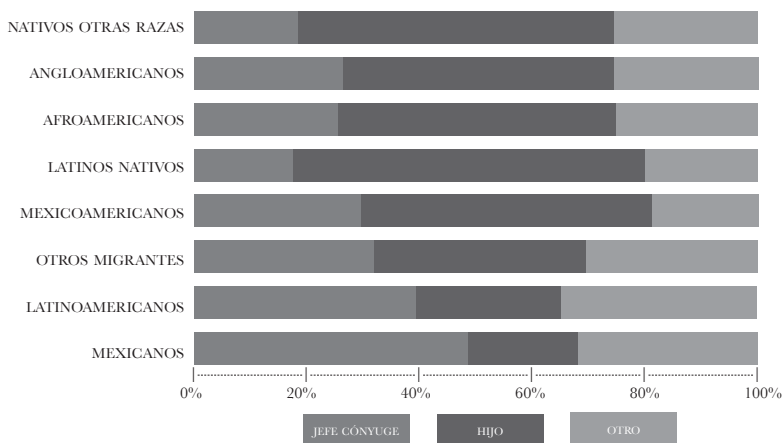
Esta diferencia se vincula directamente con el hecho que en el caso de los jóvenes latinoamericanos se trata de inmigrantes laborales que han abandonado el seno materno y, por lo tanto, están en condiciones más propicias a formar su propio hogar. Sin embargo, esta misma situación describe una condición de vulnerabilidad y de mayores riesgos sociales, en la medida que representa una mayor carga de responsabilidades familiares que, aún a pesar de su juventud, deben asumir los migrantes latinoamericanos.

Esta diferencia en la estructura de responsabilidades, se deduce también al analizar las diferentes posiciones que ocupan los jóvenes migrantes latinoamericanos en sus hogares, con relación a los demás jóvenes. Como es de esperarse, entre los jóvenes angloamericanos y afroamericanos, y en mayor medida, incluso, en los latinos de segunda generación, se da una alta proporción de ellos que son hijos del jefe del hogar. De hecho, en estos tres casos, esta posición es la mayoritaria en cada uno de estos grupos de jóvenes. Asimismo, en estos mismo grupos étnicos, destaca también la baja proporción de jóvenes que son jefes o cónyuges del jefe del hogar.

Por el contrario, en el caso de los inmigrantes latinoamericanos, se da la situación inversa. Por un lado, 49% de los jóvenes mexicanos y 40% de los otros jóvenes latinoamericanos son jefes o cónyuges del jefe del hogar. Por otro lado, sólo 20% de los mexicanos y 26% del resto de latinos son hijos del jefe del hogar.

Asimismo, cabe destacar la alta proporción de jóvenes latinoamericanos que viven como *allegados* en casas de parientes cercanos o amigos, lo cual representa una característica típica de la migración, y que se reproduce en cierta medida en el caso de los jóvenes migrantes de otras regiones. Ambos datos nos confirman lo dicho con relación a la diferente carga de responsabilidades familiares que estas posiciones implican y que afectan en forma especial a los jóvenes migrantes latinoamericanos, sobre los demás grupos étnicos.

GRÁFICA 4. ESTADOS UNIDOS, POBLACIÓN DE 15 A 29 AÑOS, SEGÚN POSICIÓN EN EL HOGAR Y ORIGEN ÉTNICO, 2007



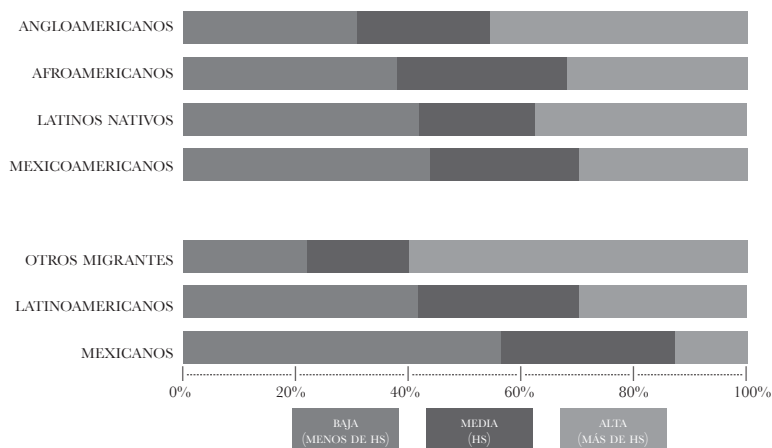
FUENTES: estimaciones propias con base en CPS, 2007.

En efecto, tanto esta situación de *allegados* como la de ser el responsable directo del hogar, definen un par de condiciones de mayor vulnerabilidad social que afecta preferentemente a los migrantes jóvenes latinoamericanos. O bien, no forman parte directa del hogar (son *allegados*, lo cual ilustra su precariedad), o bien a edades muy jóvenes deben asumir la responsabilidad de dirigir y mantener económicamente un hogar. En ambos casos, se trata de situaciones que, por un lado, no se dan en igual medida e intensidad en

otros grupos étnicos y, por otro –y sin duda relevante–, no se da en igual medida en sus países de origen. En este sentido, la migración de los jóvenes los lleva o bien a asumir responsabilidades familiares en forma temprana, o bien a vivir en condiciones de precariedad sin llegar a formar plenamente parte de un hogar.

Vinculado con lo anterior, el nivel de escolaridad de los jóvenes latinos es otro factor que también tiene una incidencia directa en su capacidad para enfrentar y generar una mejor estructura de opciones en situaciones de adversidad y de vulnerabilidad social. Al respecto, resulta relevante constatar que también en este aspecto los migrantes latinoamericanos se ven en peor situación con relación a la de los otros jóvenes en Estados Unidos.

GRÁFICA 5. ESTADOS UNIDOS, POBLACIÓN DE 15 A 29 AÑOS, SEGÚN ESCOLARIDAD Y ORIGEN ÉTNICO, 2007



FUENTES: estimaciones propias con base en CPS, 2007.

Por un lado, menos de 20% de los migrantes latinoamericanos han cursado algún nivel de la enseñanza superior (*college*, licenciatura y posgrado), situación en la que, en cambio, se encuentra más de 32% de los jóvenes afroamericanos así como los jóvenes de origen latinoamericano nacidos en Estados Unidos. Asimismo, los jóvenes angloamericanos y migrantes de otras regiones, son los que muestran el mayor nivel de escolaridad. Más de 45% de los primeros y 60% de los segundos tienen cursado algún nivel de licenciatura o más.

Por otro lado, en el extremo opuesto de escolaridad, se tiene que más de 50% de los jóvenes migrantes latinoamericanos no habrían culminado la enseñanza media (*high school*), situación que involucra a sólo 39% de los jóvenes afroamericanos y a 44% de los latinos de segunda generación. Asimismo sólo 32% de los jóvenes angloamericanos y 23% de los migrantes de otras regiones del mundo se encuentran en estos niveles de baja escolaridad. En conjunto, estos datos nos indican que en relación con su nivel de escolaridad, los jóvenes latinoamericanos son el grupo étnico que se encuentra en peor situación, lo que refuerza su ya precaria y vulnerable condición social, incidiendo negativamente en su capacidad de inserción e integración social, económica y política en la sociedad estadounidense.

Dentro del grupo de inmigrantes latinoamericanos, los mexicanos muestran una situación aún más adversa. De los jóvenes mexicanos, sólo 14% tiene estudios de licenciatura o más, mientras que en el extremo opuesto, casi 60% de los inmigrantes mexicanos jóvenes no ha culminado el nivel medio de escolaridad (*High School*). En el caso de los demás inmigrantes latinoamericanos, en cambio, sí bien no alcanzan el nivel de escolaridad de la población angloamericana, y menos aún de la de los inmigrantes de otras regiones, muestran un patrón de mayor escolaridad respecto a los inmigrantes mexicanos, y muy semejante al que prevalece en la población afroamericana. Cabe señalar, sin embargo, que no se trata necesariamente de una situación muy favorable, toda vez que, entre la población nativa de Estados Unidos, los afroamericanos junto a los mexicoamericanos y otros descendientes latinos, suelen ubicarse en los estratos sociales más bajos, con menores niveles de escolaridad y en situaciones de mayor vulnerabilidad y precariedad.

INSERCIÓN SOCIAL

Un aspecto sin duda relevante, es el que tiene que ver con la forma de inserción social, económica y cultural que presentan los jóvenes migrantes latinoamericanos en la sociedad estadounidense. La integración (que no necesariamente es la asimilación) asume diversas formas, e incluye diversas dimensiones de la vida social y cotidiana. Por lo mismo, resulta muy complejo dar una medida o estimación de los grados o niveles de inserción social de algún grupo en particular. En este sentido, a continuación ofrecemos algunos datos que nos permiten estimar y dimensionar algunas de las múltiples

aristas y formas que la inserción social puede tomar en el caso de los jóvenes migrantes en Estados Unidos.

Un aspecto fundamental es el tipo de actividad que realizan los jóvenes latinoamericanos en Estados Unidos, en contraposición a los demás jóvenes en ese país.

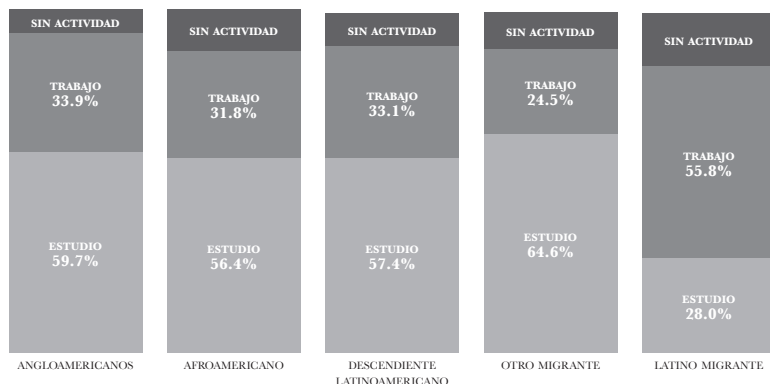
Por un lado, es significativamente mayor la proporción de los que están trabajando y menor la que está estudiando. De hecho, uno de cada dos jóvenes latinoamericanos de 16 a 24 años está trabajando en algún puesto laboral, proporción que se reduce a menos de 1 de cada 3 en el caso de los jóvenes angloamericanos y afroamericanos, y a sólo uno de cada cuatro en el caso de jóvenes migrantes de otras regiones del mundo. Por el contrario, sólo 28% de los jóvenes latinoamericanos en esas edades, asiste regularmente a la escuela o universidad, proporción que se eleva a cerca de 60% en todos los demás grupos étnicos, siendo algo mayor en los jóvenes inmigrantes de otras regiones, y algo menor en los jóvenes afroamericanos y los descendientes de latinoamericanos.

Por otro lado, resulta también significativo comparar la proporción de jóvenes que no declaran ninguna actividad, esto es, que no van a la escuela o universidad, pero que tampoco trabajan. Al respecto, las cifras son elocuentes e indican que prácticamente 1 de cada 6 jóvenes latinoamericanos se encuentra en tal situación, proporción que, sin embargo, se reduce a menos de 1 de cada 15 en el caso de los jóvenes angloamericanos. Asimismo, entre los jóvenes afroamericanos y migrantes de otras regiones del mundo, esta relación se ubica en un nivel intermedio, encontrándose que 1 de cada 10 de estos jóvenes no estudian ni trabajan.

Esta situación es más extrema aun en el caso de los migrantes mexicanos. En efecto, entre los jóvenes mexicanos se dan los valores más extremos de todas estas relaciones. Por un lado, la proporción de los que no estudian ni están económicamente activos se eleva a 20%, mientras que por el contrario, sólo 1 de cada 4 jóvenes está estudiando. Asimismo, 60% de los jóvenes mexicanos declaran desarrollar una actividad económica o buscar un trabajo. En otras palabras, entre los mexicanos se da la mayor tasa de participación económica, pero también la mayor proporción de jóvenes excluidos del mercado de trabajo y marginados del sistema escolar.

Ahora bien, se trata sin duda, de una situación paradójica. Por un lado, la mayor tasa de participación en la actividad económica, podría interpretarse como una forma de inserción social relativamente exitosa por medio del mercado laboral. Sin embargo, como veremos más adelante, se trata de una inserción laboral caracterizada por la precariedad de sus condiciones

GRÁFICA 6. ESTADOS UNIDOS, JÓVENES DE 16 A 24 AÑOS. SEGÚN ACTIVIDAD PRINCIPAL Y ORIGEN ÉTNICO (%), 2007



FUENTES: estimaciones propias con base en CPS, 2007.

contractuales y laborales, lo cual da cuenta más bien de una inclusión económica-laboral sustentada en importantes factores de exclusión social.

Por otro lado, lo relevante de estas cifras es que muestran cómo el sistema escolar está prácticamente cerrado para estos jóvenes migrantes. Por un lado, porque se trata sin duda, de una migración eminentemente motivada por factores económicos y laborales. Por otro lado, porque no disponen de los títulos y avales educativos, familiares, sociales ni económicos para poder continuar sus estudios interrumpidos por la misma migración. En no pocos casos, sus responsabilidades como jefes de hogar los presionan a una inserción laboral más temprana, abandonando el sistema escolar. En muchos otros casos, su motivación para ir a Estados Unidos no es buscar un espacio para estudiar y formarse en un oficio o profesión, sino para buscar directamente y lo más pronto posible, un trabajo remunerado que les permita asegurar su subsistencia y la de sus familiares que han dejado en sus comunidades de origen

Todo esto explica no sólo por qué una muy baja proporción de los inmigrantes mexicanos de 16 a 24 años, declara como actividad principal el asistir a una escuela secundaria, *college* o universidad, sino que además por qué una muy alta proporción de estos inmigrantes jóvenes no encuentran un espacio ni en el sistema escolar ni en el sistema laboral. En este último caso, se trata, sin duda, de una situación de exclusión social en la que los jóvenes latinoamericanos (y mexicanos en particular) no parecen encontrar un espacio que los integre en la sociedad de acogida. Prácticamente, para l

de cada 5 de ellos se configura una doble situación de exclusión social. Por un lado, no tienen un lugar en el sistema escolar pero, por otro lado, tampoco se les abre un lugar en el mercado de trabajo. De esta forma, los canales formales de inclusión social parecen estar cerrados para ellos, conformando unos verdaderos parias del sistema, esto es, jóvenes sin espacios para su inclusión social. Por lo mismo, no es raro que estos mismos jóvenes busquen formas de cohesión social desde los mismos márgenes de la sociedad a los que quedan recludos, como las *gangas* y similares formas de organización y expresión juvenil y barrial, que les permite enfrentar desde sus propios espacios esta situación de marginación y exclusión social (Valenzuela, 2003). En concreto, se trata de la apropiación de espacios urbanos y sociales desde los cuales pueden recrear sus formas de identidad y cohesión social necesarias para mantenerse y afrontar su doble situación de exclusión y marginación social.

Ahora bien, aun cuando entre los migrantes latinoamericanos se da una alta tasa de actividad económica, ello no implica que su inserción en el mercado laboral sea en condiciones adecuadas y similares a la de los demás grupos étnicos. Por el contrario, esta inserción está caracterizada por procesos de segmentación y segregación laboral, que afecta directamente a estos jóvenes. En efecto, aun cuando la tasa de participación en la actividad económica entre los jóvenes migrantes latinoamericanos es casi dos veces superior a la de los demás grupos étnicos, las condiciones de su inserción laboral resultan mucho más precarias que las prevalentes en los demás jóvenes.

En primer lugar, al comparar la estructura ocupacional de los jóvenes latinoamericanos con la de otros grupos étnicos, se observa claramente una segregación ocupacional que los afecta directamente. Por un lado, 30% de los jóvenes latinoamericanos ocupados, están empleados en oficios y trabajos manuales no calificados (jornaleros agrícolas y trabajadores de la construcción, principalmente), a la vez que otro 24% se inserta en trabajos de servicios no calificados (servicio doméstico, limpieza y mantenimiento, cocineros, entre otros). Por el contrario, en el caso de los demás grupos étnicos, los jóvenes que se emplean en estos puestos de trabajo representan entre 3 y 7% en los trabajos manuales y oficios no calificados, y entre 11 y 16% en los trabajos de servicios no calificados.

En el extremo opuesto de la estructura ocupacional, vemos que sólo 7% de los jóvenes latinoamericanos se emplea en puestos de dirección, o como profesionista o técnico altamente calificados. Sin embargo, esta proporción se eleva a 17% tanto en el caso de los afroamericanos como en el de los

CUADRO 1. ESTADOS UNIDOS 2007. POBLACIÓN OCUPADA DE 15 A 29 AÑOS, SEGÚN OCUPACIÓN PRINCIPAL Y ORIGEN

OCUPACIÓN PRINCIPAL	INMIGRANTES LATINOAMERICANOS	DESCEND. DE LATINOAMERICANOS	OTROS INMIGRANTES	AFROAMERICANOS	ANGLOAMERICANOS	OTROS GRUPOS ÉTNICOS	TOTAL
DIRECTIVO, PROFESIONISTA Y TÉCNICO	7.5%	17.2%	26.7%	25.2%	34.9%	17.5%	22.79%
SERVICIO CALIFICADO	19.1%	41.8%	37.4%	34.6%	34.5%	44.5%	34.99%
MANUAL CALIFICADO	20.9%	16.2%	14.1%	14.5%	10.6%	16.0%	15.19%
SERVICIO NO CALIFICADO	23.6%	17.2%	17.3%	18.7%	14.4%	18.7%	18.7%
OFICIO Y MANUAL NO CALIFICADO	28.9%	7.7%	4.5%	7.1%	5.5%	3.3%	8.5%
TOTAL	3 601 656	3 266 619	2 228 372	4 373 457	24 439 453	1 336 179	39 245 736

FUENTE: estimaciones propias con base en *Current Population Survey, March Supplement 2007*.

latinoamericanos de segunda y tercera generación, y a 25 y 35% en el caso de los angloamericanos y migrantes de otras regiones del mundo, respectivamente.

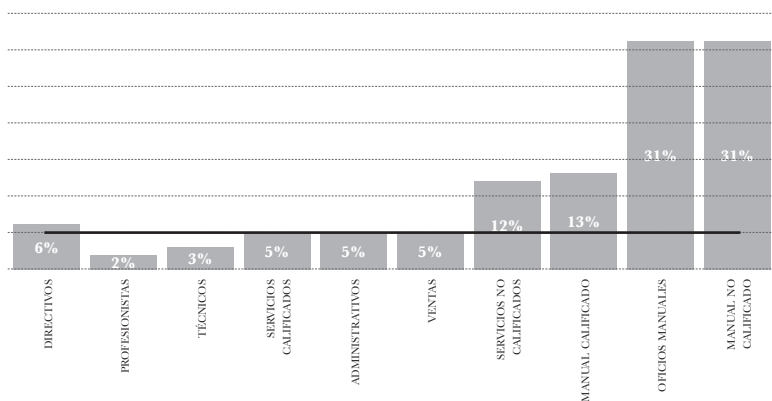
Ahora bien, estos datos nos indican que aun cuando los migrantes latinoamericanos de 15 a 29 años representan 9% de la fuerza de trabajo ocupada, ellos aportan un porcentaje significativamente mayor de los trabajadores jóvenes ocupados en puestos de bajas calificaciones. En efecto, entre los jóvenes ocupados en puestos de trabajo manual no calificado, así como en oficios manuales de baja calificación, los migrantes latinoamericanos representan 31%, en ambos casos. Asimismo, en las ocupaciones de servicios no calificados, así como de puestos de trabajo manual semicalificado, los

migrantes latinoamericanos representan 12 y 13% de la fuerza de trabajo joven, respectivamente.

Por el contrario, en los puestos de alto nivel, como profesionistas y técnicos, los migrantes latinoamericanos apenas representan 2 y 3% de la fuerza de trabajo joven, respectivamente. Asimismo, en las ocupaciones de dirección, así como de servicios calificados, puestos administrativos y de ventas, los migrantes latinoamericanos representan entre 5 y 6% de la fuerza de trabajo joven, porcentaje que es menos de dos tercios del valor promedio (9%).

Esta segregación ocupacional que afecta a los jóvenes latinoamericanos, se manifiesta, entre otras cosas, en una mayor desprotección laboral, tanto en términos de acceso a sistemas de seguridad social y de pensiones, como de seguridad médica y de atención a la salud. En efecto, los datos indican que sólo 18% de los migrantes mexicanos ocupados y 25% de otros países latinoamericanos, tienen acceso tanto a un sistema de pensión como de seguridad médica. Sin embargo, esta proporción se eleva a más del doble en el caso de los trabajadores jóvenes angloamericanos, afroamericanos y aquellos inmigrantes provenientes de otras regiones del mundo. Asimismo, los jóvenes ocupados que son descendientes de mexicanos o de otros países latinoamericanos, están en una situación intermedia. En ambos casos, la cobertura de ambos tipos de prestaciones laborales abarca entre 30 y 35%.

GRÁFICA 7. INSERCIÓN OCUPACIONAL DE INMIGRANTES LATINOAMERICANOS DE 15 A 29 AÑOS EN ESTADOS UNIDOS



FUENTE: estimaciones propias con base en *Current Population Survey, March Supplement*, 2007.

Otros aspectos en que se refleja esta situación de exclusión social que afecta a gran parte de los jóvenes migrantes latinoamericanos son, por un lado, el muy bajo número de ellos que acceden a la ciudadanía estadounidense, y por otro lado, sus graves deficiencias para hablar y comunicarse en el idioma inglés.

Al respecto, destaca en primer lugar, el bajo grado de ciudadanía que prevalece entre los jóvenes migrantes de origen latinoamericano. En concreto, sólo 14% (1 de cada 7) de estos jóvenes ha adquirido la ciudadanía estadounidense, mientras que entre los jóvenes inmigrantes provenientes de otras regiones del mundo, esta relación se eleva a 4 de cada 10, esto es, 41% que habría adquirido la ciudadanía. Asimismo, entre los inmigrantes jóvenes latinoamericanos, los mexicanos son los que muestran el menor nivel de ciudadanía. Sólo 10% de los jóvenes mexicanos han adoptado la ciudadanía, proporción que es prácticamente la mitad de la que prevalece entre los jóvenes latinoamericanos de otros países de la región.

En cuanto al dominio y uso del idioma inglés, las estadísticas vuelven a exhibir las desfavorables condiciones de los jóvenes latinos para comunicarse en ese idioma. En efecto, sólo 4% de los migrantes latinos (esto es, menos de 1 por cada 20 jóvenes) declaró que habla sólo inglés, proporción que se eleva a casi un tercio en el caso de los migrantes jóvenes de otras regiones del mundo. Aunque nuevamente los mexicanos muestran una situación más desfavorable, en el caso de los demás jóvenes latinos la situación no es mucho mejor. En este caso, únicamente 1 de cada 13 migrantes habla sólo inglés, mientras que 93% restante habla otro idioma.

En cuanto a estos jóvenes migrantes que declaran hablar otro idioma, además del inglés, se tiene que, una vez más, la situación desfavorece a los jóvenes latinoamericanos en cuanto a su habilidad para hablar el inglés; sólo 1 de cada 2 declara hablar o bien o muy bien el inglés, proporción que se eleva a 91% en el caso de migrantes de otras regiones del mundo. Los jóvenes mexicanos, una vez más muestran una situación extrema. Entre ellos, menos de la mitad habla correctamente el inglés, proporción que se eleva a casi dos tercios en el caso de los migrantes jóvenes de otros países latinoamericanos.

Ambos aspectos, el menor índice de ciudadanía y el menor manejo del idioma inglés, sin duda contribuyen a que se mantenga una situación social desfavorable en el caso de los migrantes latinoamericanos, contribuyendo a configurar situaciones de exclusión y vulnerabilidad social como las que ya hemos descrito en párrafos anteriores.

Al respecto, dos indicadores permiten ilustrar esta mayor precariedad y vulnerabilidad que caracteriza la situación social de los inmigrantes jóvenes

latinoamericanos. Por un lado, la incidencia de la pobreza y, por otro lado, el acceso a sistemas de salud pública y privada.

En primer lugar, con relación a la incidencia de la pobreza, los datos indican que 22% de los jóvenes migrantes latinoamericanos vive en hogares cuyo nivel de ingreso es inferior a la línea oficial de la pobreza medida de acuerdo a las estimaciones del Buró del Censo y de Estadísticas Laborales. A ellos se agrega otro 20% que reside en hogares cuyo nivel de ingreso se sitúa entre 1 y 1.5 veces sobre dicho nivel de pobreza. Por el contrario, entre los jóvenes angloamericanos sólo 12% reside en hogares ubicados bajo el nivel de pobreza, a la vez que sólo otro 7% reside en hogares con ingresos entre una y una y media veces sobre el nivel de pobreza. Incluso entre los inmigrantes de otras regiones del mundo, también la incidencia de la pobreza es significativamente menor a la que prevalece entre los jóvenes latinoamericanos. En este caso, sólo 16% de aquéllos reside en hogares bajo el nivel de pobreza, a la vez que menos de 9% reside en hogares con ingresos entre una y una y media veces sobre ese nivel de pobreza.

CUADRO 2. ESTADOS UNIDOS, JÓVENES INMIGRANTES DE 15 A 29 AÑOS, SEGÚN SU CONDICIÓN DE CIUDADANÍA (2007), E IDIOMA HABLADO Y HABILIDAD PARA HABLAR INGLÉS (2006), 2006 Y 2007

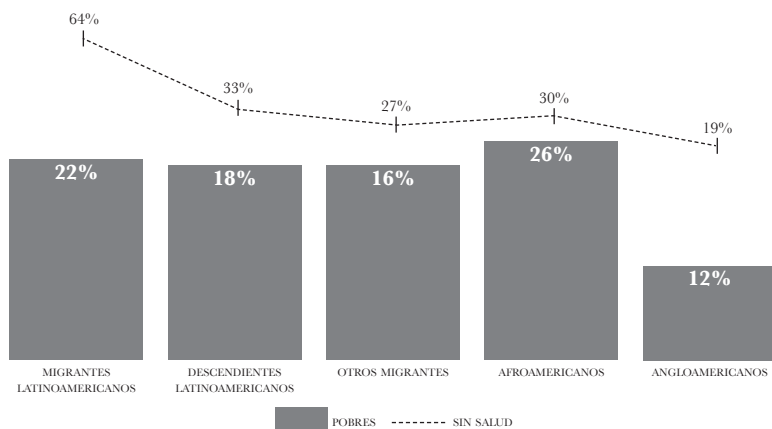
	TOTAL DE JÓVENES MIGRANTES	JÓVENES MIGRANTES LATINOAMERICANOS			MIGRANTES NO LATINOAMERICANOS
		TOTAL	MEXICANOS	OTROS LATINOAMERICANOS	
CIUDADANÍA					
CIUDADANOS	25.5%	13.8%	10.7%	20.0%	41.3%
NO CIUDADANOS	74.5%	86.2%	89.3%	80.0%	58.3%
TOTAL	8 873 978	5 084 520	3 377 99	1 706 524	3 789 458
CIUDADANIZACIÓN	34.3	16.0	12.0	25.0	70.3
IDIOMA QUE HABLA					
SÓLO INGLÉS	15.5%	4.1%	2.7%	7.0%	31.5%
OTRO IDIOMA	84.5	95.9%	97.3%	93.0%	68.5%
TOTAL	8 736 536	5 098 534	3 457 963	1 640 571	3 638 000
HABILIDAD PARA HABLAR INGLÉS					
MUY BIEN Y BIEN	65.9%	53.0%	47.5%	65.1%	91.2%
NO BIEN Y NO HABLA	34.1%	47.0%	52.5%	34.9%	8.8%
TOTAL	7 381 553	4 888 471	3 363 357	1 525 114	2 493 082

FUENTES: estimaciones propias con base en *Current Population Survey, March Supplement, 2007* y *American Community Survey, 2006*.

Sólo entre los jóvenes afroamericanos se presenta un nivel de incidencia de la pobreza similar a la de los jóvenes latinoamericanos. De hecho, en este caso, la proporción de jóvenes que residen en hogares pobres es levemente superior, llegando a 26% los que se suman a otro 12% que reside en hogares con ingresos entre una y una y media veces por arriba de dicho nivel de pobreza.

Por otro lado, esta situación de pobreza que afecta a una importante proporción de los jóvenes de origen latinoamericano, se manifiesta también en una mayor desprotección y vulnerabilidad social, especialmente en términos del acceso y cobertura de los servicios de salud, tanto pública como privada. En efecto, prácticamente dos tercios de los inmigrantes latinoamericanos de 15 a 29 años no tienen acceso al sistema de salud, ni público ni privado, proporción que se reduce casi a la mitad en el caso de los jóvenes descendientes de latinoamericanos, y a 30% en el de los jóvenes afroamericanos. Por el contrario, entre los jóvenes angloamericanos, sólo 19% está en tal situación de desprotección en términos de acceso a los servicios de salud.

ESTADOS UNIDOS, INCIDENCIA DE LA POBREZA Y COBERTURA DE SALUD EN POBLACIÓN DE 15 A 29 AÑOS, SEGÚN ORIGEN ÉTNICO (%), 2007



Fuente: estimaciones propias con base en *Current Population Survey, March Supplement*, 2007.

Estas cifras ilustran el grado de desprotección que afecta a los jóvenes latinoamericanos en Estados Unidos, el cual es incluso muy superior no sólo

al de otros jóvenes migrantes, sino también respecto al que se da en grupos que tradicionalmente han sufrido la marginación social, la segregación racial y la exclusión económica.

Esta situación de precariedad y desprotección queda mejor ilustrada si invertimos el análisis y consideramos la composición según grupos étnicos de la población pobre y sin acceso a sistemas de salud. En efecto, al hacer este análisis, veremos que los jóvenes de origen latinoamericano (migrantes y descendientes) constituyen 22.5% de los jóvenes de 15 a 29 años en situación de pobreza y 32.2% sin acceso al sistema de salud, ya sea privado o público. Esto es, que casi uno de cada cuatro jóvenes en situación de pobreza, a la vez que uno de cada tres sin acceso al sistema de salud, es de origen latinoamericano. Este dato es muy relevante, pues nos permite dimensionar las condiciones de precariedad y vulnerabilidad social que enfrentan cotidianamente los jóvenes de origen latinoamericano en Estados Unidos. En este contexto, y considerando otros elementos ya señalados (menor escolaridad, bajo índice de ciudadanía, escaso manejo del idioma inglés, entre otros), permiten entender porqué se da una tan alta proporción de jóvenes latinoamericanos que no encuentran un espacio ni en el sistema laboral ni en el sistema escolar de ese país.

CONCLUSIONES

Sin duda, el mayor nivel de pobreza y menor grado de protección social, están directamente asociados con los menores índices de inclusión social que presentan los jóvenes latinoamericanos en Estados Unidos, y son la base de muchos de los problemas sociales, culturales y políticos que los afectan en su vida cotidiana. No sólo se trata de grupos socialmente vulnerables que enfrentan continuamente diversas situaciones de riesgos sociales, sino además son grupos socialmente excluidos y segregados, que no encuentran los espacios para su integración a la sociedad.

A todo ello debemos agregar los diversos problemas que se derivan de la irregularidad de su situación legal o la de los miembros de sus familias, la precariedad e inestabilidad de sus trabajos, los bajos salarios, las malas condiciones de vida en sus hogares y viviendas, así como la carencia de servicios básicos, la inseguridad pública, las dificultades para acceder a los servicios de salud pública, entre otros muchos problemas que predominan en sus barrios.

En este marco, no es casual que su identidad como jóvenes inmigrantes, así como sus prácticas sociales y sus formas de organización, no encuentren cabida ni comprensión en una sociedad que cotidianamente los excluye y margina. De hecho, en no pocos casos ellos mismos no encuentran interés en una virtual inclusión que su misma cotidianidad les ha enseñado que es sólo una quimera, es decir, imposible de alcanzar para la mayoría. La exclusión de que son objeto les ha enseñado que su vida ha de transcurrir en y desde los márgenes de la sociedad, por lo mismo siempre en conflicto, siempre en tensión.

Con base en este contexto de exclusión y vulnerabilidad social podemos entender no sólo el protagonismo juvenil de las movilizaciones de la primavera de 2006 sino, sobre todo, su masividad y carácter que ellas asumieron. En efecto, en estas condiciones de exclusión, en donde los jóvenes latinos no encuentran un espacio de integración ni por medio de la escuela o del mercado laboral, principales instituciones de socialización e integración social, es fácil comprender que su demanda central no se circunscribiera a los márgenes de la crítica a una política migratoria. Su problemática social no se restringe a un asunto laboral, sino que es más amplio y complejo, y se refiere a los mecanismos necesarios que deben abrirse para su inclusión plena en una sociedad que, a la vez que los acoge, los excluye cotidianamente y los margina.

Su situación laboral, tal vez permita plasmar esta idea. Al respecto, cabe preguntarse por qué los jóvenes latinoamericanos son segregados en trabajos de baja calificación, precarios y sin prestaciones laborales. En realidad, esta segregación laboral es la expresión de un proceso más amplio y complejo de segregación y exclusión social. En efecto, la precariedad de su inserción laboral que hemos documentado en este texto y que se ve reflejada en la ausencia de prestaciones sociales (pensiones, seguridad social, seguro médico, entre otros aspectos), no es sólo un aspecto laboral o contractual, sino que tiene raíces en su situación social.

En concreto, estas condiciones de precariedad laboral, no son sino reflejo de una situación de asimetría de poder que se manifiesta en el mercado de trabajo, pero que tiene su origen en otras esferas sociales. La exclusión del sistema escolar, los mayores índices de incidencia de la pobreza, el carácter indocumentado de su situación migratoria en un contexto antiinmigrante, su perfil demográfico (menor escolaridad, mayores responsabilidades familiares por su condición de jefes de familia, mayor precariedad familiar por su condición de *allegados* en el hogar, entre muchos otros aspectos) configuran una situación de vulnerabilidad social y política que deriva en condi-

ciones muy adversas y desfavorables para ejercer y defender sus derechos ciudadanos y laborales.

Esta asimetría social y política se reproduce en el mercado laboral, segregando a los jóvenes latinos con empleos mal pagados, inestables, de baja calificación, sin prestaciones sociales y carentes de mecanismos de protección laboral. Pero a su vez, estas condiciones de segregación y precariedad laboral, repercuten directamente en sus condiciones de vida e inserción social, configurando un círculo vicioso de reproducción de su situación estructural de exclusión social que se recrea en todos los ámbitos de su vida gregaria: en la escuela, la salud, el trabajo, la vivienda, el barrio y la comunidad; en su participación y representación política, e integración social, entre muchos otros.

REFERENCIAS

- Bustamante, Jorge, 2007, "La migración de México a Estados Unidos. De la coyuntura al fondo", *Revista Latinoamericana de Población*, año 1, núm. 1, pp. 89-113.
- Canales, Alejandro I., 2003, "Mexican labour migration to the United States in the age of globalization", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol. 29, núm. 4, julio, Reino Unido, University of Sussex, pp. 741-761.
- Canales, Alejandro I., 2007, "Migración y juventud en el nuevo milenio. Los jóvenes latinos en Estados Unidos". *Revista Iberoamericana de Juventud* núm. 5, junio 2007, Madrid, Organización Iberoamericana de la Juventud.
- _____, Israel Montiel Armas, 2007, "A world without borders? Mexican immigration, internal borders and transnationalism in the United States", Antoine Pecoud and Paul de Guchteneire (eds.), *Migration Without Borders. Essays on the Free Movement of People*, Oxford and New York, Berghahn Books and UNESCO.
- Castles, Stephen y Mark J. Miller, 2003, *The Age of Migration*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- Cepal, 2006, *Migración internacional, derechos humanos y desarrollo*, LC/W 98, Santiago, Chile, CELADE, División de Población, CEPAL.
- Dubert, García Isidro, Julio Hernández Borge y José M. Andrade Cernadas (eds.), 2007, *Véjez y envejecimiento en Europa occidental*, España, Universidad de Santiago de Compostela.
- Herrera, Gioconda, 2005, "Mujeres ecuatorianas en las cadenas globales del cuidado", Gioconda Herrera, María Cristina Carrillo y Alicia Torres (eds.), *La migración ecuatoriana: transnacionalismo, redes e identidades*, Ecuador, FLACSO.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette, 2001, *Doméstica. Immigrant Workers Cleaning And Caring In The Shadows Of Affluence*, Berkeley, University of California Press.
- Martínez Pizarro, Jorge, 2000, *Migración internacional de jóvenes latinoamericanos y caribeños: protagonismo y vulnerabilidad*, Santiago de Chile, Centro Latinoamericano y

- Caribeño de Demografía, Serie Población y Desarrollo núm. 3.
- Pujadas, Joan y Julie Massal, 2005, "Migraciones ecuatorianas a España: procesos de inserción y claroscuros", *Iconos, Revista de Ciencias Sociales*, núm. 14, FLACSO, Ecuador.
- Sassen, Saskia, 1998, *Globalization And Its Discontents. Essays on the new Mobility of People and Money*, Nueva York, New Press.
- United Nations, 2007, *World population ageing*, Nueva York, NY United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Population Division.
- Valenzuela Arce, José Manuel, 2003, "Pachomas (Pachuco-Cholo-Mara), nortecos y fronteras", José Antonio Pérez Islas y Mónica Valdés, *México-Quebec. Nuevas miradas sobre los jóvenes*, México, Instituto Mexicano de la Juventud.
- Zlolniski, Christian, 2008, "Political Mobilization and Activism Among Latinos/as in the United States", H. Rodríguez, R. Saénz y C. Menjívar (eds.), *Latinas/os in the United States. Changing the Face of América*, Nueva York, Springer.

LAS LUCHAS POR LA HEGEMONÍA DESDE LA CULTURA: MIGRACIÓN Y GLOBALIZACIÓN EN LA SALSA*

ÁNGEL G. QUINTERO RIVERA

TIEMPO, LUGAR Y JUSTICIA

En un libro titulado *All American Music*, John Rockwell, crítico de música del prestigioso y poderoso *New York Times*, dedica un capítulo (entre veinte) a un latino, al “nuyorican” Eddie Palmieri (Rockwell, 1984: cap.17), uno de los forjadores de la salsa y de los más innovadores creadores del jazz latino.¹ La *All American Music* de un analista liberal de intensión integradora, supuestamente libre de prejuicios racistas, debía poder incluir la vigorosa irrupción de la salsa en parques, plazas y calles de su ciudad más emblemática; no podía dejar fuera el surgimiento de una nueva y compleja música “tropical” producida en el marco de sus fronteras nacionales.

El libro de Rockwell indirectamente se inserta en un importante debate en torno a la naturaleza de la cultura nacional de Estados Unidos, y su significado para las luchas por la hegemonía, tanto a escala internacional, como en su interior. Uno de los pilares ideológicos de los reclamos hegemónicos de la cultura estadounidense había sido, por decenios, el carácter popular de su simbología nacional; la idea de una cultura nacional democrática forjada “desde abajo” por el esfuerzo y las aspiraciones de sus integrantes, que habían sido todos, alguna vez, migrantes. (Contrario a la colonización hispana, los aborígenes en Estados Unidos fueron “guetoizados” en reservas y excluidos de su ideología nacional.) Inicialmente, esta visión se asoció al paradigma del *melting pot*, a la imagen de la cultura estadounidense como una abarcadora amalgama de tradiciones de sus diversos integrantes. Durante la primera mitad del siglo XX, esta ideología tuvo un sólido asidero material en el capitalismo fordista que caracterizó su modelo de acumula-

* El autor quiere consignar la inestimable colaboración de su entonces auxiliar de investigaciones y hoy colega Yannis Ruel, en mucha de la investigación sobre la cual se basa este escrito; así como la de su auxiliar actual, Nilvea Malavé, en su edición final.

¹ Palmieri fue el primero en ser galardonado con un premio “Grammy latino” tan pronto se instituyó en 1975 esta categoría, para la cual ha sido nominado otras nueve veces desde entonces y premiado en cinco ocasiones. Luego se instituyó una nueva categoría para “Latin jazz” para la cual Palmieri ha sido nominado tres veces.

ción: un capitalismo cimentado en una producción en masa dinamizada desde la demanda, es decir, por el consumo masivo, nuevamente “desde abajo”, desde sus mayorías consumidoras.

La crisis de este modelo de acumulación a principios de los años setenta, sentó las bases para la emergencia de la sustitución de la producción masiva por la producción flexible; producción cuyo éxito comercial consistiría en atender con velocidad mercados segmentados cambiantes (Kauffman, 1991; Harvey, 1989). Ello, a su vez, propició transformaciones en su ideología de “lo nacional”. El impulso hacia la homogenización que conllevaba un mercado amplio para el consumo de la producción en masa, habría de redirigirse hacia el reconocimiento de la segmentación, donde el abarcador y amplio *melting pot* tendría que modificarse por una constantemente, cambiante integración de heterogeneidades. La integración nacional sería sólo posible sobre un reconocimiento y respeto por las diferencias; imagen que cristalizaría en el multiculturalismo.²

El *All American Music* del libro de Rockwell se mueve ambivalentemente a medio camino entre ambos paradigmas. Examina músicas muy diversas, las cuales engloba como *all American*. Sin embargo, sus apreciaciones sobre el único latino que incorpora a sus análisis exhiben una cierta incomodidad ante la negativa de éste a “amalgamarse”, ante su resistencia a fundirse en el *melting pot*. Un libro cuyo primer capítulo se inicia enfatizando la importancia para la emergencia de la música de arte estadounidense del impacto de la ola migratoria europea de finales de los años treinta; al abordar la inmigración tercermundista de los años cincuenta y sesenta, dieciséis capítulos después, es incapaz de aceptar las virtuosistas innovaciones de Palmieri como “arte”, quedando en su análisis como mera “artesanía” de una expresión folk. De hecho, el subtítulo de su capítulo sobre Palmieri es *Latin, Folk and the Artist as Craftmen*.

“Podría pensarse que la innovación dentro de la tradición *folk* sería apreciada y divulgada por una *intelligentsia* progresista –continúa Rockwell–, pero respecto a la música *folk*, la *intelligentsia* es a menudo aún más purista que la audiencia” (Rockwell, 1984:203). Por ello, sigue su argumento, Palmieri adaptó o matizó sus innovaciones en formas que fueran aceptadas por su público “natural”. Y, aunque no faltan en dicho capítulo frases elogiosas a sus “audaces improvisaciones cromáticas en *deuda con la música clásica y experimental*” (Rockwell, 1984:205, énfasis añadido), le reprocha su “am-

² Para sus repercusiones para la música internacional, véase Martí, 2000, cap. X, pp. 153-174.

bivalencia en torno a aventurarse más allá de su nicho o enclave étnico” (Rockwell, 1984:207). Incluso interpreta el uso preponderante de Palmieri del español en sus canciones y conciertos como una insistente reafirmación a sus fanáticos salseros de que no estaba traicionando, con sus innovaciones, la tradición latina. La “tradición latina” representaba en esta visión, pues, una rémora, un ancla que imposibilitaba el vuelo del “potencial” creativo (obligatoriamente primermundista) de este talentoso “americano de ascendencia puertorriqueña” formado en las academias de música clásica del este de Estados Unidos. Pero ¿no tendría el apego de Palmieri a “sus raíces latinas” alguna otra explicación? ¿No podría partir su arte experimental de otras visiones, convicciones o compromisos identitarios? ¿Tendrían que ser sus “sostenciones”, experimentos y *artesanía* necesariamente el resultado de influencias externas a sus “limitantes” raíces? ¿Era su “nicho” producto de su “comunidad étnica”, de una especie de autogueto, o quién guetoizaba a quién?

Eddie Palmieri nació en Nueva York en 1936. Su vida musical se inició, pues, enmarcada en los más intensos años de esa primera gran diáspora latina masiva a la Babel de hierro. Entre los catorce y diecisiete años (entre 1950 y 1953, precisamente los años de cifras cumbre de la migración puertorriqueña a Nueva York) amenizaba bailes en su comunidad con un pequeño conjunto. Ya a los veintiuno fue reclutado como pianista en la más renombrada orquesta bailable latina de entonces, la Orquesta de Tito Rodríguez. Por su afán experimental, abandonó en 1961 aquella prestigiosa institución para aventurarse con su primer conjunto profesional (también de música bailable), que bautizó *La Perfecta*, en evidente referencia a la meticulosidad de su “artesanía”. En ella combinó, como muchos otros músicos en la tradición afrocaribeña, las actividades de instrumentista, director, compositor, productor y arreglista.

Su hermano mayor, Charlie Palmieri, virtuoso pianista de las charangas nuyorquinas, calificó como *revolucionaria* la “trombanga” de su hermano que, con un protagonismo en los trombones, transformaba la sonoridad “tropical” prevaleciente en una más fuerte o “áspera” asociada al urbanismo “niuyorkino”. Es significativo que para ese cariz, Palmieri recurriera a un recurso expresivo de la tradición musical puertorriqueña: la práctica de camuflar significados por medio del bombardino, antecesor del trombón en la música decimonónica de *danzas* (Quintero, 1998, cap. 5) y que, ya como trombón, había introducido Mon Rivera a la proletaria sonoridad de la plena puertorriqueña en los años cincuenta. Se trataba de una *innovación* –en considerable medida vinculada a la emigración a Nueva York– afincada en

la *tradicón* de luchas sociales por el espacio sonoro en la cultura desde donde emigraban sus padres y de la cual se sentía partícipe. La “trombanga” era –como los conjuntos de *danzas* muchos decenios antes– una agrupación musical para el baile y, en ese sentido, su función primera era generar sabor para la intercomunicación corporal: “afectar el organismo”, como señaló Eddie Palmieri en una entrevista filmada años después (García, 1992). Las luchas sociales subyacentes a la elaboración artística sonora en el terreno movedizo de la hegemonía, se manifestaban inseparables de la expresión corporalailable.

La gran urbe amplió el radio de su impugnación. Abarcaba diversos niveles de identidad: como puertorriqueño y afrolatino, no meramente parte de lo que Rockwell definía como *all American*. Es en el entorno de las luchas antirracistas por los derechos civiles, las luchas de las “minorías” en Estados Unidos, junto a una “estructura de sentimiento” (*structure of feeling*, según elabora Williams, 1958, 1961) internacional de aspiraciones democráticas que marcaban aquella época que Eddie Palmieri produjo, en los últimos años sesenta, *Justicia*, LP que pronto habría de convertirse en uno de los primeros “clásicos” de una manera de hacer música que comenzaba a conocerse como *salsa*.

Justicia no es una mera recopilación de canciones, sino un *discurso* integrado a lo largo del disco. En Quintero (1998:126-131) examino el LP con detenimiento; ahora sólo quisiera resaltar unos elementos que considero fundamentales para entender la impugnación salsera a la hegemonía de la ideología nacional estadounidense. Importantes conocedores y estudiosos de esta música, como el venezolano Rondón (1980) y el colombiano Pagano (1995), distinguen dos vertientes principales en los primeros decenios del movimiento salsa, donde predominaban claramente entonces, como veremos estadísticamente más adelante, músicos radicados en Nueva York, como Palmieri. Una es la que Pagano llama “tradicional” y Rondón llama “matancerización” (en referencia al estilo de la cubana Sonora Matancera) que imitaba o reproducía la música “tropical” anterior. La segunda es la que ambos llaman “innovadora”, de fusiones experimentales, inconformismo social y afirmación latinoamericana con base en las nuevas experiencias vividas en la migración. Se entiende que analistas como Rockwell podrían considerar a la corriente “matancerizadora” como “expresión *folk*” de los latinos. Pero es la segunda vertiente la que ambos resaltan como la de mayor importancia histórica, vertiente sobre la cual concentro también mis análisis previos. Un examen cuidadoso de las composiciones e interpretaciones de aquel periodo que han mantenido hasta hoy su popularidad, reafirma la pionera visión de

Rondón sobre la importancia profunda de la vertiente transformadora,³ donde habría que incluir a *Justicia*.

Examinadas numerosas y diversas expresiones, me permito añadir que históricamente ambas vertientes fueron dándose muy entrelazadas, al punto que la vertiente innovadora fue generando en ambas “un sonido” con características propias (Berríos Miranda, 2002) y una combinación distintiva de prácticas de elaboración sonora, de maneras de hacer música. *Justicia* manifiesta una de las prácticas más decisivas que habrían de definir a ese “sonido” *salsa* (salsa, precisamente por su carácter de trabajada mezclanza): una muy libre combinación de diversos ritmos y formas musicales del Caribe y afroamérica (Quintero y Álvarez, 1990), que evocan diversas geografías y tiempos en la compleja historia caribeña de constantes rupturas y reconstituciones, que jamás podría encajonarse en la sistematización de la cosmovisión “moderna occidental” –liderada por Estados Unidos desde los años cincuenta– del progreso lineal, por los caminos oblicuos que se ha visto necesitada de transitar (Díaz Quiñonez, 2000; Benítez Rojo, 1989) ante las más poderosas metrópolis coloniales. El LP combina formas tan diversas como la guaracha, guajira, bolero, jazz be-bop, jazz latino y hip-hop, entre otras. *Justicia* ilustra que en ese “sonido salsa” emergiendo en Nueva York convergen –y sus prácticas entrelazan– muy diversas tradiciones musicales del Caribe y América.

Justicia abre con una composición de Palmieri en la cual, en su salsera combinación polifórmica y polirrítmica, predomina la guaracha. Ello es muy significativo pues la guaracha fue de las primeras formas populares claramente urbanas en el Caribe, aun cuando el mundo caribeño era todavía (me refiero a los siglos XVIII y XIX) abrumadoramente rural (León, 1984:174; Quintero, 1998:94). En su *discurso de legal alien* –como llamaría de forma irónica más tarde otro importante forjador de la salsa, Willie Colón–, desde la comunidad de migrantes en el *gran palenque* de la cimarronería caribeña contemporánea –el más urbano de los mundos posibles, Nueva York–, Palmieri inicia su obra *Discurso*, evocando musicalmente al tal vez más antiguo de los géneros populares urbanos de la región de origen de sus antecesores.

La letra clama, con optimismo, justicia *pa’ los boricuas y los niggers* con una combinación libertariamente variada de métricas y rimas que le otorgan un *afinque*ailable al propio cante:

³ Manuel (1991) minusvalora esta segunda vertiente, pero sin presentar evidencia empírica alguna.

Justicia tendrán, justicia verán	a
en el mundo, los discriminados...	b
Con el canto	b
del tango	b
mira,	c
¡justicia! yo reclamo.	b
...si no hubiera tiranía	c
todos fuéramos hermanos,	b
dulce paz y armonía,	c
alegría,	c
tú lo verás.	a

Este fraseo libertario (desarrollado, sobre todo en la sección de improvisación verbal o soneo, por Ismael Rivera, en su tránsito entre las bombas que interpretaba en Puerto Rico con *Cortijo y su combo* y la salsa que desarrolló en Nueva York con compositores como Bobby Capó o Tite Curet Alonso), fue otra de las prácticas centrales que fueron marcando la manera salsera de hacer música, distinguiéndola de otros géneros “tropicales” tradicionales que Rockwell categorizaría como *folk*.

Finalmente, todas las composiciones de *Justicia*, incorporan extraordinarias improvisaciones instrumentales encadenadas –que en la música “tropical” llamamos *descargas*– inspiradas en la mejor tradición del jazz que, es importante recordar, tiene una larga historia de intercambios e interfecundidades con la música afrocaribeña latina (Acosta, 2000; Quintero, 2007) que examiné en los encuentros iniciales de nuestro grupo de trabajo (Gandásegui, 2007: 135-158). Aunque el recurso de las *descargas* es previo a la salsa, su protagónica presencia en ésta fue convirtiéndose en una tercera práctica central que caracterizaría su “sonido”. Contrario al jazz de los últimos decenios, no sólo los instrumentistas manifestarán en las *descargas* su creatividad y virtuosismo, sino también los bailarines, en interrelación con aquéllos. La *descarga* de trompetas en la canción *Justicia* hace alusión al más conocido bolero social del más célebre compositor popular puertorriqueño previo a la salsa: *Lamento borincano* del mulato Rafael Hernández, quien la compuso en 1929 mientras vivía como trabajador migrante en Nueva York, reafirmando la identificación nómada de esta salsa.

Justicia entreteje música “latina” caribeña tradicional salpicada con frecuentes acordes disonantes identificados como “música moderna”, nuevas sonoridades be-bop, otras novedosas que se irían consolidando como *jazz*

latino (Delannoy, 2000) y música barrial negra estadounidense, en una libre combinación salsera, fusionando una enorme heterogeneidad de formas, estilos, *tempo*s y ritmos. Entre composición y composición incorpora, como interludios, acordes de la canción *Somewhere* del célebre musical de los cincuenta sobre los migrantes “niuyorkinos”, *West Side Story* de Leonard Bernstein. Y, trasformando con modulaciones tipo *slide* del jazz y con un marcado acento puertorriqueño aquella famosa moderna utopía romántica cimarrona, dicho LP, con tan significativo título, concluye añorando –tanto para el mundo inmigrante “niuyorkino”, como para el Caribe de sus antepasados– la más general y a su vez más concreta de las utopías: un lugar y un tiempo para vivir:

<i>Somewhere a place for us...</i>	En algún sitio, un lugar para nosotros
<i>Someday, a time for us...</i>	algún día un tiempo para nosotros
<i>...open-aièred</i>	al aire libre
<i>...with time to spare</i>	y tiempo para pasar
<i>hold my hand and we</i>	toma mi mano y estamos
<i>are half way there...</i>	a medio llegar...
<i>Someday, somewhere</i>	Algún día, en algún lugar
<i>we'll find</i>	encontraremos
<i>a new way of living...</i>	una nueva forma de vivir...

¡QUE ¿DE DÓNDE VENGO Y PA'DÓNDE VOY?! LA DIFUSA GEOGRAFÍA DE LA SALSA

Unos seis años después de *Justicia*, el más popular sonero de la entonces emergente salsa, conocido entre los salseros como *el cantante de cantantes* Héctor Lavoe evocando a su “Paraíso de dulzura” (título de su composición) de donde había migrado, expresaba desde Nueva York su intención de prodigar su salsa por el mundo. Grabando para lo que en el ámbito de la industria musical se conoce como una *indie*, una compañía disquera independiente (FANIA, nacida en el barrio latino de Nueva York a mediados de los años sesenta como una humildísima compañía, pero, para 1975, como la gran disquera que batallaba por difundir internacionalmente la salsa), Lavoe (apellido artístico adoptado que evocaba el apodo del también migrante –italoamericano– Sinatra, *the voice*), componía y cantaba

*Que ¿de dónde vengo,
y pa'dónde voy?
Vengo de la tierra
de la dulzura.
Qué ¿pa'dónde voy?:
voy a repartir ricura;
la sabrosura
rica y sandunguera
que Puerto Rico puede dar.
Lo le lo lai, lo le lo lai, lo le lo lai* (frase onomatopéyica de la
música campesina, jibara, de su país).

*Yo la reparto
por donde quiera...* (Lavoe, 1975)

Cuando se grabó *Justicia*, la geografía de la salsa se circunscribía a los barrios *latinos* de Nueva York, y al puñado de países latinocaribeños de donde donde eran los migrantes. Pero las aspiraciones de difusión global de sus intérpretes, como Lavoe, no fueron en vano. La sabrosura de su swing bailable fue alcanzando los más lejanos confines. Pero, ¿se difundió como ejemplo de un *All American Music*?

En el 2001 realicé una investigación en la red que evidenció la existencia de clubes de baile que se anunciaban como de *salsa* en la mayoría de los países del mundo: en casi todos los países de Norte, Centro y Suramérica, en al menos 23 de los países de Europa y en otros quince alrededor del globo. Entre los países grandes aparecía ampliamente diseminada: *clubs* de salsa en al menos 36 de los 50 estados de Estados Unidos y entre ocho a diez ciudades de Gran Bretaña. En Londres nada más aparecían 53 establecimientos comerciales donde se bailaba salsa; y 57 en la red de ciudades de la pequeña Holanda. En sesenta de los países arriba incluidos se registraban, además, escuelas o maestros de baile para enseñar salsa, <www.salsaweb.com>. ⁴

Estos son sólo algunos datos que sugieren cómo en los últimos decenios, la salsa ha sobrepasado internacionalmente al tango, la rumba, el jazz, lo folklórico y el ballet, como el género de baile que más personas se interesan en aprender, incluso desafiando (junto al reggae, calypso, merengue, souk, punta y otros géneros caribeños) la absoluta hegemonía que había disfru-

⁴ Pueden examinarse también www.DESCARGA.COM, www.justsalsa.com, www.oasissalsero.com.

tado el rock anglo unos decenios atrás, cuando era considerado el género bailable por excelencia.⁵ Es significativo que, no obstante el hecho de que la mayoría de las grabaciones de salsa se habían realizado en Estados Unidos por músicos residiendo en dicho país, el baile *salsa* se internacionalizó como *latinoamericano*, como expresión cultural del Caribe hispano y como tal lo anuncian sus “academias”.

Contrario a “modas bailables”, como la *lambada* que no duró más de tres años, o géneros híbridos socialmente muy significativos pero temporal y espacialmente circunscritos, como el *latin boogaloo* (combinación “niuyorquina” —precursora de la salsa— de los “latinos” *mambo* y *cha-cha-chá* con el afronorteamericano *rhythm and blues*) (Flores, 2000; Lipsitz, 1994) que duró sólo un lustro, la salsa cuenta con una historia que sobrepasa los cuarenta años, por lo que sería absolutamente inapropiado interpretar su popularidad como mero fenómeno comercial. Pero, incluso si se le considerara “moda”, podríamos legítimamente preguntar ¿por qué esa “moda danzaria” ha asumido la forma de salsa, con su música y sus particulares movimientos del cuerpo? ¿Cuáles procesos culturales subyacen las prácticas comerciales de la industria musical del “entretenimiento”? Véanse al respecto las contribuciones de Negus (1992, 1997, 1998 y 1999) que ha visto la importancia de incorporar la salsa a sus investigaciones, cuando éstas se iniciaron respecto al pop y al rock.

¿A qué tipo de sensibilidad o sensibilidades está apelando la salsa entre tantas personas y países diversos de estos tiempos posmodernos? ¿Cómo explicar su difusión y popularidad mundial no obstante el hecho de que contrario al rock, el jazz o el reggae, no se manifiesta en el “lenguaje internacional” del actual momento de la historia, el inglés, sino abrumadoramente en español, incluso desde Nueva York? ¿Qué lecciones le está ofreciendo al mundo el nomadismo caribeño con la globalización de sus más importantes

⁵ Además de su impacto como baile con características propias, la salsa ha penetrado al contemporáneo pop-rock, e intérpretes puertorriqueños como Ricky Martín, de compositores también puertorriqueños como Robi “Draco” Rosa (*Living la vida loca*, *La copa de la vida*, etc.) que introducen elementos salseros en éste, han escalado los primeros escalafones del *hit parade* internacional. En un momento del año 2000, cuatro puertorriqueños dentro de este Latin craze —Martín, Mark Anthony, Jennifer López y Chayanne— ocuparon los primeros lugares del *Top ten* de la revista *Billboard*. Estos cuatro artistas —dos nacidos en Puerto Rico y dos de familias migrantes a Nueva York— se identifican a sí mismos como puertorriqueños, es decir, de un país que entre su territorio y su diáspora representa una ínfima proporción de la población mundial. Pero este fenómeno, aunque relacionado sin duda a la creciente globalización de la salsa, requeriría un análisis propio e investigaciones adicionales que rebasan el marco de este ensayo.

expresiones bailables? ¿Cómo replantean la siempre desigual relación entre ¿pequeños? pueblos y grandes “ciudades globales” (evocando el “clásico” de Wallis y Malm, 1984). Y, al respecto, ¿puede el estudio de los pueblos circunscribirse a “sus países” en tiempos de acelerados desplazamientos masivos de población?

Los ejemplos señalados de la *globalización salsera* se refieren sobre todo al baile. Otros estudios sobre la salsa entre la migración de la cuenca caribeña a Europa, apuntan que sobre todo bailarla ha sido su principal expresión de identidad cultural (Ruel, 2000; Román, 1998, 1999a y b). La migración latinoamericana a Europa se dio a partir de los años ochenta, es decir, posterior por varios decenios, a la gran migración puertorriqueña a Nueva York. No obstante esta importante asociación identitaria con el baile, para la mayoría de los latinoamericanos —tanto en el Caribe mismo como en Nueva York—, la salsa no es sólo música *para* bailar sino una música bailable, como la mayor parte de la música popular caribeña; una forma artística en la que son inseparables la expresión sonora y el movimiento corporal, donde música, poesía y baile dialogan y se fecundan. Componer, tocar, escuchar y cantar salsa, así como bailarla, son formas de manifestar identidades culturales compartidas, como muchas canciones de salsa abiertamente lo expresan en sus letras y su libre combinación de formas y géneros (Rondón, 1980; Quintero, 1998; Tablante, 2005) y lo atestiguan y enfatizan la mayoría de los estudios que se han publicado sobre este fenómeno sociocultural musical bailable.⁶ Es necesario, pues, complementar la información sobre la difusión internacional del baile con el análisis de la geografía de la producción salsera.

Un examen detallado del más amplio listado existente de la producción discográfica a la venta de la música “tropical”, provee pistas muy ilustrativas, aun reconociendo las limitaciones de este tipo de fuente, no generada con fines analíticos sino comerciales. El cuadro 1 demuestra que la mayoría de las grabaciones siendo comercializadas como salsa han sido producidas por músicos de la cuenca caribeña y su diáspora en Nueva York: principalmente puertorriqueños seguidos de lejos por cubanos, colombianos, dominicanos, venezolanos y panameños, en ese orden. Más de la mitad de los discos (1 084 o el 53% del total del catálogo) fueron producidos en Nueva

⁶ Para Venezuela en particular, véase Báez, (1989) y para Colombia, Ulloa (1988) y Waxer, (1998). Respecto a su dimensión identitaria panamericana véase Berríos-Miranda (2000). Respecto a las identidades de los migrantes puertorriqueños, Padilla (1990); Duany, (1984); Otero Garabís (2000). Sobre las problemáticas de identidad por género véase Aparicio (1997). Otros ejemplos generales en Gómez (1995); Burbano Abadía, (1995); Escalona (1998) entre otros.

CUADRO 1. VINCULACIÓN CULTURAL-TERRITORIAL DE LA PRODUCCIÓN
SALSERA —DE LOS DISCOS COMERCIALIZADOS COMO SALSA EN EL AÑO 2000
DEL DESCARGA CATALOG—. PRODUCCIONES ENTRE 1960 Y 2000

Puerto Rico	1320	
PR propiamente		(674)
PR-Nueva York		(841)
PR-Miami y Filadelfia		(2)
Cuba	325	
Cuba propiamente		(145)
Cuba-NY		(156)
Cuba-Miami		(15)
Cuba otros Estados Unidos (uno en PR)		(7)
Cuba-Europa		(2)
Colombia	171	
Colombia-Europa		(1)
República Dominicana	103	
RD propiamente		(36)
RD-NY (dos en PR)		(67)
Panamá	44	
Panamá propiamente		(15)
Panamá-NY		(25)
Panamá-exterior (2 Miami, 2 Europa)		(4)
Venezuela	55	
Otros países latinoamericanos	25	
(Perú 10, Nicaragua 12, Costa Rica 2, México 1)		
Otros Estados Unidos y Canadá	19	
Otros Europa	15	
África	10	
África propiamente		(6)
África-Estados Unidos		(4)
Japón	6	
Combinación variada amplia	3	
Sin identificar	136	

NOTA: incluye 2050 discos; la suma de las diversas categorías es mayor porque algunas grabaciones comparten identificaciones de manera equivalente. Total de vinculados a Nueva York 1 084 o 52.9% del total de discos. Análisis en colaboración con Yannis Ruel.

York o evidenciaban una estrecha vinculación con esta ciudad, casi todos de su inmigración de las Antillas hispanas: 78% de puertorriqueños, 14.4% de cubanos y 6.2% de dominicanos. De hecho, en las tres Antillas y en Panamá aparece una mayor producción total de sus emigrantes “niuyorkinos” que de sus nacionales residentes en las islas o el istmo.

CUADRO 2. VINCULACIÓN CULTURAL-TERRITORIAL DE LA PRODUCCIÓN SALSERA –DE LOS DISCOS COMERCIALIZADOS COMO SALSA EN EL AÑO 2000 DEL *DESCARGA CATALOG*– PRODUCCIONES DE LOS AÑOS SESENTA

Puerto Rico	115	
PR propiamente		(16)
PR-Nueva York		(99)
Cuba	30	
Cuba propiamente		(2)
Cuba-NY		(28)
Colombia	4	
República Dominicana	7	
RD propiamente		(1)
RD-NY		(6)
Panamá	6	
Panamá propiamente		(1)
Panamá-NY		(5)
Sin identificar	1	

NOTA: incluye 149 discos; la suma de la subdivisión de categorías es mayor porque algunos comparten identificaciones de manera aproximadamente equivalente. Total de vinculados a Nueva York 138 o 92.6% del total de discos.

Análisis en colaboración con Yannis Ruel.

Estas cifras globales evidencian el papel fundamental del fenómeno migratorio en la salsa. Sin embargo, para poder atisbar unas trayectorias y aquilatar posibles tendencias fue necesario dividir el análisis por décadas; es decir, separar del catálogo aquellas producciones que incluían principalmente composiciones de los años sesenta, setenta, ochenta y noventa. Los cuadros 2, 3, 4 y 5 resumen los hallazgos. Entre los discos que todavía en 2000 se comercializan de composiciones del periodo de formación inicial de la salsa en los sesenta, predominan abrumadoramente producciones de

emigrantes antillanos a Nueva York: casi 93% exhibe dicha identificación. Sin embargo, en el periodo de su consolidación en la década siguiente —a la cual la mayoría de los analistas y melómanos se refieren como sus años más gloriosos—, aunque esta vinculación “niuyorquina” se mantiene (84% de los discos), se perfila una tendencia que irá acrecentándose en las décadas siguientes: un desplazamiento hacia los países de origen de los emigrantes *latinos*. En los setenta, la proporción de las producciones directamente desde Puerto Rico se duplica: de 11.6% en los sesenta a 22.3% en los setenta. (Como muchos discos exhibían una doble identificación territorial —Rubén Blades panameño, cantando con la Orquesta del “nuyoricán” Willie Colón, por ejemplo; o Celia Cruz, cubana, con la Orquesta del dominicano “nuyorkino” Johnny Pacheco...— y los porcentajes se han calculado respecto al total de discos, la suma de las identificaciones rebasan el 100%.)

En el decenio de los años ochenta, el *boom* salsero atravesó cierto estancamiento. Aunque siguieron creándose extraordinarias grabaciones, la producción fue cuantitativamente menor. Es preciso recordar que la base de datos sobre la cual apoyamos el análisis no constituye un listado fiel del total de producciones, pues incluye sólo aquellas que estaban a la venta en 2000, y la necesidad de circulación de mercancías privilegia, en el listado comercial, a las producciones más recientes. Es significativo que, aún así, en 2000 se estuvieran comercializando discos con más composiciones de los años setenta (578) que de los ochenta (328). Según el cuadro 4, se mantuvo una continuidad en el incremento proporcional de las producciones directamente desde Puerto Rico: 33.5 frente a 22.3% y 11.6% de las décadas anteriores. Se evidencia también una mayor difusión de producciones en diversos países latinoamericanos. Más de la mitad de las producciones aparecen todavía vinculadas a Nueva York: 58.8%, proporción marcadamente menor que en las décadas anteriores.

Aún con la salvedad señalada respecto a la fuente documental, que conlleva que casi la mitad del listado del catálogo resultaron ser producciones cercanas al momento de venta, los 995 títulos de su última década señalan un repunte en la producción salsera. El cuadro 5 evidencia un radio de producción más amplio. Es importante destacar la incorporación al catálogo de producciones africanas, fenómeno que analiza con gran meticulosidad y profundidad Montes, (2008). Las cifras evidencian además una notable reducción proporcional en la identificación “niuyorquina” (27%) y, por primera vez, una mayor producción de Puerto Rico, Cuba y Panamá en “su territorio” que entre sus emigrantes. Es muy notable también un gran aumento desde el Caribe continental, sobre todo Colombia.

CUADRO 3. VINCULACIÓN CULTURAL-TERRITORIAL DE LA PRODUCCIÓN SALSERA —DE LOS DISCOS COMERCIALIZADOS COMO SALSA EN EL AÑO 2000 DEL *DESCARGA CATALOG*— PRODUCCIONES LOS AÑOS SETENTA

Puerto Rico	518	
PR propiamente		(129)
PR-Nueva York		(389)
Cuba	66	
Cuba propiamente		(3)
Cuba-NY		(63)
Colombia	6	
República Dominicana	23	
RD propiamente		(1)
RD-NY		(22)
Panamá	14	
Panamá propiamente		(4)
Panamá-NY		(10)
Venezuela	17	
Otros Estados Unidos	1	
Sin identificar	3	

NOTA: incluye 578 discos; la suma de la subdivisión de categorías es mayor porque algunos comparten identificaciones de manera aproximadamente equivalente. Total de vinculados a Nueva York 484 o 83.7% del total de discos. Análisis en colaboración con Yannis Ruel.

CUADRO 4. VINCULACIÓN CULTURAL-TERRITORIAL DE LA PRODUCCIÓN SALSERA —DE LOS DISCOS COMERCIALIZADOS COMO SALSA EN EL AÑO 2000 DEL *DESCARGA CATALOG*— PRODUCCIONES DE LOS AÑOS OCHENTA

Puerto Rico	268	
PR propiamente		(110)
PR-Nueva York		(157)
PR-Filadelfia		(1)
Cuba	36	
Cuba propiamente		(10)
Cuba-NY		(24)
Cuba-Miami		(2)
Colombia	14	
República Dominicana	28	
RD propiamente		(14)
RD-NY		(14)
Panamá	14	
Panamá propiamente		(4)
Panamá-NY		(10)
Venezuela	6	
Nicaragua	4	
Otros Estados Unidos	2	
África	3	
Senegal		(1)
África-NY		(2)
Europa	1	
Sin identificar	5	

NOTA: incluye 328 discos; la suma de la subdivisión de categorías es mayor porque algunos comparten identificaciones de manera aproximadamente equivalente. Total de vinculados a Nueva York 193 o 58.8% del total de discos. Análisis en colaboración con Yannis Ruel.

CUADRO 5. VINCULACIÓN CULTURAL-TERRITORIAL DE LA PRODUCCIÓN
SALSERA —DE LOS DISCOS COMERCIALIZADOS COMO SALSA EN EL AÑO 2000
DEL *DESCARGA CATALOG*— PRODUCCIONES DE LOS AÑOS NOVENTA

Puerto Rico	419	
PR propiamente		(222)
PR-Nueva York		(196)
PR-Miami		(1)
Cuba	193	
Cuba propiamente		(130)
Cuba-NY		(41)
Cuba-Miami		(13)
Cuba otros Estados Unidos (uno en PR)		(7)
Cuba-Europa		(2)
Colombia	147	
Colombia-Europa		(1)
República Dominicana	45	
RD propiamente		(20)
RD-NY (dos en PR)		(25)
Panamá	10	
Panamá propiamente		(6)
Panamá-exterior (2 Miami, 2 Europa)		(4)
Venezuela	31	
Otros países latinoamericanos	21	
(Perú 10, Nicaragua 8, Costa Rica 2, México 1)		
Otros EEUU y Canadá	16	
Otros Europa	14	
África	7	
África propiamente		(5)
Áfrico-Estados Unidos		(2)
Japón	6	
Combinación variada amplia	3	
Sin identificar	127	

NOTA: incluye 995 discos; la suma es mayor porque algunos comparten identificaciones de manera aproximadamente equivalente. Total de vinculados a Nueva York 269 o 27% del total de discos. Análisis en colaboración con Yannis Rucl.

Consideraré conveniente complementar la información cuantitativa del *Catálogo de descarga* con un análisis de la procedencia y ubicación de los principales protagonistas “públicos” de la musicalidad salsera. Para ello, le solicité al colega francés Yannis Ruel que, sobre la base de una multiplicidad de fuentes, preparara unos listados de cuáles consideraba los principales directores de orquestas y cantantes en cada década, los protagonistas salseros que gozan de una mayor exposición. Los cuadros 6 y 7 resumen el análisis sobre su procedencia y ubicación. En líneas generales, se confirman las tendencias de los cuadros anteriores: una procedencia hispanocaribeña amplia, con una clara preponderancia de Puerto Rico; y una ubicación predominantemente “niuyorkina” durante las primeras dos décadas, transfiriéndose a los países hispanocaribeños, principalmente a Puerto Rico, en las décadas siguientes. También se reafirma en la última década del análisis, una mayor difusión internacional, alcanzando a África y a Asia.

CUADRO 6. PROCEDENCIA DE PRINCIPALES EXPONENTES DE LA SALSA
DIRECTORES DE ORQUESTAS Y CANTANTES

	1965-70		1971-80		1981-90		1991-2000	
	Dir.	Canta	Dir.	Canta	Dir.	Canta	Dir.	Canta
Puerto Rico (NYRicans)	19 (10)	14 (0)	17 (8)	16 (0)	18 (4)	17 (3)	15 (4)	19 (5)*
Otros latinos (s.id.)					2			
Cuba	1	4	3	3	1	3	3	3
Colombia	0	1	1	1	2	1	2	1
Venezuela	0		1		1		1	
Panamá	1			1		1		1
Rep. Dominicana	1		1	1	1	1	1	1
Nicaragua					1			
Estados Unidos	1		1		1			
Japón								1
Senegal								1
Total	23	18	24	22	26	24	24	26

NOTA: seleccionados por Yannis Ruel a base de presencia en el *Descarga Catalog* (sic) y lecturas y entrevistas variadas.

* Dos de Nueva York y tres de otros estados.

CUADRO 7. RESIDENCIA O UBICACIÓN DE PRINCIPALES EXPONENTES DE LA SALSA DIRECTORES DE ORQUESTAS Y CANTANTES (SUMADOS)

	1965-70	1971-80	1981-90	1991-2000
Nueva York	29	28	16	11
Miami	0	0	3	4
Puerto Rico	7	19	28	25
Cuba	0	1	1	4
Colombia	0	2	3	3
Venezuela	0	2	1	1
Panamá				1
Japón				1
Senegal				1
Total	36	42	52	51

NOTA: seleccionados por Yannis Ruel a base de presencia en el *Descarga Catalog* (sic) y lecturas y entrevistas variadas.

Un nuevo dato que esta investigación adicional arroja, muy significativo en términos de la problemática central de este ensayo, es que mientras once de los principales directores de orquesta de los sesenta nacieron en Nueva York (Ray Barreto, Johnny Colón, Willie Colón, Joe Cuba, Larry Harlow, Charlie y Eddie Palmieri, Joey Pastrana, Tito Puente, Louis Ramírez y Richie Ray⁷), todos los principales cantantes que allí residían eran inmigrantes: cuatro procedentes de Cuba (Justo Betancourt, Celia Cruz, La Lupe y Monguito) y once de Puerto Rico (Santos Colón, Bobby Cruz, Chivirico

⁷ Los otros directores incluidos en el listado de los de mayor importancia en la salsa fueron Johnny Pacheco, oriundo de Santiago de los Caballeros, República Dominicana; Pete Rodríguez, de Panamá; Eddie Zervigón nacido en Cuba; y Kako Bastar, Rafael Cortijo, Rafael Ithier, los Lebrón, Tommy Olivencia, Joe Quijano, Roberto Rohena, Willie Rosario y Bobby Valentín, nacidos en Puerto Rico.

Dávila, Cheo Feliciano, Paquito Guzmán, Héctor Lavoe, Ismael Miranda, Ismael Quintana, Ismael Rivera, Pete “El Conde” Rodríguez y Adalberto Santiago). Este contraste se agudiza en los setenta con la inmigración de los cantantes Rubén Blades (panameño) y José Alberto “El Canario” (dominicano *pasado* por Puerto Rico), entre otros (aunque en los años ochenta el director “nuyorican” Willie Colón, comenzó a grabar como cantante también). Este hecho parece estar relacionado a la insistencia de la salsa en expresarse fundamentalmente en español. Las primeras grabaciones salseiras, como *Justicia*, incluyeron algunas canciones en inglés pero dice mucho, tanto del carácter identitario que pronto fue adquiriendo esta “manera de hacer música”, como de la crisis de hegemonía de la cultura estadounidense, el hecho de que muy temprano, desde principios de los setenta, la *salsa* fue tornándose casi exclusivamente hispanófona, no obstante las presiones de la industria disquera para que sus exponentes lograran lo que llamaban el *crossover*. Así fue, incluso entre músicos que por haberse criado en Nueva York podían expresarse en conversaciones mejor en inglés que en español. Es el caso de Willie Colón: aunque podía hablar más fácilmente en inglés, al momento de expresarse musicalmente recurrirá *siempre* al español. Ello es así hasta hoy. Los cantantes latinos de las décadas siguientes nacidos en Estados Unidos, continúan recurriendo casi exclusivamente al idioma de sus progenitores cuando de salsa se trata (Marc Anthony, La India, Domingo Quiñones, Frankie Ruiz y Tony Vega). El más destacado sonero “nuyorican” actual, Marc Anthony, aunque ha grabado discos en inglés de otros géneros musicales, canta todas las canciones de sus CDs de salsa en español. En la literatura que acompaña a uno de sus últimos CD (Marc Anthony, 1995), escribe en inglés sus agradecimientos, salpicado de frases en español. No obstante, termina sus agradecimientos de la siguiente manera: *¡Gracias! to my fans, no not fans, friends. We have a long way to go together. May God bless you all. And last but not least.* Y termina entonces en español en letras más grandes y en negritas: *PARA MI QUERIDO PUERTO RICO, DE TU HIJO, MARCO.*

Este tema complejo de los usos del español y el inglés —y sus entrecruces— entre los emigrantes, ha sido trabajado, entre otros, por Flores (1997). En todo caso, en la historia de la salsa encontramos una producción de inmigrantes en Estados Unidos que en lugar de integrarse al *melting pot* fue, cada vez más, reafirmando una identidad distinta, una identificación con la cultura y el idioma de sus padres.

Paralelamente a su difusión bailable, han surgido conjuntos de salsa en muchísimos países y ciudades en los últimos tiempos. Algunos de estos procesos se examinan en diversos capítulos de Tejeda y Yúnén (2008) y en Montalvo To-

rres (2008). No obstante, comúnmente su repertorio consiste principalmente de composiciones popularizadas antes por las orquestas del Caribe y su diáspora “niuyorquina”. Sus nuevas composiciones originales no parecen haber alcanzado aún un reconocimiento internacional suficientemente significativo como para que fueran incorporadas al catálogo comercial de *descarga*, aunque reconozco que falta mucha investigación original que nos permita aquilatar con más precisión y profundidad estas nuevas expresiones salseras. Sobre el significado de la Orquesta de la Luz respecto a la cultura japonesa, por ejemplo, el interesante ensayo de Hosokawa (1998) plantea importantes asuntos relativos a la problemática local-global en los procesos de adoptar la salsa en otros contextos culturales diferentes al de su origen. Es pertinente subrayar que algunos conjuntos no caribeños que se han dado a conocer más allá de su país base, se han visto con frecuencia en la necesidad de recurrir extensamente a la creatividad y maestría caribeña- “niuyorquina” en la salsa. Por ejemplo, todas las canciones de la más conocida grabación de la antes citada japonesa Orquesta de la Luz se tocaban con arreglos de Sergio George, un pianista negro puertorriqueño de Nueva York. George había alcanzado gran reconocimiento como arreglista de algunas de las más populares grabaciones de salsa “nuyorican” de las últimas dos décadas (de Marc Anthony y La India, entre otros), resaltando –como Palmieri en *Justicia*– sonoridades urbanas callejeras negras, como el hip hop, dentro de la polifórmica libre combinación salsera.

Así, mientras tantas personas alrededor del mundo enloquecen bailando salsa, el sonido salsero –sus más grandes composiciones y arreglos– siguen produciéndose principalmente desde el particular contexto sociocultural del Caribe amplio y su diáspora “niuyorkina”. Subrayo, *particular contexto sociocultural* pues, aunque como producto histórico, su configuración original y su posterior *globalización* están estrechamente vinculados a dicho contexto (Quintero Rivera, 2003), suficientes ejemplos históricos atestiguan que, a nivel individual, cualquier humano puede perfectamente aprender a bailar, tocar y (aunque un tanto más difícil) componer aceptablemente salsas. Quisiera concluir esta presentación atisbando las posibilidades del futuro salsero en las luchas contra la hegemonía desde la cultura.

SON DE LA LOMA Y EL LLANO, PERO CANTAN EN LA CIUDAD

El trombonista “nuyorican”, compositor, arreglista, director de orquesta y cantante Willie Colón, uno de los más importantes forjadores del sonido y las

prácticas salseras, señalaba que podía estar toda una noche tocando salsa sin recurrir a referencia alguna al género del son, que los cubanos señalan como el antecesor de la salsa. Sin embargo, aun con la amplitud de su variada mezcla, que da veracidad a la anécdota de Colón, entre las numerosas tradiciones que convergen en la salsa –guaracha, rumba, bomba, plena, merengue, seis, aguinaldo, reggae, cumbia, vallenato, samba, hip-hop, guajira, tamborito...– su vinculación con el son es particularmente importante porque ambas expresiones surgen estrechamente relacionadas a procesos sociales de migración. No hay sino que recordar las numerosas referencias al nomadismo en los sones más conocidos: *son de la loma y canta en el llano...*; *Quisiera, linda paloma, salir de tu palomar, junto contigo volar...*; *A la loma de Belén, de Belén nos vamos...* Pero, mientras el son refiere principalmente a la migración interna entre campo y ciudad, fundamental para la conformación de una concepción territorial de nación, las prácticas salseras se constituyen en la intercomunicación entre emigrantes de diversos países latinoamericanos a Nueva York y entre éstos y sus países de origen, poniendo en entredicho, precisamente, dicha concepción territorial de la nación.

Con el significativo título de *Somos el son*, la orquesta puertorriqueña de Raphy Leavitt, “La Selecta”, gravó en los ochenta, desde la *indie Bronco* en San Juan, una salsa que precisamente expresa una visión identitaria donde la cultura nacional rebasa el ámbito de los migrantes y del Estado-nación territorial. No presenta a la salsa como ingrediente del norteamericano *melting pot* ni como expresión de una minoría del multiculturalismo, pero tampoco como una expresión chauvinistamente puertorriqueña:

Somos el son de Borinquen (nombre indígena de Puerto Rico)

Somos el son hispano (tanto en su adscripción *niuyorkina* de hispanoparlante, como latinoamericano)

Y más adelante añade

Somos el son del hispano mundial

Musicalmente esta salsa combina en momentos muy significativos de su letra géneros típicos puertorriqueños con el nómada son (Quintero, 1998: 87-103).

La visión que expresa “Somos el son” directamente desde Puerto Rico la desarrollan también muchas otras salsas de diversos territorios. Puede atisbarse desde la producción “niuyorkina” inicial. Por ejemplo, en una muy interesante composición de Willie Colón sobre la incertidumbre y ambiva-

lencias del amor, que Lavoe grabó con su orquesta (Colón y Lavoe, 1972), el soneo transita entre los ojos de su amada y la siguiente amplia trayectoria latinoamericana:

Y yo te llevo a Panamá
y te digo así:
Te vo' a llevar a Brasil,
después nos vamo'a Colombia,
bailaremos la cumbia,
de Puerto Rico llevo bomba

Y luego de hablar otra vez de su amada, continúa su trayectoria hasta recalar de vuelta a la más concreta cotidianidad barrial de su “patria” del sabor danzario, del saber y la expresividad corporal:

Yo te llevo a Martinica, allí te compro una casita; y te llevo a vacilar a las fiestas de San Juan. Después te llevo pa' Ponce a la casa de doña Monse y nos vamos a Bélgica allí yo paro en la seis veo a los panas míos y nos vamo'al bembé.	(su ciudad natal) (la abuela que lo crió) (barrio popular de Ponce) (calle del barrio) (¡jal baile!)
---	--

En 1990, definiéndose como *legal alien*, según apuntamos antes, Willie Colón produce en Nueva York una salsa que claramente pretende dar voz a toda la nómada comunidad “hispana”. El LP incluye, por ejemplo, un bolero mexicano y dos merengues, en momentos cuándo la ciudad absorbía mexicanos de otras ciudades y cuando el mayor incremento de la población hispana se estaba desplazando desde la emigración puertorriqueña a la dominicana. Definiendo dicha amalgama “color café”, en la canción que le da título al LP “Color Americano” (Colón, 1990) incorpora una extraordinaria innovación en la práctica del soneo, convirtiéndolo en una especie de contracanto entre la improvisación del solista y un coro al que se le otorga también un “discurso”, no una mera reiteración repetitiva:

Coro

*La tierra del norte
 escribe la trama
 El blanco domina
 y el púrpura calla
 La tierra del Norte
 escribe la trama
 El blanco domina
 y el púrpura calla
 La tierra del Norte
 escribe la trama
 el blanco domina
 y el púrpura calla*

Sonco

fría y sin razón
 donde no hay amor.
 sin sentir dolor,
 con resignación.
 llena de riquezas,
 de injusticia y pobreza.
 por su color,
 su angustia y dolor.
 grandeza de poder,
 de lucha de razas:
 a sangre fría,
 esperando otro mañana...

Colón se reafirma de esta manera tan distinto a la cultura estadounidense como se había concebido en sus salsas pioneras de casi veinticinco años antes. Tanto este tropo salsero de sus propios “nacionales” latinos que insistían en distanciarse del *melting pot*, reiterando vinculaciones identitarias con su “pueblo”, “gente” o “familia”,⁸ como la trayectoria de las geografías salseras que examinamos antes, atestiguan una crisis de hegemonía estadounidense a nivel de los conflictos desde la expresión cultural. Habiéndose originado la salsa entre emigrantes latinos en la principal ciudad del país dominante de esta época, en lugar de incorporarse paulatinamente a la cultura de dicho país, fue latinocaribeñizándose cada vez más en su proceso de difusión globalizada.

La salsa fue cristalizando en un periodo histórico cuando, como bien ha examinado Harvey (1989), las transformaciones en el capitalismo internacional y sus trastoques a las geografías y al tiempo estaban generando fisuras en algunas concepciones básicas de la modernidad “occidental”. Muchas de las prácticas salseras fueron tocando nudos neurálgicos de la estructura sentimental *global* de las últimas décadas. Esa sincronización con la estructura de sentimiento epocal no se identificaba como parte de la cultura que pretendía una hegemonía mundial. Al contrario, la crisis hegemónica

⁸ Véase el profundo carácter identitario de estos términos en la salsa “nuyorican” de los años 90 según la analiza y la describe extraordinariamente el trombonista salsero estadounidense y estudioso Christopher Washburne (2008: capítulos 1 y 3 especialmente).

estadounidense en el ámbito de la cultura se manifestó en la renuencia de los inmigrantes *latinos* a incorporar su expresiónailable-sonora al *All American Music*, ni siquiera en los términos del multiculturalismo.

Entre los nudos neurálgicos de la sensibilidad posmoderna que la salsa toca y elabora, he querido destacar la impugnación de la concepción de la cultura como irremediamente “nacional” en el sentido territorial del Estado-nación, que las identidades migratorias han cuestionado (como ejemplifica de manera extraordinaria la obra de Eddie Palmieri), y de la radical separación cartesiana entre mente (civilización) y cuerpo (naturaleza), que la creatividad expresiva del cuerpo danzante pone en tela de juicio, y que vamos enseñándole al mundo desde la sabiduría de la tradiciónailable afrocaribeña.

El gran arte de Palmieri –como el de Lavoe, Willie Colón, Raphy Leavitt y tantos otros– que el *All American Music* de Rockwell no alcanzó a comprender, radicaba en conjugar la estética de lo cotidiano con unas muy diversas camadas identitarias de variados alcances mientras “se afectaba al organismo danzante”. Un arte donde, lejos de estar enfrentados –y en clara dimensión contrahegemónica– se abrazan la cultura y el cuerpo.

REFERENCIAS (Y DISCOGRAFÍA)

Publicaciones y grabaciones citadas en el texto

- Acosta, Leonardo, 2000, *Descarga cubana: el jazz en Cuba 1900-1950*, La Habana, ed. Unión.
- Aparicio Frances, R., 1997, *Listening to Salsa: Gender, Latin Popular Music and Puerto Rican Cultures*, Hanover, Wesleyan U. Press.
- Báez, Juan Carlos, 1989, *El vínculo es la Salsa*, Caracas, ucv y ed. Derrelieve.
- Benítez Rojo, Antonio, 1989, *La isla que se repite, El Caribe y la perspectiva posmoderna*, Hanover, Editorial del Norte.
- Berrios-Miranda, Marisol, 2000, “*The Significance of Salsa Music to National and PanLatino Identity*”, tesis de Ph.D. U. de Berkeley, California.
- Berrios-Miranda, Marisol, 2002, “*Is salsa a musical genre?*”, en Waxer, 2002.
- Burbano Abadía, Loida, 1995, “La Salsa, Una representación social”, revista *Huellas*, Barranquilla, núm. 45, pp. 67-73.
- Colón, Willie y Héctor Lavoe, 1972, *El juicio*, Nueva York, Fania.
- Delannoy, Lue, 2000, *¡Caliente! Une histoire du Latin Jazz*, Paris, Denoel.
- Descarga, 2000, *Catalog (ue, sic)* <www.DESCARGA.COM>.
- Díaz Quiñones, Arcadio, 2000, *El arte de bregar*, S. J., ediciones Callejón.

- Duany, Jorge, 1984, "Popular Music in Puerto Rico: Towards an Anthropology of Salsa", *Latin American Musical Review* 5:2, otoño/invierno, pp. 187-216.
- Escalona, Saúl, 1998, *La Salsa, Pa' bailar mi gente, Un Phénomène socioculturel*, París, L'Harmattan.
- Flores, Juan, 1997, *La venganza de Cortijo y otros ensayos*, S. J., ediciones Huracán.
- Flores, Juan, 2000, *From Bomba to Hip-Hop*, Nueva York, Columbia Univ. Press.
- Gandásegui, Marco, 2007, *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, México, CLACSO-Siglo XXI Editores.
- García, Ana María, 1992, *Cocolos y Rockeros* (film documental), S. J., Pandora Films.
- Gómez, José Manuel, 1995, *Guía esencial de la Salsa*, Valencia, ed. La Máscara.
- Harvey, David, 1989, *The Condition of Postmodernity, An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Oxford, Basil Blackwell.
- Hosokawa, Shuhei, 1998, "Salsa no tiene frontera: Orquesta de la Luz and the Globalization of Popular Music", *Cultural Studies*, 13:3.
- Kauffman, L. A. (ed.), 1991, *Post Fordism: Flexible Politics in the Age of Just-in-Time Production*, Special issue of *Socialist Review*, 21:1, enero-marzo.
- Lavoe, Héctor, 1975, *La voz*, LP, Nueva York, Fania F-461.
- León, Argeliers, 1984 [1974], *Del canto y el tiempo*, La Habana, ed. Letras Cubanas.
- Lipsitz, George, 1994, *Dangerous crossroads, Popular Music, Postmodernism and the Poetics of Place*, Londres, Verso.
- Manuel, Peter, 1991, "Salsa and the Music Industry: Corporate Control or Grassroots Expression?", P. Manuel (ed.), *Essays on Cuban Music*, Londres, Univ. Press of America, pp. 157-185.
- Marc, Anthony, 1995, *Todo a su tiempo*, Miami, Sony cdz-81582.
- Martí, Josep, 2000, *Más allá del arte, La música como generadora de realidades sociales*, Sant Cugat del Vallès, Deriva.
- Montalvo, Torres Ariel, 2008, *Salsa con sabor a xalapeños, Una historia social de la salsa en Xalapa*, Xalapa, Universidad Veracruzana.
- Montes, Pizarro Erol, 2008, "Influencias del son y de la salsa en el Congo y en Senegal", Tejeda Darío y Yunén, Rafael Emilio (eds.), *El son y la salsa en la identidad del Caribe*, Santiago de los Caballeros, Centro León/INEC, pp. 269-280.
- Negus, Keith, 1992, *Producing Pop, Culture and Conflict in the Popular Music Industry*, Londres, Edward Arnold.
- _____, 1997, "The production of culture", P. du Gay (ed.), *Production of Cultures/Cultures of Production*, Londres, Open University/Sage, pp. 67-118).
- _____, 1998, "La cultura, la industria y la matriz de la salsa: el negocio de la música en los Estados Unidos y la producción de la música latina", *Revista de Ciencias Sociales*, Río Piedras, núm. 4 enero, 1998, pp. 27-52.
- _____, 1999, "The Latin music industry, the production of salsa and the cultural matrix", *Music Genres and Corporate Cultures*, Londres, Routledge.
- Otero Garabís, Juan, 2000, *Nación y ritmo, "descargas" desde el Caribe*, S. J., Callejón.
- Padilla, Félix M., 1990, "Salsa: Puerto Rican and Latino Music", *Journal of Popular Culture*, vol. 24, pp. 87-104.
- Pagano, César, 1995, "La temática de la salsa", *La canción popular*, Ponce, 10.

- Palmieri, Eddie s.f. c., 1969, *Justicia*, LP, s.l., Tico SLP 1188.
- _____, 1973, *Recorded Live at Sing Sing II* LP, s.l., Tico, CLP1321.
- Quintero, Rivera A. G., 1998, *¡Salsa, sabor y control!, Sociología de la música "tropical"*, México, Siglo XXI Editores.
- _____, 2003, "Migration and Worldview in Salsa Music", *Latin American Music Review*, vol. 24, núm. 2, pp. 210-232.
- _____, 2007, "Migration, Ethnicity, and Interactions between the United States and Hispanic Caribbean Popular Culture", *Latin American Perspectives*, 152, vol. 34, núm. 1, enero, pp. 83-93.
- _____, 2007, "Fordismo, migración y etnicidad, Estados Unidos y la cultura popular del Caribe" Gandásegui, 2007.
- _____, Luis Manuel Álvarez, 1990, "La libre combinación de las formas musicales en la salsa", *David y Goliath*, Buenos Aires, CLACSO, núm. 57, octubre, pp. 45-51.
- Rockwell, John, 1984, *All American Music, Composition in the Late XXth Century*, Nueva York, Vintage.
- Román-Velázquez, Patria, 1998, "El desarrollo de un circuito salsero y la construcción de identidades latinas en Londres", *Revista de Ciencias Sociales*, Río Piedras, núm. 4, enero, 1998, pp. 53-79.
- _____, 1999, a *The Making of Latin London, Salsa music, place and Identity*, Aldershot, U.K., Ashgate.
- _____, 1999b, "The embodiment of salsa: musicians, instruments and the performance of a Latin style and identity", *Popular Music*, 18/1, pp. 115-131.
- Rondón, César Miguel, 1980, *El libro de la salsa*, Caracas, ed. Arte.
- Ruel, Yannis, 2000, *Les soirées salsa a Paris*, Paris: L'Harmattan.
- Tablante, Leopoldo, ¿2005?, *Los sabores de la salsa, De la rumba brava a la fiesta mansa, de Héctor Lavoe a Jennifer López*, Caracas, Museo Jacobo Borges.
- Tejeda, Darío, Yunén Rafael Emilio (eds.), 2006, *El merengue en la cultura dominicana y del Caribe*, Santo Domingo, Centro León/INEC.
- Ulloa, Alejandro, 1988, *La salsa en Cali: Cultura urbana, música y medios de comunicación*, Medellín, U. Pontificia Bolivariana.
- Wallis, Roger, Malm Kricster, 1984, *Big Sounds from Small Peoples, The Music Industry in Small Countries*, Nueva York., Pendragon Press.
- Washburne, Christopher, 2008, *Sounding Salsa, Performing Latin Music in New York City*, P. A., Temple University Press.
- Waxer, Lise A., 1998, *Cali pachanguero: A Social History of Salsa in a Colombian City*, tesis de PhD inédita, U. of Ill., Urbana.
- Waxer, Lise A. (ed.), 2002, *Situating Salsa, Global Markets and Local Meaning in Latin Popular Music*, Nueva York, Routledge.
- Williams, Raymond, 1958, *Culture and Society*, Londres-uso ed. de Nueva York, Columbia U. Press, 1983.
- Williams, Raymond, 1961, *The Long Revolution*, Londres, Chatto y Windus.

<www.DESCARGA.COM>, <www.justsalsa.com>

<www.oasissalsero.com>, <www.salsaweb.com>

III.

ESTADOS UNIDOS: LA NUEVA GEOPOLÍTICA.
ESCENARIOS PARA AMÉRICA LATINA

LA CRISIS ACTUAL DEL SISTEMA DE DOMINACIÓN ESTADUNIDENSE SOBRE EL CONTINENTE AMERICANO: UNA MIRADA DESDE LA PROSPECTIVA CRÍTICA

LUIS SUÁREZ SALAZAR

INTRODUCCIÓN

Como su título sugiere, este ensayo sintetiza el *escenario más probable* de “la crisis entendida como cambio” (Gandásegui, 2007), que atraviesa el sistema de dominio estadounidense sobre el llamado hemisferio occidental. Sin negar las contradicciones que lo afectan, ese sistema continúa sustentado en las *alianzas asimétricas* elaboradas por las clases dominantes, los poderes fácticos y los *gobiernos temporales* de esa potencia imperialista con sus contrapartes: Canadá y de la mayor parte de los estados nacionales de América Latina y el Caribe. Expresión y a la vez complemento de esas alianzas, siguen siendo las diversas instituciones político-militares que componen el Sistema Interamericano.

Esta síntesis ha sido elaborada desde aquella vertiente de “la futurología” que, a diferencia del determinismo y el voluntarismo que han caracterizado a diversos cultores de esa disciplina, indica que el futuro “es más construable que previsible”. Por lo tanto, “no es único, ni lineal” (Mojica, 2000). Al contrario, pueden vislumbrarse varios *escenarios alternos*.¹ Ninguno está predeterminado, ya que dependen de los resultados de las “acciones proactivas” del “hombre colectivo”.² Éstas, en ciertas corrientes del pensamiento sociológico, aparecen identificadas con las luchas sociales y de clases. Y, en otras, con los comportamientos de los “actores sociales”.

¹ Por lo común, los escenarios se clasifican como *probables, alternos y deseados*. Los primeros identifican la prolongación de las tendencias de los procesos que se estudian. Los segundos refieren otras alternativas que podría deparar el porvenir, con independencia del grado de probabilidad que indiquen las tendencias dominantes en un momento determinado. Mientras que los terceros definen las mejores opciones para el cumplimiento de los objetivos de los “sujetos de acción” o de los “sujetos de pensamiento” implicados en la dinámica social.

² Las actitudes humanas frente a los cambios suelen definirse como *reactivas, preactivas y proactivas*. Estas últimas se vinculan a las acciones conscientemente dirigidas a la construcción del futuro; mientras que las segundas se limitan a prepararse para los cambios, bajo el supuesto de que éstos no dependen de su voluntad. A su vez, las primeras se reducen a encarar las situaciones críticas o conflictivas en el momento en que se presentan.

En consecuencia, el porvenir es un *campo de batalla* (muchas veces violento) entre los sujetos sociales y políticos, estatales y no estatales, internos y externos, que “pugnan por imponer su poder para defender sus intereses” (Mojica, 2000). Por ello: “La futurología supone un compromiso con el cambio y la acción que implica una voluntad de construir el futuro más que de aceptarlo simplemente” (Masini, 2000). Esto conlleva a valorar los factores objetivos y subjetivos presentes en cualquier proceso reaccionario, conservador, reformista, reformador o revolucionario. Y, en estos dos últimos casos, aquellos factores *subjetivos objetivados* en los plurales sujetos populares que Xavier Gorostiaga (2000) vinculó a “la organización de la esperanza de que es necesaria y posible la edificación de una sociedad y un mundo mejor fundado en una opción ética y en un compromiso por crear un futuro de ciudadanía digna para los excluidos”.

A causa del declive de la socioeconomía estadounidense y de las polémicas existentes respecto al lugar que en los próximos años ésta ocupará en el sistema-mundo (Caputo; Martins; Wallerstein; Casals *et al.*, 2007), el escenario que aparece en estas páginas tendrá como núcleo los próximos cuatro años (2009-2012). En estos se producirán cambios en los actuales *gobiernos temporales* estadounidense y, tal vez, canadiense. Igualmente, diversos eventos sociopolíticos y electorales en todos los estados latinoamericanos y caribeños (Argentina, Bolivia, Brasil, Cuba, Ecuador, Nicaragua, Uruguay y la República Bolivariana de Venezuela), cuyos actuales gobiernos han venido impulsando distintos procesos progresistas, reformadores o revolucionarios (Elías, 2006). Asimismo, multiformes resistencias al “nuevo orden panamericano” que desde los años noventa venían institucionalizando los grupos dominantes en Estados Unidos, Canadá y en buena parte de los estados nacionales ubicados al sur del río Bravo y de la península de Florida (Suárez Salazar, 2004 y 2007).

UNA RÁPIDA MIRADA A LAS TENDENCIAS Y CONTRATENDENCIAS

Sin duda, la institucionalización de tal “orden” ha obtenido nuevos éxitos en el trienio más reciente. Así lo demuestra la subordinación de sucesivos gobiernos de Canadá y México al Pacto para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte (ASPAN) propugnado desde 2005 por la desprestigiada administración de George W. Bush (2001-2009), en consuno con los poderes fácticos y con diversas empresas transnacionales estadounidenses y canadienses (Arroyo; Sánchez y Rodríguez, 2007).

Dicho pacto fue seguido por las poderosas maniobras de “Confraternidad de las Américas”, desplegadas en abril de 2006 por las fuerzas militares estadounidenses, de algunos países de la OTAN, incluido Canadá, y del Caribe insular (Isa Conde, 2006). Asimismo, por la Conferencia entre el presidente estadounidense y los jefes de Estado o gobiernos integrantes de la Comunidad del Caribe (CARICOM), efectuada en Washington el 20 de junio del 2007 (Joint Statement, 2007). Éstos se comprometieron a cumplir los diferentes acuerdos en el campo de “la seguridad”, signados con las tres últimas administraciones estadounidenses. A cambio, George W. Bush prometió “trabajar con el Congreso para extender y actualizar” la Iniciativa para la Cuenca del Caribe (ICC) impulsada desde 1983 por la reaccionaria administración de Ronald Reagan (1981-1989), al igual que el Acuerdo Marco de Inversiones y Comercio (AMIC) firmado en 1991 por su sucesor George H. Bush (1989-1993).

Esos acuerdos tienden a fortalecer la dependencia estructural y *dinámica* del Caribe insular y continental (Belize, Guyana y Surinam) a las necesidades geopolíticas y geoeconómicas de los grupos dominantes en Estados Unidos (García Lorenzo, 2006).³ Mucho más porque, en los dos últimos años, los gobiernos de algunos estados caribeños han sido ocupados por fuerzas políticas interesadas en ampliar sus vinculaciones político-económicas con esa potencia imperialista y en consolidar el *Espacio común doméstico* que, bajo la égida de los órganos represivos estadounidenses, se ensayó durante la copa mundial de cricket realizada en 2007.

Algo parecido ocurrió en Centroamérica cuyos gobiernos, con el decisivo respaldo estadounidense, decidieron unificar sus fuerzas policiales y militares con vistas a combatir “el terrorismo, el narcotráfico, el crimen organizado y las pandillas juveniles” (CEG, 2005). También suscribieron un Acuerdo de Libre Comercio, al cual se incorporó el gobierno de República Dominicana (DR-CAFTA). Casi dos años más tarde, el gobierno de Panamá signó un Tratado de Promoción Comercial con Estados Unidos y comenzó a dar pasos para reorganizar la dirección de sus fuerzas represivas con el apoyo del Banco Interamericano de Desarrollo (Jované, 2007). Algunas de

³ Como nos ha recordado el intelectual y político venezolano Ali Rodríguez Araque (2007), “la dependencia es una relación dinámica, no estática”. Por lo tanto, junto a las subordinaciones económicas, políticas, militares e ideológicas culturales respecto a Estados Unidos que caracterizan a América Latina y el Caribe, también hay que analizar las contradicciones que se presenten entre ciertos sectores de las clases dominantes de ese continente con la potencia hegemónica en el hemisferio occidental.

esas fuerzas continuaron desarrollando las maniobras “Panamax” (iniciadas en el 2003) con fuerzas militares estadounidenses con el pretexto de combatir el “narcotráfico” y enfrentar un eventual “ataque terrorista” contra el Canal de Panamá.

Paralelamente, como respuesta a la frustración del Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA), el gobierno estadounidense también suscribió tratados de libre comercio con Perú y Colombia. Con independencia de que el celebrado con este último país no ha sido ratificado por el Congreso estadounidense, tales tratados han favorecido el incremento de los flujos comerciales, de inversión y financieros provenientes de Estados Unidos. También los acuerdos bilaterales o plurilaterales en el campo de “la seguridad” impulsados por esa potencia imperialista, entre ellos la Iniciativa Regional Andina (IRA) y el Plan Colombia (PC), cuya “nueva” versión se está negociando entre los ministerios de defensa de ambos países (Zuluaga, 2007). En función de ello, luego de su reelección en 2006, el presidente colombiano Álvaro Uribe, además de fortalecer la represión interna, propugnó por la ampliación hasta el Putumayo de todos los componentes geopolíticos y geoeconómicos del Plan Puebla-Panamá (ya conocido como Proyecto Mesoamérica) impulsado desde 2002, con la anuencia de los gobiernos centroamericanos, y de los mandatarios de México y Estados Unidos.

A comienzos de 2008 estos últimos suscribieron la multimillonaria Iniciativa Mérida dirigida a ampliar la voluminosa “cooperación” político-militar-policial ya existente con “la guerra contra el narcotráfico” emprendida por el escasamente legítimo presidente Felipe Calderón (Olson, 2008). Esa “iniciativa” facilita la intención del *establishment* de la política exterior, defensa y seguridad estadounidense de consolidar su “perímetro defensivo” en Norteamérica y en el Gran Caribe como medio para “contener” las revoluciones cubana y bolivariana, así como las multiformes resistencias al sistema de dominación oligárquico-imperialista que se desarrollan en México, El Salvador, Nicaragua y, en menor medida, en Costa Rica, Honduras y Guatemala.

Como resultado de la estrategia estadounidense de seguridad y libre comercio en la región andino-amazónica (CFR, 2004), se crearon los acuerdos de la IRA y el PC; con ellos se contribuyó a la victoria de Alan García en las elecciones presidenciales realizadas en Perú en el 2006. La subordinación de ese mandatario a los dictados de la Casa Blanca presiona a los actuales gobiernos populares de Ecuador y Bolivia, cuya integridad territorial continúa amenazada por las acciones agresivas de los sectores de sus clases dominantes que, pese a la importante victoria política obtenida, en el referendo

revocatorio del 2008, por las fuerzas populares que respaldan la “revolución democrática y cultural” encabezada por el presidente Evo Morales, continúan propugnando “la autonomía” de los departamentos de Beni, Santa Cruz, Tarija y Pando.

Como se ha documentado, esas acciones contrarrevolucionarias –dirigidas para dividir a las fuerzas militares y para provocar una guerra civil en Bolivia– contaron con el apoyo de la ya declinante administración de George W. Bush, en tanto se vinculan a las estrategias de los poderes fácticos y los grupos dominantes en Estados Unidos, dirigidas a controlar los principales recursos geoestratégicos y naturales existentes en los territorios ubicados al norte y al sur de sus fronteras (Ceceña, 2007; Lizárraga, 2007). También contribuyeron al despliegue de Centros Operativos de Avanzada (FOI) de las fuerzas armadas estadounidenses y al sistemático funcionamiento de todas las instituciones que, bajo su conducción, articulan las doctrinas de “seguridad y defensa”, así como el equipamiento y el entrenamiento de la mayoría de las fuerzas militares del continente americano, incluidas las conferencias de jefes de ejército, marina y aviación que siguen realizándose al amparo del moribundo Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), con la cooperación de la Comisión Especial de Seguridad Hemisférica de la Organización de Estados Americanos y de la Junta Interamericana de Defensa (Chateau, 2007).

Nada de lo dicho se aparta de las multiformes resistencias a la implementación de algunos componentes del actual “orden panamericano”; cuya institucionalización se lentificó luego del fracaso de las sucesivas intentonas del 2002 y 2003 para derrotar la Revolución bolivariana (Suárez Salazar, 2006). Entre otros hechos, lo indican la incapacidad de la diplomacia político-militar de Estados Unidos para imponer (al menos totalmente) sus nociones sobre la “seguridad hemisférica” y la referida “metamorfosis” que tuvo que sufrir el ALCA después de su revés en la Cumbre de las Américas de finales de 2005. A ello se sumó la derrota de los candidatos estadounidenses y la elección del canciller chileno José Miguel Insulza como Secretario General de la OEA. Además, en ese organismo se han frenado las “intervenciones democráticas colectivas” contra la República Bolivariana de Venezuela impulsadas por el gobierno estadounidense con base en su antojadiza interpretación de la Carta Democrática Interamericana (Rodríguez Gelfenstein, 2007).

Asimismo, y siguiendo las pautas trazadas por la Cumbre del Grupo de Río de Janeiro, realizada en República Dominicana (abril del 2008), la OEA censuró la criminal incursión militar contra un comando de las Fuerzas Armadas de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) perpetrada en el norte

de Ecuador por el gobierno de Colombia, con el ostensible apoyo logístico y técnico-operativo del Comando Sur de las fuerzas armadas estadounidenses (SOUTHCOM) desplegadas en la Base de Manta (Ecuador). No obstante la ambigüedad de algunos de sus enunciados, en su declaración al respecto la Reunión de Consultas de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA, efectuada en Washington, en mayo del 2008, rechazó la presunta “extraterritorialidad” de la “guerra preventiva contra el narcoterrorismo” propugnada por los gobiernos de Estados Unidos y de Colombia.

En ese resultado tuvo una significativa importancia el apoyo que le ofrecieron a la enérgica protesta del gobierno ecuatoriano (rompió relaciones diplomáticas con Colombia) la mayor parte de los gobiernos latinoamericanos y caribeños; entre ellos, los de Venezuela, Bolivia, Chile, Argentina, Brasil y Uruguay. No obstante las limitaciones de sus eclécticos programas “neodesarrollistas” (Katz, 2007), estos tres últimos siguen favoreciendo la reforma y la plena incorporación de la RBV al Mercado Común del Sur (MERCOSUR), y la institucionalización y el adecuado funcionamiento de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), acordada en la Cumbre Energética realizada en Venezuela en abril del 2007 (Laya y Romero, 2007). Aunque todavía faltan por resolver muchos problemas para la exitosa culminación de todos esos procesos, al igual que para el funcionamiento del recién fundado Banco del Sur (diciembre del 2007) y para la institucionalización del Consejo Suramericano de Defensa, objetivamente todos ellos tienden a debilitar el sistema de dominación—hegemonía, acorazada por la fuerza—estadunidense sobre América Latina y el Caribe.

Lo anterior se refuerza porque a la fundación de ese Banco—integrado por los gobiernos de Argentina, Brasil, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Uruguay y Venezuela—, y a los más recientes acuerdos de UNASUR (entre ellos, los que condenaron la criminales acciones “autonomistas” desplegadas por las fuerzas reaccionarias bolivianas) se llegó después de la elección de la “neoperonista” Cristina Fernández presidenta de Argentina; del airoso reconocimiento del presidente Hugo Chávez por la apretada derrota de su propuesta de radicalizar la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela de 1999, y de las audaces acciones emprendidas por el mandatario boliviano Evo Morales que, en 2008, condujeron a la aprobación plebiscitaria de la nueva Carta Magna de ese país. A ese inventario hay que agregar la victoria electoral de las fuerzas políticas y populares paraguayas que respaldaron la candidatura presidencial del ex obispo (y ahora presidente) Fernando Lugo (Rodríguez Jara, 2008), y la aplastante aprobación plebiscitaria de la nueva constitución ecuatoriana impulsada por las fuerzas

políticas que respaldan la Revolución ciudadana encabezada por el presidente Rafael Correa.

A pesar de las cada vez más agresivas acciones emprendidas por sus adversarios internos y externos, en los procesos reformadores o revolucionarios antes mencionados, se ha evidenciado la incapacidad de los sectores más reaccionarios (incluidos los de sus fuerzas armadas) para derrotarlos. Tal situación interactúa con el resquebrajamiento del consenso existente en el sistema político y la sociedad estadounidense respecto al empleo de sus fuerzas militares para sostener su sistema de dominación global y hemisférico (Brooks, 2007). En esto ha influido —además de la creciente resistencia del los pueblos de Iraq y Afganistán— el fracaso del Plan Colombia para derrotar a las FARC-EP y al Ejército Liberación Nacional (ELN).

La acción combinada de esos factores, junto a lo que Immanuel Wallerstein ha llamado “la decadencia del poder estadounidense” (Wallerstein, 2005), al declive ideológico-político del “neoliberalismo” (Borón, 2005), a la cada vez más profunda crisis estructural que afecta a la socioeconomía estadounidense (Craig, 2007; Krugman, 2008; Stiglitz, 2008; Samuelson, 2008) y a la emergencia de nuevas potencias competidoras o contestarias (la UE, la República Popular China, la India, la Federación Rusa), debilita la hegemonía global de Estados Unidos y posibilita (aunque no garantiza) la ruptura de nuevos “eslabones débiles de la cadena de la dominación imperialista” en el hemisferio occidental.

Sobre todo porque estimulados por la tenaz resistencia y los logros de la Revolución cubana, han comenzado a desplegarse diversos proyectos de desarrollo anticapitalistas y antiimperialistas identificados con “el Socialismo del siglo XXI”, al igual que con una “integración neosocialista” o solidaria radicalmente opuesta a la “integración neoliberal” impulsada por las principales potencias imperialistas (como son los casos de los TLC propugnados por el gobierno de Estados Unidos y de la llamada Alianza Estratégica entre la Unión Europea y diversos gobiernos latinoamericanos) y a la vez alternativa a las limitaciones de la “integración neodesarrollista”, actualmente propugnada por los gobiernos integrantes de la CARICOM y del MERCOSUR (Suárez Salazar, 2008).

Así lo confirma la sucesiva profundización, institucionalización y ampliación de la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio entre los Pueblos (ALBA-TCP), favorecida por la progresiva consolidación del gobierno de Evo Morales y —no obstante sus comprometedoras alianzas políticas internas con sectores del Partido Liberal y de la alta jerarquía de la Iglesia Católica— por la elección del líder del

Frente Sandinista para la Liberación Nacional (FSLN), Daniel Ortega, como presidente de Nicaragua. Igualmente, por la convincente reelección, en diciembre de 2006, de Hugo Chávez, así como por el fracaso de los intentos de la Casa Blanca de aislar y eventualmente destruir la transición socialista cubana, aprovechando sus reconocidas debilidades y las dolencias que desde fines de julio del 2006 han afectado la salud del comandante Fidel Castro (Castro, F., 2005; Castro, R., 2007).

Con sus características específicas, ésas y otras resistencias al sistema de dominación plutocrático-imperialista también se han reflejado en el Caribe insular y continental, cuyos gobiernos ratificaron en julio de 2007 su intención de establecer antes del año 2015, un mercado y una economía única (CSME), con una “visión única del desarrollo” que permita fortalecer su autosustentación económica, “la eliminación de la pobreza” y la “provisión de estándares de vida decentes” para todos los ciudadanos de la CARICOM (Girvan, 2006). A su vez, con la promoción de la llamada “seguridad multidimensional”, esos gobiernos buscan compensar la “agenda negativa” impulsada por la diplomacia político-militar estadounidense, al igual que el creciente deterioro de sus “relaciones preferenciales” con la Unión Europea (UE). Esto, su abultada factura energética, y, más recientemente, las críticas provocadas por los asimétricos Acuerdos de Asociación Económica con la UE (EPA) signados por las autoridades de la CARICOM, ha posibilitado promisorios acuerdos de cooperación con los gobiernos de Cuba y Venezuela, es decir, el Fondo ALBA-Caribe y PETROCARIBE (Suárez Salazar, 2005), cuya más reciente cumbre se realizó exitosamente en La Habana a finales del 2007; en ella se incorporaron a tal iniciativa Guatemala y Honduras, cuyo actual gobierno, también se incorporó al ALBA-TCP a comienzos de 2008.

En esos acuerdos y en la referida lentificación del “nuevo orden panamericano”, asimismo, influyen positivamente la actividad de los plurales movimientos sociales antineoliberales, anticapitalistas y antiimperialistas que operan en diferentes países del hemisferio occidental (Dello Bouno, 2007). Algunos se vinculan con los partidos de “la vieja y la nueva izquierda política” latinoamericana y caribeña (Rodríguez Garavito, Barret y Chávez, 2005), al igual que a las diversas acciones en Defensa de la Humanidad impulsadas por los representantes más consecuentes de “la izquierda intelectual” de todo el mundo. En 2008 esa red de redes continuó expresando su respaldo a todos los procesos de cambios favorables a los intereses populares que se desarrollan en América Latina y el Caribe, así como denunciando los diversos planes oligárquico-imperialistas contra los mismos y han respaldado la continuidad de las labores del Foro Social Mundial, fundado en el 2001.

EL ESCENARIO MÁS PROBABLE EN EL PERIODO 2009-2012

Las tendencias y contratendencias antes aludidas (y otras no mencionadas en beneficio de la síntesis), se mantendrán durante el cuatrienio 2009-2012, cualquiera que sea el resultado de las elecciones parlamentarias y presidenciales de Estados Unidos. Entre otras razones, por el contradictorio impacto que provocará en el continente americano la profunda crisis estructural que afecta la socioeconomía estadounidense y al sistema capitalista mundial, porque ni “la globalización neoliberal”, ni las medidas supuestamente “*neokeinesianas*” impulsadas por las clases dominantes estadounidenses que respaldan la candidatura presidencial del demócrata Barak Obama, tienen soluciones para los agudos problemas ecológicos, económicosociales, políticos e ideológico-culturales que afectan al capitalismo subdesarrollado y dependiente imperante en América Latina y el Caribe. Asimismo, porque esa región continuará siendo uno de los escenarios principales de la actividad depredadora de las más poderosas empresas multinacionales y transnacionales, en particular las que tienen sus casas matrices en Estados Unidos y Canadá.

Es decir, dichas empresas continuarán impulsando “la minimización” de los estados, así como de las deformadas “democracias representativas” imperantes en el hemisferio occidental. En ello tendrán el respaldo de los representantes políticos y militares de los sectores *transnacionalizados* de las clases dominantes canadienses, latinoamericanas y caribeñas, al igual que de los poderes fácticos, el gobierno y el poderoso aparato estatal del imperialismo norteamericano. Este aparato estatal continuará articulando sus acciones contrarrevolucionarias y expansionistas por medio de la manoseada triada *seguridad-libre comercio-democracia representativa*. En todos estos temas el actual presidente de Estados Unidos impulsará un *multilateralismo selectivo y modular* dirigido a enmascarar (utilizando, cuando sea posible, el Sistema Interamericano) el *unilateralismo mesiánico* que históricamente ha predominado en la proyección externa de los Estados Unidos hacia los estados y territorios ahora ubicados al sur del río Bravo y de la península de Florida (Suárez Salazar, 2004).

Por consiguiente, y pese a las diversas complicaciones políticas que ello conllevará, se producirán multiformes conflictos sociales y políticos, internos y externos, en los que los “actores sociales”, estatales y no estatales, de raigambre popular continuarán avanzando en el siempre contradictorio y zigzagante proceso de “organizar sus esperanzas”, de que es *imprescindible y posible* superar el antidemocrático, excluyente y deformado capitalismo *subdesarrollante*, así como desafiar el sistema de dominación instaurado por

Estados Unidos y por las clases dominantes en el hemisferio occidental. A pesar de todas sus diferencias, contradicciones y debilidades (algunas de las cuales no se resolverán en el próximo cuatrienio), en la formación de esas y otras *condiciones subjetivas-objetivadas* tendrá un papel importante la pervivencia del aliento antiimperialista, democrático y popular de las revoluciones cubana, bolivariana, boliviana y ecuatoriana.

En el primer caso, porque como se confirmó en las elecciones de diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular de enero de 2008, “la transición generacional” que se está produciendo en su sociedad y en su liderazgo político, no destruirá el carácter popular del Estado cubano, la legitimidad de la institucionalidad creada por la revolución, ni el mayoritario apoyo popular de que ésta goza; lo que, con independencia de algunos cambios en sus formas de realización (cual pudiera ser un retorno al otrora llamado *track dos* emprendido por la administración del demócrata William Clinton), mantendrá vigentes las multiformes agresiones del gobierno de Estados Unidos y de sus aliados contra “la transición socialista cubana”, en particular el mal llamado “embargo” institucionalizado mediante la Ley Helms-Burton de 1996.

En el segundo caso, no obstante la derrota de la radicalización constitucional impulsada por Hugo Chávez, las importantes fuerzas sociales, políticas y militares que lo respaldan garantizarán la “governabilidad democrática” de la Revolución bolivariana. Aunque continuará agredida por los grupos de poder e importantes agencias del aparato estatal estadounidense, asimismo por los viejos y nuevos representantes políticos de las clases dominantes venezolanas, éstos no contarán con suficientes fuerzas para revertir las transformaciones que se han producido en ese país. Mucho menos porque no se vislumbran estructuras militares proclives a respaldar a aquellos sectores impulsores de una intentona golpista que conduciría a una cruenta e indeterminada guerra civil.

Sin embargo, ello no evitará la exacerbación de todas las contradicciones políticas e ideológicas internas, incluidas las existentes entre las fuerzas sociopolíticas que respaldan al presidente Chávez. Esas contradicciones se reflejarán en las próximas elecciones para gobernadores y alcaldes (2008) y, sobre todo, en las elecciones para la Asamblea Nacional que se realizarán en el año 2010. Paralelamente, se presentarán nuevos desordenes públicos en aquellas ciudades donde actúan las fuerzas sociopolíticas “antichavistas” y algunos grupos paramilitares colombianos (Chávez Morales, 2006). Asimismo, se agudizarán los conflictos entre el gobierno venezolano y los gobiernos latinoamericanos (en particular con el de Colombia) y caribeños

que respalden las previsibles acciones de la próxima administración estadounidense dirigidas a “aislar” la Revolución bolivariana, así como a debilitar los diversos acuerdos de concertación política, cooperación e integración económica que ha venido impulsando el gobierno bolivariano.

En el tercer caso, algo parecido pudiera decirse de las revoluciones “democrática y cultural” y “ciudadana” que se desarrollan en Bolivia y Ecuador, respectivamente. Ambas tendrán que enfrentarse a las constantes maniobras contrarrevolucionarias que, con diferentes pretextos, continuarán desplegando las fuerzas políticas, económicas, sociales, ideológicoculturales, militares o paramilitares que se articulan alrededor de las fuerzas neofascistas de la “media luna boliviana” o de los poderosos grupos oligárquicos conservadores de Guayaquil. En la confrontación con esas fuerzas los gobiernos de Evo Morales y de Rafael Correa recibirán la solidaridad de Cuba y de Venezuela.

De ahí que, sin negar los aportes de los demás gobiernos reformadores y progresistas existentes en América Latina y el Caribe, las revoluciones cubana y bolivariana seguirán siendo *el epicentro* de la dinámica entre la reforma, la revolución, el reformismo, la contrarreforma y contrarrevolución que continuarán viviendo diversos estados del continente americano; en particular los del Gran Caribe y de la región andino-amazónica. En la primera de esas regiones, la próxima administración estadounidense continuará impulsando los mencionados acuerdos económico-comerciales y en el campo de “la seguridad” firmados con los gobiernos de México y de algunos países centroamericanos. También con Panamá, República Dominicana y con los integrantes de la CARICOM. Con tal fin tratará de garantizar el cumplimiento de los acuerdos económicos y políticomilitares de la ASPAN, de la Iniciativa Mérida y del Proyecto Mesoamérica, al cual se incorporará el gobierno de Colombia. También emprenderá las gestiones legislativas requeridas para tratar de prorrogar la ICC como medio para tratar de neutralizar la influencia que han tenido en el Caribe insular y continental las iniciativas impulsadas por el gobierno de Venezuela.

De igual manera, y asociada con los representantes políticos y militares de sus correspondientes grupos dominantes, también hará todo lo que esté a su alcance para neutralizar los desafíos que le plantearán a su sistema de dominación la agudización de las luchas políticas y sociales (con ciertas expresiones político-militares) que en el futuro previsible se producirán en México; asimismo, para evitar la previsible victoria del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en los comicios presidenciales que se realizarán en El Salvador en el 2009, para contrarrestar la madu-

ración de los actores sociopolíticos alternativos al bipartidismo instaurado en Costa Rica y en Honduras, y debilitar al actual gobierno sandinista nicaragüense. A pesar de las contradicciones internas que lo afectan y de la oposición a sus acciones de algunos sectores populares, el gobierno sandinista continuará enriqueciendo sus acuerdos bilaterales con los gobiernos de Cuba, Honduras y Venezuela, así como a las dinámicas multilaterales que se desarrollen en los marcos del ALBA y de PETROCARIBE. Todos esos acuerdos favorecerán la elección del candidato sandinista en las elecciones presidenciales de 2011. Mucho más porque la derecha nicaragüense continuará afectada por las agudas contradicciones que se expresaron en los comicios generales del 2006.

Paralelamente y en razón de los desafíos a su “seguridad imperial” en el área andino-amazónica, el *establishment* de la política exterior y de seguridad estadounidense y sus aliados, continuará sus acciones dirigidas a derrotar o, cuando menos, “neutralizar” las revoluciones bolivariana, boliviana y ecuatoriana. También intentará debilitar o destruir las organizaciones políticas, o políticomilitares, y a los principales movimientos sociales colombianos y peruanos. Por consiguiente, los gobiernos de Álvaro Uribe y de Alan García aceptarán las fórmulas que finalmente encuentre la próxima administración estadounidense para darle continuidad al Plan Colombia y a la IRA, expresamente respaldada por el candidato demócrata Barak Obama durante su campaña electoral (Obama, 2008).

De lo anterior se desprende que la administración estadounidense realizará nuevos esfuerzos para lograr la ratificación en su Congreso del TLC firmado con Colombia, el apoyo al despliegue de nuevos contingentes militares en ese país y eventualmente en Perú (Ceceña, 2007), incluida la relocalización de todas las facilidades actualmente dadas en la Base de Manta, Ecuador. La definitiva retirada de esa instalación y el alto consenso social que han logrado esa y otras vindicaciones populares, favoreció la reelección de Rafael Correa en los comicios generales de 2009 y el incremento de la representación legislativa de las plurales fuerzas sociales y políticas que lo respaldan. Sin embargo, las labores de ese gobierno se verán dificultadas por las debilidades y contradicciones que continuarán afectando a la coalición gubernamental (Larrea, 2007), por sus diversas áreas de conflictos con importantes sectores del movimiento popular –en particular con la Confederación Nacional Indígena Ecuatoriana (CONAIE)–, y por el poder político, económico y mediático que conservarán los representantes de la oligarquía y de sus partidos tradicionales.

Ese retardatario “bloque histórico” también continuará actuando en Bolivia. Por consiguiente, con independencia del favorable resultado del re-

ferendo constitucional de 2008 y de la reelección de Evo Morales en 2009, continuará sus multiformes acciones dirigidas a derrocarlo. Esos sectores contrarrevolucionarios tendrán el respaldo tanto del aparato estatal y de algunas empresas transnacionales estadounidenses, como de importantes sectores económicos, políticos y militares de la derecha argentina, brasileña y paraguaya.

De ahí la importancia que tuvo para la “revolución democrática y cultural” boliviana la complicada y difícil superación de la crisis social reciente; la superación del conflicto con la llamada “sociedad agraria”, que había afectado al gobierno de Cristina Fernández; el fortalecimiento del gobierno del electo “obispo-presidente” paraguayo Fernando Lugo; y tal como lo habían adelantado algunos analistas (Richer, 2006), a pesar de las contradicciones entre las diversas fuerzas políticas que lo respaldaron, el presidente Lugo propiciará la actividad de los diversos movimientos sociales y políticos populares; lo que determinará nuevas, complejas y hasta ahora inéditas confrontaciones entre el gobierno y los sectores que tradicionalmente han controlado la vida política paraguaya. En la atenuación o acentuación de esas contradicciones tendrá una importante influencia la actitud que adopte el gobierno de Luiz Inácio “Lula” de Silva frente a la renegociación de la deuda y los ingresos derivados de la hidroeléctrica de Itaipú.

En el desarrollo de esas negociaciones —así como en la solución de las restantes asimetrías que han afectado la participación uruguaya y paraguaya en el MERCOSUR— tendrá una importante influencia el resultado de los procesos políticos en Uruguay y en Brasil entre 2008 y 2010. En lo concerniente a Uruguay, el presidente Tabaré Vázquez, a pesar de su gran apoyo social, tendrá que negociar para la elaboración de sus políticas internas y externas, en especial las relacionadas con Estados Unidos, con los sectores más pragmáticos de la coalición que llevó al poder.

Esas contradicciones con los llamados sectores “pragmáticos” se profundizarán durante la presidencia de Barak Obama. También a causa de la evolución del escenario político brasileño. En éste continuarán fortaleciendo sus posiciones los sectores “reformistas” del Partido de los Trabajadores (PT), al igual que los demás partidos del centro-izquierda que lo apoyan; lo que, junto a la pervivencia de las fuerzas políticas y sociales que respaldan a la derecha, continuará influyendo negativamente en la política interna y en la proyección externa del gobierno “petista” que ganará las elecciones presidenciales de 2010. En ese desenlace influirán las debilidades internas del PT y sus crecientes dificultades para impulsar un candidato unitario con los demás partidos de la izquierda, al igual que con los viejos y nuevos

movimientos sociales; en particular con el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST) y con las heterogéneas organizaciones integrantes de la Coordinadora de Luchas Populares, conocidas como CONLUTAS (Netto; Arcary, 2007).

Esos y otros conflictos tendrán una repercusión adversa en el MERCOSUR. Con independencia del retardado ingreso pleno del gobierno de Venezuela, se mantendrán las grandes dificultades para reformar los originarios fundamentos neoliberales y neodesarrollistas de ese proyecto integracionista, así como para fortalecer su institucionalidad supranacional. Entre otras razones, por que ninguno de los actuales gobiernos que lo integran trascenderá los límites que le imponen las políticas interna y externa que han venido aplicando. En consecuencia y a pesar de la crisis que afectará “la economía capitalista mundo”, tampoco desaparecerá el peso que tienen en sus economías “nacionales” sus compromisos con el cada vez más globalizado sistema financiero internacional, al igual que con importantes empresas transnacionales estadounidenses y europeas solo interesadas en utilizar el MERCOSUR como parte de sus “cadenas productivas globales”, incluidas las relacionadas con la producción de soja y agrocombustibles (Rulli, 2007).

El reflejo de tales compromisos en la política internacional de Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay también influirá negativamente en el alcance de los compromisos de UNASUR: funcionará atravesada por las contradicciones que se presentarán entre los gobiernos integrantes del MERCOSUR, de la debilitada Comunidad Andina (en particular de Colombia y Perú) y de los estados suramericanos (Guyana y Surinam) integrantes de la CARICOM. En este último caso, esas contradicciones expresarán las diferencias existentes entre los sectores de las clases dominantes y los gobiernos interesados en fortalecer sus dependencias hacia Estados Unidos y la UE, con las fuerzas sociales, políticas e intelectuales que ven en la CSME, en la “seguridad multidimensional” y en sus acuerdos con el ALBA vías para tratar de garantizar su desarrollo económico-social, autónomo y autosostenido. Sin embargo, por la necesidad de obtener un trato especial y diferenciado, así como por las dificultades que ese orden tiene en sus relaciones con Estados Unidos y con la UE, así como del alto costo económico y social que les implicará las superpuestas crisis que afectan al sistema-mundo, no es de esperar que esas contradicciones menoscaben los mencionados acuerdos de cooperación signados entre los Estados integrantes de la CARICOM con Cuba y Venezuela.

Paralelamente, como se confirmó a lo largo del 2008 y no obstante las dificultades para su implementación, continuarán consolidándose los acuerdos “grannacionales” del ALBA, su institucionalidad intergubernamental y la

participación en ella de importantes movimientos sociales de sus actuales estados miembros (Bolivia, Cuba, Dominica, Honduras, Nicaragua y Venezuela) o de otros que pudieran incorporarse en los próximos años, como pudiera ser el gobierno de Ecuador y, tal vez, el de El Salvador. Todo ello contrastará positivamente con los restantes acuerdos integracionistas neoliberales y neodesarrollistas existentes en el continente americano. Mucho más porque en el próximo cuatrienio se mantendrán las multiformes luchas populares contra los plutocráticos gobiernos de derecha o centro-derecha que ya existen o que se instauren en algunos países del continente, así como contra las estrategias contrarrevolucionarias de la Casa Blanca, al igual que contra los principales postulados del “nuevo orden panamericano”. En razón de su carácter bipartidista, estos seguirán siendo defendidos por el actual presidente de Estados Unidos.

Por lo tanto, aunque no se profundizará la institucionalización de ese “orden”, tampoco existirán condiciones para retrotraer los avances que obtuvo en el último decenio del siglo xx y en los primeros años del xxi; particularmente en las normativas que rigen la estructura y funcionamiento del Sistema Interamericano, así como los tratados que legítiman el binomio *seguridad-democracia representativa* dirigido a preservar el hemisferio occidental como “el escudo y la espada” de la proyección del poder “global” de Estados Unidos.

El único límite que tendrá el cumplimiento de ese objetivo imperialista serán las multiformes luchas y resistencias de los sujetos sociales y políticos, estatales y no estatales, del continente americano, sus alianzas con otras potencias contestarias a Estados Unidos, las referidas crisis que afectan al sistema capitalista, al igual que el creciente rechazo que genera en su sociedad el empleo prolongado de sus fuerzas militares en nuevas aventuras bélicas en todo el mundo y en particular en América Latina y el Caribe. Mucho más por las altas exigencias financieras que le planteará a la administración estadounidense la solución de la crisis estructural que está afectando la socioeconomía del ese país.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Como se indica en la introducción de este texto, el futuro no está predeterminedo. Es un campo de batalla entre los diferentes sujetos sociales y políticos, internos y externos, que pugnan entre sí por defender su poder y

sus intereses. Por consiguiente, cada uno de esos “actores” luchará por construir *su futuro deseado*. Del resultado de esas luchas pueden erigirse diversos *escenarios alternos* que es imposible referir en el espacio de este ensayo. Seguramente otros “sujetos de acción” o “sujetos de pensamiento” discreparán, en mayor o menor grado, de las anticipaciones sintetizadas.

No obstante, de ellas se infiere que el futuro del sistema de dominación establecido por los grupos dominantes en el hemisferio occidental y en particular en Estados Unidos, está sujeto a múltiples (y en algunos casos imprevisibles) acontecimientos globales, continentales o nacionales. Como ha ocurrido en otras ocasiones, una derrota o la definitiva claudicación de cualquiera de los gobiernos progresistas, reformadores o revolucionarios identificados en las páginas anteriores, probablemente facilitará la recomposición del sistema de dominación plutocrático-imperialista; lo que no quiere decir que desaparecerán las contradicciones que siempre han existido entre los grupos dominantes en Estados Unidos con los sectores sociales dominantes y dominados en Canadá, así como en América Latina y el Caribe.

Esas contradicciones seguramente se agudizarán en caso de que se produzca cualquier nueva victoria popular que el autor de estas páginas no haya sido capaz de vislumbrar, ya que por pequeña que sea contribuirá a acelerar la formación de las condiciones subjetivo-objetivadas que requiere el movimiento popular latinoamericano y caribeño para avanzar por senderos libertarios, antiimperialistas y anticapitalistas. Y ello será así porque todos los procesos sociopolíticos de cualquier signo que en la actualidad se desenvuelven en el continente americano, aunque son locales o nacionales por sus formas, tienen un alcance hemisférico y global.

Sin embargo, ello no implicará que en el próximo lustro el continente, ni siquiera algunos de sus estados nacionales, se “desconectarán” del sistema y la economía mundo ya que, como bien lo ha indicado Marco Gandásegui (2007a), ni siquiera la transición socialista cubana podrá lograr su “desconexión absoluta” de la excluyente y asimétrica lógica del sistema capitalista mundial. No obstante, ya hay suficientes indicios de que la presunta unipolaridad resultante del fin de la guerra fría, progresivamente está siendo sustituida por una multipolaridad que en el futuro próximo abrirá nuevas oportunidades a los procesos de cambios favorables a los intereses nacionales y populares que se desarrollen tanto al sur del río Bravo como al sur de la península de Florida.

El aprovechamiento de esas oportunidades íntimamente ligadas a la progresiva y constante erosión de la “hegemonía” estadounidense— será directamente proporcional a la capacidad que demuestren los actuales líderes,

organizaciones y movimientos sociopolíticos populares para alcanzar o consolidar su poder político-estatal, así como para avanzar en su “desarrollo integral e integrado”, ya que sin reformas o revoluciones que trastocuen las deformadas bases del capitalismo dependiente, periférico y *subdesarrollante* que todavía caracteriza a la mayor parte de sus 33 estados nacionales y de sus 15 territorios coloniales o semicoloniales, no habrá una genuina integración independiente y multidimensional de la que, en 1953, Ernesto Guevara denominó “nuestra Mayúscula América”. A su vez, sin esa unidad en la diversidad será muy difícil (sino imposible) resquebrajar el sistema de dominio plutocrático-imperialista sobre el continente americano.

De ahí y de las referidas estrategias contrarreformistas, contrarrevolucionarias y expansionistas que continuarán desplegando las clases dominantes, los poderes fácticos y los próximos gobiernos temporales del hemisferio occidental (encabezados por el de Estados Unidos), la vigencia de lo planteado por José Martí ([1889] 1974): “¡los árboles se han de poder en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes”.

REFERENCIAS

- Arcary, Valério, 2007, Intervención en la Plenaria “A Esquerda na América Latina, os projetos societários e as Expressões belicistas da barbárie”, efectuada el 29 de octubre en el XII Congreso brasileño de Asistentes Sociales efectuado en Foz de Iguazú.
- Arroyo, Alberto, Ponencia presentada al VI Encuentro de lucha contra los TLC y por la integración de América Latina, La Habana, mayo del 2007.
- Borón, Atilio, 2005, “La izquierda latinoamericana a comienzos del siglo XXI”, César A. Rodríguez Garavito, Patrik S. Barrett y Daniel Chávez (editores), 2005, *La nueva izquierda en América Latina: Sus orígenes y trayectoria futura*, Grupo Editorial NORMA, pp. 405-434.
- Brooks, David, 2007, “Bush empieza a pagar las facturas de su política bélica y contra migrantes”, *La Jornada*, México, 9 de noviembre.
- Caputo, Leiva Orlando, 2006, “La economía mundial a inicios del siglo XXI”, Marcos A. Gandásegui hijo (coordinador), *Crisis de Hegemonía de Estados Unidos*, CLACSO-Siglo XXI, 2007, pp. 25-38.
- Casals, Jorge, *et al.*, 2007, Ponencia presentada al VIII Taller Científico “Escenarios internacionales para la política exterior de Cuba 2008-2010, La Habana, 4 al 11 de septiembre.

- Castro, Fidel, 2005, Discurso pronunciado en el acto por el 60 aniversario de su ingreso a la universidad, efectuado en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el 17 de noviembre. El texto de ese discurso puede encontrarse en la página WEB del diario *Granma*, órgano oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.
- Castro, Raúl, 2007, Discurso pronunciado en el 54 Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada, Camagüey, 26 de julio. El texto de ese discurso puede encontrarse en la página WEB del diario *Granma*, órgano oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.
- Ceceña, Ana Esther, 2007, “La militarización de la hegemonía”, ponencia presentada al Seminario conjunto de los Grupos de Trabajo “Hegemonía y Emancipación” y de Estudios sobre Estados Unidos del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) realizado en Guadalajara, México, entre el 13 y el 15 de agosto.
- Chateau Magalhaes, Cristian, 2007, “Diplomacia y cooperación militar en el ámbito multilateral: La Conferencia de Jefes de Ejércitos Americanos: Historia y Perspectiva”, *Military Review*, Edición Hispanoamericana, Combined Arms Center, Fort Leavenworth, Kansas, enero-febrero, pp. 39-55.
- Chávez Morales, Jorge, 2006, “Paramilitares dueños de la frontera”, reportajes distribuidos por la Dirección de Investigación y Asesoría Económica y Financiera de la Asamblea Nacional de la República Bolivariana de Venezuela entre los participantes en el Seminario “Construcción de Políticas Públicas y Seguridad Ciudadana”, efectuado en Caracas el 16 y 17 de noviembre.
- CFR, 2004, *Andes 2020: Una nueva estrategia ante los retos que enfrentan Colombia y la región andina*, FESCOL, Colombia.
- CEG, 2005, *Fuerzas de Seguridad en Centroamérica: Balance y perspectivas*, Centro de Estudios de Guatemala, Guatemala, 5 de Julio.
- Craig Roberts, Paul, 2007, “Economía de Estados Unidos: RIP”, en *Sin permiso*, 17 de septiembre.
- Dello Bouno, Ricardo, Marcos A. Gandásegui Jr. (editores), 2007, *Un continente en la encrucijada. Nuestra América en transformación*, Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) “Justo Arosemena”, Panamá.
- Elías, Antonio (compilador), 2006, *Los gobiernos progresistas en debate (Argentina, Brasil, Chile, Venezuela y Uruguay)*, CLACSO- PIT-CNT-Instituto Cuesta Duarte, Montevideo.
- Gandásegui, Marcos A. (coordinador), 2007, *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, CLACSO-Siglo XXI, p. 16.
- Gandásegui, Marcos A., 2007a, “Paradojas de la desconexión: El mundo policéntrico contra el mundo perturbado”, Marcos A. Gandásegui hijo (coordinador), *op. cit.*, pp. 57-76.
- García Lorenzo, Tania, 2006, “El Caribe y los retos del Siglo XXI”, *Anuario de CRIES*.
- Girvan Norman, 2006, *Towards a single economy and a single development vision*, University of the West Indies, in collaboration with the CARICOM Secretariat and the Special Task Force on the Single Economy, 25 de October.
- Gorostiaga, Xavier, 2000, “Hacia una prospectiva participativa. Esquema metodo-

- lógico”, Francisco López Segrera y Daniel Filmus (coordinadores), *América Latina 2020: Escenarios, alternativas, estrategias*, Grupo Editorial SRI, Buenos Aires, *op. cit.*, pp. 35-49.
- Guevara, Ernesto, 1953, “Relatos de su primer viaje por América Latina (1951-1952)”, Ernesto Che Guevara, 2003, *América Latina: Despertar de un continente*, Ocean Press, Melbourne-Nueva York-La Habana, p. 38.
- Gutiérrez Luna, Diana Tisú, 2008, “Reactivan contrainsurgencia en zona zapatista”, *Contralínea*, Chiapas, año 4, núm. 44, agosto, pp. 6-14.
- Isa Conde, Narciso, 2006, “USARMY: Desde el Caribe contra la autodeterminación de las Américas”, abril.
- Joint Statement, 2007, Conference on the Caribbean CARICOM-United States of America, Washington, 20 de junio.
- Jované, Juan, 2007, Ponencia presentada a la Conferencia “José Martí y el pensamiento de unidad latinoamericano”, efectuada en Panamá entre el 3 y el 5 de junio.
- Katz, Claudio, 2007, “Socialismo o neodesarrollismo”, *Rebelión.org*, 9 de marzo.
- Krugman, Paul, 2008, “El fin del juego de la crisis”, *El país*, España, 21 de septiembre, pp. 5-6.
- Larrea, Ana María, 2007, “El cuestionamiento de la hegemonía en Ecuador”, ponencia presentada al Seminario conjunto de los Grupos de Trabajado “Hegemonía y Emancipación” y de Estudios sobre Estados Unidos del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) realizado en Guadalajara, México, entre el 13 y el 15 de agosto.
- Laya, Luis, Romero Carmen, 2007, “I Cumbre Energética Suramericana: Impulsando la integración de los pueblos de América”, *Política Exterior y Soberanía*, Instituto de Altos Estudios Diplomáticos “Pedro Gual”, Caracas, año 2, núm. 2, abril-junio, pp. 42-46.
- Lizárraga, Pilar, 2007, “Disputas sobre los recursos estratégicos y la configuración del nuevo estado en el marco del proceso constituyente en Bolivia. Proyecto de dominación y los movimientos sociales”, ponencia presentada al Seminario conjunto de los Grupos de Trabajado “Hegemonía y Emancipación” y de Estudios sobre Estados Unidos del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) realizado en Guadalajara, México, entre el 13 y el 15 de agosto.
- Mojica, Francisco José, 2000, “Determinismo y construcción del futuro”, Francisco López Segrera, Daniel Filmus (coordinadores), *op. cit.*, pp. 111-125.
- Martí, José [1989], 1974, “Nuestra América”, José Martí: *Nuestra América*, Casa de las Américas, La Habana, p. 22.
- Martins, Carlos Eduardo, 2007, “Los *impasses* de la hegemonía de Estados Unidos: perspectivas para el siglo XXI”, Marcos A. Gandássegui hijo (coordinador), *op. cit.*, pp.39-56.
- Masini, Barbieri Eleonora, 2000, “La futurología en acción”, *Claves del Siglo XXI*, UNESCO, París, pp. 41-42.
- Netto, José Paulo, 2007, Conferencia pronunciada el 28 de octubre en la Sesión de Apertura del XII Congreso brasileño de Asistentes Sociales efectuado en Foz de Iguazú.

- Obama, Barak, 2008, “Renewing U.S. leadership in the Americas”, discurso pronunciado ante la Fundación Nacional Cubano-Americana el 23 de mayo, mimeografiado.
- Olson, Georgina, 2008, “No hay crisis de inseguridad en México, dice EU”, en *Ex-celsior*, México D.F., 7 de octubre, pp. 1 y 10.
- Richer, Hugo, 2006, “Paraguay: crisis y expectativas de cambio”, *OSAL*, año VIII, núm. 21, septiembre-diciembre, pp. 59-69.
- Rodríguez, Araque Alí, 2007, *Servir al pueblo: el desafío socialista*, Ministerio del Poder Popular para las Industrias Básicas y la Minería, Caracas.
- Rodríguez, Garavito César, Patrik S. Barrett, Daniel Chávez (editores), 2005, *La nueva izquierda en América Latina: Sus orígenes y trayectoria futura*, Grupo Editorial NORMA.
- Rodríguez, Gelfenstein Sergio, 2007, El TIAR alcanzó la madurez... El Pacto Democrático ni siquiera pudo gatear, *Altercom*, 19 de Septiembre.
- Rodríguez, Jara Ausberto, 2008, *Fernando Lugo, el Obispo Presidente*, Talleres gráficos de Editorial El país, Asunción, mayo.
- Rulli, Javiera (coordinadora), 2007, *Repúblicas Unidas de la soja: Realidades sobre la producción de soja en América del Sur*, Grupo de Reflexión Rural, Asunción.
- Samuelson, Paul, 2008, “Y vendrán nuevas debilidades”, *El país*, España, 21 de septiembre, p. 10.
- Sánchez, Egózcue Jorge Mario, Rodríguez Rodríguez Raúl, 2007, Ponencia presentada al VIII Taller Científico “Escenarios internacionales para la política exterior de Cuba 2008-2010”, La Habana, 4 al 11 de septiembre.
- Stiglitz, Joseph, 2008, “La crisis de Wall Street es para el mercado lo que la caída del muro de Berlín fue para el comunismo” (entrevista concedida a Nathan Gardels), *El país*, España, 21 de septiembre, pp. 12 y 13.
- Suárez, Salazar Luis, 2004, *Madre América: Un siglo de violencia y dolor (1898-1998)*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- _____, 2005, “El ALBA: Un hito en la proyección de la Revolución Cubana hacia América Latina y el Caribe”, *Relaciones Internacionales*, núm. 6, La Habana, junio-diciembre, pp. 42-53.
- _____, 2006, “La actual dinámica entre la reforma, la revolución, la contrarreforma y la contrarrevolución en América Latina y el Caribe”, ponencia presentada a la Jornada Científica “La teoría marxista de la Revolución y la actualidad latinoamericana”, Instituto de Filosofía, Cátedra de Estudios marxistas “Julio A. Mella”, La Habana, 6 y 7 de diciembre.
- _____, 2007, “Crisis y recomposición del sistema de dominación ‘global’ de Estados Unidos: El ‘nuevo orden panamericano’”, Marco A. Gandásegui hijo (compilador), *op. cit.*, pp. 213-231.
- _____, 2008, “La integración independiente y multidimensional de nuestra América: Una mirada desde lo mejor del pensamiento sociológico”, *Política Exterior y Soberanía*, Caracas, año 3, núm. 2, abril-junio, pp. 21-26.
- Wallerstein, Inmanuel, 2005, *La decadencia del poder estadounidense*, Ediciones Era-Editores Independientes, México, D. F.

- Wallerstein, Immanuel, 2007, “La situación mundial frente al declive de Estados Unidos”, Marcos A. Gandásegui hijo (coordinador), *op. cit.*, pp. 95-102.
- Zanini, Roberto, 2007, “Hay peligro de golpe en Bolivia”, entrevista con el presidente Evo Morales, *Rebelión*, 2 de noviembre.
- Zuluaga, Jaime, 2007, “El TLC y el Plan Colombia: Un obstáculo para los procesos de integración de América Latina”, en Dello Bouno, Ricardo y Marcos A. Gandásegui Jr. (Editores), *op. cit.*, pp. 154-174.

DEMOCRACIA LIBERAL Y SEGURIDAD NACIONAL EN EL GOBIERNO ESTADOUNIDENSE: CONTINUIDADES Y RUPTURAS

SILVINA M. ROMANO

La política antiterrorista de la administración de George W. Bush, estableció una relación entre democracia y seguridad que implica la limitación de la primera como condición necesaria para el logro de las metas de la segunda. Esta estrategia condujo al recorte –por medios legales– de las libertades básicas promovidas por la democracia liberal, con el objetivo de “garantizar” la seguridad de los ciudadanos estadounidenses. De esta manera, hallamos una importante continuidad de las operaciones encubiertas de la Agencia Nacional de Inteligencia (CIA) y del Departamento de Estado en otros países a comienzos de la guerra fría y que, si en un primer momento fueron planteadas para ser aplicadas internacionalmente, se implantaron en el ámbito nacional no sólo durante el periodo del macarthismo, sino que fueron proseguidas (aunque de modo encubierto) por medio de agencias del FBI como COINTELPRO (Programa de Contrainteligencia, *Counter Intelligence Program*). La gestión de George W. Bush, planteó estrategias similares, amenazando las libertades civiles de los estadounidenses, las cuales –de la manera en que lo presenta el discurso oficial– constituyen uno de los pilares del “modo de vida americano”, a la vez que resultan ser las mismas “libertades” que este gobierno lucha por extender hacia el resto del mundo.

Usualmente se sostiene que durante los primeros decenios de la guerra fría, la seguridad adquirió primacía en la política exterior norteamericana, orientada por los principios del realismo en tensión (aparente) con las premisas idealistas o liberales.¹ Teniendo en cuenta estas tendencias intentaremos

¹ En el marco de las relaciones internacionales, se denomina idealismo a la corriente que sostiene la posibilidad de alcanzar un orden mundial pacífico. El Presidente Woodrow Wilson teorizó acerca de que las naciones pacíficas poseían una mayor predisposición para la paz, mientras que las tiranías podían llevar con mayor facilidad a la guerra. Además, señaló que era fundamental la creación de instituciones capaces de evitar la violencia internacional (Vasquez, 1991: 34-35). El idealismo se halla asociado al moralismo, y en el plano de la política exterior implica que Estados Unidos debe involucrarse en las cuestiones internacionales “solamente por razones éticas” (Busso, 2008: 23). El realismo surgió como crítica al idealismo a partir de finales de los años treinta, de la mano de los aportes de E. Carr y H. Morgenthau. El

señalar las continuidades² entre el discurso oficial de las gestiones de George W. Bush y el discurso de los primeros años de la guerra fría, centrándonos en las pautas realistas y liberales presentes en tales discursos.³ Esa primera instancia nos abrirá paso para analizar la relación entre democracia y seguridad nacional en el contexto de la actual política antiterrorista, aspecto que será abordado desde la perspectiva de las élites. Nuestro punto de partida para el análisis es que la agresiva política externa e interna del gobierno estadounidense se basa en la presencia de un polo militar-industrial en auge, estrechamente ligado al expansionismo del libre mercado y a la democracia liberal como dimensiones clave en la reproducción del capitalismo.⁴

primero argumentó que era necesario investigar las cosas “como son de verdad” y no “como deberían ser”, a la vez que subrayó la importancia del poder en las relaciones entre estados. El segundo, que sentó las bases fundamentales del realismo, señaló que toda política es una lucha por poder, que las naciones buscan proteger sus intereses nacionales y que el poder de una(s) nación(es) solo podía limitarse efectivamente por medio del poder de otra(s) (Vasquez, 1991: 36-38). Los gobiernos demócratas posteriores a la segunda guerra mundial tendieron a identificarse con la postura del idealismo liberal (luego denominado “internacionalismo liberal”), mientras que las gestiones republicanas, en general, conservadoras, se identificaron con el realismo. Lo importante es señalar que a lo largo de la guerra fría hubo un claro predominio del paradigma realista debido a que “proveyó de explicaciones simples pero poderosas acerca de la guerra, las alianzas, el imperialismo, los obstáculos para la cooperación y otros fenómenos internacionales, y porque el énfasis en la competición era consistente con los rasgos principales de la rivalidad estadounidense-soviética” (Walt, 1998: 31).

² Con respecto a nuestro propósito de señalar las continuidades, entendemos que debido a que nuestra aproximación a los procesos es realizada desde una perspectiva crítica, nos vemos en la obligación de aclarar por qué no nos centramos también en las rupturas, como lo sugiere la dialéctica marxista, y como lo recuerda Cox (1981) para el ámbito de la política nacional-internacional. Sin embargo, nos centramos en las continuidades debido a que hemos percibido una “demonización” del gobierno de Bush (en orden a la intervención armada en Irak y a los mecanismos de represión en el entorno nacional) que es poco objetiva, ya que si bien es innegable el recorte de libertades nacionales y la impunidad con que ha actuado esta gestión frente a organismos internacionales en el plano de las relaciones exteriores, esto no es completamente nuevo en el “modo de hacer las cosas” del gobierno estadounidense. Y concebimos que es con base en la demonización de Bush que se ha construido la imagen absolutamente positiva de Obama.

³ Después de la implosión de la Unión Soviética, desde las teorías de las relaciones internacionales, se cuestionó al realismo y al liberalismo, y surgieron nuevos enfoques de mayor complejidad para abordar la política exterior como el constructivismo (Walt, 1998: 40-41). No obstante, en apariencia, es una amalgama entre principios realistas y liberales lo que contribuye a legitimar el discurso y la puesta en práctica de la política exterior estadounidense.

⁴ Esta línea ha sido desarrollada en los trabajos de Lenin y Luxemburgo, retomada por neomarxistas como Baran y Swezy (1974), y por dependentistas como Caputo y Pizarro (1975) y Dos Santos (1972, 1975), a la vez que fue trabajada por Wright Mills (1978), Chomsky (1984, 2004), Meiksins Wood (2000), entre otros.

En este trabajo presentamos hechos y discursos que muestran las importantes similitudes entre diferentes administraciones, mismos que permiten dar cuenta del proceso histórico⁵ por el cual se ha legitimado una determinada idea de seguridad nacional, vinculada a otra –particular– de democracia. Esta continuidad encuentra sus cimientos en la permanencia de una élite del poder (Wright Mills, 1978) que de modo directo o indirecto, influye en la elaboración de políticas y en la toma de decisiones militares, económicas y políticas, con especial implicancia en asuntos de “seguridad nacional” y de política exterior. Destacamos estos dos aspectos debido a que habitualmente se señala el modo de intervención, directo o indirecto, del gobierno estadounidense, en espacios periféricos en particular, pero se ha hablado mucho menos de la política de represión doméstica, es decir, practicada de modo abierto o encubierto en el territorio estadounidense. Desde nuestra perspectiva, la política externa es inseparable de la política interna, lo cual es demostrado con claridad por la concepción de “seguridad nacional” que ha manejado históricamente el *establishment* estadounidense, y más después de la segunda guerra mundial.

Conforme a estos lineamientos, retomaremos algunos discursos del Presidente Truman; archivos sobre la creación del Consejo de Seguridad Nacional y la Agencia Nacional de Inteligencia, y documentos del Departamento de Estado relativos a la doctrina de la “contención”. Revisaremos, asimismo, las estrategias de seguridad nacional (NSS) de los años 2002 y 2006, la Ley Patriota (2002) y la Ley de Ampliación de la Seguridad Doméstica o “Ley Patriota II” del año 2003, correspondientes a la gestión de George W. Bush.

LA SEGURIDAD NACIONAL Y LOS VALORES DEMOCRÁTICOS EN LOS PRIMEROS DECENIOS DE LA GUERRA FRÍA⁶

A partir de la década de los años treinta, comienzan a adquirir protagonismo internacional los cuestionamientos acerca del tradicional “aislacio-

⁵ Cuando nos referimos a aquellas características que permanecen a lo largo de un proceso histórico, tenemos en cuenta tanto las modificaciones como la “estructura” que subyace a tales modificaciones. Quizá resulta pertinente retomar el concepto de “estructura histórica” que implica una combinación particular de patrones de pensamiento, condiciones materiales e instituciones humanas que mantienen una coherencia entre ellas. Estas estructuras no determinan mecánicamente la acción de las personas pero sí devienen en el contexto en el cual las acciones hallan determinadas presiones, hábitos, expectativas y restricciones (Cox, 1981: 135).

nismo” que había caracterizado la postura estadounidense, que fue parcialmente revertida por Franklin D. Roosevelt, entre 1934 y 1937, debido a la creciente tensión mundial (Chiaromonte, 2008: 3). En este contexto se formuló, una vez más, la gran pregunta de si la paz debía constituirse como el fin último de la política exterior estadounidense; la respuesta fue el ingreso de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial y luego, a “la contención”. Este concepto acuñado por George F. Kennan (y que según él, se basaba en una aproximación económica a problemas políticos, de ningún modo centrada en estrategias militares), sostenía que

el principal elemento en la política exterior de Estados Unidos hacia la Unión Soviética debe ser el de la contención paciente pero firme y vigilante a largo plazo de las tendencias expansionistas de Rusia [...] la presión Soviética contra las instituciones libres del Oeste es algo que puede ser contenido por medio de una aplicación hábil y vigilada de la contra-fuerza en una serie de constantes cambios de puntos geográficos y políticos (Miscamble, 1992: 31-32).

El contexto general de la posguerra y el predominio de este tipo de concepciones, otorgaron una vitalidad crucial a la seguridad nacional (Leal, 2003) y uno de los primeros discursos que demostró esta tendencia fue el de la Doctrina Truman, que retomó la idea de “contención” y vinculó, de manera directa, la seguridad nacional con la democracia como característica inherente a la sociedad “occidental” en contraposición al comunismo del “Este”: “El tema de nuestro nuevo enfoque debe ser que la seguridad de Estados Unidos depende de la defensa de todos y cualquier gobierno democrático [...] No vamos a apoyar a ningún país agredido, sino ayudarlos a defenderse por su cuenta” (*Doctrine Truman. Draft of suggestions for the President's message to Congress in regard to the Greek situation*, 3 de marzo de 1947, p. 4). En otro comunicado se planteaban claramente las distancias entre la democracia occidental y el comunismo:

⁶ De acuerdo con una concepción amplia de la guerra fría, podemos decir que fue el producto de la confrontación entre dos sistemas socioeconómicos contradictorios y antagónicos –capitalismo contra comunismo– y se caracterizó por una lucha diplomática, política, ideológica, militar y económica. Sus causas tenían que ver tanto con el desarrollo del mundo de la posguerra, como con el creciente poderío de las potencias implicadas, y con una compleja situación interna en la URSS y en Estados Unidos (Pozzi, 2003: 14-19). Existen diferentes interpretaciones sobre este periodo, siendo algunos de sus principales exponentes: J. Gaddis (2003), A. Schlesinger Jr. (1990), W. Appleman Williams (2007), W. La Feber (1999), H. Magdoff y P.Sweezy (1972), M. Leffler (1999).

Una forma de vida está basada en la voluntad de la mayoría, y se distingue por instituciones libres, gobierno representativo, elecciones libres, garantía de las libertades individuales de expresión y religión, libertad de represión policial. La segunda forma de vida está basada en la voluntad de una minoría impuesta por la fuerza sobre la mayoría. Se funda sobre el terror y la opresión, la prensa y la radio controladas, elecciones prefijadas y la supresión de libertades individuales (The Truman Doctrine calls for aid to Greece and Turkey to contain totalitarianism, 1947 en Griffith y Baker, 2001: 202-203).

La nueva doctrina fue acompañada por una reforma institucional gubernamental orientada a organizar la seguridad nacional. Por medio de la Ley de Seguridad Nacional (1947) se creó el Departamento de Defensa, agrupando al ex departamento de guerra y a la marina, a la vez que se aprobó la constitución del Consejo de Seguridad Nacional (para asesorar al Presidente) y de la Agencia Nacional de Inteligencia (CIA) (Norton, Katzman, Escott *et al.*, 1999: 555). Estas instituciones estarían habilitadas para actuar en el exterior por “medios clandestinos”, debido a que existía “información vital para la seguridad de Estados Unidos, que sólo podía ser obtenida mediante operaciones encubiertas” (United States Department of State Founding of the National Intelligence Structure. agosto de 1945-enero de 1946, Doc 26). Los operativos secretos de “inteligencia”, incluían mecanismos de “espionaje y contraespionaje” en el exterior, mientras que estaba terminantemente prohibido llevar a cabo este tipo de acciones en territorio estadounidense. (Foreign Relations of the United States 1945-1950 Emergence of the Intelligence Establishment. Memorandum From the Director of the Office of Strategic Services [Donovan] to President Truman, Washington, 25 de agosto de 1945, Doc. 3). Esta “prohibición” perdió vigencia con las prácticas e instituciones habilitadas por el macarthismo, que no se restringieron a operativos legales y públicos,⁷ sino que también se materializaron en operaciones encubiertas.⁸

⁷ Algunos de ellos fueron la Ley Smith de 1940 y la Ley McCarran o “Ley de Seguridad Interna” de 1950; las instituciones que pusieron en marcha el macarthismo fueron las “oficinas de seguimiento de la lealtad” y algunas agencias privadas que trabajaban para grandes corporaciones y empresas medianas que estaban preocupadas por la amenaza comunista. Asimismo, en el Congreso la Cámara de Diputados contaba con un Comité de Actividades antiamericanas, mientras que en el Senado se hallaba el Subcomité de Seguridad Interna y el Subcomité Permanente del Senado en Investigaciones. Desde estos espacios constitucionales se llevaron a cabo operativos encubiertos y represivos, como la elaboración de listas negras, el despido de trabajadores del Estado y diferentes formas (ilegales) de recolectar información. E. Hoover, que había sido Director del FBI durante los años veinte, institucionalizó el COINTELPRO (1957) a

A estas medidas, de política nacional e internacional, le siguió un incremento del presupuesto para defensa y la constitución de lo que luego fue denominado por el Presidente Dwight Eisenhower “complejo industrial-militar”. Esta militarización de la economía se llevó a cabo de manera simultánea a la militarización de la política, constituyéndose una élite gubernamental protagonizada por políticos, empresarios y militares íntimamente relacionados entre sí y con intereses similares (Wright Mills, 1978: 16). La injerencia de lo militar en la decisión política permitió la legitimación nacional de relaciones externas basadas en la intervención, ya fuese militar, política o económica, directa o indirecta (Chomsky, 1984). Esto condujo a la naturalización de la posibilidad e incluso la necesidad de intervenir (de manera directa o indirecta) en “determinadas” ocasiones (que implicaban un amplio espectro de situaciones no definidas con especificidad) como alternativa para garantizar y consolidar la seguridad nacional estadounidense. De hecho, en el caso de América Latina (después de la Revolución cubana), el gobierno estadounidense insistía en que no podía “darse el lujo de otra Cuba”, debido a que la caída de otro país bajo el poder del bloque sino-soviético implicaba una “amenaza directa para Estados Unidos” (United States Department of State. *Foreign Relations*. 1961-1963, vol. XII. Doc. 76).

Estas reflexiones eran justificadas en el marco de una economía que crecía con base en el complejo industrial-militar. Uno de los discursos que

fin de llevar a cabo operativos encubiertos para “recolectar información”. Las actividades de este nuevo organismo adquirieron su auge en la década de 1960 (en oposición a los movimientos sociales emergentes), aplicando los mismos mecanismos que la CIA y el Departamento de Estado practicaban a nivel internacional, que incluían las “operaciones encubiertas”. Asimismo, se implementó la “guerra psicológica” que implicaba el control de la difusión de panfletos, folletos, publicaciones y programas de televisión, la difusión de historias falsas por medio de la prensa, el envío de información confusa o falsa, el envío de cartas y llamados anónimos, la intervención de llamadas y del correo postal, etcétera (What really happened, COINTELPRO, 2009). De acuerdo con la información recolectada por Brian Glick, COINTELPRO siguió operando a lo largo de la década de los ochenta y durante los años de la década de los noventa (Glick en Third World Traveler, 2009).

⁸ De este modo, los mecanismos encubiertos mantuvieron una articulación entre el plano de la “seguridad” interna y en la política exterior. Un ejemplo de ello es la siguiente afirmación de Rositzke, un ex jefe de la CIA: “Durante los años cincuenta las actividades encubiertas investigaban muchos de los temas que permeaban la propaganda oficial y no oficial estadounidenses. La política fue reducida a una simple fórmula blanco-negro en términos de Este-Oeste, esclavitud o libertad [...] Hacia finales de los cincuenta, y durante los sesenta, la propaganda estadounidense hizo un esfuerzo por alcanzar el tercer mundo, sus lineamientos generales tuvieron que adecuarse a audiencias no capitalistas” (What really happened, COINTELPRO US Domestic Covert Operations, 2009).

probablemente contribuyó a legitimar esta práctica, fue el del realismo en el campo de los estudios sobre relaciones internacionales. Esta corriente teórica se consolidó con la guerra fría (Walt, 1998: 32) y se basó en supuestos tales como que el orden internacional es anárquico, que siempre prevalece la lógica del interés nacional, que predomina el interés entendido en términos de poder, que la cooperación entre estados resulta muy limitada y que el Estado es el núcleo de las relaciones internacionales y se considera “racional”. Si bien los realistas resaltaban el carácter “racional” de los estados e intentaban apartarse explícitamente de los planteos morales, consideramos que estos constituyeron uno de los pilares del discurso oficial. La guerra fría fue “vendida” al pueblo estadounidense como una “cruzada moral”, a pesar de que varios estadistas e ideólogos en turno (como Kennan, Kissinger y Rostow) “renegaran” de ello e insistieran en la necesidad de asumir posturas “racionales y rentables” (Hoffman, 1988). Por consiguiente, la “amenaza a los valores americanos” (la igualdad, la libertad, el derecho de propiedad, etc.) sintetizados en la democracia liberal, fue asociada directamente a la idea de seguridad nacional, que implicaba garantizar la seguridad territorial pero también la protección de los valores estadounidenses del *American way of life* (Barnet, 1974). Estos valores no debían sólo ser preservados sino “extendidos” al resto del mundo, en especial la democracia, debido a que —siguiendo los supuestos wilsonianos— los estados democráticos son inherentemente pacíficos (Walt, 1998).⁹

Esta concepción de seguridad nacional que amalgamaba aspectos del realismo y del liberalismo, se caracterizó por una terminología dirigida a identificar aquello que resultaba una “amenaza” para el orden instituido por tales ideales.¹⁰ Algunos conceptos como “disuasión”, “insurgencia”,

⁹ Los postulados de W. Wilson (1913-1925) pueden sintetizarse del siguiente modo: los estados estarían mejor formados en caso de que pudieran ser autónomos y democráticos; un mundo políticamente plural estaría predispuesto a ser abierto en lo económico; un orden mundial antiimperialista, económicamente interdependiente y políticamente plural necesitaba la creación de organizaciones internacionales sin precedente en la historia, que tuvieran como principal objetivo mantener la paz (Smith, 1999: 174). Como contemporáneo de Wilson, Lenin (1917: 163) sostenía que la política exterior de conquista del imperialismo estadounidense era encubierta por Wilson y sus partidarios con falsas consignas demagógicas y frases como la “democracia” y la “Liga de las Naciones”. Asimismo, afirmaba que “la idealizada república democrática de Wilson resultó en la práctica la forma de imperialismo más bestial, la más desvergonzada opresión y aplastamiento de los pueblos más débiles y pequeños”. En esta línea, La Feber (1999: 266-268) sostiene que lo interesante es revisar si las políticas de Wilson se definieron en la práctica a favor de la democracia, o realmente fueron orientadas a allanar el camino de la expansión del capitalismo.

“subversión” y “contención”, protagonizaron el discurso de los funcionarios de gobierno durante los primeros decenios de la guerra fría. La “disuasión” implicaba diferentes estrategias de defensa frente al avance del comunismo, incluidas el desarrollo de misiles, armamentos convencionales, entrenamiento y operativos de inteligencia (United States Department of State, *Foreign Relations*, 1961-1963, vol. VIII, Doc. 21). La “insurgencia” era definida como “el uso sistemático de la violencia para desestabilizar el orden social y político establecido. Se exime de esta definición a los golpes de Estado perpetrados por militares, el vandalismo y los desórdenes espontáneos” (*ibid.*, 1964-1968, vol. XXXI, Doc. 38). La “contención”, tal cual es definida en el National Security Council, Paper num. 68:

se trata de una política que busca por todos los medios, fuera de la guerra: 1] bloquear la expansión del poder soviético; 2] exponer las falsedades de las pretensiones soviéticas; inducir a una retracción el control y la influencia del Kremlin; 3] en general, promover las semillas de destrucción del sistema al punto de lograr modificar su comportamiento para que se adecue a los estándares generalmente aceptados a nivel internacional (*National Security*, Paper num. 68 en Griffinth y Baker, 2001: 305-307).¹¹

Teniendo en cuenta que estas nociones se hallaban presentes en la mayoría de los “diagnósticos” realizados por el gobierno estadounidense sobre el avance del comunismo, nos preguntamos cuáles eran los puntos que permitirían vincular una estrategia de seguridad nacional basada en la contención y eliminación de la “amenaza comunista”, con el discurso de la igualdad y la libertad propio de la democracia. Una posible respuesta descansa en el peligro que implicaba el socialismo-comunismo para el “modo de vida estadounidense” que, desde un punto de vista moral, era concebido no sólo como el mejor,¹² sino como el único capaz de promover un sistema mundial “pacífico” y “democrático”. A su vez, la preservación de este modo de vida

¹⁰ Schlesinger (1990: 195; 215) sostiene que para enfrentar la “paranoia soviética” de los primeros decenios de guerra fría, la política exterior estadounidense tuvo que acudir a la fusión entre principios realistas y liberales a fin de enfrentar la presión soviética por dividir al mundo en “esferas de influencia”. En cambio, en este artículo planteamos la fusión entre ambas corrientes para dar cuenta de que la expansión imperial de Estados Unidos no podía centrarse solamente en principios realistas como la seguridad interna, sino que para ser legitimada a escala internacional recurrió a la “democracia liberal” como complementaria con dicho principio. Esto se comprende mejor si tenemos en cuenta que la “democratización” contribuía a la “estabilización” de las sociedades (Gaddis, 2003:94).

¹¹ Vale la pena agregar que W. A. Williams (2007: 179) señala que este documento sintetiza el imperialismo inherente a la política exterior estadounidense.

estaba estrechamente ligada a la expansión de la democracia liberal hacia otros países, en tanto resultaba funcional a los intereses económicos que sustentaban dicho orden.

DEMOCRACIA EFECTIVA Y SEGURIDAD NACIONAL
EN LA GUERRA CONTRA EL “TERRORISMO GLOBAL”

Tomando en cuenta la relación entre seguridad nacional y democracia, establecida durante la guerra fría, intentaremos rastrear estas características en el discurso oficial *establishment* de George W. Bush posterior a ataque del 11 de septiembre de 2001. En las Estrategias de Seguridad Nacional de los años 2002 y 2006 (NSS) hallamos importantes referencias a estos dos conceptos que siguen conformando los pilares básicos de los planes para “garantizar” la seguridad de Estados Unidos, continuando con la fusión entre principios típicos del realismo (como la seguridad, la importancia de lo militar, la intervención unilateral, etc.) y fundamentos liberales (expansión de la democracia, sistemas de decisión multilateral, negociación pacífica, etc.). De este modo se argumenta que, dado que las democracias son los “miembros más responsables en el escenario internacional”, promover este sistema de gobierno es la medida más efectiva a largo plazo para reforzar la estabilidad interna, reducir los conflictos regionales y contrarrestar al terrorismo (y a los estados que lo apoyan) así como para extender la paz y la prosperidad (NSS, 2006:1). El término “democracia” es definido como “democracia efectiva”, que se focaliza en los aspectos procedimentales-formales¹³ de la democracia liberal y consiste en un proceso de elecciones libre y justo; gobernabilidad, lo cual implica instituciones transparentes que operen bajo el régimen de la ley, incluyendo una legislatura y un poder judicial autónomos; una sociedad civil fuerte e independiente y libertad de prensa que contribuya a mantener la honestidad del gobierno, el compromiso de los ciudadanos y el fomento de reformas (*U.S. Human Rights and Democracy Strategy Supporting*, 2006).

¹² Esto es explicado por la tesis del “excepcionalismo estadounidense” que se basa en “la profunda y duradera fe del carácter singular único, ‘sin precedentes’ e ‘irrepetibles’ de Estados Unidos y de su misión como democracia modelo [...]” (Hoffman, 1988: 16). Véase también: Busso, A., 2008, “Identidad y fuerzas profundas en Estados Unidos. Excepcionalismo, tradición liberal-tradición conservadora, aislacionismo-internacionalismo, política y religión: su impacto en la política exterior”.

La urgencia de propagar esta forma de gobierno descansa en que “la democracia de Estados Unidos y su seguridad dependen de la capacidad para expandir este régimen político al resto del mundo” (Berkowitz, 2004). Al ser la democracia uno de los valores liberales por excelencia, podemos afirmar que el liberalismo (especialmente después de la caída de la Unión Soviética) tuvo (y tiene) como función “aumentar la seguridad nacional estadounidense, intentando organizar los asuntos mundiales de modo tal que se correspondan con las necesidades de los intereses económicos, políticos y culturales de Estados Unidos” (Smith, 1999:179). Justamente, uno de los aspectos que sobresale en la NSS es lo relativo a los beneficios económicos que emanan del sistema democrático (NSS, 2006:4). En este sentido, es probable que esta democracia resulte “efectiva”, antes que nada, para expandir la doctrina del “libre mercado” a fin de lograr mayor y mejor acceso a los recursos de otros países.

Con respecto al concepto de seguridad nacional, queda claro que el principal enemigo es el “terrorismo”, por lo cual es necesario emprender una “guerra total”, de extensión indefinida en el tiempo y en el espacio a fin de eliminarlo (NSS, 2002. Introducción). El núcleo de la política antiterrorista es la “guerra preventiva”,¹⁴ que implica “atacar al terrorismo en el lugar en el cual se gesta, antes de ser atacados en el propio territorio” (NSS, 2002:15). La justificación de esta acción “preventiva” reside en que “con el colapso de la Unión Soviética y el fin de la guerra fría, nuestra seguridad sufrió profundas transformaciones. Hoy el entorno de la seguridad es cada vez más complejo y peligroso” (NSS, 2002:13).

Deseamos señalar que durante la guerra fría fueron utilizadas algunas explicaciones similares, que hacían alusión a la “intervención preventiva” como una “acción que debía ser montada con rapidez, ya que su propósito es prevenir la situación de crisis antes de que el comunismo tenga la posibilidad de aprovechar estas posibilidades” (Plank, 1965: 45). Este argumento coincide con los consejos de “precaución” que proliferaban en la época: “Las chances de que el comunismo tome el control en cualquier país latinoamericano en un futuro cercano, son muy pocas. De cualquier manera, lo mismo podría haber sido dicho de Cuba en 1957. Hay una amenaza real inherente a la situación, y el peligro va a persistir por lo menos una generación” (United States Department of State, *Foreign Relations*, 1964-1968, vol. xxxi, Doc. 24).

¹³ Describiremos este concepto en el apartado sobre élites, democracia y seguridad.

¹⁴ La particularidad de la “prevención” es que puede ser aplicada contra cualquier disidencia, que por más mínima que sea, indica peligro y la posibilidad de una guerra futura

Tales afirmaciones no se alejan demasiado de las que justificaron la “guerra preventiva”, ya que aunque no se esté seguro acerca de cómo, dónde o quiénes llevarán a cabo acciones “amenazantes”, se podrán tomar medidas a fin de “prevenirlo”: “Algunos conflictos implican tal amenaza a nuestros intereses y valores en el exterior de modo que es posible que sea necesaria la intervención para restaurar la paz y la estabilidad” (NSS, 2006: 16). La ambigüedad que emerge de este tipo de discurso no pasó desapercibida para el *establishment* estadounidense en tanto que aseguró que estaba dispuesto a actuar de manera preventiva en el ejercicio inherente a su propia defensa, pero no recurrirá en todos los casos a “prevenir” amenazas emergentes, tratando de evitar las acciones militares, aclarando que ningún país deberá utilizar –en ningún caso– la prevención como pretexto de agresión (NSS, 2006: 18). De esta forma, queda sentado que el mismo gobierno era (es) consciente del peligro que implican los borrosos límites entre una “guerra preventiva” y una guerra por “algún” motivo, además de subrayar que el único gobierno capaz de no confundirse entre “prevención” y “agresión” es el estadounidense.

A pesar del énfasis en la “nueva” doctrina de la “prevención”, en una investigación reciente de la *Rand Corporation* (preparada especialmente para la Secretaría de Defensa) se planteaba la necesidad de volver a centrarse en estrategias de “subversión” e “insurgencia” (típicas de la doctrina de la “contención”) sin descuidar los cambios en las tácticas y recursos de los que disponen actualmente los “insurgentes” (Rosenau, 2007). Esto obedece a la necesidad de formular una “doctrina antisubversiva”, para que las fuerzas armadas nacionales y las fuerzas extranjeras accedan a manuales que no se limiten a meras “recetas” (Rosenau, 2007: 14).

La vigencia de lógicas presentes en la guerra fría, deja entrever que la política exterior estadounidense permanece sustentada por premisas realistas, poniendo en primer plano la “seguridad nacional” y la acción unilateral cuando se estima que aquella está en peligro, entrando en una aparente “tensión” con el idealismo wilsoniano de expansión de la democracia y mantenimiento de la paz por medio de organismos internacionales. La tensión es “aparente” porque las NSS ponen en evidencia no sólo la posibilidad si no la necesidad de “fusionar” ambas visiones, a fin de legitimar las agresivas intervenciones estadounidenses en el exterior y de legalizar acciones antidemocráticas en el plano nacional.

LAS MEDIDAS ANTITERRORISTAS AL INTERIOR DEL ESTADO ESTADUNIDENSE

Los operativos de “espionaje” y “contraespionaje” de la administración de George W. Bush para vigilar a ciudadanos estadounidenses mediante mecanismos legales, se presentaron como una “novedad”. Si bien es cierto que se llevaron al extremo estos mecanismos en el marco de la guerra contra el “terrorismo global”, debemos tener en cuenta los numerosos antecedentes, a fin de contextualizar la manera en que, históricamente, el *establishment* estadounidense ha actuado en “defensa de la seguridad nacional”. No obstante, la permanencia de una estructura histórica, no implica la ausencia de contradicciones y conflictos, lo cual se pone en evidencia si recordamos que al inicio de su presidencia, Bush intentó llevar a cabo modificaciones con respecto a la seguridad, pero su propuesta fue rechazada. Con los ataques del 11 de septiembre, sin embargo, tales reformas lograron consenso. De este modo, se creó el puesto de Director de la Agencia Nacional de Inteligencia (CIA) asignándole mayor presupuesto, más tareas y más personal; también se conformó el Centro Nacional de Antiterrorismo y el Centro Nacional de Antiproliferación, transformaciones que se extendieron también al FBI (NSS, 2006: 43).

En el marco de estos cambios se impulsó la Ley Patriota, que es el documento que deja sentado el “recorte” de las libertades civiles de los norteamericanos (especialmente de los inmigrantes) y tiene por objeto condenar todo tipo de acción asociada al “terrorismo” nacional o internacional. Resulta fundamental mencionar que la lucha contra el terrorismo fue “inaugurada” por el presidente Reagan, quien a su vez fue el primero en retomar explícitamente en su discurso los principios democráticos del “wilsonianismo” (La Feber, 1999). Asimismo, las actuales normativas antiterroristas se inspiran en la “Ley para la Reforma Inmigratoria y la Responsabilidad del Inmigrante” de 1996; en la “Ley de Antiterrorismo y Pena de Muerte Efectiva” de 1996 y la Ley para la Vigilancia de Inteligencia Internacional FISA (*Foreign Intelligence Surveillance Act*) de 1978. La Ley Antiterrorista se dirigía especialmente a extranjeros, permitiendo la exclusión y deportación “inmediata” de extranjeros, el uso de información secreta y la intervención de líneas telefónicas por parte de funcionarios dedicados a garantizar la seguridad de Estados Unidos y sus ciudadanos (título IV en Doyle, 1996). La FISA, se orientaba a detectar extranjeros vinculados a “actividades de inteligencia” y permitía la intervención de comunicaciones y escuchas telefónicas (FISA en *Electronic Privacy Information Center*).

La Ley Patriota posee normativas similares a las mencionadas, sólo que se extiende a cualquier ciudadano estadounidense, aunque el *target* siguen siendo

los inmigrantes, a pesar de los resguardos contra la discriminación de “musulmanes, árabes o asiáticos” detallados al inicio del documento (Título I, sec. 102). Esta nueva ley, permite a funcionarios de gobierno interceptar conversaciones telefónicas y comunicaciones realizadas por cualquier vía electrónica que se “hallen relacionadas con el terrorismo” (Título II, sec. 201); también se habilita a compartir información sobre investigaciones criminales, incluyendo información de inteligencia extranjera (*foreign intelligence*) y contrainteligencia (*counter intelligence*) (sec. 202). Este tipo de normativas dan cuenta del amplio alcance de las medidas en tanto que pueden ser aplicadas a asuntos de “terrorismo doméstico” y acciones “criminales” domésticas.

El concepto de “terrorismo doméstico” se refiere a

actividades que implican actos peligrosos para la vida humana y que violan las Leyes Criminales de Estados Unidos o cualquiera de sus Estados; que aparentemente tienen la intención de intimidar o ejercer coerción sobre población civil; que tienen la intención de influenciar a la policía o al gobierno por medio de intimidación o coerción; que se hallan destinadas a afectar la conducta del gobierno por medio de destrucción masiva, asesinato, secuestro [...] (Título VIII, sec. 802).

Esta definición (al igual que en la de “terrorismo”, “terrorismo federal” y “actividad terrorista”)¹⁵ deja asentada la ambigüedad y amplitud de lo que se entiende por “actividad terrorista” ya que cualquier acto “criminal” puede ser considerado como tal. Por otro lado también se pone de relieve el “alcance global” de estas medidas, que pretenden ser aplicadas en el exterior, pasando por alto la soberanía de otros estados y las recomendaciones de los organismos internacionales.

No conforme, el poder ejecutivo buscó ampliar el alcance de este cuerpo normativo para “garantizar la seguridad nacional”, por lo cual elaboró la “Ley de Ampliación de la Seguridad Doméstica de 2003”, también denominada “Ley Patriota II”. El borrador de esta Ley era material secreto (que no debía ser publicado) pero que cayó en manos de una organización de periodistas independientes: el Centro para la Integridad Pública (*Center for Public Integrity*). Cabe señalar aquí que, al igual que con la primera Ley Patriota, al parecer no había intenciones de someter su contenido al debate público, lo cual deja espacio para pensar —como declaró Bill Allison (Director Editorial del *Center for Public Integrity*)— que “quizá el gobierno estaba esperando otro ataque para poner en vigencia este cuerpo normativo” (Jones, 2003).

La mayoría de las medidas “antiterroristas” detalladas en la Ley Patriota II, son dirigidas a extranjeros, y refuerzan o aumentan la posibilidad de investigación y vigilancia por parte de los organismos estatales, facilitando el acceso a la información por medio de la intervención en comunicaciones de todo tipo, archivos de consumidores de cualquier entidad privada, acceso a correos-e y listas telefónicas, etc. (Título I, secs. 101, 102, 105., 107). Además, permite la identificación del ADN de extranjeros y la aceleración del proceso de autopsia y deportación (Título I, sec. 127, Título III, 304). Uno de los puntos que aborda es el “alcance” de las “Cartas de Seguridad Nacional” (Título I, sec. 129) que permiten a funcionarios del FBI obtener información sin necesidad de una orden de la Corte. En la Ley Patriota se estipulaba que estas cartas serían utilizadas en casos de “terrorismo internacional”, pero a partir de las correcciones realizadas en la Ley Patriota II, se permite su aplicación en casos de “terrorismo doméstico”, ya que “las circunstancias han demostrado la difusa línea que divide a los dos tipos de terrorismo” (Título I, sec. 129). Según las denuncias del “*Bill of Rights Defense Comité*” (2007) estas cartas fueron utilizadas en situaciones de emergencia que luego demostraron no tener ese carácter; además se ocultó al Congreso el número exacto de cartas de hecho utilizadas y se recolectó información de miles de personas que –luego de ser probada su inocencia– no fue “borrada”, sino que sigue a disposición de los organismos del gobierno y empresas. Sumado a estas acusaciones, en los primeros meses del 2008 se publicó información que confirmaba que la CIA también estaba haciendo uso de estas cartas (*The Washington Post*, 25 de enero de 2008).

Si bien la Ley Patriota II no entró en vigencia –en parte debido a las acusaciones– sí se aprobó la “Ley para la protección de América” (2007) que introduce modificaciones a la FISA,¹⁶ además de proponer la extensión de funciones y atribuciones de los organismos de seguridad del Estado y el ejecutivo anhela que se le otorgue vigencia “permanente”. De hecho, el Vicepresidente Cheney pretendía que las compañías de telecomunicaciones e información fuesen “inmunes a los juicios que se les declarasen después de haber habilitado al gobierno archivos con información privada sobre teléfonos y correos-e, sin contar con una orden de la Corte que lo habilitara” (*Seattle Post-Intelligencer*, 24 de enero de 2008).

¹⁵ Véase: Ley Patriota 2001, Título IV, sec. 411.

¹⁶ Para ampliar la información acerca de las modificaciones de la FISA véase la página de seguridad interna (*Homeland Security*) <http://www.whitehouse.gov/infocus/homeland>

La presencia de estas reglas y las quejas con respecto a su puesta en práctica, demuestra que no todos los ciudadanos estadounidenses¹⁷ concuerdan con la “falsa dicotomía” planteada por el gobierno cuando sostiene que para garantizar la seguridad, es necesario e inminente restringir las libertades civiles. No obstante, este discurso pudo y aún puede sostenerse debido a que apela a los principios morales, quizá con mayor énfasis que durante la guerra fría (Eisenberg, 2005), resaltando el papel de liderazgo de Estados Unidos en nombre de la paz y la libertad en todo el mundo. En su último discurso al Congreso, George W. Bush (2008) reafirmó tales ideales: “América, entonces, está utilizando su influencia para construir un mundo más libre, esperanzado y compasivo. Este es el reflejo de nuestros intereses nacionales; es el llamado de nuestra conciencia”. De cualquier manera, si este discurso no “convence” al pueblo estadounidense, el poder ejecutivo está listo para imponer sus decisiones, evitando los debates en el Congreso y las discusiones de la opinión pública, como lo deja claro la vigencia misma de la Ley Patriota.

LA “ÉLITE DEL PODER” COMO BASE DE LA RELACIÓN ENTRE DEMOCRACIA Y SEGURIDAD

¿Cómo es que la democracia puede “adaptarse” a las necesidades de la “seguridad nacional”? Consideramos que parte de la respuesta se halla en algunos aspectos que caracterizaron a la democracia liberal estadounidense desde sus orígenes. En primer lugar, entendemos que el régimen democrático instrumentado por el gobierno de Estados Unidos parece haber sido eficaz en relación a preceptos políticos y económicos liberales conjugados en el modo de producción capitalista. De este modo, el capitalismo hizo posible una democracia en la cual la formalidad de igualdad de derechos políticos tiene mínimos efectos sobre las desigualdades o las relaciones de dominación y explotación en otras esferas (Meiksins Wood, 2000: 272).

En segundo lugar, vale aclarar que uno de los aspectos básicos de la democracia liberal (quizá el más importante) es el “procedimiento” que impli-

¹⁷ Existen varias organizaciones que se opusieron a la política interna y externa del gobierno de George W. Bush: Unión para la Defensa de las Libertades Civiles (ACLU, <www.aclu.org>); Centro para la Integridad Pública (*Center for Public Integrity*); Info-guerra (*Infowar*, <www.infowars.com>); Centro para la Privacidad Electrónica (*Electronic Privacy Information Center*), etc.

ca dicha forma de gobierno. Joseph Schumpeter (1996) abordó particularmente la relación entre la dimensión política y la económica en el seno de la democracia liberal, focalizando en su aspecto “procedimental-formal”, entendiendo el proceso electoral como una competencia por votos, al igual que la competencia en el seno del sistema de libre mercado.¹⁸

Una de las características del “procedimiento” de la democracia liberal es la posibilidad de representación y debemos señalar que desde los orígenes de este régimen político los hombres habilitados para ser “representantes” eran los propietarios, que en lugar de representar a la mayoría tendían a “representar” los intereses del sector al que pertenecían. Como sugiere Meiksins Wood (2000: 251-252), para los federalistas que fundaron la democracia estadounidense “la representación no (era) una forma de implantar, sino de evitar, o por lo menos de sortear parcialmente la democracia”. De esta manera, se llevó a cabo la inclusión de agricultores y trabajadores de salarios medios que sirvieron como “freno” a la participación de los sectores más bajos de la sociedad estadounidense. Esto permitió que una élite mantuviera el poder y el control mediante “un mínimo de coerción, un máximo de fuerza legal y un barnizado general de patriotismo y unidad” (Zinn, 1999: 79).

Hemos retomado la relación entre capitalismo y democracia y su anclaje en una élite o grupo minoritario, a fin de comprender el proceso histórico mediante el cual se ha consolidado el discurso de la democracia liberal-procedimental estadounidense. La corriente elitista fue una de las líneas teóricas que se percató de estas limitaciones y debilidades de la democracia liberal, postulándose como opuesta al pluralismo,¹⁹ sosteniendo –a diferencia de aquel– que existe una vinculación e intereses comunes entre los grupos pertenecientes a altos círculos políticos, militares, empresariales y universitarios que influyen en la toma de decisión.

Estas redes de poder pueden ser detectadas con claridad después del ataque a las Torres Gemelas, cuando los grupos con mayor influencia en la

¹⁸ Según este autor, el “método democrático es aquel sistema institucional para llegar a las decisiones políticas, en el que los individuos adquieren el poder por medio de una lucha de competencia por el voto del pueblo” (Schumpeter, 1996: 345). Asimismo, agrega: “Los procedimientos para fabricar problemas que apasionan a la opinión y a la voluntad popular acerca de estos problemas, son similares exactamente a los que se emplean en la propaganda comercial” (Schumpeter, 1996: 336).

¹⁹ El pluralismo sostiene que el sistema político se halla conformado por múltiples grupos opuestos que pretenden influir en el proceso de toma de decisión, y que el gobierno, entonces, se guía por el interés de todos y no sólo por el de un grupo o alianza de grupos (Evans, 1997: 237).

toma de decisión promovieron la expansión del complejo “industrial-militar”, aceitando la vinculación del Pentágono con empresas proveedoras de bienes y prestadoras de servicios para la guerra y la “seguridad nacional”. La invasión a Irak contó con el esmero y la dedicación del Vicepresidente D. Cheney, quien algunos años antes (1995) había sido director ejecutivo de Halliburton Co., una de las empresas que celebró contratos con el Pentágono por aproximadamente 7 mil millones de dólares entre los años 1998 y 2003 (Markinson, 2006). De igual manera, la firma Terry Sullivan perteneciente al marido de la subdirectora de la “Secretaría de Defensa para la Seguridad y Operaciones de Información” logró un contrato con el Pentágono por medio de la Science Applications International Corp., otra de las empresas favorecidas con la guerra en Irak (Williams, 2003); un caso similar es el de Michael W. Wynne, Subsecretario de “Defensa para Adquisiciones, Tecnología y Logística” que fue presidente de la división espacial de Lockheed Martin y vicepresidente de General Dynamycs (Serrano, 2005). Vale recordar que la Lockheed Martin, entre 1998 y 2003 firmó contratos con el gobierno estadounidense por 94 mil millones de dólares (Markinson, 2003). Otro ejemplo es el de Anthony Thether, Director de la agencia encargada de la investigación militar en el marco del Departamento de Defensa (DARPA), quien anteriormente había sido vicepresidente de la Corporación Aeroespacial Ford y miembro del directorio de la empresa Dynamic Technology (Markinson, 2003). Este tipo de “conexiones” entre empresas y funcionarios dejó al descubierto que la mayoría de los contratos fue acordada con base en “preferencias”, evitando la licitación pública. Debemos tener en cuenta que son más de setenta las empresas estadounidenses vinculadas a la guerra en Afganistán e Irak y el 60% de estas compañías poseen empleados o miembros directivos que trabajan o mantienen importantes vínculos con funcionarios del poder ejecutivo, miembros del congreso y militares de alto rango (Baron, Beelman, Gordon, *et al.*, 2003).

Las grandes empresas no sólo “auspician” la guerra, también apoyan las campañas electorales e invierten en el cabildeo político. Así es que en un periodo de seis años (1998-2003), la ATT aportó 9.9 millones para campañas, SBC Communication invirtió 9.2 millones y FedEx 8 millones de dólares. Asimismo, en esos años el candidato a presidente Bush recibió 4.5 millones de dólares para su campaña, de las 737 empresas líderes en contratos de defensa (Markinson, 2003). Los políticos de la “minoría privilegiada”, que obtienen este “apoyo” de las empresas, constituyen el núcleo de ciudadanos capaces de postularse a la presidencia y que suelen formar parte de la élite económica de la nación. De esta manera, Mitt Romney (republicano)

cuenta con una fortuna de 200 millones de dólares y destinó 18 millones de esos fondos durante el 2007 para gastos de campaña (*El imparcial*, 2008); Barack Obama (demócrata), tiene una fortuna personal que “apenas” alcanza el millón de dólares (Brooks, 2006), pero logró reunir 32 millones para su campaña solamente en enero de 2008 (*Clarín*, 1 de febrero de 2008); Edwards (demócrata), al ingresar en la “carrera política” (1997) ya contaba con una fortuna personal que oscilaba entre los 13 y los 38 millones de dólares (Lewis, 2004); Bill Richardson (demócrata) gobernador de Nuevo México, en 2006 contaba con una fortuna personal de 3.5 millones; Hillary Clinton, reunió 26.5 millones de dólares en el último tercio del 2007 (*Clarín*, 1 de febrero de 2008).

Es importante agregar que funcionarios sumamente influyentes de las gestiones de George W. Bush participaron en el gobierno de Bush padre, como D. Cheney y D. Rumsfeld e incluso en administraciones anteriores, como la de Gerald Ford (1974-1977), a la vez que participan de organizaciones no gubernamentales como la *New American Century*, que desde 1997 se dedica a establecer “nuevas” pautas de seguridad.²⁰ Otro caso clave son los burócratas que participaron en la *RAND Corporation*. Esta organización “independiente” y “sin fines de lucro”, según su informe del año 2004, realizó la mitad de sus investigaciones en torno a la “seguridad nacional” y algunos de sus integrantes han sido funcionarios sumamente influyentes del gobierno de George W. Bush, como Condoleezza Rice (que fue miembro del consejo de administración entre 1991 y 1997), o el mismo Rumsfeld, que fue director de la *RAND* entre 1981 y 1986.

REFLEXIONES FINALES

El discurso del *establishment* de George W. Bush centrado en la “seguridad” y caracterizado por la permanente alusión a los principios “democráticos”, da cuenta de la continuidad con las políticas de la guerra fría que apuntaban a fusionar realismo y liberalismo como modo de legitimar maniobras imperialistas de intervención unilateral y agresiva en el exterior, y de persecución y vigilancia en territorio nacional, en nombre de la democracia

²⁰ Las propuestas de Bush en términos de defensa y seguridad, apenas asumió como Presidente, eran similares a lo expuesto en un artículo del *New American Century* del año 2000, titulado *Rebuilding America's Defenses*.

y la seguridad. Este accionar se basa en la vinculación entre las grandes corporaciones, los funcionarios de alto rango y el aparato militar, relación crucial en la toma de decisiones sobre las políticas internas y externas, entre ellas los lineamientos en torno a la “seguridad”. A consecuencia de esta acumulación de poder en un grupo minoritario, se devalúa absolutamente la posibilidad de gobierno del “demos”, porque aquellos “elegidos” mediante el voto tienden a satisfacer las necesidades de una élite. El procedimiento, en este caso, reproduce este sistema que ha llegado a su punto culmine al “recortar” de manera legal las libertades civiles de sus propios ciudadanos, situación que —aunque lentamente— contribuye a debilitar la histórica legitimidad del discurso democrático-liberal.

EPÍLOGO

La victoria de Barack Obama, el primer presidente afroamericano, parece marcar un cambio de rumbo en la política interior de Estados Unidos, a la vez que se presenta como un cambio con repercusión mundial. La mayor parte de los países de las diferentes regiones del mundo, recibieron esta noticia con agrado y con esperanzas de que esto conlleve a importantes modificaciones en la participación de Estados Unidos en el orden internacional. Incluso se le compara con la victoria de John F. Kennedy a inicios de los años sesenta (*The New York Times*, 5 de noviembre de 2008).

Teniendo en cuenta la devaluación que ha sufrido la democracia dentro de Estados Unidos (así como en los países periféricos luego del “ajuste estructural” de los años noventa), la victoria de Obama ha cambiado la imagen ciertamente pesimista de esa democracia, asegurando que “sí se puede”, que sí existe realmente la democracia, y que es por medio de la democracia que se pueden generar los grandes cambios. El único inconveniente con esta lectura, es que no cuestiona las bases en las que descansa la democracia estadounidense y su capacidad de legalizar y legitimar las desigualdades, especialmente las de clase. En este sentido, y retomando la postura de Noam Chomsky (2008) al respecto, si bien por un lado Barack Obama es afroamericano, y eso implica un espectacular logro para las reivindicaciones raciales en Estados Unidos, por otro lado, esto no debe ocultar el hecho de que es un afroamericano con un estilo de vida como el de los blancos de clase media alta, educado en Harvard, que ha logrado el apoyo millonario de empresas en su campaña, atributos que lo habilitan a formar parte de una minoría

privilegiada. Aun considerando este marco, en el caso de que Obama posea verdaderas “intenciones” de llevar a cabo proyectos en favor de la mayoría menos favorecida de su país, es probable que su accionar se vea limitado por las redes de poder instituidas entre el sector público y privado, con lo cual nos parece adecuada la aclaración de Borón (2008) acerca de que no es lo mismo “llegar al gobierno” que “llegar al poder”.

Estas limitaciones se perciben específicamente en el ámbito de la política exterior, debido a que las continuidades en este campo “la imponen un conjunto de fuerzas, factores y fenómenos internos y externos que limitan la capacidad de acción e innovación de una persona con poder, por más de que él o ella sean el Presidente de Estados Unidos” (Tokatlian, 2008). Incluso desde una perspectiva estrictamente liberal, como la de Carlos Escudé (2008), también se pone de relieve esta situación: “creer que este candidato demócrata es menos belicista que su contrincante republicano, sería ingenuo. Si Obama propone un plazo de 16 meses para salir de Irak, es para llevar más tropas a Afganistán. Y su postura con respecto a intervenir militarmente en Pakistán, es más arriesgada que la de Mc Cain”.

De este modo, parece poco probable (o al menos, apresurado) postular que Obama estaría dispuesto a romper con los intereses de la élite del poder estadounidense, porque eso implicaría manifestarse en contra de la estructura y las redes de poder que le han permitido a él mismo alcanzar la presidencia. En este sentido, entendemos que el nuevo presidente seguramente se mostrará más diplomático y cordial que George W. Bush, pero eso no implica, en sí mismo, un giro o quiebre considerable en las decisiones con respecto a estados y regiones estratégicas para la “seguridad” de ese país.

REFERENCIAS

- Baran, P., Sweezy, P., 1974, *El capital monopolista. Ensayo sobre el orden económico y social de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Barnet, R., 1973, *Roots of war. The men and institutions behind U.S. foreign policy*, Baltimore, Penguin Books.
- Baron, K., Beelman, M., Gordon, N. et al., 2003, “Winning Contractors. U.S. Contractors Reap the Windfalls of Post-war Reconstruction”, *Center for Public Integrity*, October, <www.publicintegrity.org/wow/report.aspx?aid=65>.
- Berkowitz, P., 2004, “Why liberal democracy in America depends on promoting liberal democracy abroad”, *The War on Terror, Bush and the Liberal Tradition*, Hoover Institution, <www.hoover.org/publications/digest/3043131.html>.

- Boersener, D., 1982, *Relaciones internacionales de América Latina, Breve historia*, México, Nueva Imagen.
- Borón, Atilio, 2008, "Obama al gobierno, no al poder", *Página 12*, miércoles 5 de noviembre <www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/subnotas/114522-36412-2008-11-05.html>.
- Brooks, D., 2008, "Candidatos millonarios y un reverendo buscan el voto de los pobres", *Rebelión*, 16 de enero, <www.rebellion.org/noticia.php?id=61892>.
- Bush, G. W., 2008, "State of the Union", Chamber of the United States House of Representatives, United States Capitol, <www.whitehouse.gov/news/releases/2008/01/20080128-13.html>.
- Busso, A., 2008, "Identidad y fuerzas profundas en Estados Unidos. Excepcionalismo, tradición liberal-tradición conservadora, aislacionismo-internacionalismo, política y religión: su impacto en la política exterior", Busso A. (comp.), *Fuerzas profundas e identidad. Reflexiones en torno a su impacto en la política exterior*, Rosario, Universidad Nacional de Rosario.
- Caputo, O., Pizarro R., 1975, *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Ceceña, A., 2004, "Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites", Ceceña A. (comp.), *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI*, Buenos Aires, CLACSO.
- Chiaromonte, C., 2003, "La política exterior norteamericana del siglo XX", Pozzi, P. y Negra, F., *Huellas Imperiales. Historia de los Estados Unidos de América 1929-2000*, Buenos Aires, Imago Mundi, pp. 279-297.
- Chomsky, Noam, 2008, "Obama es parte de la clase privilegiada, es un blanco que tomó dos horas de sol", Perfil, <www.diarioperfil.com.ar/edimp/0307/articulo.php?art=10673&cd=0307>.
- _____, 2004, *Hegemonía o supervivencia. El dominio mundial de Estados Unidos*, Buenos Aires, Norma.
- _____, 1984, *La segunda Guerra Fría. Crítica de la política exterior norteamericana, sus mitos y su propaganda*, Barcelona, Crítica.
- Clarín 1 de febrero, 2008, "Obama recaudó US \$ 32 millones, cifra récord para fortalecer su campaña", <www.clarin.com/diario/2008/02/01/um/m-01598369.htm>.
- Cox, R., 1981, "Social forces, states and world orders: beyond international relations theory", *Millenium: Journal of international Studies*, vol. 10, num. 2.
- Domhoff, G. W. [1969], 2003, *¿Quién gobierna Estados Unidos?*, Mexico, Siglo XXI Editores.
- Dos Santos, T., 1972, *Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, Buenos Aires, Ediciones Periferia.
- _____, 1975, "La estructura de la dependencia", *Economía política del imperialismo*, Buenos Aires, Ediciones Periferia.
- Doyle, Ch., 1996, "Antiterrorism and Effective Death Penalty Act of 1996: A Summary". (<http://www.fas.org/irp/crs/96-499.htm>).
- Eisenberg, C., 2005, "The new cold war" *Diplomatic History*, vol 29, núm. 3, Junio.

- El Imparcial 2 de febrero, 2008, "Gasta Romney 35 mdd de su bolsillo en campaña", <www.elimparcial.com/EdicionEnLinea/Notas/Internacional/01022008/285855.aspx>.
- Escudé, Carlos, 2008, "Si no gana será sólo porque es negro", *Página 12*, 5 noviembre, <www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/subnotas/4-36413-2008-11-05.html>.
- Evans, M., 1997, "El elitismo" en Marsh D., y Stoker G. (eds.), *Teoría y Métodos de la Ciencia Política*, Madrid, Alianza.
- Gaddis, J., 2003, "Ideología, economía y solidaridad de alianzas", *De Sur a Norte*, vol. 5, núm. 5, Centro de Estudios Americanos, Buenos Aires, pp. 81-119.
- Glick, B., 2009, "COINTELPRO revisited: spying & disruption", *Third World Traveler*, <www.thirdworldtraveler.com/FBI/COINTELPRO_Revisited.html>.
- Griffith, R., Baker P. (eds.), 2001, *Major problems in American history since 1945*, Boston, Houghton Mifflin.
- Hoffman, S., 1988, *Orden mundial o primacía: La política exterior norteamericana desde la Guerra Fría*, Buenos Aires, GEL.
- Huberman, L., Sweezy, P., 1973, *Teoría de la política exterior norteamericana*, Buenos Aires, Merayo.
- Jones, A., 2003, "Total police state takeover: The Secret Patriot Act II Destroys What Is Left of American Liberty. A Brief Analysis of the Domestic Security Enhancement Act 2003, Also Known as Patriot Act II", <www.infowars.com/print/patriot_act/alex_s_analysis.htm>.
- Kolko, G., 1968, *The Politics of War*, New York, Random House.
- La Feber, W., 1999, "The tension between democracy and capitalism during the American Century", *Diplomatic History*, vol. 23, núm 2, primavera.
- Leal, B., 2003, "La doctrina de Seguridad Nacional: materialización de la guerra fría en América del Sur" *Revista de Estudios Sociales*, núm. 15 Universidad de los Andes.
- Lefler, M., 1999, "The Cold War: What do 'we do know?'" *American Historical Review*, abril, pp. 501-524.
- Lenin, V., 1972, *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, Buenos Aires, Polémica.
- Lewis, Ch. (dir.), 2004, "The Buying of a president", *Center for Public Integrity*, agosto, <www.publicintegrity.org/bop2004/report.aspx?aid=135>.
- Lustgarten, L., 2004, "National security, terrorism and constitutional balance", *The political Quarterly*, vol. 75, núm. 1, enero-marzo.
- Markinson, L., 2006, "Outsourcing the Pentagon. Who benefits from the Politics and Economics of National Security?", <www.publicintegrity.org/pns/report.aspx?aid=385#1>.
- Mechem, J., 1961, *The United States and the Interamerican System 1889-1960*, Texas, Austin University Press.
- Meiksins, Wood E., 2000, *Democracia contra capitalismo*, México, Siglo XXI Editores.
- Miscamble, W., 1992, *George F. Kennan and the making of American foreign policy, 1947-1950*, New Jersey, Princeton University Press.
- Newsweek, December 20, 2008, "Cover story: The Global Elite. The story of power". (<http://www.newsweek.com/id/38204>).

- Norton, Katzman, Escott *et al.*, 1999, *A people and a nation. A history of the United States*, Boston, Houghton Mifflin Company.
- Perkins, D., 1964, *Historia de la Doctrina Monroe*, Buenos Aires, Eudeba.
- Plank, J., 1965, "The Caribbean: intervention When and How", *Foreign Affairs*, vol. 44, núm. 1, octubre.
- Pozzi, P., 2003, "Estados Unidos y los orígenes de la Guerra Fría", *De Sur a Norte*, vol. 5, núm. 5, Centro de Estudios Americanos, Buenos Aires, pp. 13-21.
- Rabe, Stephen., 1999, *The most Dangerous Area in the World. John F. Kennedy Confronts Communist Revolution in Latin America*, University of North Carolina Press.
- _____, 1988, *Eisenhower and Latin America. The Foreign Policy of Anticommunism*, University of North Carolina Press.
- Rapoport, M. y Laufer, R., 2000, "Los Estados Unidos ante Brasil y Argentina. Los golpes militares en la década del 60", *Estudios disciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 11, núm. 2, julio-diciembre, <www.tau.ac.il/cial/xi_2/rapoport.html>.
- Rosenau, W., 2007, "Subversion and Insurgency", *Rand Counterinsurgency Study*, paper num 2, <www.rand.org>.
- Rothkopf, D., 2008, *Superclasse. A elite que influencia a vida de milhares de pessoas ao redor do mundo*, Río de Janeiro, Agir.
- Schlesinger, Jr., A., 1990, *Los ciclos de la historia Americana*, Buenos Aires, REI.
- Schumpeter, J., 1996, *Capitalismo, socialismo y democracia*, tomo II, España, Folio.
- Seattle Post-intelligencer, 24 de enero 2008 "Authority To Spy: Forever nosy", <seattlepi.nwsource.com/opinion/348682_fisaed.html>.
- Serrano, P., 2005, "Cómo se enriquecen las empresas de armamento y sus relaciones con la administración Bush. El dinero de la guerra contra el terrorismo", *Rebelión*, agosto, <www.rebelion.org/noticia.php?id=19400>.
- Smith, T., 1999, "Making the world safe for democracy in the American Century", *Diplomatic History*, vol 23, num 2, primavera.
- Swezy, Paul, 1973, *Capitalismo e imperialismo norteamericano*, Buenos Aires, Merayo.
- _____, y Magdoff, Harry, 1972, *Dinámica del capitalismo norteamericano. La estructura monopolista, la inflación, el crédito, el oro y el dólar*, México, Nuestro Tiempo.
- Tokatlian, Juan, 2008, "Después de las Primarias", *La Nación*, miércoles 13 de febrero, <www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=986872>.
- The New York Times, 5 noviembre de 2008, "Election unleashes a Floyd of hope Worldwide", <www.nytimes.com/2008/11/06/world/06worldreax.html?ref=world>.
- The Washington Post, 25 enero 2008, "Like FBI, CIA Has Used Secret 'Letters'", <www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2008/01/24/AR2008012403109_pf.html>.
- Tokatlian, J., 2008, "Después de las Primarias", *La Nación*, miércoles 13 de febrero, <www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=986872>.
- Vasquez, J., 1991, *El Poder de la Política del Poder*, Madrid, Gernika.
- Walt, S., 1998, "International Relations: one world, many theories", *Foreign Policy*, primavera, pp. 29-45.

- Williams, B., 2003, "A Family Connection. Sullivan Haave may be tiny, but it does have an influential Pentagon link", *Center for Public Integrity*, october, <www.publicintegrity.org/wow/report.aspx?aid=70>.
- Wright, Mills Ch., 1978, *La élite del poder*, México, FCE.
- Zinn, H., 1999, *La otra historia de los Estados Unidos (desde 1492 hasta hoy)*, México, Siglo XXI Editores.

DOCUMENTOS

- Fiscal Year 2009. Department of State and other international programs, <www.whitehouse.gov/omb/assets/fy2010_new_era/Department_of_State_and_Other_International_Programs1.pdf>.
- Organizing For America "Obama's Consistent Position on the Patriot Act", january 2008, <www.barackobama.com/factcheck/2008/01/05/fact_check_obamas_consistent_p_1.php>.
- Truman Doctrine. Draft of suggestions for the President's message to Congress in regard to the Greek situation, march 3, 1947, p.4, <www.trumanlibrary.org/whistlestop/study_collections/doctrine/large/documents/index.php?pageid=2&documentid=37&documentdate=1947-03-03&studycollectionid=TRDOCTRINE&groupid=>>.
- United States Department of State Founding of the National Intelligence Structure. August 1945- January 1946. Doc 26, <www.state.gov/www/about_state/history/intel/index.html>.
- United States Department of State. Foreign Relations. 1961-1963, vol. VIII. Doc 76 y 21, <www.state.gov/r/pa/ho/frus/kennedyjf>.
- United States Department of State. Foreign Relations. 1964-1968, vol. XXXI. Doc. 24 y 38, <www.state.gov/r/pa/ho/frus/johnsonlb/>.
- The National Security Strategy of the United States. 2002, <www.whitehouse.gov/nsc/nss.pdf>.
- The National Security Strategy of the United States. 2006, <www.whitehouse.gov/nsc/nss/2006/>.
- U.S. Human Rights and Democracy Strategy Supporting Human Rights and Democracy, <www.state.gov/g/drl/rls/shrd/2006/>.
- Illegal Immigration Reform and Immigrant Responsibility Act of 1996, <www.lib.umich.edu/govdocs/text/104208.txt>.
- USA Patriot Act of 2001, <frwebgate.access.gpo.gov/cgi-bin/getdoc.cgi?dbname=107_cong_public_laws&docid=f:publ056.107>.
- Domestic Security Enhancement Act of 2003. Draft-January 9, 2003 [Patriot Act II], <www.statewatch.org/news/2003/feb/patriot2draft.html>.
- Protect America Act of 2007, <frwebgate.access.gpo.gov/cgi-bin/getdoc.cgi?dbname=110_cong_public_laws&docid=f:publ055.110>.
- White House Agenda on Homeland Security, <www.whitehouse.gov/agenda/homeland_security/>.

- Department of Defense, <www.defenselink.mil/>.
- What Really Happened COINTELPRO. The sabotage of legitimate dissent, <whatreallyhappened.com/RANCHO/POLITICS/COINTELPRO/cointelpro.html>.
- Bill of Rights Defense Comitee, <www.bordc.org/threats/nsl.php>.
- Electronic Privacy Information Center, <<http://epic.org/privacy/terrorism/fisa/#Overview>>.
- Center for Public Integrity, <www.publicintegrity.org>.
- New American Century, <www.newamericancentury.org>.
- Center for American Progress, <www.americanprogress.org.html>.

ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA LATINA: MÁS ALLÁ DEL LIBRE COMERCIO

DARÍO SALINAS FIGUEREDO

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Los procesos de integración en América Latina han sido históricamente diversos en cuanto a sus implicaciones, alcances y fines. Todos han dejado, sin embargo, saldos notablemente deficitarios desde el punto de vista de los factores benéficos para el desarrollo. Varias han sido las políticas que a partir del tema comercial se han configurado en la historia regional y en prácticamente todas se puede verificar el interés y la gravitación de la política de Estados Unidos. Las más recientes experiencias se han dinamizado en una trama marcada por la preeminencia del mercado en la valoración y definición de la política, junto a un proceso de debilitamiento de la acción estatal en la asignación de recursos y, principalmente, en el declive de su incidencia en la definición de la agenda económica.

Los actuales tratados comerciales se inspiran, por regla general, en el criterio liberal del comercio internacional, por el cual una economía requiere, supuestamente, especializarse en la producción de aquellas mercancías en las que tiene “ventajas comparativas” e importar aquellas en las que no se tienen. El entramado económico-político que a esto corresponde es abordado generalmente desde ópticas distintas, pero reconociendo de un modo u otro el fenómeno de la globalización, los procesos de apertura, así como la desregulación financiera y comercial.

Al observar estos procesos desde el norte, en las asimetrías de las coordenadas Norte-Sur, vemos que las economías del capitalismo desarrollado en el actual entramado internacional pueden caracterizarse, en gran medida, a partir de pugnas y políticas orientadas a garantizar esferas de influencias regionales sobre esta franja continental de economías subdesarrolladas. Si esto es así, no debe extrañar que Estados Unidos impulse políticas hacia el resto del hemisferio, precisamente en este sentido, las cuales se pueden advertir principalmente en dos vertientes. Por un lado, acuerdos de libre comercio en sus variantes bilaterales o subregionales y, por el otro, el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en cuyo esquema general descansa la importancia del Tratado de Libre Comercio de América del

Norte (TLCAN) como cimiento en el diseño estratégico de un modelo de negociación Norte-Sur.

Para los efectos de una línea reflexiva como la que aquí se hilvana, no interesa tanto hacer un análisis de los resultados específicos e impactos concretos derivados de las propuestas de integración. Porque, más que la facticidad de las políticas, nos preocupa primordialmente ensayar un esfuerzo argumental orientado a identificar las premisas fundamentales que dan sentido a algunos proyectos en curso, e intentar una exploración de las razones por las cuales han surgido, o siguen surgiendo, movimientos multidireccionales en torno al desarrollo y la integración. Al hacerlo, tenemos en mente la dinámica económico-política que se desata en la historia reciente, cuyos alcances y orientaciones impactan el campo político de las propuestas. De hecho, hay un debate regional inconcluso que compromete conflictivamente la formulación de criterios y el desarrollo de las políticas. El planteamiento central sobre el cual interesa reflexionar, se refiere al denso movimiento de tendencias y contratendencias que se desatan en la historia reciente de la región, en el entorno internacional de la posguerra fría y ante los nuevos influjos de la política estadounidense. Se concluye postulando que, ante las señales de crisis del modelo predominante, se está produciendo un complejo proceso de reconceptualización del comercio, el desarrollo y la integración, uno de cuyos ejes apunta a la necesidad de recuperar la capacidad regulatoria del Estado, con algunas formulaciones importantes, aunque insuficientemente articuladas, acerca del tipo de Estado y el replanteamiento, a la vez, de la autodeterminación con referencia al uso de los recursos nacionales en la perspectiva de un desarrollo que busca la integralidad en sus fines.

Al enfocar el actual proceso político latinoamericano, desde la perspectiva que aquí interesa, parece conveniente tener en consideración la noción política de integración en alguna de sus acepciones más frecuentes. De un lado, ella cristaliza mejor que ninguna otra la memoria del desarrollo, en el esfuerzo por comprender las conexiones políticas alrededor de la cooperación y la unidad regional. Desde otro lado, el actual orden regional, que prolonga todavía sus vínculos conceptuales con los criterios predicados por el Consenso de Washington, es convocado por la política hegemónica en el sentido de una sistemática oferta de integración a partir de la movilización de las “ventajas competitivas”, mismas que son presentadas como el itinerario más “realista”. Por último, se puede percibir el diseño de una perspectiva, relativamente común, en que se reconoce, con distintos grados de nitidez, un conjunto de desafíos y diagnósticos que potencialmente pueden ser compartidos a partir de la crítica a la mercantilización de las relaciones

sociales, tanto internas como aquellas que son privativas del ámbito internacional o de la globalización.

A los principios de la cooperación, la complementación económica y comercial, así como la consideración geográfica y geopolítica que buscan encarar el desarrollo para el bienestar, se contraponen flagrantemente la visión política y financiera de la competencia para la integración. Estos esquemáticos ángulos anticipan la ambigüedad de la noción, cuyos alcances vienen exigiendo un replanteo que resulta cada vez más ineludible, no tanto por purismo académico como por la necesidad de delimitar los objetivos políticos en pugna.

Sin olvidar que la atmósfera política específica varía de país en país, para cualquier análisis resulta relativamente fácil constatar que, actualmente, se encuentran en marcha diversas experiencias de cambio político en la región y, en tanto proyección de éstas, también en lo que atañe a la índole de sus complejos vínculos con los países de mayor desarrollo relativo, especialmente con Estados Unidos y su política. Uno de los síntomas de estos cambios se puede advertir en el discurso político. Aquellas invocaciones que caracterizaron a la retórica de la modernización neoliberal, tanto en sus expresiones de política interior como en las de política exterior, se han modificado en importante medida, y en algunos casos están secretando señales de agotamiento en cuanto a su capacidad para concitar la cuota de consenso que antes podían recrear, empezando por aquellos que corresponden a los propios ámbitos electorales. Algunos ejemplos del pasado reciente, como las experiencias de Fernando Henrique Cardoso en Brasil, Abdalá Bucarám en Ecuador, Alberto Fujimori en Perú, Gonzalo Sánchez de Losada en Bolivia, Carlos S. Menen en Argentina bastan para recordar cómo ganaban la anuencia social de sus electores, apelando a las promesas de la “modernización neoliberal” y a las bondades de la “apertura comercial”.

A diferencia de lo que ocurría durante aquel periodo, en la actualidad toda formulación política con pretensiones gubernamentales, requiere de un discurso que guarde, al menos en algún grado razonable, un indispensable distanciamiento de las formas de cómo se hacía política. Los actuales procesos, en la medida de su consistencia, van mostrando a su vez nuevas tendencias que reorientan las políticas de desarrollo e integración generando o agregando tensiones en cuanto a la inomisible relación de América Latina con la política estadounidense. De cualquier modo, un eje de discusión que en la actualidad permea este debate, es la forma subordinada de inserción a la globalización del capitalismo en esta fase de desarrollo, en la cual, el experimento neoliberal ha sido la palanca para romper fronteras,

despejar a cualquier costo los obstáculos para la libre circulación de sus capitales y mercancías.

REACOMODOS EN EL PODER GLOBAL

Retrocedamos un poco en el tiempo de la historia reciente. El fin de la guerra fría dio paso a una importante recomposición de fuerzas en el orden internacional. En la lectura endógena predominante acerca de los desafíos para su desarrollo y seguridad, la política estadounidense afirmó con renovada fuerza su hegemonía en el sistema mundial, que a la postre generó la conformación de una superpotencia unipolar aunque, paradójicamente y más allá de su inmenso poderío expresado en colosales invasiones, como las de Afganistán e Irak, no ha logrado en este periodo ganar una sola guerra.

A ese proceso de concentración de fuerzas, corresponde una política deliberada dirigida hacia la ampliación de la Organización del Atlántico Norte, OTAN. Al desaparecer el Pacto de Varsovia con el derrumbe del socialismo en la vieja Europa, la OTAN había quedado, teóricamente, sin enemigos y en consecuencia desprovista de los propósitos que le dieron origen. Sin embargo, dada la fuerza constitutiva envolvente del sistema capitalista triunfante, la formulación de un nuevo tratado estaba lejos de ser una cuestión simplemente formal. Con Rusia, como nuevo integrante del llamado Grupo de los ocho, G8, el capitalismo europeo y el estadounidense fueron coincidiendo, mientras destruían la antigua Yugoslavia, en el reimpulso de su brazo armado orientando en las nuevas circunstancias el necesario poderío hacia la defensa de los intereses de Occidente, en la perspectiva de encarar antiguos y nuevos conflictos que fueron percibidos como amenazas al sistema como totalidad. Todo este denso itinerario estratégico de rearme, sin que hubiera existido una absoluta homogeneidad entre los intereses implicados, no ha generado, por supuesto, ninguna necesidad política de acudir a la institucionalidad internacional para legitimar, ni menos para discutir la naturaleza de las iniciativas. La vía de los hechos se convirtió, a falta de contrincantes, en el “derecho” de los que triunfaron al término de la guerra fría.

A esta conjunción de fenómenos corresponde la afirmación que hace referencia al tránsito de un sistema estrictamente bipolar a otro bajo la hegemonía actual de la política estadounidense. Algunas de sus pretensiones, nada secundarias en la prosecución de este reordenamiento de fuerzas del sistema, como la intervención en el proceso de independencia de Kosovo,

así como la intensión dirigida para incorporar a Ucrania y Georgia a la OTAN son, entre otros, asuntos de la agenda de la seguridad internacional de este tiempo.

Desde un registro distinto, que corresponde al plano de la economía, ese mismo sistema se ha venido proyectando conflictivamente dentro de un esquema que tiende a perfilarse de manera multipolar, compuesto por varios centros de gravitación económica y política. En este sentido, las potencias del capitalismo, tras el desmoronamiento del bipolarismo de fuerzas, reimpulsaron la creación de zonas de influencia económica, financiera, comercial y geopolítica. Allí comenzó a dibujarse la necesidad de bloques regionales, capaces de competir y a la vez de cooperar en las alineaciones conforme a los márgenes de intereses compartidos y de amenazas percibidas.

Esas aristas, que refieren a un proceso más complejo de rediseño en un modelo de dominación parecen, en más de un sentido, muy distantes de la problemática latinoamericana en cuanto a sus vínculos con los países centrales y especialmente con Estados Unidos. Salvo Cuba, la existencia en América Latina de gobiernos, que por regla general no eran considerados adversarios, conviene recordar, y sin la preocupación de la otrora “amenaza” del bloque socialista para 1990 ya inexistente, que la mirada estadounidense hacia la región daba la impresión de que no tenía reservada en esta parte de la periferia ningún lugar de importancia dentro de su agenda de prioridades. Sin embargo, y atendiendo a ciertas líneas de reflexión, como la de Smith (1997: 72-3), el estado en que se encontraba la economía estadounidense al término de la guerra fría, junto con la necesidad de ser más competitivos dentro del sistema, desarrollar mercados en expansión y mejorar la eficiencia de algunas industrias, en especial la manufacturera, habría sido lo que llevó a reimpulsar, con inusitada fuerza, el concepto de “libre comercio” hacia la región, cuyo principio se tradujo en planteamientos políticos claramente orientados a la creación de un área de libre comercio en el Hemisferio Occidental.

Este referente no es antojadizo. Bajo tales premisas, el Acuerdo de Libre Comercio para las Américas, el ALCA, en orden prácticamente cronológico, tiene como antecedente la firma del Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos y Canadá en 1988. Más tarde, las condiciones políticas hicieron que México, en 1992, firmara el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, el TLCAN, mismo que entró en vigor dos años más tarde. Considerado pionero en su tipo, ya sobre la base de una decisión política consensuada entre los gobiernos implicados para su impulso, este tratado pone a prueba su racionalidad, a manera de un laboratorio para la región,

la experiencia de conjuntar economías de tamaños diferentes y de muy distintos grados de desarrollo.

Al prolongar esta perspectiva latinoamericana, podemos constatar que no ha existido un solo foro en los que la retórica predominante no haya proclamado los beneficios potenciales para nuestras economías siempre y cuando, claro está, que hicieran suya la creación de las condiciones institucionales necesarias para terminar de convertir a la región en un área de libre comercio. El impulso de tal concepción, con la “Iniciativa para las Américas”, arrancó el 27 de junio de 1990 bajo el mandato del entonces presidente Bush. Más tarde, bajo la presidencia de Clinton en 1994, en el escenario de la Cumbre de las Américas celebrada en Miami, avanza de manera importante la iniciativa con el formato de un “Acuerdo de Libre Comercio para las Américas”, ALCA, propuesta cuya expresión de mayor solvencia tuvo su punto de consolidación conceptual en 1989, con la formulación del llamado “Consenso de Washington”. Desde aquel entonces, la proyección estratégica derivada ha hecho que el concepto de “libre comercio” haya ido ocupando una centralidad cada vez mayor en la articulación de los mecanismos económicos, comerciales y financieros de los países de la región. Para el discurso predominante era casi un lugar común.

Después de la crisis de la “década perdida para el desarrollo”, según la conocida caracterización de la Comisión Económica para América Latina, CEPAL, bajo el impulso de una dinámica conservadora de amplio espectro que se había conformado por doquier, los gobiernos de América Latina, en general, se volcaron durante prácticamente todos los años noventa para ponerse a tono con la nueva realidad mundial, bajo la impronta de ese esquema de integración basado en la liberalización amplia de mercados en términos de sectores y países. Privatización, economías abiertas e integradas. Esa era la tónica que referenciaba los procesos que se impulsaron en aquel periodo, cuya dinámica impuso una marcada transición que dejó atrás las preocupaciones mercado-internistas que acompañaron a procesos similares durante los precedentes cuatro decenios (CEPAL, 1994). Sin que estuviera exento de contradicciones, lo que caracterizó a aquel periodo fue una adecuación, por regla general, de las políticas gubernamentales predominantes al reajuste sistémico del capitalismo, coincidente con el fortalecimiento del mercado, la mercantilización del espacio público, la inversión financiera por sobre la productiva, la marcada erosión de la capacidad reguladora del Estado y toda la economía prácticamente volcada hacia la dinámica del ciclo exportador.

Lo primero en ocurrir, en términos de decisión política fue, cabe recordar, la implantación de una fase de liberalización y apertura unilateral de los

mercados, sumado al impulso de un extenso listado de acuerdos, que dio en llamarse de “complementación económica”, como requisitos básico para dinamizar las exportaciones de capital, un supuesto escalón para nuevas formas de desarrollo, todo lo cual llevó, en los hechos a consolidar una diferente segmentación de la región, en términos económicos y comerciales.

En la estimación analítica de McClerry (1997: 118) se establece que el proyecto de liberalización hemisférica se consolidó al momento de combatir los “temores” de las élites políticas de los países de Latinoamérica ante la posibilidad de quedar excluidas de los nuevos derroteros. Estas élites no son otras que las nuevas clases dominantes que se reconstituyeron bajo el influjo del capital financiero, que alimentaron la ideología del mercado y que mostraron ciertos recelos acerca de la orientación de las inversiones de capital que, real o sobredimensionadamente, parecían tender, en efecto, mucho más hacia los antiguos países socialistas y no tanto hacia América Latina. Después de todo, aquella poderosa visión fundada en el libre mercado, poderosa en el sentido de que su despliegue como ideología se proyectaba prácticamente sin contrapeso, resultaba enteramente congruente con la nueva “clase política” que se había puesto a la cabeza de aquellos países en su proceso de transición del socialismo al capitalismo. Las expectativas de desarrollo de las otrora economías socialistas que confluyeron hasta 1990 en el Consejo de Ayuda Mutua Económica, CAME, ya habían cambiado radicalmente de horizonte. Sin embargo, el interés de Estados Unidos de pautar una política de liberalización hacia América Latina y el Caribe tenía como trasfondo otros temas más específicos de corte político, más allá del comercio, tales como el tráfico de drogas, la migración de indocumentados, el pago de la deuda y la estabilidad política por la vía de apoyar o propiciar la instauración de democracias liberales y, sobre todo, la perspectiva general de ratificar que esta porción del planeta constituye su área de influencia y de dominio.

Pensar en un área de libre comercio que comprendiera todo el continente americano requeriría, entonces –retomando una hebra del razonamiento de McClerry (1997: 136)–, una necesaria combinación de estímulos y sanciones, de acuerdo con una conocida práctica de intercalar o combinar la política del “buen vecino”, con las invocaciones del “gran garrote”. Esta vez se trataba de impulsar un esquema determinado para las negociaciones comerciales. Por una parte, el estímulo sería el fortalecimiento de la liberalización comercial y las reformas económicas ya iniciadas por organismos financieros internacionales desde finales de los años ochenta para la amortización de la deuda en la región. Como parte de la oferta estaba el hecho

de que el cumplimiento de estas condiciones abriría, tarde o temprano, el acceso al mercado estadounidense. La parte punitiva del mecanismo tendría, a su vez, un doble propósito: disciplinar, por un lado, a los países latinoamericanos reacios ante la posibilidad de quedar excluidos de hipotéticos acuerdos y, por otro, emitir una señal con efecto de demostración hacia las potencias económicas de Europa y Asia, en el sentido de que si falla la multilateralidad se abrirían de cualquier modo caminos bilaterales.

Aquel razonamiento, retomado reflexivamente en la cita de marras, no parece descabellado, porque tiene que ver con un juego de cartas políticas proyectado empíricamente frente a las dificultades con las que Estados Unidos de hecho se enfrentó, o se enfrenta, a la hora de impulsar un proyecto acorde con sus intereses. En efecto, y como si se tratara de un segundo frente, Estados Unidos comenzó negociaciones bilaterales con países o subregiones dentro del continente. Ello se verifica más tarde en los TLC firmados hasta ahora, entre los cuales se encuentra en primer lugar Chile, y en sucesivos momentos Panamá, Centroamérica, Perú y Colombia, estos dos últimos aún sin ratificación por el Congreso estadounidense al momento en que redactamos este trabajo.

INDICADORES Y REFERENCIAS

Al encarar este importante ángulo de preocupación se hace indispensable tomar distancia de la retórica predominante de aquel momento. Y es que en un primer asomo a los datos relativos al comportamiento comercial de Estados Unidos con las economías del continente, muy pronto se deriva un panorama de escasa proyección, en el sentido de que el porcentaje que representa América Latina en el total del comercio de país del norte no puede considerarse demasiado significativo con respecto al que se registra para otras regiones. En efecto, de acuerdo con los registros de la Organización Mundial del Comercio (OMC, 2007), el flujo comercial de mercancías de Estados Unidos hacia América Latina en 2006 constituyó alrededor de 88.4 miles de millones de dólares, lo cual representó 8.5% de las exportaciones totales. Por su parte, Estados Unidos importó de América Latina, en ese mismo año (excluyendo a México y al Caribe), 140.6 miles de millones de dólares, es decir, 7.3% del total.

En los registros comerciales estadounidenses con respecto a las distintas regiones, América Latina ocupa el cuarto lugar de importancia tanto en im-

portaciones como exportaciones. Sin embargo, no se trata sólo de un asunto que concierne a la ubicación en la escala, sino de colocar el énfasis en la considerable brecha que se registra entre el tercero y el cuarto. La región de mayor dinamismo en cuanto a sus exportaciones es América del Norte, la que en 2006 representó alrededor de 365 400 millones de dólares, es decir, 37% del comercio total. Le sigue Asia con 27.6% con valor de 280 200 millones de dólares y el mercado europeo que representó 23.6%, lo cual en monto absoluto, representa alrededor de 238 900 millones de dólares, según la misma fuente de referencia.

De acuerdo a los datos de la Organización Mundial del Comercio (OMC, 2007), la región donde se coloca el mayor número de importaciones de Estados Unidos en 2006 corresponde a Asia, con 37.3% que representó 716 400 millones de dólares, seguido de América del Norte con 26.5%, alrededor de 508 400 millones de dólares. El tercer lugar lo ocupa Europa, con 19.3%, correspondiente a 370.2 miles de millones de dólares y, finalmente, América Latina, constituye 7.3%, esto es, 140 600 millones de dólares.

Al comparar los datos de 2006 con respecto a 2000, los incrementos registrados tanto en importación, de 6.2% a 7.3%, como en exportación, de 7.5% a 8.5%, respectivamente, se puede constatar que la región latinoamericana mantiene la misma posición en el comercio de Estados Unidos con respecto al mundo.

El argumento anterior, que indica una tendencia, aparece notablemente reforzado si se amplía el marco temporal de referencia. En efecto, al analizar los datos de un decenio, de 1996 a 2006, el porcentaje de participación comercial de mercancías de Estados Unidos con América Latina respecto al mundo, tuvo apenas un incremento de 15.4% a 17.8% en importaciones y de 17.4% a 21.4% en exportaciones (United Nations, 2008). Esto nos conduce al planteamiento de que la diplomacia económica en favor del libre comercio, dirigida hacia la región, no guarda una correspondencia consistente con la experiencia que se refleja en los registros disponibles. Es decir, transcurrida una década, la posición de América Latina en el mercado estadounidense es de similares proporciones, por lo que la decisión de acoplarse a esa lógica comercial no ha alcanzado a expresarse favorablemente en términos económicos, comerciales o de desarrollo. El patrón de relacionamiento comercial no parece haberse afectado.

Por otro lado, algunos registros bastan para mostrar la diferencia de tendencia en la dinámica comercial intra-TLCAN. En efecto, en el marco de este tratado se ha producido un incremento considerable del flujo comercial, lo cual es valorado desde cierta perspectiva como un proceso positivo. Según

datos de la UNCTAD (2007), en 1990 las exportaciones ascendían a 226 273 millones de dólares. Un decenio después, las transacciones tuvieron un valor de 676 142 millones de dólares, es decir, creció 209%. Para el 2005 se tiene que este mismo indicador alcanza a representar 824 550 millones de dólares.

Si el fin último de los acuerdos de libre comercio fuera convertir el comercio en una palanca para el desarrollo, en cualquiera de sus indicadores sustantivos, algunos resultados sugieren un panorama bastante diferente. A este respecto, y tan sólo a modo de ejemplo, puede señalarse que para 1990 (cuatro años antes de la firma del tratado) las exportaciones de México hacia Estados Unidos ya representaban 69.3% del total. Para el año 2006, según nuestras estimaciones, dicha participación se eleva a 84.7% (Secretaría de Economía, 2008). Más allá de esta constatación, es importante señalar que la experiencia de México, con el TLC configurado entre economías dispares, o los llamados acuerdos “Norte-Sur”, ha significado, por sus resultados, el aumento de la dependencia con respecto al vecino del norte, cuya expresión, en cualquier magnitud, no es precisamente un dato halagador para las perspectivas del desarrollo.

Otros alcances en esta misma línea de preocupación, de validez analítica en la perspectiva latinoamericana, tienen que ver con fenómenos concomitantes a la expansión de las exportaciones en cuanto a los efectos posibles sobre la absorción de la mano de obra, las inversiones productivas, el vínculo entre crecimiento y exportación, el tema de la remuneración al factor trabajo, así como el mantenimiento del patrón distributivo y la pobreza (Puyana, 2003).

Al parecer, con la implementación de este esquema que responde a un modelo, las asimetrías no han hecho más que profundizarse, tanto que hasta en los propios registros del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional puede constatararse que América Latina constituye la región del mundo en la que se ha desarrollado la mayor desigualdad distributiva. Ante semejante diagnóstico aquellos intereses que ayer hostigaban sistemáticamente al Estado hoy resultan ser los que reclaman su intervención.

Desde la crisis de la deuda de 1982, aunque de manera más orgánica y generalizada después de 1989, cuando los criterios liberales se ubicaron estratégicamente en la conducción de la política, nuestros países ingresaron a una inducida dinámica de desmantelamiento de la presencia estatal en las actividades comerciales, financieras y desde luego en las manufactureras o industriales, mientras se impulsaban políticas de apertura y desregulación. Esta idea, convertida en acto al lograr su cuota de hegemonía, tuvo su

asiento en la concepción según la cual la intervención del Estado obstaculizaba el desenvolvimiento del mercado en la tarea de optimizar la obtención y asignación de recursos para el desarrollo. Se proclamaba, entonces, que una vez liberados los factores de los “acotamientos” estatales ocurriría la expansión del crecimiento cuyos efectos, tarde o temprano, se derramarían al conjunto de la sociedad y consecuentemente en los mecanismos distributivos. Sin embargo, conviene tener presente que el crecimiento ha sido más bien errático, considerando las ideológicas proyecciones del modelo, tanto que el impacto distributivo real nunca estuvo precisamente en el campo de sus virtudes (Salinas y Tetelboin, 2005).

No está de más recordar que ninguna sociedad latinoamericana después de la “década perdida” quedó eximida de las dinámicas regresivas que ha significado la profundización de la desigualdad y, sobre todo, de la reproducción de sus condiciones de producción, uno de cuyos ejes, el más preponderante, tiene que ver con el fenómeno de la concentración de la riqueza. Punto al cual queríamos arribar para recalcar la importancia de hacerse cargo del modelo de desarrollo, que en este periodo ha logrado imponer el sistema capitalista, cuya característica central no radica en su capacidad para distribuir el ingreso, ni mucho menos el poder, sino en la concentración de la riqueza.

Si la política predominante se ha volcado en nuestros países en la promoción, implementación y reproducción de la experiencia capitalista en su formato neoliberal, el señalamiento colocado en perspectiva implica ahondar en el significado del poder político, más allá de plantear la recuperación de la centralidad del Estado y la recuperación de su papel regulador que resultan absolutamente indispensables frente a los devastadores efectos, internos y externos, del predominio de aquellos criterios fundados en el libre mercado. Este punto puede ser crucial en el análisis de cualquier proyecto que busque transitar por caminos alternos a los trazados por el modelo hegemónico de desarrollo e integración.

Cabe destacar que, en el conjunto de países latinoamericanos, los que reportan un mayor porcentaje de comercio con Estados Unidos no son precisamente aquellos que tienen firmados tratados de libre comercio (TLC). Estos son los casos de Brasil y Venezuela. Las exportaciones de Estados Unidos hacia la economía de estos países, representaron en 2006 1.9 y 0.9%, respectivamente. Las importaciones de Estados Unidos fueron para el mismo periodo de 2.0% y 1.5% (UNCTAD, 2007). No deja de llamar la atención que sean los gobiernos de estos países los que están entre aquellos que se caracterizan por mantener una distancia relativamente crítica, en grados

distintos, con respecto a la política que mantiene la marca registrada por Washington. Allí están los que han coincidido en el impulso de propuestas diferentes de integración en el continente, tales como la Alternativa Bolivariana para Nuestra América (ALBA) y la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), el Proyecto del Banco del Sur y el Consejo Sudamericano de Defensa los cuales, junto con otros proyectos como Petrocaribe y Telesur, son respuestas políticas diferentes ante la hegemonía estadounidense. Y los gobiernos comprometidos con estos proyectos, al encaminar sus políticas de reforma y transformación endógenas, se han encontrado inevitablemente con la resistencia de las fuerzas conservadoras y los soportes oligárquicos tradicionales de la dominación. He aquí, probablemente, el núcleo de mayor desafío para la democratización y las reformas impulsadas por los gobiernos progresistas de la región, toda vez que sus políticas van articulando proyectos constituyentes cuyos alcances se inscriben en la disputa por la hegemonía.

EL TRASFONDO POLÍTICO

De un análisis como el que acabamos de realizar, resulta difícil evitar el siguiente cuestionamiento: si la región en su conjunto no representa un porcentaje significativo en el total del flujo comercial de Estados Unidos, entonces bajo qué presupuestos tendría que entenderse el impulso, tan vehemente y sistemático, de la política comercial estadounidense hacia la región latinoamericana. Un acercamiento comprensivo a esta cuestión supondría, al menos, las siguientes consideraciones.

Cada vez es más claro que quienes tienen la hegemonía tecnológica y económica, habida cuenta de los conocimientos disponibles, desarrollan los principios que convienen a sus intereses y los vuelven universalizables, gracias, precisamente a esa supremacía. La clave en esta cuestión estriba en la capacidad y la voluntad política para proteger a su mercado interno. De ahí que el discurso y el sentido principal de las políticas que, desde los países de mayor desarrollo relativo, especialmente Estados Unidos, orientan la relación con nuestras economías, con el concurso propalador activo de todo el poder mediático, bajo la consigna de “exportar o morir”. Mientras tanto, la mayor parte de las dirigencias gubernamentales en América Latina han asumido esta consigna como si fuese una verdad absoluta. A contrapelo, los países desarrollados mantienen políticas proteccionistas o de subsidios sobre

aquellas mercancías que son, precisamente, los bienes que se producen en la región latinoamericana.

Paralelamente, como componente de la política endógena, se ha insistido en la reforma laboral, bajo el supuesto objetivo de que la flexibilización va de la mano con los requerimientos de la competitividad. A falta de tecnología, los desafíos de la competitividad se han venido sorteando, desde la realidad latinoamericana, con precarización y empobrecimiento, es decir, con un incremento de mano de obra disponible y barata, con el impacto que esto acarrea en la problemática de la pobreza y la reproducción del patrón distributivo. A esto se añade la peligrosa tendencia de que un porcentaje cada vez más alto de los nuevos puestos de trabajo caigan en el sector informal.

Es aquí donde la inversión extranjera aparece en la retórica predominante como la clave para el desarrollo. Sin embargo, ese enunciado no pasa de ser eso, un simple enunciado porque los capitales ni abundan ni llegan como se pregona, y si esto ocurre, se produce precisamente por el abaratamiento de la fuerza de trabajo y el reconocimiento de recursos naturales.

Con el fin de la guerra fría los países altamente industrializados han concedido una importancia mayor que la que siempre otorgaron al aprovisionamiento de recursos naturales. Al llevar este ángulo de preocupación desde la política estadounidense hacia la región, se puede constatar que uno de los elementos geoestratégicos fundamentales para su seguridad estriba en que los recursos naturales del hemisferio estén disponibles para garantizar la satisfacción de su demanda. En la medida en que esto resulta plausible se trata de garantizar el libre flujo del comercio e inversiones en las actividades económicas vinculadas a dichos recursos, el acceso a la explotación y a los yacimientos de crudo y minerales, así como la provisión del potencial de insumos presente en la biodiversidad. Estos alcances, inscritos en un esquema de relación entre economías dispares, no son secundarios porque constituyen objetivos centrales en la configuración de la estrategia de Estados Unidos. Esto explica por qué en su política interna son vistos con recelo aquellos planteamientos orientados a la conformación de bloques o a la diversificación de acuerdos comerciales.

El comercio en sí es considerado un factor para el crecimiento económico del país, pero a la vez juega un papel importante para mostrar el ejercicio de su liderazgo y por eso es parte fundamental de su seguridad nacional. De ser así los acuerdos comerciales no deben leerse como si fueran un fin en sí mismo, sino constitutivas de una política más general.

Los objetivos, en términos prácticos, tienen que ver con el imperativo de evitar todo tipo de restricciones al acceso y garantizar la participación de

sus empresas en todas las fases del proceso empezando por la exploración y el conocimiento certero de los potenciales en cuanto a los recursos naturales existentes. De allí que no debe extrañar el propósito orientado a hacer que los gobiernos otorguen trato nacional a los proveedores estadounidenses en las compras que realizan las empresas estatales, por ejemplo, las petroleras, así como en el ámbito de los recursos naturales como las fuentes de hidrocarburos, el gas, las reservas de cobre, níquel, plata o agua, etcétera. Está por demás decir que adquieren un peso específico dentro de estas referencias, aquellos países como Venezuela, Colombia, Ecuador o México que son proveedores de energéticos para Estados Unidos (Council of Foreign Relations, 2008). Si los gobiernos latinoamericanos proyectan políticas de bajo perfil en materia de autodeterminación y soberanía sobre sus recursos, tienden a diluirse los escenarios de confrontación con la política de Estados Unidos y, correlativamente, a incrementarse y engrosarse los lazos de dependencia.

Las tendencias incubadas en las que se apoyan los tratados de “libre comercio” han venido forjando el impulso de una política regional en términos de seguridad hemisférica, como parte de la respuesta estadounidense a los acontecimientos de septiembre de 2001. En efecto, sus concepciones en materia de seguridad y su política económico-comercial van conformando un todo geoestratégico de componentes inseparables. La expansión del comercio mundial, conviene subrayarlo de nuevo, es parte de la seguridad de Estados Unidos. ¿Por qué? Porque se trata de controlar los mercados y garantizar el acceso a los recursos. Hay, en este sentido, una proyección hegemónica encaminada a homologar el desenvolvimiento del mundo con los criterios que rigen la configuración económico-política de la principal potencia mundial.

¿QUÉ TANTO IMPORTA AMÉRICA LATINA?

Es frecuente escuchar, en ciertos medios y en la política predominante, que América Latina no ocupa un lugar preferencial en la agenda de Estados Unidos, es decir, que esta región no es su prioridad. Hecho aún más notorio cuando se evalúan las campañas electorales recientes, en las cuales los candidatos que pugnaron no ofrecieron, de manera explícita, una referencia en su preocupación por la región. Esta es una verdad a medias. Porque, en primer lugar, y más allá del ámbito al cual nos remite la sociología

electoral, siempre restringido a lo coyuntural, y que tiende a oscurecer los asuntos más permanentes, conviene tener presente que todas las decisiones fundamentales de la política de ese país, por muy acotadas que sean, tarde o temprano tienen un impacto importante en la dinámica regional y no precisamente en sentido benéfico.

Si observamos el entorno actual, al menos en tres de sus referentes fundamentales (la debacle financiera de un modelo en crisis ligada simbólicamente a la caída de Lehman Brothers, la profundidad del desprestigio de la política internacional estadounidense y el inicio de un gobierno de los demócratas con Barack Obama a la cabeza) podría decirse que está por inaugurarse un periodo en que se implementen transformaciones fundamentales, las cuales son percibidas como impostergables. Sin embargo, no hay que perder de vista el escenario global del capitalismo, entre cuyas posibles salidas no está descartada una alternativa todavía más excluyente que la que hemos visto desde el Consenso de Washington. No es descartable tampoco que en la agenda para encarar la crisis tengan una presencia preponderante criterios vinculados a los mismos intereses que la provocaron. Lo cual no parece descabellado, salvo que las expresiones sociales más avanzadas encaren y articulen políticas nacionales consistentes con efecto estatal hacia un itinerario de salida diferente.

En cuanto a la crisis financiera, es probable que todavía no tengamos todos los elementos de análisis como para evaluar sus impactos; en todo caso, es más que financiera. Mientras tanto, dada la histórica relación de dependencia, especialmente de aquellas economías cuyo comercio tiene como destino el mercado norteamericano, seguramente sufrirán el mayor impacto negativo en lo inmediato. Más allá de la retórica, esta probabilidad se incrementa si se toma en cuenta a aquellos países más desregulados, marcadamente exportadores de materias primas y que tienen suscritos acuerdos o tratados de libre comercio con Estados Unidos. En cambio, para aquellas economías más comprometidas con procesos alternativos de integración, como los que se encuentran involucrados en el proyecto ALBA, el escenario será, con toda seguridad, igualmente complicado, pero con la salvedad de que disponen de una perspectiva en la que podrían colocar nuevos empeños en sus criterios y políticas de cooperación.

El resultado de las elecciones presidenciales de Estados Unidos ha sido recibido, en general, con justificada expectación después de los aciagos años de la administración de George W. Bush, y sobre todo frente al deterioro de sus políticas. El resultado electoral ya es un cambio y en sí mismo constituye un importante hecho político. La política estadounidense necesitaba

de una transformación inmediata de imagen, que de hecho queda como un logro a partir del triunfo demócrata. Además, frente a las características del candidato electo y el estilo de su campaña, no parece descabellado suponer un cambio positivo en algunos aspectos de las formas de relación de Washington con nuestra región que, de concretarse, habrá de imprimirle, seguramente, un clima más distendido para el tratamiento político de los problemas y las diferencias que prevalecen en el hemisferio. Es esperable una modificación, al menos en aquellos aspectos más agresivos de su política hacia la región.

Sin embargo, situados en una perspectiva de mayor alcance, no parece razonable alimentar expectativas de transformaciones profundas. Obama, de no haber anticipado las garantías estratégicas, de acuerdo con las características centrales que define al sistema político y electoral estadounidense, no habría alcanzado a convertirse ni siquiera en precandidato. Tampoco está por demás recordar, que los contenidos fundamentales de su campaña no se definieron en oposición a los intereses constitutivos de la estructura de poder. La distancia adoptada con respecto a los republicanos, y específicamente de su contrincante, no es suficiente como para colocarlo en una trincheras opositora a la clase dominante de su país y a sus intereses globales. Para el registro de los análisis latinoamericanos, cabe señalar, que no hay ninguna evidencia, al momento en que redactamos estas conclusiones, de que la nueva cabeza política de la Casa Blanca se proponga levantar el bloqueo contra Cuba. Tampoco se advierten elementos sustantivos que pudieran apuntar a hacia una posible modificación de las concepciones predominantes sobre seguridad o migración. Al igual que cambios en los criterios que alimentan su política de combate al terrorismo o la derogación del Plan Colombia, disolver la Cuarta Flota, retirar sus bases militares, ni reconsiderar los términos que fundamentan su política de libre mercado, así como los tratados suscritos o pendientes. Tampoco hay señales claras sobre cuál será su conducta con respecto a las acciones desestabilizadoras contra los procesos políticos institucionales de Bolivia, Ecuador y Venezuela.

Si todos estos referentes son plausibles para una reflexión formulada a partir de la problemática de la integración y su trasfondo político; queda el saldo de una larga línea de tareas pendientes, en cuya perspectiva se pueden advertir planteamientos promisorios, como el proceso de constitución de gobiernos progresistas electoralmente triunfantes, habida cuenta de sus propuestas endógenas de profundización democrática y de cooperación regional. Pero, a contrapelo de todo ello, subsisten desafíos muy complejos que por momentos se tornan peligrosos, uno de los cuales estriba en la

necesidad de modificar el tratamiento y la disposición política de Estados Unidos hacia esta porción latinocaribeña de naciones para impulsar un esquema de relación cualitativamente diferente.

No cabe duda de la diferencia que fácilmente puede apreciarse entre la experiencia previa, bajo los sucesivos gobiernos republicanos, y las proyecciones actuales del gobierno demócrata. Lo más coherente tal vez consista en ensayar una lectura de ese cambio en términos de una búsqueda para una nueva estrategia que recomponga su erosionada hegemonía. En la medida que América Latina se distancie de la influencia que ejerce la política de Estados Unidos, hay que plantearse un escenario en el cual esa situación se constituirá en un problema para el control estadounidense y, consecuentemente, se cierne una amenaza para los gobiernos progresistas de la región. Es desde todo punto de vista indispensable anticiparse a los posibles escenarios que puedan conformarse si Estados Unidos no puede instalar su agenda en nuestra región. Mientras tanto, la contraofensiva a la fase progresista tiene sus expresiones que van desde la desestabilización como en Bolivia, pasando por el despliegue de fuerzas por medio del ensanchamiento del Plan Colombia, hasta acciones encubiertas para golpes de Estado como en Honduras a pesar del rechazo público. Tal vez no será en nuestra región donde la política estadounidense habrá de modificarse sustantivamente, empero, todo lo que desde estas latitudes hagamos para que esa histórica forma de relación cambie será importante, empezando por un esfuerzo intelectual encaminado a conocer mejor los fundamentos de la política de ese país.

REFERENCIAS

- Bell, Lara José, Richard A. Dello Buono (eds.), 2007, *Neoliberalismo y luchas sociales en América Latina*, Bogotá, Colombia, Antropos.
- CEPAL, 1994, *El Regionalismo abierto en América Latina y el Caribe. La integración económica al servicio de la transformación productiva con equidad*, ONU, Santiago de Chile.
- Council on Foreign Relations, 2008, *U.S. Latin America Relations: A New Direction for a New Reality*, Nueva York, Council on Foreign Relations.
- De la Reza, Germán, 2006, "La integración económica entre países dispares. Un caso de sistema complejo", *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 27, enero-junio.
- Estay, Jaime, Germán Sánchez (coords.), 2005, "Una revisión general del ALCA y sus implicaciones", *El ALCA y sus peligros para América Latina*, Argentina, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO.

- Ffrench-Davis, Ricardo, 2005, *Reformas para América Latina. Después del fundamentalismo neoliberal*, Argentina, CEPAL-Siglo XXI Editores.
- McClerry, Robert K., 1997, "Promoción de la integración regional por parte de Estados Unidos: intereses y percepciones", *¿Cooperación o rivalidad? Integración regional en las Américas y la Cuenca del Pacífico*, Shoji Nishijima y Peter H. Smith (eds.), México, CIDAC-Porrúa.
- Nishijima, Shoji y Peter H. Smith, 1997, *¿Cooperación o rivalidad? Integración regional en las Américas y la Cuenca del Pacífico*, México, CIDAC-Porrúa.
- OMC, 2007, Estadísticas de Comercio Internacional, 2007, <www.wto.org>.
- Puyana, Alicia, 2003, "Las relaciones de América Latina en el umbral del siglo XXI: entre la globalización y la fuerza centrípeta de Estados Unidos, pensando en ALCA", *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 22, pp. 103-135.
- Salinas, Darío y Carolina Tetelboin, 2005, "Las condiciones de la política social en América Latina", *Papeles de Población*, año 11, núm. 44, pp. 83-108.
- Secretaría de Economía, Subsecretaría de Negociaciones Comerciales Internacionales, 2008, Exportaciones totales de México, <www.economia.gob.mx>, 26 de mayo.
- Secretariado de la Comisión para la Cooperación Laboral, 2007, Mercados Laborales, tercera edición, Washington, DC, Secretariado de la Comisión para la Cooperación Laboral Secretariado de la Comisión para la Cooperación Laboral, <www.naalc.org>.
- Smith, Peter H., 1997, "¿Cooperación o rivalidad? Asuntos y temas", *¿Cooperación o rivalidad? Integración regional en las Américas y la Cuenca del Pacífico*, eds., Nishijima Shoji and Smith, México, CIDAC-Porrúa.
- UNCTAD, 2007, Handbook of Statistics 2006-07, United Nations, <http://www.unctad.org/en/docs/tdstat31_en.pdf>.
- United Nations Commodity Trade Statistics Database, 2007, Yearbook 2006, United Nations, New York, <<http://comtrade.un.org/pb/CountryPages.aspx?y=2006>>, 26 de mayo de 2008.

ACERCA DE LOS AUTORES

EMIR SADER, Sociólogo. Doctor en Ciencia Política por la Facultad de Filosofía, Ciencias Humanas y Letras de la Universidad de San Pablo (USP), Brasil. Secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACS). Director del Laboratorio de Políticas Públicas (LPP) de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ). Ex presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Ex director del Programa de Estudios de América Latina y el Caribe (PROEALC) del Centro de Ciencias Sociales de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ). Investigador del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq). Entre otras publicaciones recientes, destacan: *Perspectivas*. Río de Janeiro, Record, 2005; *Ensayo Brasileño Contemporáneo* (organizador con Pablo Gentili). La Habana, Editorial de Ciencias Sociales. 2004; *La venganza de la historia*, Buenos Aires, CLACSO/LPP, 2004; *A vingança da história*, San Pablo, Boitempo, 2003; *Cultura e política-Ensayos de Edgard Saïd* (organizador), Boitempo, 2003; Coordinador de *Latinoamericana*, *Enciclopedia Contemporánea de América Latina y el Caribe* (Laboratorio de Políticas Públicas y Boitempo Editorial, Río de Janeiro, Brasil; Codirector de la revista *Crítica y Emancipación*, Clacso, Buenos Aires. Correo electrónico: emirsader@clacso.edu.ar

EMMANUEL WALLERSTEIN. Sociólogo, doctorado en la Universidad de Columbia. Profesor de Sociología de la Universidad de Binghamton (SUNY), entre 1976 y 1999. Ex director del Centro Fernand Braudel para los estudios económicos, sistemas históricos y civilización, y ex director de estudios asociados en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (École des Hautes Études en Sciences Sociales) en París. Ex presidente de la Asociación Sociológica Internacional de 1994 a 1998. Actualmente, presidente de la Comisión Gulbenkian para la restauración de las Ciencias Sociales. Profesor visitante en diferentes universidades alrededor del mundo. Entre otros muchos libros, autor de: *Conocer el mundo, saber el mundo. El fin de lo aprendido*. Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2001; *Estados Unidos confronta al mundo*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2005; *La crisis estructural del capitalismo*. México, Editorial Contrahistorias, 2005; *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2006; *Geopo-*

lítica y geocultura: ensayos sobre el moderno sistema mundial, Barcelona, Kairos, 2007; *Universalismo europeo. El discurso del poder*, Madrid, Siglo de España XXI Editores, 2007.

Correo electrónico: immanuel.wallerstein@yale.edu

THEOTONIO DOS SANTOS. Titulado en Sociología y política en administración pública por la Universidad Federal de Minas Gerais, doctor en Economía por la Universidad Federal de Minas Gerais. Maestro en Ciencia Política por la Universidad de Brasilia. Es profesor titular de la Universidad Federal Fluminense y Coordinador de la Cátedra y Red UNESCO, Universidad de las Naciones Unidas sobre Economía Global y Desarrollo Sostenible. Entre los cargos administrativos que ha ocupado están los de director del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile (CESO); director en la División de Postgrado de Economía de la UNAM (México) del departamento de Doctorado del Seminario Permanente sobre Latinoamérica (México); Consejo directivo del Programa de Posgrado en Ciencia Ambiental, UFF, y Secretario de Asuntos Internacionais del Gobierno de Estado de Rio de Janeiro. Ha sido profesor de las Universidades de Brasilia, Nacional Autónoma de México, Norte de Illinois, estado de Nueva York, Católicas de Minas Gerais, Rio de Janeiro, Instituto Bennett de Rio de Janeiro y Federal de Minas Gerais. Entre sus libros, destacan: *Teoría de la Dependencia: Balance y Perspectivas*, Plaza & Janes; *Socialismo o fascismo: El dilema latinoamericano y el nuevo carácter de la dependencia*, editorial PLA, Santiago, edições na Argentina, México e Itália; *Imperialismo y Dependencia*, México, Ediciones Era; *Tsuge Shogo, Japão, Academia Ciências, China; Economia Mundial, Integração regional e desenvolvimento sustentável*, Ediciones Vozes, Brasil.

Correo electrónico: theotoni@terra.com.br

CARLOS EDUARDO MARTINS. Doctor en Sociología por la Universidad de São Paulo (USP), maestro en Administración Pública (EBAPE/FGV-RJ), profesor adjunto de la Universidad Federal Fluminense (Administración, Ciencia Política y Relaciones Internacionales), investigador de REGGEN y LPP, cátedra sobre Globalización y desenvolvimiento sustentable de la UNESCO-ONU, Laboratorio de Políticas Públicas de la Universidad del Estado de Río de Janeiro, Brasil. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Red de Estudios de la Economía Mundial (REDEM). *Ruy Mauro Marini Antologia*, Martins, C. E. R. (org.), Buenos Aires, Clacso/Prometeo Livros, 2007; Sader, Emir (org.), Jinkings, Ivana (org.), Martins, C. E. R. (org.), Nobile, Rodrigo (org.), *Latinoamericana, Enciclopédia Contemporânea da América Latina e do Caribe*,

São Paulo, Boitempo/Laboratório de Políticas Públicas, 2006; Martins, C. E. R., *Cenários Econômicos de América Latina* en Julio C. Gambina y Jayme Estay (org.), *¿Hacia dónde va el sistema mundial?*, Buenos Aires, REDEM-FISYP, 2007; Gandásegui hijo, Marco, Caputo, Orlando, Martins, C. E. R., *Los impasses de la hegemonía de Estados Unidos* en Marco Gandásegui, hijo (org.), *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, México, Siglo XXI Editores/Clacso, 2007.
Correo electrónico: cadu.m@uol.com.br

KATIA COBARRUBIAS HERNÁNDEZ. Economista y master en Ciencias Económicas por la Universidad de La Habana. Profesora e investigadora del Centro de Estudios sobre Estados Unidos (CESEU) de la misma institución. Ha colaborado con el Grupo de Trabajo “Economía mundial, corporaciones transnacionales y economías nacionales” y actualmente es miembro del Grupo de Trabajo sobre Estados Unidos, ambos de CLACSO. Ha publicado artículos sobre temas como el desempeño de la economía estadounidense y de su sector externo, los desequilibrios globales de cuenta corriente, flujos internacionales de capital, entre otros. De publicaciones, figuran: “La depreciación del dólar en la actual coyuntura económica de Estados Unidos”, *Revista Temas de Economía Mundial*, CIEM, Nueva Época, núm. 6, julio de 2004; “Dilemas y riesgos del déficit de cuenta corriente de Estados Unidos”, *Revista del Banco Central de Cuba*, año. 8, núm. 2, La Habana, 2005; *Libre comercio y subdesarrollo*, colectivo de autores, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2006, e “Implicaciones globales del desequilibrio externo norteamericano”, *Revista Política Internacional*, núm. 7, Instituto Superior de Relaciones Internacionales, La Habana, enero-julio de 2006.

Correo electrónico: kcoba@uh.cu

GLADYS CECILIA HERNÁNDEZ PEDRAZA. Master en Filosofía e Historia, licenciada en Relaciones internacionales. Investigadora del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, La Habana, Cuba (CIEM). Algunas de sus publicaciones, son: *El desarrollo humano en Cuba*, 2003, PNUD. Naciones Unidas, 2004; “El Estado de Bienestar versus el desarrollo social”, *Memorias del III Encuentro de Estudios Europeos*. Cuba-Suecia, La Habana, febrero 2003; “Evolución de la deuda externa en los países subdesarrollados”, *Revista Temas*, época II, CIEM, núm. 2, 2002; *Evolución de la deuda externa en los países subdesarrollados*, Le point de vue du SUD, Alternatives sud, vol. IX (2002) 2-3, París, 2002; *Petróleo y civilización*, Ciencias Sociales, La Habana, 2004; *Petróleo y Civilización*, Ciencias Sociales, Habana, 2005; “Críticas al Informe del Banco Mundial para el año 2004”, Making Services Work for Poor People,

en *Temas de Economía Mundial*, Nueva Epoca (II) núm. 4/junio 2003, CIEM, La Habana, 2003; “Evolución de la deuda externa en América Latina, en *Temas de Economía Mundial*, Nueva Epoca (II) núm. 4, CIEM, La Habana, enero de 2004; “Evolución de la deuda externa en el Caribe Insular” en Retos Socioeconómicos del Caribe, en *Temas de Economía Mundial*, edición especial-Caribe, Nueva Epoca (II), CIEM, La Habana, enero de 2004; “Evolución actual y perspectivas de las relaciones China-ASEAN”, en *La economía mundial y América Latina. Tendencias y desafíos*, Clacso, 2005.

Correo electrónico: gladys@ciem.cu

ORLANDO CAPUTO LEIVA, chileno. Economista por la Universidad de Chile, de la que fue profesor e investigador. Investigador del Centro de Estudios sobre Transnacionalización, Economía y Sociedad, CETES. En el gobierno de Allende, fue nombrado su representante en la Corporación del Cobre –Codelco–, en periodo de la nacionalización del cobre, 1971. En México, fue coordinador del Área de Relaciones Económicas Internacionales de la División de Estudios de Posgrado –maestría y doctorado– de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigador-visitante de las universidades de Puebla y de Roma. Miembro de la Red de Economía Mundial, de los Grupos de Trabajo de CLACSO sobre “Economía de Estados Unidos” y “Economía mundial, globalización y economías nacionales”. Ha participado con ponencias en seminarios internacionales realizados en diferentes países y universidades. Autor de documentos en libros y revistas sobre economía mundial, economía de Estados Unidos, economía latinoamericana y chilena. Algunas de sus publicaciones recientes son: “Reestructuración económica de Estados Unidos y anexión de América Latina”, en Revista OIKOS, núm. 16, Universidad Cardenal Silva Henríquez, 2003; en libro, “La economía mundial y América Latina”, compilado por Jaime Estay, “Estados Unidos y China: ¿locomotoras en la recuperación y en las crisis cíclicas en la economía mundial?”, CLACSO, Buenos Aires, 2005; “La economía mundial a inicios del siglo XXI”, en Marco A. Gandásegui, hijo (coord.), Crisis de Hegemonía de Estados Unidos, CLACSO-Siglo XXI Editores, México, 2007.

Correo electrónico: ocaputo@gmail.com

JAIME ZULUAGA NIETO. Doctor en Derecho y Ciencias Políticas por la Universidad Santiago de Cali, Colombia, doctorante en Sociología Política, por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHSS), Francia, master en Finanzas Públicas por la Universidad del Estado Amberes, Bélgica y master

en Planeación Económica por la Universidad del Estado, Bélgica, investigador de la Universidad Externado de Colombia. Algunas de sus publicaciones recientes, son: “Las políticas de seguridad nacional de Estados Unidos y su impacto sobre la democracia. Las relaciones Colombia-Estados Unidos”, en Marco A. Gandásegui, hijo (coord.), *Crisis de Hegemonía de Estados Unidos*, CLACSO-Siglo XXI Editores, México, 2007; “El TLC y el Plan Colombia: un obstáculo para los procesos de integración de América Latina”, en Ricardo Dello Buono y Marco A. Gandásegui, hijo (eds.), *Un continente en la encrucijada. Nuestra América en transformación*, CELA-Universidad de Panamá, Panamá, 2007; “La guerra interna y el desplazamiento forzado”, en Martha Nubia Bello (ed.), *Desplazamiento forzado. Dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo*, ACNUR, Universidad Nacional, Bogotá, 2004; “Colombia, entre la democracia y el autoritarismo”, en José Seoane (comp.), *Movimientos sociales y conflicto en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2003; “Guerra prolongada, negociación incierta: Colombia”, en Roberto Briceño (comp.), *Violencia, sociedad y justicia en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2002.
Correo electrónico: jzuluagan@yahoo.es

MARCO A. GANDÁSEGUI, HIJO. Realizó estudios de doctorado en Sociología en la State University of New York (SUNY) así como de maestría en FLACSO-Santiago de Chile. Es profesor de Sociología de la Universidad de Panamá e investigador asociado del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) “Justo Arosemena”. Miembro del comité directivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Director fundador del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) “Justo Arosemena”. Editor de la revista “Tareas”. Director del Centro de Investigaciones de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá. Autor de múltiples libros y artículos en revistas especializadas, referidos a cuestiones políticas de América Latina, en sus relaciones con Estados Unidos. Fundador de la Asociación de Sociólogos de Panamá. Ex presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Es miembro del Comité Directivo de CLACSO, representando a los países de América Central y el Caribe. Fue coordinador del grupo de trabajo de Clacso: “Estudios sobre Estados Unidos”. Coordinador del libro *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, Siglo XXI Editores, México, 2007.
Correo electrónico: gandasegui@cableonda.net

JORGE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ. Doctor en Historia (Estudios Americanos), investigador y profesor titular de Sociología y Ciencias Políticas en la Universidad de La Habana, director del Centro de Estudios sobre Estados Unidos

(CESEU), en dicha universidad, investigador asociado al Centro de Estudios sobre América (CEA), de La Habana, Cuba, e investigador del Centro de Estudios sobre Estados Unidos (CESEU), de La Universidad de La Habana, miembro de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA). Ha participado en eventos, realizado estancias de investigación o como profesor invitado en instituciones académicas de Estados Unidos, México, España, Brasil, Canadá y Honduras. Ha publicado numerosos artículos y es coautor de varios libros, entre los más recientes sobresalen: “EE UU: hegemonía y cultura política”, en Marco A. Gandasegui, hijo (coord.), *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, Siglo XXI Editores/CLACSO, México, 2007; “US Political culture and hegemony”, en *Latin American Perspectives*, vol. 34, núm. 1, tema 152, enero de 2007; “Prologo: La historicidad indeclinable y el maniqueísmo de historieta. Mirando América Latina desde los Estados Unidos”, en Rafael San Martín, *Biografía del Tío Sam*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006; “La cultura política norteamericana de la guerra fría: lo que el viento no se llevó”, en *Cuadernos de Nuestra América*, núm. 35-36, CEA, la Habana, enero-diciembre de 2005.

Correo electrónico: jhernand@uh.cu

DÍDIMO CASTILLO FERNÁNDEZ. Sociólogo y demógrafo, con doctorado en Ciencias Sociales con especialización en Estudios de Población por El Colegio de México y maestría en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Flacso sede México, profesor investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México, coordinador del grupo de trabajo de Clacso: “Estudios sobre Estados Unidos”. Algunas de sus publicaciones recientes, son: “Migrações”, en Emir Sader *et al.* (coords.), *Latinoamericana, Enciclopedia Contemporánea de América Latina y el Caribe*, Laboratorio de Políticas Públicas y Boitempo Editorial, Río de Janeiro, Brasil, 2006 (en coautoría con Jorge Martínez Pizarro); “Hegemony and the U.S. Labor Model”, *Latin American Perspective*, Issue 152, vol. 34, núm 1, LAP Editorial, CA, US, enero de 2007 y “Hegemonía y modelo laboral de Estados Unidos”, en Marco A. Gandasegui, h., (coord.), *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, CLACSO-Siglo XXI Editores, México, 2007. Ex director de la revista *Papeles de Población*, revista incluida en el *Social Science Citation Index* (ISI Thomson). Ex miembro directivo de la Asociación Latinoamericana de Población (ALAP). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, SNI-Conacyt.

Correo electrónico: didimo99@prodigy.net.mx

FABIO GROBART SUNSHINE. Doctor en Ciencias Económicas (1981), master en Ingeniería Química (1965), investigador titular (1982). Actualmente realiza investigaciones en el Centro de Investigaciones de Economía Internacional de la Universidad de La Habana (UH), relacionadas con la prospectiva del nuevo paradigma tecnoeconómico y su incidencia en las relaciones Norte-Norte, Norte-Sur y Sur-Sur, los modelos de desarrollo nacionales y de integración alternativa, con énfasis en América Latina y el Caribe. Ejerce docencia en asignaturas afines a los estudios de Ciencia-Tecnología-Sociedad, Planeamiento Estratégico, Historia Económica Mundial y Relaciones Económicas Internacionales en la UH y, como profesor invitado, en las universidades de Zaragoza, Tübingen, UNAM, Cienfuegos, Ciego de Ávila y la Universidad de Ciencias Informáticas (Cuba). Es miembro de diversas redes y sociedades científicas nacionales e internacionales. Algunas de sus publicaciones recientes son: Grobart, F. (2007), “Ciencia y tecnología en los Estados Unidos: Hegemonía bajo cuestionamiento” en Marco A. Gandásegui (coord.), *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*. Clacso-Siglo XXI Editores, México, y “Science and technology in the United States: Hegemony under fire”. *Latin American Perspectives*, University of California, Riverside. Issue 152, volume 34, núm. 1, enero de 2007.

Correo electrónico: fabio@uh.cu

ALEJANDRO I. CANALES. Economista por la Universidad de Chile, y maestro en Demografía y Doctor en Ciencias Sociales por El Colegio de México, profesor-investigador del Departamento de Estudios Regionales-INESER, de la Universidad de Guadalajara, director de la *Revista Latinoamericana de Población*, y fue fundador y presidente de la Asociación Latinoamericana de Población. Ha sido consultor de CEPAL en temas de migración y desarrollo. Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Investigadores del CONACYT, México, y de la Academia Mexicana de Ciencias. Sus libros más recientes son “Vivir del Norte. Remesas, desarrollo y pobreza en México” (2008); *Panorama actual de las migraciones en América Latina* (2006), y *Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio* (2004, coordinado con Susana Lerner Sigal).

Correo electrónico: acanales@cucea.udg.mx

SELENE GASPAS OLIVERA. Actuarial por la Universidad Nacional Autónoma de México, investigadora de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha colaborado en diversas publicaciones de índole sociodemográfico princi-

palmente en temas sobre la migración internacional México-Estados Unidos desde la perspectiva del país de destino y en temas de marginación y desigualdad. Recientemente ha trabajado en temas relacionados con la inserción ocupacional, ingreso y prestaciones de los migrantes mexicanos en Estados Unidos. Sus publicaciones más recientes son *La migración mexicana y el mercado de trabajo estadounidense: tendencias, perspectivas y ¿oportunidades?* (2007, en coautoría con Silvia E. Giorguli Saucedo y Paula Leite); *Inserción ocupacional, ingreso y prestaciones de los migrantes mexicanos en Estados Unidos* (2008, en coautoría con Silvia E. Giorguli Saucedo).

Correo electrónico: selene.gaspar@conapo.gob.mx

ÁNGEL G. QUINTERO RIVERA. Sociólogo, PhD Economía, catedrático en el Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico, miembro fundador del Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña (CEREP); doctorado por la London School of Economics and Political Science en 1976; ha sido profesor e investigador visitante del Centro de Estudios Caribeños de la Universidad de Warwick en Inglaterra (1985) y del Programa de Estudios Étnicos de la Universidad de Harvard (2000). Ha trabajado sobre historia obrera, clases sociales y sociología de la cultura. Entre sus publicaciones cabe destacar: *¡Salsa, sabor y control! Sociología de la música “tropical”* (1998, 2005) México, Siglo XXI Editores (Premio Casa de las Américas por ensayo histórico social); *Virgenes, magos y escapularios. Imaginería, etnicidad y religiosidad popular en Puerto Rico* (San Juan, CIS, 1998); “El debate sociedad-comunidad en la sonoridad. El desafío de las músicas “mulatas” a la modernidad eurocéntrica convencional”, en el libro *Cultura, política y sociedad Perspectivas latinoamericanas*. Daniel Mato. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. 2005: “Fordismo, migración y etnicidad. Estados Unidos y la cultura popular en el Caribe”, en Marca A. Gandásegui, hijo (coord.), 2007, *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, Clacso-Siglo XXI Editores, México.

Correo electrónico: agquinterorivera@yahoo.com

LUIS SUÁRES SALAZAR, Licenciado en Ciencias Políticas, Doctor en Ciencias Sociológicas y Doctor en Ciencias. Actualmente es profesor titular a tiempo parcial del Instituto Superior de Relaciones Internacionales y de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana. Ha publicado más de un centenar de artículos y ha sido autor, coautor, compilador o editor de cerca de cuatro decenas de libros. Entre sus publicaciones sobresalen: *Cuba: ¿Aislamiento o reinserción en un mundo cambiado?*, Editorial de Ciencias Sociales,

La Habana, 1997; *Cuba: isolation or reinsertion in a changed world?*, Editorial José Martí, La Habana, 1999; *Futuridad del Che*, Editorial Pablo de la Torriente Brau/Editorial Puvill, Barcelona, 2000; *El siglo XXI: posibilidades y desafíos para la Revolución Cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2000; *América Latina y el Caribe: medio siglo de crimen e impunidad 1948/1998*, Editorial Zambon Iberoamericana /Editorial José Martí, Zafarroa, 2001; *Madre América: un siglo de violencia y dolor 1898/1998*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003 y *Un siglo de terror en América Latina*, Ocean Sur, Caracas, Habana, Bogotá, 2006; “Crisis y recomposición del sistema de dominación ‘global’ de Estados Unidos: el ‘nuevo orden’ panamericano”, en Marca A. Gandásegui, hijo (coord.), 2007, *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, Clacso-Siglo XXI Editores, México.

Correo electrónico: luisuarez@cubarte.cult.cu

SILVINA MARÍA ROMANO. Licenciada en Historia y licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Córdoba, doctoranda del Doctorado en Ciencia Política del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente es becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET) e integrante del Grupo de Trabajo de Estudios sobre Estados Unidos de CLACSO. Sus tres últimas publicaciones: “Brasil y Argentina en el proceso de integración económica de la década de 1960 en el marco de las relaciones con Estados Unidos”, *Revista Confines (Relaciones Internacionales)*, núm. 8 octubre de 2008, México, Instituto Tecnológico de la Universidad de Monterrey; “La Organización de Estados Americanos y la política exterior norteamericana frente América Latina en las primeras décadas de la guerra fría” en *Enfoque social*, *Revista de Historia, Política y Sociedad*, Universidad Autónoma de Tamaulipas, México, enero-junio de 2008; “La integración económica latinoamericana y las relaciones político-económicas con Estados Unidos (1960-1973). Antecedentes del ALCA y el MERCOSUR”, Programa Regional de Becas CLACSO-ASDI 2005; “La democracia liberal y las minorías”, *Astrolabio*, *Revista virtual del Centro de Estudios Avanzados, UNC*, núm. 3, 2005.

Correo electrónico: celesteromano@yahoo.com.ar

DARÍO SALINAS FIGUEREDO. Sociólogo formado en la Universidad Católica de Chile, maestría por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Iberoamericana, profesor-investigador del Programa de Posgrado en Ciencias Sociales y del

Departamento de Estudios Internacionales de la Universidad Iberoamericana, UIA, miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México. Investigador asociado del Grupo de Trabajo sobre Estados Unidos del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO. Entre los más recientes trabajos publicados están: *La democracia en Chile. Límites de la política en la transición* (2003); *Gobernabilidad y globalización. Procesos políticos recientes en América Latina* (2004); *Terrorismo y seguridad. Reflexiones desde América Latina* (2005); *Democratic Governability in Latin America: limits and possibilities in the context of neoliberal domination* (2006); *Democratización y tensiones de gobernabilidad en América Latina* (2006) y *Vicisitudes de la democracia. Entre el peso del modelo y los límites de la política en Chile* (2007).

Correo electrónico: dario.salinas@uia.mx

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
<i>por</i> EMIR SADER	
PRÓLOGO. ¿CRISIS, CUÁL CRISIS?	9
<i>por</i> IMMANUEL WALLERSTEIN	
INTRODUCCIÓN. ESTADOS UNIDOS. DOMINACIÓN SIN HEGEMONÍA	23
<i>por</i> DÍDIMO CASTILLO FERNÁNDEZ	
<i>por</i> MARCO A. GANDÁSEGUI, HIJO	
I. ESTADOS UNIDOS EN EL NUEVO ENTORNO CAPITALISTA MUNDIAL	
¿HACIA DÓNDE SE DIRIGE EL MUNDO?	37
<i>por</i> IMMANUEL WALLERSTEIN	
GLOBALIZACIÓN, EL FUTURO DEL CAPITALISMO Y LAS POTENCIAS EMERGENTES	43
<i>por</i> THEOTONIO DOS SANTOS	
LA CRISIS DEL SISTEMA-MUNDO CAPITALISTA. LA COYUNTURA CONTEMPORÁNEA	63
<i>por</i> CARLOS EDUARDO MARTINS	
EL DESEQUILIBRIO EXTERNO DE ESTADOS UNIDOS TRAS LAS FISURAS DEL LIDERAZGO ECONÓMICO	81
<i>por</i> KATIA COBARRUBIAS HERNÁNDEZ	
LA EVOLUCIÓN DEL DIFERENDO ECONÓMICO ENTRE CHINA Y ESTADOS UNIDOS	100
<i>por</i> GLADYS CECILIA HERNÁNDEZ PEDRAZA	
CRISIS DE LA ECONOMÍA MUNDIAL: AUMENTO DE LAS GANANCIAS Y DISMINUCIÓN DE SALARIOS	127
<i>por</i> ORLANDO CAPUTO LEIVA	

II. HEGEMONÍA, ESTRUCTURA SOCIAL Y DECADENCIA INTERNA DE ESTADOS UNIDOS	
LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL DE ESTADOS UNIDOS	157
<i>por</i> JAIME ZULUAGA NIETO	
LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN ESTADOS UNIDOS	173
<i>por</i> MARCO A. GANDÁSEGUI, HIJO	
ESTADOS UNIDOS: HEGEMONÍA Y LEGITIMACIÓN IDEOLÓGICA	213
<i>por</i> JORGE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ	
HEGEMONÍA Y CLASE OBRERA DE ESTADOS UNIDOS	231
<i>por</i> DÍDIMO CASTILLO FERNÁNDEZ	
CIENCIA Y TECNOLOGÍA EN ESTADOS UNIDOS: CRISIS DE HEGEMONÍA, COMPETITIVIDAD Y CICLO REPRODUCTIVO	259
<i>por</i> FABIO GROBART SUNSHINE	
MIGRACIÓN Y JUVENTUD EN ESTADOS UNIDOS. CONDICIONES DEMOGRÁFICAS DE EXCLUSIÓN SOCIAL	285
<i>por</i> ALEJANDRO I. CANALES y SELENE GASPAR OLVERA	
LAS LUCHAS POR LA HEGEMONÍA DESDE LA CULTURA: MIGRACIÓN Y GLOBALIZACIÓN EN LA SALSA	311
<i>por</i> ÁNGEL G. QUINTERO RIVERA	
LA CRISIS ACTUAL DEL SISTEMA DE DOMINACIÓN ESTADUNIDENSE SOBRE EL CONTINENTE AMERICANO: UNA MIRADA DESDE LA PROSPECTIVA CRÍTICA	339
<i>por</i> LUIS SUÁREZ SALAZAR	
DEMOCRACIA LIBERAL Y SEGURIDAD NACIONAL EN EL GOBIERNO ESTADOUNIDENSE: CONTINUIDADES Y RUPTURAS	360
<i>por</i> SILVINA M. ROMANO	
ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA LATINA: MÁS ALLÁ DEL LIBRE COMERCIO	385
<i>por</i> DARÍO SALINAS FIGUEREDO	
ACERCA DE LOS AUTORES	403